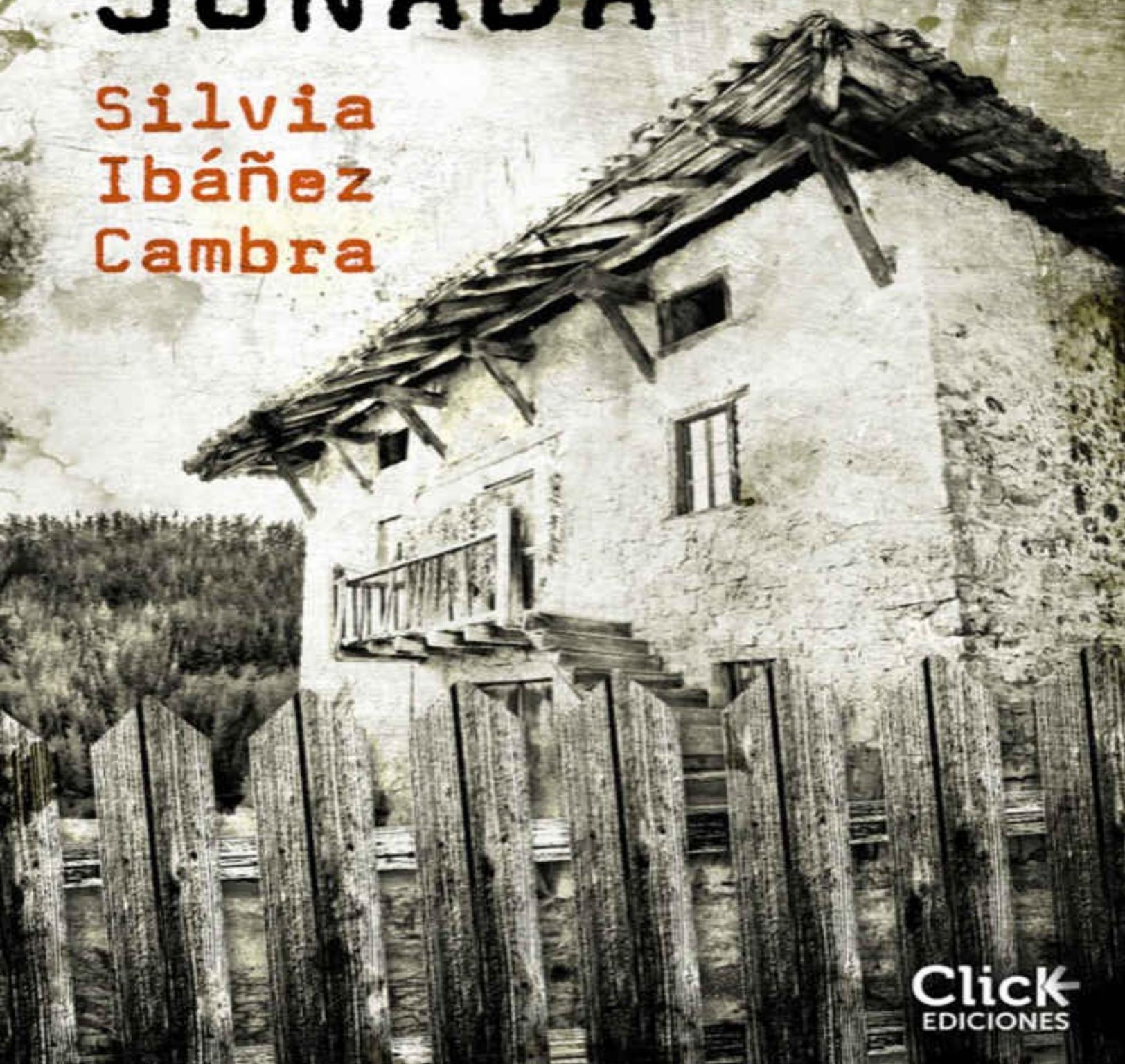


# LA HISTORIA SOÑADA

Silvia  
Ibáñez  
Cambra



Click  
EDICIONES

# Índice

Portada

Prólogo

Primera parte. Circos

Capítulo 1

Capítulo 2. Zaragoza y hambre

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37

Segunda parte. Circo de memoria

Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48

Tercera parte. Circo de verdades

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Epílogo

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Prólogo

Hay que ver cómo cría polvo y entierra recuerdos la memoria, cubriéndolo todo con telas de araña para dejar atrapados allí los recuerdos que olvidamos o que queremos dejar olvidados.

Hace ya muchos años que aprendí que uno no puede escoger ser escritor, como me confió Eric, mi profesor: «No puedes levantarte un día y decidir que quieres ser novelista; así no funciona. Es la escritura la que te escoge a ti, y no al revés. Ese es el principio que todo el mundo ignora, especialmente los aspirantes a literatos mediocres, que no saben hilar una frase en condiciones».

En ese momento no comprendí sus palabras, pero con el tiempo comprobé que eran ciertas. Una historia desencadenada en tu mente por cualquier motivo comienza a apoderarse de ti, quitándote la concentración y el interés en el mundo real. Puede parecer que está incompleta, pero en realidad tampoco es así. Tiene principio y tiene fin, pero se muestra poco a poco, mientras vas pensando en ella, mientras absorbe tu tiempo, tu mente e incluso tu vida, hasta el punto de ser incapaz de pensar en otra cosa. Así es cómo se desarrollan las tramas, vidas y miserias de los personajes que deben quedar escritas en un puñado de hojas para que el resto del mundo pueda disfrutar de ellas. Si te las quedas para ti, te acaban consumiendo y no puedes hacer nada más que verlas una y otra vez repetidas en tu mente. Pero si las sueltas, si las escribes sobre el papel para dejarlas crecer, vivir y que todos las lean y las vivan, te dejarán en paz. Así es cómo el escritor cumple su parte del trato.

Por desgracia para mí, fui incapaz de llevar a cabo la parte que me correspondía y me consume desde que descubrí aquella tragedia, aquella

historia. Cada noche, cada día. Veo las caras de sus protagonistas por las esquinas y a veces tengo la sensación de que están escondidos en los rincones de mi casa, observándome. Esperándome.

Dicen que el fuego tiene algo hipnótico, como las olas del mar. No puedes dejar de mirar. Eso pasa también cuando un libro nos gusta de verdad. No nos deja escapar. Nunca. Aunque creamos que lo hacemos al acabarlo. Si una novela te atrapa de esa forma, algo se queda dentro de ti y te acompaña siempre, aunque no te des cuenta.

Hubo una vez un lugar donde los niños sin padres establecían sus propias leyes. Yo viví en ese lugar, aunque fuera por muy poco tiempo. Hacían las normas y yo robaba libros para leer por las noches alumbrado por una vela. Era uno más de los huérfanos sin padres que escondía comida en los bolsillos para poder sobrevivir. Hasta que me rescataron.

\* \* \*

«Roncesvalles.» Había escuchado hacía ya algún tiempo el apellido que encontré escrito al dorso de la carta. El apellido que perseguía a Justo, al que considero mi padre. Pero en lugar de encontrar algo en ella que pudiese aclarar ciertas cosas, las complicó todavía más con otra historia desconocida hasta el momento. Esa historia fue el motivo de la visita que llevó a Rosa, la esposa de Justo, a la tumba. La visita de la persona que apareció aquella noche gritando el nombre de Rosa, pidiéndole ayuda porque tenía algo que contarle. Algo que la mató y que permaneció oculto durante años. «Roncesvalles me matará, no dejará que esto se sepa.» Esas fueron las palabras exactas que dijo la persona que había venido en busca de Rosa, justo antes de desaparecer tras la muerte de ella.

Recuerdo con perfecta claridad el momento en el que encontré la primera carta, fechada en diciembre de 1925. Diciembre. En ese mes, Rosa moriría, y, pocos días después, Selene, la destinataria de la carta, también. ¿Qué relación había entre ellas? ¿Nadie se había dado cuenta?

Me arrodillé en el suelo del sótano de Correos y comencé a ordenar las cartas, acumuladas durante años, que no habían sido entregadas. Me di cuenta

del nombre al que iba dirigida aquella carta casi sin querer. Ya había pasado por mis manos, pero solo me había preocupado de ordenarla por el año. «Selene Roncesvalles.» La casa de los Roncesvalles era el lugar en el que había muerto Rosa tras la visita. En ese instante sentí como si se me detuviese el corazón. Las cartas eran confidenciales y no podían leerse por nadie salvo por su destinatario o remitente. Y esa estaba marcada, además, como que debía ser entregada en mano al destinatario directamente. Comprobé la fecha en el matasellos y vi que era de unos días antes de la muerte de Rosa. Tal vez allí hubiera alguna información importante que pudiese esclarecer algo. Sabía que robar la carta mi primer día de trabajo en Correos me convertía en un ladrón de tres al cuarto, pero mis pensamientos iban a parar a lo mismo, a poder descubrir algo de la muerte de Rosa, y así devolverle a Justo el favor de haberme rescatado del hambre y las ratas, dándole una explicación a la muerte de su mujer. Al tener esa carta en mis manos solo podía pensar en darle un poco de paz a Justo. Le di la vuelta y leí el remitente: Cristóbal Sanmartín. Sanmartín, repetí para mí. Cristóbal Sanmartín era el hijo de un empleado de la casa de los Roncesvalles, acusado de la muerte de Rosa. ¿Por qué le escribiría Cristóbal a Selene? Decían que estaba loco, que era lento y deficiente mental. ¿Por qué no había sido entregada la carta? ¿Qué relación podía tener con la muerte de Rosa en la casa de los Roncesvalles? La sostuve un buen rato entre mis manos sin saber qué hacer. Alguien abrió la puerta y me llevé un buen susto. Dejé caer la carta en la caja de madera y vi que era Ramón, mi jefe, con su gorra en la cabeza. Aquella noche, estando en mi dormitorio, con las últimas brasas de leña quemándose a los pies de mi cama y tapado por un par de mantas, saqué de debajo del colchón la carta que había robado en un despiste de Ramón y, con cuidado de que no me encontrasen con ella en la mano, leí:

Selene:

Solo quiero decirte que no debes preocuparte por nada. Todo está organizado. El dinero que nos faltaba para nuestros planes lo ha conseguido Gabriel Sanjuán, nuestro amigo. No sé qué habría sido de nosotros dos sin él, sin su ayuda. Seguramente, nuestros planes de marcharnos juntos y alejarnos de todo este mundo

que conocemos no habrían llegado a nada. Todo está listo para el día que señalamos, así que no debes preocuparte por nada, pronto estaremos juntos y lejos de aquí. Todo saldrá bien. Todo está arreglado y pronto ya no tendremos que escondernos del mundo entero y, sobre todo, ni de tu padre ni del mío. Y te olvidarás de tu boda forzada con la basura que es Pascual Campillo. Pronto nos veremos y seremos felices, como en los cuentos.

Cristóbal Sanmartín  
Diciembre de 1925

Releí la carta cien veces. ¿Cristóbal Sanmartín era el amante de Selene y nadie lo sabía? El loco asesino. ¿Un loco escribiría una carta así? Eso me llevó a pensar de nuevo en la visita que había recibido Rosa. ¿Por qué había acabado muerta? ¿Qué le contó aquella visita para que acabaran matándola para guardar el secreto?

Pero aquella carta solo fue el principio de una historia tan retorcida como los intestinos, como pude comprobar con la segunda que encontré:

Selene:

Aún hoy no puedo comprender por qué me enviaste esa carta diciendo que todo lo que teníamos planeado no se iba a llevar a cabo. No puedo comprender los motivos que te llevaron a ello, ni tu drástico cambio de opinión. Si no fuera porque Gabriel me ha dicho que lo que me dijiste en tu carta era cierto, no podría creerlo. Sigo esperando poder entender las razones que te hicieron cambiar de opinión, y mucho me temo que nunca podré llegar a comprenderlo. Me retuerzo de desesperanza cuando pienso en ello, intentando encontrar una explicación, pero no se me ocurre ninguna. Gabriel me dice que es mejor que me acostumbre cuanto antes y que él tampoco entiende el motivo de este cambio tan grande y repentino a tan pocos días de marcharnos de esta ciudad oscura que nos consume. Pero si es tu decisión, la respetaré. Si algún día quieres explicarme qué motivos te han llevado a ello, cuéntaselo a Gabriel y me lo hará saber.

Te deseo suerte.

Cristóbal Sanmartín

Diciembre de 1925

¿Qué ocurrió en apenas un puñado de días? ¿Qué relación tenía el firmante de las cartas con la muerte de Rosa? ¿Estaba loco realmente? Solo me surgían dudas. ¿Qué había de cierto y falso en todo ello? ¿Qué más se escondía tras aquellas palabras? ¿Qué se ocultaba de tal manera como para matar a alguien? Hubiera sido mejor no descubrir nada y dejarlo todo tranquilo, pero soy escritor y fui incapaz de hacerlo...

# **Primera parte. Circos**

# 1

23 de noviembre de 1940, París

Era ya de noche cuando salí de la escuela de francés. No me estaba resultando especialmente fácil aprender el idioma del país al que mi tío me había llevado a vivir después de la guerra civil española. Hacía exactamente un año, y, a pesar de que Eric era un gran profesor y buen amigo, el idioma galo se me resistía. Las calles estaban mojadas y yo me sentía ligeramente inquieto. El eco de mis zapatos era todo el sonido que me acompañaba cada noche de camino a casa. En momentos como ese recordaba mis años en Zaragoza, la ciudad de la que me rescató mi tío. Ni siquiera sabía que tenía un tío por parte de padre viviendo en París. Pero sí recuerdo que mi padre solía hablar de esta ciudad como si se tratase de una mujer a la que echara de menos. Me constaba que en sus años jóvenes había vivido en París en un internado, pero nunca me dijo que tuviera un hermano con el que había compartido habitación. Era mejor la vida que llevaba en París, a pesar de la invasión de los alemanes, pero cuando la ciudad se quedaba silenciosa, de noche, tras un día lluvioso y el silencio llenando todo en las calles, donde no se atrevían a maullar ni los gatos, echaba ligeramente de menos la vida nocturna de Zaragoza. Siempre había gentes por las calles, excepto cuando había toque de queda, o, si no, los niños que como yo nos guarecimos durante un tiempo en las casas abandonadas, soñando encontrarse con algo mejor que llevarse a la boca al día siguiente. Mi tío se había hecho construir una monumental casa al lado del Palais Garnier, sede del Ballet de la Ópera de París. Era una especie de palacete demasiado grande para nosotros dos, mi primo, de catorce años (tres menos que yo), y la mujer con la que se pensaba

casar en unos meses. En alguna ocasión, los turistas de la ciudad se habían adentrado en los jardines de la casa pensando que se trataba de algún museo. Los criados los echaban, pero llegó a tal punto que hubo que cerrar la puerta de la verja con llave.

La futura mujer de mi tío se llamaba Beatrix Duquense y era una viuda de cuarenta años, cinco menos que mi tío. Me había recibido con los brazos abiertos y en francés, idioma del que yo por entonces no tenía la menor idea. Beatrix tenía una hija de su matrimonio anterior, Odette, de dieciocho años. Con ella no me llevaba especialmente bien, al contrario que con mi primo, Luke. Luke era hijo de mi tío y de una mujer que, para mí y para mi primo, era desconocida. Apenas se había visto con esa mujer un par de semanas, según nos había contado. Después desapareció y ocho meses más tarde se presentó en casa de mi tío con un bebé entre los brazos, se lo entregó y se marchó.

La casa me seguía pareciendo enorme cada vez que la veía, y no terminaba de acostumbrarme a su inmenso tamaño y al gran jardín vallado que la rodeaba. Solía quedarme siempre durante unos segundos en la esquina de la calle, observando el palacete, y la comparaba con el Palais Garnier, donde acudíamos regularmente para ver las representaciones del *ballet* que tanto le gustaban a mi tío y tanto me aburrían a mí.

—El *ballet* está infravalorado —decía mi tío—. Todo el que tenga dos dedos de frente debería sentir admiración ante esos pasos tan delicados y tan perfectos. Y el *ballet* que tenemos en París es el mejor del mundo.

Caminé hacia la verja de entrada y empujé la puerta con suavidad. Chirrió al abrirla y al cerrarla. Observé el cielo y vi que la luna se quería esconder bajo el tejado de la casa y que había luz en el interior. Más luz de la habitual.

Normalmente, a esas horas apenas se veía luz en una de las pequeñas ventanas de los sótanos donde estaban las cocinas, a las que se podía acceder por la parte trasera de la casa, bajando unas escaleras, y las del gran salón comedor principal, donde cenábamos todos en familia, practicando el francés que mi mente se resistía a almacenar y entender. Caminé por el sendero de piedras que me conducía hasta la puerta de casa. Al ir por la mitad de camino, *Rufus*, el perro de mi tío, que me constaba era uno de los habitantes de la casa

que con más cariño me había acogido, salió a mi encuentro.

—Hola, bonito —dije mientras acariciaba el pelo corto marrón del enorme sabueso.

Salió corriendo hacia la entrada y yo fui tras él. Me aguardaba en la puerta con la lengua fuera, esperando que abriese. Giré el pomo y entró corriendo. Lo vi perderse escaleras arriba, en busca del refugio de sus cojines en el suelo de mi dormitorio.

Escuché un gran alboroto en el salón comedor; parecía haber una fiesta. Me acerqué lentamente y abrí. Al verme bajo el marco de la puerta, todos se volvieron hacia mí y gritaron.

—¡Sorpresa!

Había tanta gente conocida como otra que no había visto jamás. El primero en el que reparé fue mi tío, que se había enfundado un traje que le hacía parecer todavía más gordo de lo que ya era. Su bigote espeso y de unos cinco centímetros tampoco le ayudaba mucho, pero a Beatrix le gustaba. También vi a su lado a mi profesor de francés, Eric Leyvi, con el que había estado en clase hasta hacía apenas media hora, y recordé que había salido con prisa. Un buen amigo de mi tío y mío, y tras el que andaba la hija de Beatrix, a pesar de estar casado. Era francés de padre y nacimiento, con madre inglesa de origen español por parte de abuelos, de ahí que supiera hablar español y francés, aunque nunca llegó a aprender inglés del todo.

Me acerqué a ellos sonriente.

—Espero que te guste tu fiesta.

—Tío, no tenías que haberte molestado.

—Pues claro que sí, hoy hace un año que viniste a vivir aquí. Qué menos que celebrarlo.

En ese momento, Nicolás, el bibliotecario y también gran amigo de mi tío, se nos acercó. Trabajaba en la Biblioteca Nacional de París por pura pasión a los libros, porque lo que le daba dinero eran los museos que había heredado de su familia y que gestionaba con exposiciones de grandes artistas ya muertos.

—Fíjate, si parece mentira que haya pasado ya un año desde que viniste aquí. Y te has adaptado bien, dadas las circunstancias.

—Me alegro de verte, Nicolás —respondí.

Siempre era agradable verle. Era una de las mejores personas que conocía.

—Y yo a ti. Hacía días que no te veía. Por cierto, Oliver se ha puesto enfermo en la biblioteca y no ha podido venir; ha dejado el baño perdido de vómito. Tal vez haya sido uno de los espíritus con los que intenta contactar. En fin, de todo tiene que haber en la viña del Señor —se lamentó.

Oliver era el único amigo que había hecho, además de Laure, en la ciudad, y resultó ser un caso aparte. Todo el día intentando contactar con el espíritu de su madre fallecida, lo que crispaba los nervios y la paciencia de su padre.

—Mira, ahí está tu amiga Laure. Me ha preguntado por ti. Anda, ve a hablar con ella —dijo mi tío.

Me alejé de ellos y me acerqué a Laure, que estaba a unos metros hablando con algunas de sus compañeras de danza, al lado de la chimenea. Era una criatura hermosa, casi sacada de un evangelio. Tenía el cabello muy rizado y completamente rubio. Solía llevarlo recogido con un par de cintas azules que hacían juego con sus ojos azul claro. Siempre estaba alegre y siempre parecía estar danzando, especialmente cuando estaba reunida con sus amigas. Laure era bailarina en el Ballet de la Ópera. Una de las mejores solistas.

Me acerqué al corrillo por detrás y, al verme, sus amigas nos dejaron a solas. Laure llevaba una copa de champán en la mano y me ofreció otra de la mesa. Entonces me fijé en que había bebida y comida por todas partes y me di cuenta del hambre que tenía. Cogí una bandeja de canapés y nos sentamos en el sofá. El fuego de la chimenea hacía brillar su pelo todavía más.

—Se nota que tu tío te quiere y se preocupa por ti.

—Sí, lo sé —dije.

Era verdaderamente hermosa, mucho más que Cora, a quien sentía haber abandonado en la Zaragoza de posguerra mientras yo me escapaba a un refugio, un castillo que mi tío había levantado en pleno París. Al cerrar los ojos, no era a Laure a quien veía, sino a Cora. Una parecía lo contrario de la otra.

Cora era morena, de ojos oscuros, casi negros, en contraste con su piel blanca. Nuestra relación de amistad no había acabado precisamente bien en Zaragoza, pero al marcharme de allí, comencé a echarla de menos más de lo normal y a escribirle cartas que nunca se había dignado responder, a lo que intentaba buscarle una explicación diciéndome a mí mismo que era porque con la posguerra española y la ocupación nazi de Francia, el correo rara vez llegaba a su destino.

—Es una pena que no se me dé tan bien el francés como me gustaría para poder mostrarle a mi tío mi agradecimiento por todos los esfuerzos que se ha tomado conmigo; en francés, claro.

—No se te da tan mal. Si consiguieras adquirir el acento parisino, se te entendería siempre perfectamente.

—Eso dice Eric.

—¿Tu profesor? ¿El amigo de tu tío?

—Sí.

—He hablado con él unos minutos antes de que llegases. Es muy atractivo para tener cuarenta años. Annette dice que no le importaría conocerle.

—Puedo presentárselo, pero no creo que le haga caso: está casado.

—Ah, se llevará una desilusión.

—Pero se le pasará pronto.

—Eso seguro.

—¿Cuántos años me dijiste que tenía?

—¿Annette? —preguntó llenando nuestras copas de nuevo—. Tres más que yo, veinte. ¿Por qué? ¿Te gusta? —Parecía molesta.

—En absoluto, simple curiosidad. —Sonrió y chocó su copa con la mía.

Annette era conocida por todo el mundo. Había adquirido cierta fama por la flexibilidad de sus piernas y espalda al hacer ciertas piruetas sobre el escenario, y era una de las bailarinas principales desde hacía tres años. Cuando la que ocupaba su puesto se torció el tobillo, no dudó en aprovechar su oportunidad, aunque no había alcanzado el rango de *étoile*. Además de un aumento de sueldo por su nuevo rango, había conseguido un puñado de amantes, tanto benefactores del *ballet* como no, hasta el punto de ser más

conocida en la ciudad por su agilidad en la cama que sobre el escenario. Se rumoreaba que tenía un amante de setenta años con palco en la primera planta y que era su mayor benefactor, que le regalaba joyas y flores traídas de donde hiciera falta con tal de tenerla con él. Annette no le hacía ascos a nadie que se le pusiera por delante con un puñado de billetes o un collar de diamantes, pero también se rumoreaba que mantenía una sólida relación, más allá de la lujuria de la carne, con un repartidor de pan y mantequilla que servía a las cocinas de la residencia de las bailarinas.

Desde que se conocieron se habían desvestido por todos los rincones del Palacio Garnier y más de un profesor o compañera de baile les habían descubierto. Ahora, más disimulados, se veían en un hostel a diez manzanas de la sede del *ballet* para que nadie los descubriera, aunque lo sabía o lo imaginaba todo el mundo. Por mi parte, no tenía muchas ganas de estar en la fiesta. Estaba cansado y quería marcharme a dormir. Seguramente, el perro de mi tío, al que me había encargado de adoptar como propio desde el primer día que puse los pies en la casa, estaba esperándome a los pies de la cama, como solía hacer todos los días que llovía. Al principio no lo entendía, pero después pensé que sería por el calor de las mantas de mi cama.

Después de mantener una insulsa conversación con Laure sobre su próxima actuación, me preguntó si ya sabía a qué quería dedicarme en el futuro. Aunque eso ya lo había decidido mi tío. Cuando hubiera aprendido lo suficiente sobre el negocio familiar, dedicado a la crianza y venta de caballos de pura raza, mi tío me pondría a trabajar en los corrales y granjas que tenía a las afueras de París, y después me pondría bajo sus alas para aprender el resto del negocio y sustituirle, junto con mi primo Luke, cuando llegase el momento.

—Eso es lo que me dices siempre, pero yo quiero saber qué es lo que quieres hacer tú.

—Lo que mi tío disponga para mí estará bien —respondí.

Y era cierto. Cualquier cosa que me pidiera mi tío yo la haría, aunque fuera lo último que me apeteciera hacer. En mi pensamiento solía imaginarme ejerciendo el trabajo que me dio de comer en mi ciudad desde que el inspector Justo San Gil me sacó de la calle. Me gustaba trabajar en Correos.

Era entretenido y podías descubrir muchas cosas de la gente, como ya había intentado hacer en una ocasión. La otra cosa que me interesaba, pero para lo que no tenía el más mínimo talento, era la escritura. Lo había intentado en muchas ocasiones. Mi mente tenía facilidad para ver una historia donde nadie más la veía, y aunque en mi cabeza estaba más que clara, nunca encontraba las palabras exactas para dejarla escrita en un papel. La formación de frases en una máquina de escribir no era lo que mejor se me daba precisamente, y aunque en mi mente estuviera perfectamente hilado lo que quería escribir, no había forma humana de poder alumbrar un par de párrafos con sentido y sin las divagaciones que, a pesar de que no las quería plasmar, siempre salían. No obstante, seguía escribiendo, aunque nadie, además de Eric, lo leía, y yo escondía las páginas en un cajón bajo llave en el escritorio de mi cuarto.

Annette apareció de pronto y tiró del brazo de Laure para llevarla con ella de vuelta al corrillo de bailarinas. Apuré la copa de un trago y me dispuse a ponerme en pie cuando Eric se me aproximó por detrás, me puso la mano en el hombro y se sentó a mi lado.

—Ahora ya sé por qué tenías tanta prisa a la hora de salir de clase —dije.

—Sí, le prometí a tu tío que estaría en tu fiesta, lo que no me dejaba mucho margen de tiempo —dijo con una media sonrisa burlona.

Nos quedamos en silencio un instante mientras observábamos a Laure y al resto de las chicas.

—¿Sientes algo por ella? —preguntó.

Encogí los hombros.

—No sé qué decirte, Eric. Es agradable y educada, es una chica por la que te podrías enfrentar a otro hombre, como decís aquí...

Silencio.

—¿Pero?

—Pero no es la mía.

—Ah, ya veo —dijo sonriente—. ¿Tienes a otra chica?

—Más o menos. La tenía. Se quedó en Zaragoza. Bueno, no, en realidad no la tenía, aunque sí la quería tener.

—Claro, y al venirme aquí... —dijo con tristeza.

Asentí.

—¿La echas de menos?

—Todos los días. Sobre todo, por las noches —confesé.

Era agradable hablar con Eric. Siempre lo era. Te escuchaba paciente, nunca te interrumpía y solía dar buenos consejos. Nunca olvidaré la primera vez que mi tío me lo presentó, poco después de haber llegado a París. Era un hombre sereno que intentaba sonreírme a modo de acogida, pero parecía que siempre estaba triste. Esa fue la primera impresión que tuve de él y la que siempre mantuve. Además, junto con mi tío fue una de las personas que más me ayudaron cuando vine a París. Estuvo callado durante un instante antes de responderme mientras giraba su copa, viendo las pequeñas burbujas escapar a la superficie, pensando si debía decirme lo que pensaba o no.

—Deberías ir a por ella cuanto antes. Tal vez cuando te decidas sea tarde y no haya remedio. El tiempo pasa para todos, y para ella también.

Me pregunté si él había estado en alguna situación parecida a la mía, enamorado de una chica a la que perdió por alguna circunstancia.

—Tal vez tengas razón.

Eric Leyvi era un hombre reservado. De él sabía que había nacido en uno de los barrios más pobres de París. Sus padres vendían comestibles en un puesto de la plaza mayor de la ciudad y ahí se crio, aprendiendo a vender. Su padre lo inició pronto en el oficio y le enseñó a atender a los clientes a los cinco años. Antes de marcharse al colegio debía ayudarlo en el mercado, lo que hacía que únicamente fuera a las clases bien pasada la mañana. Pero a Eric le gustaban mucho las letras. Más que el olor a pescado. Así pues, cuando no estaba en la escuela y se escapaba del mercado, solía esconderse en la biblioteca de París, donde leía un libro tras otro, como si cada uno de ellos fuera a ser el último. Así fueron pasando los años mientras crecía y hacía amigos sacados de libros y entablaba una buena amistad con el bibliotecario, Nicolás Roth, amigo de mi tío, que decía ser descendiente ilegítimo de Napoleón Bonaparte. Según tenía entendido, fue Nicolás el que se ocupó de darle una educación cuando su padre decidió que el hijo inútil que había traído al mundo le era más útil ayudándolo en el puesto que en la escuela. Así, a los doce años había dejado de ir a ella.

Eric tenía dos horas por la tarde para él mismo y, en lugar de ir al parque

como hacían los otros chicos, iba a la biblioteca y el heredero de Napoleón le enseñaba historia, geografía y literatura, lo que creía suficiente. Mientras pasaban los años y en su mente se acomodaban los grandes de la literatura, decidió que quería ser escritor, y con la ayuda de Nicolás consiguió que aceptaran uno de sus manuscritos en una editorial por la que apenas veía dinero, pero con la que había conseguido ganarse la confianza de sus lectores años tras año. Además de escribir, ganaba dinero para vivir relativamente acomodado, dando clases de francés en una escuela de París para extranjeros. Cuando mi tío le contó a Nicolás que iba a traer un sobrino a casa que no entendía un mínimo de francés, le aconsejó que lo apuntase a la escuela donde Eric daba las clases.

—¿Cómo no lo habré pensado antes? Gracias por la idea, Nicolás. Eric es un gran profesor. Le enseñará bien.

A las once de la noche, al fin, los invitados comenzaron a marcharse de casa y las doncellas comenzaron a recoger los restos de la fiesta. Laure se había despedido de mí con un beso en la mejilla y la acompañé hasta la puerta, habiéndole prometido que iría a ver su primera actuación en *Coppelia* la próxima semana.

Cuando regresé al comedor para retirarme a dormir, solo quedaban mi tío, Beatrix, Odette, sentada al piano para demostrar un nefasto talento para la música mientras asesinaba a todas las aves de *El lago de los cisnes*, intentando impresionar a Eric, el último de los invitados que quedaba y que charlaba animadamente con mi tío mientras seguían los dos bebiendo champán.

—Me retiro ya a dormir; hoy ha sido un día largo, estoy cansado —dije.

—Bien, hijo. Descansa, mañana te espera otro día como hoy —añadió mi tío.

—Te espero en mi despacho a las ocho —terció Eric.

—No se me da bien, Eric, no deberías perder el tiempo conmigo.

—Tonterías. Solo te falta hábito. Con unas cuantas clases sabrás escribir.

—Bueno, pero no le llenes la cabeza con muchas tonterías, que será el heredero de mi negocio —le recriminó mi tío.

—No son tonterías, yo puedo vivir de ello —añadió Eric.

—Sí, y comes gracias al trabajo de profesor.

Río.

—No vamos a ponernos a discutir ahora, y sabes que gano más con los libros que con la enseñanza del francés. Venga, mañana a las ocho en la editorial.

—Y no hay más que hablar, a veces soy muy cuadrulado —se disculpó mi tío.

Me despedí de todos y me dispuse a subir las escaleras.

—Le consientes demasiados caprichos —dijo Beatrix cuando creía que ya no podía escucharla mientras subía las escaleras.

—Lo ha pasado muy mal en España, deja que se divierta.

—Lo que debería hacer es sentar la cabeza y aprender de ti, y de paso, conocer a alguna chica que no esté dentro de un cuento.

Subí. *Rufus* me había estado esperando durante toda la fiesta. Le acaricié la cabeza y me quité la ropa para meterme en la cama. Levanté la persiana de mi cuarto, desde donde tenía una vista espléndida del jardín y del Palais Garnier. Alcé la vista y miré la luna por la ventana trasera. Era en esos instantes, cuando era de noche y veía la esfera que iluminaba la tierra en la oscuridad, cuando me preguntaba si Cora estaría bien y si también estaría observando la luna como solíamos hacer en Zaragoza. A veces pensaba que tendría que haberme quedado con ella, pero mi tío no me dio otra opción. Y en realidad Cora tampoco. Después me convencía a mí mismo de que estaría bien y que tendría una buena vida, pero en el fondo sabía que no podía estar seguro de nada y que tampoco había respondido a las cartas que le había enviado.

Dejé la persiana levantada y me metí en la cama, encendiendo la luz de la lamparita sobre la mesita de noche. Al menos, había podido llevar conmigo algo de Zaragoza: las cartas que encontré trabajando en Correos y que para mí eran como una novela. Y luego estaba lo que había descubierto cuando me colé en aquella casa gracias a la dirección que conseguí tras robar esas cartas, como un ladrón de tres al cuarto. La que más me intrigó fue una que Cristóbal, el chico que la escribía, le había dejado a una chica llamada Selene. La había encontrado en la casa donde me colé. Estaba cerrada, nunca había

sido entregada ni abierta. La releí:

Selene:

Aún hoy no puedo comprender por qué me enviaste esa carta diciendo que todo lo que teníamos planeado no se iba a llevar a cabo. No puedo comprender los motivos que te llevaron a ello ni tu drástico cambio de opinión. Si no fuera porque Gabriel me ha dicho que lo que me dijiste en tu carta era cierto, no podría creerlo. Sigo esperando poder entender las razones que te hicieron cambiar de opinión, y mucho me temo que nunca podré llegar a comprenderlo. Me retuerzo de desesperanza cuando pienso en ello, intentando encontrar una explicación, pero no se me ocurre ninguna. Gabriel me dice que debe ser así, que es mejor que me acostumbre cuanto antes y que él tampoco entiende el motivo de este cambio tan grande y repentino a tan pocos días de marcharnos de esta ciudad oscura que nos consume. Pero si es tu decisión, la respetaré. Si algún día quieres explicarme qué motivos te han llevado a ello, cuéntaselo a Gabriel y me lo hará saber.

Te deseo suerte.

Cristóbal Sanmartín  
Diciembre de 1925

Aquella noche, como todas las demás, cerré los ojos tras releer aquellas palabras y regresé a Zaragoza...

## 2

### Zaragoza y hambre

1 de octubre de 1927

La mañana estaba lluviosa y las gotas resbalaban por el cristal de mi habitación. Tenía cinco años e iba a empezar la escuela. Mi padre me mandaba interno a un colegio de Zaragoza, a pesar de que vivíamos en la misma ciudad. Por un lado, yo tenía ganas de empezar en la escuela; todos me decían que allí aprendería muchas cosas y que me haría un señorito de provecho y que después completaría mi educación en alguna universidad de alguna importante ciudad de Europa. La parte que no me gustaba de aquello era tener que vivir fuera de casa estando tan cerca de ella, aunque al menos los fines de semana podría ir a casa si mis padres no estaban ocupados.

Observaba desde mi cama cómo resbalaban las gotas cuando escuché los nudillos de mi madre golpear suavemente la puerta de mi cuarto. Cerré los ojos y me hice el dormido. Escuché cómo abría la puerta y que una doncella entraba tras ella, dirigiéndose directamente al armario de mi ropa para vestirme con el nuevo uniforme. Se sentó a mi lado y retiró las sábanas.

—Buenos días, Esteban. Vamos, hoy empiezas la escuela.

—¿Por qué no puedo tener profesores que vengan a casa como todos mis amigos? —dije entreabriendo los ojos.

—Tu padre dice que esta escuela es la mejor de todas. Y que separarte de nosotros entre semana le irá bien a tu mente para que se fortalezca.

Me incorporé.

—¿Y no podemos esperar a cuando tenga seis?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Me parece que no, hijo. Sabes que insistí a tu padre para que estudiaras en casa y no consintió. Pero tu padre es un hombre muy listo, y seguro que su decisión de enviarte a este colegio es acertada y lo mejor para ti.

Cuando terminó de hablar me acerqué a ella y la abracé. La echaría de menos, aunque a mi padre no tanto. Mi madre se levantó sonriente, se dirigió a la puerta y se marchó mientras yo me quedaba a solas con Artemisa, la doncella.

—Vamos, señorito, no sea perezoso, que ya no es usted un bebé.

Me levanté y fui a su lado. Artemisa me gustaba. Siempre estaba contenta, aunque fingiese que estaba enfadada y muy atareada. Andaba siempre corriendo de un lado para otro con sábanas en las manos para lavar o para recoger. Y cuando no, se enganchaba un plumero a un cinturón que llevaba siempre alrededor de la cadera y que la hacía parecer una gallina.

Era de piel oscura, y mi madre me había contado que mi padre la había traído de Cuba. En más de una ocasión la habían encontrado muerta de risa en su habitación borracha de ron con azúcar y después había tenido que guardar cama dos días hasta recuperarse. Era amiga de mi madre y cuando ella acababa sus faenas siempre estaban juntas chismorreando de los vecinos y amigos o se marchaban a comprar telas con las que hacer vestidos para las dos. Se querían. Mi madre me decía que me portase bien con ella, que tuviera paciencia y que la obedeciera en todo. Artemisa no podía tener hijos y le hubiera encantado tener media docena, así que yo me dejaba hacer. Me cogió de la mano y me llevó al cuarto de baño de mi dormitorio, donde me desnudó y me metió en la bañera rebosante de jabón y me frotó para que estuviese bien limpio. Insistió en que me lavase las orejas y después me aclaró.

—Qué guapo se queda siempre el señorito después del baño —dijo.

Me ayudó a salir y me envolvió en la toalla. Después de secarme, me vistió con el uniforme y me echó medio frasco de colonia para niños que mi madre hacía traer para mí de Roma. Me peinó con la raya a un lado y me acompañó al piso de abajo.

Mientras bajábamos por las escaleras, vi al final del pasillo a Cora, una

niña de mi edad con la que siempre jugaba, hija de una de las criadas. A mi padre no le hacía ninguna gracia y siempre me decía que no debía jugar con niños que no fueran como yo. Pero a mis cinco años me daba igual. Era mi amiga, me gustaba jugar con ella y a ella le gustaba estar conmigo. El problema era otro de los hijos de otra criada, Rogelio, que siempre nos andaba molestando. Nos saludamos con la mano y ella desapareció tras una puerta. Bajamos hasta el comedor y allí la doncella me sentó a la mesa y nos dejó solos.

—Buenos días, hijo —saludó mi padre efusivamente—. Hoy es un día muy importante para ti, así que deberías desayunar bien para coger fuerzas.

Tras dedicarme esa frase ensayada, desapareció tras el periódico, y mi madre me sonrió. Para desayunar había lo de siempre: un menú degustación de cruasanes recién salidos del horno de las cocinas, bizcocho, tostadas, rosquillas, tarros de mermelada de albaricoque, melocotón, fresa, naranja o cereza, fruta fresca, leche y azúcar de caña. Pero yo siempre desayunaba lo mismo: un pedazo de bizcocho, leche y una tostada que solía llevármela de regreso escaleras arriba, donde Cora me esperaba en una de las habitaciones de criados que estaban sin dueño.

—¿Tienes ganas de empezar en la escuela? —preguntó mi madre mientras cubría de mermelada una tostada.

Encogí los hombros.

—Verás cómo te gusta —añadió mi padre—. Es un lugar maravilloso. Una gran escuela, donde aprenderás todo lo que tengas que aprender. Y dentro de unos años trabajarás junto a mí. Y dentro de todavía más años trabajarás en mi lugar.

—De acuerdo, padre, lo que usted diga.

Me bajé de la silla de un salto con la tostada en la mano, subí escaleras arriba mientras las doncellas me ignoraban a su paso. Llegué hasta la última planta de la casa y avancé hasta el final del pasillo. Con los nudillos marqué nuestra clave secreta y Cora me abrió. La habitación en la que nos solíamos esconder era pequeña, especialmente comparada con el resto de mi casa, que tenía habitaciones demasiado grandes. Tenía un somier de hierros desprovisto de colchón y una especie de cocinilla con un lavadero por el que ya no salía

agua. Por una pequeña ventana cubierta con una cortina de tela se colaba la luz del sol hasta las once de la mañana. Ese era nuestro lugar. El lugar donde siempre jugábamos, hablábamos o yo le leía cuentos, ya que ella no sabía hacerlo. La mayor parte del tiempo, cuando Cora no tenía que trabajar en la casa, lo pasábamos allí, por un lado, para que mi padre no nos viera y, por otro, porque era un lugar donde nadie nos buscaría nunca.

—Hola —dijo en voz baja al abrir la puerta.

Pasé.

—Te la he traído de naranja.

—Gracias —dijo cogiendo la tostada y dándole un bocado.

—De nada. Mi madre dice que la han traído de Francia y que es muy cara.

—Todo lo que tenéis es caro.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres que sigamos leyendo el libro de ayer? —ofrecí.

—No puedo —dijo con la boca llena—. Tengo que ayudar a mi madre a fregar el suelo de toda la segunda planta. Además, tú tienes que ir a ese colegio.

—Ah, sí. Ya se me había olvidado.

—¿No podremos jugar más?

—Claro que jugaremos. Pero los fines de semana.

—No es verdad —replicó—. Los fines de semana los pasarás con tus padres. Y cuando vayáis a comer al campo, yo tendré que ir tras vosotros con la cesta de la comida y no podremos jugar.

—Al campo se va en verano y hoy es uno de octubre; faltan muchos meses para que vayamos al campo.

—Me da igual. Todos los criados dicen que ahora eres bueno, pero que te volverás como tu padre. Y seguro que entonces no querrás saber nada de mí.

—No digas tonterías, Cora, yo siempre voy a ser tu amigo.

—Eso espero —dijo poniendo cara de pena.

—¿Ya no te acuerdas de cuando te regalé tu muñeca?

Asintió y sonrió.

—Sí, sí que me acuerdo.

—Pues eso no lo haría alguien que no quisiera ser tu amigo. No hagas caso a lo que los criados digan. Siempre estaremos juntos.

No me gustaba cuando Cora me hablaba de esa forma. Yo no tenía la culpa de que mis padres me enviaran interno a un colegio o de que ella trabajase en mi casa. Simplemente me caía bien y me gustaba pasar el tiempo con ella. Cora terminó su tostada y se limpió las manos en el delantal.

—Bueno, me voy —dijo.

—Vale. El viernes por la tarde nos veremos.

—Quedan cinco días para el viernes. Es mucho tiempo.

—Te dejaré una cosa bajo el almohadón de tu cama para que no olvides de mí esta semana.

—¿El qué? —dijo sonriendo.

—Ya lo verás.

Salió de allí y, después de esperar cinco minutos, yo también. Fui a mi cuarto y saqué de debajo de la cama una caja en la que guardaba las cosas que más me gustaban. Hacía unos días, jugando en el primer sótano, había encontrado un mueble antiguo con un montón de joyas viejas dentro. Rebusqué entre ellas hasta que vi un pequeño colgante en forma de osito. Era muy pequeño, de apenas un centímetro de largo, y pensé que a Cora le gustaría. Desde que lo encontré pensé en dárselo el día que me marchase al internado. Lo saqué de la caja con su cadena y corrí hasta el dormitorio que compartía con su madre en la tercera planta. Abrí la puerta y lo dejé bajo su almohadón.

En alguna ocasión había escuchado a las doncellas hablar de la madre de Cora y de ella misma. Parecía que no las apreciaban precisamente. Decían que Dolores Adraza, la madre de mi amiga, era una mujer que había estado en las camas de medio Madrid, lugar del que había llegado hacía años. Decían que su marido la había echado de casa al quedarse embarazada de otro hombre, pero la historia real era muy diferente.

### 3

Dolores se había casado a los diecisiete años estando embarazada. Rodolfo, un hombre siete años mayor que ella, además de estar con Dolores, conocía las camas de ciertas señoritas de la ciudad bien posicionadas. Ellas, a espaldas de sus padres, se veían con Rodolfo y le regalaban objetos de oro para mostrarle su aprecio, que él después revendía en joyerías para quedarse con el dinero. Trabajaba en una fábrica peletera, donde se encargaba de limpiar las pieles de los restos de los animales para después hacer abrigos. Así era cómo conocía a las señoritas. Cuando Dolores le anunció que estaba embarazada, lo que obtuvo por respuesta fue un «Dudo mucho que sea mío». Al escuchar esas palabras, Dolores le amenazó y le dijo que, si volvía a negar a su hijo, iría una por una a las casas de las señoritas y les diría a sus padres que se había estado beneficiando a sus hijas y que ellas habían sustraído objetos de valor de la casa para regalárselos al amante. Al oír esta amenaza y sin dudar de sus palabras, le dijo que lo mejor sería casarse. Dolores, que en el fondo lo seguía queriendo, pensó que tal vez casados dejaría de fijarse en otras y que solo tendría ojos para ella y para su hijo, pero no fue eso lo que sucedió. Seguía vendiendo pieles en las casas y seguía visitando camas que no le correspondían.

Dolores se centró en su hija y en ignorarlo, pensando que era un hombre y que todos cometen pecados. Hasta que una noche llegó borracho y ella se encerró en el baño con su hija llorando. A patadas consiguió abrir la puerta y la sacó a rastras.

—Tú tienes la culpa de que sea un miserable —le gritaba mientras le daba patadas en el estómago—. Tú te quedaste embarazada y me privaste de la

vida que yo había pensado para mí.

Cuando se cansó, Dolores estaba tirada en el suelo y vomitaba sangre. Su hija, que lo había visto todo desde el baño, se arrastró hasta ella llorando y la intentó abrazar. Ese fue el día que Dolores decidió marcharse del lado de aquel hombre, a la mañana siguiente, pero no sin antes lanzarle una maldición. Dolores había aprendido de su madre una serie de hechizos para atraer la buena suerte, y otros para atraer la mala, pero solo contra la persona que lo mereciera. Después de limpiarse la sangre y de preparar un saco de tela con lo poco que tenía, fue a la cocina y sacó las seis velas negras que guardaba en un cajón. Las encendió en un círculo, y en el centro, en un papel, escribió el nombre de su marido. Tras recitar un par de plegarias al maligno, tiró un vaso de agua encima del nombre y dejó las velas encendidas. Cogió a Cora, de algo más de un año de edad, que estaba dormida, la envolvió en una gruesa manta, le puso un gorrito que le había tejido y se marchó con lo puesto, además de un viejo monedero de su madre con algo de dinero. Su madre siempre le había dicho que, si alguna vez tenía problemas en Madrid, se fuese sin mirar atrás. Se marchó a la estación y allí esperó el primer tren que se dirigiera a la nueva ciudad que había escogido para huir. Tras un largo viaje de más de cinco horas, llegó a la estación de Zaragoza. Eran las ocho de la tarde de un día de invierno que ya había oscurecido. Contó el dinero que tenía en su monedero y buscó la pensión más barata. Encontró una en la calle Cádiz y allí pasaron la noche. No era un lujo, pero al menos se estaba caliente y tenían todas las mantas que necesitaban. A la mañana siguiente le preguntó a la dueña del inmueble si sabía de algún sitio donde necesitaran una empleada y ella le dijo que podía ir a las casas de los ricos, donde siempre andaban necesitados de algún sirviente más.

—El trabajo será duro, pero te darán un techo y podrás criar bien a tu hija —dijo.

—Muchas gracias, señora, ha sido muy amable.

—No me las des, yo también me escapé de mi marido hace muchos años.

Dolores se dio media vuelta y se quedó observándola en silencio.

—No me mires así, se os ve enseguida.

Asintió y se marchó.

Con la pequeña todavía dormida, envuelta en su manta, subió al tranvía siguiendo las instrucciones que le había dado aquella mujer. Bajó en una de las grandes avenidas de la ciudad, donde las casas parecían sacadas de novelas antiguas, en las que los protagonistas se ahogaban en su propia riqueza. Fue puerta por puerta ofreciendo su trabajo a cambio de comida y alojamiento, atravesando jardines de cuento y estancias de mármol. Tuvo que preguntar en once casas para que la última se interesara por ella. Una doncella la hizo pasar y le dijo que esperase en la entrada. Mientras la pequeña Cora se despertaba, Dolores recorría con la mirada los cuadros y las cortinas de aquella mansión en la que le gustaría vivir, aunque solo fuese de prestado para mantenerla limpia.

—Pase por aquí, la señora la recibirá ahora.

Dolores asintió y sonriente la siguió por el pasillo hasta que llegaron frente a una gran puerta doble. La doncella la abrió y le indicó que pasara. Aquella habitación era lo más bonito que había visto nunca. Techos altos y grandes ventanales que daban al jardín delantero mientras un rosal crecía. Los muebles estaban labrados con ángeles, hadas y animales. El sofá en el que la señora se encontraba bordando estaba tapizado con una tela de color rojo fuerte. La puerta se cerró y ella se quedó en pie.

—Me dice Prudencia que buscas trabajo —dijo con una fina voz y sin mirarla.

—Sí, señora.

—¿Qué sabes hacer?

—Sé cuidar de una casa, señora.

—¿Y eso qué implica? —insistió sin dejar de dar puntadas.

—Lavar la ropa, la ropa de cama, planchar, limpiar alfombras, cortinas, quitar el polvo, escobar, fregar el suelo, limpiar los baños y cualquier cosa que necesite ser limpiada.

La señora suspiró y dejó a un lado el bordado para observarla. Fue entonces cuando se percató de que tenía una niña pequeña en sus brazos.

—¿Cómo se llama?

—Cora, señora.

—¿Y cuántos años tiene?

—Uno.

—Igual que mi hijo. Se llama Esteban. Pero mi pequeño ya tiene una doncella que también se encarga de su cuidado. Puedes ponerte a trabajar a las órdenes de Juliana, el ama de llaves. Ella te dirá cómo están organizadas aquí las cosas y se encargará de ponerte tus propios trabajos. Respecto a la niña, no puedes dejarla sola durante tantas horas, así que puede acompañarte en tus tareas hasta que ella misma te sirva como ayudante. Puedes empezar hoy mismo.

—Muchas gracias, señora. No se arrepentirá de haberme dado trabajo.

—Eso espero.

Se levantó del sofá y le dijo que la siguiera. Se dirigió al fondo del corredor, pasando de nuevo frente a la puerta de entrada. Abrió otra puerta que escondía unas escaleras que olían a humedad y que bajaban a las cocinas. Allí se estaba muy caliente por los hornos encendidos. Dolores hubiera preferido en ese instante trabajar en las cocinas para estar al lado del fuego en invierno, pero pensó en el calor del verano y la idea se desvaneció. La mayoría de las doncellas estaban en la cocina recibiendo las órdenes del ama de llaves, una mujer de unos sesenta años con el cabello gris recogido en un moño y vestida de negro. Cuando hubo acabado y todas las doncellas saludaron a la señora y se marcharon a sus labores, Dolores se quedó al cargo de Juliana. Recorrió con ella los pasillos y habitaciones de la casa. Debía aprender adónde daba cada una de las puertas en el menor tiempo posible. Le enseñó especialmente las dependencias de la señora y del señor, así como las de su hijo y las de la abuela de este, que habitaba moribunda una de las habitaciones del final de uno de los pasillos donde no llegaba ni la luz y donde estaba enclaustrada sin poder moverse de la cama con una sirvienta a su lado las veinticuatro horas del día. Le mostró dónde estaban situados los baños de la casa y le advirtió que mantenerlos completamente impolutos sería su primer trabajo y que lo mantendría hasta que se ganase otro mejor. Y, finalmente, subieron las escaleras hasta la tercera planta. Las habitaciones de los criados. No todos vivían allí, pues había quien tenía su propia casa, y por eso algunas estaban vacías. Todas eran iguales y tenían las mismas dimensiones. Introdujo una llave en la cerradura y la puerta se abrió. Hacía

tiempo que nadie entraba allí. El polvo flotaba en el aire y las telarañas habían cubierto el techo. La ventana estaba atrancada y los muebles sucios y colocados sin ningún orden. Había dos camas, una en cada extremo de la habitación, desprovistas de sábanas y mantas, una cocinilla de leña en la que poder preparar su propia comida o calentar agua y leche, un lavadero y, al final del pasillo, un baño común para todos los sirvientes.

—Bienvenida a la mansión de la familia Antón —dijo—. Ya que es el primer día y que acaba de llegar a la ciudad, puede pasar el día organizando su nueva vivienda, y si lo desea puede darse un paseo por la ciudad. Mañana comenzará su trabajo a las seis de la mañana. Debe personarse en las cocinas, y allí la pondré bajo las órdenes de la doncella que crea que mejor la va a instruir en sus labores. ¿Alguna pregunta?

—No, señora, ninguna.

—Bien. A las dos podrán usted y su hija bajar a comer a las cocinas.

—Gracias, señora.

Se marchó.

Dolores observó su habitación en silencio y sintió que no necesitaba nada más. Tenía una casa, tenía trabajo y tenía a su hija fuera de los golpes de su padre. Las únicas noticias que volvió a recibir de él le llegaron unos meses después de instalarse en la casa. Había muerto ahogado. El hechizo había surtido efecto. El resto de la mañana, mientras Cora jugaba en el suelo con unos trozos de tela viejos, Dolores se dedicó a escobar, sacudir el polvo, fregar el suelo, ordenar los muebles y descubrir por qué la ventana estaba atrancada y repararla. Encontró mantas y sábanas en el armario. Lavó las sábanas y sacudió las mantas. Cuatro horas después de la llegada a la casa, tenía su vivienda ordenada y con olor a limpio. Las dos bajaron a comer a las cocinas por las escaleras del servicio que había ocultas tras las paredes de la casa, como si fueran un laberinto que recorría todas las plantas por detrás de las paredes de maderas nobles. Descendieron por el oscuro pasadizo de escaleras con telarañas sobre sus cabezas y aparecieron en la cocina, donde estaban hablando de ellas. Las doncellas parecían animadas con la nueva adquisición de la casa y le hicieron un hueco para que se sentara. Le preguntaron por su vida y cómo había ido a parar a Zaragoza después de vivir

en la capital. Algunas no creyeron su historia y la pusieron de mentirosa hasta hartarse, pero otras sí la creyeron y se hicieron medio amigas con el paso de los años, aunque nunca encajó del todo. Después de aquella primera comida con las personas que iban a ser a partir de entonces su familia, decidió ir a dar un paseo por la ciudad. Con Cora entre sus brazos, salió a un día luminoso con nubes lejanas que se veían algo amenazantes. Caminaron dando un paseo hasta el centro de la ciudad, donde mercaderes ambulantes mostraban sus productos en los puestos mientras con frases pegadizas intentaban llamar la atención de cuantos pasaban por allí.

Con el poco dinero que llevaba encima pudo comprarle a Cora un pequeño dulce de caramelo y ella se tomó un café en una de las terrazas, donde la miraron con desprecio: la tercera donde se sentó y la única en la que no la echaron, mientras las señoras de la alta sociedad, acompañadas de sus exquisitas hijas, la miraban con asco y se burlaban de su ropa.

Sus orígenes humildes y su condición de doncella siempre la acompañarían. Pero todo aquello a Dolores le daba igual. Se sentía feliz por haber dejado atrás a un marido maltratador, una vida de servidumbre y sometimiento, y por haber logrado escapar con su hija. Se sentía orgullosa de que ahora su trabajo al menos se vería agradecido, ya que le daban comida y un hogar. Y en el fondo sabía que todas aquellas señoritas que se reían de ella por su aspecto también iban a aguantar de sus maridos los golpes en la cabeza y sus malas palabras, mientras saltaban de cama en cama o de burdel en burdel, en tanto que ellas aguantaban y callaban, y que escapar no era una opción en sus insulsas mentes amaestradas desde niñas para servir a un hombre, darle hijos y aguantar. Al menos ella había tomado una decisión y, aunque algo tarde, había tomado las riendas de su vida, cosa que sabía que ellas jamás harían. Ahora, y en cierto modo, Dolores era libre, no estaba sometida a un hombre y tenía una hija a la que le enseñaría esa misma idea.

Cora fue una niña pequeña y menuda desde su nacimiento. Tenía el cabello moreno con algunos destellos castaños cuando le daba la luz del sol, y los ojos oscuros, que contrastaban con su piel muy blanca. Era callada y respetuosa. Solía pasar desapercibida y eso le gustaba; así nadie la reclamaría para nada. Solía ir siempre por la casa al lado o detrás de su madre cuando la

ayudaba en las tareas. Dolores, a pesar de estar delgada, era una mujer grande y fuerte, y su hija apenas se veía cuando estaba con ella. Cora observaba a su madre arrodillada fregando el suelo, y ella se quedaba quieta en una esquina mientras le cantaba para entretenerla. En una ocasión escuchó a la señora de la casa decir que una mujer no es nada sin un hombre, así que una mañana, mientras su madre barría, le preguntó por qué ella no vivía con un hombre.

—No debes hacer caso a esas cosas, hija mía. No debes creer esas cosas, las diga quien las diga. Una mujer no necesita a un hombre. Una mujer lo que necesita es un trabajo con el que poder sobrevivir, y las mujeres que piensan como la señora son estúpidas y vagas. Y yo me ocuparé de que no seas estúpida ni vaga. Te enseñaré un oficio, y yo misma te enseñaré a leer cuando seas mayor.

Pero mientras los años pasaban, Dolores cada vez se cansaba más y al anochecer no le quedaban fuerzas para enseñarle a leer y escribir. Por suerte, Cora tenía un amigo que le ayudaría a hacerlo. Cora había recorrido mil veces las escaleras ocultas del personal e incluso se había colado por las zonas donde ya nadie pisaba, cuyo uso había sido prohibido. Había descubierto que había escaleras ocultas tras todas las paredes de la casa, que todas eran paredes dobles y que todas ellas escondían escalones para ir por toda la casa a través de las paredes. Aquello le parecía maravilloso.

Un tiempo después, un día que la seguí, descubrí su secreto y me lo enseñó. Desde ese día, cuando queríamos enterarnos de algo, solo debíamos escabullirnos y caminar hasta la habitación que fuese para espiar.

La primera vez que Cora y yo jugamos juntos teníamos cuatro años. Llevábamos observándonos en silencio desde siempre, cada vez que nos cruzábamos en los pasillos o cuando nos servían la cena y ella ponía la cesta del pan sobre la mesa. En una ocasión se me ocurrió darle las gracias, como yo creía que me habían enseñado.

—Esteban, las gracias se le da a la gente de tu mismo nivel, no a los sirvientes, apréndete eso bien —dijo mi madre.

Asentí y Cora se retiró.

—¿Por qué trabaja de sirvienta una niña tan pequeña como yo? —pregunté.

—Porque es la hija de una criada y debe aprender el oficio de su madre  
—añadió mi padre sin apartar los ojos del periódico, como siempre hacía.

—¿Y si no quiere ser criada?

Los dos se miraron y sonrieron.

—Hijo mío, es una doncella, y siempre lo va a ser, no tiene otra opción, al igual que tú eres mi heredero. Cada uno viene al mundo por una razón. Nosotros, por ejemplo, necesitamos quien nos sirva. ¿Lo entiendes? Nosotros los necesitamos a ellos y ellos a nosotros para poder ganar dinero y trabajar. Ahora desayuna.

En realidad, no entendía aquello muy bien. Lo que estaba decidido a conseguir era que Cora fuese amiga mía. Y, si ella quería, hacerla también heredera para que no tuviera que trabajar de criada.

Eran las cinco de la tarde y estaba en mi cuarto pintando un árbol con un juego nuevo de pinceles que me había traído mi padre, empeñado en que cultivase la mente y las artes, aunque a mí la pintura no me gustaba nada en absoluto. Aburrido, salí al pasillo con los pinceles manchados y fui al baño para lavarlos. Puse el tapón, dejé correr el agua y metí los pinceles dentro. Mientras esperaba a que se llenara, escuché pasos por el pasillo y me asomé. Al estirar el cuello, vi que era Cora, la niña que vestía siempre un traje de doncella que no me gustaba nada, y estaba seguro que a ella tampoco. La seguí sin que me viese, y de pronto desapareció tras un armario delante de mis narices. No podía entenderlo, pero sí que escuché unos pequeños pasos a través de la pared, en los que nunca hubiera reparado si no hubiera sabido que tenía que estar en alguna parte y cerca de allí. Parecía que no había nadie en casa ese día, no se veía ni a los criados. Me aproximé a la pared y pegué la oreja a ella para, acto seguido, caerme de bruces en los peldaños de unas escaleras que no había visto nunca. Cora estaba de pie y se apresuró a volver a cerrar la puerta falsa que simulaba ser parte de la pared. Me puse en pie y saludé.

—Hola.

—¿Quiere algo, señorito?

La miré extrañado.

—No tienes que hablar así, mis padres no están delante. Me llamo

Esteban.

Sonrió.

—Yo, Cora.

Observé a mi alrededor.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Los pasadizos de los criados. Esta zona ya no se utiliza, pero a mí me gusta mucho.

—¿Me la enseñas? —pedí.

Encogió los hombros.

—Es tu casa, puedes visitar las partes que quieras de ella.

—Sí, pero yo solo me perdería.

Dudó unos segundos y finalmente aceptó. Le tendí la mano y me la estrechó. Ya éramos amigos. Cora conocía a la perfección cada centímetro de aquel lugar. Saltaba directamente cuando sabía que había un escalón suelto, y yo tropezaba y caía mientras ella se reía de mi torpeza y me ayudaba a ponerme en pie. Me enseñó que se podía ver, a través de diminutos agujeros que criados anteriores habían hecho, la mayoría de las habitaciones de la casa, incluido el dormitorio de mis padres. Por suerte, el mío se libraba. Supongo que para los criados sería más interesante espiar a los dueños de la casa que a su hijo. Se podía ir desde la tercera planta hasta las cocinas y los sótanos. Parecía un cuento. Cuando nos cansamos de ver todo el recorrido, bajamos a la cocina, nos metimos en una de las despensas donde se guardaban los embutidos ya cortados y el pan y nos encaminamos a mi cuarto. Solo entonces, mientras subíamos por las escaleras, vi descender una cascada de agua que descendía por los peldaños y recorría medio pasillo desde el baño donde había dejado los pinceles para limpiarlos. Entramos a mi cuarto rápidamente y fui yo a avisar a una de las criadas, diciéndole que me había quedado dormido en la cama mientras dejaba que el lavabo se llenase.

—Vaya gracia, señorito, toda la alfombra del pasillo y la que cubre la escalera están echadas a perder, verá cuando se entere su madre.

Pero yo sabía que mi madre no me diría nada, que compraría otra alfombra y problema solucionado. Esta parte la cumplió y conmigo no se enfadó, pero sí con las criadas por no haber estado atentas, a pesar de que era

el día libre de la mitad de todas ellas.

Les dijo que si cometían otro fallo como ese las echaría a todas de casa y tendrían que dormir en pensiones de mala muerte o al raso. No se volvió a hablar del tema ni volví a dejarme ningún grifo abierto.

## 4

No tuve que esperar mucho hasta que mi padre abrió la puerta de mi cuarto de golpe y me dijo que era hora de ir al internado. Mi madre se había quedado bajo el marco de la puerta mientras nos observaba sonriente, viendo mi futuro construirse. Un futuro que nadie me había preguntado si quería y que nunca se llegaría a cumplir. Me sentía algo asustado por el cambio que suponía dejar atrás a los profesores particulares y dar clases en mi casa para estar todo el día sentado a una mesa y tener una clase tras otra. Me cogió de la mano y me sacó de la habitación. Bajamos las escaleras seguidos por mi madre con su cabello rubio perfectamente recogido en un moño bajo que le hacía una de las doncellas cada mañana y adornaba con perlas y piedras preciosas que un respetado peluquero le proporcionaba a ella en exclusividad a precio de oro. Salimos por la parte trasera de la casa y fuimos a parar al garaje donde uno de los Mercedes de mi padre nos esperaba con el motor en marcha y recién lavado a conciencia. Jerónimo era nuestro chófer y amigo mío. Le gustaban los niños y tenía dos a los que nunca veía porque vivían con su madre en Barcelona, sirviendo en una de las grandes casas de allí. La familia había vivido primero en Zaragoza y cuando se decidieron marchar le ofrecieron una gran suma para que fuera allí con ellos, pero Jerónimo sobraba, así que él se quedó aquí y sobrevivió con lo poco ahorrado que tenía hasta que consiguió trabajo en la casa de mi padre.

—Buenos días, señor. Buenos días, señorito Esteban.

—Dese prisa o llegaremos tarde —dijo mi padre.

—Sí, señor.

Jerónimo salió de la casa mientras una de las doncellas cerraba la puerta

al marcharnos. Nos abrió la puerta trasera del vehículo y cuando mi padre no se dio cuenta me guiñó el ojo, gesto al que respondí con una sonrisa. Mi madre no subió al coche.

—Hijo mío, ya sé que te lo he dicho varias veces, pero es mejor que te quede la idea bien clara. Ahora eres pequeño y por eso mismo es ahora cuando debemos comenzar a moldear tu cabeza y tus pensamientos. Si comienzas a recibir una buena educación y tus profesores te muestran claramente las ideas que quiero para ti, cuando tengas dieciocho años al salir de la escuela estarás a la altura que quiero que estés para ponerte al mando de mi trabajo. Tal vez ahora seas demasiado pequeño para comprenderlo, pero yo no estaré aquí siempre y cuando eso suceda tú tendrás que sustituirme.

—Pero yo no quiero sustituirte, padre, yo quiero trabajar contigo.

Al oír mis palabras rio con ganas y me dijo que esa era la actitud que quería ver en su hijo. Que no me preocupara por nada porque todo estaba ya solucionado y pensado. Con lo que no contaba mi padre en aquel entonces, en 1927, era con la guerra que acabaría con todos sus planes y los míos.

El trayecto no se me hizo especialmente largo y era otro motivo más en la lista de los que no entendía: la necesidad de tener que dormir allí de lunes a viernes en vez de poder ir a casa. El coche paró y Jerónimo nos abrió la puerta.

El colegio era un gran edificio situado al finalizar el paseo de Fernando el Católico. Estaba vallado y tenía un gran jardín delantero. Un hombre trajeado con barba recortada y con buen porte nos recibió. Primero mi padre le tendió la mano y seguidamente se abrazaron. Se conocían desde hacía mucho tiempo, pero mi padre era más joven que él.

—Así que este es Esteban —dijo mientras se agachaba y me miraba sonriente—. Ya verás qué bien te lo pasas en el colegio, harás buenos amigos y, además, aprenderás todo cuanto te resulte necesario para tu vida de adulto.

Sin saber qué debía hacer o decir, asentí. Me tendió la mano y se la cogí. Mientras me llevaba adentro, me volví para observar a mi padre, que me miraba sonriente con todas sus esperanzas puestas en mí, cuando yo lo que quería era regresar a casa, jugar con Cora y saber si le había gustado el colgante que había escondido bajo su almohada.

Mientras nos acercábamos al edificio, pude ver cómo unos niños se apilaban a lo largo de las ventanas para verme llegar. El señor abrió la puerta principal y me dejó entrar en primer lugar. La entrada era un lugar grande y oscuro a pesar de tener grandes ventanales.

Había escaleras señoriales de madera por todas partes que daban a los pisos superiores. El techo que se veía en la parte superior de todo el edificio parecía tener ángeles pintados y colgaba una enorme lámpara que caía hasta la segunda planta.

—Ahora está todo en silencio porque tus compañeros están en clase. Pero ya verás qué bien te lo pasas con ellos. Harás amigos enseguida.

—Yo ya tengo una amiga.

—¿Ah, sí? Pues eso es bueno, porque aquí solo estudian jóvenes caballeros. Pensamos que las señoritas pueden ser una distracción. Así que es bueno que tengas una amiga fuera del colegio.

—Se llama Cora y trabaja en mi casa; su madre también, es la que hace las camas y todo eso.

Al escuchar aquella confesión el semblante le cambió.

—¿Dices que una criada es tu amiga?

—Sí, señor.

—Eso es un error. Escúchame, no puedes jugar con sirvientes, no son como tú.

—¿No? —pregunté.

—No, tú estás por encima de ellos. Tú les das de comer, te deben cuanto tienen y debes hacérselo saber.

Había reaccionado igual que mi padre, aunque debí suponerlo, ya que eran amigos. Asentí y le dije que, en realidad, no éramos tan amigos y que no llevaba intención de volver a jugar con ella. En ocasiones, engañar a los adultos no es tan difícil.

Me condujo al comedor.

—Se desayuna, come y cena a las ocho, a la una y a las nueve, respectivamente. Si tienes hambre fuera de ese horario, debes pedir permiso al tutor de tu curso para poder ir a la cocina a por algo de comer.

El comedor era una sala bastante grande, muy luminosa y con grandes

mesas y sillas de madera. Era más bonito que la cocina de mi casa, y desde las cocinas ya olía a comida. Salimos de allí y me llevó a una inmensa biblioteca. Había un cuadro al lado de la puerta de entrada. Era un retrato de la vigilante de la biblioteca, una mujer de rostro serio y no demasiado mayor, con el pelo negro cubierto por un pequeño gorro y ojos marrones, que pedía silencio apoyando un dedo sobre la boca. Debajo del cuadro había una frase grabada en la madera de la pared:

«El silencio es una bendición. Si no vas a cumplir con ella, abstente de entrar en este lugar».

Abrió la puerta. En ese momento no había nadie en la sala. Era enorme. Era la sala de lectura más grande que había visto nunca. Tenía estanterías llenas de libros; llegaban hasta el techo y había escaleras altas para poder alcanzar los de más arriba. Las ventanas altas y estrechas parecían hechas de oro o de algún material que se le asemejara. Al fondo del lugar había unas grandes mesas con bancos que iban de punta a punta.

—A este lugar lo llamamos «sala de estudio». Aquí es donde se realizan las tareas que los profesores os mandan y donde se consultan los libros para hacer los ejercicios correctamente. También podéis usarlos para leer por placer, aunque tus compañeros prefieren llevarse los libros a sus dormitorios. Vamos. Cogió mi mano de nuevo y me llevó escaleras arriba. Me enseñó el aula de pintura, el de música y canto, donde estaba el coro reunido, el laboratorio y la capilla, mientras me iba presentando a todos los profesores con los que nos cruzábamos. Después tuvo a bien dirigirme al aula de mi curso, donde estaban los que iban a ser mis compañeros. El lugar no era especialmente grande. Allí estaban todos los niños atendiendo a una lección de geografía del profesor Octavio. Me presentó a la clase y todos me dieron la bienvenida, incluido el profesor, de unos cuarenta años, bien afeitado, con gafas y con tiza alrededor de la cara. Después de salir de allí, subimos hasta la última planta y me condujo hasta el final de un corredor, donde estaban las habitaciones. Había habitaciones triples, dobles e individuales, según pudieran los bolsillos.

—Tu padre cree que es mejor que tengas una habitación para ti solo y que invites a ella a tus amigos cuando te parezca bien en las horas que tenéis

libres. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—Estupendo. Tienes un uniforme sobre la cama y dos más colgados en el armario. Hoy puedes tomarte el día libre, ya que es el primero de tu larga estancia entre nosotros. Han traído algunas de tus cosas, libros, sobre todo, pero no creo que te hagan falta aquí, teniendo en cuenta nuestra magnífica biblioteca. Le pediré a Herminia que te suba la comida para que no te encuentres tan incómodo en el comedor y mañana será oficialmente tu primer día.

Asentí, le di las gracias y me quedé a solas. La habitación era más pequeña que la que tenía en mi casa, pero la cama era más grande y estaba en el centro de la habitación con el cabecero pegado a la pared. Había dos grandes ventanales. Frente a uno de ellos había un gran escritorio con folios, cuadernos, libros y un tintero. Me senté sobre la cama y suspiré. Todavía no había empezado con nada y ya quería volver a casa con mi amiga y mis padres. Observé el color gris y azul del uniforme y sentí escalofríos. Quería mi ropa. Di un salto y bajé de la cama. Me dirigí al armario y comprobé que tenía la ropa que me había dicho colgando de las perchas, y en los cajones de abajo algunas de mis ropas, que podía ponerme los viernes por la tarde cuando me fuera a casa. También tenía zapatos nuevos para el uniforme. Cerré el armario y fui a la estantería, donde comprobé que verdaderamente tenía algunos de mis libros. Cogí la silla del escritorio y la acerqué para poder alcanzar uno cuando escuché los ladridos de un perro que parecían venir del mismo jardín. Bajé de la silla y me asomé por la ventana que no tenía delante el escritorio y pude ver el jardín trasero. Allí había un pastor alemán marrón y negro muy grande al lado de un hombre con un sombrero de paja en la cabeza que estaba prendiendo fuego a un montón de hojas secas. Cuando iba a darme media vuelta, vi que un niño sin uniforme se acercaba a él y se arrodillaba cerca de las hojas. El perro se le acercó y se sentó a su lado. Estaba claro que no era uno de los alumnos: no le hubieran dejado estar ahí fuera hablando con el jardinero y llevando ropa normal. Pensé que, tal vez, fuera su hijo. Abrí la puerta de mi nuevo dormitorio y miré por el pasillo para comprobar que no había nadie. Cerré la puerta y bajé las escaleras tan deprisa como pude y

haciendo el menor ruido posible. Salí por la puerta que daba al jardín trasero y cerré. Me quede allí plantado alrededor de un minuto observándolos, intentando encontrar las palabras para presentarme. Finalmente, me decidí y caminé hacia ellos. El primero en darse cuenta de mi presencia fue el perro. Giró la cabeza y me vio. Se puso en pie y vino hacia mí. Ahora parecía mucho más grande. Me quedé quieto, inmóvil. Tenía miedo, aunque no me miraba feroz. El animal se acercaba cada vez más a mí hasta que se quedó plantado a unos centímetros de mi cara. No escuché los pasos del niño viniendo hacia mí.

—Lo siento, señorito. El perro no volverá a molestarle.

El chico había cogido al perro por el collar y estaba plantado delante de mí. El padre venía tras él.

—Perdone, señorito —se disculpó el padre—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, no me ha pasado nada. Soy alumno nuevo, solo quería saludar —respondí—. Me llamo Esteban.

El padre dio un paso al frente y cogió a su hijo por los hombros.

—Discúlpenos, señorito, no le molestaremos más.

—No me molestan. Pensaba jugar contigo, si querías, claro —dije al niño que debía ser dos o tres años mayor que yo.

—No puedo jugar contigo. ¿No te han explicado las normas?

—¿Qué normas?

—Las del centro. Son muy estrictas. Tal vez te hayan dejado una copia junto con tus libros nuevos. Deberías leerlas antes de ir por donde quieras y hablar con nosotros. El personal no debe hablar con los alumnos, y los alumnos tampoco deben dirigirse al personal, solo a los profesores.

—¿Por qué? —pregunté.

—Son las normas, señorito, discúlpenos, por favor —intervino el padre.

—Pero en mi casa tampoco me dejan y juego igualmente con Cora, la hija de una criada.

Cuando dije esto, ya se habían alejado y no parecían haberme escuchado. Pensé que tal vez lo mejor era regresar a mi cuarto y leer aquellas estúpidas normas de un colegio que ya no me gustaba, aun sin haber asistido a una sola clase.

Subí las escaleras sin cruzarme con nadie y entré en mi dormitorio. Efectivamente, sobre la mesa había un folio escrito a mano con las normas de la escuela. Los que teníamos baño propio dentro de la habitación no podíamos salir al pasillo hasta las siete y media, hora a la que debíamos entrar en el comedor. No debíamos hablar con nadie fuera de nuestras habitaciones, haciendo mención especial a los castigos que se impondrían a quienes fuesen descubiertos hablando en los pasillos. A los profesores había que hablarles siempre con el más estricto respeto. En clase no se podía hablar si no te daba permiso el profesor, bajo castigo de quedarte de pie durante todo el día mientras se daban las clases. Como me había dicho quien creía que sería mi primer amigo en el colegio, estaba terminantemente prohibido hablar con personal que no fueran profesores o profesoras, lo que incluía al jardinero, al hijo del jardinero, el personal de cocina y de limpieza, la gente con la que yo solía hablar en mi casa. Ahora me estaba totalmente prohibido, bajo pena de tener que escribir una copia de la Sagrada Biblia.

No podíamos salir del colegio, ni salir a los jardines sin el permiso del profesor de guardia. El tiempo debíamos ocuparlo en la biblioteca o en la capilla. Si nos despertábamos enfermos durante la noche, debíamos avisar también al profesor de guardia. Nadie podía entrar por su cuenta y riesgo en la cocina, ni en la biblioteca cuando estuviera cerrada, ni en las aulas cuando no nos tocara clase. Solo podíamos hablar con nuestros compañeros en nuestros dormitorios privados, y no más tarde de las diez y media de la noche, así que, teniendo en cuenta que la cena duraba de nueve a diez, contábamos solo con media hora. Aquello parecía un calabozo más que un colegio, aunque, como rezaba una nota al final de todas las normas, todo aquello era «por nuestro bien y por una correcta y perfecta educación que lograrán que alcancemos nuestras metas en la vida». Aunque en ese momento mi meta en la vida era que mi padre me sacara de allí y me dejase volver a casa. Dejé el folio sobre la mesa y entré al baño, que no sabía que tenía para mí solo hasta que leí las normas. Había una bañera, un lavabo y un mueble para las toallas. Lo típico de cualquier baño. Y sin nada mejor que hacer, me tumbé en la cama a mirar el techo hasta que alguien, a la una en punto, llamó a mi puerta. Abrí y vi a la cocinera que traía mi comida en una bandeja.

—Señorito —saludó.

—Hola —dije.

Dejó la comida sobre el escritorio y se marchó. Levanté la tapa que cubría la bandeja y vi la comida. Verduras cocidas y huevos pasados por agua. Por lo visto, también debíamos guardar dieta para cultivar nuestra mente. A mí me gustaban las albóndigas de la Marisol, la cocinera de mi casa.

## 5

24 de noviembre de 1940, París

El despertador sonó a las siete de la mañana y me encontraba cansado. *Rufus* todavía seguía dormido a los pies de la cama. Apagué el despertador y me di media vuelta para seguir durmiendo. Poco después escuché los rápidos pasos de mi tío, que venía a despertarme, por el pasillo. Llamó a la puerta con los nudillos y entró sin esperar.

—Vamos, hombre, siempre se te pegan las sábanas. Despierta.

—Estoy despierto —dije incorporándome.

Fue directo a las ventanas que había cerrado yo la noche anterior. Levantó las persianas y corrió las cortinas. Apenas se veía luz fuera. Acto seguido apareció mi primo Luke en pijama, restregándose los ojos, al que mi tío ya se había ocupado de despertar. De un salto pasó por encima de mí y se metió en la cama. Mi tío se dio la vuelta y se quedó mirándonos.

—Vaya cuadro, un par de perezosos es lo que estoy criando. ¡Venga! Los dos arriba, os quiero vestidos, peinados y con la cara lavada en el comedor en diez minutos —dijo saliendo y cerrando la puerta tras de sí.

Todas las mañanas eran iguales.

—Oye, tú, arriba, que si no, no desayunaremos. Odette se zampará todo, lo suyo y lo nuestro.

Rio y se destapó.

—Me gusta que estés aquí, contigo me lo paso bien, no como con Odette. Antes de que vinieras era todo muy aburrido y mi padre tenía siempre un aire triste.

—¿Por qué? —pregunté. Era la primera noticia que tenía de eso.

—Bueno, triste desde que empezó la guerra en España y recibió la noticia de que tus padres habían muerto. Se enteró de que tenía un sobrino cuando le dieron la noticia de la muerte de tus padres. Desde entonces se pasaba todas las noches despierto, pensando dónde podrías estar y si estarías bien.

Escuché sus palabras atento, intentando imaginarme la situación.

—Yo también me alegro de estar aquí —dije.

—Cuéntame algo de tu vida en Zaragoza.

—No, sabes que no me gusta.

Había demasiados recuerdos para confesárselos a un niño de diez años, y cosas que no podía contar.

—¿Ni un poquito?

—Trabajé de cartero.

—Esa parte ya la sé.

—¿Y qué parte quieres saber? —dije poniéndome en pie y comenzando a vestirme.

—Alguna que no sea esa, que es la única que conozco.

—Venga, arriba.

Bajamos a desayunar al comedor, donde nos estaban esperando. Beatrix nos dio los buenos días con una falsa sonrisa acompañada de sus últimos pendientes de brillantes. Mi tío leía el periódico apoyado sobre la mesa, casi tumbado sobre él, negándose a ponerse gafas, mientras sostenía una taza de café en la otra mano.

—Esteban, siento tener que retrasar tu visita conmigo esta tarde a las caballerizas, pero me ha surgido una reunión importante y no voy a poder llevarte.

—No pasa nada, iremos mañana.

—Bien.

Me serví unas galletas que hacía la cocinera, Corinne, una chica de veinticuatro años que despertaba las ansias de cuanto hombre se cruzara por su camino y que cocinaba de muerte.

—Hoy vas a la editorial de Eric, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—¿Qué tal sus clases de escritura?

—Bueno —dije mientras me servía zumo—. Sus clases son muy buenas, pero yo soy bastante malo. No sé por qué tiene tanto interés en enseñarme, se ve a la legua que soy un desastre.

—Hijo mío —añadió levantando la cabeza y mirándome—. Si Eric Leyvi cree que puedes ser un buen escritor, lo serás, siempre y cuando te hagas cargo de mis tierras junto a mi primogénito —añadió—. No me gustaría que te dedicases solo a la escritura.

—Claro, tío Eduardo, haré lo que te parezca bien.

A menudo me olvidaba de que mi tío era mejor persona de lo que pensaba. Además de haberme sacado de un país destrozado, estaba empeñado en dejarme la mitad de lo que poseía y la otra mitad a su hijo, quien debería quedarse con todo.

Y si eso no era bastante, a pesar de que a él no le parecía tan bien, me dejaba soñar despierto con los libros y una carrera literaria que cada vez tenía más lejana por ser nulo a la hora de escribir.

Sí, se me daba bien imaginar historias y personajes, pero no se me daba bien el trabajo de plasmarlo en el papel. Cuando ya tenía la idea concebida en la cabeza, intentaba escribirla, pero era como si el papel en blanco se convirtiese en un muro que no me dejaba ver las palabras.

Después de desayunar, mi primo se marchó al colegio y Beatrix se fue, con la que cada vez me resultaba más inútil hija, a comprar adornos para la cabeza, joyas y telas para vestidos. Me quedé solo. Subí a mi dormitorio, abrí el cajón de mi escritorio y saqué lo que era un amago de novela en la que una mujer era la protagonista. Casualmente, se llamaba Cora. Lo metí en una cartera de cuero negro con cierre de oro que me había regalado mi tío cuando se enteró de que me gustaba escribir, me puse el abrigo, cogí un paraguas por si llovía, ya que el cielo estaba de un color gris intenso, y salí a la calle.

Una de las cosas que más me gustaba de París era su tamaño. Era una ciudad enorme y sus calles eran un escaparate de las delicias del mundo. Incluso había alguna tienda regentada por algún español escapado de la guerra en la que se vendían capotes de torero.

Los dulces que se mostraban en los escaparates de las bombonerías hacían que los pies se detuvieran, ya no solo por el olor que desprendía la

tienda cada vez que un cliente entraba y salía, sino por sus formas de dibujos imposibles de hacer en chocolate.

Siluetas de mujeres desnudas, coches, libros, zapatos, animales..., simplemente perfectos. Otra de las cosas buenas de París era que, al ser tan grande, rara vez te cruzabas por la calle con algún conocido y podías pasear tranquilamente, disfrutando de la intimidad.

La editorial donde Eric solía estar la mayor parte del día se llamaba Guillotine Éditions, en honor a la República francesa, y como no cabía esperar de otra forma, el símbolo de la editorial era la silueta de una guillotina con el filo en lo alto y un canastillo en la parte inferior.

El edificio era estrecho y alto y estaba situado en el bulevar más conocido y bullicioso de la ciudad. Era gris y tenía el tejado acabado en punta, como el de una iglesia. Las ventanas de madera estaban pintadas de blanco y se podía ver a escritores y editores de cada una de las secciones de la editorial corriendo de un lado a otro.

Subí los cuatro escalones que me separaban de la puerta y sobre la que se anunciaba en un gran cartel el nombre de la editorial y el nombre de la dueña, Hélène Bosso. La leyenda contaba que Hélène Bosso había sido una niña huérfana que se había criado en un orfanato a las afueras de la ciudad, creciendo entre libros.

Había comenzado a trabajar en una joyería y allí había conocido a su benefactor y amante, veinte años mayor que ella. Vio en aquella joven a una amante en la que gastarse parte de la fortuna que poseía y cuando ella le confesó que le gustaría ser la dueña de una editorial, no dudó en comprar un edificio entero y todo lo necesario para comenzar. Y así, poco a poco, consiguió ser una de las editoriales con mayor presencia en Francia.

Abrí la puerta y entré. Lo primero con lo que te encontrabas era con la oficina de información. Tras la mesa había una joven que nunca me dirigía la palabra. Yo la saludaba y ella se limitaba a no responder.

A lo largo del pasillo, hasta llegar a las escaleras del fondo, pasaba frente a las puertas cerradas de los despachos de los editores jefe de cada sección. Terror, misterio, fantasía, romance, cocina y labores. Subí las escaleras hasta la última planta y allí encontré a Eric en medio de una conversación sobre

cómo debía ser la portada de su siguiente novela. Estaba hablando con la dueña de la editorial.

Por lo que pude escuchar, él quería que fuera únicamente con el título y su nombre, sin ningún otro adorno, pero ella estaba empeñada en añadir un dibujo de un lago, donde transcurría parte de la acción. Acabó por decidir que habría un lago en la portada y se marchó de allí. Fue entonces cuando Eric me vio.

—En mi vida he conocido a una mujer más terca que ella.

Encogí los hombros.

—Creo que tiene razón, quedará mejor con el dibujo de un lago en la portada.

—Eres un pelota.

—No es verdad, pelota sería si te diera la razón a ti.

—Anda, pasa —dijo señalando la puerta de su despacho.

El despacho que Hélène le había concedido a Eric era para mi gusto el mejor de todos. Estaba en el punto más alto de la editorial. Era un torreón, ya que había que subir diez escaleras para ir a parar a la puerta, con un gran ventanal desde el que se podía ver buena parte de la ciudad y la torre Eiffel, no muy lejos de allí.

Había buena luz, incluso con el cielo nublado, y tenía una bonita lámpara para cuando hiciera falta. Eric, precavido, siempre guardaba velas en un cajón por si había un corte eléctrico y estaba metido en mitad de un capítulo absorbente que no le dejaba tener la mente en otra cosa que no fuera acabarlo. Envidiaba su facilidad para la escritura y en el fondo ansiaba ser como él, poder escribir como él y tener la vida que él tenía. Estaba casado desde hacía muchos años, aunque no habían tenido hijos. Tenía un bonito piso en el centro de la ciudad y el edificio, de bonita decoración, tenía un pequeño jardín delantero. Trabajaba en lo que le gustaba y era feliz, o, al menos, eso creía yo. La mesa de Eric tenía aspecto de ser muy antigua y tenía entendido que era uno de los pocos muebles que habían encontrado dentro del edificio cuando fue adquirido tras años de abandono. Era de madera oscura sin llegar a ser negra y tenía muescas aquí y allá, por lo que parecía que había sido testigo silencioso de muchas historias que solo ella conocía.

La silla chocaba contra la pared y parecía que apenas tenía hueco para sentarse en ella. La máquina en la que escribía se la había regalado Hélène para que empezase a trabajar en la editorial, aunque en su casa tenía otra más moderna para cuando le venían las ideas estando fuera del trabajo. Había una estantería con sus libros, y otros que no eran suyos, pegados a la pared del fondo, a un lado de la ventana, una mesa baja, un sofá rojo que parecía sacado de un burdel y un pequeño hornillo, donde solía preparar café cuando iba a quedarse toda la noche escribiendo para terminar alguna de sus historias.

Me gustaba aquel lugar, era acogedor. Me senté en el sofá y observé por la ventana el cielo. Cada vez estaba más negro y ya había comenzado a chispear. Eric se sentó a mi lado.

—¿Por qué no me enseñas en lo que estás trabajando ahora? —me preguntó.

—Sería un delito. Es tan malo que igual hasta se te pegaba.

—Los jóvenes literatos suelen tender a la exageración. Dame las páginas.

Saqué los cinco folios que había escrito hasta ese momento y se los tendí. Tras cinco minutos y tres soplidos me dijo que no tenía salvación.

—Eso ya lo sabía.

—¿Por qué no probamos otra cosa? Podrías contarme directamente sobre qué quieres escribir y yo podría ayudarte a encaminar la historia.

En realidad, quería escribir sobre Cora y Zaragoza, pero sin que pareciera que escribía sobre ello.

—No sé. Me gustaría que la protagonista fuese una chica. Y que sucediera todo en Zaragoza.

—Bien. Uno de los mejores trucos que pueden usar los escritores que no saben cómo comenzar a escribir es comenzar a escribir algo que les ocurrió a ellos realmente, como si fuese una prueba. No sería parte de ningún libro ni de ninguna novela, simplemente sería parte de tu vida. Algo que llevas dentro y que sí tienes que saber escribirlo porque no es más que una descripción de algo que ya has vivido.

Me tomé unos instantes para reflexionar y entonces recordé la carta y los recortes que había traído conmigo desde Zaragoza. Escribir sobre ello y

descubrir lo que ocurrió sería una buena forma de intentar escribir algo, pero no sabía más que una pequeña parte del tema, cuándo lo intenté descubrir y cómo me empeñé en que lo hiciera el inspector Justo San Gil. No conseguí más que portazos en las narices y remover una historia que no se descubrió claramente nunca y que solo sirvió para abrir heridas.

—¿Por qué no me dices lo que estás pensando? No puede ser tan mala idea.

—En realidad, podría decirse que es algo que dejé a medias en Zaragoza. Una historia que intenté descubrir y que no pude llegar a hacerlo.

—¿Me la vas a contar a mí? La parte que sabes de ella, claro.

—La parte que sé de ella es tan pequeña que solo podría contarte mi vida en la ciudad, cómo intenté descubrirlo y cómo di con ello para acabar encontrando nada al final de todo.

—¿Sabes? Siempre he querido conocer tu historia, no sé nada de ti, aparte de lo poco que me contó Eduardo. ¿Por qué no me la cuentas y vemos qué podemos sacar de ella?

Silencio.

—Además, creo que te irá bien quitarte de la cabeza lo que sea que llevas en ella, despejarte, sacarte de dentro lo que te queda de España.

Un enorme trueno sonó y nos quedamos a oscuras. Eric corrió a coger las velas y encenderlas sobre la mesa. Las llamas proyectaban sombras sobre las paredes, dándole un toque lúgubre al lugar.

—¿No crees que es el momento perfecto para que le cuentes tu historia a alguien?

Tenía ganas de contarle, era cierto, pero no quería que mi tío se enterase. No quería que conociera toda mi historia.

—Prométeme que quedará entre nosotros y que no le contarás nada a nadie.

—Soy escritor, Esteban. Si fuera por ahí contando los secretos que he descubierto de la gente, no ganaría para enemigos.

Suspiré.

—En realidad, creo que prefiero contarte solo la parte que me llevó a comenzar a meter las narices donde no me llamaba nadie. Justo San Gil, el

inspector con el que estuve viviendo, es una de las mejores personas que conozco. Me sacó de la calle y se quedó conmigo. Tras no demasiado tiempo de estar allí, Remedios, la doncella que le cuidó de pequeño y que me trataba como si fuese el hijo de Justo, me contó algo que me dejó entre fascinado y perturbado. Por ello empecé a colarme en casas y a preguntar, jugando a ser detective sin saber cómo, para ver si podía averiguar algo de la muerte de Rosa, la mujer de Justo. Hacía años que había ocurrido y, según me contó, habían acusado de su muerte a quien no debían, a un pobre chico con retraso mental. Te lo voy a contar tal como me lo contó Remedios. Con sus mismas palabras, como si fuese ella, como me lo contó aquella noche de oscuridad, hace tantos años, que me quitó el sueño durante largas noches.

## 6

Zaragoza, 1900 - diciembre de 1925

He criado a Justo desde el día en que su madre lo trajo al mundo, y lo conozco mucho mejor de lo que él puede imaginarse. Basta un gesto para saber qué piensa o qué quiere. Lo críe y eduqué en lugar de su madre, que solo se preocupaba de comprar diamantes para las galas a las que acudía. Y por eso me quiere a mí como a su verdadera madre. Solo me faltó parirlo.

Corría el año 1900 cuando su madre gritó de pronto diciendo que ya venía y cayó desplomada en el sofá del gran salón. La llevamos en volandas hasta su dormitorio y la dejamos reposar en la cama hasta que llegó el doctor en su coche de caballos. Le abrí la puerta yo misma, subió las escaleras tan deprisa como le fue posible y entró en el dormitorio, donde un séquito de criadas estaba a su alrededor, rezando el padrenuestro para que todo fuese bien. El doctor las echó a todas, pero requirió mi presencia. Horas después había nacido Justo. Un bebé pequeño, débil y sin un solo pelo en la cabeza. Su madre lo vio y dijo que era el bebé más feo que había visto en su vida y me ordenó que lo quitase de su vista. No lo quiso entonces ni lo quiso nunca.

Con su padre las cosas no fueron mejor. Teníamos orden de hacerle llegar la noticia cuando su hijo hubiese nacido, y cuando aquello ocurrió estaba en el norte de Francia, así que, siguiendo las instrucciones que nos había dado, enviamos a un criado de viaje hasta el lugar donde él se encontraba y una carta explicándole la fecha del nacimiento de su hijo y el buen estado de salud de él y de la madre. Apenas tardaron diez días en regresar los dos. Cuando el padre de Justo entró por la puerta con las botas llenas de barro y apestando a sudor y a tabaco del viaje, trepó por las escaleras y entró en la

habitación que él mismo había dispuesto para el primogénito. Estaba contento de que hubiera sido un hombre, pues era su deseo. Al verlo, le pareció también feo, pero no le importó demasiado: era un varón y crecería fuerte y obediente.

Yo había visto nacer a muchos bebés y sabía que no sería feo cuando tuviera los rasgos más definidos, y sabía también, por el nulo caso que le hacía su madre, que yo me convertiría en ella, en su madre, y lo cuidaría como si fuese mío. Lo bañaría, peinaría y vestiría, jugaría con él y me quedaría a su lado en las horas de estudio cuando fuera lo suficientemente mayor para ello. No importaba si no le querían, yo sí lo haría.

Sus primeros años de vida los pasó con una madre que presumía ante sus amigas del heredero de la fortuna familiar que había traído al mundo, pero, por miedo a que lo tachasen del bebé más feo de los acaudalados, no lo mostró más que en una ocasión, cuando apenas tenía un mes de vida, y achacó su piel arrugada a la leche de la matrona, que no era de buena calidad, pero que ya la habían cambiado por otra. Y, mientras, solo se preocupaba de lucir pendientes de brillantes y vestidos nuevos en las tardes de café y noches en el teatro principal con sus amantes, cuando no estaba su marido en casa, cada vez más ausente en viajes con sus propias amantes. Pero su tío, el hermano de su padre, que había roto con toda la tradición familiar de herencias y dedicación al mundo de la construcción de grandes edificios, ayuntamientos, palacetes y teatros para dedicarse enteramente a los pobres y al mundo religioso, sí que lo apreciaba y lo quería. Puede que sintiera más cariño por su sobrino, sabiendo la clase de vida de estrictas normas que anularían su voluntad, fuera cual fuera, que por el hecho en sí de ser su sobrino. Según tenía entendido, Juan había sentido desde joven la vocación clerical, pero de un modo distinto a como lo hacía la mayoría. Si tenía una cosa, la partía en dos y solo se quedaba la mitad. Y así, después de salir del seminario, se instaló en una pequeña iglesia recién construida en la ciudad y, poco a poco, con ayuda de ciertas personas influyentes, a quienes ayudó con su alma en los momentos delicados de las muertes de sus familiares, consiguió que le concedieran la dirección de un orfanato para poder ocuparse de los niños huérfanos o de aquellos que, aún con padres, fuera como si no

los tuvieran. Eso incluía a Justo.

Siempre recordaré la mañana que se presentó en casa, en ausencia de su hermano, con la imperiosa necesidad de conocer a su sobrino. Yo avisé a la señora, que a las once seguía durmiendo tras una gran resaca de champán del festejo del día anterior. Cuando entré a su habitación y vi que todavía estaba durmiendo, le di permiso para que entrase a verlo, siempre que me prometiera que no le contaría a nadie que había visto al bebé sin el permiso de la madre.

Justo estaba durmiendo en su cuna cuando Juan lo vio por primera vez.

—Será un buen hombre, y de provecho, de eso nos encargaremos entre los dos.

Me sorprendió que me incluyera a mí. Cuando vio que lo miraba sin comprender, simplemente me respondió:

—Se ve a la legua que adoras a este niño, y eso hará que crezca feliz. Y nos encargaremos de que sea listo y bueno.

Después de aquella visita habría muchas otras, sin que nadie se enterase de ellas. Cuando hacía buen tiempo al entrar la primavera y durante todo el verano caluroso, le decía a su madre todos los días sobre las cinco de la tarde que me lo llevaba en el carrito al parque para que le diese el sol. Ella ni se inmutaba mientras echaba la siguiente mano de cartas con sus amigas o amantes en ausencia de su marido. Cuanto más tiempo pasaba, más le daba igual su hijo. Solo se preocupaba por él cuando su marido regresaba a casa, para que lo viese limpio y con ropa nueva; ese era el único deber que ella misma se había impuesto: que al regreso de su marido todo pareciera tal y como lo había dejado él, pero con un hijo algo más grande y con más peso.

Así pues, con la excusa de que el sol le iría bien para fortalecer su salud, salía todas las tardes, y en el parque nos uníamos a Juan, que nos estaba esperando en un banco. A medida que los años pasaban, Justo aprendía a reconocerlo como Juan, en lugar de su tío. Me dio miedo que algún día la señora y el señor se enterasen de nuestras visitas, pero Juan me dijo que no debía preocuparme, que Justo sabía perfectamente, como ya le habíamos explicado, que no debía decir nada a nadie, y sus padres, en realidad, tampoco le preguntaban mucho; en todo caso su padre, que se preocupaba por sus estudios y poco más cuando aparecía por casa.

Pero, como todos los niños, llegó el momento en el que creció demasiado y cumplió los 16 años. Y esa era la edad que Augusto, su padre, se había marcado en el calendario desde el día en que su vástago había nacido. Esa era la fecha señalada para transformarlo en él mismo, hacer de él su nuevo yo, joven, talentoso y hábil en los negocios. Pero Justo tenía sus propios planes.

Durante años coleccionó recortes en los periódicos de los sucesos en investigaciones de asesinatos que ocurrían en la ciudad y en otros lugares del país. Le fascinaba la forma de encontrar pistas e interrogar a testigos, los procesos para encarcelar a los culpables de asesinatos y robos. Le gustaba todo ese mundo. Y no solo eso: quería formar parte de ello. Y, por supuesto, tenía el apoyo incondicional de su tío Juan. Durante años yo misma le ayudaba llevándole todos los periódicos que encontraba por la casa, aunque fuesen antiguos, o los adquiría en los kioscos cuando salía a la compra los tres días a la semana que me correspondían. Pensaba que como entretenimiento o afición no estaba mal, pero tampoco llegué nunca a pensar que su interés iría mucho más allá de aquello, de recortes de periódicos. Aquella fue la única vez que me equivoqué con Justo. Quería dedicarse a ello y tenía todo el apoyo que necesitaba, el de Juan. Nunca podré olvidar el día en que Augusto entró por la puerta de vuelta de Londres tres días después del cumpleaños de Justo y gritó su nombre. Yo me encontraba con él en su dormitorio, hablando de una novela que acababa de leer, *Oliver Twist*. Me estaba contando ciertas partes que le habían gustado especialmente, cuando escuchamos sus pasos subiendo por las escaleras. Entró en la habitación sin llamar y yo me puse en pie y le saludé con un «Buenos días» que no llegó a escuchar.

Justo se sentó en el borde de la cama y su padre se puso a su lado.

—Hijo mío, ya eres un hombre y, como tal, tienes que asumir tu papel en el mundo. A partir de la semana que viene me acompañarás en mis viajes y comenzaremos a sentar las bases de tu futuro. Verás cómo disfrutas de los viajes, de las vistas desde el tren en primera clase y del dinero en el bolsillo. Así que, Remedios, ve preparándole las maletas —dijo mientras se aproximaba a la puerta—, que no se te olvide nada, y cómprale cuanto consideres imprescindible para el viaje. Ahora es el momento de mi hijo, de

que aprenda lo que le falta por aprender, y dentro de unos años asumiré las riendas.

Salió de la habitación de la misma forma en la que había entrado, como un tornado. Había destrozado unas cuantas cosas dentro de mí y de Justo y se había ido sin más. Yo no quería que Justo se marchase: era mi hijo, yo lo había criado, era mi niño, y no estaba dispuesta a que alguien que nunca se había preocupado por él y para quien no era más que una persona necesaria en su egoísta plan de que el negocio siguiese llevando el apellido familiar se lo llevara.

Nunca le había tratado como a un hijo y ahora venía a arrebatármelo. «No señor», pensé, no estaba dispuesta a ello, así que, si Justo se iba con él, yo iría detrás para cuidarlo. Pero no tuve tiempo de contarle esto a Justo. Al quedarnos solos, se puso en pie, me observó y me dijo:

—No iré. No seré su heredero, y que le sienta como le quiera sentar. Y si me amenaza con echarme de esta casa, que lo haga, tengo otro sitio adonde ir.

Lo supe enseguida: Juan. Juan le había dicho muchas veces que, llegado el momento, si es que ocurría, lo que él estaba convencido de que sí, pues ya lo había vivido con su propio padre, le abriría las puertas y no le faltaría de nada.

—No dudes que te quitará de en medio si no sigues sus planes, es igual que tu abuelo, y él ya lo hizo conmigo, pero yo tenía un plan b. Y tú también, yo me encargaré de eso —había dicho.

Pero yo no lo veía tan sencillo. Justo se encaminó hacia la puerta, dispuesto a decirle a su padre que no iba a ser su marioneta, pero le detuve antes de que lo hiciera.

—Debes pensar en las consecuencias, hijo. ¿Qué vas a hacer si no haces lo que te dice? La vida no es sencilla si no tienes una buena posición, y, al fin y al cabo, es lo que tu padre quiere para ti. De un modo u otro, te asegurarás tu nivel de vida.

—Remedios —me dijo como si no entendiera mis argumentos—, todo esto me da igual, no necesito nada de lo que hay aquí.

—Justo, por favor —añadí subiendo el tono de voz—, no sabes lo que hay fuera de estas puertas. Hay hambre, necesidad, trabajo y sudor.

—No quiero ser el heredero de los negocios de mi padre, quiero ser inspector. Y Juan me ayudará a conseguirlo.

—Justo... —intenté rebatir sin nada más que añadir.

Si ya había tomado la decisión, la había tomado, aunque fuese errónea. Si yo hubiera tenido su oportunidad de realizar un trabajo que, aunque no me gustase, me diera para vivir como él lo hacía, no lo hubiera dudado un segundo.

Me quedé bajo el marco de la puerta, escuchando a Justo hablarle a su padre con un hilo de voz y después a Augusto gritar y berrear como si lo estuvieran arrastrando al mismo infierno.

Le gritaba que era un inútil y que haría lo que él le dijera, que para eso lo había criado y mantenido durante todos aquellos años.

—No soy ganado, padre, no voy a obedecerle.

Al escuchar aquellas palabras sabía perfectamente cuáles iban a ser las represalias. Golpes. Y así sucedió. Uno tras otro. Con sus puños y con su cinturón. Cuando se cansó, unos diez minutos después, se dirigió al salón, donde su mujer permanecía sentada en el sofá, esperando que se volviera hacia ella para seguir con sus golpes, pero solo le gritó.

—¡Es por tu culpa! ¡No te has ocupado de él! ¡Solo te has ocupado de lucir tus joyas y diamantes mientras criabas a un estúpido!

Dicho esto, salió por la puerta principal, dejando a Justo sangrando en el pasillo. Bajé las escaleras deprisa y le ayudé a ponerse en pie. Pasé su brazo por encima de mis hombros para llevarlo arriba y prepararle un baño cuando su madre salió del salón.

Se quedó observándonos a los dos y después fijó sus ojos en mí. Nos quedamos quietos y dejamos que se nos acercase lentamente, con su largo cabello que le caía por los hombros y sus ojos oscuros y altivos.

—Vieja estúpida, mira lo que has provocado —dijo a unos centímetros de mi cara.

Y un segundo después desapareció escaleras arriba como si nada hubiese ocurrido. Ayudé a Justo a subir las escaleras y lo dejé tumbado en su cama mientras le preparaba el baño. Dejé el agua corriendo y le pregunté si era necesario llamar al doctor.

—No, no hace falta. Pensaba que sería peor, pero no me ha dado demasiado fuerte y no tengo nada roto.

—¿Estás seguro?

—Pero sí que me gustaría que llamasen a Juan para que viniese.

Dudé.

—No estoy muy segura de que sea buena idea. Pueden verle.

Intentó reír.

—Mi padre no regresará hasta pasados varios meses después de lo que le he dicho, y mi madre ya estará borracha en su dormitorio. Puede entrar por las cocinas y después subir a mi cuarto. ¿Lo harás?

—Sí, Justo, lo haré —dije sin ganas.

Seguía pensando que lo mejor era que siguiese con el plan de su padre, pero Juan y él ya habían trazado otro desde hacía años, mientras yo pensaba que era un entretenimiento y nada más. Lo acompañé hasta el baño y lo dejé allí. Bajé las escaleras y me dirigí al salón. No hacía mucho tiempo que la señora había instalado una línea telefónica en la casa y no la usaba más que para hablar con alguna conocida suya sobre cotilleos del barrio. Yo tenía serias dudas de cómo usar aquel extraño aparato. Descolgué el auricular y, como había visto hacer a la señora en alguna ocasión, hice girar una palanca que había en un extremo. Alguien me respondió al otro lado. Le indiqué con quién quería hablar y un par de minutos después me dijo que me pasaba la conexión. Juan respondió, le conté que había pasado algo y que debía venir a casa lo antes posible porque Justo quería verle. Antes de subir de nuevo, me dirigí a la cocina, preparé un té que nos traían de una región de la India y unas pastas. Subí todo en una bandeja. A Justo le sentaría bien y a Juan le gustaría probar el té. Media hora después, Justo estaba con las heridas lavadas, recostado sobre la cama, tapado con una manta y con una taza en la mano. Juan acababa de llegar y estaba sentado junto a mí a los pies de la cama.

—Entonces lo tienes decidido del todo.

—Completamente.

—Bien. Pues ya está todo listo.

Al parecer, hacía tiempo que los dos estaban compinchados para que,

llegada la hora, Justo comenzase a estudiar en una academia para poder trabajar de inspector cuando estuviese listo.

—Bien, cuando quieras te vienes a mi casa.

—¿A tu casa? —pregunté.

—Claro, aquí no puede quedarse, ya lo has visto.

No quería que fuese Juan ahora el que me lo quitara.

—No te preocupes, Remedios. Vamos a vernos todos los días. La diferencia solo será que viviré en casa de Juan, nada más.

—Si quieres —ofreció Juan—, puedes venirte con nosotros.

—¿Harías eso? —preguntó Justo sonriente.

—Pues claro, ya lo había pensado desde un principio. Además, seguro que trabaja más a gusto en mi casa —dijo observándome—. A mí me da igual el orden, no tengo manías, pero la verdad es que me encantan tus galletas y tus bocadillos. Así que si te apetece...

No encontré las palabras para darle las gracias, en especial por haber contado conmigo desde el primer momento. Así pues, en tres horas habíamos recogido todo. Yo dejé una pequeña nota en la mesa de la cocina diciendo que me disculparan, pero que mis labores en la casa debían ser asumidas por otra persona, pues tenía un familiar enfermo que requería de mis cuidados en un pueblo de Teruel. Justo simplemente escribió una nota en la que ponía: «Adiós».

Y media hora después comenzaba nuestra nueva vida en casa de Juan. Era una casa más grande de lo que me había imaginado. De tres plantas y con una pequeña verja a la entrada. Juan hizo instalarme en una de las habitaciones para invitados en lugar de una para los criados. Estaba al lado de la de Justo y con unas buenas vistas del paseo al que daba. Y tenía mi propio baño, con bañera incluida. Aquella fue la primera noche de una larga estancia en casa de Juan. Se estaba bien en aquella casa, se respiraba tranquilidad. A la mañana siguiente me levanté temprano y me dirigí directamente a la cocina para encontrarme a Juan ya vestido con su sotana y tomando café.

—Mujer, ¿qué haces despierta tan temprano?

—Es la hora a la que siempre me levanto para entrar en la cocina.

—Anda, vuélvete a la cama, tienes que estar cansada con todo lo de ayer.

—En realidad, no creo que pudiera volver a dormir.

—En ese caso —dijo inclinándose hacia la mesa y cogiendo una segunda taza—, desayuna conmigo.

Sonreí. Aparte de otros criados o Justo, nunca había desayunado con nadie, y mucho menos con el señor de la casa. Me senté a su lado y me llenó la taza de café, al que añadí una buena ración de azúcar.

—¿Puedo preguntarle por qué me ha acogido en su casa?

Me observó sonriendo amablemente.

—Porque estoy seguro de que serás mucho más feliz aquí, aunque te tenga que pagar menos que en aquella casa solitaria sin Justo.

—¿Lo dice en serio? No llevo intención de cobrar nada, suficiente ha hecho con traerme con Justo.

—Por supuesto que voy a pagarte, y siento que la conversación se acabe aquí, pero debo marcharme al trabajo; además, debo hablar con ciertos conocidos para que ingresen a Justo en la academia. Si me disculpas... —dijo levantándose y poniéndose un sombrero.

—Por supuesto —dije poniéndome en pie a la vez—. ¿Qué plato le gustaría para cenar?

Pensó durante un instante y después me respondió.

—Justo dice que haces un ternasco asado con patatas para chuparse los dedos, y tengo un par de patas allí en la despensa.

—Hecho.

No tardé en acostumbrarme a aquella vida. Todo era bueno y agradable. Los anocheceres nos reuníamos los tres en el salón, cenábamos y después charlábamos. Justo destacó en la academia nada más entrar y se graduó con honores, lo que le sirvió para entrar a formar parte de la Brigada Criminal en menos de dos meses, el tiempo que tardó en hacer las prácticas en Madrid, donde también destacó por su destreza y por fijarse en detalles en los que no hubiera reparado nadie. Sus padres descubrieron que estábamos ambos en casa de su tío al poco de estar instalados allí y vinieron en unas cuantas ocasiones para llevarse a su hijo y devolverlo al buen camino, pero no tuvieron éxito. Justo era feliz con su nueva vida. Y todavía lo sería más al conocer a Rosa, que no mucho después se convertiría en su esposa, aun a

regañadientes de los padres de ella, pero como era el deseo de su hija hicieron la vista gorda.

Justo llevaba tres años de servicio en la Brigada y tenía veinte años cuando le pidieron ir a cubrir un robo sin importancia en una de las casas de la ciudad. No entraba en sus cometidos, pero se debió a una falta de personal por una afección gástrica, que se había extendido rápidamente entre los inspectores y sus ayudantes, que había dejado a media plantilla de baja laboral, curiosamente coincidiendo con la temporada de corridas taurinas. La casa era de una familia de cierto nivel y bien acomodada, aunque no de las mejores. Se presentó en la casa a las tres de la tarde, un par de horas después de denunciarse el caso por el padre del clan, Federico Abancens. Le abrió la puerta el mismo Federico, que había congregado a todos sus sirvientes, incluidos los que ese día se encontraban de fiesta. Estaban en el salón de la casa, todos en pie y en fila. Al parecer, habían desaparecido un par de pendientes de zafiros de la señora y una tiara con varias piedras preciosas. Justo los fue interrogando uno por uno y al cabo de cuatro horas no había llegado a ninguna conclusión, así que ordenó el registro de todas las habitaciones de los criados. Después de no haber encontrado nada en ninguna preguntó si había alguna habitación en la casa en la que no se entrase nunca, pero fueran de libre acceso a todo aquel que quisiera entrar.

En otras palabras, que no estuviera cerrada bajo llave, y le dijeron que sí, que había unas cuantas. Le indicaron cuáles eran aquellas habitaciones y el mismo Justo las registró, encontrando los pendientes en una y la tiara en otra. Hecho el descubrimiento, Justo le dijo que, tal vez, alguno de los hijos de los criados podía haber estado jugando con las joyas para que otros las encontraran e intentó quitar hierro al asunto para que no fuese demasiado severo y no los echasen de la casa, aunque Federico parecía no llevar intención de quedarse con los brazos cruzados.

Por suerte para los criados con hijos, llegó a casa su hija, Rosa, que aparentaba más o menos la misma edad de Justo, de piel blanca como de cuento de hadas y cabello rubio brillante recogido en un bonito peinado en la parte alta de la cabeza.

—Padre —dijo al ver a un inspector allí—, ¿qué ocurre?

—Pues que algunos de los criados han tenido a bien entretenerse escondiendo las joyas de tu madre.

—Padre...

—No digas nada, Rosa, ya sé que siempre defiendes al que menos se lo merece, pero...

—Los escondí yo, padre. Estaba jugando a encontrar el tesoro perdido con Susanita, ya sabes, la hija de Alfonsina, y supongo que no los encontré antes de que yo saliera de viaje.

Todos se quedaron en silencio. Justo sabía que debía decir algo en ese momento para que el asunto se calmase del todo, pero no fue capaz de abrir la boca, pues con mirar a Rosa tenía suficiente.

—Así que está todo aclarado... —dijo Rosa.

Justo asintió como un tonto y Rosa le sonrió divertida, dándose cuenta de la sensación que provocaba habitualmente en los hombres. Además, Justo no estaba nada mal, tenía buena planta, era guapo y joven y tenía algo que le gustaba.

—Bueno, entonces dejemos el tema como está —añadió Federico—. Pero que sea la última vez que te pones a jugar con las joyas de tu madre; ya no tienes tres años, hija, ¿no puedes esconder un carrete de hilo o algo parecido?

—Estábamos buscando un tesoro —dijo mientras bajaban ya todos por las escaleras—, y un carrete de hilo no pasa por un tesoro.

Federico se dirigió al salón para decirle a todo el personal que podían volver a sus tareas y que el tema estaba zanjado. Rosa acompañó al embobado inspector a la calle.

—Ha sido un placer conocerle, inspector.

Justo, que no se había quitado el sombrero desde que entró en la casa, se lo quitó ante ella y le dijo que también había sido un placer conocerla. Tímido, como siempre había sido, no se atrevía a decirle si le gustaría tomar algo algún día con él, pero tampoco se marchaba, así que fue Rosa la que se lo preguntó y quedaron para el día siguiente.

Comenzaron a salir un día y luego otro, y otro..., así hasta que su relación dejó de ser un juego de niños para convertirse en algo más serio.

—Un inspector. No podías haberte enamorado de un comerciante,

¿verdad, hija mía? Eso no va contigo.

—Qué cosas tiene, padre. Como si eso se pudiera elegir.

—Claro que se puede elegir, si piensas con la cabeza.

—En el amor no se piensa con la cabeza, se piensa con el corazón.

—Precioso para una empalagosa novela romántica, Rosa, pero no para la vida real.

—Tonterías, padre.

—No, hija, no, tonterías las tuyas, que eres igual de romanticona que tu madre por culpa de esas novelas que te leía en la cama de pequeña.

Quisiera o no quisiera don Federico, Rosa se llevó a Justo a una celebración a la que su padre estaba invitado, para así presentarlo formalmente como su prometido un año después de haberse conocido. La boda tendría lugar en tres meses.

Al día siguiente de la presentación formal, Justo se lo diría a sus padres por petición de Juan, pues, al fin y al cabo, eran sus padres y algo así debían saberlo. Allí, en la fiesta que dieron para anunciar su próxima boda, fue donde conoció a una de las familias más destacadas de la ciudad y con la que los padres de Rosa mantenían una buena amistad desde siempre: los Campillo. Aquella noche le presentaron al padre, a la madre y al hijo mayor, que tenía treinta y tres años. La señora de Campillo estaba embarazada de un par de meses, según nos contaron.

—Los médicos dicen que es casi un milagro —añadió ella—. Es increíblemente complicado que una mujer de mi edad se quede embarazada. Aunque dicen que es un embarazo de riesgo, a veces estas cosas pasan.

—No es un milagro —dijo el patriarca del clan—. Es la naturaleza humana y que el que tiene poderío para engendrar hijos lo tiene.

El hijo, Pascual, parecía tener una buena amistad con don Federico y también con Rosa. Por lo que pude enterarme, se habían criado prácticamente juntos, a pesar de llevarse varios años de diferencia de edad. La amistad de sus padres venía de largo. Incluso contaron que sus padres tenían la esperanza de que algún día se llegasen a casar.

—Pero Rosa no estaba por la labor —dijo Pascual, queriendo hacer una gracia que a Justo no le gustó.

—Nunca me han gustado que fueran mucho mayores que yo —respondió ella.

—Pero no son tantos —insistió él, riéndose.

—Sí. Bueno, cuando os vean paseando a todos por la calle con un bebé en un carro, pensarán que es hijo tuyo, Pascual, en lugar de tu hermano pequeño. Y también creerán que sus padres son en realidad los abuelos.

Justo pensaba que el ambiente se estaba caldeando, pero, al parecer, esas conversaciones eran las normales entre ellos. Tras la velada, Justo acompañó a Rosa a casa en el coche de la policía y ella le contó que apreciaba a Pascual, pero que nunca le había gustado del todo, que tenía algo siniestro, aunque no podía saber qué era porque siempre se había portado muy bien con ella. La dejó en la puerta de su casa. Pensó en la visita que tendría que hacer a sus padres al día siguiente. Sin haber dormido demasiado bien, simplemente se plantó ante la puerta de la que había sido nuestra casa y llamó.

Una de las doncellas le abrió y le hizo esperar en la entrada de la casa. Sus padres no tardaron en aparecer. Su madre tenía el cabello igual de largo que siempre, pero ya no conservaba su color, sino que se había convertido en gris y blanco, y las arrugas se habían adueñado de su rostro. Su padre se veía obligado a caminar con un bastón en la mano derecha y llevaba gafas, que nunca le habían hecho falta. Había perdido buena parte de su pelo. Ambos parecían mucho mayores de lo que en realidad eran.

—Voy a casarme —anunció él.

Al ver que sus padres no respondían, se dio la vuelta y se dispuso a marcharse de allí.

—¿Con quién? —preguntó su padre sin ningún sentimiento de rencor.

Justo los observó de nuevo y les dijo de quién se trataba. Los dos asintieron y le ofrecieron quedarse con ellos para que les contara qué era de su vida, pero Justo tenía que marcharse a trabajar. Les dijo el día de la boda y la hora y que si querían ir estaban invitados. Por supuesto, asistieron, siendo una sombra de lo que habían sido, con la derrota del tiempo y de la vida en sus rostros y sus ajados cuerpos envejecidos antes de tiempo. Parecía que les había caído una maldición encima, y seguramente algún poeta que hubiese visto la escena lo hubiera llamado «la maldición de la soledad». La boda se

celebró en la capilla central del Pilar tras tres meses de preparaciones en las que me aseguré de conseguir formar parte de ellas. Yo misma, por petición de Justo, tras convencer a Rosa de mi buen gusto y exquisito detallismo, me encargué de elegir el lugar donde tendría lugar el banquete y no se me ocurrió otro mejor que Le Grand Palais.

Le Grand Palais era un palacete con más de dos siglos de antigüedad y había sido abandonado por sus dueños hacía más de cincuenta años. Nadie había vuelto a saber nada de ellos y nadie había reclamado la propiedad, así que, tras unos meses de papeleo, abogados y representantes de los descendientes de la familia, el palacio fue adquirido por un empresario del negocio hostelero y lo transformó en un magnífico restaurante de alta categoría. El lugar tardó un año en estar listo y lo hizo por todo lo alto. El nuevo propietario del lugar, Alberto Castellón, supervisó personalmente el desarrollo de las obras junto con su arquitecto personal, al que le había encargado años atrás la construcción de las casas que poseía en España, Francia y Suiza.

Derribaron muros, cambiaron tuberías, subieron y bajaron techos, quitaron ventanas viejas y sucias para poner cristales transparentes o vidrieras, según el salón. Decoraron cada salón de una forma diferente para ofrecer al cliente de turno cualquier cosa que pudiese pedir. El salón azul, el salón rojo, el salón dorado, el salón del aroma... El salón del aroma se hizo popular gracias a un nuevo sistema de ventilación que el arquitecto había modificado ligeramente para que, en lugar de ventilar el aire, entrase en la estancia con aromas diferentes a lo largo de la velada, hasta el detalle de que, según lo que los comensales estuviesen degustando, les acompañara olor a chocolate en el postre u olor a vino con la carne asada. Se pusieron impresionantes lámparas de araña en todos los salones y grandes alfombras a juego con el resto de la pieza.

También se abrieron habitaciones en las dos plantas superiores por si en alguna ocasión era necesario quedarse a dormir, así que, a la vez de un enorme restaurante únicamente para bolsillos sobresalientes, también podía hacer las veces de hotel. Cuando las obras terminaron, aquel palacete ennegrecido, sucio y abandonado por el paso de los años y el olvido había

vuelto a nacer más brillante, acomodado y resplandeciente de lo que nadie podía haber imaginado nunca. Era sencillamente espectacular. Los empresarios acudían a verlo para sus celebraciones personales y profesionales, y los que pedían limosna acudían a buscar las sobras de los banquetes. Los ahuyentaban por orden del dueño con cubos de agua fría en invierno y cubos de agua hirviendo en verano.

Pero si por algo era conocido aquel lugar era por el llamado Salón Diamante Dorado. Recibía ese nombre por su perfección y los diamantes con los que estaba decorado, además de las luces de los candelabros que escapaban de la pared, puestas en el ángulo más adecuado para que hiciera brillar cuantos diamantes hubiera allí. Los ventanales de este salón estaban imperceptiblemente inclinados para lograr este mismo efecto con la luz del sol, y los marcos de los mismos eran dorados. Las paredes estaban enteladas con tonos dorados en diversas escalas y el suelo estaba enmoquetado y alfombrado de igual modo. La mesa, de madera no demasiado oscura, estaba cubierta por manteles de hilo de seda dorado y servilletas a juego con servilleteros de oro, con diamantes transparentes y amarillos incrustados. Las copas eran de cristal tallado con el borde de oro y los platos de porcelana china también con el ribete dorado.

En los tapizados de la pared había diamantes en puntos estratégicos y formaban el dibujo de rosas. Las sillas estaban tapizadas también con seda e hilos brillantes y dorados. La chimenea, que quedaba a la derecha del salón mirándolo desde la puerta, era muy larga, y ocupaba casi toda la pared. Estaba hecha en mármol y acabada en oro. Pero lo más grande y lo más famoso de aquel salón era la lámpara de araña, hecha exclusivamente de brillantes tallados. Era algo espectacular. Las bombillas hacían brillar con una fuerza increíble cada una de las pequeñas piedrecillas que colgaban del metal dorado de la lámpara, haciendo parecer que lloraba. Era soberbio.

Y ese salón tenía que ser para Justo. Era el más caro de alquilar para la cena de su boda, pero se lo había ganado. El menú que escogí también fue sofisticado. De primero había elegido una crema de marisco acompañada con caviar. De segundo escogí el solomillo con verduras, y de postre, por supuesto, tarta de nata, avellanas y mermelada de albaricoque, cuyo color

también iba a juego con el salón. De los vinos se encargó Justo personalmente.

De esta manera, una vez elegido el traje que Justo llevaría, todo estuvo listo para la boda a dos semanas de su celebración. La ceremonia fue preciosa y el cura se encargó de que unos monaguillos cantasen un *avemaría*, lo que animó bastante a los invitados. Después todos fuimos a cenar. Habíamos encargado coches de caballos para ir de una punta a otra de la ciudad. Yo fui en el mismo coche que Juan, al que me pareció verlo llorar de emoción, pero se empeñó en decir que no, que él no lloraba. Los dos recién casados estaban felices y se notaba en el ambiente. Vi que los padres de Justo también parecían estar felices de verle así, pero no me atreví a decirles nada por miedo a que me diesen alguna fresca por haberme marchado de su casa con Justo en lugar de retenerlo. A la celebración también acudieron amigos de parte del padre de Rosa: los Campillo y los Roncesvalles. A los Campillo los había escuchado nombrar en varias ocasiones e incluso ya los conocía, especialmente a Pascual, el hijo mayor, que era el soltero de oro para las muchachas. Se había ganado la fama de estar con todas a la vez, pero con ninguna en concreto, y parecía que no iba a casarse nunca.

—Es que no doy con la mujer adecuada —decía él siempre, burlándose.

A la familia Roncesvalles no los conocía, pero sí los había escuchado nombrar a Rosa en alguna ocasión, especialmente a su hija, Selene. Rosa siempre decía que era una jovencita muy hermosa y que seguramente tendría que quitarse a los hombres de encima. Siempre decía lo mismo, así que al enterarme de que los Roncesvalles iban a acudir a la boda sentí curiosidad por verle la cara a aquella niña, pero ni ella ni ninguno de sus hermanos acudió. Al parecer, su padre era muy restrictivo y no quería que le incordiasen en una celebración, incluso yendo a una boda, porque el negocio nunca esperaba y, aunque estuviesen de fiesta, nunca se sabía cuándo iba a aparecer algún interesado en su negocio. Así que, una vez más, me quedé sin verla. Toda la velada transcurrió tranquila hasta que el padre de Justo tuvo que salir al servicio. Apoyado en su bastón, y con el orgullo que siempre había tenido y seguía teniendo, no permitió que nadie le ayudase a llegar. Transcurridos veinte minutos y sin que nadie se diese cuenta de que tardaba

demasiado, abrió la puerta del salón de golpe y cayó al suelo. Los camareros corrieron a ayudarlo y lo sentaron en una silla. Estaba sudoroso y apestaba. El pelo sucio y despeinado, sin cortar desde hacía varios meses o tal vez años, le caía sobre las orejas pegajoso.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Juan—. ¿Te encuentras bien?

Todos hicimos corrillo a su alrededor. Yo le llevé un vaso de agua que aceptó sin mirarme y se lo bebió de un trago. Transcurrido un minuto de sollozos y miradas, se tranquilizó y dijo que en realidad no le había pasado nada, que su corazón se había acelerado y se había puesto nervioso, acelerándose todavía más. Se disculpó por aquello y dijo que prefería retirarse a su casa a dormir.

—Remedios, me gustaría que me acompañases —dijo.

Me quedé sorprendida. Hubiera sido lo último que me hubiese esperado de él. Busqué la mirada de Justo y vino a mi lado.

—Si no te apetece, no lo hagas; puede acompañarle su mujer, que para eso lo es.

Sonreí y le arreglé las solapas de su impoluto traje de novio.

—No te preocupes, no me importará hacerlo. El viaje es corto y regresaré en menos de una hora. No te preocupes por nada, lo atenderé bien.

—Eso no lo dudo, pero tampoco seas demasiado buena con él —añadió guiñándome un ojo.

Augusto insistió a su mujer para que se quedase en la celebración, que no tenía por qué ir tan pronto a casa y que no se preocupara, que se iba a meter a la cama y cuando ella regresara a casa, él estaría durmiendo tranquilamente. Salimos del palacete, subimos en uno de los coches y emprendimos el camino. Yo me sentía incómoda en su presencia y no me atrevía a mirarle a la cara, pero él no tardó en hablar.

—Remedios, hace mucho que no hablamos, pero sé que quieres a mi hijo.

—Le temblaban las manos, las tenía completamente blancas, con las venas hinchadas. Respiró profundamente y comenzó a contarme lo que había sucedido—. Cuando he salido al baño me he perdido, mi vista ya no es la que era y no he sido capaz de leer los indicadores de letra minúscula que guían hasta el excusado, así que he ido abriendo puertas. He entrado en unos

cuantos salones que estaban a oscuras y cuando ya creía que había encontrado la puerta del baño, me he encontrado observando el interior de una habitación extraña. Estaba muy oscura, más que las otras. Hacía mucho frío dentro, y eso que solo he asomado la cabeza, pero el vaho salía de mi boca igualmente y se me ha erizado el vello del brazo. Me ha dado mala espina ese lugar. No es algo que suela pasarme, y cuando me he dispuesto a cerrar la puerta he escuchado un susurro que decía mi nombre, he alzado la vista y bueno... Jesús, María y José —dijo santiguándose—. Había una especie de figura negra en el centro de la habitación con los ojos de un rojo muy vivo. Me ha parecido el demonio, pero tenía voz de mujer y creo que hasta he visto los cuernos clavados en su frente.

Estaba sudando y le temblaban las manos, no supe si lo que había visto había sido real o culpa de su estado de salud y tan solo se lo había imaginado, pero, realmente, él sí creía que había sido cierto y estaba asustado. Sacó el pañuelo blanco de su bolsillo y se secó la frente y las palmas de las manos.

—Me he quedado paralizado, ha comenzado a temblarme el cuerpo entero, pero no he podido moverme, no he podido despegar la mano del pomo de la puerta. Y ha comenzado a hablar mientras se acercaba a mí y podía sentir su aliento a azufre —dijo mientras le temblaba la voz y se santiguaba de nuevo—. Ha dicho que moriré mañana, que mi corazón se parará para siempre a las doce y cinco del mediodía y que mi mujer se quedará sola no por mucho tiempo, que ella vendrá tras de mí en una semana.

Iba a intentar calmarle, pero no me dio tiempo y continuó hablando.

—Pero eso no es lo que me preocupa. —Me observó largamente; me costó mantenerle la mirada—. Me preocupa mi hijo. Esa cosa, ese ser me ha dicho que Rosa morirá un año después de haberse casado y que Justo se quedará hundido por ello.

—Vamos —intervine—, cálmese. Seguramente, esa cosa que ha visto no es más que algún efecto secundario de algún medicamento mezclado con el vino de la comida. No se preocupe, verá como mañana por la mañana se encuentra más tranquilo.

—No me crees, ¿verdad? Yo tampoco me creía esas leyendas que contaban del palacete, por lo que lo abandonaron.

Me quedé en silencio, esperando que continuase mientras me observaba.

—¿De verdad no has escuchado las historias que se contaban sobre el palacete?

Negué lentamente con la cabeza.

—Bien, pues te lo voy a contar yo, y tal vez así dejes de pensar que es una intoxicación.

En ese momento llegamos a su casa. El cochero paró y fue a la puerta para ayudar a Augusto a bajar del coche. Lo ayudé a entrar en la casa y le sostuve del brazo mientras buscaba la llave para entrar. Me pidió que lo acompañase hasta el salón. Allí lo arrojé con una manta frente a la chimenea apagada y me senté frente a él después de encender la pequeña lámpara de la mesita al lado del sofá.

—La leyenda viene de antiguo. Se rumorea que hace siglos, antes de que el palacete estuviese construido, había una especie de castillo medieval en ruinas, un castillo pequeño, según decían. Recuerdo que fue un maestro que tuve el que me contaba estas historias. Me explicó que, hacía años, en esas ruinas, era donde se reunían las brujas para sus aquelarres y que allí fue donde fueron ajusticiadas al modo de la época. Desde entonces se habían aparecido, cuando les había venido en gana, a los campesinos que iban con las ovejas a pastar, incitándoles a acabar con la vida de algún vecino o familiar en ofrenda de sangre al diablo. Hasta que unos amigos campistas que iban a merendar por aquella zona una tarde de verano se encontraron con la aparición y se fueron corriendo. Aquella noche uno de ellos soñó con la mujer desnuda y ensangrentada que le pedía sangre. Se despertó, amordazó a su mujer, la metió en uno de sus coches y la llevó hasta aquel lugar, donde la degolló y calló sus gritos para siempre.

»A la mañana siguiente encontraron allí dos cadáveres, el de la mujer desangrada y el del marido, con una expresión congelada en el rostro de auténtico terror. Después de aquello se contaba que las apariciones de las brujas desaparecieron y las sustituyó la de la joven esposa muerta. Con el tiempo la leyenda se olvidó y después alguien ordenó levantar allí un palacete que no tardarían en abandonar por culpa de las apariciones.

»Al principio los negocios de la familia siempre habían sido prósperos,

pero desde que se instalaron en la casa parecían ir a mal, aunque no hasta el extremo de la ruina. Más tarde decían las criadas que había ciertas habitaciones en las que no querían entrar a hacer las labores de limpieza de la casa, pues en cuanto se daban media vuelta, veían a una mujer sin ojos al otro lado del espejo y les sonreía con una extraña risa que parecía sacada de un enfermo mental, además del frío que hacía siempre en esas habitaciones.

»Una mañana cundió el pánico en la casa al ver que todas las ventanas, sin olvidar una sola, estaban manchadas de barro. Hasta las que eran de acceso imposible por su situación en los tejados y buhardillas, que se hicieron para ser vistas desde fuera de la casa, no para ser usadas. En otras ocasiones escuchaban el tañido de una campana dando las doce de la noche cuando en el palacete no había campana alguna, aunque sí la hubo en el castillo.

»Había un pozo en uno de los laterales, que llenaron de tierra por culpa de los fétidos olores que despedía, pero de nada sirvió, pues al día siguiente la tierra había desaparecido y los olores continuaron exactamente un mes. Después desaparecieron sin más. En una ocasión, cuando una de las ayas se disponía a preparar el baño para la niña recién nacida, de los grifos no salió agua, sino algo del espesor y color de la sangre. Cuando dio el aviso, el dueño del lugar recorrió cuantos baños tenía y abrió los grifos uno por uno. De todos salía la misma sustancia.

»Otras veces, todas las luces de la casa se encendían sin más en plena noche o se escuchaban golpes detrás de la puerta, hasta que se levantaban de la cama para ver quién había. Justo en el momento de apoyar la mano en el pomo, dejaban de llamar y no había nadie al otro lado.

»Otro asunto aparte eran los espejos. No fueron pocas las ocasiones en que parecía que una mano por la noche los giraba y los ponía cara a la pared, una y otra vez. Las camas que estaban hechas aparecían deshechas en cuestión de segundos sin que nadie hubiera entrado en la habitación, y, de vez en cuando, se escuchaba el chocar de las bolas en la sala de billar o el descorchar de una botella. Así pues, hartos de aguantar esas apariciones o lo que fuesen, acabaron por abandonar el lugar sin llevarse apenas nada de lo que había en la casa y ni siquiera se molestaron en deshacerse de ella; simplemente, hicieron que dejara de formar parte de sus vidas. Después hizo

su aparición el hostelero para volver a habitar ese lugar.

Calibré sus palabras y calibré las que debía usar yo con él.

—No hace falta que digas nada, simplemente te he contado la historia de la casa. Si te la quieres creer, tal vez entiendas que he visto lo que he visto, pero si no te lo crees, estás en tu derecho; pero, al menos, dile a mi hijo lo que te he dicho para que esté sobre aviso.

Asentí y le prometí que lo haría. Lo dejé en el sofá con la luz encendida y mirando la chimenea apagada. Salí de la casa para regresar a la boda.

No dije nada a Justo cuando lo encontré en el salón en el que se celebraba el enlace, y fui a ver la habitación donde había tenido lugar la aparición. Tonta de mí, sin ver absolutamente nada, di media vuelta y me dije a mí misma que no eran más que tonterías de un viejo enfermo y roto, que no debía preocuparme ni hacer caso de lo que me había contado y, menos aún, asustar a Justo con la muerte de su mujer.

Al día siguiente nos avisaron de la muerte de Augusto. Su mujer lo había encontrado despierto en el sofá cuando había regresado a casa y le había dicho que prefería pasar la noche en el salón, que se guardaba más el calor en esa habitación. Ella se marchó a dormir. Las doncellas la despertaron de pronto, a las doce pasadas, para decirle que su señor se había caído al suelo después de tomarse un whisky y que había fallecido.

Por supuesto, pensé que no había sido más que una curiosa coincidencia: era viejo, estaba enfermo, mezclaba medicamentos y, además, bebía mucho a pesar de que los médicos se lo habían prohibido. Se había alterado sobremanera el día anterior por una alucinación que había tenido a causa de esto último, y tal vez la hubiera vuelto a tener y su corazón no pudo aguantarlo.

Una semana después murió su mujer. Entonces preferí hacer caso a los médicos, creer en una mera coincidencia con la historia que me había relatado y que solo fue una muerte por pena, como dijo el doctor.

—Ha muerto porque no podía vivir en este mundo sin su esposo.

Le creí y no dije nada a Justo de lo que me había contado su padre. No mucho tiempo después lo olvidé. Los padres de Justo habían dejado todo a nombre de su hijo, su casa y su dinero, lo que fue una sorpresa después de

todos los años que habían pasado sin relación alguna. La empresa debía disolverse a la muerte de su padre y venderse. Los abogados se ocuparon de todo, convirtiendo a Justo en un hombre rico que podría comprarle a su esposa todas las cosas que ella deseara sin tener que usar el dinero del suegro. Pero aquello no hizo que dejase su trabajo, pues le encantaba. Una vez que se casaron, Justo entró a formar parte de la vida social de su mujer y comenzó a conocer a los amigos de su suegro y de su mujer, a los que no había conocido seriamente hasta entonces, especialmente a los Roncesvalles. Y Justo y yo conocimos a Selene. Era verdaderamente hermosa. Siempre iba acompañada de una sirvienta que se había encariñado con ella cuando era pequeña y que la cuidaba. No pude evitar verme reflejada en ella y la entendí perfectamente. A mí me había pasado lo mismo con Justo. Me resultó curiosa la relación que entre esa doncella y Rosa había, así que un atardecer le pregunté el porqué de esa amistad.

—Esa doncella trabajó anteriormente al servicio de los Campillo, y la conozco desde que era una niña. Era muy buena conmigo, y con Pascual también, aunque no era tan pequeño como yo, claro. Lo seguía tratando como a un niño, pues ella lo vio crecer y lo cuidó de la misma forma que cuida a Selene. Me dio mucha lástima cuando me enteré, a mis ocho años, que se había marchado porque la familia Roncesvalles le daba más dinero para que se ocupase del nuevo hijo que iba a llegar a la familia, Selene. Todos pensaban que iba a ser un niño. Además, en casa de los Campillo sus labores ya no eran útiles. Yo solo iba a la casa a jugar, y Pascual ya era mayor.

Las cenas en unas casas y otras se sucedieron habitualmente. A mí no me gustaban especialmente los amigos de Rosa, y a Justo tampoco, pero eran sus amigos y lo respetábamos. Las noches de celebraciones yo me retiraba pronto a dormir, y Justo también, después de cenar. Y así los meses transcurrían.

Durante mucho tiempo vi cómo la amistad entre Rosa y la doncella de Selene, Antonia, crecía todavía más con los ratos que pasaban juntas recordando los viejos tiempos. En varias ocasiones, Rosa la invitó a casa para tomar café y charlar sobre sus cosas.

Rosa le contaba lo buena que era su vida de casada, nada que ver con lo que le había contado su madre, y Antonia le contaba cosas sobre su trabajo en

la casa de los Roncesvalles y anécdotas sobre Selene que le recordaban cómo era Rosa de niña.

También me enteré de que Selene era la menor de cuatro hermanos. Los tres mayores que ella habían sido varones, y por ello pensaban que ella también iba a serlo. Al contrario de lo que solía suceder, se habían alegrado de que fuese niña en lugar de niño, especialmente su madre.

—Así podrá ponerle vestidos bonitos —había dicho su madre.

1925 fue el año en que Rosa murió, justo un año después de su boda, como había predicho el padre de Justo. A las doce en punto de la noche más fría que recuerdo, llamaron a la puerta de la casa con fuerza y gritando el nombre de Rosa. En un primer momento no reconocí la voz, pero al cabo de unos segundos me di cuenta de que se trataba de Antonia. Antonia era una mujer de cuarenta y siete años, lista, seria y responsable. Por ello, pensé que algo grave debía de estar sucediendo para que llegase a casa de aquella forma, llamando a la puerta a altas horas de la noche, gritando el nombre de Rosa, a diez grados bajo cero, con la calle nevada y helada. Cuando salí de mi habitación y me dispuse a bajar las escaleras, Justo y Rosa estaban delante de la puerta y ella la abría. Vi a Antonia lanzarse a sus brazos.

—Ayúdame, por favor, tienes que ayudarme. No podemos consentir que ocurra.

—¿Qué no puede ocurrir, Antonia? Vamos, ven conmigo a la cocina, hablaremos de lo que sea que has venido a contar y le encontraremos una solución; te ayudaré con lo que necesites, ya lo sabes.

—¿Qué pasa aquí? —intervino Justo—. ¿Qué ha podido ocurrir tan importante para que se arme este alboroto a estas horas? —Por su tono de voz no estaba enfadado, sino más bien sorprendido y algo dormido todavía.

—Nada, Justo, déjame arreglarlo a mí; vamos, vuelve a la cama.

Rosa no le dio opción a responder y se llevó a Antonia camino de la cocina para darle de beber algo caliente. Justo me encontró en lo alto de las escaleras y me observó sin saber qué decir.

—No te preocupes, Justo, seguro que no es para tanto.

—Seguro que tienes razón, Remedios —afirmó—. Vámonos a dormir. Que se apañen entre ellas.

Asentí y me metí en mi dormitorio, pero ya me había desvelado. Encendí de nuevo la chimenea, me apreté bien la bata y me quedé frente al fuego durante al menos media hora, hasta que de pronto volví a escuchar las voces de Rosa y Antonia en el piso de abajo.

—No puede ser, Antonia, tengo que decírselo a Roncesvalles, no puede ser, tiene que saberlo.

—No, Rosa, no puedes hacer eso, hay que encontrar una solución, porque acabará conmigo si se enteran de lo que te he contado. Me matará.

—A Roncesvalles no le interesará que esto se sepa.

Rosa ya no la escuchaba. Estaba subiendo las escaleras para coger algo de abrigo en su dormitorio. Salí al pasillo y la escuché decir a Justo que tenía que salir enseguida, que no se preocupase, que regresaría rápido.

—¿Que te vas? ¿A estas horas? ¿Adónde? —Ahora sí estaba enfadado—. ¡Rosa, por Dios santo!

—¡No hay tiempo, te lo explicaré a la vuelta!

—Voy contigo.

—Ni se te ocurra —gritó—. Es cosa mía, no te metas en esto, regresaré en menos de una hora.

Al salir por la puerta de mi dormitorio, la escuché pedirle a Antonia que esperase allí. Rosa se fue y Antonia cayó al suelo de rodillas, llorando aterrada. Justo y yo bajamos. Nos agachamos a su lado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—No debí haber venido. Tenía que haberme callado y arreglarlo yo sola. Siempre he sido una cobarde.

—Vamos, mujer, seguro que no es para tanto —intentó tranquilizarla Justo—. Vamos al salón a esperar que regrese.

—No, yo tengo que marcharme.

Sin decir nada más, se puso en pie y salió por la puerta. Justo y yo nos miramos sin entender nada. Nos quedamos en el salón, esperando a que Rosa regresara mientras jugábamos a las cartas.

Dos horas después, y ya algo impacientes, llamaron a la puerta. Justo se levantó y yo fui tras él. Pero no fue a Rosa a quien encontramos tras la puerta, sino a dos subordinados de Justo con cara fúnebre.

—Inspector —saludaron.

—¿Qué ocurre, chicos? ¿Algún aviso?

Ambos agacharon la cabeza y asintieron.

—Me temo, inspector, que le afecta directamente.

Pude sentir cómo Justo aguantaba la respiración. La sangre se le heló.

—Vamos, le llevaremos en el coche oficial.

Yo tuve que quedarme a esperar. Sentía como si no estuviera dentro de mi cuerpo, pensando que le había ocurrido algo a Rosa, y la conversación que había tenido con Antonia no dejaba de repetirse en mi cabeza.

«Roncesvalles me matará, no dejará que esto se sepa.»

Me temblaron las manos y las piernas durante toda la noche. A las siete y media de la mañana comenzaba a amanecer. Nevaba con fuerza. Escuché desde el salón la llave en la cerradura de la puerta.

Me levanté y corrí hacia Justo en el momento que cerraba la puerta de golpe y rompía a llorar. Le abracé y le acaricié la cabeza como cuando era niño.

—Está muerta —balbuceó—. Rosa está muerta.

No volvió a decir palabra durante horas. Lo llevé a la cama y allí le arropé. Me quedé a su lado mientras lloraba por Rosa. Quería saber qué había ocurrido, pero no podía preguntárselo; debía ser él quien me lo contase cuando tuviera fuerzas para hacerlo.

Un buen rato después su llanto se fue apagando lentamente. Al fin se incorporó en la cama. Tenía la piel blanca como si fuera un fantasma, los ojos enrojecidos y hundidos. Respiró profundamente y, con los ojos perdidos, me contó lo que había pasado.

Sus compañeros de trabajo le habían llevado hasta la casa de los Roncesvalles, y allí, el padre, Ezequiel, les había abierto la puerta con el rostro roto y les había invitado a pasar. Dentro de la casa se encontraban más subordinados de Justo y uno de los médicos forenses con los que la brigada trabajaba. Justo se dirigió a él directamente y le preguntó qué ocurría. En ese instante vio, bajo el marco de la puerta del segundo salón, un cuerpo tumbado en el suelo y cubierto con una sábana blanca que se estaba empapando lentamente en sangre. El médico intentó detenerlo, pero él se lanzó y le

descubrió la cara. Allí yacía Rosa, su esposa, de veinticinco años, con la que apenas llevaba casado un año. Su piel ya estaba pálida, prácticamente gris, y su cuerpo rígido. Tenía una herida en el estómago hecha por un objeto punzante. El forense se acercó a él y le aseguró que apenas había sufrido, que había muerto desangrada en pocos minutos. Pero Justo sabía que esa era una muerte lenta y agónica.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —dijo levantándose de golpe como una bestia, con los ojos enrojecidos, buscando respuestas que nadie daba.

Y entonces vio a Campillos en la casa. ¿Qué hacía él a esas horas en casa de Roncesvalles?

—Estábamos cerrando un negocio —respondió Roncesvalles—. Lo habíamos estado demorando demasiado, habíamos quedado esta noche a cenar para resolverlo y nos hemos alargado.

—Señor —dijo uno de sus hombres—, el culpable ya ha sido llevado a los calabozos. Es un pobre chico demente. No está bien de la cabeza. Su padre, con el que ya nos hemos puesto en contacto, dice que no es la primera vez que se cuela en las casas para robar, que está loco, pero que nunca había matado a nadie.

—¿Quién es el asesino? —preguntó Justo.

—Es el hijo de uno de mis trabajadores —respondió Ezequiel—. Esta misma tarde había estado aquí con su padre; nos llevamos algún negocio entre manos. Ese pobre diablo quiere hacerse rico y está siempre intentando convencerme de lo bueno de sus ideas. Siempre viene con ese niño retrasado porque no puede dejarlo solo en casa. Supongo que habrá visto algo que le haya gustado y ha venido a robarlo, con la mala suerte de que estaba Rosa en casa.

—¿Y por qué ha venido Rosa aquí? ¿Qué os ha dicho? Ha venido a contaros algo, lo sé —dijo tajante—. Y ha sido por culpa de una de vuestras criadas, Antonia. ¿Dónde está?

Roncesvalles negó con la cabeza lentamente.

—A nosotros también nos ha sorprendido verla aquí. Y es cierto que venía a contaros algo, pero no ha llegado a hacerlo. Ese retrasado se ha abalanzado sobre ella con una especie de navaja en la mano...

—¿Y cómo ha sido posible que ese chaval entrase a robar y vosotros dos, que estabais despiertos, no lo hayáis visto u oído?

Ambos negaron con la cabeza.

—No lo sabemos, inspector. Nosotros estábamos aquí bebiendo tranquilamente y no nos hemos enterado de nada hasta que ha venido Rosa llamando a golpes y le hemos abierto. Y respecto a Antonia, ahora mismo la llamamos.

Uno de los hombres, cumpliendo las órdenes de Justo, se dirigió al piso de arriba, a la habitación indicada, y a su regreso dijo que en la habitación no había nadie ni nada. Que estaba todo recogido y que no había rastro de que la habitación estuviera ocupada.

—¿Cómo dice? Eso no puede ser.

Justo subió en primer lugar, seguido por Campillo, Roncesvalles, el forense y algún hombre más. La habitación estaba vacía.

—No puede ser —añadió Roncesvalles enfadado—. Esta ha sido su habitación durante años. ¿Dónde demonios está?

—¿Creen que puede estar implicada en el robo cometido por el retrasado? —preguntó el forense.

—No lo creo —gritó Justo—. Aquí está pasando algo extraño y nadie está diciendo la verdad. Antonia estaba asustada en mi casa, y más que asustada me atrevería a decir que estaba aterrada. Tal vez tenía decidido marcharse de aquí y ya había recogido sus cosas antes de la visita a mi mujer. Una visita que la ha llevado a la muerte. —Le temblaba el pulso. Comenzó a ser consciente de lo que había ocurrido y de que era viudo—. No me creo nada de lo que dicen.

—Vamos, Justo, tranquilízate —dijo el forense—. Es un golpe durísimo a lo que te estás enfrentando y no puedes pensar con claridad. Todo lo que estos señores nos están contando encaja. El padre del retrasado ya nos ha confirmado que se había escapado de casa y que lo había estado buscando sin encontrarlo. Todavía está en comisaría; mañana podrás interrogarle si quieres.

—No, mañana no. Ahora.

Justo bajó las escaleras enfurecido y rabioso. Estaba decidido a

enfrentarse al asesino de su mujer y acabar con él. Pero, al bajar las escaleras y ver de nuevo el cadáver de Rosa, no fue capaz de continuar. Cayó al suelo y la abrazó con fuerza mientras su ropa se manchaba con su sangre. El forense le administró un calmante que lo dejó medio dormido durante un largo rato en el sofá de la casa de Roncesvalles y cuando el efecto remitió levemente, el cadáver de su esposa ya no estaba bajo el marco de la puerta. El forense se ofreció a llevarle a los calabozos para que hablase con el padre y con el supuesto asesino. El padre de aquel muchacho, empleado de Roncesvalles, aguardaba dormitando en una sala de interrogatorios de la brigada. Se llamaba Domingo Sanmartín. Corroboró la historia que Roncesvalles le había contado: que intentaba darle buenas ideas a su jefe para crear un próspero negocio y recibir una buena parte de los beneficios, que esa misma tarde había estado con su hijo, el retrasado, en la casa del empresario, donde, al parecer, un objeto rojo brillante había llamado su atención y que, como en otras ocasiones había ocurrido, se había escapado de casa para hacerse con lo que para él era un tesoro. Respecto a cómo había entrado en la casa, simplemente dijo que las veces en las que había sido descubierto robando lo había hecho rompiendo una ventana. Cuando le preguntó en qué otras casas había robado, se negó a dar la identidad de los afectados.

—Son todas familias de postín, y me dijeron que no me denunciarían si no contaba nada sobre haberse visto afectados por un robo.

Aquello no tenía lógica. Las familias robadas no ganaban ni perdían nada si se sabía que les habían robado. ¿Por qué el interés en mantener el anonimato? Nada parecía tener sentido. Entonces lo llevaron a la celda donde estaba metido el loco enfermo que había acabado con la vida de su mujer. Justo estaba dispuesto a pegarle un tiro entre ceja y ceja con su arma reglamentaria y pidió que abriesen la celda, le diesen un farolillo para iluminar el interior y que le dejaran a solas con él. Pero, al ver a aquel chico, no hizo nada, además de sentir pena por él. En el instante en que lo vio, supo que él no había sido, pero que había muchos intereses en cargarle las culpas. Era un chico de unos catorce o quince años, que estaba atemorizado y que no mostraba ningún tipo de agresividad. Tenía los ojos hinchados y amoratados. Le habían pegado una buena paliza y estaba sucio. Lloriqueaba acurrucado

sobre un charco de orines, encogido sobre sí mismo y abrazándose a sus rodillas.

Para Justo estaba claro que él no era más que el chivo expiatorio. Pero ¿por qué? ¿Qué interés podía tener su padre en que culpasen a ese niño? ¿Un negocio? ¿Ganarse el afecto de su jefe? ¿Quién lo había hecho realmente? Para él la respuesta estaba clara: Campillo. La excusa de cerrar un negocio a esas horas de la mañana no le cuadraba en absoluto. Entonces ¿qué hacía allí a esas horas? ¿Qué era lo que la doncella desaparecida había ido a contarle a Rosa y tanto le había impactado como para salir de casa en plena noche? ¿Qué estaba pasando? Cada vez se sentía más cansado y agotado. Había perdido a su mujer. Apenas había sentido otra cosa que ganas de venganza, y ahora, horas después de lo sucedido, quería llegar a casa, llorar su pérdida y recuperar fuerzas para averiguar qué había ocurrido realmente. Pero nunca descubrió nada. No encontró otra versión de los hechos ni nadie que quisiera continuar con la investigación. Para el resto, el caso estaba cerrado y no había nada que seguir averiguando. Creyó que tal vez resurgiera el tema con la muerte de aquella niña, Selene, que también se encargó él de investigar extraoficialmente, pero no sirvió de nada tampoco. La investigación de la muerte de Selene no condujo a ninguna parte, además de que no se la encomendaron a Justo por lo sucedido a su mujer y solo pudo descubrir lo que le contaron sus compañeros: que había muerto a causa de un incendio.

Poco a poco comenzó a encerrarse cada vez más en sí mismo y a revisar cada noche los papeles sobre el caso de su mujer, intentando dar con alguna pista que se les hubiera pasado por alto, pero nunca encontró nada.

Siguió lleno de rencor hacia sí mismo por no haber podido evitar la muerte de su mujer, por no haber ido tras ella y retenerla para que siguiese con vida. Intentó por todos los medios dar con el paradero de Antonia, pero no lo consiguió. Era como si se hubiese esfumado de la faz de la tierra, como si no hubiera sido más que un fantasma. Intentó hablar con algunos de los criados de la casa de Roncesvalles para ver si alguno de ellos sabía algo, pero todos agachaban la cabeza y se iban corriendo, hasta que una joven doncella le dijo que Roncesvalles les había prohibido hablar con nadie, además de que nadie sabía dónde podía estar Antonia. También estuvo durante un tiempo

vigilando la casa de Domingo Sanmartín, el padre del chico loco, pero no pudo hacer nada más que observarle ir y venir del trabajo a casa. No había nada más. Frecuentemente, visita al pobre niño que está encarcelado, pasando hambre y frío. Creo que le ha cogido cariño. O tal vez le da demasiada pena y por eso lo visita tan a menudo.

## 7

24 de noviembre de 1940, París

—Vaya —dijo Eric después de un rato—. Lo que cuentas es increíble. Y carne de novela. Pero me da a mí que tienes más cosas que contar además de esta especie de leyenda que te contó Remedios. ¿Por qué no lo haces? Cuéntame la historia, la tuya, desde el principio. Quiero saber cómo encontraste la carta, esa de la que me hablaste que encontraste colándote en una casa, y lo de los recortes de periódicos. Tu vida, cómo fuiste a parar a vivir con Justo y Remedios.

Negué con la cabeza.

—¿Para qué serviría? Es aburrido y una tontería, no tiene demasiado sentido que lo haga, Eric; no sirvió de nada entonces ni servirá de nada que te lo cuente.

—Pues a mí me interesa, pequeño Esteban, y te agradecería que me lo contases. Incluyendo todo lo relativo a tu vida. Creo que te irá bien contarlo en voz alta. Y tal vez así recuerdes cosas que creías olvidadas. Resulta curioso lo que puedes comenzar a recordar si le haces un poco de caso a lo que piensas, y más si lo cuentas en voz alta.

—No sé, Eric. No me apetece demasiado.

—Puedes tomarte un descanso y volver luego, reconozco que la historia que me has contado me cansa hasta a mí. Pero me gustaría saber cómo los conociste, qué les pasó a tus padres y cómo llegaste a vivir con ese inspector.

En ese instante, la editora, Hélène, llamó a la puerta y entró. Observó la habitación envuelta en velas y sombras y con la tormenta de fondo.

—Muy bonito, Eric, pones a Drácula en el centro de la estancia y tienes

una novela nueva.

—El terror no es mi género —respondió.

Hélène sopló.

—Es una forma de hablar, don Ofendido, nada más. Ya sé lo que piensas de las novelas de terror: que el que escribe sobre personajes ficticios es porque es incapaz de crear personajes reales y creíbles.

—Exacto —respondió Eric.

—Pues no tienes razón. Tengo escritores y escritoras aquí que escriben tanto ficción como ciencia ficción —dijo sonriente.

—Paletos que no saben lo que quieren escribir y saltan de un género a otro. Eso no es escribir, es intentar dar el gran salto y querer convertirse en el nuevo Víctor Hugo sin poder y sin tener la quinta parte de talento que tuvo él. No me sirve de excusa, Hélène —dijo él, devolviéndole la sonrisa.

—Eso es lo que tú opinas, nada más.

—¿Cuánto dinero ganas con las novelas de ese payaso? —preguntó Eric.

Me di cuenta de que estaban hablando de alguien en concreto.

—¿Recuperas lo que cuesta la producción de los libros?

—Sí, Eric. Y siento que no te lleves bien con él, pero sus libros se venden.

—A duras penas.

—Tus libros se venden mejor que los suyos. ¿No tienes suficiente?

—Es que no entiendo por qué lo publicas después de lo que pasó.

—Ya sabes por qué. Además —dijo cambiando de tema—, no he venido aquí para discutir contigo. He venido a decirte que la portada al final saldrá con el lago.

Eric puso los ojos en blanco.

—Como tú digas, jefa.

—Bien —respondió ella mirándolo burlona y cerrando la puerta al salir.

Observé a Eric esperando que me contase algo más sobre lo que acababa de ver.

—¿Qué miras? ¿No ibas a darte una vuelta?

—¿De quién habláis?

—De un payaso —dijo regresando a su escritorio mientras hacía que las

llamas de las velas temblasen a su paso.

—Eso ya lo has dicho —respondí sentándome en una silla frente a él—. ¿Por qué no me lo cuentas? Si yo te he contado lo mío, tú me cuentas lo que pasa con el payaso.

—¿Es un trato?

—Puede.

Alargó la mano para que se la estrechara. Acepté. No pudo evitar reírse.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿De qué te ríes?

—De que te lo hubiera contado igual, y ahora tienes que contarme todo lo que te falta. Pero no te preocupes, puedes ir a dar una vuelta igualmente. Despéjate un poco.

—Antes de irme, cuéntame qué pasa con ese.

Encogió los hombros.

—En realidad, no tiene demasiada importancia. Supongo. Intentó robarme un libro. Una novela.

—¿En serio? —pregunté.

—En serio. Por suerte, Hélène se dio cuenta de que el estilo era mío y de nadie más. Puedo dar gracias a ella porque si no hubiera sido así, lo habrían publicado con el nombre de ese...

—... payaso —corté—. «Novela X, escrita por Payaso.» —Reí.

—Pues ahora te ríes, pero menuda faena. Fue un cabrón. Una noche se quedó en la editorial y subió a mi despacho. Me robó el manuscrito que tenía acabado desde hacía tres días y estaba repasando. Se lo llevó. Yo me encontré a la mañana siguiente con la puerta del despacho abierta y el manuscrito desaparecido. Avisé a Hélène y me dijo que fuese a casa a mirar, que tal vez lo tuviera allí. Yo sabía que no, pero fui de todas formas. Después de estar cuatro días removiendo cielo y tierra y poniendo patas arriba la editorial, comencé a escribirlo de nuevo. Nunca me ha gustado hacerlo, nunca queda igual. Cuando estaba a punto de terminarlo de nuevo, Hélène subió a mi despacho y me entregó un manuscrito que acababa de leer de su lista de nuevos autores. Esa lista crecía sin parar, el trabajo se le acumulaba y por eso había tardado meses en llegar a él. Cuando leí el primer párrafo no pude evitar ponerme en pie de un salto.

»—¡Aquí! ¡Mi manuscrito! ¿Dónde lo has encontrado?

»Me lanzó una página más con el título de la novela, que no era el que yo le había puesto y estaba firmado por otra persona.

»—¿Qué es esto? —pregunté sentándome de nuevo.

»—No te preocupes, Eric. Sé que es tuyo. El caso es que el tipo que lo firma es el sobrino de mi marido. Quiere ser escritor.

»—¿Y es tan malo que tiene que robar una novela? Por mí que se pudra.

»—Lo sé. Tenemos un problema.

»—No, yo no tengo ningún problema. Lo tiene él. Este libro es mío y no pienso dárselo.

»Hélène agachó la cabeza.

»—Él dirá que es suyo. Y será tu palabra contra la suya.

»—Hélène —dije enfadado—, no has necesitado más que echarle un vistazo para comprobar que es mío. Tu palabra también cuenta y puedes aclarar todo este lío.

»—Lo sé, Eric, pero es el sobrino de Jean Paul. Ya veremos cómo reacciona él.

»—No me lo puedo creer —dije rabioso pegando un golpe a la mesa.

»—Yo tampoco, Eric. Lo siento mucho. Te aseguro que intentaré arreglarlo.

»—Bien —dije.

»Hélène se marchó y yo me fui a casa. Primero enfadado y con ganas de partirle el cuello al sobrino, pero al llegar a casa no tenía ganas de nada. Un par de horas después, el portero del edificio llamó a la puerta y me dijo que una señora llamada Hélène me esperaba abajo en su coche. Bajé y me subí con ella.

»—¿Qué pasa? —pregunté.

»—Tenemos que ir a mi casa. Mi sobrino y mi marido nos esperan allí.

»—Qué bien —dije.

»—Vamos, tranquilízate, todo saldrá bien.

»Al llegar a su enorme casa, entramos en el salón, donde su marido, al que yo había visto un par de veces, y un chico de unos dieciséis años estaban sentados en sendos butacones. Jean Paul me saludó de buena gana y el

sobrino, León, agachó la cabeza. Me senté en el sofá, al lado de León, para que me tuviera presente. Podía escuchar su respiración acelerada.

»—Eric —comenzó Jean—: León siente mucho lo que te ha hecho. Lo único que pasa es que quiere ser escritor y quiere serlo tan bueno como tú.

»—¿Tan bueno como yo? Yo no me dedico a robar —dije enfadado.

»—Sabes que no es eso lo que quiero decir.

»Respiré hondo, sintiendo ganas de estrangular a León.

»—No queremos escándalos en la editorial. Si accedes a no denunciarlo, te lo agradeceremos y tu novela será publicada bajo tu nombre, por supuesto, y con una tirada de doscientos mil ejemplares. Es una tirada asombrosa para un autor relativamente poco conocido como tú. Se distribuirá en toda Francia y haremos una buena campaña publicitaria. ¿Qué te parece?

»Hélène me observaba al lado de su marido. No se me había pasado la idea de denunciar el robo. Pero lo que me ofrecían era extraordinario.

»—Déjame que me lo piense. Tal vez el libro se venda mejor si todo esto sale a la luz —dije observando a León, que cada vez estaba más rojo y no sabía dónde meter la cabeza.

»—Vamos, Eric, por favor —pidió Hélène.

»Respiré hondo.

»—Si me das el contrato para firmarlo *ipso facto*, acepto.

»—Lo tengo aquí mismo para que no cambies de idea después. Vamos a mi despacho.

»Nos pusimos en pie.

»—León —rugió Jean—, ¿no tienes algo que decirle a Eric Leyvi?

»Sin levantar la cabeza, murmuró un «Lo siento».

»—Creo que no te ha escuchado, sobrino, y más vale que se lo digas lo suficientemente alto para que le quede bien claro.

»—Lo siento —dijo sin fuerzas y sin mirarme.

»—Me da igual que lo sientas. Te libras por la oferta que me ha hecho tu tío, no porque te lo merezcas.

»Pude ver como Hélène sonreía de medio lado y me indicó que la siguiera. Subimos a la segunda planta y entramos en su despacho.

»—Le está muy bien empleado a ese niño. Y la verdad, no sabía que

Jean Paul te tuviera tanto aprecio como para pasar por encima de su sobrino —dijo ella.

»—Creo que creía que tenía bastante que perder si esto se llega a saber.

»—No habías pensado en denunciar, ¿verdad? —preguntó.

»—Ni siquiera había pensado en ello —dije mientras firmaba el contrato.

»—Lo sabía.

»Alcé la mirada.

»—¿Y por qué me habéis ofrecido todo esto?

»Sonrió.

»—Porque yo tampoco soporto a ese crío de mierda y se ha llevado un buen susto.

»Lo había preparado ella.

»—Y te mereces lo que pone en este contrato. Además, Jean Paul nunca me habría dejado lanzar una tirada de una de tus novelas de doscientos mil ejemplares.

»—Pensaba que eras tú la que decidía eso.

»—Hasta cierto punto. Con tiradas que no superen los cincuenta mil. Si sube de ahí, es Jean el que tiene que concederme el permiso. La editorial es mía, pero el dinero lo maneja él.

»—No tenía idea —dije.

»—No te preocupes.

»Se acercó a mí, me levantó la barbilla y me besó en los labios. Se retiró unos segundos después.

»—No me mires con esa cara. ¿Crees que me gusta ese vejstorio? Me gustan los de mi edad, Eric, como tú. Es una pena que estés casado y yo también. Vamos a la editorial, tenemos trabajo por delante para tu nueva novela y tu nuevo estatus dentro de los escritores.

—Vaya —dije—. ¿La editora jefa está coladita por ti? —pregunté anonadado.

—¿Tan raro te parece?

—Pues sí. No pareces de su estilo —dije.

—Ah, ¿y cuál es su estilo, mi querido don Juan?

—Pues más como yo —dije.

—Ya, claro.

—Está tremenda con ese vestido que se pone.

—¿El rojo?

—¡Ja! ¿Lo ves? Tú también te fijas en ella, si no, no sabrías que era ese vestido precisamente.

—Como para no mirarla cuando se lo pone.

—Sí, pero yo no estoy casado —me disculpé.

—No digas tonterías, no estarás casado, pero te saca diez años.

—Y su marido a ella, veinte o treinta. Y cuando se recoge el cabello con esas trenzas que se pone alrededor de la cabeza está preciosa —dije.

—Vale, ahora sí que necesitas que te dé el aire. Venga, ve a darte una vuelta y vuelve para terminar de contarme la historia.

—Bien —dije.

Salí de allí y al cruzarme con Hélène no pude evitar reírme.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó.

—Nada, en realidad, nada.

—Mmm... —respondió.

Salí de allí. Era temprano y no tenía nada que hacer. Mi primera opción era ir a la biblioteca, donde encontraría a Oliver, mi amigo, leyendo libros sobre fantasmas, pero, como siempre, me mandaría a paseo para seguir leyendo, así que pensé que podría pasarme a ver a Laure en los ensayos del Palais Garnier y, si le apetecía, podía invitarla a comer.

Cogí el metro y poco después me encontraba ante la entrada trasera del Palais, por donde entraba cuando iba a ver los ensayos de Laure.

## 8

Laure no era de París, sino de un pueblo a unos setenta kilómetros. Allí, su madre trabajaba en la peluquería de su hermana, donde no hacía más que recibir gritos de ella, y su padre conducía un taxi. A Laure siempre le había gustado la danza y cuando se abrió una escuela de *ballet* en el pueblo, llevada por una de las antiguas bailarinas retiradas del *ballet* de Lyon, su madre no dudó en apuntarla a la edad de cuatro años, pensando que, si tenía suerte, podría ganar mucho dinero y mudarse a París, pero lo que no sabía era lo duro que era llegar a entrar en una compañía de *ballet*, y más aún, en el Ballet de la Ópera de París. Se graduó a los catorce años con honores, y su profesora la acompañó personalmente a París para las durísimas pruebas de ingreso. Cuando llegó su turno, interpretó *El lago de los cisnes*, la parte de Odile en lugar de la de Odette, vestida con un tutú negro, viejo y desgastado que le había prestado su profesora. El resto de las chicas se reían del traje. Ellas los llevaban nuevos y sin zurcidos.

—Tú no les hagas caso. Fíjate en las posturas que tienes aquí detrás esperando su turno: son zancudas, patizambas y bastas, tú eres gracia y delicadeza. Una bailarina de *ballet* lo es siempre, no solo en el escenario o en la sala de espera. Alguien debería habérselo dicho a esas niñas. No entrarán. Da pena verlas. Fíjate, no son capaces de mantener la compostura.

—Tal vez en el escenario sean mejores que yo.

—Eso es imposible, tú eres la mejor de las que hay aquí. Que no te distraigan.

—Laure Coursant —llamó alguien.

—¡Vamos, vamos! —dijo su profesora de baile.

Laure salió, se presentó y volvió a salir al escenario. Mientras la música salía de un piano y un violín, Laure bailó como nunca, dejando que las plumas del pecho del tutú se despegasen de él por lo viejo que era y llenase el escenario de pequeños filamentos negros. Cuando terminó, alzó la vista y saludó, como si fuesen un gran público, a los dos caballeros y tres señoras que formaban el jurado.

—Gracias, señorita, puede retirarse.

Las pruebas terminaron dos días después. Durante la espera, la profesora le habló de los amantes que había tenido durante su estancia en la ópera. Echaba de menos, en especial, a un militar que había conocido en la fiesta después de una brillante actuación en Lyon.

—Fue apasionado y ardiente. Me hubiera casado con él, pero resultó que murió en no sé qué misión. Pobrecillo, mi Tristán.

A Laure todo eso no le interesaba, solo era capaz de pensar en el *ballet* y en si la admitirían. Estaban todas las aspirantes sentadas en el suelo de las salas de ensayo cuando un hombre y una mujer entraron con una lista en la mano.

—Señoritas, silencio, por favor —pidió la mujer—. A continuación, voy a nombrar a las chicas que han sido admitidas, aunque este año el nivel ha sido realmente bajo y hay muy pocas señoritas que lo han logrado. Tal vez el año que viene, si consiguen no comer tantas patatas y pierden algo de peso, consigan más gracia y elasticidad.

El comentario las pilló a todas de imprevisto y comenzaron a mirarse ellas mismas y a apretar la cintura.

—No te preocupes, Laure, no va por ti, estás estupenda —dijo dándole una palmada en el culo e inclinándola hacia delante—. Lo dice por ese atajo de analfabetas que se reían de ti el otro día. Están como tocinas, fíjate cómo les aprietan las medias.

La lengua de la profesora era afilada.

—No sé ni cómo las han traído, está cantado que no va a entrar ninguna; ahora mismo solo podrían aspirar a formar parte de una piara.

—Señora, por favor, guarde silencio —le dijo la mujer con la lista en la mano.

Todas callaron de nuevo. Comenzó a nombrar a las bailarinas una tras otra, desde las categorías para las más jovencitas, de no más de ocho o nueve años, hacia arriba. Contra lo que pensaba Laure, fue la segunda de la lista de las candidatas de mayor edad. Se quedó petrificada, sin poder creérselo, mientras la mujer seguía nombrando al resto.

—Las que no han sido nombradas —anunció al acabar— pueden intentarlo el año que viene de nuevo, pero solo tendrán esa oportunidad. Después no podrán volver a presentarse a las pruebas. A las nuevas bailarinas, les doy la bienvenida a la compañía. Señoritas, no penséis que será fácil el camino. Ahora, las que tengan que marcharse que lo hagan en silencio y sin lloros, por favor, estoy aburrida de ellos. Las seleccionadas debéis quedaros aquí hasta que llegue la encargada de organizaros en las habitaciones de la residencia de bailarinas. Enhorabuena. Formáis parte de la mejor compañía de *ballet* del mundo.

Dicho esto, se marchó. Laure se despidió de su profesora, que le dijo que se encargaría de hacer saber a sus padres que la habían admitido al regresar a su pueblo. Ella se quedó allí, se instaló en la residencia con una compañera y, con su primer sueldo, sus padres alquilaron un piso en París.

No tardó en subir puestos. Era realmente buena y lo sabían ver.

## 9

El vigilante me dejó pasar sin problemas. Mi tío me lo había presentado en mi primer *ballet* y había ido ya varias veces a ver a Laure a los ensayos. Me quedaba medio escondido entre las butacas cuando hacían los ensayos generales en el escenario principal. Allí estaba, vestida de Coppelia, con la cara pintada como si fuese una muñeca. Un rato después, el maestro del *ballet* dijo que era la hora de comer, que descansaran, que no llenasen el estómago en exceso y que, a las dos de la tarde, en un par de horas, continuarían con el ensayo.

Me aproximé al escenario hasta que Laure me vio y asintió. La esperé en la salida de los camerinos. Apareció con menos maquillaje en la cara, pero con el cabello recogido y sin haberse quitado los adornos de Coppelia.

—Qué guapa estás —dije sin pensar.

—Gracias.

—¿Te apetece que vayamos a comer por aquí cerca?

—Claro.

Nos dirigimos hacia uno de mis restaurantes preferidos, donde mi tío tenía cuenta permanente. Íbamos a comer o cenar allí con relativa frecuencia. Luke siempre se pedía cangrejo y acababa poniendo la mesa perdida y salpicándonos a todos. Odette, con todo lo fina y elegante que se pensaba, se dedicaba a chupar *in extremis* las cabezas de las gambas que engullía, como si no hubiera comido nunca, bajo la mirada desaprobatoria de su madre. Nos sentamos a la mesa que teníamos siempre reservada, a pesar de que sobraban unas cuantas sillas. Le dije a Laure que escogiera lo que quisiera, que yo pediría lo mismo de siempre. Ella pidió sopa de pescado y un filete de

merluza. Nos trajeron una ensalada de salmón ahumado, cortesía del dueño, amigo de mi tío.

—¿Estás nerviosa? —pregunté.

—La verdad es que sí —dijo ruborizándose levemente.

—No te preocupes, lo harás igual de bien que siempre, o mejor. Te he estado viendo en el ensayo.

—Me recuerdas a un fantasma cuando haces eso. No se te ve y ahí estás. Por cierto, no te di las gracias por las flores que me enviaste al camerino por mi último ascenso.

—No hay de qué. Te las merecías, y las rosas rojas hacen juego con tus labios.

No sabía de dónde me estaban saliendo esa serie de frases hechas. Intenté cambiar de tema y le comenté lo que Eric me pedía saber.

—No sé si contárselo o no. Fue mi vida, y no estoy seguro de querer que lo sepa.

—Bueno —dijo ella encogiendo los hombros y apoyando su mano en la mía—, algún día tendrás que hacerlo. No sé el porqué de tanto misterio. Tal vez sea bueno que comiences contándole algo. Seguro que después te sientes mejor.

Medité sus palabras. Tenía razón. No había hecho nada que tuviera que esconder.

—Tal vez tengas razón.

—¡Vaya! Qué monada, fíjate, Beatrix: si están cogidos de la mano. Era cuestión de días. Te lo dije —comentó mi tío.

Mi tío nos había visto a través de la ventana del restaurante y había entrado con Beatrix. Laure retiró su mano.

—Por mí no os reprimáis.

—No nos reprimimos, tío. Simplemente, no hay nada que reprimir.

—Ya. No sabes cómo me recuerdas a mí a tu edad.

Terminamos la comida con ellos, acompañé a Laure a la entrada del Palais Garnier y le dije que la vería en su actuación.

—Me alegrará verte allí.

Salí camino de la editorial. Subí las escaleras deprisa y llegué hasta el

despacho de Eric. Llamé a la puerta.

—Adelante.

Entré. Eric estaba con Nicolás, el bibliotecario.

—Vaya, Esteban. Me alegra verte. Ayer parecías cansado.

—Lo estaba, Nicolás, pero ahora estoy bien. La clase de francés de ayer fue demasiado larga —dije mirando a Eric.

—La culpa es tuya, que no prestas atención —respondió.

—Bueno, no os vayáis a enfadar ahora, y menos delante de mí, yo solo he venido a saludarte. Aquí os quedáis.

—Hasta luego, Nicolás —me despedí.

Me senté frente a Eric y me di cuenta en ese instante que la luz había regresado a la editorial.

—¿Ya te has despejado?

—Para un rato, si te sigue interesando.

—Sí que has cambiado pronto de idea —dijo—. Sé que no has venido aquí por ese medio trato que hemos hecho. ¿Por qué has cambiado de idea?

No quería decirle que Laure me había medio convencido.

—¿La quieres escuchar o no?

# 10

Zaragoza, 2 de octubre de 1927

Finalmente, el primer día de clases había comenzado y todavía no había conocido a nadie. Estaba vestido como el resto y guardando fila pegado a la pared fuera del aula, esperando a que el profesor entrara y nos pudiéramos sentar.

Nadie hablaba y todos mirábamos al frente. Un par de minutos después, el profesor hizo acto de presencia, nos dio los buenos días y abrió la puerta. Se quedó esperando hasta que todos pasamos. Yo me quedé en pie, a un lado, aunque solo había una mesa vacía cuando todos terminaron de sentarse. El profesor entró y cerró la puerta. Se quedó observándome durante un instante y finalmente habló.

—Señor Antón, creo que no hay que ser doctorado en Física para advertir qué mesa le corresponde. Siéntese.

Me dirigí a mi mesa, pensando que todos comenzarían a reírse de las palabras del profesor, pero ninguno lo hizo, todos miraban al frente y leían sus libros. O, al menos, fingían hacerlo. La clase transcurrió aburrida y pesada. Verdaderamente, no quería estar allí y cuando regresara el viernes a casa, le pediría a mi padre que me dejase dar las clases en casa. Nadie me habló durante el recreo ni durante la comida o la cena. En el recreo, había vuelto a ver al hijo del jardinero, que estaba quitando otro montón de hojas secas del patio delantero mientras algunos alumnos se burlaban de él, diciendo que nunca sería más que el pobre hijo del jardinero y de la cocinera del colegio. Al menos ahora sabía que su madre también trabajaba en el colegio y que era la que nos hacía la comida. Sentí el impulso de acercarme a

él para ayudarlo y hablar. Me daban igual las estúpidas normas de aquella cárcel disfrazada de colegio. No me gustaban mis compañeros de clase y no quería juntarme con ellos. Quería pasar el tiempo libre con Cora y con el hijo del jardinero. Lo tenía más que decidido.

Lo que no sabía entonces era que me costaría más de un castigo y que me partirían el labio más de una vez. Había estado observando, en la hora de descanso, al chico. Había descubierto que vivía en un apartamento sobre la cabaña de las herramientas que usaba su padre para tener el jardín perfecto. Subían por las escaleras que había en la parte trasera de la cabaña, por la que crecía el musgo, y caminaban por una especie de terraza hasta llegar a la puerta de entrada. Era bonita, parecía de cuento. Así que, aquella tarde, cuando los profesores se habían retirado a sus casas y solo quedaba el director, la guardiana de la biblioteca donde estábamos todos metidos y un profesor de guardia, recogí mis libros y dije que me retiraba a mi dormitorio para leer más tranquilo. Fui a mi dormitorio, pero únicamente para dejar los libros. Volví a bajar y salí al patio por la parte trasera. Para llegar hasta la cabaña tenía que pasar frente a los ventanales de la biblioteca, por lo que pasé agachado, ensuciándome de hierba y tierra el pantalón, los zapatos y las mangas del jersey. Corrí para que no me viera nadie por las ventanas y me escondí tras la cabaña a los pies de las escaleras. Allí ya no me verían. Subí despacio los escalones, con cuidado de que no se me colara un pie por el hueco entre peldaño y peldaño. La terraza era estrecha y estaba adornada con maceteros que ya no tenían flores. Caminé intentando no hacer mucho ruido y me planté frente a la puerta. Cuando me dispuse a llamar, la puerta se abrió. Era Andrés, el hijo del jardinero.

—¿Qué haces aquí? Nos castigarán a los dos —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—No debes salir del colegio sin permiso, sé que no te han dado permiso para venir aquí, y yo no debo hablar contigo.

—Si me dejas pasar, no nos verán aquí fuera.

—Te echarán en falta, y si te descubren aquí mis padres perderán su trabajo y tendremos que pedir limosna en las calles.

—Quedan dos horas para la cena, nadie se preocupará por mí hasta

entonces.

—¡Lárgate! —dijo.

—¡No! —repliqué.

De un empujón, lo metí dentro y caí sobre él. Me puse en pie y cerré la puerta.

—¡Estás loco! —se quejó.

—¿Por qué? ¿Por querer ser tu amigo?

—¿Y para qué quieres ser amigo del hijo del jardinero? No lo entiendo.

—No me gustan los del colegio. Son raros, no hablan, no se mueven. Creo que ni respiran.

Después de guardar silencio unos instantes, ambos nos reímos.

—Mi padre dice que es como si llevaras un palo metido en el culo, pero no le digas a nadie que te lo he dicho o lo meterás en un lío.

—Nadie se va a enterar. Puedes fiarte de mí.

Andrés fue el primero, último y único amigo que hice en el colegio. Aquellas dos horas las pasamos metidos en su cuarto jugando a las cartas. Tenía nueve años, cuatro más que yo. Me contó que había nacido en ese apartamento y que siempre había vivido allí, merodeando por las afueras del colegio, intentando no ser visto y ayudando a su padre. Había ido a la escuela pública, pero poco tiempo, lo justo para aprender a leer, escribir y alguna operación matemática simple. A él le entretenían las historias que le contaba sobre cómo era la vida en mi casa, y yo me lo pasaba bien viendo que mi compañía no le desagradaba. En silencio, comíamos pasteles de chocolate imaginarios y pasteles de nata. Fue una de las mejores tardes de mi vida. Quince minutos antes de la hora de cenar regresé a mi cuarto y me cambié la ropa sucia. Estaba contento de tener un amigo con el que poder pasar las tardes. Y estaba seguro de que a Cora también le caería bien. Me lavé la cara y las manos y bajé a la hora marcada para cenar. Me puse a la cola para entrar en el comedor y todos aguardamos en silencio hasta que el profesor de guardia abrió la puerta y nos dijo que fuéramos pasando. En ese momento, el chico que estaba delante de mí se dio media vuelta y me miró sonriente.

—Te hemos visto por la ventana y sabemos que has pasado la tarde con el hijo del jardinero. Tal vez, si te gusta pasar el rato con los criados, es porque,

en realidad, eres uno de ellos vestido de señorito.

No supe qué contestar. En el fondo, me daba igual lo que pudieran pensar de mí. De lo que no me di cuenta en ese instante es que acababa de ganarme a uno de los mayores enemigos que haría en el colegio, simplemente por eso, por haber estado con el hijo del jardinero. Cenamos acelgas hervidas, un filete de ternera con una manzana de postre y nos fuimos a nuestros cuartos. Por si acaso, cerré con llave.

Aquella noche me asomé a la ventana y miré el cielo. No había estrellas ni luna, todo estaba cubierto por las nubes. Eso me hizo acordarme de Cora y pensar si estaría bien.

# 11

Por fin había llegado el viernes por la tarde. A las cuatro en punto salí de mi habitación y bajé a la entrada, donde encontré a Jerónimo esperándome con un uniforme nuevo y el sombrero a juego listo para volver a casa.

—¡Jerónimo! —grité.

—Señorito, me alegro de verle —dijo cortés—. ¿Cómo ha ido su primera semana en el colegio?

Antes de que pudiese responder, el director se acercó a nosotros y le dijo a Jerónimo que él no era quién para interesarse por mi educación. A mí me recordó que no debía hablar con los criados ni tomarles cariño.

Jerónimo se disculpó y yo decidí no cogerle la mano hasta que estuviéramos fuera del recinto. Guardamos silencio, atravesamos la verja de entrada y nos perdimos entre los setos que nos ocultaban. Entonces Jerónimo se agachó y me abrazó.

—Le hemos echado de menos, Esteban, en especial Cora.

—Y yo a vosotros. Son muy raros en este colegio. No podemos hablar, no podemos levantar la cabeza de los libros y no podemos hablar con nadie si no es en nuestros cuartos. No me gusta, quiero volver a casa.

—Bueno, seguro que cuando lleve un tiempo más aquí se acostumbrará.

—No quiero volver, y se lo voy a decir a mi padre.

—Como quiera, pero tenga cuidado en cómo se lo dice. Su padre es muy bueno con usted y lo quiere mucho, pero también espera mucho de usted, por eso lo ha metido en este colegio tan caro. Quiere lo mejor para usted.

Subimos al coche y regresamos a casa cantando una jota que me había enseñado Jerónimo hacía ya algún tiempo. El trayecto fue corto y entramos a

casa directamente al garaje. Allí me estaba esperando mi madre, que abrió la puerta del coche y me abrazó con fuerza. Me dijo que me estaba esperando la merienda en el comedor y que debía contarle todo sobre el colegio, todo lo que había aprendido.

La palabra «merienda», en aquel momento y tras cinco días de verduras hervidas, hizo que se me hiciese la boca agua. Entré al comedor, donde me esperaba una mesa llena de bizcochos caseros de chocolate y frutas, una jarra de leche y otra de zumo de naranja y pomelo, churros y tostadas de pan con tomate y aceite. No sabía por dónde empezar.

Me senté y me serví un vaso de leche, a la que añadí una cucharada de miel. Introduje dentro uno de los trozos de bizcocho. Mientras empapaba la leche, cogí una de las tostadas de tomate y bebí zumo.

—Hijo, ¿no me digas que no os dan de comer?

—Cí, cí ce noz dan. Cero todo zozo.

—¿Qué?

Tragué.

—Que sí que nos dan, pero está todo soso. Verduras hervidas y carne casi cruda para que cojamos vitaminas, pero a mí no me sienta bien y siempre tengo hambre.

—Por Dios. ¿Cómo se puede alimentar a unos niños solo de verduras? Me encargaré de eso.

—Podría encargarse de otra cosa, madre. Podría decirle a padre que no me gusta el colegio y que prefiero aprender en casa.

—Hijo, será mejor que no le digas eso, se ofenderá. Cuesta mucho dinero tenerte allí y lo hace por ti.

—Sí, eso mismo me ha dicho Jerónimo. Pero a mí no me gusta. Y los niños son unos estúpidos.

—No hables así, Esteban. Son tus compañeros de clase.

—Parecemos muebles. No podemos ni ir al baño sin el permiso del profesor, y si no te lo da, te tienes que aguantar.

—Bueno, se lo comentaré a tu padre, pero no creo que te saque de allí. Ahora come tranquilo.

Con el estómago lleno las cosas se ven mucho mejor. Estaba contento de

estar en casa y después de contarle a mi madre las lecciones que habíamos estado aprendiendo, le dije que me iba a mi cuarto, aunque la intención que tenía era la de ver a Cora y decirle que la había echado de menos. Subí las escaleras hasta el último piso y me planté ante la puerta de su habitación. Llamé a la puerta y esperé. Al no obtener respuesta, abrí y metí la cabeza para mirar. No había nadie allí. Intenté pensar dónde podía estar.

Si estaba limpiando en alguna parte de la casa, no podría jugar con ella hasta que acabara. Alguien me tapó los ojos con las manos y me volví de golpe. Allí estaba Cora. Sonriente, con un diente menos porque se le había caído y con el colgante del osito en el cuello.

—Hola —dije en voz baja.

—Hola —respondió cogiéndome de la mano y tirando para que nos escondiéramos en la habitación del fondo.

Aquella tarde la pasamos leyendo cuentos, y le conté cómo era la vida en el colegio. Me dijo que a ella tampoco le gustaría y que prefería estar en casa trabajando.

—Estaré trabajando aquí, pero puedo hablar, me puedo mover, y cuando tengo hambre, puedo comer bizcocho y tortas —dijo.

—Ahora deberías aprender a leer; yo puedo enseñarte.

—Prefiero que me leas tú los cuentos.

—Puedo leértelos igualmente, pero te enseñaré a leer. No es tan complicado.

Poco después de comenzar a enseñarle las vocales, comenzando por la *o*, el estómago comenzó a dolerme por el atracón de harina que me había dado al llegar a casa y pensé que lo mejor era meterme en la cama. Salí de la habitación donde nos escondíamos y bajé al salón comedor donde estaba mi madre. Le dije que no me encontraba bien y que me iba ya a la cama. Me acompañó, cogiéndome de la mano, y me arropó. Me gustaba esa sensación. Sentía el estómago como si me dieran patadas y también estaba algo mareado, pero no lo suficiente como para vomitar. Me quedé quieto, metido en la que sí era mi cama, esperando a que llegase el día siguiente para ver a mi padre y pedirle que me dejase volver a casa, que me aplicaría y que estudiaría tanto como en el colegio, pero sin tener que estar todo el día con la

mirada pegada a las páginas. Pensando en ello, me quedé dormido.

## 12

Amaneció lluvioso. Desde la cama, a través de la ventana, vi que el cielo estaba encapotado de un gris intenso, como los cielos de los cuentos que más me gustaban. Miré el reloj que señalaba las diez en punto de la mañana. El estómago no me dolía y me encontraba hambriento de nuevo. Retiré las mantas, me calcé las zapatillas y me puse la bata nueva que me había comprado mi madre. Salí de la habitación y bajé las escaleras deprisa; tenía ganas de ver a mi padre. Abrí la puerta del comedor y allí encontré a los dos. Parecía una estampa que me sonreía y que se me escapaba de entre las manos.

—¡Hijo! —gritó mi padre poniéndose en pie y corriendo hacia mí para cogerme en brazos.

Le devolví el abrazo. Me sentó a la mesa, donde me sirvió él mismo un vaso de leche y me puso en el plato dos tostadas. Se sentó.

—Bueno, dime cómo te ha ido esta semana en la escuela.

Tragué un pedazo de la tostada y comencé.

—Padre, quería pedirle si puedo seguir dando las clases en casa. No me gusta el colegio, son muy extraños y hay un montón de normas extrañas. Quieren que estemos siempre plantados en pie o en las mesas sin que podamos ni siquiera levantar la cabeza. Si te pillan mirando por la ventana te castigan, y la comida es malísima. ¿Podría volver a dar clases aquí?

En ese instante mi madre se puso en pie y le dijo que no se enfadara conmigo, que era un niño pequeño. Mientras yo miraba a mi madre hablar, mi padre se había quedado a mi lado y cuando me volví para mirarlo, me dio un bofetón con el que me tiró al suelo de cabeza. Mi madre se acercó a mí

para ayudarme a ponerme en pie y él le dijo que se volviera a sentar. Ella obedeció. Mi padre me tiró del brazo para ponerme en pie ante él y darme otra bofetada.

—No tienes la más mínima idea de lo que cuesta ese colegio, el mejor colegio para ti y el lugar en el que yo mismo estuve estudiando. Si no hubiera seguido esas reglas, si no las hubiera obedecido y aprendido a querer, nunca hubiera podido hacerme cargo de la empresa. No quiero que vuelvas a hablar mal de esa gran institución. ¿Me entiendes? No quiero que vuelvas a quejarte de la privilegiada vida de la que te beneficias. ¿Te queda claro? —escupió.

Mientras me temblaban las piernas, pues no había visto nunca a mi padre ponerse así, comenzó a salirme sangre del oído izquierdo. Le pedí perdón, intentando no llorar por miedo a que volviera a pegarme por ello. Se marchó del comedor y mi madre hizo que una criada llamase al médico. El oído no dejó de sangrar hasta que hizo su aparición el médico unos veinte minutos después de ser avisado. Me puso unas gotas y me tumbó de lado. Un par de minutos después dejó de sangrar, pero yo no oía nada por ese lado. Dijo que ese tímpano se curaría, que tardaría un tiempo en volver a oír, pero que nunca lo recuperaría del todo. Aquel fin de semana, en lugar de poder jugar con Cora, lo pasé tumbado en la cama, mareado y tomando unas pastillas que me había dado el doctor para prevenir infecciones. Su recomendación había sido estar no menos de cuatro o cinco días tumbado, pero mi padre no consintió que me perdiese esos días de clase.

—Tienes que entender, hijo, que lo hago por tu bien —dijo a modo de disculpa cuando el domingo por la noche me visitó en mi dormitorio.

—Sí, padre, lo sé —respondí deseando que se marchase de allí y que alguien le hiciera a él lo mismo que me había hecho a mí.

Aquel momento fue cuando comencé a odiarle lentamente, hasta despreciar su presencia mientras los años pasaban. Nunca recuperaré el oído del todo.

## 13

El día de mi décimo cumpleaños mi padre me dijo que lo celebraría en casa y como Dios mandaba. Por mi parte, ya lo había celebrado con Cora y Andrés. Los tres íbamos siempre juntos. Yo solía escaparme de la escuela siempre que podía. En un primer momento, la primera vez que se dieron cuenta de que no estaba en ninguna estancia del colegio, el director me recibió cuando regresé gritando y abofeteándome, y se lo dijo a mi padre, que hizo exactamente lo mismo. No me importó. No tenía ninguna intención de quedarme allí encerrado a las órdenes de un grupo de profesores que no nos permitían ni tan siquiera hablar. Creyeron que, tras la primera reprimenda, mis escapadas cesarían, pero no fue así, y con el tiempo, al ver que no iba a hacerles ningún caso, cedieron las dos partes e hicieron la vista gorda.

Andrés, Cora y yo solíamos reunirnos en un edificio de pisos abandonado cerca del colegio. Los tres nos llevábamos bien y jugábamos casi todas las tardes sin que nadie lo supiera. Sabían que me marchaba del colegio, pero no con quién me veía. Llegó un punto en el que dejé de escaparme a escondidas para salir directamente por la puerta de entrada principal del centro sin ninguna contemplación. Odiaba el colegio, sus estúpidas normas, a mi padre y, además, quería que lo notaran. La relación con mi madre era diferente. Incluso había conseguido que una cocinera de la casa me trajera desayuno, comida y cena al colegio y la tomaba en mi dormitorio. Esto lo consiguió después de un incidente por el que estuve a punto de perder la pierna derecha y la vida por culpa de Pablo Campillo, un inconsciente de último curso. Había intentado hablar conmigo un par de veces, viniendo a mi dormitorio, interesándose por los negocios de mi padre, cuya naturaleza yo seguía

desconociendo. Le dije que me dejase en paz y que, si quería conocer los negocios de mi padre, se los consultase a él directamente. A mi respuesta se marchó, pero tenía segundas intenciones.

Pablo Campillo era el hijo menor de una familia venida antaño de Extremadura, que había crecido próspera en el negocio del marfil y que se presentaba al mundo cada vez más poderosa, vanidosa y enferma.

Se decía de ellos que solo se querían codear con lo más alto de Zaragoza, evitando a las familias relativamente poderosas, y que su objetivo principal en aquellos momentos era hacer negocios con mi padre, aunque yo tenía entendido que mi padre el único negocio que hacía respecto a su empresa era el de producción y venta, nunca de compra o unión con otra empresa. Aunque, al parecer, Pablo, al ser el hijo pequeño, apenas recibiría una fracción del dinero de su padre cuando este muriese y todo iría a parar a manos del hermano, mucho mayor que él, Pascual Campillo. Pascual había sido también alumno en mi escuela, aunque había terminado su educación en casa porque los alumnos le distraían, según contaban. Mientras estuvo en la escuela, cumplía las normas y vigilaba que sus compañeros también lo hicieran.

Siempre fue voluntarioso con los profesores y les había ayudado en las clases en más de una ocasión, ya que iba adelantado con las lecciones. Se había casado con una mujer rica, heredera de una fortuna familiar, aunque ella no había sido la primera opción de matrimonio, sino una joven que había muerto en un accidente poco antes de la boda. Me constaba que, en secreto, su hermano pequeño le odiaba por ser el mayor y mejor que él en todo cuanto hacía. A Pablo no le quedaba más que resignarse y aguantar, intentando agradar a un padre que apenas le hacía caso y a una madre que estaba borracha veintitrés horas al día. A causa de esto, Pablo se encontraba cada vez más hundido cuando iba de visita a su casa y regresaba con el alma rota para reunirse de nuevo con sus amigos, que lo seguían como perros por deseo de sus padres, con el fin de conseguir, tal vez, alguna migaja del clan Campillo, lo consolaban y animaban. Esto hizo que, con el tiempo, creyese que el colegio era su territorio y que todos le debían obediencia, imponiendo el miedo entre los alumnos. Por mi parte, no se merecía ningún respeto y no

quería ninguna amistad con él. Pero él no estaba dispuesto a aceptarlo, ya que hacerse amigo mío supondría estar un peldaño más arriba en su casa y uno más cerca de su hermano mayor. Al ver que no lo conseguiría, se tomó una venganza que estuvo a punto de enviarme a la tumba. Aun así, estuve obligado a invitarlo a mi cumpleaños para que se burlase de mis amigos.

Era un lunes a las diez de la noche y todos habíamos cenado y estábamos listos para acostarnos hasta el día siguiente. Como cada tarde, había estado con Andrés y con Cora. Habíamos estado en el parque jugando en los columpios y tomé un baño antes de meterme a la cama con las sales que la doncella que me traía la comida también me traía como regalo de parte de mi madre. La mayoría de las sales se las regalaba a Andrés, pero Cora nunca las quiso, aunque tampoco tendría oportunidad de darles uso, pues en mi casa los sirvientes no tenían bañera. La casa de Andrés tampoco tenía bañera, pero le dejaba usar la mía cuando se podía colar en mi habitación. Era divertido. Mientras yo estaba leyendo, él solía quedarse dormido en la bañera. Salí y me sequé con el albornoz que también me había regalado mi madre, traído de Italia. Me puse el pijama del colegio y me metí en la cama, apagando la luz. Unos segundos después noté como algo se me clavaba en el pie. Retiré las sábanas y encendí la luz de la lamparilla justo a tiempo para ver como un escorpión se iba corriendo hacia el suelo deslizándose por la manta. El pie comenzaba a hincharse y a dolerme cada vez más. Salí corriendo de la habitación, dejando la puerta cerrada para que aquel bicho no pudiera escaparse, y fui corriendo hasta el cuarto del profesor de guardia. Llamé a la puerta cuando la pierna apenas me respondía ya y caí al suelo.

Abrió la puerta un profesor de unos cuarenta años que nunca nos había dado clases. Tenía el cabello largo por debajo de las orejas y llevaba unas gafas de culo de vaso.

—¡Dios santo, chiquillo! Aguarda, avisaré al doctor.

Me dejó allí y salió corriendo escaleras abajo. El grito del profesor hizo que parte del alumnado se despertase y se formó un corrillo a mi alrededor. La pierna se estaba poniendo morada. Yo sentía un dolor que iba trepando despacio desde donde podía verse la picadura.

El profesor no tardó en regresar y les pidió a los chicos que volvieran a

sus habitaciones sin que ninguno hiciera caso. Me llevó en brazos hasta la enfermería y me tumbó sobre la única camilla que había. Empecé a sudar, a tener escalofríos y fiebre. Me sentía mareado y tuve que echarme a un lado para vomitar la cena. Mi cuerpo estaba cada vez más entumecido y el dolor continuaba ganando terreno en mi cuerpo. El profesor se dedicó a ponerme paños mojados sobre la frente a la vez que me tapaba con una manta por los escalofríos. Se santiguó y, cogiéndome las manos, rezó dos avemarías y los padrenuestros que pudo hasta que el médico hizo su aparición, prueba de que no daba un duro por mi supervivencia. El médico retiró la manta y examinó la herida.

—Chico, ¿qué ha pasado? —preguntó acercándose a mi oído.

—Un escorpión... —dije entre sollozos.

—¿Un escorpión? ¿Cómo es posible? —susurró para sí.

Yo apenas podía escuchar lo que hablaban. La vida se me escapaba y solo sentía ganas de dormir. No recuerdo muy bien lo que pasó a continuación, pues las caras que desfilaron ante la camilla y, posteriormente ante mi cama, se mezclaban. Pero sí recuerdo que mis padres vinieron y que mi padre insistió en llevarme a casa para que me recuperase. La voz del doctor decía que no debían arriesgarse a hacerlo. Y también recuerdo el rostro de Andrés y sus palabras, diciendo que había visto a Pablo con una caja donde llevaba una especie de gran insecto y que había acabado confesando que iba a ser un regalo para mí, pero que se había escapado de la caja e inexplicablemente había ido a parar entre las sábanas de mi cama.

La cosa se quedó ahí y me pidió disculpas públicas que siempre me negué a aceptar. Estuve dos semanas al borde de la muerte, con fiebres, vómitos y diarreas. El médico no descartó en un primer momento cortarme el pie o incluso la pierna, pero al ver que el veneno se había extendido rápidamente por todo el organismo, pensó que no merecía la pena y me dejó entero. A base de ungüentos en el pecho para poder respirar bien y expulsar las mucosidades, debidas a un resfriado grave que cogí por culpa de los sudores fríos que el veneno me estaba provocando, pastillas, medicinas amargas y los líquidos que me obligaban a ingerir regularmente, pude salvarme, aunque temían que me quedasen secuelas que pudieran afectarme al habla, a la vista

o a mi capacidad de raciocinio.

Finalmente, una mañana me desperté sin fiebre y sin mareos mientras mi madre dormía apoyada en mi cama sujetándome la mano. Cuando comencé a moverme se despertó, me miró y sonrió al ver que ya no sudaba y que tenía mejor aspecto.

—¿Te encuentras bien?

—Tengo sed.

Corrió al baño con la jarra de agua que había sobre la mesilla al lado de la cama. Rellenó el vaso y me ayudó a beber. Cuando pude ver mi pierna, tenía un aspecto verdaderamente desagradable, pero por lo que me dijo mi madre, se estaba curando y ya no estaba tan morada. Estuve en cama una semana más, ya en el colegio, donde no me libraba de hacer los ejercicios que nos imponían en las clases. Los mismos profesores me traían y venían a recoger. Por la tarde, cuando me quedaba solo, Andrés venía igualmente a hacerme compañía y me hablaba de Cora.

—Estaba muy preocupada por ti, temía que el veneno pudiera contigo. Yo también. Tiene ganas de verte.

—En cuanto pueda nos iremos los tres, como siempre hemos hecho. Tengo ganas de salir de aquí de una vez por todas. Estoy aburrido.

Pero la semana siguiente era mi cumpleaños y no pude quedar con ellos. Estuve obligado a invitar a la celebración a los compañeros del colegio de mi mismo curso y a los hijos de los conocidos de mi padre que también iban al mismo centro, pero de otros cursos. Por mi cuenta y riesgo invité a Andrés. A quien no pude invitar fue a Cora, ya que debía estar trabajando en el cumpleaños.

Era sábado y había pasado la noche en mi casa. La tarde anterior la había pasado con Andrés y habíamos estado eligiendo uno de los viejos trajes de su padre para que lo llevase al cumpleaños. Todos le estaban ligeramente grandes, pero no le quedaban mal. Su padre era más bien pequeño y menudo, pero Andrés, además de ser unos años mayor que yo, era grande y fuerte para su edad. Por la mañana me desperté temprano para ir a ver a Cora antes de que mis padres se levantasen. Con la bata puesta, salí descalzo para no hacer ruido. A esas horas, debía estar en la cocina. Bajé las escaleras hasta la

primera planta y después me dirigí a la puerta que ocultaba las escaleras que descendían a la cocina. Se escuchaban voces agitadas y los pasos corriendo de un lado para otro. Ese día era un día de gran trabajo para todas las criadas. Además de preparar el desayuno y la comida, también debían preparar una cena especial. Yo me sentía culpable, pues no quería hacerlas trabajar más de lo normal, pero mi padre así lo había ordenado y así se haría.

Cora estaba frente a la mesa con un rodillo, amasando lo que en unas horas sería mi tarta de cumpleaños. Al verme, todas las doncellas se quedaron en silencio y Cora agachó la cabeza todavía más.

—Podéis hablar, a mí no me importa, es mi padre al que le molesta.

—Señorito, gracias por la confianza —dijo Dolores.

—No me las des. ¿Cora? —dije.

Levantó la cara y vi que la tenía llena de harina sin dejar de amasar.

—¿Sí?

—¿Puedes venir un momento?

—Claro.

Dejó el rodillo y lo tomó otra de las sirvientas, se lavó la cara, se la secó con el delantal y vino hacia mí. Le sonreí, pero no me devolvió el gesto. La cogí del brazo e hice que subiera conmigo escaleras arriba.

—¿Qué haces? —preguntó.

Una vez que subimos, entramos por una de las puertas ocultas, atravesamos las paredes y entramos en mi cuarto.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó mirándome sin entender.

—¿Qué te pasa? Siempre venimos aquí o al otro cuarto.

—Ya —dijo desviando la mirada—, pero ahora es distinto.

—¿Por qué es distinto? —pregunté sin entender.

—No lo sé. Es distinto. Ya no somos unos niños y tú eres el hijo del señor de la casa. Si nos encontraran juntos, a mi madre la despedirían, y no tengo ganas de tener que ir pidiendo limosna por las puertas de las iglesias.

Negué con la cabeza.

—¿Te han dicho algo? ¿Te ha dicho mi padre que no debes hablar conmigo? ¿Nos han visto juntos?

Negó con la cabeza.

—Entonces ¿qué te pasa?

—¿Quién es Teresita Milano?

Dudé un instante.

—Y yo qué sé. No he oído ese nombre en mi vida.

Suspiró ahogando una sonrisa.

—Pues tu padre la debe conocer muy bien. Ha dicho que para ti es perfecta. Seguro que cuando la conozcas ya no querrás saber nada de mí, así que cuanto antes me haga a la idea, mejor.

—Pero ¿qué dices? Yo no voy a hacer eso. Eso son cosas que piensa mi padre.

—Ya —cortó—. Pero es tu padre y has de obedecerle. Deberías juntarte con los de tu clase y no con los de la mía. No pintas nada conmigo y con Andrés. ¿Por qué no nos dejas en paz?

—Cora...

No pude terminar la frase. Desapareció de mi habitación por las escaleras ocultas y no volví a verla en todo el día. No sé qué habría escuchado a mi padre ni sabía quién era esa Teresita Milano, pero no tenía intención alguna de sustituir a Cora por ella. Tampoco iba a sustituir nadie a Andrés. ¿De dónde se había sacado esas ideas? Me vestí, y no mucho después, sin poder dejar de darle vueltas a la cabeza, bajé a desayunar. Era temprano y mis padres todavía estaban en la cama. Desayuné en el salón comedor y después salí al jardín trasero a sentarme en el sofá mecedora que teníamos en el porche. Hacía frío y estaba a punto de llover. Aquellos momentos de cielos grises y gotas de agua solía compartirlos con Cora siempre que estaba en casa, pero ahora ella no quería. Se levantó un fuerte viento de pronto y lanzó la lluvia con fuerza contra los cristales de la casa y contra mí. Entré. Estaba mojado y debía cambiarme de nuevo. Subí a mi dormitorio y me dirigí derecho al armario mientras me enfadaba con Cora por lo que me había dicho sin ninguna razón. Yo no había sido nunca grosero con ella y no entendía por qué se ponía así conmigo. Yo no tenía la culpa de lo que mi padre dijese. Saqué ropa del armario y la dejé sobre la cama para cambiarme mientras el suelo se llenaba de agua escurrida de mi ropa. Fue entonces cuando vi el regalo sobre mi cama, al darme la vuelta para dejar la ropa seca sobre ella.

Había lo que parecía ser una caja envuelta en una tela antigua con dibujos de un arma de fuego y tenía una nota escrita:

«Espero que te guste, me ha costado muy caro. Cora».

Sonreí al leer la tarjeta. Cora, siempre tan sincera. Retiré la tela que envolvía el regalo y ciertamente vi una caja con lo que parecía un ángel grabado sobre la tapa. Abrí y dentro encontré una pluma antigua con su tintero, sello y barra de lacre. Me encantaba. Siempre me habían gustado ese tipo de cosas. Lo dejé sobre el escritorio que había en mi cuarto y que rara vez usaba. Era precioso. Pero seguía sin entender por qué me había hablado de aquella forma. Me vestí y bajé a la cocina en busca de Cora con una sonrisa estampada en la cara, pero ya no estaba allí. Pregunté por ella y ninguna de las criadas supo decirme dónde estaba. Me dirigí a las cocheras y busqué a Jerónimo. Lo encontré sentado en una silla, en una especie de garita que tenía con herramientas para arreglar algún desperfecto del coche y donde guardaba los botes especiales de jabón para coches que mi padre hacía en su fábrica únicamente para sus vehículos.

—Felicidades, Esteban.

—Muchas gracias, Jerónimo. Te guardaré un trozo de tarta.

—Eres muy amable —dijo sonriente mientras se agachaba para recoger un trapo del suelo.

—Oye, ¿has visto a Cora?

—Sí, esta mañana a las seis, pero ahora no sé dónde está. Puede que limpiando alguna habitación.

—Vale, gracias, Jerónimo. Si la ves, dile que la estoy buscando.

—No te preocupes.

Regresé de nuevo a la casa y sentí un escalofrío. Me estaba resfriando y tenía las manos heladas. Regresé a mi dormitorio a por un jersey y subí hasta el último piso para ver si encontraba a Cora en nuestra habitación secreta. Giré el pomo. Estaba cerrada. Cuando iba a darme media vuelta, la puerta se abrió y Cora apareció detrás.

—Pensaba que no ibas a venir nunca —soltó.

Suspiré.

—No te entiendo. Te enfadas conmigo por lo que dice mi padre y a la vez

estabas esperándome.

—Ya —dijo agachando la cabeza unos instantes—. Sé que no debería haberme enfadado contigo. No sé por qué lo he hecho.

Encogí los hombros para quitarle importancia.

—No te preocupes, yo también hago cosas raras a veces.

Entré. Aquella habitación siempre estaba cálida.

—Me gusta mucho tu regalo. Gracias.

Sonrió.

—Qué bien que te guste.

Nos miramos y nos sonreímos. No sé por qué lo hice exactamente ni por qué ella me devolvió el gesto, pero me acerqué a su cara y la besé. Ninguno de los dos nos extrañamos, simplemente, ocurrió sin más, aunque tampoco estábamos seguros de qué significaba aquello. Unos minutos después, Cora regresó a la cocina y yo a mi cuarto a ver pasar el tiempo hasta la hora de la celebración. Mis padres me colmaron de regalos que agradecí como siempre, a pesar de que estaba deseoso de que el día acabase y volver a mi rutina.

A las cinco en punto de la tarde comenzó a haber un gran escándalo en la casa. Las doncellas, incluida Cora, corrían de un lado para otro, preparando la sala de celebraciones, dividida en dos partes, una, la zona del comedor, y la otra, la de baile.

Habían barnizado la mesa hacía una semana, corrían con mantelería a estrenar con bordados de flores y pájaros, jarrones y una cubertería nueva de plata. Vajilla de porcelana traída de un país cuya existencia ignoraba y copas con el borde de oro. Plantas tropicales y flores por todas partes. Mi padre había hecho afinar el piano y había contratado a una banda de músicos, un pianista, un violinista y un trompetista. Mi madre había mandado hacerme tres trajes y tuve que pasear ante ella con todos hasta que decidió cuál me sentaba mejor. Llamó a su peluquero personal, a pesar de que llevaba el cabello recién cortado, y me enseñó unos nuevos pasos de baile de los que no tenía ninguna gana de acordarme.

Finalmente, el primero de mis compañeros en aparecer junto a su familia llamó al timbre. Fue mi madre la encargada de abrir la puerta y yo el encargado de desilusionarme en primer lugar al ver que no se trataba de

Andrés, a quien le había prestado un traje para que pareciese importante. Eran Pablo Campillo, sus padres y su hermano mayor, mucho mayor que nosotros, junto a su señora esposa. Sus padres eran algo mayores. El nacimiento de Pablo, según lo que pude escuchar de la conversación que mantuvo su madre con la mía aquella noche, había sido sin planificarlo, cuando pensaban que ya no tendrían más hijos. Pascual Campillo no me inspiraba precisamente confianza. Llevaba un bigote espeso y negro, a juego con su cabello. Mostraba una media sonrisa en su boca que tiraba para atrás. Aunque había que admitir que, a pesar de su aspecto, era educado, amable y cariñoso. Poco a poco, los invitados fueron llegando y no había rastro alguno de Andrés, así que la ceremonia comenzó sin él, a mi pesar.

Los padres se habían puesto en un lado de la mesa, y los hijos y compañeros de clase nos habíamos quedado al otro. Todos me felicitaban y me entregaban paquetes con regalos que abriría más tarde. Aparte de eso, no me dirigieron la palabra en toda la noche. Pensaba que tal vez Andrés, al final, se había echado atrás y había rechazado mi invitación por miedo a que se riesen de él. Cuanto más pensaba en ello, más razón veía que tenía. Cora fue una de las criadas que nos sirvió la cena, consistente en crema de mariscos de primero, ternasco con patatas al horno de segundo, y de postre, además de la tarta de cumpleaños, helado de piña que hacía una de las cocineras por orden de mi padre. Yo apenas probé bocado, solo me centraba en mirar a la puerta del salón, esperando la aparición de Andrés. Qué ganas tenía de que se acabara toda la parafernalia. Qué ganas tenía de regresar a las tardes de escapadas al parque. Después de la cena y sospechando que ninguno de los colegiales queríamos participar en el baile, los adultos se fueron al salón de baile contiguo, separado por una puerta doble, y nosotros nos quedamos en el comedor.

Fue entonces cuando Cora se me acercó por detrás y al oído me susurró que ella había abierto a Andrés y que se había refugiado en nuestro cuarto secreto para que ninguno de aquellos estúpidos lo viera con un traje y se riera de él. Le dije que después celebraríamos nosotros tres mi cumpleaños como debía celebrarse, pasándolo bien y no mirando el reloj para ver lo despacio que pasan las horas.

—Oye, tú —dijo una de las invitadas dirigiéndose a Cora—, tráeme más pastel.

—Ahora mismo —respondió ella.

—No —grité.

Me puse en pie.

—No le hables así, no es tu criada.

—Esteban —me susurró Cora al oído—, es lo que soy, una criada; si quiere más tarta se la traeré.

—No. —Dirigí de nuevo la mirada hacia aquella chica a la que no conocía—. Pídeselo por favor.

Río.

—¿Qué? No pienso pedirle a una criada nada por favor. Que me traiga la tarta y punto.

Cora dio un paso para marcharse a por el pedazo de tarta, pero la sujeté del brazo. No levantó la cabeza. Yo no había llegado a tocar mi tarta, así que cogí el plato y con una puntería de la que nunca más pude disfrutar se la lancé a la cara. Todos rompieron a carcajadas. Ella, por supuesto, se indignó y, limpiándose el pastel como pudo, se marchó al baño.

En ese momento apareció mi padre por la puerta preguntando por el porqué de ese jaleo y Pablo corrió a contárselo. Lo siguiente que recuerdo de aquella noche fue el cinturón de mi padre deshaciéndose en mi trasero. No consigo recordar si la celebración se alargó, si se marcharon todos en ese instante o si mi padre se disculpó por mí. Lo que sí recuerdo es que la celebración de verdad comenzó conmigo en calzones y camiseta. Cuando mi padre decidió que el castigo ya era suficiente, me dejó en mi cuarto a solas. Poco después apareció mi madre y me dio una especie de crema que olía a menta y que escocía a rabiar, pero con la que noté un gran alivio poco después. Eran las dos de la mañana y la fiesta de verdad comenzaba.

## 14

Cora y Andrés aparecieron en mi dormitorio y se sentaron a mi lado.

—Siento lo que te ha pasado —dijo Cora.

—No es culpa tuya —repliqué.

—Hombre, eso es verdad, pero gracias por defenderme.

—Felicidades —dijo Andrés.

—De nada, me alegro de que hayas venido. ¿Cuándo cenamos?

Salimos de mi dormitorio y nos dirigimos derechos a la cocina por las escaleras ocultas que a Andrés le parecieron iguales que los pasadizos de los castillos medievales sobre los que solía leer.

En la cocina todavía quedaban sobre la mesa los restos de la cena ya fríos, pero eso no importaba. Preparamos dos soperas en las que echamos en una crema de marisco y en otra ternasco con patatas. Había sobrado una tarta entera y nos la llevamos tal cual estaba, más cuatro platos y cubiertos.

Subimos hasta el ático y dejamos todo en el cuarto secreto. Cora fue a llamar a la puerta de Jerónimo y poco después aparecieron los dos. Jerónimo, con cara de sueño y en pijama.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Estáis bien? —preguntó.

—Sí. Anda entra, que ahora estamos de celebración, pero de las buenas.

Sonrió.

—Ya veo, gracias por acordarte de mí.

Se sentó en una silla y todos comimos mientras hablábamos y reíamos en voz baja. Después de comer tarta, Jerónimo nos deleitó con una serie de historias de fantasmas que nos mantuvieron en vilo toda la velada. Cuando el reloj de bolsillo de Jerónimo señaló las cinco y media, decidimos que la fiesta

se había acabado. Jerónimo se retiró a dormir, y nosotros hicimos lo mismo tras recoger los platos sucios y dejarlos en el fregadero. Andrés se fue a su casa a pesar de mi insistencia en que se quedase a dormir, pues nadie se enteraría de que había pasado la noche conmigo. Cora se marchó a la habitación con su madre. Había sido un buen cumpleaños. A las ocho de la mañana en punto de aquel día de domingo, mi padre entró prácticamente eufórico a mi dormitorio. Yo apenas había dormido unas horas.

—Hijo mío, despierta. Ya tienes diez años y debo enseñarte cuál va a ser tu futuro. Ya eres lo bastante mayor como para que visites la fábrica. Vamos, vístete.

Levantó la persiana para dejar entrar la poca luz del sol que entraba por el cielo cubierto de nubes espesas llenas de agua para que no me volviera a dormir y salió de mi cuarto. No quería ir a ningún sitio, solo quería dormir.

Me levanté despacio y me vestí todavía más lentamente. Bajé al salón comedor y comprobé que no quedaban ya restos de la fiesta del día anterior. El desayuno estaba preparado como de costumbre y mi padre estaba sonriente. Cuando me senté en la silla se acercó y él mismo me sirvió el zumo. Verdaderamente, estaba muy contento. Yo, muerto de sueño. Ahora recuerdo las pequeñeces que me molestaban entonces y me río de mí mismo. Salimos de casa montados en el coche que llevaba Jerónimo, tan despierto y atento como siempre. Salimos de la ciudad y llegamos a las afueras donde se encontraban la mayoría de las fábricas. Industrias de maderas nobles, marfil, vidrio..., aunque mi progenitor me hizo saber que la más grande y poderosa era la suya. Mi padre no había nacido entre algodones, pero tampoco había sido un muerto de hambre. Su padre, al que no llegué a conocer, había sido maestro de escuela, lo que le daba un sueldo más o menos aceptable para poder vivir y, ahorrando como podían, pudieron pagarle unos estudios superiores en la universidad. Allí destacó por su capacidad en todas las materias que se impartían en las clases y fue el alumno más aventajado de su promoción. Tanto fue así que un octogenario, también químico y estudiante en su misma universidad décadas atrás, viendo que su nieto no iba a seguir sus pasos, solicitó al decano de la facultad que le concertase una cita con él. El decano lo preparó todo para que se vieran en su propio despacho. Llamó a

mi padre sin decirle para qué requería su presencia y cuando llegó aquel hombre ya le estaba esperando. El decano se disculpó por hacerle ir sin decirle el motivo y se marchó.

—Bien, muchacho, déjame decirte el motivo por el que estás aquí. Al igual que tú, yo también estudié las ciencias de la química y fui el mejor, aunque tengo que admitir que ahora no sirve prácticamente nada de lo que aprendí en su día, gracias a los nuevos avances y descubrimientos. Yo quería que mi hijo y nieto siguiera mis pasos, pero se decantó por estudiar letras y ahora es un mísero escritor que vive como puede ganando cuatro reales de vez en cuando. Pero tiene suerte de que yo pueda ayudarlo económicamente, aunque ciertamente no lo hago por él, lo hago por su encantadora esposa y por mi nieto, que también renunció a estudiar química, como te he dicho. Al menos se decantó por algo útil y estudia las ciencias matemáticas. Es una pena, pero no será un muerto de hambre como lo es su padre. He pedido verte porque no me queda mucho de vida y quiero dejar una buena parte de mi fortuna a alguien que sienta el mismo amor que yo por las ciencias químicas. Sé que te sonará extraño, pero lo que te digo es cierto. Quiero dejarle una parte de mi fortuna a alguien que se dedique a este campo, y creo que tienes muchas ganas de hacerlo.

En un primer momento, mi padre pensó que estaba loco o que chocheaba, pero a pesar de su cuerpo anciano, aquel hombre tenía una mente despierta, ágil, y sabía muy bien lo que decía.

Mi padre aceptó sin creer que aquello sucedería de verdad y se marchó de vuelta a casa con su madre y su padre moribundo, que ya no podía levantarse de la cama. No dijo nada de aquella reunión, pero dos meses más tarde, cuando ya había comenzado a trabajar en la farmacia más antigua de toda la ciudad, apareció un martes a las ocho de la tarde.

Allí le dijo que había intentado ponerse en contacto con él en más de una ocasión sin conseguirlo y que por eso, finalmente, se había decidido a ir personalmente a verlo. Le pidió al dueño de la farmacia permiso para que le dejase salir a la calle para charlar con él y, al escuchar su negativa, le dejó un billete sobre la mesa y cogió a mi padre del brazo.

En la calle le dijo que había estado comprando terrenos en Zaragoza,

donde instalaría su nueva fábrica.

—Crearás nuevos medicamentos, crearás nuevos compuestos, inventarás nuevos productos, harás grandes cosas en la fábrica que tú mismo dirigirás y gobernarás, será toda tuya.

—¿Por qué? —preguntó mi padre—. ¿Por qué hace esto por mí?

—Porque eres el hijo que no tengo.

Fue cuanto obtuvo por respuesta y no se atrevió a preguntarle más. Lo acompañó en su Mercedes hasta el terreno de la fábrica que ya estaban levantando.

—Todo esto es tuyo.

Ahora era yo el que se había convertido en el heredero de todo sin ganas. Las ciencias no se me daban bien y en alguna ocasión había hecho estallar algún tarro de cristal en el laboratorio del colegio. Tardamos unos cuarenta y cinco minutos en llegar a la fábrica, donde algunos de los trabajadores que estaban al aire libre en la parte trasera, en la zona en la que Jerónimo aparcó el coche, estaban experimentando con productos tóxicos. Al ver a mi padre, dejaron cuanto estaban haciendo y acudieron en fila a saludarnos con reverencias a las que mi padre seguramente sí, pero yo no, estaba acostumbrado. Yo les di los buenos días, pero mi padre no se dignó en responder. Entramos a una especie de cámara donde nos enfundamos unas batas y unas mascarillas a través de las que debíamos respirar. Después entramos a la primera sección de la fábrica, donde se hacían los medicamentos más básicos y de simple composición química. Allí había más operarios, y ninguno se percató de nuestra presencia hasta que un oficial al que mi padre había dado orden de recibirnos, se presentó segundos después ante nosotros. Fuimos pasando por las calles de la sección, observando las labores de los trabajadores, mientras mi padre y aquel hombre, que parecía tenerle un miedo atroz, me explicaban qué estaban haciendo en cada mesa.

Era un lugar oscuro, frío y no muy bien ventilado. No me gustaba. Si algún día esa fábrica llegaba a ser mía, lo primero que haría sería construir grandes ventanas que permanecerían siempre abiertas. Después de recorrer aquel laberinto de mesas, pasamos a la sección dos, donde se hacían medicamentos más complejos y donde olía a lo que me pareció pedo de

caballo. Me aguanté una primera arcada e intenté respirar por la boca durante el recorrido de aquella parte de la fábrica en la que apenas estuvimos diez minutos. Pasamos a la siguiente. Lo primero que vi fue la luz que entraba de la calle en esta sección. Había ventanas grandes en todas las paredes. Y lo segundo de lo que me percaté fue del olor que había allí. Habíamos llegado a la sección de jabones. Había cien aromas en el aire mezclándose unos con otros. Melocotón, limón, manzana, naranja, hasta olor a mantequilla me pareció percibir... Esa sección sí que me gustaba.

—Somos los únicos en España que tenemos tanta variedad de olores en jabones. Eso nos da toda la ventaja que necesitamos en las ventas —dijo mi padre.

Yo no le escuchaba, veía las piscinas llenas de jabón y quería sumergirme en ellas mientras un trabajador no dejaba de removerlas con palos largos de madera.

—Siempre con un palo de madera y no de metal —dijo mi padre.

En aquella sección sí que me detuve a escuchar las explicaciones de cómo se conseguía la mezcla para cada uno de los diferentes jabones. Si era para lavar, para el baño o para el cabello. Los medicamentos no eran lo mío, pero sí que me gustó el jabón. Me encantó, y estaba deseando que llegase el lunes para contárselo a Cora y a Andrés.

## 15

En el colegio no nos informaban mucho de la situación del país y nos dijeron que estábamos en guerra más de un mes después de que comenzara. Nos lo dijeron en clase de Historia de España, nada más entrar al aula, aunque yo ya lo sabía por Andrés y Cora. Supe por Cora que mi madre se encontraba bien en casa, que mi padre andaba por París de viaje de negocios y que todo el mundo pensaba que la guerra acabaría pronto. Lo que no me contaron fue que en algún momento había habido cadáveres acumulándose en las esquinas y que días después, mientras los gusanos les salían de la boca, alguien del ayuntamiento los enterraba en una fosa. Y lo que nunca pude pensar fue que todo mi mundo desaparecería en un abrir y cerrar de ojos unos meses después. Ni Andrés ni yo sabíamos nada de Cora desde hacía días. Andrés iba a mi casa. Decía que nadie le abría la puerta y que todo parecía estar a oscuras. Una mañana, a las seis en punto, escuché golpes en la puerta de mi habitación y la voz del director gritándome que abriese la puerta de inmediato. Con un ojo abierto y el otro todavía cerrado, corrí a abrir la puerta en calzoncillos sin molestarme en ponerme la bata. Al abrir la puerta me topé con el director, con uno de los profesores y con la guardia civil.

—¿Qué ocurre? —pregunté algo asustado por ver allí a los dos guardias civiles.

—Tus padres no han pagado la cuota desde hace dos meses. Puedes vestirme con algo de tu propia ropa. El resto de tus pertenencias nos las quedaremos a modo de pago, aunque no cubrirán ni la mitad. Estos caballeros han venido por si tenemos problemas al echarte de aquí.

Me quedé mudo, esperando alguna explicación de por qué mi padre no

había pagado las dos últimas mensualidades del colegio, por qué no me habían dicho nada y por qué no había venido él a buscarme.

—¿Qué haces ahí como un pasmado? Vamos, vístete, o estos dos caballeros te ayudarán a hacerlo.

Cerré la puerta automáticamente y me di media vuelta para ir directo al armario. Abrí las puertas. Recuperé de una percha un pantalón, una camisa, un jersey que me había tejido mi madre y unos zapatos con calcetines dentro. Me vestí y me enfundé el abrigo gris que tenía.

Me volví para ver la habitación por última vez, y antes de abrir la puerta de nuevo me escondí uno de los libros que más me gustaban bajo el jersey, *Caperucita Roja*. Cogí aire y abrí. Me dejaron pasar en primer lugar y me siguieron escaleras abajo. No sé si alguno de mis compañeros me vio salir o si alguno preguntó por mí. Tampoco me importaba.

Una vez que llegamos a la calle, el director me deseó buena suerte y cerró la puerta tras de mí. Los guardias siguieron su camino y yo me quedé solo, observando el colegio, con el sol apenas asomándose al día. Sin más opciones, me encaminé hacia mi casa con pies de plomo, ojos caídos y el alma en penumbra, sin estar seguro de lo que iba a encontrarme allí. Después de una ligera caminata sin ganas, llegué a la verja que rodeaba mi casa. La encontré cerrada con llave. Las persianas estaban bajadas y cerradas a cal y canto. El miedo recorrió mi cuerpo sin que me diera cuenta. Las nubes comenzaban a formarse en el cielo y el poco sol que había se tapaba de nuevo. Unas grandes gotas de agua comenzaban a caer sobre mis manos y mi cara. El jardín estaba plagado de malas hierbas creciendo por donde les placía y no había rastro de vida. La casa estaba abandonada, mis padres no estaban allí. No sabía en qué lugar podía encontrarlos. Me habían expulsado del colegio y no podía entrar en mi casa.

Fue en ese instante, mientras la lluvia me empapaba entero, cuando me di cuenta de que cuanto me quedaba del mundo en el que había vivido hasta ese momento eran los recuerdos y el libro de *Caperucita Roja*.

A falta de otras ideas, a pesar de la lluvia, comencé a merodear por los alrededores vallados de mi casa, intentando encontrar el modo de poder entrar en ella. El muro era alto, demasiado alto para un niño de apenas once años y

sin fuerza en las piernas. Busqué por los alrededores algo que poder arrastrar hasta el muro para poder saltar al otro lado, pero no tuve suerte. Estaba hambriento, perdido, solo y sin saber qué hacer, pero en lugar de ponerme a llorar, me alejé de allí y me adentré por las calles de la ciudad. Sin ninguna intención en concreto, simplemente necesitaba pasear.

Al rato, mientras recorría la Gran Vía esquivando el tranvía, la lluvia seguía cayendo con fuerza. Comencé a sentir escalofríos y a estar más fatigado que nunca. Lo peor de todo era que no tenía un sitio al que volver. Me cobijé en un portal, pero el portero pronto me despachó de allí. No querían ver a nadie en mi situación merodeando por ningún buen portal. Caminé hasta la Basílica del Pilar y allí me quedé acurrucado en una de las entradas con la mano extendida para que me echasen limosna aquellos que tenían casa, comida y paraguas con mango de oro para esquivar la fría lluvia. Sentado en el último de los escalones, solo me caía el agua a los pies, dejando cubierto el resto del cuerpo gracias a una repisa sobre la puerta donde se amontonaban normalmente las palomas, que también tenían donde refugiarse de la lluvia. A las doce había misa, y entonces fue cuando conseguí una suma de dinero lo bastante grande como para poder pagarme una buena comida y posiblemente una pensión, pero tenía el cuerpo entumecido, no sentía los pies ni las manos por el frío y no tenía fuerzas para moverme de allí. Estaba poniéndome enfermo, a punto de pillar una pulmonía; con suerte tal vez solo fuese un resfriado. La frente me ardía y sentía el vómito rondándome la garganta, aunque no había nada que vomitar. Mientras me sentía cada vez más mareado y sin fuerzas, intenté pensar dónde podía refugiarme para pasar la noche. Había escuchado las historias que contaban que los mendigos vivían debajo de los puentes, pero deseché la opción. Haciendo recuento del dinero que había conseguido, pensé en la posibilidad de alquilar un cuartucho en alguna pensión, pero no sabía si al día siguiente podría conseguir dinero suficiente para comer y también descarté esa opción. Mi ropa estaba mojada y sentía escalofríos a la vez que el sudor recorría mi frente. Los oídos me estaban comenzando a molestar y solo quería dormir, pero me daba miedo caer en un profundo sueño y no volver a despertarme, aunque tal y como estaba mi mundo en esos momentos, no hubiera sido una cosa tan mala.

Un sopor y una pesadez comenzaron a apoderarse de mí rápidamente. Sentí que me faltaban fuerzas para respirar y seguir con los ojos abiertos. Intenté no quedarme dormido y obligarme a ponerme en pie y caminar. Fue en vano, no me quedaban fuerzas para nada... Entonces, justo unos segundos antes de que se me nublase la vista y la cabeza chocase contra el escalón, me pareció ver a unos niños que cruzaban a través de la plaza del Pilar y se quedaban observándome desde la lejanía. Me pareció que iban vestidos con ropas viejas y sucias, a juego con sus caras, pero no podía estar seguro. También me pareció que se acercaban a mí, despacio, muy despacio. Iban a robarme, estaba seguro. El dinero que me habían dado a mí me lo iban a quitar y se lo iban a quedar, dejándome a mí sin nada para poder comer algo.

Maldije mi débil salud y la necesidad que vio mi cuerpo de desmayarse en ese momento.

## 16

24 de noviembre de 1940, París

—¿Y qué pasó después? Tendrás que contarme algo más.

—Ahora no —dije sin ganas—. Tenías razón, es increíble de lo que te puedes acordar hablando en voz alta.

—¿Te encuentras bien?

Asentí.

—Te he traído la carta que encontré cuando me colé en la casa. Estaba cerrada, sin entregar, y por eso es lo que más me intriga de todo. Debió de ser entregada y no fue así. Toma.

Se la tendí y leyó las líneas. Después me la devolvió.

—¿Por qué crees que no la entregaron?

Encogí los hombros.

—No lo sé, aunque no llevaba ni destinatario ni remitente. Me da a mí que alguien le dijo a Cristóbal que se encargaría de llevarla a Selene y que no lo hizo.

Asintió y me devolvió la carta.

—¿Estás bien? Tienes la cara pálida.

—Sí, pero me apetece irme a casa.

—Bien. ¿Quieres que sigamos mañana? Sigo intrigado con lo de Rosa. Y no me has contado nada de ese tema ahora. Y eso que dijiste de colarte en la casa, las cartas en el sótano de Correos...

—Me has dicho que querías que te lo contara todo, pues eso estoy haciendo. No te preocupes, que después se anima, pero para que esa parte tenga sentido tengo que contarte primero lo que ya te he contado. Nos vemos

mañana.

—Está bien.

Salí de allí. La tormenta se había transformado con las horas en una lluvia fina y constante. Paré un taxi y le pedí que me llevase a casa; quería llegar lo antes posible. Una vez estuve allí y comprobé que estaba solo con la excepción del servicio, me preparé un baño de agua caliente para despejarme. *Rufus* se tumbó en el suelo, disfrutando del calor extra del vapor del agua caliente. Me sorprendí pensando en Andrés. De Cora me acordaba prácticamente todos los días, pero no de Andrés. Pasé el resto del día tranquilo, jugando con Luke a las cartas cuando llegó del colegio y medio en las nubes. Por la noche volví a leer la carta y los recortes de periódico que había robado de aquella casa.

Llegué a la editorial temprano. Le dije a mi tío que había quedado con Eric en ir por la mañana a la editorial para ayudarlo a hacer un par de cosas, sin acordarme de que tenía que acompañarlo a las caballerizas.

—Tú siempre igual, ¿eh, sobrino? Anda, no te preocupes, pero tienes que sacar un rato para mí. Y sin tardar.

—Gracias, tío.

Parecía que me estaba esperando, Había café recién hecho y estaba sentado en el sofá. Me senté a su lado y comencé.

# 17

Zaragoza, 1936

Antes de abrir los ojos, sentía que estaba rodeado de oscuridad. Olía a humedad y a tierra, pero no hacía frío. Al menos no tanto como en la calle. También sentí que estaba sobre algo blando y tapado con una manta hasta las orejas. Me dolía todo el cuerpo y tenía unas ganas de toser que no se atrevían a salir del todo. Me dolía la garganta y la cabeza. Escuché pasos suaves cerca de mí y me quedé inmóvil. Una mano templada se posó sobre mi frente y una voz de niña habló:

—Tiene fiebre, pero no tanta como esta mañana.

—Bien, a lo mejor tiene suerte y se salva de esta, parecía un muerto — dijo una voz de niño.

Se escuchaba algún tipo de ruido metálico, como si una cuchara chocase contra una sopera, y poco después me vino un olor a comida que hizo mi estómago gruñir. Abrí los ojos despacio, como si me estuviese despertando en ese instante. Miré hacia el techo. Había una bombilla desnuda sobre mi cabeza a unos tres o cuatro metros. Los techos de aquel lugar eran altos y de cemento. Parecían de un sótano. Me moví en la cama y el chico volvió a hablar.

—Está despierto.

Lo observé. Era un niño de cabello moreno y ojos oscuros, profundos. Llevaba unos pantalones largos llenos de rotos y zurcidos y una camisa marrón que le llegaba por las rodillas y que llevaba remangada hasta los codos para no meter la tela en una sopera honda que descansaba sobre unas brasas ardientes colocadas en el suelo. Daba vueltas al interior con un cazo.

No había ventanas y apenas podía ver el habitáculo completo; muchos rincones se quedaban en la oscuridad. La chica estaba sentada sobre una silla a la que le habían arrancado el forro, posiblemente para hacer una chaqueta, usarlo de sábana o algo parecido.

Tenía la cara tan sucia como el chico y con la mirada perdida de miseria y hambre. Eché las mantas hacia atrás para sentarme en la cama. Me sentía mareado, pero no tan mal como antes. Metí las manos en los bolsillos y comprobé que ya no tenía el dinero.

—No te preocupes, lo hemos cogido nosotros para poder sobrevivir. Espero que no te moleste, pero si vas a vivir con nosotros deberás aprender las normas que hemos establecido para poder comer todos los días, aunque sea sopa. Y, a decir verdad, la comida de hoy te la tenemos que agradecer a ti; casi ninguno hemos sacado hoy nada.

¿Qué era aquello? ¿Qué estaba diciendo? ¿Sobrevivir? ¿Vivir con ellos? ¿Cuántos niños más había?

—¿No lo hueles? —dijo de nuevo aquel niño—. Hemos podido comprar medio pollo y un montón de patatas. Y todavía ha sobrado bastante dinero como para toda la semana. Al menos el agua es gratis, la sacamos de las fuentes o del río. A veces, cuando no podemos comprar comida, intentamos pescar algo en el Ebro, pero rara vez pican. La leña es cortesía de Javier, que la obtiene de una serrería donde le dejan llevarse algo de leña a cambio de que limpie las virutas del suelo. También las trae cuando nos hace falta para encender el fuego.

Al ver que no abría la boca, se quedó mirándome sin dejar de remover lo que había en el cazo, que cada vez olía mejor.

—No te preocupes, ya te lo he dicho, ya te acostumbrarás.

—¿Quiénes sois? ¿Qué es esto?

La que respondió fue la chica.

—Estamos en el sótano de un edificio abandonado de la ciudad. Son tres edificios en total. Los empezaron a construir con el nombre de El Barrio Nuevo. Pero nadie vino a vivir aquí. Eran pisos caros, pero los ricos prefieren vivir o en el centro de la ciudad o en el barrio de siempre, así que los abandonaron. Cuando mi hermano y yo llegamos aquí —dijo señalando al

chico con la mirada—, estaba lleno de ratas y murciélagos, pero los espantamos. Por el día estamos aquí; por la noche subimos a los pisos, ya que no nos pueden ver por las ventanas los dueños de los pisos de alrededor. Recuerdo cuando nos vieron y nos amenazaron con llamar a la Guardia Civil. Estuvimos viviendo aquí en el sótano más de una semana para que creyesen que nos habíamos marchado, y por eso ahora durante el día estamos aquí abajo y por la noche subimos sin lámparas de aceite para alumbrar. Pero se duerme mejor arriba. No hay tanta humedad y los pisos están amueblados. Hasta las camas están con sus colchas y, por suerte, los cristales de las ventanas no se han roto.

—Si se lo explicas así, no entenderá nada —añadió el chico.

—No he acabado —dijo ella—. Bien. Nuestros padres murieron hace un año. Nadie nos dijo qué les pasó, solo que habían muerto, que tenían muchas deudas y que la casa pasaba a pertenecer al gobierno. Nos metieron en un orfanato, ya que no teníamos parientes vivos que cuidasen de nosotros. Aquel lugar no nos gustó y nos escapamos. Nos estuvieron buscando durante un tiempo, pero supimos escondernos bien. Después de pasar varias noches a la intemperie, dimos con este lugar. Nos daba miedo entrar aquí, pero el miedo a morir congelados era más fuerte, así que entramos.

»Primero fuimos a mirar los pisos de arriba. Eran todos iguales, así que nos instalamos en el de arriba del todo. No sé por qué, pero fue ese el que elegimos, el de la quinta planta. Para poder sobrevivir, primero pedíamos limosna, pero poco o casi nada se sacaba y pronto tuvimos que aprender a robar. Comenzamos a ir al mercado y cuando una manzana salía rodando de su puesto, nosotros la cogíamos y salíamos corriendo. Pronto descubrieron nuestro truco y no nos dejaban entrar, así que tuvimos que irnos a los mercados al aire libre que se ponen en la calle del Coso y en la plaza del Pilar, pero no a robar comida, si no a robar las monedas de los bolsillos de la gente. Teníamos que sobrevivir, no me mires con esa cara; tú harás lo mismo cuando tengas hambre. Estuvimos un tiempo que solo éramos mi hermano y yo, pero después llegó Javier. Lo vimos un día en el mercado, entre puestos con pescados todavía con el anzuelo, trozos de carne sangrante y verduras. Salió corriendo de detrás de un puesto y un hombre de bigotes tras él.

»—¡Como te vuelva a pillar, haré que te arresten!

»Los dos nos quedamos mirando al chico, que corría como un rayo, y decidimos seguirlo. Se había ocultado en un banco tras una fuente. Al vernos, nos preguntó qué estábamos mirando.

»—¿Has robado algo en ese puesto?

»—¡No! El puesto es de mi padre. Lo que pasa es que me ha pillado comiendo un melocotón y dice que es muy caro, que coma manzanas si quiero, pero que deje los melocotones para los que los puedan pagar.

»—¿Por eso te riñe? —pregunté.

»—Sí.

»Y así fue como Javier se fue de su casa para irse a vivir con esos dos chicos al edificio abandonado.

—Ahora está en la serrería, luego traerá leña —añadió ella.

Guardé unos segundos de silencio sin estar seguro de si debía creer lo que me estaban contando o no.

—Me llamo Esteban. ¿Y vosotros? —pregunté finalmente. Al fin y al cabo, me habían sacado de la calle y me habían tapado con mantas.

—Yo soy Rodrigo, y ella es Ana.

—Encantado.

—Lo mismo decimos. Bueno, el pollo está listo —anunció Rodrigo.

—Deberíamos esperar al resto.

—¿Hay más gente viviendo aquí?

Asintieron.

—Estamos nosotros tres, Javier, Carla y Santiago.

—Somos como una familia de niños, cada uno hace lo que puede para traer dinero o comida. Y con la guerra seguro que llegamos a ser muchos más. Habrá muchos niños que se queden huérfanos.

No dije nada, y tampoco me preguntaron.

Javier, Carla y Santiago no tardaron mucho en aparecer. Javier era el mayor de todos. Tenía quince años, aunque aparentaba unos cuantos más. Decía muchas tonterías, pero era divertido. Carla y Santiago eran callados y apenas dijeron nada. Ellos habían traído un par de barras de pan que habían sacado de la basura de un hotel. Comencé a plantearme la idea de personarme

ante un orfanato para que me acogieran y poder comer todos los días, pero tal y como Rodrigo habló de ellos deseché la idea.

Decía que había cucarachas por todas partes, que les pegaban con palos y que en la comida encontraban gusanos. No sabía si sería cierto o no, pero me hizo cambiar de idea. O tal vez era que estaba cansado y que la sopa, las patatas y el pollo después del hambre que había pasado me dejó sin ganas de nada más que de seguir durmiendo. El resto de la tarde se dedicaron a enseñarme las normas. Estaba prohibido subir a la parte de arriba durante el día, para que no nos viesen. Si pedía limosna o robaba dinero, debía compartirlo con todos, y si se descubría lo contrario me expulsarían de allí. Lo que se hacía en último lugar era rebuscar en la basura, pero si no quedaba otro remedio, había que hacerlo. Las normas eran sencillas e inquebrantables. No tardé en acostumbrarme a ellas. Se trataba de sobrevivir, de comer y de tener un sitio al que volver donde guarecerse del frío. Cuando el sol se ocultó me guiaron arriba. Ana me cogió de la mano y me indicó cuándo debía tener cuidado con el siguiente escalón que estaba suelto. Subimos a la última planta. Se veía gracias a la luna, pero debíamos tener cuidado de no entrar en su ángulo para no ser vistos.

Me llevaron hasta la que iba a ser mi habitación. La cama estaba pegada a la pared y tenía una colcha de flores a juego con el papel de las paredes. Tenía un armario, un par de sillas, una mesa y una bonita lámpara, que por supuesto no funcionaba. Se estaba bien allí, era una habitación confortable. Me desearon buenas noches y cerraron la puerta. Tenía ganas de probar aquella cama y ver si se estaba tan bien en ella como parecía. Estaba equivocado, se estaba mejor. Y no importaba el frío que hiciera: bajo la colcha, las dos mantas y las sábanas se estaba de maravilla y apenas tardé unos minutos en caer rendido al sueño.

\* \* \*

Me despertó Ana, a eso de las seis de la mañana, y me dijo que debíamos salir hacia los mercados, que iban a enseñarme a robar sin ser visto. Me daba bastante miedo la idea. En realidad, me daba miedo que me pillasen, pero lo

que estaba claro era que teníamos que comer y que nadie nos iba a proporcionar la comida si no lo hacíamos nosotros mismos.

Todavía con el sol medio oculto, bajamos de nuevo hasta el sótano y allí desayunamos los restos de la sopa y el pollo del día anterior. Todos en silencio, hasta que Javier comenzó a organizar su plan para ese día y nos dijo dónde debíamos ir cada uno. Yo saldría con Ana y Rodrigo.

—Podríamos tapiar las ventanas —dije. Todos quedaron en silencio—. Digo la de los pisos donde estamos por las noches. Con cartones y cosas así, o maderos incluso, así no nos verían si estamos durante el día.

—No es mala idea —dijo Ana.

—Pero ya lo pensamos —añadió Rodrigo—. Hacía falta mucho cartón y mucha madera, y siempre estábamos cansados por la noche para ponernos a hacer eso, solo teníamos ganas de dormir. Además, aquí abajo no se está nada mal.

—Yo podría conseguir madera y cartón en la fábrica.

—Y si te pillan, no te dejarán volver —añadió de nuevo Rodrigo, que parecía enfadado.

—Yo lo haré por las noches. Yo me ocupo —ofrecí—. Si os parece bien.

Rodrigo parecía escéptico con el tema, pero la idea era buena y no tan difícil de llevar a cabo. Mientras ellos hacían en el sótano la cena o algo que se le pareciera, yo podría ocuparme de ello. Lo había aprendido en la escuela en unas clases de manualidades que nos habían dado hacía un par de años. «Utilidades en casa», se llamaban las lecciones. No les vi práctica en su día, pero ahora podrían servirme. Aunque tendría que esperar hasta llegada la noche, ya que ahora tenía que aprender mi oficio.

Cuando terminamos de desayunar, Ana y Carla se encargaron de fregar la escasa vajilla que teníamos en un cubo oxidado con un agua no demasiado limpia, pero la única de la que disponíamos en ese momento. Rodrigo, Santiago y yo contamos el dinero que quedaba del día anterior.

—Está muy bien, conseguiste mucho, pero cuanto más nos dure, mejor. Venga, vamos al trabajo.

Mis padres y mis profesores siempre me habían enseñado que robar estaba mal, pero se olvidaron de contarme la parte en la que el que roba lo

hace porque tiene que comer y no tiene dinero para comprar el pan.

En la plaza del Pilar, los comerciantes extendían sus puestos a lo largo y ancho. El sol apenas había salido y anunciaba un día cálido, sin lluvia y sin viento. Me dolía ligeramente la cabeza, pero no se lo dije a nadie; no quería que me tomaran por el niño que está siempre enfermo. Al menos, no hacía demasiado frío. Los adultos entre los que nos encontrábamos hablaban de la guerra con los tenderos y estos decían que desde que había comenzado, la mercancía ya no era la misma, que alguna vez los proveedores les habían dado gato por liebre y cabra vieja por ternera. En un primer momento no había mucha gente, por lo que Rodrigo y Ana decidieron que era mejor esperar a que acudieran más personas para pasar más desapercibidos. Una hora después nos pusimos en marcha.

Ana y Rodrigo se acercaban a la gente que estaba esperando en los puestos con los capazos llenos de comida que ya habían comprado y que descansaban en el suelo. Ana era muy pequeña y menuda y no le costaba trabajo colarse entre los grandes abrigos de tela anchos que llevaban puestos los clientes para poder coger algo de los capazos.

Ya había conseguido un par de manzanas y una naranja, pero eso no era suficiente. Rodrigo había logrado coger un pequeño saquito con lentejas dentro, no muchas, pero con abundante agua y las patatas que teníamos podríamos servirnos un buen plato para nuestros estómagos hambrientos.

—Ahora te toca a ti, Esteban, vamos. Ve al puesto de antes, el de las verduras, e intenta coger alguna patata para ver qué tal se te da.

Asentí con el miedo metido en el cuerpo mientras ellos se alejaban para no levantar demasiadas sospechas. Suspiré y me quedé mirando el puesto de las verduras al final del pasillo de todos los puestos. Caminé sin darme demasiada prisa entre las amas de casa que corrían con bebés en brazos que lloraban con la nariz llena de mocos y las criadas de las grandes familias que acudían a hacer la compra del día, con trozos de carne chorreante listos para hacer un buen guiso para la hora de comer. En ese momento fue cuando recordé la vida que ya no tenía y que se me había escapado sin darme cuenta. Había pasado de estar en un colegio interno y tener una casa con criados a los que mandar al mercado a por carísimas piezas de carne, a tener que robar

unas patatas para poder comer, además de dar gracias porque me habían ofrecido un sitio donde dormir mis nuevos amigos. Aquello me recordó que debía hacer una visita a Andrés para ver cómo estaba, decirle que lo había perdido todo y que no tenía la más remota idea de dónde estaban mis padres o qué había sido de ellos.

Continué caminando hacia el puesto. Vi que las patatas estaban puestas a la derecha y que bajo el mostrador había un segundo cubo lleno de ellas. Había dos personas que estaban esperando a que terminase de servirle a una tercera. Me coloqué al lado de una de ellas. Era una mujer mayor con el cabello canoso y muy alta. No sé si me vio, pero no se inmutó ni un instante. Puesto a su lado, podía pasar por su nieto y allí me quedé plantado, hasta que un cliente se fue y la mujer le pidió tres matas de borraja.

En ese momento, cuando se acercó hasta ellas, yo me agaché y me colé bajo el puesto para poder coger las patatas que me cupieran en las manos. Me temblaba el pulso. No quería que me pillasen y me enviasen a algún calabozo oscuro durante una buena temporada por robar comida. Cogí tres de las gordas y las escondí bajo el jersey. Salí de allí tranquilo, como si nada hubiese pasado, como si me hubiese agachado en el suelo a coger algo mío que se me hubiera caído de los bolsillos, aunque por dentro estaba temblando.

De miedo y de rabia. De miedo a ser pillado robando, de rabia al ver que no me quedaba nada de lo que había tenido. Y mientras pensaba en eso sin dejar de caminar, una lágrima me resbaló del ojo. Me la sequé antes de reunirme con Ana y Rodrigo.

—Sí que te ha costado —dijo Rodrigo.

—Déjalo en paz, ya aprenderá a hacerlo más rápido —socorrió Ana. Saqué las patatas de debajo del jersey y nos encaminamos hacia casa.

—Si os digo la verdad, me gustaría más ponerme en la puerta del Pilar; esto de robar me da mucho miedo y no se me da bien, me da que me pillarán enseguida.

—No te preocupes, a mí ya me han pillado —añadió Rodrigo—. Dos veces; el inspector Justo San Gil. Trabaja en una Brigada de Control o algo así. Vigilan crímenes, delitos y todo eso. Anda detrás de nuestra pista para ver dónde nos escondemos, porque sabe que vivimos en la calle y quiere

encerrarnos en un orfanato, pero siempre que nos encuentra y nos sigue, nos damos cuenta y le despistamos. Ya son cinco veces las que nos sigue. Creo que sabe que somos varios y nos quiere encontrar a todos a la vez, pero no va a conseguirlo. Podemos cuidarnos solos.

Seguro de sí mismo, acabó la conversación diciendo que le parecía bien, que si me daba miedo robar, pidiera limosna. Me aconsejó que fuera cambiando de iglesia, porque en el momento que te veían allí una semana seguida, ya no te daban nada. Y que como yo no conocía a ese inspector, sería mejor que no me moviera de la puerta hasta que alguno de ellos me fuera a buscar para despistarlo si me seguía. Así que, al día siguiente, ese sería el plan: ellos intentarían robar y yo me iría a alguna iglesia. Pero de momento era la hora de guarecernos del viento que se estaba levantando y soplaba con fuerza. No tardamos mucho en llegar al edificio y de colarnos por la puerta trasera, que daba a un descampado en el que nadie nos veía. Bajamos al sótano. Comenzamos a preparar la comida. Carla no tardó mucho en llegar y Javier llegó a la hora de siempre con leña para el fuego y cartones. Se los había pedido a un supervisor al ver que los tiraban y le había dicho que podía llevárselos, que no valían nada, y así lo había hecho. También se había traído con él una caja de clavos y un martillo que pensaba devolver al día siguiente, al menos el martillo. Mientras Rodrigo se quedaba haciendo lentejas con la mitad de lo que habíamos robado aquella mañana, nosotros nos dirigimos con sigilo a la planta de arriba.

—Oye, ¿por qué no hay persianas? —pregunté.

No me cuadraba mucho que las casas estuvieran amuebladas por dentro y que no hubiera persianas.

—Pues creo que no las llegaron a poner porque querían un edificio lleno de luz para los ricos, o algo así. Yo creo que igual la constructora lo dejó para lo último y que no las llegaron a poner para ahorrarse el dinero cuando vieron que nadie iba a venir a vivir aquí.

—Pero las casas están montadas.

—No todas, hay muchas con las habitaciones vacías.

—Ah.

En la planta superior nos asomamos con cuidado a la calle desde la

habitación en la que dormían Rodrigo y Ana para observar el edificio de enfrente. Cuando nos pareció que no había nadie mirando, pusimos corriendo un cartón que tapó la ventana. Mientras Carla, Ana y yo lo sosteníamos, Santiago fue clavando los clavos.

No tardó mucho en acabar y la habitación se nos quedó a oscuras, pero ahora podríamos estar en el piso como si fuera verdaderamente nuestra casa.

—¡Qué bien! —exclamó Ana—. Voy a avisar a Rodrigo para que lo vea.

—Espera, vamos a tapar todas las que podamos y lo avisamos después; vamos al salón comedor.

—No —dije—, la cristalera allí es muy grande, no podremos taparlo todo. Podemos usar la salita de estar pequeña que hay al fondo del pasillo, allí estaremos bien.

—Tienes razón, así podremos estar todos allí tumbados en los sillones.

La salita de estar no era tan grande como el dormitorio principal, pero era perfecta para nosotros. Tenía una chimenea que no podríamos usar para calentarnos, pero podríamos cocinar y pasar las tardes frías allí sin preocuparnos de estar helados como en el sótano.

Ana se encargó de ir a buscar una manta que no usábamos y la llevó al gran sofá que estaba en medio de la sala con una mesa delante. Pasamos a mi habitación.

—Habrà que traer más velas. Las del sótano se están acabando. Mañana me encargo yo de eso —dijo Carla.

Un rato después, el piso donde nos habíamos instalado tenía todos los dormitorios con las ventanas cerradas y hasta teníamos el saloncito para estar allí. Todo estaba saliendo perfecto.

—Voy a llamar a Rodrigo —anunció Ana, y salió corriendo escaleras abajo.

—Deberíamos haber hecho esto la primera vez que lo pensamos, pero por una cosa o por otra, lo fuimos dejando pasar.

—Fue Rodrigo el que lo dejó pasar. Creo que le gusta estar allí abajo, como las ratas —añadió Carla.

—Bueno —comenzó a decir Santiago tirándose al sofá y tapándose con una manta—, pues ahora tendrá que acostumbrarse a estar aquí.

No sabíamos que apenas íbamos a tener tiempo de disfrutar de aquel lugar que empezaba a no estar tan mal.

Rodrigo subió con la cacerola por las escaleras y Ana tras él, con los platos, cucharas y el pequeño barril con agua para lavar todo después. En el bolsillo subía velas. Dejaron todo sobre la mesa y Ana corrió a encender las velas y dejarlas ordenadamente sobre la mesa.

—Esto es una tontería, tenemos que estar a oscuras como en el sótano, solo con velas.

—Pero se está más caliente. Y estamos en un salón, no en un sótano. ¿Sabes? Puedes hacer lo que quieras —respondió Santiago enfadado—. Yo me quedo aquí y el resto creo que también.

Todos callamos, y finalmente Ana fue quien le dijo que era cierto, que arriba se estaba mejor y que era como tener nuestra casa.

—Y tienen baño, ya no tendremos que salir a la calle. Aunque no haya agua, podemos tener cubos allí, y podremos calentar agua y darnos algo más parecido a una ducha que lo que hemos estado haciendo hasta ahora.

Rodrigo encogió los hombros y comenzó a servir las lentejas. Era su forma de decir que era cierto, que se estaba mejor allí arriba.

## 18

Después de degustar las lentejas, que no estaban nada mal, nos empezamos a quedar medio dormidos, tapados con las mantas en nuestra nueva habitación, donde pasaríamos el tiempo muerto. Pero yo tenía otros planes que no incluían dormir. Tenía que hacer un par de visitas.

Salí del edificio bajando las escaleras a oscuras, sin hacer ruido para no despertar a ninguno de mis compañeros. Salí a la calle. Debían de ser las tres de la tarde más o menos. Estaba nublado y soplaban un cierzo muy frío que venía del Moncayo nevado. Me encogí sobre mí mismo y comencé a caminar el largo trecho que me separaba de mi casa.

Tal vez ahora encontrara a mis padres allí, esperándome. Las nubes amenazaban agua, pero las gotas no se decidían a caer desde el cielo. Después de caminar con la vista fija en los pies, con miedo de cruzarme con algún conocido y que me preguntase qué tal me iban las cosas, llegué a la verja que protegía mi casa.

Seguía igual que hacía unos días. Sin rastro de vida, sin rastro de Cora y sin rastro de mis padres. Me agarré a los barrotes de la verja y apoyé mi cara intentando pensar en cómo podría enterarme de qué había podido pasar para que mis padres no dieran señales de vida.

Tal vez podría ir a la Guardia Civil, pero habían sido ellos los que habían venido al colegio por si les daba algún problema a la hora de marcharme, y si aparecía un chico de once años allí preguntando por sus padres, comenzarían a hacer preguntas y acabarían llevándome a un orfanato. No quería que eso ocurriera; estaba bien viviendo con mis nuevos amigos y no estaba tan mal. Me alejé arrastrando los pies mientras sentía que el agujero que desde hacía

unos días me rondaba en el estómago se hacía más grande al alejarme de mi casa con las manos metidas en los bolsillos. A mi lado pasaban mis antiguos vecinos y se quedaban observándome mientras murmuraban cosas a su paso que no podía escuchar. Tal vez alguno de ellos supiera lo que había ocurrido, pero ni me atreví a preguntar ni ellos se atrevieron a hablar conmigo. Mejor así. Llegué hasta el que había sido mi colegio y me colé por la parte trasera, que era por donde solía escaparme. A esas horas, mis compañeros debían de estar en clase de ciencias puras. Ocultándome entre los setos, llegué hasta la cabaña de Andrés. Miré hacia arriba, intentando ver alguna luz, y me pareció que el fuego debía estar encendido en el salón. Subí por las escaleras rápidamente, esperando que ningún profesor o alumno me viese. Recorrí la estrecha galería y llamé a la puerta con ansia. Tras esperar unos segundos, abrieron la puerta. Nos quedamos observándonos en silencio durante un largo instante, como si ambos estuviéramos ante el fantasma del otro. Un momento después, Andrés se lanzó a mí y me abrazó. Le devolví el abrazo y sentí que algo se moría dentro de mí, tal vez algún recuerdo. Entramos a su casa. Se estaba bien, hacía calor. Nos plantamos ante la chimenea que ardía con fuerza y nos sentamos sobre una gran alfombra roja.

—Voy a traerte algo caliente.

Asentí con la cabeza. Qué bien se estaba frente a un fuego abundante. Regresó enseguida, con leche caliente con miel y con una manta que me colocó sobre los hombros.

—Pensaba que no volvería a verte —dijo sentándose a mi lado y dándome el vaso. Estaba delicioso.

—¿Dónde te has metido?

—En un edificio abandonado, con unos niños que se han escapado de casa.

—Ah. ¿Y cómo vivís?

—De pedir y robar.

Se quedó en silencio, observándome.

—Debe ser duro.

—Bueno —dije encogiendo los hombros, intentando quitarle importancia—, no está tan mal; tenemos donde dormir, qué comer y estamos calientes,

no tanto como aquí, claro.

Guardé silencio unos segundos.

—No sé dónde están mis padres. Y no puedo entrar en mi casa. No tengo la llave de la puerta y no puedo saltar la verja que la rodea, es demasiado alta.

—Tal vez —interrumpió—, tal vez Cora sí pueda decirte dónde están tus padres y por qué tu casa está abandonada.

—¿Cora? —dije mirándole—. ¿Sabes dónde está?

Asintió.

—Vive con su madre en una pensión. Han encontrado otro trabajo en otra casa. Se encargan de las cocinas, según me dijo.

—¿La ves? ¿Hablas con ella?

—Hace un par de días que vino a verme.

—¿Y qué más te dijo? ¿Algo de mis padres?

Suspiró.

—Creo que será mejor que te lo cuente ella directamente. Va a venir aquí, dentro de un rato. Puedes esperarla si quieres.

—Claro que me quedo a esperarla, no tengo nada que hacer, ni nadie que me esté esperando.

No sé muy bien por qué dije aquello, pero resultó que era completamente cierto. Después de entrar en calor me dijo que su madre había traído estofado que había sobrado del comedor y que iba a servirme un plato. No me lo preguntó, me lo ordenó y yo no lo rechacé.

Me senté a la mesa y Andrés me sirvió un plato bien lleno que humeaba y olía de muerte. Me lo comí sin pestañear, dándome cuenta entonces de toda el hambre que llevaba acumulada. Quería que todo fuese como antes, con el colegio, aunque no me gustase, con mis padres, aunque mi padre me riñese y me llamase desagradecido. Y quería a mis amigos, a Andrés y a Cora. Después de comer estuvimos un rato tumbados de nuevo en la alfombra mientras Andrés me contaba cosas del colegio. Algún profesor se había despedido y se había marchado a vivir a otro lugar. Algún alumno también había abandonado el colegio y se había mudado a algún lugar de Francia con sus padres hasta que la guerra acabase. Nadie preguntaba por mí. Aunque esto último no era difícil de imaginar. Después guardamos silencio mientras

observábamos las llamas trepar por la chimenea y nos quedábamos adormecidos. De pronto llamaron a la puerta.

—Debe ser Cora.

Me dejó a solas para ir a abrir la puerta. Me sorprendió que la estuviera esperando y me sorprendió escuchar su nombre. Aquello me recordó lo solo que me sentía a pesar de tener un sitio al que regresar cada noche, pero no era el mío, y seguía sin saber nada de mis padres. Escuché los pasos acercarse rápidamente hacia mí. Me di la vuelta para verla en el umbral de la puerta. Llevaba su capa roja, como caperucita, que se ponía sobre la cabeza y los hombros cada invierno y, al verla así, me dio la sensación de que las cosas solo habían cambiado demasiado para algunos y no tanto para otros.

—¿Esteban?

Asentí despacio, sin dejar de mirarle a los ojos tristes que intentaban sonreír al verme. Yo no me moví de mi sitio, pero ella se acercó a mí y me abrazó. Le devolví el gesto dándome cuenta de cómo echaba de menos a mis dos amigos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sin alejarse demasiado.

—Bien. No me va mal del todo.

—Pero ¿dónde estás viviendo?

—En un edificio abandonado, con otros niños que tampoco tienen casa —resumí.

—¿Y no os da miedo?

—¿Por qué íbamos a tenerlo?

—Porque podría entrar cualquiera por la noche y mataros.

—Aunque llegasen a entrar, ¿para qué iba nadie a querer matarnos?

Dudó un instante y encogió los hombros.

—No lo sé, pero tampoco sé por qué aparece tanta gente muerta todos los días en las calles y en las esquinas.

Guardamos silencio los tres durante unos minutos. Andrés se acercó a atizar el fuego, logrando que el calor volviera a ganar fuerza y se sentó junto a mí.

—¿Qué puedes contarme de mis padres? —dije sin esperar más tiempo.

Cora me miró con pena, calibrando las palabras con las que empezar a

contarme lo que fuera que tenía que decirme. Aunque, a esas alturas, ya no me esperaba nada bueno.

—Puedes empezar desde el principio, no voy a asustarme; ya sé que no les ha pasado nada bueno.

## 19

—Eran las ocho de la mañana cuando tu padre nos anunció que se iba a la estación a sacar billetes de tren para escapar de la guerra con su familia, o sea, tu madre y tú. Yo lo estaba escuchando desde la escalera porque mi madre ya llevaba días diciendo que lo más seguro era que los señores de la casa se marchasen de la ciudad para evitar acabar muertos, como muchos con dinero suficiente para hacerlo ya lo habían hecho, así que la noticia ya me la esperaba. En el instante que se marcharan, nos dijo tu padre que podíamos seguir usando la casa para escondernos de la guerra, pero que no podía seguir pagándonos porque ya no trabajaríamos para él. Yo pensé que sería buena idea quedarnos, pero mi madre, al igual que el resto de los criados, decidimos marcharnos por nuestra cuenta en busca de un trabajo en otro sitio. Mi madre me dijo que se guardaba una copia de la llave de la puerta de entrada que le había quitado al ama de llaves, así, si las cosas nos iban mal, siempre nos quedaría la casa para regresar y guarecernos. Pero los señores nunca regresaron a casa.

»La señora se empeñó en ir a la estación con su marido para sacar los tres pasajes a un nuevo lugar y se marchó con él en el coche conducido por Jerónimo. Esperamos pacientes todo el día, pero no regresaron. Después nos enteramos de que había habido un tiroteo en las calles durante un buen rato y que posiblemente les habría cogido en medio. Habían muerto muchos ciudadanos aquella mañana y nadie se había molestado en ir a comprobar si eran familia por miedo a que una bala también les atravesara el cráneo.

»Jerónimo regresó al anochecer y entonces le preguntamos qué había pasado, y lo único que fue capaz de decir era que él mismo había salido del

coche para ir a recoger los billetes y que cuando había entrado a la estación, sin haber comprado los billetes todavía, se habían empezado a escuchar disparos en el exterior. Se habían refugiado todos tras los mostradores del lugar y en los cuartos de los trabajadores. Habían salido horas más tarde, ya al caer la noche, varias horas después de que los tiros se hubieran dejado de escuchar. Fue en busca de los señores, pero el coche no estaba allí. Había cadáveres apilándose por todas partes. Hubiera intentado comprobar si estaban allí, pero no se entretuvo por miedo, por el olor a sangre y pólvora que todavía flotaban en el ambiente. Regresó a casa temblando, muerto de miedo y diciendo que los señores no regresarían jamás a la casa. Entonces fue cuando nos decidimos a marcharnos y buscarnos la vida en algún otro lugar.

»Ahora vivimos en una pensión en la calle Rufas, pequeña pero bien acomodada y con muy buen precio para poder ir pagando poco a poco. La dueña es una buena mujer y sabe que no son buenos tiempos. Nos fía cuando no podemos pagarle en lugar de echarnos a la calle. Mi madre ha conseguido un trabajo limpiando las escaleras de algunos edificios de la zona rica, y más o menos podemos ir tirando, pagando el alquiler y la comida, y cuando no hay para comida, la madre de Andrés se encarga de darme lo que se va a tirar en el colegio.

Después de escuchar la historia de lo que les había ocurrido a mis padres, me di cuenta de que me temblaba el cuerpo entero. Habían muerto hacía meses y yo me había enterado de casualidad, gracias al relato más o menos fiable de mi amiga, pues tampoco habían encontrado los cuerpos.

—Tal vez estén vivos —dije con un hilo de voz.

—Esteban —añadió Andrés apoyando su mano sobre mi hombro—, hubieran regresado a casa.

Asentí mientras las lágrimas comenzaban a salir de mis ojos y me encogí como un ovillo sobre la alfombra frente al fuego. Cora me tapó y me sostuvo la mano mientras Andrés me acariciaba la cabeza para que me sintiera más a gusto en una casa que no era la mía.

Estaba perdido, más que nunca, y deseé que me hubieran atravesado el cráneo con una bala el mismo día que mis padres murieron. Allí era donde yo también debía haber acabado, con mis padres, en lugar de quedarme solo en

un mundo que se me quedaba grande, desconocido, frío y ruin. Qué estúpido había sido todos aquellos años pensando que todo el mundo tenía las mismas ganas de vivir que yo, aunque era fácil pensar cuando tienes comida caliente, mantas y padres que te cuidan. No recuerdo cuánto tiempo estuve llorando, pero sí recuerdo que mis amigos no se apartaron de mí durante todo el tiempo. Y también recuerdo, cuando ya apenas me quedaban fuerzas, la silueta del padre de Andrés acercándose a mí y cogiéndome en brazos. Después solo hubo un sueño confuso con figuras sacadas de cementerios que extendían sus largos y blancos dedos hacia mí para que les acompañara a la vida eterna.

Me desperté de golpe y sudando, pero sin encontrarme mal. Observé el reloj de pulsera que había sobre la mesita de noche y vi que eran las ocho de la mañana de un día frío y con sol. Estaba en la cama de Andrés.

Lo primero que sentí era que no tenía frío, como había ocurrido durante mi estancia en el edificio abandonado. Salí de la habitación y me dirigí a la cocina, donde podía escuchar el tintineo de cubiertos. Allí estaban los tres: Andrés y sus padres, una imagen que ya no me pertenecía.

—Buenos días —dijo el jardinero—, anda, siéntate y desayuna.

Obedecí y me senté al lado de Andrés. Su madre corrió a servirme un vaso de leche caliente y añadió azúcar. Andrés me puso tres magdalenas delante.

—Cómetelas, estás muy delgado.

No tuvo que repetírmelo dos veces. Tras un desayuno tranquilo y sin cruzar demasiadas palabras, sus padres nos dijeron que se marchaban al trabajo.

—Sobre todo que no te vea nadie, hijo.

—Descuide —respondí.

Entre Andrés y yo recogimos la mesa y nos pusimos a fregar los platos y los vasos.

—Dicen mis padres que puedes quedarte aquí, al menos de momento.

—No puedo, ya tengo un sitio al que ir.

—Sí, a un edificio abandonado para estar a oscuras.

—No está tan mal.

—Ya, pero seguro que mi casa está mejor.

—Sí —admití—, claro que se está mejor aquí, pero no puedo quedarme.

—Sí que puedes, nadie se enterará, y la comida es la que no se gasta en el colegio, no nos cuesta dinero a nosotros.

Era tentador, pero no podía aprovecharme de aquella manera de mis amigos y, a fin de cuentas, sí que tenía un lugar al que volver, aunque no me gustaba llamarlo «casa», y tal vez estuvieran preocupados por mí.

—Tengo que irme, Andrés. Vendré a verte. Dale a tus padres las gracias otra vez.

No esperé a que me respondiera, me sequé las manos y salí de allí. En un minuto me encontraba de nuevo en la calle, con el corazón en un puño, sin saber qué iba a ser de mí.

Podría dedicarme a robar, pero no siempre, eso era algo temporal. Tal vez alguien me contratase en algún sitio para trabajar haciendo alguna cosa, aunque en realidad yo no sabía hacer nada. Tal vez alguien me contratara como aprendiz en alguna fábrica, pero eso sería cuando acabase la guerra, porque ahora ¿quién iba a querer contratar a un ladronzuelo sin casa y sin tener donde caerse muerto?

Con estos pensamientos arañándose el alma y las ganas de vivir caminaba rápidamente en dirección al edificio donde me esperaban mis compañeros de hurtos. No me di cuenta en aquel instante del hombre que leía el periódico frente a uno de los bancos por los que pasé y que, al verme, había comenzado a seguirme.

Yo no lo conocía entonces y no me percaté de que me estuvo siguiendo hasta que atravesé media ciudad y entré en el edificio abandonado. Subí las escaleras hasta nuestra guarida y allí me encontré con todos.

—¿Dónde has estado esta noche? ¿Te han arrestado? —preguntó Santiago.

—No —dije mientras olía la humedad de la habitación—. Fui a ver a un amigo y me quedé a dormir en su casa.

—Ah.

—Voy a ver si me pongo en la puerta del Pilar, a lo mejor en la misa de las doce consigo sacar alguna moneda.

—Bien.

Escuchamos un ruido que venía de la entrada del piso. Todos nos quedamos en silencio durante unos segundos, intentando volver a escuchar algo. Parecía que algo se deslizaba sigilosamente por el pasillo.

—¿Te ha seguido alguien? —preguntó en un susurro.

—No —respondí sin estar nada convencido. Estaba claro que alguien sí lo había hecho, tal vez Andrés, para ver el lugar en el que estaba viviendo.

El sonido de los zapatos deslizándose despacio por el suelo resbaladizo apenas era perceptible, pero había alguien en el pasillo y estaba a punto de hacer acto de presencia ante nosotros.

Santiago cogió una botella de cristal que había sobre la mesa y se puso en pie. Todos guardamos silencio. Entonces vimos que una sombra en el suelo se arrastraba hacia el interior. Apenas nos separaban unos centímetros de él, y la sombra no era la de Andrés.

Tal vez alguien venía a quitarnos nuestra casa para hacerla suya, quizás un mendigo. Aquel hombre dio un paso ágil hacia delante y nos mostró su rostro.

—Ya os tengo, granujas.

En un primer vistazo vi que iba bien vestido con un traje claro y sombrero a juego. Llevaba un puro metido al lado de un pañuelo blanco en el bolsillo superior del abrigo y unos zapatos relucientes, como los que solía llevar mi padre.

—¡Eres tonto! ¡Te dijimos que tuvieras cuidado con él!

—No sé de qué me hablas —añadí.

—Del inspector que nos estaba buscando y gracias a ti, por tonto, lo ha conseguido. ¡Mierda!

—¡No podrá con todos! —gritó una de las chicas.

Y de pronto comenzaron todos a correr de un lado para otro de la habitación, intentando escapar de los brazos de aquel inspector que me había seguido.

—No os molestéis en intentar escaparos, mis refuerzos no tardarán.

Y, efectivamente, tres hombres más no tardaron ni treinta segundos en aparecer por la puerta.

—Será mejor que os estéis quietos, porque los cuatro podemos con vosotros y no queremos tener que haceros daño para sacaros de aquí y llevaros a un lugar mejor.

—¡Este ya es nuestro lugar mejor! —gritó alguien.

A mí ya no me quedaban ganas de nada, ni de correr, ni de intentar escapar, ni de irme con aquel hombre, pero eso fue exactamente lo que ocurrió. Al ver que era el único que no opuse resistencia, no me llevó tirándome de las orejas ni de los brazos.

Simplemente, al ver la derrota en mi rostro y que ya nada me importaba, me tendió la mano y la cogí como si fuera un autómata, sin ganas y sin desgana.

—Vamos, te ayudaremos. No te preocupes, no volverás a pasar hambre. Tal vez un poco de frío por las mañanas, pero nada más.

No respondí, no tenía ganas de hablar. Me sentía agotado. Me daba igual quién fuera ese hombre y quién me iba a dar de comer.

## 20

A las puertas del edificio, subimos a uno de los coches oficiales que aguardaban en marcha. A mis compañeros los habían metido en dos coches y a mí me había subido el inspector en la parte trasera con él y sin nadie más.

—¿Por qué no voy con ellos?

—Eres un chico listo —dijo sonriente—. Te he traído a este coche, aparte de tus compañeros, porque sé quién eres. Lo que no sé es qué ha podido pasarte para que estés compartiendo techo con ellos.

—Entonces será que no sabe tanto sobre mí como cree. Mis padres murieron.

Mostró una mirada de sorpresa.

—¿Tus padres, muertos? No lo sabía, chico, lo siento.

—¿De qué los conocía usted?

Tomó aire lentamente.

—Bueno —dijo mientras el traqueteo del coche comenzó—, hemos coincidido en alguna celebración. No es que fuésemos amigos, pero sí conocidos. Y sé que tenían una cierta amistad también con los Campillo.

—Campillo —dije para mí en voz alta. Mi enemigo en el colegio, Pablo, debía estar regodeándose de mi suerte si es que sabía cuál era.

Encogí los hombros.

—Tuve que invitar al idiota del hermano menor en una ocasión a mi cumpleaños y vino toda la familia, pero yo no me llevo bien con él, es un estúpido que se cree mejor que los demás.

Asintió.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó mientras sacaba otro puro de su

bolsillo interno y lo encendía con grandes bocanadas de humo—. A mí tampoco me caen bien.

—Mejor —respondí sin pensármelo dos veces—. Y si no le caen bien, ¿por qué está hablando de ellos?

—No estoy hablando de ellos, simplemente han salido en la conversación.

No habían salido, los había nombrado a ellos concretamente y podía haber nombrado a muchos otros antes que a ellos. Ya sabía por qué me había metido aparte de mis compañeros, quería información sobre los Campillo, pero él era inspector y yo solo un alumno que había compartido clase con el idiota del hermano menor y ni siquiera me llevaba bien con él.

—Bueno, no te preocupes, ahora tienes que estar muy cansado. Llegaremos al orfanato en breve y allí estarás a salvo y tranquilo. Comerás, te darás un baño y te darán una cama. El padre Juan es un bendito y amigo mío de toda la vida.

El coche paró frente a un edificio que se me antojó igual de grande que mi antiguo colegio, pero más oscuro y siniestro, si es que aquello era posible. Pero en el fondo me daba igual ya lo que fuera de mí. Me sentía como una máquina esperando recibir el próximo golpe de la vida y la próxima orden a realizar.

Al ver que no me movía después de haber bajado del coche, me cogió de nuevo la mano y me condujo al interior, donde me dijo que mis amigos ya estaban allí. Entramos y vi cómo las chicas subían escaleras arriba por un lado y los chicos por otro, vigilados por un grupo de monjas y otro de curas. Allí, en el centro de la estancia, se encontraba el que debía ser el padre Juan.

—Justo —dijo el padre—, ya me han dicho tus secuaces que venías detrás.

—Ya, te traigo a otro chavalín.

El padre Juan me miró intentando esbozar una sonrisa.

—No queda sitio, Justo. Siento no poder quedármelo.

—¿Cómo que no queda sitio? Acabas de aceptar a todos los que acaban de entrar, es solo uno más —añadió.

—Se los llevan arriba para darles un baño, que les hace falta, pero no

pueden quedarse aquí, no hay camas. Hay tres chiquillos durmiendo en cada cama, es imposible. Hasta hemos extendido en el suelo colchones viejos que guardábamos para algún apuro y también están llenos. Lo siento, pero tendrás que buscarles otro sitio. Puede que en el colegio Joaquín Costa los admitan; tienen camas y conozco al director, no creo que ponga problemas. Ya les hemos enviado a alguno allí: yo les remito el dinero de la manutención. Todos hacemos lo que podemos, pero esta guerra está dejando demasiados huérfanos muy pronto y es imposible poder ocuparnos de todos; son tiempos de arrimar el hombro y de que todos pongamos de nuestra parte.

Ambos se quedaron mirándose el uno al otro.

—Yo no puedo —dijo el inspector.

El padre Juan se encogió de hombros.

—Bien, pues tendrá que dormir al raso.

—Tú mismo has dicho que en el colegio...

—Sí —cortó—, pero resulta que tú tienes una casa enorme con muchas habitaciones vacías, y admitámoslo, no te irá mal la compañía de alguien que te pueda alegrar los días; pareces un muerto desde aquello.

—No hace falta que lo saques a relucir.

—Apenas lo he nombrado, Justo, y mira cómo te pones. Sabes que te iría bien.

Me había perdido, no sabía a qué se referían, pero antes de dormir al raso, regresaría al bloque abandonado.

—No puedo —repitió.

—Prueba. Vamos, haz solo la prueba, dime que te vas a quedar con él hasta que podamos buscarle un sitio en algún lugar, solo por un tiempo.

Justo dudó y me observó. Tal vez la idea de que le contase algo más sobre los Campillo, que me daba a mí que tenía algo que ver con aquello que el padre Juan no había llegado a nombrar, le ayudara a decidirse.

—Pero solo por un tiempo.

Juan sonrió.

—Ya sabía yo que podía contar contigo.

—Pero solo durante un tiempo, que quede claro.

—Clarísimo. Anda, llévatelo, que tiene una cara de cansado el pobre que

da miedo.

—Adiós —dijo el inspector queriendo mostrarse enfadado sin conseguirlo.

Salimos de allí. El aire había comenzado a soplar con fuerza. Yo no me atrevía a mirarle a la cara, pero sabía que él sí me estaba observando.

—Bueno, pues más vale que nos acostumbremos a la compañía mutua, porque dudo que pueda deshacerme de ti hasta dentro de mucho tiempo, y para entonces ya te habré cogido cariño.

Dudé unos segundos antes de responder sin dejar de mirarme los zapatos.

—No hace falta, señor, puedo dormir en el edificio abandonado...

—Ni hablar —cortó—. Ahora eres mi responsabilidad, me guste o no. Y seguro que me acaba gustando —dijo por tranquilizarme, más que creyéndose sus propias palabras—. Venga, vamos a casa, seguro que una ducha relajante en manos de mi doncella te sienta bien, y sus pasteles de chocolate también.

—¿Tiene doncella?

—Sí.

—Yo antes también tenía.

—Lo sé, Esteban. Sé cuál era la situación de tus padres antes de que todo esto comenzara. Algunos dicen que la guerra acabará pronto, otros que tardaremos años en ver la luz. ¿Quién sabe en realidad? Yo solo deseo hacer bien mi trabajo y poder comer al final del día. Bueno, ahora tener un plato para ti también.

—Puedo serle útil. Puedo aprender a limpiar, ayudando a su doncella.

—De momento me conformaré con que me dejes tiempo para hacer mi trabajo, que por cierto me ocupa la mayor parte del día, y que Remedios, mi criada, no me diga que te has portado mal cuando regrese a casa por las noches.

—No le daré problemas.

—Entonces nos llevaremos bien.

Subimos al coche oficial que nos llevó hasta la puerta de su casa. Yo apenas fui consciente del viaje y me quedé adormilado ante la perspectiva de una cama caliente y cena. Me llamó dándome golpecitos en el hombro y

entonces vi la casa donde iba a vivir.

La de mis padres parecía de juguete a su lado. Aquel hombre era rico. ¿Por qué trabajaba de inspector? Fue la primera pregunta que se me pasó por la cabeza, pero me la reservé por si más adelante surgía la ocasión de preguntarle. Me tomó de la mano de nuevo.

—Vamos, la casa no muerde.

No respondí. Tenía una verja rodeando todo el jardín, que estaba presidido por una gran fuente de ninfas y dioses griegos con tridentes, de cuyas puntas, bocas o pezones brotaba el agua. Al ver que me quedaba mirando la fuente, nos acercamos a ella y me enseñó que había cangrejos en el fondo, medio ocultos bajo unas piedras que había colocado en el fondo.

—¿Y no se congelan? El agua está muy fría.

—Mientras el agua no se hiele, no les pasará nada.

Asentí y me retiré del borde. Caminamos hacia la casa mientras yo observaba los árboles que veía asomar por la parte de atrás del jardín, donde distinguí una piscina de verano y escuché unos ladridos de perros.

—No te asustes, son buenos animales de compañía y vigilancia, luego te los enseñaré. Ahora vamos adentro.

Subimos las escaleras y llegamos al amplio porche de piedra, donde había una gran mesa redonda de jardín para poder cenar las noches calurosas de verano. Sacó la llave del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta de madera clara acristalada.

Por dentro la casa me recordó a la mía. Nos recibieron unas grandes alfombras persas y una enorme araña de cristal que tenía alguna bombilla fundida. Quedaron ante nosotros unas grandes escaleras que se dividían hacia la izquierda y derecha en el primer piso y que seguían trepando hasta un tercero.

Había jarrones y macetas con flores por todas partes. Pronto escuché unos pasos acercarse con rapidez hacia nosotros, y al girar la cabeza encontré a una sirvienta de ojos grises, con el cabello canoso cubierto por un gorro blanco atado bajo su barbilla, que me observó con cariño y sonriente. A Justo lo observaba con desaprobación.

—Vaya horas de llegar, Justo. La comida está fría.

—Lo sé, Remedios, pero me he entretenido en el trabajo.

—Bah, excusas excusas, como siempre. Venga, que lo voy a calentar otra vez, id los dos al comedor.

—A sus órdenes —respondió Justo saludando como a un general.

Reí.

—Sin pitorreos, o no caliento la comida.

—Está bien, mis disculpas, Remedios. Esperamos en el comedor.

La doncella se marchó con el mismo paso con el que había aparecido y Justo me dedicó una mirada cómplice.

—No te preocupes, es muy buena mujer, ya verás cómo te coge cariño enseguida. Anda, vamos.

Le seguí hacia la derecha, donde entramos en un habitáculo de tamaño considerable que hacía de sala de estar y comedor, adornado tal como estaba también mi casa. Cuadros de paisajes y bailarinas, candelabros clavados en las paredes, fotografías antiguas de familiares, flores frescas, dos lámparas que colgaban del techo, un par de sillones a juego con un sofá de tres plazas tapizados con dibujos de cachemir, el suelo enmoquetado en púrpura, y, lo que más me gustó, una gran chimenea que desprendía un calor que mis huesos agradecieron nada más entrar. Sin pedirle permiso a nadie, me planté frente a ella arrodillado para calentarme. Segundos después, Justo apareció por detrás con una manta que me colocó sobre los hombros.

—¿Mejor?

—Sí, gracias —respondí.

—No me las des.

Se sentó en la butaca que estaba más cercana al fuego y se sirvió una copa de un licor ámbar que mi padre también bebía.

—Mañana te encargaremos ropa nueva, esa que llevas no abriga lo suficiente en los días de cierzo en invierno.

—No hace falta, señor, además, no creo que esté mucho tiempo aquí, me llevarán a otro sitio como ha dicho el padre Juan —corrí a decir mientras me frotaba las manos que ya estaban calientes.

Bufó.

—Tú de aquí ya no te irás, hijo, hazme caso.

No respondí y esquivé su mirada. Me puse en pie y recorrí despacio la habitación, observando las fotografías. Había una señora muy guapa que me recordaba a mi madre ligeramente y por ello me quedé fijamente observándola.

—Es mi mujer —explicó.

—Es muy guapa —dije.

—Sí —respondió tras un suspiro—. Era muy guapa. Murió hace años. En esa foto éramos jóvenes los dos.

No quise preguntar más y continué viendo las fotos. En algunas se mostraban fiestas y celebraciones. Mujeres y niños pequeños llorando. Reconocí a alguien en una de ellas. Al padre Juan.

—Este es el padre Juan, ¿verdad? —pregunté.

—Así es. Y el que está a su lado es su hermano, mi padre.

Alcé la vista.

—¿El padre Juan es su tío?

—Sí. Y hazme un favor, trátame de tú, me haces sentir mayor.

—Es que eres mayor —gritó la doncella en acto de presencia, bandeja en mano, desde la puerta—. Venga, a la mesa.

Ambos nos sentamos y Remedios sirvió la comida. Pollo asado con patatas y mantequilla. Podría haberme comido la bandeja entera. Me comí el plato que me sirvieron y el que Remedios se encargó de rellenarme sin que yo se lo tuviese que pedir.

Rebañé el plato con pan y lo acompañé con un vaso de leche tibia. Cuando acabé, solo quería dormir. Remedios y Justo se miraban de reojo y se sonreían mientras que yo apenas podía moverme.

—¿Quieres que te prepare la cama, Esteban? —preguntó Remedios observándome maternalmente.

Miré a Justo de reojo mientras apoyaba las manos en mi estómago y con los párpados caídos. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Creo que será lo mejor, Remedios. Cuando lo metas en la cama, bajas, que te debo una revancha al ajedrez.

—Será que te la debo yo a ti, que fuiste el que perdió.

—Está bien —dijo riendo—. Me la debes.

—Bien —respondió Remedios asintiendo y viniendo a mi lado.

Corrió la silla hacia atrás y bajé despacio. Le cogí la mano que me tendía y subí las escaleras tras ella sin apenas movimiento. Si hubiéramos tardado un minuto más, me habría quedado dormido sobre la silla.

Me condujo por un pasillo de la primera planta y me dijo que la primera puerta era la de la sala de estar de aquella planta, pero que el inspector lo había convertido más bien en su despacho, que estaba lleno de libros y papeles del trabajo por todas partes, por encima de la butaca, sofás y mesas, y que era mejor que no entrase allí.

La segunda puerta era el dormitorio de Justo. Frente a ella, la de mi nuevo dormitorio. La siguiente puerta era el aseo que usaba normalmente Justo. Había un baño dos puertas más allá que yo podía usar. Pero en aquel momento yo solo podía pensar en dormir, ya tendría tiempo para enterarme de qué se escondía tras todas las habitaciones. Entramos en la que iba a ser mi habitación. Tenía el suelo de madera, cubierto con grandes alfombras y con una cama enorme ocupando buena parte de la estancia. Había también una chimenea, un gran armario y una mesa de escritorio, además de una estantería clavada en la pared repleta de libros. Remedios abrió la cama y me dijo que ya podía echarme. Un segundo después estaba tumbado en una comodísima cama que tal vez no había sido usada nunca y cubierto de sábanas limpias y mantas. Encendió la chimenea para que el cuarto se calentase. Miré el reloj de la mesita: eran casi las cuatro de la tarde y parecía que al menos, de momento, mi vida volvía a tener alguna esperanza. Apenas tardé unos minutos en quedarme dormido, con mantas dándome calor, la chimenea encendida calentando la estancia y las cortinas que Remedios había corrido con delicadeza para que la luz no entrase.

\* \* \*

Cuando abrí los ojos, me sentía desorientado y aturdido. Tardé unos segundos en ser consciente de donde me encontraba hasta que recordé todo lo que había pasado. Retiré las mantas. Vi que habían dejado una bata a los pies de la cama y unas zapatillas algo grandes para mí. Me las calcé y me puse la

bata de franela caliente. La chimenea debía llevar un buen rato apagada porque no desprendía calor alguno. Me dirigí a la ventana y corrí la cortina dorada. Era de noche. El cielo estaba despejado y lleno de estrellas, pero el cristal estaba mojado. Había estado lloviendo todo el día mientras yo dormía. Corrí a ver la hora del reloj de la mesita. Eran las dos de la mañana. Mi cuerpo estaba algo entumecido, como si estuviera a punto de resfriarme. A pesar de haber dormido todo el día, me di cuenta de que solo me había despertado por la imperiosa necesidad de orinar y volver a meterme en la cama.

Abrí la puerta con cuidado para no hacer ruido y no despertar a Justo y a Remedios, pero en el momento que di un paso adelante, me di cuenta de que la luz del que era el despacho de Justo estaba encendida y él parecía estar caminando por la habitación. Me dirigí corriendo de puntillas hasta el que me habían dicho que era mi baño. Al encender la luz, vi una bañera redonda con cortinas que colgaban del techo, un gran lavabo con un espejo y frascos de colonia delante. Toda la pared estaba embaldosada con colores claros que me gustaban. Me gustaba mi baño, mi dormitorio y la casa entera. Quería quedarme allí. Salí del baño y mientras corría hacia mi dormitorio de nuevo, la puerta del despacho se abrió y Justo apareció.

—Esteban, hola. Me ha parecido escucharte ir al baño. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias. Me gusta mucho mi cuarto y el baño.

—Me alegro —dijo sonriendo—. Anda, ven, pasa.

Me quedé quieto.

—Remedios me ha dicho que no puedo entrar.

—Bueno, no quiero que entres por tu cuenta y riesgo, pero tengo una jarra llena de chocolate esperando que me la beba y yo no puedo solo con toda.

Sonreí y fui a su lado. El despacho de Justo era como Remedios me había descrito: lleno de libros y hojas amontonados por todas partes. Su mesa acumulaba en los lados más torres de papel y tenía unos papeles extendidos que estaba leyendo. Cogió una silla que estaba oculta en una esquina, dejó los papeles en el suelo y la colocó a su lado. Tomó una segunda taza y dejó que el chocolate se escurriera desde la jarra hasta mi taza.

—A veces, cuando no puedo dormir, pongo chocolate a hacer en el fuego de la chimenea. Me temple los nervios.

—A mí también —dije—. Me gusta mucho el chocolate, pero solo me dejaban tomar de vez en cuando.

—Bueno, no te preocupes por eso ahora. Bebe, está muy bueno.

Aguardamos en silencio unos segundos.

—¿Qué papeles estás mirando? —pregunté interesándome sobre su trabajo.

Suspiró y bajó la mirada hacia los papeles.

—Bueno, son de un caso personal.

—¿De algún amigo? —pregunté mientras bebía el chocolate y movía las piernas en la silla adelante y atrás.

Me miró largamente, sin saber si debía responderme o no.

—No debería haber preguntado, no es asunto mío. Lo siento.

—No te preocupes. Además, hace ya tiempo. Es sobre mi mujer. Murió en la casa de unos amigos de su familia. Y digo de su familia porque, a pesar de que también eran amigos de mi difunto padre, a mí nunca me cayeron bien. Eran unos rastreros, por eso hicieron fortuna, y todos los envidiaban. Todos querían ser como ellos, haciendo caso omiso de trabajadores muertos y explotados. Murió en casa de los Roncesvalles, cuando fue a hacerles una visita. Fue extraño, estaba el hermano mayor de los Campillo allí, a esas horas... Dijeron que estaban cerrando un negocio... Mentira. No les creo.

Me quedé de piedra.

—Pero creo que eres un poco joven para estas historias. ¿Quieres más chocolate?

Me metí en la cama con la muerte de la mujer de Justo rondándome la cabeza. Había sido asesinada en casa de los Roncesvalles, en presencia del hermano mayor de mi archienemigo en el colegio. ¿Quién podría haber sido? ¿Había sido Pascual Campillo? Ellos habían estado en mi fiesta de cumpleaños y eran conocidos de mis padres. Pensar que había podido estar al lado de un asesino me revolvía el estómago. Al día siguiente, le preguntaría a Justo quién había sido. Y cómo se llamaba su mujer, de la que sabía cómo había muerto, pero no su nombre. Poco después volví a quedarme

profundamente dormido.

Debían ser las siete de la mañana cuando me desperté al escuchar ruidos en el pasillo. Remedios y Justo hablaban en voz baja, pero ya no me quedaba sueño por recuperar y sus leves palabras me despertaron.

—No deberías ir allí, Justo, no creo que sea sano para ti, para tu salud.

—Mi salud no va a ir a peor. Pero tengo que ir, me gusta ir a verle.

Aquella conversación me había despertado del todo. Retiré las mantas, me calcé las zapatillas y descorrí las cortinas. El cielo estaba gris y amenazaba un buen aguacero de nuevo.

Me puse la ropa que había traído conmigo y que seguía sucia sobre una silla al lado del armario. Salí al pasillo. Ya no estaban allí. Bajé las escaleras y me topé con Remedios, que se dirigía a la cocina.

—Buenos días, Esteban.

—Buenos días, doña Remedios.

—¿Doña Remedios? —dijo extrañada—. Qué gracia, no recuerdo la última vez que me llamaron doña. —Se dio la vuelta hacia la cocina—. Anda, ven, que te voy a preparar el desayuno.

Mientras se había dado la vuelta, yo había salido de la casa. Cuando llegué a la calle, vi a Justo caminando en dirección hacia el centro de la ciudad y lo seguí lo mejor que pude mientras cruzábamos calles y edificios antiguos desgastados por el viento y la lluvia que estaba a punto de volver a caer. Al menos, Justo llevaba un paraguas negro consigo; yo no había cogido ninguno. Me escondía en los portales cuando pensaba que me iba a ver al saludar a algún conocido. Tenía curiosidad por ver adónde iba. En un primer momento pensé que tal vez iría al cementerio a ver a su mujer, pero había cogido la dirección contraria y acabamos llegando a un cuartel de la Guardia Civil. Ahí me di cuenta de que no iba a poder pasar por la puerta, a no ser que corriera hacia él y me viera, después de haberme pasado siguiéndolo durante todo el trayecto. Un trío de uniformados que fumaban cigarrillos en la puerta le saludaron y corrí hacia él. El más bajo y gordo de los tres fue el que me vio en primer lugar y me dio el alto sacando la porra.

—Alto ahí, chaval.

A sus palabras, todos se volvieron.

—Eh, tranquilo, es mi chico —corrió a decir Justo.

—¿Tu chico?

—Mi hijo adoptivo, de alguna manera. Me lo ha «prestado» Juan.

—Ah, de acuerdo, ahora lo entiendo.

—Pensaba que estabas en la cama todavía —me dijo.

—Sí, pero he preferido venir contigo, me he pegado unas buenas carreras para seguirte el paso.

—¿Y por qué no me has llamado? —preguntó encendiéndose un puro—. Te habría esperado.

Encogí los hombros.

—Lo he hecho, pero no me has oído.

—Bien, anda, entra conmigo. Pero te quedas esperando en las escaleras, ¿estamos? No quiero que veas lo que hay abajo.

Asentí, pero no llevaba ninguna intención de hacerlo. Fuera lo que fuera, yo también quería verlo. Me tendió la mano y entramos mientras los tres guardias hablaban de un ágape que había en unas horas en la sede central para jubilar al más veterano de los tricornudos. Entramos y Justo saludó a otro uniformado que leía el periódico y ni se inmutó cuando pasamos. Había un pasillo estrecho y largo hacia el fondo con puertas a los lados que estaban cerradas y tenían carteles con palabras como ARCHIVO, REGISTRO, PERSONAL, INSPECTOR...

Al final había unas escaleras protegidas por una puerta de rejas. Tras esta, las escaleras eran de baldosas y estaban agrietadas. Descendían hacia una especie de pasillo apenas iluminado y estrecho con más verjas a los lados.

—Tú espérame aquí arriba. ¿De acuerdo?

Asentí. En realidad, me daba miedo bajar. Ahora no quería ver lo que fuera que hubiera allí.

Justo dejó la puerta de hierro cerrada tras de sí y me dirigió una mirada de complicidad. Descendió las escaleras despacio, arrastrando los pies, sin prisa, como si él mismo fuera un preso al que llevaban a encerrar. Me pareció que se ponía blanco de pronto. Desde arriba, yo podía escuchar respiraciones pesadas y tos de los presos que parecían a punto de morir, teniendo en cuenta el sonido que emitían. Vi a Justo seguir el pasillo hasta llegar a una de las

celdas tras los barrotes. Sonrió hacia el interior y se acercó. Pude ver como alguien, desde el interior, estiraba sus brazos desnudos y sucios hacia fuera y Justo le tendía los suyos, como si se abrazaran con barrotes de por medio. Escuché al preso balbucear algo. Justo asintió y le respondió algo que no pude entender. Entonces subió olor a cloaca y sentí una arcada en la garganta. Me retiré de allí y me senté en una de las sillas que había a lo largo del pasillo, a esperar a Justo y a que se me pasaran las ganas de vomitar que me habían visitado de pronto.

¿Quién era esa persona? ¿Por qué había ido a verle? ¿Por qué Remedios le había dicho que no debía ir allí? Tenía ganas de encontrar las respuestas, pero Justo no me lo contaría. Estaba seguro de que no me diría nada, pero, por si acaso, debía preguntarle. Tal vez hubiera suerte, aunque bastante estaba haciendo con cargar conmigo, dándome una casa y comida. Tuvo que pasar una hora hasta que emergió de la oscuridad del fondo de las escaleras. Estaba blanco realmente, y parecía años mayor. Me dio la sensación de que tenía más arrugas que cuando había bajado y el ánimo por los suelos, lo que avivó más mi curiosidad. Me dirigió una medio sonrisa y me tendió la mano.

—Vamos —dijo señalando la puerta con la cabeza.

No dijo nada durante un buen rato y caminamos despacio sin intercambiar palabra alguna. Yo le miraba de reojo y él parecía no darse cuenta mientras le daba vuelta a sus pensamientos mirando al frente. Era como si no estuviera allí. Las gotas comenzaron a acariciarnos la cara y mojar el suelo entero en cuestión de segundos. Justo se dispuso a abrir el paraguas y me observó un instante para después mirar a su alrededor.

—¿Tienes hambre?

Asentí.

—Anda, pues vamos a un café que está en el otro lado del paseo. Allí sirven unos desayunos buenísimos, y desde la planta de arriba se puede ver todo el paseo a través de la cristalera. Te gustará.

Preferí no decirle que ya había estado en el café Castillos y Señores del paseo de la Independencia con mis padres en más de una ocasión. Dejamos pasar el tranvía y cruzamos al otro lado. Entramos y subimos directamente a la planta superior, donde nos acomodamos en una mesa pegada a la pared y a

la cristalera. Apenas había gente allí. Un camarero se nos acercó con aires de soberbia y nos preguntó qué íbamos a tomar. Justo pidió un café y para mí un zumo, además de una cesta de galletas caseras que hacían allí y pan con aceite y tomate. Estuvimos sin mirarnos y sin hablar hasta que el camarero nos trajo lo pedido. Le dimos unos buenos sorbos a las bebidas y atacamos la comida.

Desde la visión que teníamos allí arriba, vimos a gente que hacía guardia con escopetas por las azoteas de los edificios y algunos furgones cargados con los combatientes que se marchaban al frente a luchar por la República.

—Esto es una pena, espero que la guerra acabe pronto y que la mayoría de los hombres puedan regresar a casa con sus mujeres y sus hijos —dijo de sopetón.

—¿Quién era? —pregunté yo también de golpe, sorprendiéndome de haberlo preguntado tan directamente.

Justo me observó mientras le temblaba el labio. Un par de lágrimas simétricas no tardaron en aflorar a sus ojos.

—Lo siento, no debí haber preguntado. No es asunto mío.

Intentó sonreír mientras se secaba con la manga de su abrigo y negaba con la cabeza.

—No es nada. Además, hace años que pasó, pero no puedo creerme todavía que fueran capaces de mentir de aquella manera y encerrarle a él sin ser culpable. Pero yo no puedo hacer nada, no soy más que un inspector que perdió sus influencias con la muerte de su padre.

Le miré sin comprender a qué se refería y sin ganas de volver a preguntar, pero por dentro la curiosidad trepaba por mi espalda y quería saber más. Me miró fijamente durante un largo minuto.

—Tal vez te viniera bien desahogarte —intervine.

Sonrió.

—Eso mismo me dice Remedios.

—¿Ella no sabe lo que pasó?

—Sí, sí lo sabe, pero cree que debería hablarlo con un médico, con un psiquiatra, que me llenaría el cuerpo de medicamentos extraños, y yo no estoy por la labor.

—¿Por qué no te desahogas conmigo?

Esta vez, al menos, le arranqué una pequeña risotada.

—Eres pequeño para saber ciertas cosas. Ya te las contaré cuando seas mayor.

Dudé de si debía responderle o no, pero me gustó su afirmación.

—¿Cuando sea mayor? ¿Seguiré en tu casa cuando sea mayor?

—Sí, ya lo creo —afirmó con seguridad—. Esa es la idea de Juan y, ¿sabes?, no me parece nada mala. Es alegre tenerte en casa después de tantos años centrándome en la muerte de mi mujer.

Sonreí. Me sentía a gusto con él y, aunque siempre echaría de menos a mis padres, al menos estaría agradecido, y mucho, de poder estar con Justo. No insistiría más en que me contase lo que fuera que se lo estaba comiendo por dentro. Se lo preguntaría a Remedios.

Después de aquella corta conversación, pasamos a hablar de temas menos funestos.

—Bueno, mañana te matricularé en la escuela.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué me miras así?

—No me gusta la escuela, prefiero trabajar.

—¿Trabajar? —dijo con una sonrisa en los ojos—. ¿En qué?

Encogí los hombros.

—Pues no sé. Tal vez a ti se te ocurra algo.

—Prefiero que vayas al colegio.

—Me aburre, no me gusta nada y nunca saqué buenas notas. Creo que sería mejor que comenzase a trabajar en algún sitio. De aprendiz. Y así podría pagarte por vivir en tu casa.

En ese instante fue él quien frunció el ceño.

—No voy a cobrarte, no soy un hotel ni una pensión.

—Vale, pero no quiero ir a la escuela.

—¿Sabes leer y escribir bien?

—Perfectamente.

—Toma —dijo alargando la mano para coger uno de los periódicos que había en un revistero cercano—. Lee.

Abrí una página cualquiera.

—Esta noche, en el teatro principal de Zaragoza, tendrá lugar la representación de *El lago de los cisnes*, de... ¿Tacha y Cosqui?

Rio de nuevo.

—Bien, leer sabes, pero puede que te apunte a clases de ruso.

—¿Ruso?

—No te preocupes, solo era una broma entre amigos. ¿Y los números que tal se te dan?

—Regular.

—Pues eso sí es importante, debes ir a la escuela.

—Puedo aprender en casa. Lo prometo —dije—. Aprenderé los números en casa, pero, por favor, no quiero ir a la escuela.

Me observó sorprendido de mi aversión al colegio.

—Bueno, pues sinceramente ya no sé qué decirte con tantas ganas de trabajar y tan pocas de ir a la escuela. Ya veremos lo que hago, ¿de acuerdo? De momento tómatelo como unas vacaciones.

Asentí, contento y convencido casi del todo de que no iba a volver a ver a un maestro en mi vida. Cuando la lluvia se calmó y apenas goteaba, salimos del café. Cogimos un taxi hasta casa y nos cobró una cifra astronómica.

—Estamos en guerra, señor, todo sube y el combustible no es excepción.

Al entrar en casa, Remedios no tardó en hacer su aparición y anunciarnos que se había encargado personalmente de hacer venir al modisto de Justo para tomarme medidas y hacerme suficiente ropa nueva para todo el invierno.

—Te está esperando en el salón, tomándose un café.

—Estupendo —añadió Justo—. Dentro de una hora tengo que ir a trabajar. Voy a darme un baño, y mientras, que le tome todas las medidas que le tenga que tomar y que no escatime en ropas de abrigo.

Justo subió la escalera y yo seguí a Remedios hasta el salón donde estaba el modisto. Llevaba un traje de pana blanco que le apretaba demasiado en todos los sitios. Me recordó a un muñeco de nieve. Llevaba sombrero a juego y una cadena de oro de reloj que le salía del bolsillo superior de la chaqueta por un lado para recogerse por el otro. Llevaba un bigote de mariscal pasado de moda y observaba con la cabeza echada hacia atrás y los párpados medio

caídos a través de unas lentes redondas apoyadas en una nariz curva y redondeada. Me recordó más a un actor de comedia que a un modisto.

—Muy bien —comenzó dejando el café sobre la mesita de cristal—. Así que tú eres el pequeño desnudo. Vamos a ver.

Se levantó, me empujó de los hombros hasta el centro de la habitación mientras Remedios observaba y paseó a mi alrededor como si me estuviera estudiando. Después se paró frente a mí y dio pasos adelante y atrás para verme desde diferentes perspectivas.

Sacó del bolsillo de su pantalón una boquilla de cigarros larga y roja oscura, se la metió en la boca y a continuación extrajo un cigarro de una pitillera dorada, lo encendió y siguió observándome.

Pensando que aquello iba para largo, me metí las manos en los bolsillos sin darme cuenta.

—¡Nooooooooooooooooo! Señorito, no, si hace eso no puedo tomarle las medidas.

Del susto que me dio, las saqué de golpe y me puse recto.

—Y si no lo hago, tampoco, no lleva metro.

Remedios rio suavemente mientras aquel personaje salido de un chiste ponía los ojos en blanco.

—Qué poco estilo —dijo.

Me observó durante unos minutos más y después me dijo que ya estaba listo para comenzar su trabajo, que se marchaba a casa a comenzar con media docena de pantalones, camisas, jerséis, abrigos y, de paso, una docena y media de calzones.

Se despidió de Remedios y a mí me dirigió una mirada de indiferencia todavía más visible de lo que su mirada habitual mostraba. Tras de sí, cerró la puerta. Remedios rompió a reír.

—No usa metro —dijo—. Es verdaderamente bueno, pero un estirado. Ha estado muy bien la respuesta que le has dado. ¿Tienes hambre?

—No mucho, hemos tomado algo de camino aquí.

—Bien. Pues yo me voy a la cocina a prepararte algo para luego.

—¿Quién es el que está encerrado en ese calabozo? —pregunté de golpe, interrumpiendo su camino hasta la puerta.

—Vaya, no has tardado en descubrir ciertas cosas.

—¿Qué le pasó a su mujer? ¿Por qué está tan triste? Me da mucha pena —dije.

Remedios se tomó su tiempo para pensar.

—Ahora no puedo contártelo, cariño mío, no le gusta que lo cuente, pero creo que deberías saberlo para entender por qué está así y, sobre todo, para que comprendas que no le gusta hablar del tema y no le vayas preguntando cosas.

Asentí.

—Cuando se marche al trabajo te contaré lo que sé si me prometes que no le hablarás nunca del tema. Se pone muy triste cuando alguien le pregunta.

—Lo prometo.

Yo estaba en mi cuarto tumbado sobre la cama cuando Remedios entró con una bandeja en la mano en la que traía galletas y leche para los dos. Me incorporé, dejó la bandeja sobre la cama y se sentó a mi lado.

—Debes jurarme que no le dirás nada. Quiero que te quede claro que te lo cuento para que seas consciente de su dolor y no le vayas con preguntas impertinentes —dijo con un tono suave que no iba con la situación.

—Lo juro y lo prometo, Remedios, de verdad.

—Bien —añadió apretando los labios—. Comenzaré.

Aquella leyenda sobre las brujas y la muerte de la mujer de Justo, Rosa, me revolvió el estómago para el resto de mi vida.

## 21

Aquella noche apenas pude pegar ojo. Daba vueltas en la cama viendo el rostro de Rosa corriendo por las calles para avisar de algo a Roncesvalles, para ir a encontrar la muerte. E imaginaba a Justo intentando encontrar la solución al misterio de la muerte de su mujer.

Tal vez yo pudiera ayudarle de alguna manera, tal vez si iba a casa de los Roncesvalles haciéndome pasar por un periodista en ciernes sacaba algo de información. Pero aquellos pensamientos no duraron más de un instante.

¿Qué iban a contarme a mí que no fuese la misma versión que conocía todo el mundo? Cuando la muerte de Rosa dejó de atormentarme, me quedé lentamente dormido.

A la mañana siguiente me desperté de golpe y sin una gota de sueño. Miré el reloj de la mesita y comprobé que eran más de las doce. Me vestí rápidamente y bajé en busca de Remedios, a la que encontré en la cocina.

—Vaya horas, Esteban. ¿No te da vergüenza?

Me quedé callado.

—Anda, no pongas esa cara, que es broma, seguro que no has dormido bien. Ven y siéntate, que debes de tener hambre.

Me sirvió una sopa de cocido, y de segundo, unos muslos de pollo asados con patatas que estaban mejor que los que estaba acostumbrado a comer en mi casa. Remedios se quedó conmigo, con un palillo en la mano para limpiarse los dientes.

—No has dormido bien por culpa de la historia que te conté ayer, ¿verdad, hijo?

—No pasa nada. Además, quería saberlo.

—Bueno, hablando de cosas más alegres —cambió de tema mientras me echaba leche en el vaso—, esta mañana ha venido Justo, poco después de marcharse, y me ha dicho que tenía una buena noticia para ti, pero que, como seguías dormido, te la daría al regreso del trabajo.

—¿De verdad? ¿Y qué buena noticia es esa? ¿Sabes algo? —dije relamiéndome los labios.

—Pues no, no me ha dicho nada. Pero no tardará en venir a casa y lo que sea que te tenga que decir te lo dirá. Mientras, puedes hacer lo que te apetezca.

Asentí. Le ayudé a recoger la mesa y me metí en la biblioteca. Olía a polvo y a papel viejo, justo el olor que me gusta en las bibliotecas. Había una escalera que recorría sus carriles y con la que podías ir de lado a lado de la estantería.

Había una chimenea en una de las paredes que estaba cerca de la ventana con un gran cuadro de una cacería y varios candelabros con velas a medio gastar. Frente a ella, el sillón más grande de la sala, tapizado en piel y con una manta dejada sobre el asiento. Además de ese sillón, había dos más, aunque más pequeños, colocados en las esquinas. Me arrodillé frente a la chimenea y encendí el fuego. La habitación no tardó en calentarse y en adquirir un tono ámbar por las llamas. Corrí el sillón y lo dejé en una posición con la que calentarme al lado de la chimenea y frente a la ventana para tener suficiente luz para poder leer. Cogí un libro que se titulaba *Moby Dick* y que tenía un tamaño considerable.

Me coloqué de un salto en el sillón y me cubrí con la manta desde el cuello hasta los pies, que recogí descalzos sobre el sillón, y allí, entre el calor y la escasa luz que entraba por la gran ventana en un día frío y de cielo gris, comencé a leer sin darme cuenta de que las horas pasaban.

Sin ser consciente incluso del lugar en el que estaba, escuché que alguien abría la puerta y regresé de nuevo a la realidad.

—Hijo, han pasado ya tres horas. ¿Qué haces aquí tan callado?

—Estoy leyendo, Remedios. No me he dado cuenta de la hora.

Rio mientras traía consigo un carrito con comida. Un tazón de caldo y muslos de pollo al horno con patatas y verduras. No me di cuenta del hambre

que tenía hasta que el aroma me llegó a la nariz.

—¿Todavía no ha llegado Justo? —pregunté mientras me metía una patata a la boca.

—No, Esteban, todavía no —respondió sentándose a mi lado, arrastrando uno de los sillones—. Ha llamado para decir que vendría más tarde. Es por la guerra —dijo pensativa observando por la ventana—. Encuentran cadáveres por las esquinas que deben identificar, pero muchas veces no pueden.

Suspiró.

—Bueno, tú no tienes que preocuparte por eso, Esteban. Tú come y sigue leyendo. Solo tienes que preocuparte de que no se te apague el fuego para que no te resfríes.

En aquel momento aquella expresión me recordó a mi madre cuando estaba en casa los fines de semana y me cuidaba. Me sentí feliz de tener una casa donde estar, de una forma u otra, aunque no fuese la mía.

—Gracias por todo, Remedios. Gracias por dejarme estar aquí y por atenderme tan bien.

Río con ganas.

—No me des las gracias, y a Justo tampoco, está contento de tenerte aquí, aunque no lo diga.

Dejó el sillón en su sitio y se marchó. Yo dejé el libro a un lado de mi sillón y me dispuse a comer cuanto me había traído Remedios. Apenas tardé diez minutos en engullirlo, llenándome la cara y las manos de aceite.

Me limpié lo que pude en la servilleta y a continuación me dirigí al baño para lavarme las manos. Entonces escuché la puerta de entrada y a Justo dar las buenas tardes. Bajé las escaleras deprisa y me planté ante él.

—Buenos días, Justo —saludé sonriente.

—Buenas tardes, Esteban —respondió.

—Eso, buenas tardes.

Me quedé plantado delante de él mientras nos observábamos mutuamente, yo sonriente y él serio.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Bueno —comencé—, ¿no tienes que decirme algo importante?

—¿Yo? No, lo siento. ¿Qué esperabas que te dijera?

Encogí los hombros desilusionado.

—No sé. Pensé que tenías que decirme algo.

Tras repetirme que no, que no tenía nada que decirme, le dije que si no le importaba me gustaría subir de nuevo a su biblioteca a seguir leyendo y me di media vuelta. Cuando había subido dos escalones escuché la risa de Remedios tras de mí. Al volverme la vi medio escondida tras la puerta entreabierta que daba al salón.

—¡Qué malo eres, Justo! Pobrecito, díselo ya.

Justo sonreía de oreja a oreja, intentando no partirse de risa a mi costa.

—Sí, Esteban, tengo una buena noticia. Anda, ven.

De nuevo me puse ante él. Remedios, con su vestido negro cubierto por un delantal blanco y su moño alto, se acercó a nosotros.

—Creo que puedo tener un pequeño trabajo para ti.

No podía creerlo. Verdaderamente me libraba de estudiar e iba a comenzar a trabajar. Pegué un brinco y grité.

—¡Bien!

—Bueno bueno, no corras tanto. De entrada, estarás allí de prueba, a ver qué tal se te da, y si se te da bien, puede que te dejen de recadero. ¿De acuerdo?

—¿Y dónde es? —pregunté mientras todos nos dirigíamos al salón, donde la mesa para que Justo comiera ya estaba puesta.

—En Correos. Mañana por la mañana iré contigo a presentarte y después te quedarás tú solo allí a las órdenes de Ramón.

## 22

Estaba emocionado. Mientras Justo y Remedios se quedaban hablando de la situación del país y me mandaban a otro cuarto para que no escuchara cosas que los niños no debían saber, subí a la biblioteca a seguir leyendo, pero con mis nervios exaltados no pude concentrarme.

Me asomé a la ventana y observé el cielo gris que se negaba a mojar las calles y los edificios con una lluvia que no quería caer. Pensé que tal vez Andrés o Cora estarían pensando en mí y decidí hacerle una visita a Andrés para contarle las nuevas noticias. Tras decirles a Remedios y a Justo que salía a ver a mis amigos y decirme que tuviera cuidado y, sobre todo, que llegase a casa antes del toque de queda, salí a la calle. Avanzaba caminando tranquilamente entre señoras vestidas de luto y gente con armas en las esquinas. Algunos me observaban mientras pasaban y otros ni se enteraban de que pasaba a su lado. Caminaban gentes con cestas de comida medio vacías y los niños pequeños se agarraban a un trozo de pan que comían miga a miga.

Entonces pensé, teniendo en cuenta la situación de huérfano en la que me encontraba, que tenía mucha suerte de tener una casa, comida, a Justo y a Remedios, que tan bien me trataban. Entré por un paseo en el que reinaban unos grandes abetos que debían llevar allí plantados al menos cien años, teniendo en cuenta su tamaño. Me gustaba aquel paseo precisamente por el aroma que los abetos despedían incluso cuando todo estaba helado en invierno, pero me encontré con una sorpresa. Había muchos árboles que habían sido talados para poder hacer leña desde que había empezado la guerra. Vi a un par de chicos mayores que yo, de tal vez diecisiete años, que

se colgaban de las ramas pequeñas para partirlas y llevárselas para calentarse. Pensé en ese instante que la leña verde apenas les daría calor.

Después de atravesar aquel lugar de troncos serrados, salí por una calle secundaria para atajar el camino hasta el colegio. Durante unos instantes me quedé observando desde la entrada principal el edificio donde había estado recibiendo mi educación. Estaba igual que siempre, pero sin césped; ahora solo había barro. Bordeé los setos y la verja que lo ocultaban y guardaban hasta llegar a la puerta trasera y entré por allí, pero no me molesté en agacharme para que no me viera nadie. Me daba igual. Caminé hasta la cabaña y subí por las escaleras hasta llegar al piso donde vivía mi amigo. Escuché cómo una puerta se cerraba arriba y unos pasos rápidos acercarse a las escaleras. Vi a la madre de Andrés bajando cargada de cucharones.

—Vaya, aquí tenemos a Esteban. Anda, sube. Andrés se estaba preguntando ahora mismo qué sería de ti.

—Gracias, me alegro de verla —dije mientras bajaba cargada, echándome a un lado para dejarle paso.

Subí las escaleras y noté el olor a humo de leña. Llamé a la puerta y pocos segundos después Andrés me abrió envuelto con una manta y aspecto de estar resfriado.

—¿Esteban? —preguntó.

—Hola, Andrés.

—Tienes mejor aspecto que el otro día, ya no pareces un fantasma.

Sonreí.

—Anda, pasa, hace mucho frío.

Se estaba bien dentro de la cabaña. Nos quedamos en el saloncito frente al fuego y sobre la alfombra.

—Se han ido un montón de alumnos. Todos huyen de la guerra. Mi padre dice que a este paso se cerrará la escuela, que no tendremos trabajo aquí y que tal vez nosotros también tengamos que irnos.

—¿Tantos se han ido?

—Casi la mitad, y otros amenazan con hacerlo si la guerra no acaba pronto.

—Y si eso pasa, ¿adónde vais a ir?

—No lo sé, Esteban. No tengo la menor idea. Mi padre dice que tal vez a un pueblo pequeño, pero no sabe a cuál. Además, a mi madre no le convence la idea, porque dice que la guerra va a estar en todas partes y que para eso nos quedamos aquí, intentando trabajar en otro sitio de cualquier cosa.

Guardé silencio unos segundos mientras veía cómo Andrés se apagaba pensando en las ideas de sus padres.

—¿Y Cora?

—No sé nada de ella desde el otro día que estuvimos aquí los tres.

Asentí y agaché la cabeza. Había ido con la intención de darle la noticia sobre mi trabajo, pero al ser consciente del panorama que tenían en su casa, mejor no decir nada.

—Cora se quedó preocupada por ti. Deberías ir a verla y decirle que estás bien.

—Sí, creo que será lo mejor, pero he venido también a decirte a ti que tengo una nueva casa.

—Ah, ¿sí? Me alegro por ti —dijo sin ganas—. ¿Dónde vives ahora?

—Vivo con un inspector. Se llama Justo y se porta muy bien conmigo.

—Ahora entiendo ese cambio en tu rostro. Se te ve contento y se te ha ido la cara de hambre.

Los dos nos reímos de aquel chiste y un rato después salí de allí hacia la nueva dirección de Cora que Andrés me había dado, en la calle Rufas. Tenía un buen trecho hasta allí, así que decidí coger el tranvía. Estaba medio vacío y los pasajeros eran mujeres con hijos. Yo nunca había cogido el tranvía con mi madre, siempre íbamos en coche. Bajé en la parada que creí me dejaba más cerca de la calle de Cora y caminé hasta encontrar la pensión donde vivían. La calle era estrecha y pequeña. Había una tienda de verduras justo en la esquina. Un hombre cincuentón y enorme anunciaba el precio de las matas de borraja. Me adentré en la calle y vi edificios nuevos y sin terminar de pintar. Lo primero que vi fueron los restos de lo que debía haber sido un gato, unas pequeñas costillas con piel seca sobre ellas. Debía llevar allí bastante tiempo. Continué caminando entre sacos llenos de basuras donde las ratas se peleaban por el mejor bocado hasta que leí el cartel en el que se anunciaba la pensión.

El edificio parecía sacado de un cuento de terror. Era viejo y se veía el ladrillo de la pared en ciertas partes donde el cemento se había desprendido por culpa del tiempo y de la lluvia. Parecía que no lo habían pintado nunca. Llegué a la pensión. Algunas de las ventanas estaban tapiadas con listones anchos de madera o con papeles de periódicos. Entré en el portal sin pisar el escalón que daba a la entrada y vi las escaleras a un metro de mí. A la derecha había una puerta tras la que ponía RECEPCIÓN, con un ventanuco estrecho y bajo. La dueña no tardó en verme y salió de su escondite.

—¿Quién eres tú y qué quieres?

No era una mujer demasiado mayor, aunque vestía de luto. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de su vestido mientras me observaba con sus pequeños ojos azules transparentes bordeados de arrugas, su nariz picuda y labios finos con un bigotillo gris en la parte superior. Solo le faltaba una verruga en la punta de la nariz.

—Vengo a ver a una amiga. Cora vive aquí.

—Ah, sí, esa diablilla. No está, y su madre tampoco. Están trabajando las dos.

—¿Y sabe usted en qué casa trabajan?

—Sé que Cora empezaba hoy en un puesto de pescados en el mercado central. Y su madre no sé dónde trabaja.

—Muchas gracias, señora.

Emitió una especie de quejido por asentimiento y se retiró de nuevo a su agujero. Salí del edificio mohoso. Bajé toda la calle hasta cruzar con la avenida de César Augusto, donde estaba el mercado central de la ciudad. Aquel edificio se había hecho famoso en todo Aragón por su estructura y tamaño. A mí me parecía un mercado demasiado grande para la ciudad y con demasiados puestos que ofrecían lo mismo al mismo precio. A lo lejos ya podía verse el bullicio de la gente que entraba y salía con cestas llenas o vacías. Me colé entre la gente que iba a comprar al lugar como si fuera uno más. Había un laberinto de calles estrechas y puestos embaldosados pegados unos frente a otros. Los puestos de frutas y verduras olían bien, mientras que las carnicerías me daban ganas de vomitar. No podía soportar el olor a sangre, y los lechones destripados sobre los mostradores me provocaban un

cosquilleo en el estómago para después sentir un leve mareo. La sangre chorreaba por las mesas que tenían dentro de los puestos donde cortaban la carne o directamente mataban a los pollos que tenían vivos metidos en jaulas para que el producto fuese lo más fresco posible. En un caldero de agua que se encargaban de que siempre hirviera, una vez muertos los pollos, eran escaldados para poder quitarles las plumas fácilmente mientras otro hacía salchichas con las tripas del animal de turno.

Tampoco me gustaba el olor de las pescaderías, pero no me producían las náuseas que me causaba el olor a sangre. Entre la gente que corría de puesto en puesto intentando conseguir la mercancía más barata y legumbres para poder pasar el invierno con la guerra por los rincones, caminé observando al personal de los puestos de las pescaderías hasta que, entre pasillo y pasillo, en medio de un puesto de carne y otra pescadería, encontré la que estaba buscando. Cora apenas llegaba a la mesa donde debía descamarse el pescado, vaciarlo y quitarle las aletas. Estaba con un cuchillo más grande que su pequeña cara entre las manos sacándole las vísceras a una merluza, con la cara salpicada de unas gotas rojas y escamas que no se molestaba en quitarse de encima. Tenía la frente bañada en sudor, a la vez que veía cómo encogía la espalda por el frío. Se había puesto un delantal que le iba grande y podía pisarlo en cualquier momento. Para cubrirse los pies del agua y el hielo en el que se conservaban los peces se había puesto unas hojas de periódicos atadas con una cuerda que de nada servían. Mientras uno de los que debían ser sus jefes le tendía un paquete a una mujer y esta se marchó, Cora alzó la vista un instante y me vio para ignorarme. Esperé a que terminase de hacer su trabajo. Cuando le tendió a otra mujer el paquete con la merluza fileteada, se dirigió a la siguiente.

Intenté acercarme al mostrador y hablar con ella, pero cuando uno de los hombres que había allí me vio intentándolo, sin que ella me hiciera el menor caso, me dijo que si no había ido a comprar que me largase de allí. Agaché la cabeza derrotado. Me hice a un lado sin que me pudieran ver desde el puesto. Me quedé allí esperando a que Cora acabase su turno, aunque tampoco tenía idea de la hora a la que acababa, pero no tenía nada que hacer. Así que esperé. Tres horas después y tras haber contado todos los baldosines del suelo

de ese pasillo, haber entablado una corta amistad con dos niños gemelos de tres años mientras su madre compraba y haber matado un par de arañas negras y paticortas, vi a Cora salir del puesto bajo una reprimenda del mayor de los dos hombres.

—Espero que mañana lo hagas con más ganas que hoy, porque si no te irás a la mierda y contrataremos a otro que lo sepa hacer mejor.

Cora lo observó, pero no abrió la boca. Pude ver que tenía las manos rojas y agrietadas por el frío. Un pequeño hilo de sangre le caía por uno de los dedos. Cuando comenzó a caminar con su abrigo raído hacia la salida, yo la seguí y esperé a estar en la calle para hablar con ella.

Me coloqué a su lado tras una pequeña carrera y se paró en seco al verme. Parecía que estaba llorando, pero cuando le pregunté me dijo que era por el hielo del puesto.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón a ver qué encontraba y di con una moneda. Se la mostré.

—Invitarte a tomar algo calentito. ¿Te apetece?

La cafetería Gran Emperador estaba a la vuelta de la esquina. Se estaba caliente dentro gracias a la ancha chimenea que había en la pared que quedaba frente a la barra y a la derecha nada más entrar. Cora se sentó a la mesa libre más próxima al fuego y yo pedí dos cacaos, pagando por adelantado. Me senté a su lado.

—Gracias por la invitación.

—No hace falta que me las des. Me gusta hacerlo.

Lanzó una fina sonrisa sin ganas, con la mirada perdida en las llamas. El camarero nos trajo dos tazas humeantes. Cora corrió a coger la suya entre las manos para calentarse y dio un pequeño sorbo al cacao caliente.

—¿Qué tal estás con los niños? —preguntó.

—Ya no estoy allí, en realidad. Vivo con un inspector que nos encontró. Me iba a meter en un orfanato, pero no les quedaban camas y me acogió en su casa.

Alzó las cejas.

—Qué suerte.

—¿Suerte? —pregunté levemente enfadado. Estaba huérfano, ella tenía a su madre.

—Bueno, quiero decir que vives con un inspector. No sé cómo será él, pero si te ha acogido no puede ser malo, y tendrás un dormitorio caliente y comida asegurada, ¿no?

Asentí.

—Pues eso, tienes suerte. ¿Sabes? —dijo riéndose de sí misma—. Yo no quería hacer el mismo trabajo que hace mi madre y ahora estoy en una pescadería, helada todo el día y cortándome en los dedos. Al menos mi madre está caliente.

—¿Y por qué no dejas este trabajo y ayudas a tu madre en el suyo?

—Porque ya tiene ayuda de alguien que no puso tantas pegas como yo. Fui una estúpida. Y necesitamos el dinero. Tal como están las cosas, los sueldos han bajado, pero el alquiler de las pensiones sigue siendo el mismo, y el de la comida creo que incluso está más caro.

En ese momento fui yo el que se quedó observando el fuego.

—Mañana comenzaré yo a trabajar. En Correos, gracias al inspector.

Asintió lentamente mientras me clavaba los ojos y bebía.

—Tiene pinta de ser un buen trabajo.

Encogí los hombros.

—No lo sé, no sé qué es lo que voy a tener que hacer. Tal vez tenga que recorrer todas las calles de la ciudad para ir dejando cartas por las casas, y si hace mal tiempo, tendré que aguantarme.

—Sí, tal vez —dijo—. Oye, gracias por la invitación, pero tengo que irme ya a casa; tengo que hacer la comida y limpiar, o si no mi madre me reñirá cuando llegue de su trabajo.

Le tendí mi taza, que todavía no había probado, y le dije que podía bebérsela. Salí de allí mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Quería que todo volviese a ser como antes, que mis padres estuviesen vivos, estar en el internado aun con lo poco que me gustaba y poder estar con mis amigos todos los días. Todo se había acabado y parecía que de ahí en adelante solo podía ir a peor. Cogí el tranvía para ir a casa de Justo. Al llegar los saludé como si nada hubiese ocurrido, entré en mi cuarto, que tenía la chimenea

encendida, me tumbé en la cama y me tapé con una manta hasta la cabeza, esperando que al levantarla todo hubiera vuelto a ser como antes, aunque sabía que eso nunca iba a pasar.

## 23

Remedios me preparó un exquisito desayuno antes de mi primer día de trabajo. Huevos fritos, panceta y una salchicha de cerdo acompañados con un vaso de leche y un poco de café para que me mantuviera alerta.

—Con toda esa comida no va a poder ni caminar, Remedios —comentó Justo mientras degustaba el mismo desayuno.

—Tonterías. Está creciendo y quema todo muy rápido, le sentará de maravilla.

Salimos de casa y nos pusimos en camino por calles y avenidas desiertas hasta del canto de los gorriones. Tras un paseo que vino de maravilla para rebajar el copioso desayuno que nos habíamos tomado los dos, entramos al paseo de la Independencia, donde una mujer anciana asaba castañas en una hoguera improvisada para venderlas. El edificio de Correos estaba situado justo a mitad del paseo, al lado de la sede del *Heraldo de Aragón*. Tenía dos cabezas de león en la entrada con la boca abierta por donde echar las cartas cuando estuviera cerrado. Al entrar había un mostrador a la izquierda y otro a la derecha, con un gran cristal delante y dos trabajadores tras ellos que parecían estar ordenando cartas. Sobre uno de los mostradores ponía NACIONAL y sobre el otro INTERNACIONAL. Pasamos de largo y seguimos el estrecho pasillo hasta subir unas cuantas escaleras y llegar a una sala enorme y circular con techo de cristal. Del techo caía una gran lámpara con cristales de colores que se balanceaba levemente de lado a lado unos cuantos centímetros. A mí me dio la sensación de que iba a caerse en cualquier momento.

En aquella sala la gente guardaba fila para dirigirse hacia los diez puestos de atención al cliente que había. Uno para enviar dinero por carta, otro para enviar documentos importantes, para enviar comestibles..., cada uno para enviar cosas diferentes, salvo la ventanilla de reclamaciones. Y fue a esa a la que nos dirigimos. Tras ella había un hombre mayor, de unos sesenta años, con la piel arrugada y llena de manchas. Era alto y fuerte, sin estar gordo. Vestía un jersey y un pantalón, todo de color negro. Sostenía un cigarrillo entre los labios mientras fruncía los ojos para que el humo no le hiciera llorar y pasaba cartas de una mano a otra como si las estuviera contando mientras farfullaba por lo bajo. Tenía calvo el cogote, pero, aparte de eso, lucía un cabello corto y blanco como si fuese una aureola. No sé si vio que alguien se aproximaba a él, pero al llegar al mostrador se puso en pie sin mirarnos y se dio la vuelta para seguir haciendo su trabajo dándonos la espalda. Justo suspiró y lo llamó.

—Ramón, por Dios, si viene algún superior y lo tratas así, conseguirás que te cambien de puesto o te echen de aquí.

Ramón se dio la vuelta y tras observar a Justo durante unos instantes, dirigió su mirada a mí. Parecía enfadado. Agaché la cabeza. Dejó las cartas sobre el mostrador y se quitó el cigarrillo de la boca. Se acercó al mostrador y se apoyó sobre sus dos puños apretados sin dejar de mirarme.

—¿Así que tú eres el que quiere trabajar? Es un canijo —dijo mirando a Justo—. No me va a servir para nada.

—No es un canijo, es que ha pasado una mala temporada, pero es fuerte, y Remedios se encargará de que cada día lo sea un poco más.

Sopló.

—Tener amigos para que solo te pidan favores.

Justo rio.

—No empieces, que sé que en el fondo estás encantado de que te pidiese ayuda a ti.

—Bah, eso son tonterías tuyas. Me lo has pedido a mí porque sabes que soy el único tonto que aceptaría.

Justo enarcó las cejas y me miró.

—No le hagas caso: perro ladrador, poco mordedor.

No sabía si Ramón ladraba o mordía, pero me daba miedo quedarme con él. Yo era un chaval huérfano y asustadizo de catorce años y aquel hombre parecía haber vivido una vida entera de ordeno y mando. Cogí aire. Justo me indicó que lo siguiera y nos colamos por una pequeña puerta que quedaba oculta al lado de este último mostrador, justo en la última de la sala circular. Nada más atravesarla y entrar en el habitáculo de Ramón, sentí un fétido olor a tabaco, sudor y orina.

—Por Dios, Ramón, a ver si ventilas un poco —dijo Justo corriendo hacia la ventana para abrirla y dejar correr el aire frío y limpio de la calle.

—No tengo por qué ventilar nada, este sitio es como mi casa y aquí no entra nadie más que yo.

—No me extraña que aquí entres únicamente tú. Bueno, déjala un rato abierta, que Esteban se ha puesto blanco.

Ramón me observó y esbozó una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Estos chavales de hoy en día no valen para nada. Son unos malcriados todos. No tienen ímpetu para nada. Holgazanes.

Apagó el cigarrillo sobre un cenicero que tenía aspecto de no haber sido limpiado en diez años y se encendió otro.

—Bueno, Esteban, aquí te quedas, no tengas miedo de Ramón, ya lo irás conociendo. Tú haz lo que te diga y listo.

Asentí y se marchó. Me quedé ahí quieto esperando la primera orden de Ramón, pero en lugar de decirme algo, se quedó en silencio observándome un largo rato mientras se le caía la ceniza sobre la ropa. Cuando se cansó de escudriñarme, cerró la ventana para que el olor volviera a concentrarse. Pasó a mi lado y se sentó frente al mostrador para seguir ordenando o contando cartas. Una hora después, pensando que se había olvidado de mí, me puse a su lado y guardé silencio. Me vio, pero siguió sin decir nada. Poco después se puso en pie. Sorteando las cajas con pilas y pilas de cartas llegó a una percha, cogió un abrigo, una gorra y salió por la puerta. Yo le seguí por el pasillo. Salió a la calle y giró a la derecha para bajar unos cuantos metros y entrar en un bar. Se sentó en una de las sillas altas de la barra y se quitó la gorra. Pegó un grito a modo de saludo y el camarero salió de la cocina.

—Buenos días, Ramón. ¿Lo de siempre?

Asintió y agachando la cabeza se puso a leer el periódico. Cansado de estar de pie como una estatua, me senté junto a él en una silla. Esta vez, al menos, se sorprendió al verme a su lado.

—¿Qué haces aquí?

Encogí los hombros.

—Deja de seguirme como un chucho sarnoso. ¿También piensas seguirme cuando vaya a cagar?

Negué con la cabeza sin saber qué hacer. No debía seguirle, no debía trabajar, no debía hacer nada.

—Oiga —dije—. Creo que estoy aquí para hacer una prueba a ver cómo trabajo, pero si no me da trabajo no podrá ver cómo lo hago y no me dejará ser su ayudante.

Suspiró.

—Escucha, chavalín. Yo no necesito un ayudante. Pero Justo es buen hombre y voy a hacerle un favor contigo, así que dedícate a corretear o a perder el tiempo en algún sitio donde yo no te vea y donde no me molestes. Ya le diremos a Justo que haces un buen trabajo y te pagaremos algo cada semana. No te preocupes.

No entendía nada. Y no quería estar engañando a Justo. Todavía no sé de dónde saqué las fuerzas.

—Oiga, teniendo en cuenta el olor del garito donde está encerrado, las cajas que hay con cartas tiradas por todas partes y la mugre que hay en el suelo y el mostrador, sí necesita un ayudante, así que o me dice en qué quiere que le ayude o me pongo a ordenar todo, a limpiar y a ventilar.

Su expresión no cambió.

—¿Quieres limpiar? ¿Igual que una mujer?

—Igual que quien haga falta, pero no engañaré a Justo.

Tras unos segundos observándome, se decidió a decirme algo que resultó no ser una grosería.

—Bien. Pues si tan interesado estás te daré trabajo, pero ahora cállate, que estoy leyendo el periódico y tengo que almorzar.

Tras un desayuno de hora y media y refunfuños sobre las noticias en los periódicos, regresamos a Correos, pero en lugar de ir a su despacho bajamos

a un sótano. Me condujo por un pasillo largo y húmedo hasta que llegamos a una puerta. La abrió y entramos en una gran habitación donde había sacos y estanterías llenos de cartas.

—Son cartas que se acumulan aquí desde 1900 hasta la fecha. No se han entregado porque no se ha encontrado la dirección, porque no tenían remitente, porque habían de ser entregadas en mano y no había nadie en la casa o por motivos varios que me traen al paio y a ti también. ¿Qué te parece si las ordenas por fechas? La pone en el matasellos. Hala, ya tienes trabajo. Si quieres algo, y espero que no, ya sabes dónde encontrarme. Cerró la puerta y me quedé a solas entre un montón de sacos. No sabía por dónde empezar, así que empecé por la esquina del fondo. Busqué una caja de madera vacía y allí volqué un puñado de cartas del primer saco.

Dentro del saco estaban más o menos en orden por años. El que había cogido iba de 1912 a 1913. Las ordené por fechas, que me costó descifrar por culpa de la tinta a medio borrar. A continuación, y estando ya algo cansado, escogí un saco que no fuese demasiado pesado para dejar el trabajo terminado hasta el día siguiente. Cogí otra caja de madera para el nuevo saco y comencé a ordenar las cartas. Estas estaban fechadas desde 1924 a 1926. Saqué un puñado y las puse en orden, primero por bloques de años. Cuando estuvieron ordenados, los empecé a colocar por orden de mes y día desde el uno al treinta. Aunque no sirviera para nada, estaba entretenido. Había pasado ya un largo rato desde que había comenzado a ordenar las cartas y la espalda me dolía ligeramente, así que decidí ir al servicio y, de paso, estirar las piernas un poco. Caminé por el pasillo del sótano y encontré unos servicios que apenas debían usarse y que, por lo tanto, estaban muy limpios. Incluso había una ducha allí. Me mojé la cara y me refresqué el cuello y, tras haber estirado la espalda, regresé al trabajo.

Me arrodillé y comencé a ordenar. Me percaté del nombre al que iba dirigida aquella carta sin apenas darme cuenta. Ya había pasado por mis manos, pero solo me había preocupado del año: «Selene Roncesvalles».

En aquel instante sentí como si se me detuviese el corazón. Las cartas eran confidenciales y no podían leerse salvo por su destinatario o remitente. Y esa carta estaba marcada como que debía ser entregada en mano al

destinatario directamente.

Comprobé la fecha de la carta y vi que era de unos días antes de la muerte de Rosa. Tal vez allí hubiera alguna información importante que pudiese esclarecer algo sobre la muerte de la mujer de Justo.

Podía guardarla y entregársela a Justo para que la leyese él. Pero, por otro lado, tal vez se enfadara si veía que el primer día ya andaba quedándome con cartas que no eran mías, aunque mis pensamientos iban a parar a lo mismo: a poder descubrir algo de la muerte de Rosa que Justo no supiera. Le di la vuelta y leí el remitente: «Cristóbal Sanmartín».

«Sanmartín», repetí para mí. Sanmartín era el apellido de aquel empleado del padre de Selene, Domingo. ¿Quién podía ser Cristóbal Sanmartín para escribirle una carta a Selene? La sostuve un buen rato entre mis manos sin saber qué hacer. ¿Su hijo, el retrasado? ¿El acusado de matar a Rosa?

Alguien abrió la puerta y me llevé un buen susto. Dejé caer la carta en la caja de madera y vi que era Ramón con su gorra sobre la cabeza.

—Bueno, ¿qué tal te ha ido el trabajo?

—Bien.

Parecía que buscaba más explicaciones.

—¿A qué estás esperando? —dijo de pronto—. Vamos, sal, ya es hora de ir a casa.

Asentí.

—¿Por qué te quedas ahí de pie sin hacer nada? Mueve el culo, chico.

Asentí de nuevo.

—Voy ahora mismo.

—Venga, date prisa. Justo está esperándonos arriba.

Asentí una vez más. Dejó la puerta a medio cerrar y escuché sus pasos alejarse por el pasillo. Respiré hondo. Cogí la carta de la caja, la doblé y me la metí en los calzoncillos. Cogí mi abrigo, apagué la luz, cerré la puerta y subí.

Nos fuimos los tres a comer a un restaurante que quedaba cerca de Correos, aunque yo no tenía más ganas de estar al lado de Ramón; ya había tenido suficiente hasta el día siguiente.

Pedimos tres raciones de porrusalda, y de segundo, carne picada con

cebolla asada. Después de que mantuvieran una insulsa conversación sobre el precio de la comida en tiempos de guerra, que no me interesaba en absoluto, comenzaron a hablar de mí.

—Bueno, cuéntame qué tal se ha portado Esteban —preguntó mientras me sonreía.

Como era de esperar, Ramón en primer lugar bufó.

—No tiene chicha suficiente como para cargar con las cajas de cartas a ordenar para ser enviadas, así que lo he mandado a ordenar cartas al sótano.

—¿Sí? ¿Y qué tal se te ha dado?

—Bien —respondí llenándome la boca de cebolla asada.

Ramón encogió los hombros.

—Yo no lo he comprobado.

—Es sencillo —continué—. Coges un puñado de cartas primero, las ordenas por años en montones y después coges esos montones y los ordenas por días y meses.

—Míralo qué listo. De aquí a químico por lo menos.

—No te burles, creo que ha hecho un buen trabajo —dijo Justo.

—No me burlo, es que estoy un poco harto de que todos los niños de hoy en día sean unos lumbreras porque sepan sumar dos y dos o hacer la *o* con un canuto.

Justo puso los ojos en blanco.

\* \* \*

Aquella noche, estando en mi dormitorio con las últimas brasas de leña quemándose a los pies de mi cama y tapado por un par de mantas, Remedios me dio las buenas noches y me dejó un libro que creía me gustaría en la mesilla.

Cuando me quedé solo, saqué de debajo del colchón la carta que había robado y con cuidado de que no me encontrasen con ella en la mano, leí.

Selene:

Solo quiero decirte que no debes preocuparte por nada. Todo está organizado. El dinero que nos faltaba para nuestros planes lo ha conseguido Gabriel Sanjuán, nuestro amigo. No sé qué habría sido de nosotros dos sin él, sin su ayuda. Seguramente nuestros planes de marcharnos juntos y alejarnos de todo este mundo que conocemos no habrían llegado a nada. Todo está listo para el día que señalamos, así que no debes preocuparte por nada, pronto estaremos juntos lejos de aquí. Todo saldrá bien. Todo está arreglado y pronto no tendremos que escondernos del mundo entero, y, sobre todo, ni de tu padre ni del mío. Y te olvidarás de tu boda forzada con la basura que es Pascual Campillo. Pronto nos veremos y seremos felices, como en los cuentos.

Cristóbal Sanmartín  
Diciembre de 1925

Releí la carta cien veces. Cristóbal Sanmartín era el novio secreto de Selene. El hijo de Domingo, el encarcelado por la muerte de Rosa. El loco. No sabía cómo encajar aquella carta con lo que había ocurrido aquel día de la muerte de Rosa.

¿Pascual Campillo iba a casarse con Selene Roncesvalles? ¿Podría ser ese el acuerdo que estaban cerrando la noche de autos? No, Selene debía saberlo bastante tiempo antes para haber estado organizando la huida con Cristóbal.

Eso me llevó a la visita que Antonia había hecho a Rosa. ¿Tendría aquella carta la explicación? Tal vez la había visitado para decirle que Selene pensaba marcharse para no casarse con Campillo. Pero ¿por qué contárselo a Rosa y no directamente al padre de Selene, el señor Ezequiel Roncesvalles? No. Tenía que ser otra cosa, tal vez relacionada con la marcha de los dos, pero no era aquello, no se lo hubiera dicho a Rosa en medio de la noche. ¿Por qué había acabado Cristóbal en una celda y loco? ¿Estaba loco realmente? Las palabras que había escrito hacían pensar lo contrario. Aquella carta no había aclarado nada, solo lo había complicado todavía más. Por otro lado, estaba ese amigo, Gabriel Sanjuán. Él, por lo que ponía en la carta, estaba al tanto de todos sus planes. Tal vez encontrase alguna carta en algún saco con la dirección de Gabriel, pero eso no sería nada fácil, pues había un buen montón de sacos todavía por ordenar. Tal vez hubiera alguno más con las mismas fechas. Al día siguiente podría mirar los sacos uno por uno y buscar

otro con las mismas fechas en lugar de ordenarlos; al fin y al cabo, a nadie le importaban esas cartas. Ramón me había enviado allí simplemente para mantenerme ocupado.

Aquella noche tuve un sueño pesado. Di vueltas en la cama y sudaba, para tener escalofríos un minuto después de haberme destapado. Desperté varias veces antes de caer en un sueño profundo, hasta que el despertador sonó con fuerza a las siete y abrí los ojos. Apagué el timbre escandaloso y me senté sobre la cama. Me sentía pegajoso y decidí darme una ducha antes de bajar a desayunar, pero antes de eso leí la carta de nuevo. Era una locura. No entendía nada. Pensé que tal vez por la mañana vería las cosas más claras, pero no fue así, todo seguía igual.

Me duché y me puse ropa limpia. En la cocina, Remedios y Justo desayunaban mientras comentaban las noticias del periódico, donde se hablaba del avance de la guerra y de los muertos de ambos bandos. Yo no entendía nada, no sabía por qué se había iniciado, solo sabía que mis padres habían muerto. Remedios me sirvió leche de la cazuela que todavía humeaba y yo le añadí dos cucharadas de azúcar moreno. Alargué el brazo para coger una de las magdalenas rellenas de frutos secos que todavía no sé dónde las encontraba Remedios.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Justo mientras se encendía un cigarrillo.

—Bien —mentí—. Se duerme muy bien en la cama. Además, es muy grande.

Removí la leche y bebí un trago para después morder la magdalena.

—Me alegro. Y dime, ¿te gusta estar aquí?

Tras unos segundos, asentí.

—No te preocupes, no vas a irte, si es lo que estás pensando.

Era eso exactamente lo que había pensado tras su pregunta.

—Solo quería saber si estabas a gusto.

—Sí, estoy muy a gusto.

Sonrió.

—Bien. Bueno, me marcho a trabajar. ¿Puedes ir solo hasta Correos?

—Claro —respondí mientras cogía otra magdalena.

—Bien, pero recuerda que tienes que volver a casa nada más acabar tu trabajo, y, sobre todo, antes del toque de queda, o te detendrán.

—No te preocupes, vendré a casa nada más acabar.

Se despidió de Remedios y salió de la cocina metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

Terminé de comerme la segunda magdalena mientras las migas se caían sobre mi pantalón. Cogí la taza del desayuno, la llevé al fregadero y ayudé a Remedios a secar lo que ella fregaba. Me despedí de ella y le dije que me marchaba a trabajar. Salí corriendo en dirección a la puerta de la cocina cuando me dijo que esperase. Me di la vuelta y vi que se dirigía hacia mí. Me tendió la mano y me dijo que fuera con ella, que tenía algo para mí. Me condujo hasta el salón principal. Encima de la mesa había dos abrigos, un sombrero y un par de bufandas. Uno de los abrigos era negro y otro de color marrón claro, como el que tenía Justo. Cuando me acerqué, vi que el sombrero parecía una mezcla entre sombrero y gorro de lana gorda, de un tono negro grisáceo, y las bufandas eran una azul y la otra verde oscuro, que no parecían pegar con nada.

—Es parte de la ropa que ha hecho el sastre para ti.

—Sí que se ha dado prisa.

—Es muy trabajador, un tanto excéntrico, pero muy buen trabajador, y con muy buena mano. Pruébate los abrigos.

Y, sin haber tomado medida alguna con un metro, me sentaban los dos como un guante. Me decanté por el negro, el gorro y la bufanda verde. Parecía un señorito con aquella ropa puesta. Antes de marcharme, Remedios me dio una moneda y me dijo que la usara por si me entraba hambre, que no le había dado tiempo a prepararme un bocadillo.

—Gracias —dije.

Me anudó bien la bufanda alrededor del cuello y salí de la casa. Hacía mucho frío aquella mañana. Metí las manos en los bolsillos y caminé por las calles medio desiertas que había atravesado el día anterior y que atravesaría todas las mañanas durante una larga temporada hasta llegar a Correos. Era curioso ver que en el paseo de la Independencia apenas había gente caminando y que, por el contrario, el edificio de Correos estaba a rebosar.

Había largas filas en todos los puestos y tuve que colarme entre varias personas que se quedaron observándome como si fuese un ladrón, hasta que llegué al reducido espacio donde habitaba el amigo de Justo.

Ramón estaba atendiendo a una mujer mayor en el mostrador que le preguntaba si sabía cuánto tiempo tarda una carta en llegar de Zaragoza a Gijón.

—Bah, cualquiera lo sabe, señora, y menos aún en tiempos de guerra; tal vez no llegue nunca.

No sabía si se había dado cuenta de que ya había llegado. Aquel lugar parecía todavía más lleno de montañas de cajas, de cartas y avisos por entregar. Y el olor era, si cabía, peor.

Mientras estaba esperando que terminase de hablar para decirle que ya había llegado, escuché cómo soltaba una ventosidad con cierto volumen que no se molestó en disimular ni por un instante.

Me dirigí a la ventana y la abrí de par en par para que entrase el aire fresco. La mujer se fue y sin que me diera cuenta apareció tras de mí como un rayo para cerrarla.

—Hace un frío de muerte hoy. ¿Por qué la abres? ¿Es que te gusta estar congelado?

—¿No lo huele? Abro por eso, por el olor.

—Oye, chavalín. Tú vete a tu almacén a ordenar cartas y no te preocupes por lo que hay aquí arriba, ¿me oyes? Además, tampoco huele tan mal. Y yo no tengo la culpa de que las judías me sienten como me sientan. Vamos, lárgate a tu agujero en el sótano y ordena las cartas.

Asentí deseando salir de allí para que la náusea que me trepaba por la garganta se desvaneciese al respirar aire sin ninguna clase de olor. Descendí las escaleras hacia el sótano. Entré en mi agujero y allí, de nuevo, sin quitarme nada de la ropa que llevaba encima, pues había frío concentrado en el lugar, comencé a mirar en el saco de nuevo, intentando encontrar alguna otra carta. Después de repasar el saco tres veces vi que no había nada en él. Ni de Selene, ni de Cristóbal Sanmartín ni de Gabriel Sanjuán. Comencé a buscar entre los sacos para ver las fechas de las cartas que había en ellos, y después de unos quince minutos buscando fechas no había ningún otro saco

de 1925 o próximas a ese año. Dándome por vencido, cogí el siguiente saco y comencé a ordenar las cartas de 1929 a 1931 en otra caja. No sé cuánto tiempo pasó exactamente ni en qué estaba pensando, pero fue en una fracción de segundo cuando me di cuenta de que tenía dos direcciones adonde ir a preguntar. Una, la de Selene, y otra, la de Cristóbal. Aunque estaba seguro de que en la casa de Selene poco o nada sacaría en limpio. Pensé en la situación y me imaginé a mí mismo plantado en la puerta de la mansión preguntando por su hija Selene, fallecida hacía tantos años.

No. No era una buena opción, lo que me arriesgaba a sacar de una visita a esa casa, en todo caso, era una bofetada, así que descarté la opción. Pero la casa de los Sanmartín era otra historia. No eran gente de dinero y, por lo tanto, seguramente no me despacharían tan rápidamente. Tal vez pudiera sacar algo de información, por poca que fuese. Además, no tenía nada que perder en realidad. Saqué del bolsillo de mi pantalón la carta y leí el remitente: «Calle Contamina, n.º 4».

No quedaba especialmente lejos de allí y dudaba de que alguien me echase en falta en Correos. Tras pensarlo durante unos segundos, salí de allí, subí y volví a entrar en el lugar de trabajo más pestilente del mundo entero. Apenas se inmutó cuando abrí la puerta. Tenía la ventanilla cerrada y había colocado un cartel en el que ponía que estaba fuera de servicio. Ahora se estaba dedicando a ordenar cartas.

—Oye, Ramón. ¿Te importa si salgo a hacer un recado?

Alzó la vista durante un segundo y me escudriñó mientras sostenía tres o cuatro cartas con la boca. Se las quitó con la mano para dejarlas sobre un montón y siguió observándome.

—¿Ya te has cansado de trabajar? —preguntó.

En realidad, no me había cansado de ordenar las cartas, pero había encontrado algo más entretenido con lo que pasar el tiempo, y tal vez así pudiera ayudar de un modo u otro a Justo con la muerte de Rosa. Además, en lugar de perder el tiempo ordenando cartas que no le importaban a nadie hacía algo útil.

—No me he cansado, me gusta, pero acabo de recordar que le he dicho a Remedios que le haría un favor.

Encogió los hombros.

—Vete donde quieras, pero te advierto que acaban de decir en la radio que tal vez bombardeen la ciudad. Se supone que no va a ocurrir, pero quién sabe. Tú por si acaso mantente a cubierto todo el tiempo que puedas, ¿estamos? Si te pasara algo, Justo me culparía a mí. Y si vas por la calle y escuchas una alarma, un pitido que dura varios segundos o algo por el estilo, entra en un bar, en un portal o en una alcantarilla, ¿te queda claro?

Asentí.

—Bien, pues márchate. Ah, y regresa a tu casa antes del toque de queda. Recuerda que es a las seis de la tarde. Aunque seguro que llegas a casa a la hora de comer, como los perros.

Desaparecí de allí y lo dejé hablando solo, sin saber cuánto tiempo tardaría en darse cuenta de que ya no le escuchaba. Si antes de entrar a Correos las calles estaban medio desiertas, tras el aviso de un posible bombardeo, parecía que hasta las palomas habían decidido levantar el vuelo y marcharse a otro lugar donde no hubiese una guerra. Las pocas personas que paseaban por las calles llevaban armas que sujetaban con fuerza y se me quedaban mirando. Bajé por la calle del Coso hasta la calle Alfonso, donde apenas había tiendas abiertas. Me crucé con dos niños, uno que tendría mi edad y otro más pequeño que le apretaba la mano con fuerza. Aparte de ellos, solo personas armadas. Pasé frente a uno de los escaparates que permanecían iluminados y vi que era una tienda de pasteles y bombones. Pensé que tal vez a Remedios y a Justo les apetecería algo de esa tienda después de la comida.

Me quedé observando el escaparate durante unos segundos en los que un hombre, con un arma que me pareció gigante en la mano, se plantó a mi lado. Me asusté al verlo y di un paso atrás.

—Tranquilo, chico, no voy a hacerte nada. ¿Qué haces aquí que no estás en tu casa? ¿No sabes que hay aviso de bombardeo? ¿Por qué crees que están las calles desiertas?

Asentí como pude. Se sorprendió.

—¿Y qué haces aquí si sabes que hay un aviso así?

No dije nada esta vez.

—Escucha, hijo, vete a casa lo antes posible. ¿Me has entendido?

Asentí.

—Bien. Pues venga.

Se marchó dando grandes pasos y entró por una bocacalle. Respiré hondo, saqué la moneda del bolsillo e intenté calcular cuántos bombones podría comprar con ella. Entré. Lo primero que percibí fue el olor a azúcar y chocolate. Todo cuanto la tienda ofrecía quedaba tras un largo mostrador. Turrónes de frutas escarchadas y frutos secos, chocolates de diferentes purezas, anises, figuritas de azúcar con formas de patos y osos. Regalices, adoquines de caramelo y piedras del río. Peladillas y bolsitas con diferentes dulces que ni siquiera sabía cómo se llamaban. Al fondo del mostrador, dos cajas llenas de bombones a granel. De pronto, echando la cortina de la puerta de la trastienda a un lado, apareció un hombre anciano con gafas y cabello blanco.

—Dime, niño, ¿qué te apetece?

La mirada que lanzaba a todas las delicias que había allí no le había pasado desapercibida. Dejé la moneda sobre el mostrador.

—¿Cuántos bombones de esos puedo llevarme por la moneda?

—¿Por esta moneda? Lo siento, hijo, pocos, yo diría que a lo mejor uno o dos, depende de lo que pese cada uno.

—Pues póngame dos que sean pequeños.

—¿Estás seguro, niño? Podrías llevarte cuatro o cinco figuras de azúcar.

—Sí, prefiero los bombones, por favor.

—Muy bien, como quieras.

Dulces de azúcar podía hacer Remedios en casa, pero los bombones eran otra cosa. Sacó la caja del mostrador y buscó dos que fueran pequeños. Los colocó sobre el peso y, ladeando la cabeza de un lado a otro, dijo que aun así se pasaban un poco del peso, pero que no importaba.

—Gracias —dije.

Los envolvió en una cajita roja con un lazo dorado y me deseó feliz Navidad. Salí de la tienda metiendo la cajita en el bolsillo del abrigo y avancé por la calle.

—¡Oye! Espera.

Me di la vuelta. El dueño de la tienda de dulces venía tras de mí. Pensé

que habría cambiado de idea y que quería que le devolviese uno de los bombones, pero para mi sorpresa me ofreció una figurita de azúcar.

—Considéralo un regalo de Papá Noel.

Observé la figurita, la cogí y le sonreí.

—Muchas gracias, señor.

—No me las des. Venga, márchate a casa, que hace mucho frío.

Continué mi camino. Busqué la calle Contamina que cortaba con la calle Alfonso y me adentré en ella. Era una calle estrecha y serpenteante. En lugar de edificios altos, tenía casas de una o dos plantas. Viejas, muy viejas. Algunas de las casas parecían que habían sido pintadas hacía poco tiempo y aparentaban ser nuevas, pero la mayoría estaban tan viejas y mal cuidadas que parecía que nadie vivía allí, salvo por las luces que se veían en el interior.

Estaba a la altura del número 22, así que comencé a descender por la calle. Las casas eran prácticamente iguales. Tenían las paredes de cemento con la pintura desconchada. Las ventanas eran de madera medio carcomida y sin atisbo alguno de barniz. No había tiendas ni locales para abrir en esa calle, todo eran casas viejas que parecían estar olvidadas en la alargada sombra de la memoria de la ciudad. Mientras pasaba delante de una de las casas de dos plantas, noté como me caía algo a la cabeza. Polvo y tierra. Me hice a un lado y observé la ventana superior que estaba abierta.

—Disculpa —dijo una señora—, no te había visto.

—No se preocupe, me suele pasar —dije sin ganas. Me sacudí lo que me había caído encima y continué caminando calle abajo.

## 24

El número cuatro de la calle Contamina era un edificio de dos plantas, al final de la misma, con una casa de una planta a un lado. Por el otro hacía de esquina a la calle que cortaba. No había número dos. La casa, hacía años, debía haber sido bonita, aunque no dejaba de ser una casa de gente obrera y muy trabajadora para salir adelante en un mundo a quien nadie importaba un pobre de más o de menos. Tenía dos escalones que conducían a la puerta principal. Dos ventanas a cada lado y tres en la planta superior. En su día debió estar pintada de blanco o de un color muy claro que con el paso del tiempo había desaparecido. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto y el tejado parecía ligeramente hundido en la esquina de la derecha. Subí los dos escalones y llamé a la puerta con fuerza. Escuché una risa a mi espalda y me volví. Un hombre con cabello largo y gris, vestido con una especie de manta a modo de vestido y calzado con unas alpargatas viejas, apoyado en un bastón retorcido, me observaba.

—Puedes llamar cuanto quieras, porque, a no ser que los fantasmas sepan abrir puertas, no te abrirán.

Observé la casa durante un instante de nuevo.

—¿No hay nadie aquí?

—No, desde hace bastante tiempo.

—¿Cuánto? —pregunté.

—¿Cuánto llevas encima?

Al ver la cara que puse, procedió a explicarme.

—Si quieres información sobre esa casa, ya que parece que es lo que quieres, tendrás que darme algo a cambio.

Suspiré. Lo único que llevaba encima eran los bombones y la figurita de azúcar. Busqué la figurita en el bolsillo, me acerqué a él y se la tendí. Se la acercó a los ojos como si no pudiera verla bien.

—¿Esto es todo?

—Sí, señor, no tengo nada más.

Encogió los hombros y ladeó la cabeza.

—Bueno, menos da una piedra.

Silencio.

—Ahora cumpla usted su parte. ¿Qué puede contarme de esta casa?

Aquel hombre que vivía sumido en la suciedad y la necesidad se sorbió los mocos de la nariz y se los limpió con una esquina de la manta que le cubría el cuerpo.

—La casa está abandonada desde 1930, a la muerte de la señora de la casa. Aunque se quedó sin familia unos años antes de que muriera. Parece que un día cayó una maldición sobre la casa, porque después de uno fue el siguiente.

—No le entiendo.

—Pues es muy sencillo —dijo en un grito—. Primero encarcelan al loco, que válgame el cielo, estaría loco, pero no era malo. No, no y no. No era malo en absoluto. Tras ello, el hijo mayor les desaparece poco después. Y luego el padre aparece muerto. Puaf...

—¿El hijo mayor? ¿Había dos hijos? —pregunté sorprendido.

—Pues claro. El mayor, que se llamaba Cristóbal, andaba siempre correteando por la calle con los chiquillos de su edad y, además, sacaba buenas notas en la escuela, pero en cuanto tuvo edad para trabajar, su padre lo metió con él en la fábrica donde llevaba veinte años. Una pena desaprovecharlo de aquella manera. Un día desapareció. Tengo entendido que les dejó a sus padres una nota de despedida, porque quería morir. Seguramente por alguna tontería o por alguna mujer. Y nunca más se supo de él.

»Un amigo de Cristóbal vino aquí a hablar con sus padres para decirles que había muerto. En su casa, al parecer. Tenía dinero y una gran colección de armas. Se mató en casa de ese amigo y le dejó una nota donde le pidió que

se encargase de su entierro y que después, cuando estuviese todo solucionado, le contase a su madre que ya estaba enterrado para que no se preocupase de nada, que suficientes problemas le había dado la vida como para tener que ocuparse de enterrar a su hijo.

»Después estaba Juanito, el loco. Nació mal de la cabeza y solo babeaba y se balanceaba sobre sí mismo los primeros años de su vida. Después aprendió a decir alguna palabra, pero no mucho más. A su manera sabía comunicarse con el resto del mundo. Pobrecillo, no sé por qué acabaría encarcelado, pero seguro que él no fue. Un tiempo después el marido apareció ahogado en el río. A saber. Yo pensaba que después iba a caer ella, pero no. Elena, así se llamaba. Tardó unos años en reunirse con los suyos. Le dio un infarto y la encontraron dos vecinas tres días después, sentada en su butaca de siempre. Amigas de ella, decían. Tonterías: en cuanto se marcharon los de la funeraria con el cadáver se llevaron los pocos muebles que tenían, los que no tenían carcoma, claro, esos los dejaron. Las muy arpías. Mira que hacerse llamar «amigas».

Parecía que hablaba más con él que conmigo. Por un lado, había descubierto que el encerrado no era Cristóbal, sino un hermano suyo, que verdaderamente era enfermo mental. También descubrí que él estaba muerto y enterrado, igual que Selene. Aparte de eso, estaba como al principio.

—¿Puedo preguntarle cómo conoce tantos detalles?

Encogió los hombros.

—Soy vecino de esta calle desde que nací y era amigo de la familia Sanmartín, sobre todo de la madre. Cuando necesitaba ayuda en la casa y no estaba su marido, me la pedía a mí. Ella y mi señora, que en gloria esté, eran amigas, se llevaban bien y le contó todas esas cosas.

—Ha sido muy amable —reconocí.

—Encantado de haberle conocido, mi general.

Dicho esto, se marchó de allí. Pero yo no estaba dispuesto a irme sin más. Quería entrar en la casa. Estaba abandonada, podía intentar abrir alguna de las ventanas. Bordeé la casa y llegué a la parte trasera. Estaba tan absorto mirando ventanas por las que poder colarme que no vi hasta rato después que el muro del corral estaba caído y podía entrar cualquiera. Caminé sobre las

piedras y adobes caídos y entré en el pequeño corral. Medio estaba cubierto y el otro medio a la intemperie. Parecía que habían tenido gallinas. Llegué a la puerta por la que se accedía a la vivienda y la empujé. Estaba cerrada. Examiné la cerradura oxidada y busqué una piedra. No sé por qué me molesté en quitarle el barro. Golpeé la puerta con fuerza. Lentamente la madera se fue astillando y la cerradura comenzó a caerse a trozos por el óxido que la corroía. Unos veinte golpes después la puerta cedió y se abrió unos cuantos centímetros. Sentí un fuerte olor a humedad y polvo. Además de eso, solo había oscuridad. Empujé la puerta lentamente mientras chirriaba hasta que chocó con la pared. La escasa luz de la calle empezó a mostrar lo que parecía un cuarto pequeño con suelo de baldosas. Era una estancia pequeña, con una puerta que daba al resto de la casa. Allí había una percha y un pequeño banco. Se podía intuir que era el lugar donde se dejaban las ropas y los zapatos sucios después de haber estado en el corral alimentando a los animales o limpiando la pequeña cuadra que se veía.

Me dirigí a la otra puerta y la abrí sin dificultad. Pude intuir en la oscuridad un pasillo que recorría el piso inferior de la casa de punta a punta. A los lados, puertas. Una a la izquierda y dos a la derecha. La que más cerca me quedaba era una de las de la derecha. Caminé despacio por el pasillo, mientras sentía cómo las arañas no molestadas durante años huían de mí, de la poca luz que llegaba hasta allí y del aire limpio que había comenzado a entrar en la casa. Había telarañas por todas partes y a mitad del pasillo había una especialmente grande. Iba desde el techo hasta el suelo. Tenía varias capas y tres arañas negras como la mitad de mi puño sobre ellas, con patas largas y gruesas. Las arañas siempre me habían dado asco. Giré el pomo y abrí la puerta. Un respiradero en lo alto dejaba entrar luz en el cuarto de baño, tan lleno de arañas como el pasillo. Tenía un retrete amarillento por el paso del tiempo, una ducha desnuda de cortina y un lavabo al que le faltaba el grifo. Tiré de la cadena y comprobé, dándole unos cuantos tirones, que no había agua desde hacía tiempo. En lo que no había pensado era en que tal vez la cisterna en alto sirviera como madriguera a algún roedor, y así fue. Al tirar de la cadena, una enorme rata salió disparada, trepando, todavía no sé cómo, por las baldosas blancas y se escabulló por el respiradero, espantando a las

palomas que se guarecían en él mientras yo cerraba la puerta de golpe.

Respiré hondo tras el susto. Las otras dos puertas estaban tras la inmensa tela de araña. Salí al corral y busqué un palo largo con cierto grosor para deshacer aquella obra de ingeniería que les habría costado años tejer. Apenas tardé un minuto en eliminarla y en hacer desaparecer a sus tres guardianas techo arriba. Dejé el palo a un lado y continué caminando. La segunda puerta pintada de azul daba a una cocina alicatada. Por las marcas del suelo y la pared podía intuirse el lugar donde había estado el fuego de leña calentando la cocina y buena parte de la casa durante años. También se intuía dónde había estado la mesa. Pero, como había dicho aquel hombre, se habían llevado buena parte de los muebles. Clavado a media pared, había un pequeño armario que parecía estar a punto de caerse y que estaba torcido. Otro debía llevar caído en el suelo bastante tiempo.

Cerré la puerta y me dirigí a la última que quedaba en esa planta. La puerta parecía que se había quedado encajada en el marco y me costó dos patadas y unos cuantos empujones abrirla. La habitación estaba sumergida en la oscuridad, pero destilaban un par de líneas de luz procedentes de la calle por la parte baja de la ventana cerrada. Caminé por el interior de la estancia, tropezando con un par de muebles, y abrí la ventana con unos tirones. El aire limpio entró con fuerza arrastrando el olor a humedad y levantando finas capas de polvo. Me di la vuelta y observé. Una chimenea estrecha a mi lado, sin un solo adorno sobre ella. Se distinguían las marcas de algún cuadro o retrato familiar que había colgado sobre esta durante varios años, pero también se lo habían llevado. Una mesa baja de madera con algunos papeles y recortes de periódico sobre ella; una butaca de tela roja, sucia y con jirones. Había una pequeña lámpara que pendía del techo y se balanceaba suavemente de un lado a otro por el viento que entraba cada vez con más fuerza de la calle. En el techo había alguna telaraña, pero no tantas como en el pasillo. Parecía que aquel cuarto no gustaba ni a los insectos. En una esquina había una tela tirada con dibujos; parecía que había sido una cortina en algún momento.

Sentí un escalofrío y me apreté el abrigo todo lo que pude al cuerpo. Corrí la butaca unos centímetros hacia atrás y me senté con cuidado en el borde,

con miedo a que se rompiese por mi peso. No ocurrió. Me acomodé como pude y observé las hojas y recortes que había sobre la mesa de madera. Lo primero que cogí fue uno de los recortes de periódicos. En él se hablaba de la muerte de Rosa en casa de los Roncesvalles, pero no se daba ninguna información que me fuese desconocida. Lo dejé a un lado y cogí el siguiente. Hablaba del culpable del crimen y de su encarcelamiento. No acabarían con su vida porque era un joven deficiente mental y no era consciente de sus actos. Podía imaginar a Elena leyendo y releendo aquellas noticias perdidas en el tiempo día tras día. Dejé esta sobre la anterior y cogí la siguiente. En esta se relataba el hallazgo de un cuerpo flotando en el río. Lo habían encontrado un par de escolares que, escabulléndose de la escuela, habían decidido ir a pescar. Estaban con los pies metidos en el agua cuando de pronto vieron algo flotando entre las plantas acuáticas que crecían en las orillas. Al acercarse al bulto, vieron que se trataba de un cuerpo y corrieron a dar aviso a las autoridades. El cuerpo había estado dos días sumergido en agua; por ello, estaba hinchado y casi irreconocible.

Elena había denunciado la desaparición de su marido hacía dos noches y al ser la única persona que había denunciado la falta de una persona en el hogar, la llamaron a ella para identificar el cuerpo y, efectivamente, se trataba de Domingo, con la cara medio deformada, ojos blancos comidos por gusanos y lo que quedaba de sus labios de color azul. Leer el relato de la forma en la que había sido encontrado el cuerpo deformado me hizo comenzar a sudar. Dejé la noticia y vi que solo me quedaban por leer un par de folios escritos. Habían estado doblados. Cogí uno de los dos y le di la vuelta. El primer folio era una carta para la que no habían usado sobre, simplemente la habían doblado y escrito la dirección. El destinatario era Cristóbal, y el domicilio, la calle donde me encontraba. El remitente era Selene.

Cristóbal:

Te escribo estas líneas para decirte que tras una charla con mi padre he comprendido su interés en mi boda con Pascual Campillo y sé que las intenciones

de ambos para conmigo son las mejores que alguien pudiera desear para sí. Tengo que estar agradecida de que dos personas me quieran tanto y se preocupen tanto por mí como lo hacen ellos dos. Por otro lado, estoy empezando a ser consciente de la locura que sería pasar el resto de mi vida contigo. No sé cómo en algún momento pude creerme tus palabras y que me querías. Ahora lo veo todo claro y sé que lo que hemos tenido no ha sido más que un estúpido engaño y que nada era real, que tus palabras eran una gran mentira para engatusarme y así asegurarte de un modo u otro parte de la herencia que me corresponde del negocio que a mi padre tanto trabajo le cuesta mantener. Solo me arrepiento de haber sido una estúpida y haberme dejado engatusar por tus mentiras y ridículos planes para los dos. Te escribo para decirte que ahora veo las cosas claras y pedirte que me dejes tranquila. Voy a casarme con Pascual Campillo dentro de unos meses y entonces seré una mujer feliz con un buen marido que me asegure una vida tranquila y sin que me falte de nada. Espero que comprendas mis palabras y respetes mi decisión.

Te deseo suerte.

Selene  
Diciembre de 1925

Leí aquella carta un par de veces más. La carta que Cristóbal le había escrito a Selene y que tenía en mi posesión desde hacía unas horas hablaba de planes para estar los dos juntos y, especialmente, evitar la boda de Selene con Campillo. Pero la carta escrita por Selene deshacía todos aquellos planes, afirmando que no se casaría con él. Poco después ella moría sin llegar a celebrarse la boda. No podía ser casualidad.

¿Fue por esa carta por la que Cristóbal decidió suicidarse, según la versión del hombre que me había contado la historia en la calle? Todo aquello era demasiado novelesco y demasiado romántico. Tal vez hubiese algo más. Cogí el siguiente folio.

Madre:

Siento escribirte estas líneas para anunciarte que ya no quiero seguir en este mundo. Cuando la vida es tan difícil como la que nos ha tocado vivir a nosotros, no creo que merezca la pena vivirla. Ahora solo pienso en descansar y estar tranquilo. Vivir ahora es estar en el centro de una pesadilla, y más sabiendo que ella ha muerto tal

como su padre me ha dicho. No quería creerle, pero me ha mostrado su tumba. Gracias por todo tu trabajo y tus cuidados, madre, siempre te querré.

Cristóbal

Suspiré. La historia entre Selene y Cristóbal, su inminente fuga y su cambio de idea en el último momento, la boda con Campillo y su muerte me tenían intrigado, pero aquello no me servía de nada para descubrir la verdad sobre la muerte de Rosa. ¿Quién había sido realmente? ¿Qué fue lo que esa doncella le contó, y por qué culpar del asesinato al hermano menor de Cristóbal? ¿Qué relación tenían las dos cosas? Me metí todas aquellas noticias y cartas en el bolsillo del abrigo y salí de allí cerrando la ventana. Seguí caminando recto por el pasillo hasta la puerta de entrada. A mi izquierda descubrí unas estrechas escaleras que daban al piso superior. Eran de hierro y parecían llevar cien años petrificadas. Me agarré a la barandilla y apoyé el pie en el primer escalón. Al ver que se mantenía en pie, puse el otro y salté suavemente. Parecían fuertes. Subí lentamente al piso superior. Todo estaba a oscuras también allí arriba. Avancé un par de pasos hasta chocar con una pared y la seguí un par de metros palpándola con las manos hasta dar con un pomo. Lo giré y se abrió.

Aquel lugar no olía a nada en especial y estaba muy frío. Abrí la puerta y, al fondo, distinguí una línea de luz. Fui hacia ella y abrí la ventana. Estaba en un dormitorio. O más bien, sus restos. No había armarios ni mesita de noche, solo una silla coja y un somier destrozado tirado en el suelo. En un rincón encontré lo que me parecieron unas hojas dibujadas y me acerqué a ellas. Había tres o cuatro hojas de cuartilla con las líneas marcadas para escribir pintadas de rojo con lo que parecían animales de granja. No sé por qué pensé que aquella debía de ser la habitación de Juanito.

Salí de allí y recorrí las otras habitaciones. Tras dos dormitorios igual que el primero, entré en lo que debía de haber sido un trastero, sin encontrar nada que me resultase de interés. Decidí que ya era hora de regresar a Correos, pues, sin darme cuenta, me había entretenido cerca de dos horas en la casa. Regresé sobre mis pasos y cerré las ventanas del piso superior que había ido

dejando abiertas para no andar tropezando. Bajé las escaleras y me dirigí a la parte trasera de la casa por el pasillo. Cerré la puerta como pude después de haber destrozado la cerradura y salí al corral. El aire frío cortaba la cara y hacía todavía más frío que cuando había entrado en la casa. Fue entonces, atravesando las piedras caídas del corral de la casa, cuando escuché un pitido enorme sin saber de dónde provenía. Tras unos segundos y ver cómo algunas persianas de los edificios altos de otras calles se caían de golpe para encerrarse en casa, comprendí que se trataba del bombardeo del que me había advertido Ramón. Regresé a la casa tan deprisa como pude, justo a tiempo de escuchar los primeros aviones sobre la ciudad. Dejé la puerta cerrada sujetándola con una piedra y fui directamente al salón. Allí me quedé en un rincón de la habitación, cubierto con la cortina. La alarma sonaba sin cesar. Se escuchaban gritos en la calle y la explosión de alguna bomba lejana. Mientras esperaba a que todo aquello pasara, no pude evitar pensar en mi madre. No pude calcular cuánto rato estuvieron sonando las alarmas, pero sí recuerdo que la campana de alguna iglesia cercana había dado las siete. No sabía si después del bombardeo el toque de queda ya había dejado de estar vigente, pero no me fie de salir a la calle y pensé que sería mejor pasar la noche allí. El hambre no tardó en aparecer y, poco a poco, se convirtió en retortijones de estómago. Estuve tentado de comerme los bombones, pero eran para Remedios y Justo y poco podrían calmar el hambre que tenía. Ya comería al día siguiente, cuando regresara a casa de Justo.

## 25

París, 25 de noviembre de 1940

—Creo que por hoy es suficiente, Eric.

—Claro —respondió—. Yo también pienso que para un solo día ya has recordado suficientes cosas. Además, ¿no es hoy la actuación de Laure como Coppelia? Tendrás que arreglarte.

—Sí, es cierto. Ah, mañana tengo que ir con mi tío a las caballerizas. Regresaré pasado mañana.

—No, ven mañana, yo mismo te haré una nota como que vas muy retrasado para el siguiente examen de francés. Dásela y listo.

—Bien. No me gusta engañarle, pero bien.

—No es más que algo insignificante. No pasa nada. Y no quiero perder el hilo de tu historia.

—Hasta mañana, pues. Traeré magdalenas a cambio del café.

—No hace falta...

Antes de que acabase la frase había salido por la puerta. Quería llevarle una cesta de magdalenas que hacía una de las doncellas que estaban de muerte, en parte porque me apetecía, en parte, a modo de agradecimiento por haberme hecho hablar de Zaragoza.

Me sentía bien mientras se lo contaba. Era como quitarme un peso de encima en cierto modo. Durante mucho tiempo había estado pensando que me había portado verdaderamente mal al meterme donde nadie me llamaba y colándome en una casa que no era la mía, a pesar de que estaba abandonada. Pero ahora, al contarlo en voz alta, no me parecía tan malo. Ascendí de la boca del metro en dirección a mi casa. En la fachada principal del Palais

Garnier habían desplegado unos grandes carteles con la actuación de la noche, y en la entrada, al lado de la puerta, había un inmenso cartel con el rostro de Laure. Estaba preciosa.

Sonreí como un tonto al verla y crucé la calle al mismo tiempo que Odette llegaba a casa y se despedía de una de sus odiosas amigas hechas a su imagen y semejanza. Cuando me vio acercarme a casa, se quedó mirándome con cara larga y después frunció el ceño.

—¿No me dirás que vienes en el metro?

—*Oui, mademoiselle*. ¿Cuál es el problema?

Sopló.

—Que en el metro se monta cualquiera. Puedes coger enfermedades.

—Claro —dije avanzando hacia el interior del jardín—, porque ese atajo de babosos con los que te metes en la cama no van a pegarte nada.

Exclamó con voz muda y se me quedó mirando con la cara descompuesta.

—Yo no me voy por ahí con nadie.

—Ya. ¿Te crees que soy tonto o qué? Te vi hace un par de semanas con Frédéric en el parque cogidos de la mano y después sentados en el banco. ¿Le gustó lo que habías comido? Porque te metió la lengua hasta el estómago.

—¡Eres un guarro! —dijo dándome con el pequeño bolso brillante que llevaba.

—¿Yo? Y ¿qué me dices de Antoine? ¿Eh? ¿No me vas a negar que estuviste con él en el hotel de aquí al lado? Porque hace dos meses te vi entrar con él.

Estaba roja de rabia y me dio la sensación de que la cabeza le iba a explotar.

—Al menos yo les gusto a los chicos, no como tú, soltero empedernido. Podrías estar con Laure y no le haces el menor caso; al final te dejará por otro. Eres estúpido.

—Pero no porto enfermedades —añadí.

—Y yo tampoco, por mucho que te empeñes en gritar lo contrario.

—Por favor, ni *Rufus* se acerca a ti ya. Te lo huele. —No pude evitar reírme yo solo.

—Pues tú sigue como hasta ahora, porque *Rufus* será el único que quiera

acercarse a ti en un tiempo. Todo el día fantaseando con escribir libros. Ja. Aquí lo tenemos —comenzó extendiendo los brazos—: el gran gran gran Esteban Antón, escritor reconocido en los cuatro continentes y famoso en todo el mundo.

—Cinco, Odette, los continentes son cinco. Y si lo supieras, a lo mejor no tendrías que abrirte de piernas para conseguir un marido, como tu madre.

Aquella fue la gota que colmó el vaso para ella.

—¡Madreeeeeeeeeeee! —entró gritando.

La sujeté del brazo.

—Puedes decir lo que quieras, lo negaré.

Subí las escaleras escuchando sus habituales gritos y me dispuse a cambiarme. Comencé a desnudarme tras la mampara al lado del armario y me puse un traje que no había estrenado. Llamaron a la puerta.

—Me estoy vistiendo —dije.

Mi tío Eduardo abrió la puerta.

—No te preocupes, soy yo, y tengo lo mismo que tú, no me voy a asustar.

Le reí la broma sin mucha gana. Se sentó sobre la cama.

—Hijo, escucha, sobre Beatrix...

—Yo no he dicho nada —dije rápidamente—. Es cosa de Odette.

—No, solo quería decirte que no le digas nada a Luke, es todavía algo pequeño para que entienda estas cosas.

Me quedé en silencio.

—Verás, llega un momento en la vida de todo hombre que, bueno, te cansas de estar solo y buscas a alguna señorita o señora para que te haga compañía. No sé si me explico.

Me acerqué a él con la ropa nueva puesta y me senté a su lado.

—¿Me estás diciendo que es cierto? No pretendo juzgarte, solo quiero saberlo.

—Sí, es cierto. Sé que eres muy comprensivo, te lo agradezco y te agradezco también que hagas como que no te das cuenta. Respecto a Odette, me alegro de que la aguantes, sé que es una chica muy infantil y no es fácil de llevar. Al menos para ti y para Luke. Pero estoy seguro de que con el tiempo os acabaréis llevando bien. No creo que en el fondo sea mala chica en

absoluto.

—Pues se esfuerza mucho y bien en parecerlo.

Río.

—Entonces ¿todo aclarado?

—Sí, tío Eduardo.

—Bien.

Se puso en pie y se encaminó a la puerta.

—Por cierto, tengo un justificante de Eric. Mañana tengo que ir todo el día a la escuela de francés; tenemos un examen pronto para ver si pasamos a otro nivel del idioma y voy atrasado.

Me miró alzando una ceja.

—Tengo el justificante, ten —dijo ofreciéndoselo.

—No, da igual. Cuando os apetezca ya me diréis lo que os traéis entre manos, pero un examen no es.

Salió sin decir más, justo cuando Luke entraba por la puerta. Se me quedó mirando haciendo muecas.

—No me gusta cómo te queda. Te hace más bajo y más ancho.

—¿Cuánto tiempo pasas con Odette?

—El menos posible. ¿Por qué?

—Porque empiezas a hablar como ella.

—¿Sí? —preguntó asustado—. Entonces dejaré de darle los buenos días, que es lo único que le digo.

Me sentí estúpido dejando que la opinión de mi primo pequeño me influyera, pero no me apetecía parecer ni más bajo ni más ancho, me cambié de traje y me puse el que llevé la última vez que había ido al *ballet* hacía poco.

Salimos todos juntos de casa y cruzamos la calle para llegar a la entrada.

—¿Solo tienes ese traje? Ya lo has llevado —dijo Odette.

—¿Solo tienes esa cara? La tengo muy vista —respondió Luke por mí.

—Por favor, no empecéis, por Dios, no se puede ir con vosotros a ningún sitio —dijo Beatrix.

—No te preocupes por ellos, son niños.

—No son tan niños, y ese sobrino tuyo es un poco mal educado.

Frené en seco.

—¿Yo? ¿Y la zorra de tu hija?

Me salió de golpe, sin pensar. Beatrix lanzó un sonido de incredulidad al aire mientras abría los ojos como platos y un grupo de señoras con moños, lazos, joyas y pieles a nuestro lado se quedaban calladas mirándome con desaprobación.

—¿Y ustedes qué miran? ¡Venga a lo suyo! —dije dando dos palmadas como quien quiere recoger al ganado.

—Oye, que no estamos en España. Allí a lo mejor se les habla así a las personas —dijo Odette—, pero aquí tenemos elegancia y educación.

—Sí, sobre todo tú, señorita sabelotodo.

Entramos. Nos saludaron los acomodadores y nos sentaron en nuestros sitios. Uno de los acomodadores se acercó a mí y me susurró al oído mientras me daba una nota.

—Es de la señorita Laure. Me ha pedido que te la entregue.

—Gracias.

Abrí el pequeño papelito arrancado con prisas de un pedazo más grande. Me pedía que me reuniese con ella a la salida de la ópera, cuando todos se fueran.

—¿Qué es eso que te ha dado? —preguntó Odette.

—Nada que te importe.

Se abalanzó sobre mí para quitarme el papel de las manos y sin pensarlo dos veces la empujé hacia delante haciendo que cayera al suelo. Luke comenzó a reírse.

—Eres idiota —dijo Odette.

—Ya somos dos.

Luke volvió a reírse y Odette le lanzó una mirada fulminante.

—Lo dice por ti, por si no te has dado cuenta.

Luke volvió a mirarme. Le guiñé el ojo.

—Exacto, somos el club de los idiotas.

—¡Eso! ¡Y tú no puedes entrar, por lista! —remató Luke.

Se sentó a mi lado y poco después el *ballet* comenzó. A mí no me gustaba el *ballet*, a pesar de que Laure estaba espectacular vestida como una

muñequita. Mientras la música sonaba, yo estaba otra vez en Zaragoza y pensando en Eric y en qué pensaría de mí con todo lo que estaba contando. Yo me sentía bien, pero me daba miedo que pensara que era o un pobre chico que había pedido limosna o un jeta y un caradura.

Tras la actuación estallamos en aplausos y cuando Laure salió a saludar le lanzaron flores y llenaron el suelo con un manto de rosas. Había sido grandioso, y yo me lo había perdido incluso estando allí. Aplaudí como todos y, cuando el telón se cerró por fin, bajamos hasta el salón de fiestas reservado para los familiares de las bailarinas y amigos. Laure se había puesto uno de los vestidos que le regalaba el teatro para las fiestas tras las actuaciones más importantes y nuevas representaciones. Se me acercó.

—¿Has recibido la nota?

—Sí.

—Allí te espero, quiero preguntarte una cosa.

—Bien.

Estuvimos un largo rato charlando con los amigos y conocidos de mi tío. Nicolás había venido también y pasó un rato con nosotros antes de retirarse con su esposa a casa. Al salir del Palais Garnier les dije que me apetecía disfrutar de un paseo tranquilo por los alrededores.

—Bien, pero no tardes demasiado, mañana tienes que prepararte para un examen —dijo mi tío alzando las cejas.

Le sonreí y me quedé a esperar a Laure. No tardó en salir. Se había enfundado un abrigo, un gorro y unos guantes.

—¿Paseamos?

—Sí.

Caminamos en demasiado silencio hasta un parque cercano y nos adentramos por los senderos que nos llevaron a una laguna. La luna se reflejaba débilmente sobre el agua y algunos patos se acercaron a nosotros en busca de alguna migaja de pan.

—¿Qué querías preguntarme?

—Bueno —comenzó—. Nos lo pasamos bien los dos juntos. Y me ha gustado comer hoy contigo.

—A mí también —dije.

—Pues por eso mismo —dijo poniéndose roja—, me gustaría saber, si a ti, en fin... Si te gustaría que quedáramos más a menudo.

—Claro —dije como un zoquete—, podemos comer mañana otra vez si te apetece.

Vi la desilusión en su cara.

—Me refiero a vernos como algo más que dos amigos. Si quieres.

Me quedé pensativo, como si me hubiesen tirado una jarra de agua helada encima. Y no sé por qué, porque mi respuesta, aunque no supe verla, era sí.

—No hace falta que respondas, me lo imagino con la cara que has puesto. No he debido decírtelo.

—No, no es eso. A mí también me gustaría. Me gustaría mucho. Pero es que tengo otras cosas en la cabeza ahora mismo y no sé...

—¿Otras cosas u otra chica?

La miré fijamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Se llama Cora, pero no te preocupes por ella, no se trata de eso.

Se levantó y comenzó a caminar rápidamente para alejarse de mí. La alcancé y la sostuve por el brazo.

—No te he dicho que no.

—Tampoco has dicho que sí. ¿Quién es esa Cora?

—Era una amiga de Zaragoza. Nada más.

Contuvo un momento el aliento.

—Ah, claro. Zaragoza. Cómo no.

—Cómo no, ¿qué? Soy de Zaragoza. He crecido allí y tengo una buena parte de mi vida allí.

—Pero ahora estás aquí, con nosotros —gritó.

—No puedes pedirme que me olvide de todo sin más.

—Es que no es eso lo que te estoy pidiendo —dijo derrotada—. Pero si quieres agarrarte a esa excusa, adelante, yo no pienso impedirte nada.

—¿Qué excusa? ¿De qué estás hablando?

—De nada, no importa. Será mejor que me marche o cerrarán la puerta de la residencia de bailarinas.

—Te acompaño.

—No. Puedo ir sola. Tú puedes quedarte en la Zaragoza de tu cabeza.

Me quedé a solas en el parque, con los patos mirándome y yo mirándolos a ellos. En realidad, tenía razón. Yo seguía atascado en Zaragoza.

Llegué a mi casa. Todo estaba a oscuras, estaban durmiendo. Me quité el traje y me metí en la cama. Solo me apetecía olvidarme de todo y volver a estar bien con Laure.

Llegué a la editorial temprano y con una cesta de magdalenas que acabé comprando en una panadería de camino a la editorial.

—¿Y esto? No hacía falta.

—Porque sí.

—Uy, menudo genio tenemos hoy. ¿Pasa algo?

—Sí —dije sin poder quitarme a Laure de la cabeza—. Que pertenezco al club de los idiotas y me di cuenta anoche.

—Ah, bueno, todos pertenecemos a ese club en un momento u otro. ¿Qué ha pasado?

—Que quedé como un estúpido delante de Laure. Me dijo que quería estar conmigo y yo le empiezo a hablar de Cora.

—Uh, mal asunto. ¿Cómo se te ocurre?

—Ya te lo he dicho, soy idiota.

Preparó dos tazas de café y nos acomodamos en los asientos.

—¿Listo? Te quedaste cuando te colaste en la casa de los Sanmartín.

## 26

### Zaragoza

Desperté con el cantar de un gallo cuando todavía no había salido el sol. Estaba entumecido, me dolía todo el cuerpo y también la cabeza. Eché la cortina con la que me había cubierto a un lado y me puse en pie apoyándome en la pared. Abrí una ventana lentamente y asomé la cabeza con cuidado, sin estar seguro de lo que iba a ver. El sol comenzaba a iluminar levemente una mañana despejada libre de bombas y alarmas. Vi un gato recorriendo el tejado de la casa vecina y después escabullirse por una esquina. Salía vaho de mi nariz cada vez que respiraba, hacía mucho frío. Dejé la habitación y atravesé el pasillo. Retiré la piedra de una patada para salir al corral. Los charcos que había esparcidos por el suelo estaban congelados. Caminé despacio por miedo a resbalarme mientras me apretaba bien el abrigo y metía las manos en los bolsillos. Una vez estuve en la calle, vi que no había nadie más que yo merodeando por allí.

De alguna chimenea podía verse un leve hilo de humo escapándose hacia el cielo. Cuando el gallo decidió que era hora de callarse, fui consciente de que parecía que la ciudad entera estaba desierta. No se escuchaba nada. Ni pasos, ni animales abandonados buscando comida entre los desechos que se acumulaban en los contenedores de las calles, ni los pocos automóviles que se veían por la ciudad, nada. Miré al cielo y vi que se veía un pequeño halo de luna tras las nubes débiles que intentaban cubrirla sin conseguirlo del todo. Me encaminé hacia la casa de Justo por unas calles estrechas por las que pretendía acortar el camino y en las que encontré mendigos sucios durmiendo en portales entre orines y excrementos. Aceleré el paso por aquellas calles

hasta salir a una principal girando a la izquierda, donde me detuve en seco al encontrarme con una pila de cadáveres colocados junto a la pared. Ni siquiera soy capaz de recordar si eran hombres, mujeres o niños. Solo recuerdo sus mandíbulas y ojos abiertos con hilos de sangre congelada por el frío sobre su piel y un gran charco bajo ellos en el suelo. Di un paso atrás y, rodeándolos, continué mi camino sin atreverme a levantar la vista del suelo. Caminaba cada vez más rápido hasta casa sin darme cuenta del frío que se me había metido dentro del cuerpo y sin detenerme a escuchar si había alguien a mi alrededor. Solo podía pensar en llegar a casa.

Resbalé un par de veces por culpa del hielo y me di dos buenas culadas contra el suelo, de las que me costó levantarme. Cuando entré por fin en la calle de Justo, aceleré el paso todavía más y en apenas un minuto de carrera llegué a la entrada. Llamé a la puerta con puños y patadas. No sé cuánto tiempo estuve llamando pegando golpes, con los que conseguí que mis manos heladas comenzasen a sangrar hasta que Justo me abrió la puerta y entré corriendo. Al fin estaba a salvo. Se estaba caliente en casa, pero estaba todo a oscuras.

Justo se acercó a mí y me sostuvo las manos que chorreaban sangre. Tenía aspecto de no haber dormido nada durante aquella noche, llevaba la ropa arrugada y el cabello enredado.

—¡Remedios, deprisa! —llamó—. Es Esteban. ¿Has pasado la noche en Correos con Ramón? —preguntó.

No quería mentirle, pero tampoco decirle donde había estado.

—No. Había salido a comprar algo y me pude meter en una casa abandonada.

Asintió lentamente y Remedios apareció desde las escaleras que conducían al sótano.

—Hijo mío —dijo acercándose rápidamente a nosotros y a punto de llorar—. Menos mal que estás bien y no te ha pasado nada. Qué horror de noche, qué miedo —dijo sollozando.

—Hay que curarle las manos y vendárselas. Vamos al salón, no creo que haya ya peligro. Intentaremos sintonizar la radio.

—Voy al baño a coger el botiquín —añadió Remedios saliendo al trote.

Entramos en el salón. Las cortinas estaban echadas. Justo me sentó en su sillón, encendió la luz y vino a mi lado de nuevo.

—¿Te encuentras bien, Esteban? Aparte de las heridas de las manos.

—Sí, me las he hecho llamando a la puerta, las tenía ya medio agrietadas del frío.

Remedios regresó y sentándose en el suelo comenzó a curarme.

—Deberías encender la chimenea, se está quedando todo frío.

Yo me encontraba bien dentro de la casa, seguramente por el frío que tenía metido dentro. Me sentía el personaje de un libro de terror. Y también me sentía hambriento y débil.

Quería meterme en la cama y no volver a salir hasta que todo hubiese acabado, hasta que la guerra, que unos decían iba a acabar en cualquier momento y otros que sería larga, se hubiese acabado.

Remedios abrió la caja de madera y comenzó a sacar gasas, alcohol, vendas y unas pequeñas tijeras mientras Justo se ocupaba de encender la chimenea, que no tardó en arder.

—Voy a traer algo de la cocina para que desayunemos; quedaos aquí, ahora mismo regreso.

Mientras me quedé a solas con Remedios sentí el impulso de contarle dónde había estado, por qué, y decirle lo que había descubierto, aunque no veía la forma de relacionarlo con Rosa, pero no me dio tiempo a seguir pensando si se lo decía o no.

—Señorito, qué miedo hemos pasado esta noche y durante todo el día. Justo estaba trabajando y regresó a casa por unos papeles que se había dejado en su despacho. Menos mal que no le pilló el bombardeo en la calle. Cuando los aviones dejaron de escucharse, queríamos ir a buscarte a la oficina de Correos, pero pensamos que era más seguro para todos que nos quedásemos en casa a esperar que todo acabase.

Cuando Remedios terminó de anudar la segunda venda, Justo regresó con una bandeja con café, leche y galletas. La dejó sobre la mesa y me puse en pie para sentarme. Entonces fue cuando se me cayó la cajita de los bombones, que ya no recordaba, del bolsillo.

La caja estaba algo escachada por una esquina. La cogí. Ambos me

observaban y la dejé sobre la mesa. Me senté.

—Es para vosotros. Por eso había salido de Correos, para compraros esto. Sé que no es nada comparado con lo que estáis haciendo por mí, pero es lo mínimo.

Ambos se miraron y sonrieron.

—Muchas gracias, Esteban, de verdad.

Se ofrecieron a que yo me comiese uno y partir el otro en dos para ellos, pero me negué rotundamente. Los había comprado uno para cada uno. Se tomaron en último lugar, mientras a mí, ya con el estómago lleno, comenzaban a cerrárseme los ojos, sentado en la silla.

—Anda, Esteban, vete a dormir un rato, hoy no hace falta que vayas a Correos. Yo tengo que salir a trabajar ahora, puedo pasarme por allí, a ver si están todos bien y si el edificio no ha sufrido daños. Le diré a Ramón que hoy te quedas en casa. Yo seguramente llegaré tarde. Mucho me temo que hoy tendremos un largo día de identificación de cadáveres.

—Yo le llevaré a la cama, Justo —dijo Remedios mientras este se ponía ya en pie—. Pero tú quédate aquí un par de minutos mientras le abro la cama y te preparo un bocadillo para que comas algo.

—Puedo hacerlo yo mientras tú le acuestas, no te preocupes.

Remedios asintió y Justo se dirigió a la cocina. Tras unos segundos mirando al vacío, Remedios alargó la mano para que se la cogiese y subimos a mi dormitorio. No veía el momento de quedarme entre las mantas.

Remedios fue directa a encender la chimenea. Yo retiré las sábanas y me metí dentro. Remedios se acercó a mí, me arropó y me dio un beso en la mejilla.

—Descansa.

Apenas tardé en quedarme dormido.

Soñé en negro, sin ver nada, pero escuchando los sonidos de los aviones y los estruendos de las bombas cayendo. Me desperté mareado, con el estómago revuelto y dolor de cabeza. Miré el reloj de la mesita y vi que apenas habían pasado tres horas desde que me había metido en la cama.

Retiré las mantas y las sábanas. Me calcé las zapatillas. Salí de la habitación y fui directamente al baño a vomitar. Tras estar diez minutos

pegado al inodoro, me levanté lentamente y me lavé la cara con agua fría. Me sentía mejor.

Aguanté un par de minutos apoyándome en el lavabo de marfil y regresé a mi cuarto. Allí me puse un jersey gordo y el abrigo. Bajé las escaleras y escuché a Remedios en el salón. La encontré limpiando con un paño una cubertería de plata que estaba negra y dejaba reluciente.

—Ah, ¿ya estás despierto?

—Sí —respondí quedándome en la puerta.

—Hacía años que quería limpiar esta cubertería, pero siempre lo iba dejando para ocuparme de otros menesteres más urgentes. Como hoy no hay nada más que hacer...

Guardé silencio unos instantes y después le dije que quería salir a ver si mis amigos se encontraban bien.

—De acuerdo —dijo tras una pausa—. Pero ten mucho cuidado y ve por calles principales, no te metas por callejones.

—Vale, hasta luego.

—Adiós.

Salí de la casa. El aire helado de aquel mes de diciembre que parecía echado a perder me refrescó y terminó por quitarme el mareo y el revoltijo de estómago del todo. Había gente por las calles que iba corriendo de un lado a otro.

Vi a grupos de personas, seguramente familias, que, aprovechando la ausencia de los dueños de las grandes casas que habían podido escaparse de las bombas y disparos para acomodarse en otros países, mientras se decidía a acabar aquella guerra que yo no entendía y que nadie me explicaba, se colaban en las casas cuando ya no tenían con qué subsistir y robaban muebles, cuadros, cortinas, arrancaban la moqueta del suelo y hasta los somieres de las camas para pasar de una forma u otra el invierno.

Llegué al recinto del colegio tras una caminata que se me hizo demasiado larga para ver que todas las luces estaban apagadas y que la verja delantera, normalmente cerrada, estaba entornada. La empujé con el pie hacia el interior y entré sin dejar de observar el edificio.

Olí el humo de la estufa de la cabaña donde vivían Andrés y sus padres.

Me dirigí rápidamente hacia las escaleras y subí. Caminé por la terraza hasta la puerta principal y llamé. Poco después escuché unos pasos pesados llegar hasta la puerta. Era el padre de Andrés.

—Hola, Esteban —dijo mostrando una sonrisa discreta—. Me alegro de verte. Anda, entra, que hace mucho frío.

—Gracias.

Cerró la puerta y nos encaminamos a la salita de estar. Allí encontré a Andrés tumbado sobre la alfombra al lado de la estufa, leyendo uno de los libros de texto que reconocí al instante, ya que era el que llevábamos para las clases. Su madre estaba sentada en una mecedora, tejiendo algo.

—Hola, Esteban, me alegro de verte —saludó esta.

—Buenos días, señora; yo también me alegro de verla a usted. Solo he pasado a ver cómo estaban, por lo de ayer...

Andrés se había incorporado del suelo y se estaba sacudiendo la ropa.

—Bueno, aquí por suerte no ocurrió nada. Nos resguardamos en el sótano del colegio —dijo su padre.

—Ven, vámonos a mi cuarto —dijo Andrés saliendo por la puerta.

Le seguí. Cerré la puerta de la habitación y nos sentamos sobre la cama pegada a la ventana.

—Han cerrado el colegio, al final lo han hecho —dijo con algo de pena—. Pero bueno, a mi padre le mantienen el trabajo para que arregle los desperfectos, ya que se supone que algún día lo volverán a abrir, y mi madre ahora se encarga de limpiarlo, en lugar de las cocinas. Hemos tenido suerte, al resto los han echado a todos. Al menos nosotros podemos seguir viviendo aquí.

—Algo es algo —dije.

—¿Y tú qué tal vas?

Encogí los hombros.

—Bien, estoy trabajando en Correos. No está mal, la verdad. Es entretenido, aunque el hombre que está encima de mí es un poco pesado.

Asintió y se quedó mirando por la ventana, triste.

—Al final ¿fuiste a ver a Cora?

—Sí, pero casi no pude hablar con ella. Está trabajando en una pescadería

y creo que no la tratan muy bien.

—¿Y cómo quieres que la traten? Es pequeña, como tú y como yo. Se aprovecharán de ella todo lo que quieran. Pobrecilla. Al menos tú y yo tenemos algo más de suerte.

Asentí sabiendo que era verdad y que no podía ayudarla.

—Quiero ir a verla, a ver si están bien ella y su madre. ¿Te apetece venir conmigo?

—Sí, yo también quería ir.

Me pregunté si también hubiera ido a comprobar si yo me encontraba bien, como yo había hecho con él y él llevaba intención de hacer con Cora, pero preferí no darle importancia y salimos de su casa después de que su madre le atase una bufanda al cuello sobre el abrigo de lana anaranjada, que ella misma le había hecho, y le calzase unas botas de agua que le estaban grandes, por si acaso llovía.

Salimos de la casa y nos pusimos en marcha en dirección a la pescadería, pues si todo iba bien, Cora estaría allí. Apenas hablamos durante el trayecto. Era incómodo. Atravesamos calles y vimos algún que otro edificio destrozado por alguna de las bombas que habían caído el día anterior, en los que alguien ya había entrado para llevarse lo que pudiera.

El mercado estaba igual que la vez anterior que lo visité: atestado de gente y de productos que se anunciaban de primera y al mejor precio en cada puesto. Andrés, que iba un par de pasos por delante de mí, sabía perfectamente adónde dirigirse. Sabía perfectamente dónde trabajaba Cora y seguramente ya lo sabía el día que fui a verle. Lo que no entendía era por qué no me había dicho nada y por qué se mostraba tan reacio conmigo. Parecía que mi presencia le incomodaba. Llegamos al puesto y vimos a Cora entregando un paquete a un niño de unos diez años que se marchó de allí tras cogerlo. Sentí un gran alivio al ver que se encontraba bien. Había un hombre en el puesto que no reconocí, con la cara más amigable. Cora, al vernos, o más bien, al ver a Andrés, pidió permiso para tomarse su descanso y salió del puesto. La vi sonreír al dirigirse a nosotros y le devolví el gesto para darme cuenta, segundos después, de que la sonrisa no iba para los dos, sino solo para Andrés.

Se abrazaron y después se dieron un tímido beso en los labios. Fue entonces cuando me di cuenta de que sentía algo más por Cora que una simple amistad. En ese momento sentí que me clavaban algo en la espalda. ¿Cuánto tiempo llevarían juntos? ¿Por qué no me lo habían dicho?

Ambos me dirigieron una mirada en la que no pude descifrar si me observaban con lástima o si les molestaba que estuviese presente. Decidí que fuera cual fuese el motivo, allí sobraba y me dispuse a marcharme.

Cuando había avanzado unos cuantos pasos, sentí que apoyaban un brazo sobre mi hombro. Al darme la vuelta comprobé que era Andrés.

—No te enfades.

Respiré hondo.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? ¿Por qué lo habéis estado ocultando? Se suponía que éramos amigos, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Creo que ya no tenemos edad de tener amigos, Esteban, sino conocidos, sin más. Además, estamos en medio de una guerra. No estamos para tonterías.

Bufé.

—¿Tonterías? Tonterías es lo que estás diciendo tú. Si queréis que os deje en paz, me lo decís sin más y no volveré a molestaros.

Cora observaba todo a unos metros y me observaba con pena en los ojos.

—Si no te hemos dicho nada es porque los dos sabemos que quieres a Cora, que estás enamorado de ella.

Reí. Pero en el fondo era verdad, lo acababa de descubrir y resultaba que ellos habían sido conscientes antes que yo.

—Tonterías. Parece que se os da bien pensar idioteces y decirlas. Siempre ha sido mi amiga, igual que tú. ¿Qué? ¿También estoy enamorado de ti? — dije cada vez más enfadado.

—Ya se te pasará el enfado.

Me irritaba que se mostrase tan tranquilo y comprensivo. Me molestaba. No tenía que hablarme de aquella manera, y yo no tenía que aguantarlo. Ni a él ni a ella. Me había portado bien con ellos durante todos los años en el colegio, y ellos conmigo. No entendía el porqué de aquella situación.

—¡Vete a la mierda! ¡Idos los dos a la mierda!

No pude contenerme, y entonces salió. Cora desvió la mirada y cruzó los brazos. Andrés se rio y comenzó a soltar todo lo que llevaba dentro.

—El problema es que siempre te has sentido mejor que nosotros porque tus padres tenían dinero. Nos dejabas comer de la comida que esa criada traía de tu casa por orden de tu madre y me dejabas meterme en la bañera con esas sales. Para presumir, para demostrar que tenías más dinero que nosotros y más poder. Nos dabas tus limosnas como si fuésemos perros, pero ahora las cosas han cambiado. Ya no tienes nada de lo que tenías y eres igual que nosotros. Deja de creerte mejor, porque no lo eres ni lo has sido nunca. Siempre con nosotros, para demostrarnos que eras bueno, cuando, en realidad, no hacías más que presumir. Eres un niño y siempre lo vas a ser. Nunca serás capaz de sacarte las castañas del fuego, siempre habrá alguien que las saque por ti. Hasta ahora, en medio de una guerra y sin padres, tienes suerte de haber encontrado a ese Justo que tan bien te trata y se preocupa por ti. Pues ojalá sigas teniendo esa suerte, porque si no te acabarás muriendo de hambre en la calle, como cualquier otro. Aunque, pensándolo bien, tal vez no te estaría mal, niño rico de tres al cuarto.

No podía creerme lo que me estaba diciendo y echándome en cara. Nunca lo había hecho por presumir, y él lo sabía. No alardeaba de nada, nunca presumía de nada y nunca me las di de niño rico, chulo y creído como me estaba llamando, además de vago e inútil. No podía creer que estuviera diciendo aquellas palabras.

Dirigí la mirada a Cora unos segundos para comprobar que estaba mirando al suelo, demostrando que pensaba lo mismo que él. Yo no era capaz de entender los motivos que le habían llevado a decir aquello.

Me quedé mudo pensando en sus palabras y recordando todas las veces que habíamos criticado los dos, e incluso los tres, al resto de los alumnos del colegio por ese motivo, por ser unos engreídos estúpidos.

Y entonces recordé a mis padres y pensé en lo que había dicho de que incluso ahora había tenido suerte al dar con Justo. Sí, pensé para mí, he tenido la suerte de perder a mis padres y todo lo que conocía para dar con Justo.

No sé de dónde saqué las fuerzas. Di un paso hacia él y cuando quise darme cuenta le había pegado un puñetazo, roto la nariz y hecho sangrar. Cayó al suelo de bruces.

Cora se acercó a él y después me observó, como si me pidiera una explicación.

—Me encanta enterarme de esta forma de lo que habéis estado pensando de mí todo este tiempo.

Mientras decía esto, unas mujeres se acercaron y le tendieron unos pañuelos de tela a Andrés para que se taponase la nariz.

—Pero ya que nos ponemos a decir estas cosas, yo tendría que decir que, si de verdad lo habéis estado pensando, vosotros habéis sido los aprovechados y embusteros traidores.

Tras decir estas palabras me dirigí a la salida con los puños apretados y tragándome las lágrimas. Sentí al llegar a una de las puertas la mano pequeña de Cora tirándome del brazo, me detuve y le sostuve la mirada con rabia.

—Yo nunca lo pensé, Esteban, hasta que Andrés me lo planteó hace poco.

—Lo que tú quieras, Cora, pero ahora no me vengas con disculpas —dije y me marché de allí.

Se había levantado el cierzo frío que venía arrastrando el frío del Moncayo que me secó los ojos. Sentí que me cortaba en la cara. Todavía no había asimilado las palabras que acababan de salir de la boca de Andrés. No alcanzaba a entender si lo pensaba de verdad o si había algún motivo que se me escapaba para decir aquello.

Caminaba deprisa y sin rumbo o eso creía yo, pues repitiendo en mi cabeza una y otra vez lo que acababa de decirme Andrés, apretando los puños hasta el punto de clavarme mis propias uñas —unos pequeños hilos de sangre comenzaron a escurrirse de mis manos—, de pronto, me di cuenta de que había llegado a la casa de mis padres.

Cuando fui consciente de donde estaba, de lo enfadado que me encontraba, de las heridas que me había hecho en las manos sin que las hubiera sentido por el frío y de que mi amistad con los dos, y, sobre todo, con Andrés, no había sido más que una farsa y un aprovechamiento por su parte, comencé a darle patadas a la verja, maldiciendo a Andrés, pasando por las

palomas que volaban sobre la casa, hasta llegar a las piedras del jardín, y sin darme cuenta la verja cedió bajo mis golpes mientras las gotas de sangre se habían quedado congeladas en los barrotes.

Entré y cerré la verja tras de mí. Caminé hasta la casa, como tantas otras veces había hecho. Observé las ventanas, esperando encontrarme la mirada sonriente de mi madre tras una de ellas, como si nada hubiese pasado, como si regresara de la escuela a pasar el fin de semana en casa, en mi cuarto y con mis juguetes. Subí las escaleras de la entrada y giré el pomo de la puerta. Cerrada. Bajé de nuevo y me dirigí a una de las ventanas que daban al salón. Me asomé y vi que todo estaba igual que la última vez que había estado en casa; nadie se había llevado nada. Busqué una piedra que tuviese un considerable tamaño, me alejé para que no me saltasen los cristales encima y la lancé. Se abrió un gran agujero, pero quedaban afilados trozos de cristal encajados en el marco de la ventana. Busqué otra piedra y, acercándome, di pequeños golpes hasta que el marco se quedó limpio y me colé con cuidado. Caí sobre los cristales, pero por suerte no me corté.

Fui directo al interruptor de la luz. Estaba cortada. Me quedé observando el salón en silencio, esperando escuchar la voz de mi madre. Salí de allí y me dirigí a las cocinas. Comprobé que el agua no había sido cortada y que la comida que allí se guardaba en cestas y en las dos despensas había desaparecido. Subí al piso superior usando la pared falsa por la que Cora y yo habíamos jugado tantas veces. En primer lugar, me dirigí a mi dormitorio y allí descubrí que todo seguía igual, solo que con más polvo. Mi ropa, mis libros, el escritorio..., todo. En ese momento fue cuando sentí el impulso de ir al dormitorio de mis padres. Me pareció oler todavía el perfume que mi madre solía ponerse. Olía a flores recién cortadas, pero solo duró un instante. Me dirigí hacia la cómoda de joyas de mi madre que estaba cerrada con llave y que solo ella y yo conocíamos donde se guardaba. La saqué de un falso libro que había medio oculto en la estantería y abrí. Allí seguían todas sus joyas: pendientes, collares, broches, agujas para el pelo y pulseras. Tras quedarme unos minutos embobado mirándolas, cerré y guardé la llave para dirigirme al armario y ver una vez más los vestidos que tanto le gustaban. Abrí el armario y me senté a los pies de la cama, simplemente viéndolos y

recordando las ocasiones en las que se había puesto los vestidos de fiesta. Las lágrimas se me escapaban de los ojos, sin poder evitarlo por mucho que me los secase. Cuando me sentí cansado, deshicé la cama y me metí en ella, imaginándome que tenía tres o cuatro años y estaba pasando la noche con mi madre tras despertarme de una pesadilla. No llegué a dormirme.

Recuerdo que, al salir de mi casa, el cielo estaba completamente despejado y el sol brillaba en lo alto, cegándome. No me gustaba el sol ni el calor, pero aquel día lo agradecí. Dejé la verja lo más cerrada que pude y comencé a caminar. Un rato después me di cuenta de que no tenía ganas de ir a casa, así que me senté en el primer banco que encontré a la espera de que se me ocurriese algo que hacer. En tiempos normales, si no hubiera tenido nada que hacer, hubiese ido a buscar a Andrés, pero eso ya no era una opción. No me había dado cuenta, o no había sido consciente de que ya no éramos unos críos. Algo por dentro me pedía que me agarrase a mi infancia y mis recuerdos, pero a mí no me quedaban ganas de hacerlo, solo quería mirar hacia delante y dejarme de juegos infantiles y tonterías tras las que ya no me podía esconder. No quería estar viviendo siempre en los recuerdos de mis padres, sobre todo de mi madre, porque ya no estaban y porque por muchas ganas que tuviese de volver a verlos no iba a ocurrir. Dejé de creer en Dios, como me habían inculcado en la escuela y mis padres, en aquel instante. Estaba cansado de vivir en un mundo que cada vez me parecía más imaginario y alejado de la realidad que arrasaba las calles y dejaba huérfanos y viudas por cada esquina y cada rincón de Zaragoza y el país entero.

Ahora, al menos, tenía a Justo y a Remedios, que no eran mis padres, pero me cuidaban y me daban una casa. Después de estar un buen rato dándole vueltas a estos pensamientos que me asaltaron de pronto, decidí que tal vez no tenía que huir de todo lo que me gustaba para esconderlo bajo un montón de piedras y de nuevos recuerdos que me había planteado comenzar a memorizar desde aquel mismo instante, pues siempre me quedarían los libros. Esos cuentos que tanto me gustaban y que había leído en voz alta para Andrés y Cora hasta hacía no tanto tiempo. Allí, en esos libros, entre sus páginas, por mal que fuesen las cosas, siempre habría un lugar para mí y para cualquier lector. Entre los callejones que se describían donde las brujas se

llevaban a los niños para asarlos en cazuelas o hechizarlos, yo podría, de una forma u otra, seguir escondiéndome cada vez que los leyese. Y así, sin más, me encaminé a uno de mis lugares preferidos de toda la ciudad. Un lugar repleto de libros y por los que no tenía que pagar: la biblioteca.

La Biblioteca de Zaragoza era uno de los lugares donde más me gustaba pasar el tiempo, aunque no había podido ir muy a menudo en los años que llevaba sobre la tierra. Estaba situada al lado del paseo de la Independencia, en la plaza de Santa Engracia, cerca de Correos. Era un edificio antiguo y su entrada estaba custodiada por cuatro inmensas columnas cuyo acabado superior no podía verse bien por la altura que tenían, pero a mí siempre me pareció que tenían labrados unos ángeles que tocaban arpas. Había que subir unos diez escalones inmensos que recorrían la fachada del edificio de lado a lado, dejando sus cuatro grandes ventanales con cristales de colores haciendo dibujos de libros abiertos. Los portones de madera y hierro eran altos y pesados, con picaportes dorados. Una de las dos puertas estaba abierta. Entré. Allí siempre hacía fresco, tanto en verano como en invierno. Se podía ver a las pocas personas que tenían el hábito de lectura y a algún que otro estudioso con su gorro y bufanda paseando por sus galerías, recorriendo estanterías altísimas y subiendo escaleras para alcanzar los ejemplares más altos y llenos de polvo. Yo no era una excepción.

Nada más entrar al recibidor, había un mostrador a un lado que siempre estaba desierto y su silla abandonada. Había una puerta de madera y cristal por donde llegabas a la gran sala de la biblioteca. Cada vez que entraba a ese lugar tenía la misma sensación: que el tiempo se congelaba para mí y que la misma biblioteca había permanecido congelada desde hacía más de cien años, salvo por las novedades literarias. Por lo antiguo de sus muebles, sentías que te transportabas a otra época. El suelo también era de mármol blanco y necesitaba un buen repaso. Las paredes estaban embaldosadas en un material que recordaba al del suelo y cada ciertos metros varios listones de madera labrada las recorrían de arriba abajo. Las mesas de madera oscura, de varios metros de largo, a juego con los bancos que las acompañaban, siempre tenían sobre ellas varios candelabros con velas a medio consumir, con cera derramada, encendidas para quien necesitase más luz que la que entraba por

las ventanas. También había cuatro lámparas de gas ancladas a las paredes que seguían funcionando y que más de una vez había visto encendiendo al señor de la recepción, que era raro que estuviera en su sitio.

Al fondo de la sala había otro hombre, el bibliotecario, con aspecto de tener treinta años desde el mismo día que entré por primera vez hasta ese mismo instante, como si no envejeciera. Su perfume se podía percibir a diez metros de distancia y se hacía mucho más fuerte según te acercabas a él para pedirle ayuda o que te prestase un libro. Iba siempre perfectamente peinado hacia atrás con un kilo de brillantina de más en el cabello, lo que hacía pensar que había salido de casa con el cabello mojado. Se decía de él que vivía con un hombre de su misma edad y que compartían cama y ropa interior entre otras cosas, pero poco nos importaba eso a la mayoría de los que íbamos allí. Era diligente en su trabajo, atento y siempre que surgía algún problema, como un libro mal catalogado o desaparecido, lo solucionaba al instante y te pedía mil disculpas.

Me deslicé entre las estanterías de novedades, la mayoría extranjeras y prácticamente vacías por culpa de la guerra. También miré la estantería de poesía y teatro. Al no encontrar nada que me interesara, seguí caminando entre las pilas de libros. A pesar de querer encontrar algún libro catalogado para mayores de catorce años, no encontré ninguno que me llamase la atención, así que me deslicé hasta la sección de la que me quería desligar sin haberlo conseguido. Cuentos infantiles. Tenía catorce años, pero seguían siendo mis preferidos. Parecía que, al igual que la biblioteca se había quedado suspendida en el tiempo un siglo atrás, yo me había quedado estancado en los cinco años. En el instante que comencé a ver los animados dibujos de las portadas de los libros me sentí más a gusto. La sección de la biblioteca sobre cuentos infantiles no era precisamente grande y me había leído casi todos los que estaban presentes, quitando los que no me habían llamado la atención ni por el título ni por sus primeras hojas y los que tenían páginas ilegibles. Deslizándolos los ojos sobre las cubiertas ajadas e hilos descosidos que sobresalían de las páginas amarillentas, di con uno que o no había visto nunca o era una nueva adquisición de cuarta o quinta mano. Tenía la cubierta y el lomo de un color azul cielo que no había visto nunca en los

libros que había leído allí o en mi casa. Lo saqué de entre sus hermanos y vi la cubierta. Tenía dibujado un copo de nieve pintado en blanco y el título en relieve, *La reina de las nieves*, y bajo el título el nombre del autor, Andersen. No me sonaba. Con el libro entre las manos como si me acabase de encontrar un tesoro o si alguien me hubiese contado un secreto que no podía desvelar a nadie, me senté a una mesa lo más cerca de la ventana que pude y comencé a leer. No tardé demasiado en quedar ensimismado por las palabras de aquel relato, viendo los escenarios y personajes que en él se describían. Parecía ser yo el personaje protagonista.

No me di cuenta de la hora que era y de que se me habían quedado las manos y los pies helados de estar allí quieto hasta que el bibliotecario, de cuya presencia no fui consciente hasta que me sacó de mi ensoñación literaria, bien pasado el mediodía, me dijo que cerraba ya y que podía llevarme el libro prestado. Cuando llegué a casa, me metí en mi habitación, que Remedios se había ocupado de mantener caliente mientras estaba fuera, y me sumergí de nuevo entre sus páginas hasta acabarlo en unas horas. Cuando cerré el libro, sentía que me despedía de unos buenos amigos a los que había conocido aquella misma mañana y que eran los mejores. Tenía ganas de volverlo a leer y volver a vivir aquella aventura, como si yo mismo formase parte de ella, pero también quería saber si el autor, ese tal Andersen, que me había gustado tanto, tendría más libros publicados y si estarían en la biblioteca.

Después de estar un rato pensando en la perfecta historia que acababa de leer, me di cuenta de que el estómago llevaba un buen rato quejándose sin que mi cerebro, ocupado con un relato maravilloso, le hiciese el menor caso. Dejé el libro sobre la cama, me calcé las zapatillas y bajé por las escaleras en dirección a la cocina, donde esperaba encontrar a Remedios y a Juan si había regresado del trabajo. Además de a ellos dos me encontré con una sorpresa, o un susto, en un primer momento. Había media docena de niños con los ojos hundidos de pena y necesidad, sentados alrededor de la mesa. Llevaban las ropas sucias y el cabello enredado. Niños y niñas que rebañaban el plato de comida que tenían ante ellos con la lengua para que no se quedara nada en ellos. Se limpiaban la boca con la servilleta y si alguna migaja de pan iba a

parar a ella, se la llevaban a la boca con los dedos. Eran los hijos del hambre y de la guerra. Me quedé allí petrificado observándolos como la primera vez que vi el cadáver de un animal descomponiéndose mientras los gusanos se le caían de los ojos y de la nariz. Había sido una perra labradora que mi madre había tenido y una mañana había desaparecido de casa, seguramente sabiendo que iba a morir. Yo la encontré escondida entre los setos del jardín. Ver aquel animal era desagradable, pero no podía apartar la vista. Tuve la misma sensación con aquellos niños. No era desagradable su aspecto de miseria, pero sí lo era pensar en lo que podía haberles ocurrido para acabar siendo esqueletos humanos con ojos saltones por el hambre que les sorbía hasta la piel, dejándola tirante y pálida. Ellos me observaban a mí también.

Remedios me vio y sonrió. Justo estaba sentado en una esquina de la mesa, dándole de comer a un niño que apenas tendría dos o dos años y medio, con los ojos legañosos y mocos cayéndole sin parar de la nariz y que parecía a punto de llorar en cualquier momento. Justo le limpiaba en cuanto aparecían, se levantó, apoyó sus manos en mis hombros y me dijo que le acompañase a su despacho un momento, que quería hablar conmigo.

En el despacho se sentó en su silla tras la mesa y yo me senté frente a él.

—Esos niños, Esteban, van a quedarse aquí durante un tiempo. El orfanato de mi tío no da abasto con los huérfanos que les llegan cada día y, tras el bombardeo, son muchas familias las que han muerto enteras, pero también hay niños que han sobrevivido para quedarse huérfanos y sin nada. Van a quedarse aquí hasta que les encuentren algún sitio donde puedan vivir, sea en algún orfanato de otra ciudad, en casa de familiares, amigos de sus familias o alguna familia que quiera hacerse cargo de ellos, aunque esto último no creo que ocurra. ¿Lo comprendes?

Asentí con energía.

—Bien, me alegro. Entonces ¿te importará ayudar a Remedios a cuidarlos, ya que eres el mayor de todos, cuando yo no esté en casa y no estés en Correos?

—Claro.

Sonrió mientras apoyaba los brazos sobre la mesa. Dudé unos instantes en hacerle la pregunta que sus palabras me habían despertado.

—Y yo ¿cuánto tiempo voy a quedarme aquí?

Justo alzó la vista, casi con sorpresa.

—Tú vas a quedarte aquí siempre, Esteban, sé que viniste aquí por un tiempo, pero, en realidad, creo que es donde mejor vas a estar, y bueno, creo que a Remedios le daría algo si ahora te marchases. Y a mí también. Me he acostumbrado a tu compañía. Me gusta que estés en casa.

Sonreí. Iba a quedarme siempre con Remedios y Justo.

—Bueno, ahora vete a comer, debes de tener hambre.

—Pues sí, tengo hambre —dije levantándome de la silla y acercándome a la mesa—. Pero quería saber si tú conoces a un escritor que se llama Andersen. ¿Te suena?

—¿El danés? —preguntó alzando las cejas—. Sí, claro, de pequeño me leí todos sus libros. Eran un entretenimiento increíble. ¿Por qué?

—Es que he ido a la biblioteca y allí he encontrado *La reina de las nieves*. ¿Sabes si tiene alguno más?

Sonrió con malicia y se levantó. Le seguí con la mirada hasta la estantería que estaba pegada a la pared izquierda del despacho y se agachó para levantarse un momento después con un tomo de cierta envergadura y con bastantes años.

—Ni siquiera recordaba que estaba ahí hasta que me has hablado.

Le quitó algo de polvo con la mano y con cuidado lo colocó frente a su silla.

—Ven, siéntate aquí, tendrás más luz para leerlo.

Me estaba ofreciendo su silla. Me senté y me sentí como un rey con un tesoro ante él. El libro tenía una encuadernación antigua, en piel, y con el borde de todas sus páginas dorado, por lo que cerrado le hacía parecer un cofre donde guardar secretos más que un libro.

—Te lo presto si me prometes que lo leerás con cuidado y sin que se rompan las páginas.

—Te lo prometo —dije sin pensármelo—. Lo cuidaré muy bien y no lo estropearé.

—Lo sé.

Observé aquel ejemplar que parecía sacado de la bodega de un viejo

navío en el que no había entrado la luz en décadas y abrí la cubierta para leer el título del libro: «Hans Christian Andersen, *Cuentos completos*».

Sentí un hormigueo en el estómago al leer que eran todos sus cuentos y pasé a la siguiente página para comenzar a leer el primer cuento que había allí: *Abuelita*.

—¿No te apetece bajar a comer ahora y seguir con el libro después?

Negué con la cabeza.

—Prefiero leer ahora alguna página y después bajar a comer y ayudar a Remedios con los nuevos niños.

—Bien, pues disfruta de la lectura, yo voy a echarle una mano antes de regresar al trabajo.

Costaba un poco leer los relatos allí escritos porque la letra era muy pequeña, pero tampoco era imposible. Cuando terminé de leer el relato titulado *Cada cosa en su sitio*, el hambre llamaba con más fuerza a mi cabeza captando su atención hasta el punto de que me costaba concentrarme. Busqué algo sobre la mesa de Justo para poner una señal en el libro donde me había quedado, pero no encontré nada. Abrí el cajón del centro de su mesa, pero allí no había más que informes y papeles oficiales. Cerré y busqué por los cajones que quedaban en el lado derecho. Allí encontré más papeles oficiales, pero nada que pudiera usar como marcador. Excepto en el último cajón. Cuando lo abrí no le di demasiada importancia a los recortes de periódicos que allí había guardado, pero al moverlos no pude evitar leer sin querer el nombre de Selene Roncesvalles. No había fecha alguna en aquel recorte, pero era de hacía años, muchos años. En aquella noticia se hablaba de que Selene Roncesvalles, la niña de apenas dos años de la acaudalada familia, había acabado con la vida de la hija de una de sus doncellas al tirarla por las escaleras en uno de sus accesos de locura en los que ella misma decía hablar con el demonio. Al leer aquello, la sangre se me quedó helada en las venas. Intentando descubrir algo más, cogí el resto de los recortes, pero eran los mismos que había encontrado en la casa de Cristóbal y alguno más que hablaba de lo mismo sin revelar nada importante.

¿De dónde había sacado Justo aquel recorte? No tardé mucho en descubrirlo.

—¿Qué haces? —preguntó a mi lado.

Grité del susto. Noté como me ponía colorado de vergüenza al ver que tras haber confiado en mí para dejarme estar en su despacho yo me había dedicado a husmear en sus cajones.

—Estaba buscando algo para marcar el libro, no estaba fisgoneando.

—No te preocupes. No hay nada importante en realidad.

Estaba avergonzado.

—Lo siento —dije levantándome de su asiento y cediéndoselo.

—No pasa nada, Esteban, de verdad, siéntate, no te preocupes.

Me quedé en pie mientras iba a la estantería, abría un libro y cogía un marcapáginas. Me lo tendió sonriente.

—Te lo regalo. Lleva dibujado un gato blanco con gafas leyendo un libro tumbado en el suelo. En otros tiempos me hubieran quemado vivo por poseer un dibujo semejante.

Lo acepté con timidez y le di las gracias.

—Esteban, de verdad, no ocurre nada. No te preocupes.

Asentí al comprobar que verdaderamente no debía haberle importado, y entonces, como me solía pasar entonces y me sigue pasando, no supe quedarme callado y pregunté.

—La Selene de esa noticia es la misma que apareció muerta, ¿verdad?

—Sí, es la misma.

Agaché la cabeza un instante para mirar la hoja del libro en la que me había quedado, puse el marcador y lo cerré con mucho cuidado.

—Pero la noticia que tienes ahí es de hace mucho tiempo.

Río.

—Tienes madera de inspector, ¿sabes? Si dentro de unos años te sigue interesando el tema, algo haremos contigo. Cuando yo era pequeño, una noticia saltó a todos los medios de comunicación de entonces. Ocurrió en 1910, cuando yo tenía diez años. Mis padres hablaron del tema durante bastante tiempo. Se contaba que una niña de pocos años había acabado con la vida de una especie de compañera de juegos, la hija de una de sus doncellas. No me enteré de mucho más, ni siquiera de su nombre, pero la noticia me caló fuerte por aquel entonces. No solían escucharse cosas así. Y años

después, cuando Rosa murió, alguien en el trabajo habló de la casa de los Roncesvalles mientras con otro de los compañeros trataba de la muerte de mi mujer, y uno de ellos dijo que esa casa fue donde aquella niña había matado a una chiquilla de su edad más o menos. Entonces lo recordé. Busqué en los archivos que teníamos en comisaría, pero todos habían sido destruidos al tener más de diez años de antigüedad. Fui al periódico y, enseñando mi identificación, no dudaron en dejarme ver todos los ejemplares que quise. Tardé tres semanas en dar con la noticia que buscaba. Había unas cuantas hablando del tema en fechas cercanas. Selene, la hija de los Roncesvalles que murió poco después de mi mujer, era la chica con la que tantas veces había tenido pesadillas de niño, a la que no había podido poner rostro, que venía para empujarme a mí escaleras abajo y acabar conmigo. Busqué aquella noticia por desesperación, pues poco tenía que ver con lo que le había pasado a Rosa. Tras el trabajo de encontrarla, decidí quedarme ese recorte, que era el que contenía la información más interesante y completa.

Tras unos segundos de miradas y silencios, intentando imaginarme a una niña de dos años empujando a otra, volví a preguntar.

—¿Y eso que pone en la noticia de que veía al demonio?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Sobre eso no encontré nada específico. Seguramente tendría algún problema y lo achacarían por un motivo u otro al maligno. La familia Roncesvalles es muy muy religiosa.

Asentí y me disculpé otra vez haciéndole reír.

—Anda, ve a comer, Remedios te está calentando la sopa en un cazo. Puedes leerlo más tarde.

Dejé a Justo sentado al frente de su mesa y bajé las escaleras como un rayo directo a la cocina. Necesitaba una ingesta urgente de alimentos o comenzaría a marearme.

Entré en la cocina abriendo la puerta de par en par y allí encontré a Remedios con el niño más pequeño subido en una silla a su lado, secando los platos mientras el cazo con mi comida seguía al fuego.

Ambos se volvieron al escuchar que se abría la puerta.

—Ah, ¿ya estás aquí? —dijo Remedios—. Anda, ponte la mesa y ahora te

llevo la sopa.

Obedecí y cuando la hube dispuesto me senté a esperar la sopa que olía a pollo mientras aquel pequeño me observaba de soslayo de vez en cuando mientras secaba los platos con un paño.

Remedios vertió la sopa en mi plato y me dijo que tuviese cuidado, que quemaba. Mientras tomaba la sopa soplando a la cuchara, terminaron de recoger los platos y Remedios ayudó al niño a bajar de la silla de un salto.

—Bueno, pues ya has terminado. Si quieres, puedes irte con los otros niños al salón a jugar con ellos.

Él negó con la cabeza sin abrir la boca. Me pareció que sonreía.

—¿Prefieres quedarte aquí?

Asintió y me señaló con el dedo. ¿Quería quedarse conmigo?

—¿Quieres quedarte con él?

Sonrió con los labios juntos, como si no los pudiese despegar. Tenía la cabeza grande, el pelo rubio y los ojos azules claros. Parecía un muñeco con el que jugar. Se le marcaban dos hoyuelos al sonreír, era gracioso.

Corrió a sentarse en una silla que estaba a mi lado y se quedó observándome como si nunca hubiese visto a alguien de su misma especie. Remedios nos dijo que iba a lavar la ropa sucia y que tardaría un buen rato en volver a la cocina.

—No te preocupes, recogeré todo cuando termine —dije.

—Así me gusta —dijo mientras salía.

Nos quedamos a solas. Aquel chico apoyó el codo en la mesa y la cabeza en su mano mientras continuaba observándome.

—¿Cómo te llamas? —pregunté dudando de su capacidad de hablar.

—Javier —respondió con fuerza—. ¿Y tú?

—Yo me llamo Esteban.

—Ya lo sabía, Justo nos lo ha dicho a todos antes.

—¿Y por qué me lo preguntas si ya lo sabías? —añadí sorbiendo la sopa directamente del plato y dejando la cuchara a un lado.

Encogió los hombros.

—Me caes bien.

Aquello me sorprendió.

—Si no me conoces.

Volvió a encogerse de nuevo.

—¿Vas a ser mi hermano mayor ahora que vivo aquí?

Había algo en esa pregunta que no me terminaba de cuadrar y lo miré con extrañeza.

—Antes yo tenía un hermano, pero se murió, como mis padres.

Asentí lentamente.

—Yo antes tenía padres, también murieron —dije con la cabeza agachada.

—¿No es Justo tu padre y Remedios tu madre?

Me gustó la idea de que aquello fuese real.

—Podría decirse que sí.

—Entonces ¿tú serás ahora mi hermano mayor?

Sonreí. Estaba decidido a que lo fuese, y, en realidad, yo no tenía ningún motivo para negarme.

—Claro. Seré tu hermano.

Lanzó una pequeña risita y dio una palmada con las manos. Ojalá todo fuese tan fácil como tener contento a un niño tan pequeño.

Cuando terminé de comer, recogimos los dos y nos fuimos al salón con los demás. Al entrar, los encontramos a todos tumbados delante de la chimenea, en la alfombra, dormidos.

—¿Tienes sueño? —pregunté.

—Un poco.

—¿Quieres quedarte aquí?

—Sí.

Sin más, corrió a tumbarse entre ellos en la alfombra y allí se quedó.

Después de haber leído *La reina de las nieves*, se había quedado algo dentro de mí, una especie de espinita que me decía que tal vez pudiera escribir algo como aquello. Subí hasta el despacho de Justo y llamé a la puerta.

—Entra.

Abrí y pasé. Estaba leyendo un puñado de folios, alumbrado con una pequeña lámpara que yo no había visto hasta entonces.

—¿Ya has comido?

—Sí —respondí acercándome despacio para quedarme plantado ante él.

—¿Quieres algo? ¿Te encuentras bien?

—Sí, me encuentro bien. Y quería saber si puedo pedirte unas hojas o algún cuaderno que no uses y un carboncillo o una pluma vieja y un tintero para poder escribir.

—Claro —dijo levantándose de la mesa y dirigiéndose a un cajón bajo de la librería.

—¿A quién quieres escribir?

—En realidad, a nadie, es para mí.

—¿Para ti? —preguntó entregándome los folios y un estuche algo viejo con pluma y tintero.

—Es que he pensado que, a lo mejor, si me pongo, puedo escribir algo parecido a *La reina de las nieves*.

—Ah, es eso —dijo con una sonrisa—. Entonces creo que tengo algo mejor para ti que unas hojas amarillas. —Guiñó un ojo.

Le seguí por el pasillo. Yo no había llegado más que al baño, pero la casa era muy grande y tenía habitaciones a las que no había entrado nunca ni había pensado hacerlo. Tampoco me había preguntado qué podía haber tras las puertas. El pasillo parecía oscurecerse a medida que caminabas hacia el fondo. Pasamos por delante de puertas que parecían llevar cerradas cien años. Al final del pasillo había una de madera con cerradura y a los lados había un mueble alto y un par de sillas. Justo abrió el primer cajón del armario y sacó una llave con la que abrió la puerta tras un par de intentos.

—Debería engrasar esta cerradura —dijo.

Entramos. Lo primero que notamos era que hacía mucho frío allí dentro. Más de lo normal en una habitación cerrada. Estaba llena de trastos por todas partes, parecía un almacén. Justo giró el interruptor de la luz, pero no había bombilla.

—Vaya. Espera aquí un momento, no quiero que tropieces y te hagas daño.

Se perdió en el interior de aquella habitación y yo me quedé esperando hasta que escuché que levantaba la persiana de una de las dos ventanas del

cuarto.

Había un montón de muebles tapados. Sillas, perchas, armarios roperos, zapateros, cajas de sombreros e incluso una cama con un montón de cajas encima.

—Ven —llamó.

Pasé por encima de un puñado de cajas de sombreros y aparté un mueble con ruedas a un lado hasta llegar al rincón donde estaba Justo.

Había abierto un cofre lleno de adornos de metal y había sacado algunas cajas de él, dejándolas esparcidas por el suelo.

—Aquí está —anunció.

Yo estaba expectante. Del fondo del cofre sacó, sujetándola con las dos manos, una máquina de escribir. Nunca había visto ninguna que no fuera en una fotografía o en un dibujo. Era grande y con teclas de marfil.

—Creo que está en condiciones de poder usarse.

La colocó sobre una mesa pequeña y alta y comprobó que el tambor iba de lado a lado y que las teclas se elevaban al pulsarlas.

—Sí, está bien, solo necesita un rollo nuevo de cinta con tinta.

—¿Y cómo se usa?

Llevamos la máquina, a la que yo no podía quitarle los ojos de encima, a la biblioteca. La dejó sobre la mesita y le quitó una tapa, sacó dos bobinas unidas por una cinta y la dejó a un lado. Salió de la biblioteca y regresó poco después con un repuesto. Lo colocó y puso la tapa de nuevo. Metió un folio en el tambor y tecleó mi nombre.

—Bien, no está estropeada. Ven, te voy a enseñar cómo colocar los dedos.

Me senté en la butaca y Justo movió la mesa para dejarla frente a mí. Me cogió las manos y fue colocando los dedos sobre las teclas y me explicó con qué dedo debía darle a cada letra. No parecía demasiado complicado.

—Al principio escribirás lento, pero en cuanto le pilles el truco, irás muy rápido. Pues hala, ya tienes trabajo por delante. Y quiero que me enseñes lo que escribes —añadió levantándose y saliendo de la biblioteca.

Me encontré a solas con aquel aparato de hierros con el folio en blanco esperando que escribiese algo sobre él. Y, simplemente, comencé.

Un par de horas después había conseguido rellenar diez folios con un relato corto que se parecía demasiado al libro de *La reina de las nieves* como para que no lo trataran de plagio. Pero ya había escrito algo y me sentía orgulloso.

Releí las páginas y me pareció que no habían quedado mal. Me gustaba, y me gustaba la idea de ver lo que escribiera, pasado un tiempo, en las librerías. Aunque para eso quedaba mucho. Cogí los folios y se los llevé a Justo, que me dijo que los leería en cuanto acabase de rellenar los informes. Bajé a la cocina a ver si Remedios necesitaba ayuda y resultó que sí. Tenía un montón de sartenes y soperas puestas al fuego y no daba abasto.

—¿Te echo una mano?

Pegó un brinco.

—Qué susto, no te había oído. Pues mira, si no tienes nada que hacer, me vendría de maravilla.

—¿Qué hago?

Ayudé a que las salsas no se agarrasen a las sartenes, a que la carne no se quemara y a que el arroz no se deshiciera demasiado. Cuando quise darme cuenta, era de noche.

Puse la mesa y Remedios se ocupó de repartir la comida para cada uno en los platos mientras yo cortaba rebanadas del pan que también habíamos hecho nosotros y se había cocido lentamente en el horno. Remedios fue a avisar a los niños y yo fui a avisar a Justo. Al entrar por la puerta sin llamar para decirle que la cena ya estaba lista, lo encontré leyendo la última página de lo que había escrito.

—No está nada mal. Pero me recuerda demasiado a *La reina de las nieves*.

—Ya —dije agachando la cabeza.

—Pero es lo normal. Poco a poco podrás crear tus propias historias.

Vio la duda en mi cara.

—Hazme caso, Esteban. Roma no se construyó en un día y no puedes escribir un libro perfecto y maravilloso con catorce años. Pero puedes practicar para lograrlo en pocos años.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que estoy convencido. Y para ser un gran escritor lo que tienes que hacer es descubrir tu estilo y solo lo podrás descubrir leyendo y escribiendo. Primero lo que se te pase por la cabeza, aunque creas que no sirve para nada. Tú, simplemente, escríbelo y aunque te parezca que está mal, déjalo en un cajón seis meses, y cuando ya ni siquiera recuerdes que lo habías escrito, lo lees. Seguro que te parece que está mucho mejor de lo que pensaste en un principio. Verás los errores mucho más fácilmente y los podrás corregir sin que te suponga demasiado esfuerzo, así es como se debe escribir.

Me sorprendió que supiera tanto sobre el tema y que hablara con tanta claridad del mismo. Sonreí a modo de aceptación de su consejo y, decidido a hacerle caso, bajamos a cenar con la que iba a ser nuestra familia, al menos durante un tiempo. De primero había arroz con una salsa de color verde que olía de maravilla y de segundo pescado al horno con patatas. De postre, fruta, y de beber, leche. Mientras yo, junto con Javier, ayudábamos a Remedios a dejar recogida la cocina y barrer el suelo, Justo se encargó de organizar las habitaciones para los chicos. Javier ya se había ocupado de ser mi nuevo compañero de cuarto. Al terminar de recoger el último plato, alguien llamó a la puerta. Remedios alzó la vista.

—Qué raro, ¿quién va a una casa a estas horas? Será mejor que os quedéis aquí —advirtió mientras salía y dejaba la puerta cerrada, no sin antes insistir en que no hiciésemos ruido alguno.

Aguardamos en silencio y tensión. Incluso apagué la luz y nos quedamos en un rincón. Javier me cogió de la mano. Sentí como le temblaba el pulso y se le aceleraba la respiración cada vez más. Escuchamos a Remedios diciendo algo mientras se acercaba a la cocina de nuevo y los pasos de alguien más.

Oímos la puerta abrirse y vimos la luz del pasillo entrar. Vi una mano encendiendo la luz y cuando la cocina se iluminó, Javier pegó un chillido y, comenzando a llorar, se abrazó a mí de miedo.

—Javier, niño mío, ven aquí, anda —dijo Remedios cogiéndolo en brazos mientras él se agarraba a ella con fuerza sin dejar de llorar—. Venga, no pasa nada, vamos a dejar que Esteban charle con su amiga mientras te meto en la cama, ¿de acuerdo?

Javier no respondió, solo se abrazaba a ella mientras lloraba. Tras Remedios no había visto entrar a Cora, aunque, en realidad, nunca me la hubiese esperado allí. Nos quedamos a solas, observándonos durante un buen rato. Ella había venido, ella debía comenzar a hablar. Tras unos minutos más, dio un paso al frente con la mirada baja y se decidió.

—He venido para pedirte perdón por las cosas que ha dicho antes Andrés.

—No tienes que disculparte por él, pero no alcanzo a entender por qué me ha dicho lo que me ha dicho. —Aguardé unos segundos—. Y tampoco entiendo por qué no me habíais contado que estabais juntos.

Encogió los hombros y continuó con la mirada hundida en el suelo.

—Bueno, en realidad, no te lo dijimos porque no sabíamos cómo te lo ibas a tomar.

Reí.

—Qué tontería. ¿Cómo me lo voy a tomar? Es algo que me da igual. Completamente igual. Podéis hacer lo que os venga en gana.

Levantó la mirada y me observó serena.

—No te iba a dar igual. Los tres lo sabemos.

Volví a reír. Era cierto, no me daba igual, pero no quería admitirlo delante de ella. Aunque daba igual hacerlo o no, ahora el orden de las cosas estaba más que claro.

—¿Quieres algo más?

—No. Solo quería disculparme contigo.

—No eres tú la que tiene que disculparse.

Estaba pálida y más delgada que de costumbre. Dio media vuelta para irse mientras enredaba entre sus dedos la cinta de color marrón que caía de su vestido.

—¿Has cenado? —pregunté.

Se detuvo.

—No. Ahora lo haré al llegar a casa.

Cuando se decidió a seguir avanzando, me acerqué a la sopera con el arroz y comencé a servirle un plato.

—Nos ha sobrado bastante. Puedes comer algo ahora. Si quieres.

Se volvió y observó la sopera.

—¿Qué es?

—Arroz.

—¿Arroz? —preguntó acercándose—. No recuerdo la última vez que lo comí.

—Pues tendrás que empezar a contar de nuevo. Venga, siéntate.

—¿Estás seguro? ¿No es mejor que lo guardes para mañana?

—Estoy seguro, da igual un plato más o menos. Hay un ejército de niños viviendo aquí y, por suerte, Justo tiene dinero de la fortuna de sus padres y puede darnos de comer. Venga, siéntate.

Comiendo grandes cucharadas de arroz que no le cabían por la boca y bebiendo leche que habíamos guardado en la despensa, se llenó el estómago como seguramente llevaba meses sin hacer. Se limpió la boca y los granos de arroz que se le habían quedado pegados a la cara y se terminó el vaso de leche.

—No sabes la suerte que tienes de poder comer todos los días así.

—Sí que lo sé.

—Gracias por la comida —dijo casi sin respirar—. Estaba muy buena.

Cogí el plato, la cuchara y el vaso y me dispuse a lavarlo todo en el fregadero.

—Lo haré yo —se ofreció tras de mí.

—No. Lo sé hacer yo solo, aunque penséis lo contrario.

Las palabras que me había lanzado Andrés todavía seguían doliendo.

—Yo no he dicho nada, ha sido Andrés —dijo seria.

—Y tú no las compartes, ¿verdad? —dije irónicamente.

—No, Esteban, no las comparto. Te conozco y sé que no eras como el resto de los ricachones. El problema de Andrés es que te envidia. Y creo que, aunque te quiere y te aprecia, en el fondo siempre te ha envidiado por tener unos padres que te compraban cochecitos de madera y trenes, por los dulces que te traía tu padre de los viajes que hacía por Europa y por las doncellas que te mandaba tu madre desde casa para que estuvieras cómodo. Creo que en el fondo no cree lo que te dijo, pero siente tanta envidia por la vida que te ha tocado, dos veces, por cierto, que no pudo tragárselo y comenzó a decir tonterías.

A medida que hablaba, mi enfado crecía todavía más.

—¿La vida que me ha tocado? ¿Dos veces? ¿Y cuál es la vida que me ha tocado? —pregunté dejando caer el plato al fregadero de golpe—. Soy huérfano, vivo en casa de un hombre que me cuida bien pero que no es mi padre y no sé qué pasará conmigo en unos años. No sé si tendré un trabajo o si tendré que pedir limosna como ya he tenido que hacer. No sé qué tiene mi vida de maravillosa. ¿La vida que me ha tocado dos veces? Sí, Justo tiene dinero, pero mis padres están muertos. ¿Quieres que tu madre muera y hacerte rica? Te lo regalo.

Tras unos instantes tensos, Cora abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Vamos, no te cortes.

—No tendrás padres, Esteban, pero duermes caliente y comes todos los días.

Me tragué la sonrisa que me produjeron sus palabras.

—Ojalá, ojalá me estuviese muriendo de hambre como una rata y estuviera con mi madre ahora mismo, en un cuartucho sucio y pequeño, en una pensión con sábanas llenas de pulgas y suciedad. Ojalá estuviese viviendo con mi madre, aunque tuviese que pedir limosna por las esquinas y recoger agua de los charcos de la calle para poder cocinar sopa y echarle alguna raíz de algún árbol talado para darle algo de gusto. Ojalá.

Cuando terminé de hablar estaba tan enfadado, con lágrimas humedeciendo mi cara, que me marché de la cocina sin acompañarla a la puerta. Simplemente, me fui de allí y subí a mi dormitorio. Encontré a Javier, sentado frente al fuego, cubierto con una manta que siempre había a los pies de la cama y dando cabezadas, con los ojos a medio cerrar.

La cama estaba abierta, por lo que deduje que Remedios lo había metido en ella, pero él había salido para quedarse un rato frente al fuego y se había quedado medio dormido. Me senté a su lado. Pareció despertarse un poco porque apoyó su cabeza contra mi hombro.

—Buenas noches —dijo.

Me hizo gracia.

—¿Piensas quedarte dormido sentado y cabeceando? —pregunté.

—Se está bien delante del fuego.

Escuché que alguien giraba el pomo de la puerta lentamente y eso terminó de despertar ligeramente a Javier. Era uno de los chicos.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Claro —dije.

Tras él entraron todos y se sentaron alrededor del fuego con nosotros, excepto uno que se tumbó a los pies de la cama.

—¿Eres el hijo de Justo? ¿Y de Remedios? ¿Cuántos años tienes? ¿No tienes hermanos? —comenzaron a hacer esas preguntas uno tras otro.

—No, no soy el hijo de ninguno de los dos. —En el fondo me gustaba sentirme como si lo fuese—. Estoy aquí por lo mismo que vosotros, solo que vine antes.

Mi respuesta pareció calmarle los nervios. Javier se había quedado agarrado a mi brazo.

—Oye, ¿sabes leer? —preguntó el chico que se había tumbado sobre la cama. Tenía *La reina de las nieves* entre las manos.

—Sí.

—¿Podrías leernos un poco de este libro? —pidió. El resto de los niños comenzó a decir que sí, que por favor les leyese un poco.

Así fue como aquella noche se convirtió en la primera de todas las noches que vendrían después en las que, del libro de Justo, les leí aquellos maravillosos cuentos en voz alta. Aquella noche, después de leer los dos primeros capítulos, la mayoría estaban ya medio dormidos. Se metieron cada uno en su cama hasta la mañana siguiente.

Después de desayunar, antes que el resto de los chicos que seguían en la cama se despertasen, me enfundé el abrigo tras el anuncio de Remedios de que el modisto de la familia traería mi ropa nueva aquella tarde y le tomaría medidas a los nuevos invitados.

Salí de casa con la bufanda que Remedios se había ocupado de colocarme bien para que no me entrase una sola «mijina», como dijo, de viento al cuello y me resfriase.

—Los resfriados de pecho son los peores de todos y los que más niños se llevan a la tumba antes de tiempo. Todavía recuerdo a mi hermanita. Yo tenía cinco años —dijo mirando al techo— cuando cogió un resfriado por una corriente de aire y se marchó con Dios, como decía mi madre. Yo antes me creía esas tonterías, ahora ya no. Pero bueno, el que no tiene ya esperanza alguna tiene que creer en Dios. O en el demonio, quién sabe. En el que cada uno crea que le hace más caso.

Con el libro en el bolsillo, salí con tiempo de casa y fui en primer lugar a la biblioteca. Tuve que esperar unos diez minutos a que el bibliotecario la abriese desde el interior y pudiese pasar. Le di el libro y me dispuse a dar un último repaso a la estantería de cuentos donde había encontrado el que acababa de devolver, cuando escuché involuntariamente una conversación entre el bibliotecario y el conserje.

—Esta mañana he vuelto a encontrarme el almacén todo revuelto. Tiene que ser el fantasma de la biblioteca.

—Eso son tonterías, Gervasio. Bobadas. No debes creerte esos cuentos. Son las ratas que hacen estropicios durante la noche.

—Ya, claro, las ratas tienen suficiente fuerza como para volcar mesas retiradas de la sala, ¿verdad? Me creería que son ratas si encontrase agujeros en la madera o cosas por el estilo, pero no los muebles corridos o tirados por el suelo.

Ante el caso omiso del bibliotecario, el conserje, del que acababa de descubrir su nombre, se fue con su escoba hacia el fondo de la sala, pero yo ya había caído en el hechizo de aquella historia del fantasma.

Dejando las estanterías y las historias recogidas en ellas, me deslicé por el pasillo como una comadreja tras el conserje que había cambiado la escoba por un trapo y me planté tras él.

Al volverse, pegó un brinco al encontrarme tras él como un pasmarote.

—¡Dios mío! Qué susto me has dado, chavalín. ¿Qué haces ahí tan quieto y callado?

—Verá, no quería escucharlo, pero resulta que lo he oído...

Miró para los lados sin saber de qué le estaba hablando.

—¿El qué? —pregunto airado.

—Lo del fantasma.

Su expresión cambió.

—Ah, eso. Pues sí, chavalín, sí, aquí hay un fantasma. Por mucho que algunos —añadió observando al bibliotecario, sentado en su silla ordenando ficheros— no se lo traguen. Yo seré muchas cosas, pero no soy un embustero.

—Y estaba pensando yo si no le importaría contarme esa historia del fantasma. ¿Qué hace? ¿Mueve los muebles de su sitio y los pone en otro?

Se acercó a mí con semblante sereno y misterioso, como si fuese a compartir conmigo un secreto centenario.

—Es mucho más que eso. Incluso hay una leyenda sobre el tema.

Debió ver la expectación en mi rostro.

—¿Quieres que te la cuente?

Por respuesta le devolví una sonrisa de complicidad.

Me dijo que lo siguiera y así lo hice, como si fuera su mascota. Me condujo por una puerta de madera ennegrecida, casi parecía quemada en un incendio, que siempre me había preguntado adónde conducía. Bajamos unas

escaleras cavernosas y ligeramente hundidas en el centro por el paso de los años. Hacía frío allí, y más a medida que se descendía. Clavados en la pared seguían los hierros para poner antorchas, lo que me hizo preguntarme la antigüedad de aquel lugar, o al menos de aquella parte de la biblioteca.

Seguimos descendiendo un largo trecho y acabamos por llegar a un pasillo que parecía recorrer toda la ciudad o buena parte de ella de punta a punta. Olía a cloaca. Caminamos unos metros hacia el interior del túnel por el que apenas había luz, salvo por las velas gastadas que Gervasio llevaba en la mano, hasta que llegamos a otra puerta.

La abrió y me cedió el paso.

—Bienvenido a mi guarida.

Allí se estaba caliente gracias a una estufa de leña que había en el centro de la habitación. A su lado había una gran butaca, una caja de madera que hacía de mesa sobre la que reposaba una botella de aguardiente y, junto a ella, un pequeño vaso.

También había una caja con leña pegada a la pared y un puñado de periódicos apilados en otra esquina sobre una segunda butaca de telas desgarradas. Gervasio quitó los periódicos, dejándolos en el suelo, y arrastró la butaca hasta la estufa para que me sentase.

Se sirvió un vaso de aguardiente y tras bebérselo de un trago me ofreció uno. Negué con la cabeza.

—Tú te lo pierdes. Bueno, a ver por dónde empiezo.

La leyenda de la biblioteca se remontaba a varios siglos atrás, a los inicios de la riqueza de una familia que había prosperado gracias al duro trabajo y acierto con las inversiones a la hora de comprar tierras para el cultivo y después terrenos al ayuntamiento para la construcción de edificios.

Los años pasaron para la familia Aragón, así se apellidaban. Durante años les acompañó una vida próspera, llena de riquezas y lujos, mientras los hijos y los nietos crecían haciendo que el clan se alargase en la historia de la familia y la propia ciudad.

Se creía que, hacía unos trescientos años, dos de los varones de la familia habían conseguido llegar a ser alcaldes y que habían sido aclamados por el buen mando que habían ejercido y los avances que habían llevado a la

ciudad. Algo en común a todos los miembros de la familia Aragón era su pasión por la literatura. Era bien sabido que en el palacete donde vivían, una generación tras otra del clan Aragón, tenían una gran biblioteca privada con libros de todas las épocas.

A todos sus miembros les gustaba la lectura, por ello, se decía que tenían una gran capacidad intelectual y que gracias a eso habían llegado a ser ricos e incluso alcaldes. Pero las malas lenguas contaban otra versión completamente diferente. Decían que el más antiguo de los Aragón, cuando era apenas un adolescente imberbe, había estado trabajando en una librería a cambio de un plato de comida al día y que la señora le zurciese la ropa cuando se le rompiera. Allí había encontrado un viejo libro de hechizos, en un hueco del suelo, bajo una madera podrida. Seguramente, ni la dueña sabía de su existencia.

Aquella noche, cuando la tienda se cerró y se quedó en su camastro en la trastienda, alumbrado por una vela, comenzó a leer el libro a duras penas. Tardó, según contaban, cuatro horas en dar con un hechizo que decidió probar. Ese conjuro hablaba de riquezas y fortunas. Y por si acaso funcionaba, lo hizo. Era sencillo. Simplemente, tenía que colocar una vela blanca en el centro de una habitación y, con el libro abierto, recitar una serie de palabras en latín.

Así lo hizo y no ocurrió nada. Cerró el libro enfadado consigo mismo por haberse creído esa sarta de tonterías y se fue a dormir. Se decía que tras esa noche se despertó en una cama con dosel de hilos dorados entre un mullido edredón de plumas, con un pijama de señorito, y que un puñado de doncellas lo habían ido a recibir al despertar. Eso era lo que contaban las malas lenguas, debido a que siglos después la fortuna se desvaneció de la noche a la mañana.

Rondaba el año 1853 cuando el último descendiente de la familia sin mujer que pudiera soportar su genio, sin hijos y sin doncellas que lo aguantasen, se había quedado solo, y en su soledad comenzó a convertirse en un ser todavía más huraño y encerrado en sí mismo.

La única persona que se atrevía a verle el rostro era una anciana, a la que la vida le había dado ya suficientes palos como para asustarse de una persona como el último de los Aragón. Le lavaba la ropa y las sábanas una vez a la

semana y le hacía comida de tres en tres días. Fue ella la que lo encontró muerto una mañana cuando acudía a hacer sus faenas. Estaba sentado en una butaca tapizada de telas rojas traídas de Italia con la boca abierta y los ojos cerrados. Había dejado una nota, una última voluntad. La anciana, al no saber leer, cogió aquel trozo de papel y corrió a las autoridades que paseaban por la calle para mantener el orden a avisarles de lo que había pasado. Una vez dentro de la casa, mientras uno de los dos hombres corría a avisar a un médico que certificase la muerte, el otro permaneció allí con la anciana, que estaba esperando a ver qué pasaba con la paga que el reciente fiambre le debía de las últimas semanas. A la anciana mujer no le pasó desapercibido el hecho de que el policía leyese el folio que había encontrado una y otra vez y le preguntó qué ponía en él. El policía dudó unos instantes de si debía leérsela o no, pues lo legal hubiera sido que solo un abogado de la familia lo hubiese hecho, pero le resultó tan extraño lo que en ella pedía que pensó que no pasaría nada por compartirlo con aquella anciana. Le dijo que, en ese papel, había dejado constancia de su último deseo. Decía que todas las noches, en pesadillas, se le aparecía un adolescente vestido con harapos venido de otra época que le contaba que había sido el primero de los Aragón y que, como castigo a no haber tenido descendencia, iba a morir pronto, ya que su persona no servía para nada, además de atemorizar a cuantos hubiese a su alrededor.

En un principio pensó que eran tonterías, pero ese personaje que decía ser el primero de todos le daba detalles que él no conocía de los ancestros de su familia que después comprobaba en los libros de la biblioteca de su casa en los que se relataba su historia. Fue así, poco a poco, como comenzó a tomárselo en serio, hasta que una noche, la última que había soñado con él, le dijo que, si no quería arder en los infiernos durante toda la eternidad por su comportamiento ruin y mezquino, debía donar la biblioteca a la ciudad de Zaragoza. Y así lo había dejado escrito. Lo que el muerto no sabía era que por su comportamiento debía pagar igual, aunque no fuera a arder en el infierno, y allí se quedó, donde había muerto, en la biblioteca que tanto despreció en vida y en la que estaba condenado a vagar hasta el fin de los tiempos.

—Y te digo yo, chavalín, que ese personaje sigue aquí como castigo por

despreciar los libros de esa manera, condenado a vagar siempre entre ellos. ¿Se te ocurre algo más irónico? Para él este castigo debe ser como el infierno.

A mis catorce años de entonces una se me iba y otra se me quedaba. Hacía tiempo que no escuchaba una historia de fantasmas, pero quién sabía si en verdad existían o no.

—Vaya —dije—. Es una historia increíble.

—Es más que una historia —dijo entre hipos después de haberse bebido casi media botella desde que había comenzado a relatar la leyenda—. Aquí hay un fantasma. Yo no lo he visto, pero lo siento, sobre todo por las noches, cuando me quedo solo aquí vigilando que nadie se cuele. Escucho sus pasos aproximarse hacia mí y cuando me doy media vuelta el ruido se esfuma. Como si nunca hubiese estado allí, pero está, yo sé que está, que me vigila por las noches, y a los lectores por el día. Por supuesto que sí. Estoy convencido, no estoy loco. Y los muebles. Los muebles no se mueven solos y menos pueden con ellos las ratas. Bah, tonterías de los incrédulos modernos, aunque en el fondo niegan la existencia de fantasmas porque son unos cagaos. Y luego están los libros: el idiota mariposón del bibliotecario se cree que soy yo el que los desordena por las noches. Pero vamos a ver, ¿para qué iba yo a desordenar los libros por la noche? ¿Qué beneficio iba a sacar yo de eso?

Le dejé hablando solo. Tal vez la leyenda que me había contado fuese cierta o no, pero podría dar para un nuevo relato, aunque yo estaba convencido de que cuantas más cosas desagradables ocurriesen y más hechizos hubiera, más entretenida saldría.

Estaba subiendo de nuevo por las escaleras con la vela en la mano cuando escuché un ruido a mi espalda y me volví de pronto. No había nada, solo oscuridad.

—¿Gervasio? —llamé.

Por respuesta obtuve un hipo del cuarto del que acababa de salir. El conserje no había salido de allí. De pronto escuché otra vez una especie de portón abriéndose. Ese ruido lo escuché a mi lado. Alargué la mano temblorosa despacio para ver que en la pared había un hueco tapiado donde en su día había habido una puerta. Era de allí de donde venía aquel sonido,

como si la puerta todavía estuviese y alguien la cerrase o abriera. A continuación, el pulso se me aceleraba cada vez más y comencé a escuchar unos pasos que se acercaban hacia mí desde el pasillo que había dejado atrás. Paralizado por el miedo, escuché cómo los pasos pasaban a mi lado, se detenían un segundo como si alguien me estuviese observando y la luz de la vela bailó unos segundos sin llegar a apagarse para, a continuación, escuchar los pasos avanzar de nuevo y alejarse de mí, camino de la puerta tapiada.

Recuerdo que estuve petrificado allí sin atreverme a mover un solo músculo durante unos cuantos minutos y que fue al escuchar un ruido procedente de la habitación que Gervasio se había habilitado en los subterráneos de la biblioteca cuando mis piernas se dignaron a moverse. Tiré la vela al suelo, que se apagó al instante, al levantarse un pequeño manto de polvo al caer, y atravesé la puerta como alma que lleva el diablo hasta la salida principal de la biblioteca sin preocuparme si los ruidos de mis pasos al correr molestarían a los lectores o no. Solo quería salir de allí. Una vez respiré aire fresco del helado mes de diciembre de aquel año de 1936, me dirigí a Correos sin mirar atrás, jurándome que nunca nunca, regresaría a aquella biblioteca encantada, y si alguna vez no podía evitar una visita por algún tipo de compromiso urgente, lo haría acompañado de cuantos rosarios pudiese encontrar, por si acaso.

Solo tenía que girar la esquina para llegar a Correos y así lo hice. Antes de entrar un hombre me cacheó de arriba abajo.

—Trabajo aquí —anuncié.

—Da igual. Tenemos que comprobar que no llevas armas para entrar en un lugar oficial.

—Ah.

—Anda, pasa.

Entré. Correos estaba lleno de gente que quería escribir a sus familiares para decirles que estaban bien tras el bombardeo y las filas eran inmensas. Avancé entre la gente hasta llegar al mostrador donde encontré a Ramón, igual de malcarado que siempre, atendiendo a una mujer que quería mandar una carta a Francia y que no conocía el código postal pero sí la dirección.

—Ramón... —comencé. Antes de que pudiese acabar, un hombre joven

de unos treinta años gritó desde el fondo.

—¡Eh, chaval! ¡No vengas de listo a colarte de todos nosotros, que llevamos mucho rato esperando en la fila!

—¡Eso, a la cola! —comenzaron todos a gritar.

Al estar atendiendo a los gritos, no me había dado cuenta de que Ramón, en un afán protector que nunca me hubiese imaginado de él, había salido del mostrador con su peste a orines y pedo encerrado. Apoyando las manos sobre mis hombros, gritó:

—¡A callar todo el mundo, panda de bocazas! Este chico no se cuele, es mi ayudante.

Todos callaron, pero sin apartar la vista. Ramón me empujó hacia el interior de su despacho que, si cabía, olía peor que los días anteriores. Me dijo que esperase un momento antes de bajar a seguir ordenando cartas. Entre los montones de cajas y cartas que tenía en su habitáculo, cogió una caja de cartón rota por las esquinas y me la dio.

—Son más cartas que estaban sin entregar de hace años. Me sonaba que alguna quedaba por aquí arriba perdida, pero no he tenido tiempo de buscarlas hasta esta mañana. Hala, a darle al tajo.

Salí de allí con la caja en los brazos y lancé una sonrisa triunfante al que había empezado a gritar que no me colase para que se metiese la lengua por donde mejor le cupiese y bajé hasta mi lugar de trabajo.

Dejé la caja en el suelo y comencé a mirar las cartas para ordenarlas por años, pero me encontré algo mejor: una carta de principios de 1926 dirigida a Gabriel Sanjuán. Tuve que leer el destinatario tres veces para creerme lo que estaba viendo.

Le di la vuelta y leí la dirección del remitente. La carta había llegado desde París, enviada por Cristóbal Sanmartín. Intenté leer en el matasellos la fecha, pero me resultó imposible. Abrí la carta: «26 de enero de 1926».

Según la noticia del periódico que leí en la casa abandonada de Cristóbal, en esas fechas, Cristóbal ya estaba muerto. Queriendo apartar ese detalle de mi mente, intenté concentrarme en la lectura de la carta.

Querido Gabriel:

La vida en París es mucho más complicada de lo que puedas imaginarte, y más estando solo. A veces me cuesta creer que realmente estoy aquí, en una ciudad enorme que no conozco y que ella tampoco quiere conocerme. De momento, y sin conocer el idioma extraño, solo consigo sobrevivir a duras penas, y si lo consigo es gracias al dinero que tú me diste para poder comprar algo de comida día a día. Aquí el alquiler de un piso o de una mísera pensión está por las nubes, y los sueldos son especialmente bajos para los inmigrantes de un país en guerra. A veces me despierto por las noches y tengo la sensación de que todavía continúo en casa, en Zaragoza, pero esa visión se desvanece en el instante que enciendo la lámpara de la mesita que apenas alumbra. Hace frío, demasiado frío, y no hay nada con lo que calentarse. Nieva todos los días y las calles se hielan. Es difícil caminar por ellas sin caerte al suelo de un resbalón y partirte la cabeza. A veces creo que, si eso me sucediera, todo sería más fácil. Ya no tendría miedo, ni frío. No pasaría hambre y no la echaría de menos de la forma en la que lo hago. He aprendido a apreciar hasta los más pequeños detalles de lo que tenía en Zaragoza. Al final va a resultar cierto eso que dicen de que no sabes apreciar lo que tienes hasta que lo pierdes. Echo de menos a mi madre, y a ti. Y por supuesto a ella. Me gustaría pedirte que cuando tengas tiempo, pongas una rosa roja sobre su lecho, de mi parte. Seguro que le gustaría.

Te deseo lo mejor,

Cristóbal  
París, 26 de enero de 1926

Sentí un escalofrío al leer de nuevo la fecha de esa carta. Enero de 1926. Se suponía que había muerto en diciembre de 1925. Que yo supiera, los muertos no podían escribir cartas.

Sentía que algo se tensaba en mi estómago al leer aquellas palabras. Me había identificado con él en la parte que hablaba del hambre y del frío. Y, en cierto modo, en la parte en que decía que la echaba de menos, me recordaba a Cora, porque yo también la echaba de menos.

Cogí el sobre para meter la carta y volví a leer la calle del remitente. Me guardé la carta en el bolsillo, intentando pensar. Cristóbal estaba muerto desde hacía un mes cuando la carta fue escrita, o eso se suponía. Pero la carta estaba ahí y no engañaba. Además, había encontrado otra vía. Tenía la

dirección de Gabriel. Ahora debía pensar cómo abordar el tema. Si sería mejor ir a entregarle alguna carta que pudiera enviarle alguien, una carta que yo interceptara a la entrada en Correos para su posterior distribución y comenzar a preguntarle, o ir a visitarle, esperando que me contase algo de aquella historia. Después de pensar un rato, no sabía cuál de las dos excusas era la peor. Decidí que ya pensaría con más tiempo la excusa para hacerle una visita a Gabriel y que me diese algo de información, aunque aquello parecía tener muy poca relación con lo que le ocurrió a Rosa.

Pasé el resto de la mañana ordenando cartas en sus cajas y haciendo parones de vez en cuando para leer la carta, y otra vez más para acompañar a Ramón al café a desayunar. A su pesar, y por mucho que él se empeñase en negarlo, me estaba cogiendo cariño, y él sabía que yo lo sabía. Pero eso es algo que ocurre sin más y no puedes evitarlo. Salí de allí y antes de ir a casa decidí hacerle una visita al padre Juan. Ya que tan bien se había portado conmigo, me apetecía saludarle.

## 28

París, 26 de noviembre de 1940

El café se nos había quedado frío en las tazas y las magdalenas comenzaban a perder la esponjosidad que las caracterizaba. El sol salía entre las nubes y se reflejaba en las gotas de agua de la ventana.

—¿Qué pasó con aquella carta? ¿Cristóbal estaba vivo?

—No adelantemos datos de la historia, que luego uno se lía. Te lo contaré en la siguiente visita. Y, por cierto, mi tío no se tragó lo del justificante, pero con otras palabras me dijo que ya iría a las caballerizas cuando terminásemos lo que nos traemos entre manos.

—A tu tío no se le escapa una.

—Tengo hambre, ¿te apetece comer algo?

—Pues sí, pero voy a comer con mi mujer y tú deberías ir a ver a Laure con un ramo de flores en la mano.

—Ya, ¿y después qué le digo?

—Pero vamos a ver, ¿quieres estar con ella o no?

—Que no lo sé. Cuando estoy con ella me acuerdo de Cora y cuando me acuerdo de Cora me acuerdo de ella también.

—Pues entonces dile que necesitas tiempo para pensar y que mientras te gustaría ser su amigo.

—No va a hacerme caso.

—Si le llevas un ramo de rosas y le dices lo que te acabo de decir, te hará caso.

—¿Y tú desde cuándo te has hecho un experto en esto? —dijo frunciendo el ceño.

—No te haces idea —respondió con una sonrisa.

En ese momento, tan oportuna como siempre, Hélène entró en el despacho, llamando a la puerta y sin esperar a que le dijeran que tenía que entrar.

—Nada, nada. Yo me voy, adiós.

Salí a la calle y me dirigí automáticamente a una floristería. Pedí un ramo de rosas rojas frescas y que las envolvieran con algún papel brillante y bonito. Al salir de allí, me topé con el padre de Oliver, mi amigo que vivía encerrado en la biblioteca del heredero de Napoleón.

—¡Esteban! Me alegro de verte. ¿Y esas flores?

No lo había visto venir.

—Es que tengo que ir a pedir perdón.

—Ya veo. Oye, me dijo Oliver que hace mucho que no te ve.

—Sí, últimamente ando con la cabeza en muchos sitios. Aunque él tampoco pone mucho de su parte: está todo el día metido en la biblioteca, leyendo esos libros raros.

Suspiró y pareció encoger.

—Ya lo sé, hijo mío, ya. Pero es que no hay forma de sacarlo de allí. Fíjate que cuando me contó que te había conocido, vi un rayo de esperanza. Pensaba que, si hacía amistad contigo, tal vez se le irían de la cabeza esas cosas de fantasmas y tonterías de ese calibre, pero parece que no, que ni con esas. Tal vez si conociera a alguna chica...

—No se crea, si ya la conoce y tampoco... Ahí sigue con sus libros y sus fantasmas.

—¿Qué me dices? ¿Que mi Oliver festeja con una mujer?

Había metido la pata, a mí no me correspondía hablar con su padre de eso.

—Bueno, más que festejar, digamos que son amigos.

—¿Pero amigos de esos que se meten mano o no?

La pregunta me incomodó.

—Bueno, no lo sé, eso no me cuenta.

—Ya, bueno, y supongo que si lo supieras tampoco ibas a decírmelo, como es normal. En fin, me marchó, ya que voy retrasado. Me alegro de

verte, hijo.

—Igualmente, señor.

Continué mi camino hacia el *ballet* y allí me senté como un tonto de capirote a esperar a que terminasen el ensayo. Cuando el maestro dijo que ya era suficiente por ese día, que parecían un montón de vacas patudas recién paridas y que se fueran a casa a descansar, me acerqué para que me viera con las flores por delante.

Me observó de reojo y después se percató de que iba con un ramo de rosas. Con mala cara, bajó las escaleras y se acercó.

—¿Qué quieres?

—Pedirte perdón. Ayer quedé como un estúpido y lo siento. No debí quedarme callado ni después responderte lo que dije.

Al menos no me estaba inventando nada y las palabras las sentía de verdad.

—Siento lo que te dije, y quiero pedirte algo de tiempo para aclararme.

Apretó los labios.

—Si necesitas tiempo, es que la respuesta es no. Pero no importa —dijo sin dejarme hablar—, podemos ser amigos.

Cogió el ramo.

—Son bonitas, gracias.

El ser humano es la única especie animal que solo se da cuenta de lo que tiene delante cuando se le escapa de las manos. Y eso era lo que me pasaba a mí con Laure. No tenía nada claro que quería estar con ella, pero tampoco quería que se marchase con algún estúpido bailarín principal o solista y sus piernas de acero de tanto brincar. Salí del *ballet* como si tuviera un peso sobre los hombros que no podía quitarme de encima.

Aquella tarde la pasé con Luke. Había llegado a casa del colegio con el uniforme lleno de barro y no nos contó a nadie lo que había pasado. Se cambió, se dio una ducha y bajó al salón en busca de su merienda para llevársela a su cuarto y no ver a nadie. Pasado un rato, le dije que quería ir al parque con *Rufus* y que si le apetecía acompañarnos. Igual no le venía mal despejarse un rato. A regañadientes terminó aceptando venir conmigo como si no le apeteciera hacerlo. Salimos de casa con el perro tirando con fuerza de

la correa y al llegar al parque lo soltamos para que corriese entre los árboles.

—Oye, ¿estás bien? Pareces un muerto —dijo.

Me sorprendió su apreciación.

—Sí, estoy bien, son tonterías en realidad.

—Ah. Pues vale.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Perfectamente —dijo cortante.

—¿Qué ha pasado en las clases? ¿Por qué has venido tan sucio?

—Por nada, he tropezado en un charco.

—Ya, por eso no has querido contarnos nada en casa. Si hubiera sido eso... —dije sentándome en uno de los bancos mientras unos oficiales nazis pasaban a nuestro lado campando a sus anchas.

Se sentó conmigo.

—Ha sido León.

—¿León? ¿El que su padre es miembro de la SS? —dije en voz baja.

—El mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —se empeñó en decir cruzando los brazos y agachando la cabeza.

Suspiré.

—¡Luke!

Parecía que los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia.

—Es un asqueroso. Le odio. A ver si se va pronto a Alemania, como lleva diciendo un mes, y allí le parte un rayo en tres o cuatro trozos.

—Sí que te cae mal, ¿eh?

—¡Se mete contigo, con mi padre y conmigo! Dice que tú eres un republicano de mierda y que por eso te has marchado de España como un traidor. De mi padre dice que es un antipatriota o algo así y que no estaría mal que los nazis como su padre le cerrasen el negocio y lo mandaran a la ruina. Y de mí dice que mi madre era una puta y que por eso soy raro. Me he tirado sobre él para partirle la cara, pero me ha hecho la zancadilla y me he caído a un charco de barro y, por supuesto, todos se han reído de mí. No me está mal por pertenecer al club de los idiotas.

—Conmigo —añadí.

—Pues eso es lo que ha pasado. Pero no quiero que se lo digas a nadie, y a mi padre menos.

—No te preocupes, no se lo diré a nadie. Además, el idiota es él, no sabe de lo que habla. Se limita a escuchar las cosas estúpidas que dice su padre en casa y a repetirlas sin ton ni son para parecer mejor de lo que es, cuando no es más que un bocazas y un payaso que no sabe ni atarse los zapatos. No merece la pena que pierdas el tiempo con él. La próxima vez que te diga algo, no le hagas caso.

—¿Y si no me deja en paz? Porque nunca me deja en paz y no lo aguanto. No puedo callarme.

—Pues le dices que a ver si se marcha pronto a Alemania y con suerte se cae dentro de un pozo sin fondo.

—No se callará si solo le digo eso.

—Bueno —dije poniéndome ya algo nervioso—, pues entonces le dices que para puta su madre, que lo parió a él.

Río con ganas y pareció que se olvidaba de lo que había pasado durante un rato. Regresamos a casa no mucho después. Era temprano. Me senté en el salón junto con Beatrix y Odette. Mientras ellas veían el televisor, yo me dediqué a leer un libro en francés y anotar las palabras que no entendía, que por suerte eran ya muy pocas.

Cuando llegué a París y comencé las clases, Eric me había dado un cuento infantil sobre un perro que se pierde y va encontrando animalillos por el bosque que le ayudan a regresar a su casa. Me lo dio porque tenía un vocabulario sencillo y simple para empezar.

Me sentí como un estúpido haciendo deberes en casa, después de tantos años sin ellos, traduciendo un libro para niños de cuatro años, pero descubrí que era un buen sistema para aprender palabras nuevas y la construcción de las frases.

Y viendo los dibujos de los bosques, me acordé de que, al poco de llegar, nos marchamos todos de vacaciones a Morlaix. Era un pueblo situado en Finisterre, donde nunca hacía calor y donde el cielo estaba continuamente nublado, como a mí me gustaba. Tenían allí una casa rodeada de campos. La

mansión tenía tres plantas, jardines y servicio todo el año, para cuando a mi tío le apeteciera ir allí a pasar unos días. Al bajar de la estación de tren me pareció estar en medio del cuento del perro. Era precioso. Las casas eran antiguas, había pequeñas tiendas de pasteles y pan, y carnicerías donde también se vendía queso y se respiraba tranquilidad en el ambiente. La casa estaba alejada del pueblo y llegábamos a él todas las mañanas, en el coche que mi tío tenía allí, para desayunar en uno de los cafés.

Me hubiera quedado a vivir en Morlaix para siempre. Fueron quince días inolvidables, pero después tuvimos que regresar a la realidad. Beatrix me sacó de mi ensoñación.

—No hablamos mucho últimamente —comentó sentándose a mi lado.

—Es cierto, no solemos hablar demasiado.

Sonrió.

—Supongo que no tendremos mucho en común y que será por eso.

—Sí, es por eso.

—Solo quería que supieras que puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Si tienes algún problema o te ocurre cualquier cosa...

Para eso tenía a mi tío, e incluso a Luke.

—Gracias, lo tendré en cuenta, y lo mismo digo.

—Solo pretendo que te sientas como en casa. Nunca hemos hablado de esto, pero imagino que tiene que ser difícil para ti venir a un país que no conoces y enfrentarte a todos estos cambios.

No entendía ese interés repentino en mí.

—Te lo agradezco.

Se quedó mirándome.

—¿No hay nada que quieras contarme? ¿Puedo ayudarte?

—No tengo nada que contar ahora mismo, Beatrix. Pero vamos, tú tranquila, que lo que te contó Odette sobre lo que pienso de ti es mentira, se lo inventó para dejarme mal.

—¡Eres un mentiroso! ¡Lo dijo, madre, lo dijo y lo dijo! ¡Yo no me inventaría una cosa así! —intervino Odette.

—¿Y yo sí? Estoy harto de ti, niña.

Me levanté, me fui a mi cuarto y cerré de un portazo. Cogí un puñado de

folios y comencé a intentar escribir, como siempre, sin conseguirlo.

## 29

A la mañana siguiente, cuando me disponía a salir de casa para ir a ver a Eric a la editorial, alguien llamó a la puerta. Al abrir, comprobé que era él.

—Me alegra encontrarte en casa. Pasaba por tu calle para hacerle un favor a Hélène y he pensado que podríamos desayunar por aquí cerca.

—Vale, pero difícilmente le vas a poder hacer un favor a Hélène, no vive por aquí.

Frunció el ceño y después cayó en la cuenta.

—No lo retuerzas tanto —dijo dándome un manotazo en el brazo—. ¿Vienes o no?

—Claro, voy a por el abrigo.

Caminamos por la calle. Al pasar frente al Palais Garnier me quedé mirando el cartel con el rostro de Laure, que estaría allí durante mucho tiempo.

—Esa es Laure, ¿verdad?

—Sí, es guapa —dije.

—Una belleza.

No hubo más comentarios. Entramos en un café pequeño y con las mesas apretadas que me recordaba a los cafés de Zaragoza. Apenas había gente. Pedimos dos cafés y un trozo de pastel de zanahoria para cada uno. Poco después nos lo sirvieron.

—Me quedé en la visita al padre Juan —dije.

## 30

El orfanato que regentaba se me antojó más grande que la vez anterior, a pesar de que me daba menos miedo. El edificio era un enorme amasijo de ladrillos por una zona que debía ser de nueva construcción o remodelada recientemente, en contraste con unas pesadas losas de piedra de grandes dimensiones. Sobre la puerta de entrada se veía la figura labrada del Niño Jesús con sus brazos extendidos a modo de bienvenida con una corona dorada sobre la cabeza.

Empujé la gran puerta de madera que pesaba como un muerto y entré. Se estaba caliente, aunque no demasiado. Había niños corriendo por el pasillo de lado a lado, jugando a pillar o al escondite. Caminé hacia la derecha en busca del despacho del padre Juan.

Cuando llegué, llamé a la puerta y esperé. Creí escuchar un «Pase» lejano y preferí esperar a estar más seguro de que me habían dicho que entrara. Poco después, la puerta se abrió y encontré al padre Juan ante mí. Al principio me observó de la misma forma que debía observar a todo niño que aparecía por allí, con cariño y ofreciéndole una sonrisa amistosa para dejarle claro en la primera impresión que era bien recibido en aquella comunidad de niños sin padres. Un segundo después me reconoció.

—Vaya, Esteban. Qué sorpresa tan agradable verte por aquí. Anda, pasa, acaban de traerme una jarra de leche caliente con miel. Seguro que te apetece —dijo esto último acercándose a mí y en tono confidencial.

—Gracias.

Entré. Allí se estaba más caliente. Juan se sentó en su silla y yo frente a él. Me sirvió un vaso lleno hasta el borde y otro para él. Se sentó.

—Bueno, cuéntame. ¿Qué te trae por aquí?

Encogí los hombros, sorbiendo.

—Quería acercarme a saludarle y a darle las gracias por haberme enviado a casa de Justo. Estoy muy bien allí. Es muy bueno conmigo, y Remedios también. Creo que he tenido suerte, dentro de lo que cabe, claro...

Sonrió.

—Me alegro mucho de que estés allí tan a gusto.

Bebió del vaso y nos quedamos unos instantes en silencio.

—¿Cómo te llevas con los nuevos compañeros?

—Bien, sobre todo con Javier.

—Ah, el pequeño. Creo que estamos a punto de localizar a una tía suya que vive en Argentona, un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona. Tal vez pueda hacerse cargo de él.

Asentí con cierta tristeza.

—Y hace un rato la hermana mayor de uno de los niños ha ido a casa de Justo a buscarle, con que ya sois uno menos. Está costando dar con los familiares, y lo más seguro es que a alguno de ellos no les quede nadie.

Agaché la cabeza; yo mismo estaba en esa situación.

—¿Y los chicos que vinieron aquí cuando yo vine?

—Pues ya están todos en sus casas, con sus padres o familiares.

—Me alegro por ellos.

Sonrió de nuevo, mostrando una dentadura amarillenta. Después de apurar el vaso de un trago, lo dejé sobre el posavasos.

—Oiga, padre Juan, quería saber si necesita ayuda aquí. Para hacer alguna cosa o no sé, lo que sea, puedo pasarme un rato por las tardes. Justo me ha pedido que le eche una mano a Remedios con tanto inquilino, pero los ratos que tenga libres podría venir aquí.

—Eres muy amable —agradeció—. De momento no se me ocurre nada, pero te tengo localizado para cuando me hagas falta. ¿Te parece bien centrarte ahora en ayudar a Remedios y, cuando todo se calme en casa, que cuente contigo para alguna cosa?

—¡Estupendo! —grité.

Me puse en pie y alargué la mano para que me la estrechase.

—Pues en eso quedamos —añadí—, cuando le haga falta ayuda, avísame.

—Perfecto. Ah, espera, antes de que se me olvide..., tengo algo para Justo, pero no he podido llevárselo todavía. ¿Me harás el favor de llevárselo?

—¡Pues claro!

Cargado con unas ristras de chorizo de La Rioja que le mandaba un amigo suyo que los hacía en una carnicería y que también era el encargado de matar a los cochinos y a las terneras en el matadero cercano a su tienda, caminé directo a casa intentando que no se viese el cargamento que llevaba para que nadie que lo viese me asaltase y me lo robase.

Llegué a casa de Justo un rato más tarde de lo normal y ya habían comido todos. Estaban en el salón jugando con unas peonzas y tabas. Justo y Remedios estaban compartiendo una botella de algo que olía fuertemente a alcohol mientras se calentaban frente al fuego.

—¿Dónde te has metido? —preguntó Remedios nada más verme.

—Me he pasado a saludar al padre Juan antes de venir aquí. Me ha dado esto de no sé quién que se lo envía de Soria y mata terneros.

—¿De Soria?

—Eso creo.

—¿No será de La Rioja?

—Ah, es verdad, eso, eso, que me he confundido. Voy a llevarlo a la cocina.

Los chicos, que estaban jugando en la alfombra, se habían quedado mirando uno de los chorizos que sobresalía del envoltorio como si nunca hubiesen visto ninguno, y Javier estaba relamiéndose los labios. Justo, al verlos, anunció que esa noche cenaríamos todos chorizo con huevos fritos, noticia para la que hubo un clamor general.

Fui a la cocina y dejé el chorizo. Remedios, a la que no había visto venir tras de mí, me calentó unos canelones de carne y los comí en su compañía. Subí a mi dormitorio y dejé la carta que había robado bajo mi colchón. A continuación, me dirigí al despacho de Justo, cogí el libro que estaba colocado en una esquina de la mesa y bajé con él, dispuesto a pasarme el resto de la tarde leyendo los maravillosos cuentos de Andersen, tanto para mí como para todos los demás habitantes de la casa. Entré en el comedor

cerrando la puerta con el pie. Allí estábamos todos. Javier ayudaba a Justo a echar un nuevo tronco en la chimenea y a soplar para que prendiese pronto. Me senté en la alfombra, apoyando la espalda en el bajo de una butaca que compartían dos niñas que jugaban a las palmas, y entonces, bajo la mirada expectante de todos, les pregunté si querían que leyese en voz alta, a lo que solo respondieron Javier, Justo y Remedios. Especialmente Javier, con un eufórico «¡sí!».

Abrí el libro y continué con el cuento que venía a continuación. Dos horas después, la voz me carraspeaba ligeramente y Justo se ofreció a seguir leyendo. Javier estaba dormido en el regazo de Remedios con la boca abierta y babeaba sobre su vestido de pana marrón oscura mientras ella lo acunaba. Pasamos la tarde entre cuentos de Andersen que nos transportaron a todos a otros mundos lejanos, con frío y calor, con personajes mágicos a los que cogías cariño sin darte cuenta para perderlos al leer «fin». Tras un buen puñado de cuentos, Remedios, Javier, cogiéndome la mano, y yo bajamos a la cocina a preparar la cena para todos. Remedios comenzó a pelar patatas para hacer puré y Javier y yo nos dedicamos a cascar los huevos y verterlos en un cuenco todos juntos. Después cortamos el chorizo en pequeños trozos. Javier no pudo resistirse a comer tres o cuatro. Era agradable estar con él, te daba cariño sin más, tal vez buscando como respuesta el cariño que le faltaba de sus padres. Lo echaría de menos cuando esa tía suya se lo llevara. Cuando las patatas estuvieron cocidas y machacadas, los huevos fritos recién sacados de la sartén y el chorizo frito, Javier y yo nos colocamos bajo el marco de la puerta de la cocina y gritamos.

—¡A cenaaaaaaaaaaaaaar!

Javier aguantó el grito más rato que yo y, tras una risita, corrimos a nuestros sitios en la mesa. Escuchamos los pasos correr en el piso de arriba y descender por las escaleras. Remedios estaba poniendo la comida en los platos y se vio aborrecida por un montón de bocas hambrientas sucumbiendo al aroma del chorizo sobre los platos que estaban ya servidos. Y los que no, los cogieron los chicos y comenzaron a ponerle el plato en alto y en fila para que los llenase lo antes posible.

—Tranquilos, tranquilos, hay para todos de sobra, poned los platos en la

mesa y ahora comeremos todos.

Pero ya se habían adelantado. Yo estaba esperando a que Justo y Remedios se sentasen, pero los que ya tenían la comida la estaban engullendo empujando con pan, y Javier se había saltado por la puerta grande el uso del tenedor y la cuchara. Había acabado ya con su parte del chorizo y el huevo y ahora comía puré también con la mano y con pan. No le dije nada, era divertido.

—Pero Javier, por Dios, hijo, mira cómo te estás poniendo —le recriminó Remedios.

Era cierto, llevaba la cara llena de puré y gotas de yema; las manos igual, y un par de manchurrónes en el jersey que le habían dado. Le limpió las manos con un paño y le puso una cuchara en el plato. Javier la cogió y continuó comiendo como si nada.

Todo desapareció en cuestión de cinco minutos. Después todos se empezaron a quedar dormidos con el estómago lleno. Justo los mandó a dormir y Javier me pidió que lo acompañase. Lo llevé de la mano hasta la habitación. Le quité el jersey lleno de manchas y lo tiré al suelo para echarlo a lavar a la mañana siguiente. Le ayudé a ponerse el pijama mientras tenía la cabeza ladeada y los ojos a medio abrir, con un gran esfuerzo. Lo metí en la cama y lo arropé. Debió de tardar exactamente un segundo en quedarse dormido del todo.

Por el contrario, yo me había despejado al subir las escaleras y salir del calor que daba el horno de la cocina. Sin saber qué hacer, me asomé a la ventana y comprobé que la noche estaba cerrada. El viento se había levantado y arañaba en las ventanas cerradas a cal y canto, intentando colarse. No se veía una sola estrella en el cielo, tan oscuro que apenas podía intuirse la inmensa masa de nubes negras.

A lo lejos, los relámpagos se veían cabalgar rápidamente camino de la ciudad, iluminando los campos y viejas casetas donde se guarecían los pastores. En unos minutos comenzaría a llover con furia. No sé si fue la sensación de cierta calma que me producía la lluvia, acompañada de relámpagos o no, o que tal vez me pareció un buen escenario para comenzar a escribir usando la máquina que Justo me había dado.

Abrí la puerta y asomé la cabeza al pasillo. Todo estaba a oscuras y en silencio. Todos dormían abrigados entre las mantas de sus camas. Al contemplar el pasillo y escuchar las primeras gotas golpeando en las ventanas, me pareció estar en un barco en medio del mar.

Con la máquina de escribir a cuestas, me acomodé en la biblioteca alumbrado por un farolillo de aceite. Acerqué la butaca a la mesa, descorrí las cortinas y levanté la persiana para ver la tormenta. Coloqué un folio en el tambor de la máquina, que parecía mirarme sonriente, y comencé a escribir sobre lo que sabía.

Había decidido que, en lugar de inventarme una historia, convencido de que mi capacidad inventiva no iba más allá de la velocidad del caracol, comenzaría a escribir sobre mí y todo lo que me rodeaba. En algunos momentos me sorprendía a mí mismo, introduciendo algunos elementos que no habían ocurrido en realidad, pero que creía acordes con todos los hechos que estaba relatando. Me lo estaba pasando bien. Después de estar un rato escribiendo sobre mi vida, cambié de tercio y me decidí a escribir una historia sobre fantasmas, demonios y ángeles que me había venido poco a poco a la cabeza mientras repasaba mi vida.

Lo primero que había aprendido del mundo literario, después de pasarme dos horas escribiendo sobre mí, era que cuanto más escribías, más ideas te venían, así que la clave debía ser esa: sentarse a escribir para que a uno se le ocurrieran cosas.

No recuerdo claramente cuánto tiempo estuve escribiendo o cuándo comencé a dejar de sentir los dedos al golpear la máquina de escribir. Lo que recuerdo es que, en una especie de estado de estupor que no había sentido nunca, con los párpados medio cerrados y los pies flotando, me levanté de la silla, dejando una palabra a medio escribir, y me metí en la cama en el reducido espacio que Javier, con la boca abierta y extremidades extendidas a más no poder, había tenido a bien reservarme para aquella noche de tormenta profunda y oscuridad infinita.

\* \* \*

Me sentía con fuerzas renovadas, a pesar de que no había dormido mucho aquella noche. La mañana se levantó clara. El sol brillante mostraba los primeros rayos, y no hacía demasiado frío para estar en diciembre. Javier seguía durmiendo, lo tapé hasta el cuello y al mirar el reloj de la mesita vi que era temprano.

Bajé a la cocina recorriendo la casa entre tinieblas matinales de sombras y oscuridad. Me dio la sensación de que la casa respiraba y me daba los buenos días. Tras pensarlo un segundo, pensé que ya había aprendido a delirar como los grandes artistas. Entré en la cocina, calenté leche y le puse dos cucharones de azúcar moreno, corté una rebanada de pan, la unté con mantequilla y mermelada y desayuné deprisa. Aquel día quería entrar pronto a trabajar y después hacer una visita al amigo de Cristóbal.

Antes de marcharme, pensé que podía dejar todo listo en la cocina para que Remedios no tuviese que hacerlo todo sola aquella mañana. No quedaba mucho para que todo el mundo se levantase, así que preparé café para Justo y para ella, dejé la leche en la cazuela para calentarla con el azúcar, corté rebanadas de pan, las coloqué sobre sus platos y las unté de mantequilla y mermelada. Cuando todo estuvo listo, me marché asegurándome de llevar conmigo la carta que me había apropiado el día anterior. Dispuesto a salir por la puerta, no me di cuenta de que Justo descendía por las escaleras en bata y zapatillas.

—¿Adónde vas tan temprano?

Después de pegar un salto y un grito por el susto que me dio, le dije que me había despertado hacía rato y que me marchaba a trabajar ya a Correos. Salí de la casa y comprobé que verdaderamente no parecía un día de invierno, casi se sentía calor.

Caminé por las calles todavía desiertas, a excepción de las ratas, que rastreaban el olor a sangre que había en los portales de algún edificio como una manada de lobos diminutos. Continué mi camino con rapidez y, poco después, comencé a sentir que el sudor comenzaba a cubrirme la espalda.

Llegué a Correos cuando apenas habían llegado los trabajadores. La entrada estaba a media luz y el guardia de seguridad me dejó pasar. Fui directo al habitáculo pestilente de Ramón, donde no le encontré. Aproveché

para abrir la ventana y dejar que aquella cueva a pie de ventana se ventilase.

Aprovechando la ausencia del cavernícola con carencia total del sentido del olfato, muy posiblemente atrofiado por años y años de aguantar un olor insoportable, comencé a poner un poco de orden en aquel lugar, aunque no demasiado, porque saltarían rayos y centellas contra mi persona, ya que no dudaría que había sido yo el que había trastocado su lugar de trabajo.

Apilé las cajas en orden alfabético y las retiré hacia la pared. Milagrosamente, encontré en uno de los cajones un pulverizador que llevaba dentro lo que debía ser agua de colonia de, tal vez, hacía un par de décadas y que todavía despedía aroma. Rocié con él toda la habitación y, cuando acabé, dejé que la ventana continuase de par en par un rato más. Salí de allí dejando también la puerta abierta y me dispuse a bajar a mi lugar de trabajo cuando vi al conserje. Me acerqué a él y le pregunté si podía prestarme su carro de la limpieza para hacer algo más habitable el espacio de Ramón. Mirándome con cara de chiste y diciendo que en el instante en que Ramón se enterase de que alguien había osado irrumpir en su despacho ardería Troya, me dijo que no quería saber nada. Me cedió el carro, añadiendo que se iba a almorzar.

Me dediqué a escobar y fregar el suelo, tras lo que descubrí que el color de las baldosas era cuatro tonos más claro que el que tenían. Quité el polvo de las estanterías altas, pasé un limpiador sobre el mostrador de madera y vacié el cenicero. Dejé el carro del conserje en su sitio, regresé, pulvericé más perfume y cerré todo a cal y canto, como si nadie hubiese entrado, y bajé a mi lugar de trabajo.

Pasé un buen rato ordenando cartas que a nadie importaban, hasta que escuché a alguien aproximarse a grito limpio. Ramón. Me quedé allí esperando a que llegase, como si nada. Abrió la puerta de golpe.

—¿Se puede saber quién te ha dado a ti permiso para limpiar mi despacho?!

Lo observé sin responder y sin inmutarme para seguir ordenando cartas.

—¿Te has quedado mudo?

—Yo —dije.

—¿Qué?

—Que me he dado permiso yo, que si viene Sanidad te manda a casa y te

precinta el garito, que no tengo ganas de estar aguantando ese olor concentrado de años y años de tus gases intestinales y ausencia de duchas, que ya no trabajas solo, que llegará el día en que ya no tenga cartas que ordenar y esté allí arriba contigo, y no estoy dispuesto a aguantar ese olor o a morirme por tu culpa, y no me mires así, que no sé cómo no has cogido ninguna infección por la falta de higiene, y ahora déjame trabajar.

Estaba rabioso.

—Pero ¿quién te crees que eres para hablarme de esa forma?

—Tu ayudante, tanto si te gusta como si no, porque te lo pidió Justo y lo aceptaste por la amistad que tenéis entre vosotros, cosa que aún no me explico, y no pienso coger hongos o vete tú a saber qué cuando esté en tu despacho.

Se quedó un largo rato observándome desde el marco de la puerta mientras yo intentaba fingir indiferencia ordenando cartas.

—Bien —gritó—, pues la próxima vez que decidas quitar las telarañas de mi despacho, al menos avísame.

Se marchó como había venido, dando un portazo bien fuerte para mostrar su enfado, que se le caía por los hombros sin fuerza. Sonreí y continué mi trabajo durante un rato.

\* \* \*

El paseo de las Damas era comparado con la calle Alfonso por sus tiendas distinguidas, a juego con sus vecinos adinerados con pisos de trescientos metros cuadrados, pieles de visón, abanicos de plumas y diamantes cosidos a las ropas de las viudas de guerra, a la par que lucen zafiros colgando de sus orejas y tienen rosas frescas cada mañana en su mesita de noche, sea la época del año que sea. Los viandantes de aquella zona, o los que quedaban que no habían huido de la guerra, debían de oler a la legua que no era de su categoría porque me observaban de soslayo con cierto asco en la mirada, como si no debiera estar allí, como miras a una rata que encuentras en la despensa de casa comiendo queso.

Busqué el número 54, la dirección señalada como la casa de Gabriel, en la

quinta planta.

El edificio parecía sacado de una novela de Poe. Estaba pintado de negro y adornado con gárgolas, seres extraños con colmillos y alas. Toda la fachada estaba labrada con flores, demonios y querubines. Tenía también unos faroles a lo alto y ancho que iban a juego.

El portero del edificio, un tipo alto, delgaducho y encorvado, me había estado observando mientras analizaba el edificio y, sin demasiado disimulo, había salido a la puerta con la excusa de fumarse un cigarrillo al aire libre. Llevaba unos zapatos negros brillantes, uniforme gris de portero y gorra a juego. Me observaba de refilón, fingiendo que el humo le molestaba en los ojos, y cuando lo miraba directamente giraba la vista y miraba para otro lado.

Tras unos minutos dedicados a tomarle el pelo, caminando alrededor del edificio y plantándome al otro lado de la calle mientras me quedaba observándole hasta que regresaba al interior del edificio para entonces dirigirme hacia él para hacerle salir de nuevo, decidí que ya era hora de dejar de hacer el tonto y entrar directamente.

Me planté ante él y le saludé.

—Buenos días, señor, ¿cómo está usted?

Me miró con indiferencia, encendiendo otro cigarrillo bajo el marco del portal.

—¿Quién eres, chaval? ¿Qué haces aquí?

No parecía agradarle que estuviera allí, pero tampoco me hablaba en mal tono.

—Vengo a ver a una persona, tengo un recado para él.

—¿Quién te manda?

A falta de más excusas, dije que mi jefe.

—¿Y quién es tu jefe?

—No sé cómo se llama, pero me ha dado la dirección y el nombre de la persona a la que debía visitar para darle un recado.

Para ser escritor, era pésimo inventando excusas. Como mis hazañas literarias siguiesen así, no llegaría ni a la esquina.

—¿Y ese jefe tuyo no tiene nombre?

Negué con la cabeza.

—Quiero decir..., sí, tiene nombre, pero yo le llamo siempre «jefe» y no sé cómo se llama realmente.

Apagó el cigarrillo en la pared del edificio y se guardó el resto en una pitillera.

—¿A quién vienes a ver?

—A Gabriel Sanjuán.

—¿Al señor Sanjuán?

—Así es. ¿Puede decirle que he venido?

—Sí, se lo diré, pero quiero que sepas que no suele recibir visitas en casa si no tiene cita previa para ellas.

Me quedé extrañado.

—¿Por qué? ¿Es médico o algo así?

El portero rio.

—No. Es heredero. Aunque también trabaja como arquitecto, al menos antes de que empezara esta puta guerra que no hace más que dejar cadáveres en las calles y niños asustados. Ahora ya no trabaja de eso, tampoco le hace falta con la fortuna que heredó de sus padres... ¿Por qué te cuento esto? A ti qué te importa...

—Es interesante —respondí pensando que tal vez me contase algo más.

—Bueno bueno, no me líes, chaval. Venga, que tengo mucho que hacer aquí para estar perdiendo el tiempo contigo.

Me guio hasta el ascensor; pasó él en primer lugar y después entré yo. Pulsó el botón en el que ponía 5 y comenzamos a subir. Intenté buscar un tema de conversación para el corto trayecto, pero pensando en ello llegamos a la quinta planta.

Fuimos a parar a un pasillo de madera clara cubierto con una alfombra. Había un largo corredor que iba de lado a lado del edificio con dos puertas de entrada. Una para el señor de la casa, y otra para el servicio. La más cercana al ascensor, que también quedaba justo frente a las escaleras, era la principal. Un cartel de oro con letras negras en relieve anunciaba que era la casa de don Gabriel Sanjuán. El portero llamó y me obligó a quedarme tras él. Desde el interior de la casa se escucharon algunas voces, y segundos después unos pasos acercándose hacia la puerta rápidamente. Yo no veía quién había

abierto, así que incliné medio cuerpo a un lado y observé que era una criada algo mayor, con canas que asomaban bajo su cofia. Un enorme rosario le colgaba del cuello y lo apretaba entre sus grandes y ajadas manos, llenas de manchas y de venas. Me pareció que podría tener alguna enfermedad en los huesos: tenía los dedos extrañamente doblados.

—¿Qué desea? —preguntó al portero.

—Este chaval dice que lo envía su jefe para darle un recado al señor Sanjuán.

La doncella me observó sonriente y pidió que esperásemos un momento. Cerró la puerta.

—No te va a dejar entrar. Ya lo verás —aseguró.

—Bueno bueno, aún no ha dicho nada, y yo de aquí no me marchó sin dejar el recado, que si no me la cargo y me darán palos.

—Eres muy cabezota para ser tan pequeño.

—A lo mejor no soy tan pequeño.

Me observó de refilón intentando calcular mi edad.

—No me vengas con tonterías, no tienes más de diez años.

—Catorce —dije enfadado.

Me observó de nuevo mientras yo mantenía su mirada con el ceño fruncido y comenzó a reírse.

—Pues entonces eres enano.

Y siguió riéndose hasta que la puerta volvió a abrirse.

—El señor dice que te recibirá. Sígueme.

Alcé las cejas y observé con superioridad al portero. Pasé por delante de él y la doncella cerró la puerta.

El recibidor de aquel piso era enorme. Tenía una estantería llena de libros, sillas, una mesita, un gramófono... Incluso tenía una chimenea. Podría haber pasado por una sala de espera de un médico rico con consulta de alta categoría. Abrió una puerta y me dijo que la siguiera. El pasillo al que entramos era ancho y de techos altos, luminoso y pintado de blanco, lleno de plantas y animales disecados, que siempre me habían dado grima. Al verlos, recordé el cuarto de mi casa donde mi padre los coleccionaba. Cabezas de león y de ciervo. Monos disecados y lobos mostrando sus dientes afilados.

Recordé la vez que trajo un caballo marrón disecado con los ojos vidriosos. Entré en la habitación porque me quería enseñar algo muy grande que me iba a buscar. Al ver a aquel animal, que me pareció gigante, me vomité encima y comencé a llorar. Mi madre hizo que lo sacase de casa y lo donase a un museo. Agradecí que los animales desapareciesen a mitad del pasillo, dejando atrás puertas que debían dar a algún gran salón y a las habitaciones principales de la casa.

Llegamos a otro recibidor. Calculé que debía dividir el piso en dos partes y seguimos por una de las dos puertas que había. Otro pasillo, pero este más corto y creí contar cinco puertas. Todo pintado de blanco y con más plantas y cuadros adornando las paredes, pero sin animales.

La doncella, que me había lanzado un par de miradas en el trayecto para comprobar que la seguía de cerca y no me colaba en alguna habitación donde no debía entrar, se detuvo ante la última puerta y llamó.

—Pase. —Se escuchó una voz grave desde el interior.

La doncella abrió, me cedió el paso, entré en un par de pasos y la puerta se cerró tras de mí de nuevo. Las ventanas eran grandes, altas y tenían una suave cortina blanca sobre ellas para que el sol no molestase a los ojos.

Había una mesa redonda en el centro del lugar cubierta con un mantel que debía ser de lino bordado con hilos de plata. Sobre ella, un jarrón de lilas frescas y seis sillas a su alrededor, perfectamente separadas unas de otras, y una vela blanca frente a cada una de ellas. Cuadros con rostros trazados a la perfección y un par de escenas de caza. Una gran lámpara pendía del techo y oscilaba ligeramente. La chimenea, que quedaba en la otra punta del cuarto, estaba encendida y ardía con ganas frente a su dueño, que descansaba en una butaca con los pies en alto y leía un periódico mientras fumaba una pipa blanca hecha de marfil con unas gafas de montura de oro sobre la nariz. No era mayor, apenas tendría veintisiete o veintiocho años. Tenía el cabello castaño y las facciones que podía ver en su perfil eran finas y serenas. Tenía los ojos a juego con el cabello, y a su lado pude ver una mesita baja de metal y cristal, redonda, con una botella de *whisky* y un vaso a medio beber.

También vi un bastón colgando del brazo del sillón donde se encontraba.

—Ahora estoy contigo. Siéntate.

Había un par de sillas colocadas cerca de la puerta y allí me senté. Mientras esperaba y seguía observando los adornos de aquel piso, que me recordaba a los de mi casa, vi que un perro, un cachorro al que no había visto, había saltado del regazo de Gabriel y corría divertido hacia mí. Apoyó sus patitas sobre mis espinillas y le pregunté al dueño si podía cogerlo.

—Claro, le encantan los mimos.

Cogí al cachorro, que debía ser una mezcla entre pastor alemán y labrador, de color rubio, y me lo puse encima. No tardó ni un segundo en lamerme la mano y las muñecas. No sé cuánto tiempo estuve jugando con el perro, hasta que aquella mujer abrió la puerta de golpe sin llamar.

—Gabriel, estoy buscando el libro para leer de la semana pasada... — Cuando se percató de mi presencia se quedó en silencio.

Gabriel se levantó del sillón apresurado.

—Sabes que no debes entrar sin llamar. Pensaba que habías escuchado la puerta de entrada; tenemos visita. —Cogió su bastón y, cojeando, se acercó a la puerta.

—No, lo siento, no lo había escuchado. Me voy a mi salón.

—Bien.

Cerró la puerta y me observó por primera vez.

—Es mi hermana. Tiene algún problema que otro. Se altera con las visitas. No sé por qué, y los médicos tampoco. Se pone nerviosa. Lo más que han llegado a decir es que es por un trauma de la infancia que ni ella recuerda.

—Lo siento por ella —añadí.

Durante los segundos en que pude observarla, vi que tenía los ojos azules y el cabello negro, recogido en un moño sobre la nuca. Tenía también los rasgos finos, como Gabriel. Era muy delgada y de estatura normal.

—Bueno, ¿quién te envía? ¿Qué recado es ese? Ah, y disculpa que no te haya atendido antes, no me gusta dejar los artículos a medio leer.

Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa con dificultad.

—No importa.

Guardamos silencio.

—¿Y bien?

Respiré hondo. En sus manos había tres sellos de oro con lo que me pareció una *S* de Sanjuán grabada en ellos.

—En realidad, señor Sanjuán, trabajo en Correos y me envió yo mismo.

Frunció el ceño y temí que me echara a patadas, pero, en lugar de eso, aguardó a que me explicase mejor.

—Quiero decir que trabajo en Correos y he encontrado una carta a su nombre entre unas cuantas más. Están sin entregar porque en su momento hubo algún problema. Y he venido para entregársela.

—Bien, entrégamela.

De todas las excusas que podía haberme inventado en ese momento, no fui capaz de dar con ninguna ingeniosa y que no me dejase por idiota. La carta, por supuesto, no iba a dársela.

—Por eso venía también. Es que se ha vuelto a traspapelar.

Frunció el ceño.

—A ver, hijo, ¿has venido a darme esa carta o no?

Dándome cuenta de que, si le seguía contando embustes, me sacaría a empujones y toda posibilidad de obtener algo de información de Gabriel Sanjuán desaparecería como yo por la puerta, cuando no lanzado por la ventana, saqué el tema de Rosa, que, al fin y al cabo, era por quien había comenzado la investigación.

Respiré hondo y después suspiré.

—¿Le suena a usted de algo el nombre de Rosa? Es una mujer que apareció muerta una noche en casa de los Roncesvalles.

Calibró los nombres durante unos segundos y después me observó.

—Vagamente, sí. ¿Quién era?

—Rosa era una prima tercera de mi madre con la que no tenía mucha relación. Hace unos días, tirando cosas viejas de casa, mi madre encontró una foto suya y me contó la historia. Murió en 1925 y las causas no se han esclarecido realmente, aunque sí sobre los papeles. Ya se sabe cómo va esto: todo claro sobre los papeles sellados y firmados de la Guardia Civil o los inspectores de turno, pero nada se sabe a ciencia cierta a pie de calle, o sea, realmente nadie sabe lo que ocurrió.

Guardó silencio unos instantes. Me observaba fumando su pipa, sin

quitarme la vista de encima.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—No lo sé exactamente, señor —me disculpé casi batiéndome en retirada—. Sé que murió en casa de una chica que se llamaba Selene y que poco después ella también apareció muerta. Sé que ella iba a marcharse de aquí con un novio o algo así que se llamaba Cristóbal y que él, Cristóbal, era amigo suyo y que, por ello, usted les iba a ayudar, no sé muy bien a qué. Por eso he venido.

Me puse en pie. Gabriel miraba fijamente al suelo, con los ojos melancólicos y mostrando media sonrisa. Parecía estar recordando buenos tiempos.

—Selene —susurró—. Mi Selene. Lo que daría por volver a verla. Era una chica muy hermosa, y buena. Sí, ahora recuerdo quién era Rosa. Bueno, no sé quién era ella, no la conocía. Pero sí recuerdo que una mujer llamada Rosa apareció muerta en la casa de los Roncesvalles una noche y que fue Juanito, el hermano menor de Cristóbal, el que la mató. O al menos eso se dijo. También creo recordar que el marido de Rosa, un inspector de cuyo nombre no me acuerdo, la encontró allí muerta. Le había dicho que iba a casa de los Roncesvalles, con quien tenía amistad, y al no regresar fue a por ella. Pero si ese hombre, el inspector, no fue capaz de resolver nada, no creo que tú puedas hacerlo. Hay que ver cómo cría polvo y entierra recuerdos la memoria, cubriéndolo todo con telas de araña para dejar atrapados allí los recuerdos que olvidamos o que queremos dejar olvidados. Pobre Selene, y pobre Cristóbal. No deberían haber corrido la suerte que corrieron, no lo merecían. —Me pareció ver que los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar a sus amigos. Intenté animar, en la medida de lo posible, la conversación.

—Según tengo entendido, Cristóbal se suicidó en el mes de diciembre y le dejó a su madre una nota de despedida. Pero usted debía recibir una carta suya que por motivos varios no llegó a entregarse. Estaba escrita a finales de enero del año siguiente. Los muertos no pueden escribir.

Salió de su ensoñación y me observó enfadado.

—¿De dónde has sacado tú esa información?

—Leo periódicos —dije.

—¿Y la nota de suicidio? Eso no salió en los periódicos.

Encogí los hombros.

—No te contaré nada si no me dices cómo sabes lo de la nota de suicidio.

Agaché la mirada, sabiéndome un ladrón de vidas que no me incumbían.

—Entré en la casa de Cristóbal y leí la nota que le dejó a su madre.

Sopló.

—Eres un entrometido. ¿Quién te manda a ti meterte en casa de nadie?

—Ya lo sé. Pero tengo curiosidad en averiguar algo sobre Rosa. Y ya que sus amigos han salido en medio de la historia, tal vez usted pueda contarme algo, ya que no me cuadra eso de que los muertos escriban cartas desde París. A lo mejor Cristóbal podía saber algo de Rosa o qué hacía allí esa noche. O usted tal vez..., si hace memoria.

—No creas que vas a liarme, chaval. Solo puedo contarte lo poco que se habló en su día, nada más.

—Algo más debe de saber, porque iba a ayudarles a escapar, ¿no? ¿Adónde?

Negó con la cabeza.

—No te confundas, yo solo les iba a prestar dinero. El resto era cosa suya.

—Suspiró y noté que rebuscaba en su memoria de nuevo—. La primera vez en mi vida que vi a Selene, ambos teníamos cinco años, según recuerdo, y solo con mirarnos descubrimos que nos llevaríamos bien, sobre todo gracias a ella, ya que ignoró mis impertinencias, pero eso lo dejaré para más adelante.

## 31

Yo nací en enero y, como insistía en recordarme mi padre, casi mato a mi madre porque me negaba a salir. Nunca me quiso, y yo no tardé en no quererle a él. Siempre prefirió a mis hermanos mayores y a mi hermana. Les enseñó a odiarme, aunque no lo consiguió del todo. Yo siempre creí que me odiaba por la herida con la que había nacido en la pierna y el olor que desprendía al tenerla siempre abierta. Nunca se cerraba esa maldita herida. Siempre teniendo que limpiarla y vendarla.

El médico tuvo que hacerle a mi madre una cesárea y, aun así, estuvo seis meses en cama tras el parto, sudando, con fiebres y una herida abierta por donde había cortado el médico que no terminaba de cerrar y que comenzaba a sangrar de repente. Finalmente, el médico se decidió a cerrarla al fuego, haciendo que no pudiera tener más hijos y dejándole una horrible cicatriz.

Mi madre se lo había impedido al doctor hasta entonces, temiendo que su marido ya no la encontrase atractiva para poseerla por las noches y así seguir trayendo niños de buena cuna al mundo. Recordaba haber visto esa cicatriz un par de veces. Se mostraba como un montón de carne ennegrecida, amontonada y deforme que hacía un camino desde lo alto del ombligo hasta casi rozar el muslo.

Nunca me llevé especialmente bien con mis padres ni con los dos hermanos mayores, pero sí que lo hice con los dos que habían nacido justo antes de mí, un chico y una chica, que tenían uno y dos años más que yo. Por otro lado, el cariño que me faltó de mis padres lo encontré en las criadas. Ellas también me hicieron conocer a mis padres, contándome historias sobre ellos, sobre su vida e incluso sobre cómo se habían conocido.

La Ramona, una anciana de cabello canoso y con un mapa en la cara a base de arrugas que bien podían parecer las llanuras marinas, me solía contar cómo mi padre había crecido, siendo más parecido a mí de niño de lo que a él le gustaría saber o recordar, y cómo había conocido a mi madre. A mí me gustaba escucharla.

La Ramona era una buena mujer que siempre estaba pendiente de mí y no por orden de mis padres, sino porque me quería y sentía pena. Había llegado desde una aldea de Galicia escondida entre montañas y riachuelos. A la muerte de su padre, su madre, junto con sus tres hijas y dos gallinas, habían salido montadas en un burro camino a la ciudad más cercana, situada a cincuenta kilómetros. Allí venderían el burro, las gallinas y comprarían billetes para la ciudad que se decía estaba acogiendo a buena parte de las familias adineradas cansadas de estar en las grandes ciudades y que querían descansar del ruido de las mismas sin querer renunciar a un buen teatro o buenos restaurantes: Zaragoza.

Zaragoza era una ciudad mediana y próspera que, gracias a los pequeños comerciantes, restaurantes y la Basílica del Pilar, se había convertido en un lugar turístico para las buenas familias de toda España cansadas del bullicio excesivo de lugares como Madrid o Barcelona. Algunas de estas familias habían decidido tener allí su residencia habitual, a pesar del frío viento de invierno que helaba hasta los cristales de las ventanas, y, de paso, aumentar su imperio en una ciudad que todos decían que tenía un gran futuro.

Así pues, la madre de la Ramona, convencida de que allí les iría mejor, se marchó con sus hijas y se instalaron, sirviendo en casas y obedeciendo órdenes carentes de sentido práctico, caprichos de las señoras y señoritas de postín de las grandes casas de tres o cuatro plantas y habitaciones infinitas.

La Ramona llevaba al servicio del cuidado de la familia de mi padre desde hacía tantos años que ni siquiera lo recordaba. Lo que sí recordaba era a mi padre de niño, ya que fue la que se encargó de su cuidado.

—Su padre era igual que usted de niño, señorito Gabriel, el problema es que ya no se acuerda de eso, si no, no le trataría como le trata. Y usted no tiene la culpa de lo que le pasó a su madre, así que no se preocupe lo más mínimo por eso. ¿Me ha escuchado?

Siempre quise a la Ramona. Era atenta y cariñosa. Me curaba la herida cuando nadie más quería acercarse a ella, además del médico, y me arropaba por las noches. Recuerdo que muchas veces yo estaba frente al fuego en un saloncito que teníamos mis hermanos y yo para nosotros en el segundo piso y ella tejía y me hacía pantalones, camisas y jerséis.

Nunca olvidaré la mañana en que no vino a despertarme. A mis siete años fui a buscarla y la encontré muerta en la cama. Fría, con las arrugas alisadas, los ojos a medio abrir, las agujas de tejer todavía entre sus manos y el ovillo de lana caído hasta la puerta, que había dejado una hebra como si fuese un camino hacia ella. Nunca lo dije, pero me quedé el ovillo y el pedazo de jersey que había comenzado a hacer para mí. La enterraron ese mismo día y no me dejaron asistir. Durante años soñaría cada noche con la muerte de la Ramona, e incluso en alguna ocasión sentía que me venía a visitar por las noches y me arropaba como siempre había hecho, pero cuando quería darme cuenta y abría los ojos, ya no había nadie allí, aunque sí la sentía, especialmente su mano, durante un par de segundos acariciándome la frente.

Yo había nacido con una herida abierta en la pierna. Una úlcera, dijo el médico, y que no era más que un trozo de carne en mi pantorrilla que no había terminado de formarse en el vientre materno y que había dejado un agujero sin cerrar que se infectaba y que nunca cerraba. Mi padre dijo que era una maldición por casi haber matado a mi madre en su inmensa superstición, y el médico, que era una malformación congénita heredada por parte de la madre, y nunca del padre, que me llevaría a la tumba en cualquier momento por culpa de una infección extendida a la sangre.

Así pasé buena parte de mi infancia, con visitas del médico para hacerme curas con líquidos que escocían como demonios y fiebres. Por culpa de la herida que nunca cerraba, no podía salir a la calle ni ir al colegio como hacían mis hermanos y el resto de los niños de mi edad. El colegio no estaba lejos de nuestro barrio, situado a las afueras, y lo habían levantado en un palacete que había quedado abandonado hacía años. Tenía su propia capilla. Lo habían remodelado y dividido para que tuviese aulas suficientes. Habían arreglado los jardines y dispuesto varias pistas de tenis en la parte trasera. También una enorme piscina cubierta.

Me asomaba a la ventana cuando todos los alumnos que vivían lo suficientemente cerca del colegio y no iban en coches caminaban desde sus casas seguidos de sus ayas, o, en alguna rara ocasión, de sus madres o padres. Quería ir con ellos y jugar con ellos, pero sabía que no podía ser y que la corta vida que me anunciaba el médico en cada una de sus visitas la debía pasar encerrado en casa, rodeado de profesores bigotudos, gafas esperpénticas, bien peinados y con exceso de colonia que yo creía se las echaban en las vergüenzas en lugar de en el cuello. Aquellos maestros decían y repetían ser mis amigos y que no me preocupase de los niños de mi edad, porque lo más que se me podía pegar de ellos era un resfriado o algún piojo por culpa de los compañeros de juegos andrajosos que tenían. A mí los piojos me daban igual. Quería jugar y divertirme, y si la vida que me había tocado era corta, no pasaba nada si se me acertaba un poco más pasándomelo bien. Cuando pensaba en eso y fantaseaba con escaparme a jugar al parque, me detenía la idea de que los demás niños vieran los vendajes de mi pierna y percibieran el olor que despedía, que no se podía disimular con nada. Me daba miedo la idea de que no quisieran acercarse a mí. Pero esa situación algo bueno tenía que tener. Al pasar tanto tiempo en casa y sin nada que hacer, especialmente cuando la Ramona ya no estaba conmigo, me dedicaba a espiar a los criados y a mi madre. Mi padre no estaba nunca en casa, mis hermanos casi nunca y mi hermana no se enteraba de gran cosa.

Así fue como en uno de mis solitarios juegos de espías encontré al profesor de música, don Sebastián, sujetando a mi madre con el vestido caído en el suelo contra la pared de su cuarto, besándole el cuello y otras partes que yo creía estaban prohibidas por ser pecado mortal, bajo pena de siglos de pinchazos en el trasero con horcas ardiendo en el infierno. Los estaba espiando por la rendija de la puerta y, como era de esperar, mi madre me vio y puso el grito en el cielo. Tapándose con una manta mientras el maestro se subía la bragueta, se acercó a mí y me dijo que era muy pequeño para entender lo que estaba pasando.

—¿No estáis jugando a los caballitos?

Mi madre me observó consciente de que no entendía verdaderamente lo que acababa de ver.

—Sí, pero a tu padre no le gusta que juegue con nadie que no sea él — dijo sin segundas—. ¿Me guardarás el secreto?

Asentí con inocencia, pensando que así, tal vez mi madre me tuviese más aprecio, en lugar de eso, se despidió al profesor, que no me caía mal del todo, y siguió ignorándome.

El nuevo profesor de música me quería instruir en el arte de tocar la flauta, ya que, según él, era el instrumento más sencillo de aprender. Y, teniendo en cuenta mi corta vida, anunció a bombo y platillo que tal vez podría tocar el himno de la alegría sin fallos en un par de meses antes de morir. Decía que no necesitaba más amigos que mis profesores, que eran personas respetables con gran talento, y que eso era más que suficiente. Con el tiempo, me di cuenta de que lo que pretendían todos y cada uno de ellos era caerle en gracia a mi padre si lograban hacer que yo les apreciase y, así, pasar a ser uno más en el corrillo de lameculos babeantes que seguían a mi progenitor de aquí para allá, esperando que les cayese encima alguna migaja de su fortuna en modo de agradecimiento a su laboriosidad.

Fue una tarde de sábado y lluvia, con los truenos resonando a lo lejos, cuando la conocí. Mi pierna llevaba un par de días sin darme problemas y apoyado en un bastón podía caminar sin demasiado dolor y esfuerzo. Estaba tumbado sobre un canapé al lado de la ventana, viendo cómo las gotas se escurrían por los cristales en el salón principal de la casa. Mis hermanos estaban en el salón que mis padres habían dispuesto para nuestro uso, haciendo sus tareas escolares, y no querían que les molestase con mi charla.

Mi padre entró por la puerta principal con gran escándalo y chorreando agua.

—Vamos, pasad y acercaos al fuego. Lucía, trae toallas y prepara café y leche caliente.

La doncella que no había llegado a entrar al salón dijo un «sí señor» y escuché sus pasos alejarse. Mi padre había venido con compañía: un hombre, que tendría más o menos su edad, y una niña, hija de aquel hombre. Estaban los tres empapados. Se quedaron frente al fuego. Mi padre ni me miró, pero el hombre y su hija sí lo hicieron.

—Buenas tardes, señorito. Menos mal que estabas dentro de casa y no te

ha pillado el chaparrón.

Al ver que hablaba con alguien, mi padre se volvió y me observó durante un instante.

—Discúlpalo, no está acostumbrado a hablar con la gente, ya sabes que no sale de casa.

—Ah, sí, por su pierna —se limitó a decir mientras frotaba sus manos.

Por su parte, la niña no me quitaba los ojos de encima y lanzaba miradas al bastón que tenía a mi lado. Me sonrió. Me dio miedo. Giré la vista y continué mirando por la ventana un buen rato.

La doncella trajo las toallas y dijo que había un par de vestidos que tal vez le estuvieran bien a la niña para que no se resfriase. Mi padre ordenó que la llevase al baño, la secase bien y le pusiera la ropa que decía.

Aprovechando que se había marchado, cogí el bastón y, cojeando, me fui a mi dormitorio a esconderme hasta que se marchasen. Me senté en el alféizar de la ventana y continué viendo la lluvia y los pajarillos guarecerse a duras penas en las ramas de los árboles. Imaginaba que era uno de ellos, que no me hacía falta caminar y que solo debía extender mis alas para poder moverme de un lado a otro sin que nadie sintiese pena por mí.

No recuerdo cuánto tiempo estuve imaginando que era un pájaro, pero no creo que fuese mucho. Escuché que alguien llamaba a la puerta sin fuerza y que abría sin esperar que le dijese que entrara. Pensé que sería uno de mis hermanos, pero el vuelo del vestido la presentó antes de que llegase a entrar en la habitación.

—Hola —saludó cerrando la puerta.

—¿Qué haces aquí?

Encogió los hombros.

—Le he preguntado a tu padre por ti y me ha dicho que estarías aquí.

—¿Y qué quieres?

—¿Te apetece jugar a algo? —dijo tímida.

Me sentía extraño. Nunca había hablado con ningún niño que no fuesen mis hermanos y no sabía muy bien a qué podía jugar con una niña.

—No quiero que juegues conmigo por pena.

Frunció el ceño.

—¿Por pena?

—He visto cómo mirabas antes el bastón que tengo que llevar siempre conmigo.

Desvié mi mirada y miré hacia el exterior.

—Miraba el dibujo labrado. Es un perro, ¿verdad?

Asentí sin mirarla. Guardamos silencio unos instantes y ella continuó hablando.

—Bueno, ¿a qué jugamos?

En realidad, me daba miedo jugar con ella, pero no quería que se fuese. La miré y caminé hacia ella. Se sentó en el suelo. Yo, a su lado.

—¿Qué te pasa en la pierna?

—Tengo un agujero que no se cierra.

—Qué asco —dijo.

—Sí.

Ambos reímos. Aquella tarde la pasamos jugando a las cartas, a mi elección. No hacía falta hablar con el contrincante, simplemente sentarse uno frente al otro. Pero eso no hizo que ella estuviera callada.

—Mi padre dice que no puedes salir de casa.

—No, no puedo..., por la pierna. El médico dice que viviré poco tiempo y que, si salgo por ahí, todavía menos.

—Mi padre dice que la mayoría de los médicos salen de la facultad sin saber nada de la anatomía humana y que más les valdría a todos dedicarse a hacer mondongo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé, pero siempre lo dice. A lo mejor si te ve otro médico...

—Mi padre dice que Severino es el mejor que conoce.

—Pues no será tan bueno si no te puede curar. ¿Y no te aburres de estar siempre en casa? ¿Tienes amigos?

La pregunta dicha en voz alta me sentó como un jarro de agua fría.

—Bueno, me gusta estar en casa. Amigos no tengo.

Estuvimos en silencio un largo rato mientras nos mirábamos de reojo.

—Yo he estado en un internado fuera durante un año, mucho tiempo, y tampoco he tenido amigas. Bueno, tenía una allá, pero no la veo desde que

vine aquí hace algún tiempo y no la voy a volver a ver, así que estoy como tú.

—¿Dónde estaba ese internado?

—En Suiza. Mi padre me mandó allí para que mejorase, tenía una enfermedad, no sé cuál, yo no me acuerdo, pero allí me he curado.

—¿Te han curado en un internado? Habrás estado en un hospital.

—No, era un internado, teníamos nuestras habitaciones y médicos que nos hacían revisiones cada pocos meses.

—Ah —dije expectante—. ¿Y qué te pasaba?

—No lo sé, yo no me acuerdo.

—¿Ahora estás bien?

Asintió.

—Tal vez debería ir yo a ese internado en Suiza. A lo mejor, si voy, me curo yo también.

Con el plan ya maquinado, bajamos a la sala de estar donde Roncesvalles y mi padre conversaban sobre su amistad de años atrás y les dijimos nuestro brillante plan.

—No digas tonterías, niño —gritó mi padre—, lo que te faltaba, un viaje tan largo...

—Tal vez otro médico le encontrase una cura. A veces los chamanes de la civilización no saben ni encontrarse el dedo pequeño del pie —propuso el amigo de mi padre.

—No —negó mi padre con fuerza—. Tenemos el mejor médico de la ciudad.

—Vamos, Silvestre, hazme caso, a veces un médico no acierta con el diagnóstico y otro sí. Deberías dejar que lo viera el mío. Es muy bueno.

Me pareció ver una ligera sombra de duda en mi padre y un rato después encogió los hombros.

—Tal vez. Bueno, envíalo a casa un día de estos, a ver qué dice.

Por bien aparentar con su amigo o por alguna razón que no alcanzaba a entender, mi padre había accedido a que me viese otro médico. Estuve tres días saltando del asiento cuando alguien llamaba a la puerta, pensando que era el médico enviado a curarme la pierna. Cuando llegó y vi que era un hombre de unos treinta años me desilusioné. Mi padre siempre decía que los

jóvenes de hoy en día no le ponían ganas a nada y que no había nada como la vieja escuela, pero resultó que estaba equivocado. La medicina había avanzado mucho desde que la momia que teníamos por médico había abandonado la facultad y se había negado a conocer las nuevas aplicaciones, porque decía que rozaban el pecado, pues aun siendo médico creía en ciertas divinidades y que todo tenía un límite, que había cosas que nunca deberían estudiarse y que todo lo que se alejase de lo convencional era peligroso.

Aquel joven médico, llamado Ambrosio Casanova, conocía instrumentos esperpénticos como la palma de su mano y estuvo más de media hora examinándome la pierna sin poner cara de asco. En un momento dado, me pasó la mano por el cabello, despeinándome y sonriendo. Se acercó a la puerta e hizo llamar a mi padre, que se personó a los pocos segundos.

—Su hijo no tiene una herida de nacimiento, lo más seguro es que se la hiciera el patán que lo sacó por cesárea cortando más de la cuenta. Además, es una herida que necesita ser curada por la infección intermitente que tiene al no estar bien tratada, pero con los medicamentos necesarios cerrará sin problema. Lo que no puedo asegurarle es que camine sin bastón. Lleva tanto tiempo con él que el hueso de su pierna se ha deformado y acostumbrado a caminar con un apoyo externo. La pierna me temo que le dolerá el resto de su vida una vez cierre la herida, por culpa del tejido que ha muerto por falta de las curas necesarias año tras año. Aparte de eso, todo irá bien.

Mi padre le dio órdenes de que pusiese en práctica lo que estuviera en su mano y se ocupó de empapelar al otro médico una buena temporada y de enviarlo a prisión durante un año por negligencia. Para cuando salió, según escuché, tenía tuberculosis y le quedaba poco de vida, aunque ya había sido más larga que para muchos de su generación.

Como el joven médico había dicho, la herida cerró y dejó de apestar. La cicatriz que quedó era bastante fea, pero, apoyado en el bastón, caminaba con más agilidad y rapidez. Lo mejor de todo era que podía salir a la calle, y al año siguiente iría al colegio, donde conocería, como decía mi madre, a los señoritos de la misma clase que yo y con quienes debía trabar amistad duradera, debido a lo beneficioso que eso había resultado en los negocios de mi padre con los amigos de mis hermanos.

Por mi parte, yo solo quería ver a Selene y jugar con ella. No la había visto demasiadas veces, pero su primera visita me había conducido, de una manera u otra, a estar sano y dejar de tener fiebres mes sí, mes también. Y me gustaba pasar el rato con ella.

Cuando me sentí con fuerzas suficientes tras el último acceso de fiebre causado por una reacción ligeramente alérgica a las inyecciones que me ponía el médico para tratarme, le pedí a mi padre que me llevase con él en su próxima visita a la casa de los Roncesvalles para saludar a Selene y darle las gracias.

Accedió, y durante el viaje intenté conversar con él.

—Selene es muy educada y amable.

—Será que ha salido a su madre y no a su padre.

—¿No se lleva usted bien con él? Yo creí que sí, como los metió en casa aquel día...

—Me crucé con ellos por la calle y su casa estaba a un buen trecho, no iba a dejar que se empaparan de camino a su palacete, estando prácticamente en la entrada de la nuestra. Lo hice por la amistad que teníamos de niños. Ahora no nos tratamos más que por cortesía y por los negocios. Así que procura no hacerte demasiado amigo de Selene. Me convienen más otras amistades que puedes hacer en el colegio, como hicieron tus hermanos.

No entendí ni la mitad de lo que me dijo, pero con los cinco o seis años de vida que tenía entonces había comprendido que, si no quería buscarme problemas y quería ser amigo de Selene, mejor a él no le contaría nada y procuraría visitarla cuando su padre no estuviera, para evitar que le dijera al mío que me veía por su casa.

La casa de Selene era parecida a la mía. Tenía tres plantas y la fachada estaba pintada de colores claros. El jardín tenía setos bien podados y varios cipreses más altos que la casa. El tejado había sido renovado tras las lluvias de aquel verano, después de haber sufrido tres inundaciones en las habitaciones del servicio, aunque a estas no se les había dado importancia hasta que del tercer piso pasó al segundo y ya afectó a los dormitorios principales de la casa.

Mi padre llamó a la puerta con energía y una doncella altiva nos abrió

para informarnos de que el señor Roncesvalles no se encontraba en casa en ese momento, lo que supuso un alivio para mi padre.

—Bien, mi hijo va a estar un rato con Selene; después vendré a buscarlo.

—Adelante, señorito —dijo la doncella.

—En un par de horas regresaré a por ti.

Cuando la criada me dejó frente a la habitación de Selene, llamé y sin esperar a que me diesen permiso para entrar, como hacía ella siempre, abrí la puerta. Estaba sentada en una silla frente a un escritorio, peinando a una muñeca. Al verme, sonrió y vino hacia mí. Una mujer estaba observándola sentada en una silla, sonriente. Antonia, su aya.

—Tu médico me ha curado por fin. No del todo, pero ya no tengo la herida. Venía a darte las gracias.

Estaba feliz.

—¿Me dejas verlo?

Remangué el pantalón y se quedó un buen rato mirando la cicatriz.

—Vaya, cómo vas a presumir con eso en el colegio. Irás al colegio ahora, ¿no?

Asentí. Aquella fue la primera tarde que pasé con ella en su casa, y la tarde en la que empecé a enamorarme de aquella chica de cabello oscuro sin darme cuenta, hasta que me la quitaron. La primera de muchas otras que compartimos a solas y que, hasta que no cumplimos diez años, no tuvimos que compartir con otro niño que se llamaba Cristóbal. Él acabaría convirtiéndose en mi mejor amigo y en la persona que me la robaría sin que yo me diese cuenta, dejándome con la sensación de que lo más importante de mi vida se me escapaba de las manos sin que me fuese posible hacer nada ni sujetarlo, porque, en realidad, nunca había tenido nada que sujetar. Ella nunca me vio a mí de la misma forma que yo la veía a ella. Y nunca me di cuenta de la forma en que se miraban entre ellos desde la primera vez que los tres nos vimos.

Me costó un largo rato, muchos años después de conocerlos, hacerme a la idea cuando me dieron la noticia de que iban a marcharse para evitar una boda forzada por Ezequiel Roncesvalles y que necesitaban mi ayuda para lograrlo. La ironía me había tenido siempre por su conejillo de Indias, y esa

no iba a ser una excepción.

Teníamos diez años cuando Selene y yo estábamos jugando en su casa y su padre llegó de repente. Escuchamos la puerta principal abrirse y los gritos del padre de Selene anunciando que, gracias al trabajo y las ideas innovadoras del hombre que le acompañaba, su empresa había prosperado increíblemente bien y a marchas casi forzadas durante el último año. Por ello, desde ese día se convertía en su asesor personal, lo que suponía trabajar codo con codo con él. Una muda nueva a cargo de la empresa para disfrazarlo de hombre respetable en lugar del muerto de hambre que era, y que siempre iba a ser, y un aumento de sueldo que tampoco era para tanto.

Junto al padre de Selene y ese hombre, al que escuchamos llamar Domingo, les acompañaba el hijo de este, un chico flacucho y con piernas de alambre por culpa de la necesidad y del hambre. Tenía la piel pálida y sucia. El cabello rubio como la arena se veía más oscuro por la falta de un buen lavado, y las uñas, demasiado largas para un chico, estaban negras. A mí me pareció un chico sucio y descuidado cuya madre no se ocupaba de él. A Selene le dio pena y pensó que tal vez le gustase jugar con nosotros.

—Santa Selene al rescate —dije—. Anda, déjalo allí, ya jugaremos con él cuando no le rondan las moscas.

—Eres idiota —dijo—. Bien que te gustó a ti que te ayudase. Pobrecillo, si está temblando de frío.

—Bueno —gritó Roncesvalles de nuevo—, y este es Cristóbal, el hijo de Domingo, que va a aprender el oficio de su padre para que cuando los años pasen se convierta él en mi ayudante personal. En el mío o en el de quien sea que herede mi fábrica. Yo me encargaré de que le mantengan en plantilla.

Aquel chico asustado no se atrevía ni a sonreír cuando el gran Roncesvalles le observaba triunfante al darle esa noticia, al mismo tiempo que su padre se deshacía en halagos por su inmensa generosidad. Parecía un pollo asustado y tembloroso.

—Anda, tranquilo, y no tiembles tanto, que aún no me he comido a nadie —intentó tranquilizarle Ezequiel—, al menos literalmente. Mala pata ha sido que te hayas caído en el estiércol acumulado de los caballos y burros cuando ayudabas a tu padre en la fábrica. ¡Francisca! —gritó.

A la orden, una doncella que limpiaba el polvo sin ganas acudió.

—Prepárale un baño de sales para que se quede bien limpio, y mientras le lavas la ropa, que huele a cuadra.

—Sí, señor.

Cristóbal nos había visto en lo alto de la escalera escondidos, de refilón, mientras desviaba la mirada de los ojos azules oscuros impenetrables de Ezequiel. Selene le sonrió y yo le observé con recelo.

—Vamos, hijo, ¿a qué esperas?, sigue a la doncella.

Domingo le gritó para que fuese tras Francisca escaleras arriba y nosotros nos marchamos.

—Perdónele, es un poco atolondrado —se disculpó Domingo ante el gran Ezequiel Roncesvalles, que caminaba rápido camino a su despacho.

—No te preocupes, es un chico pequeño, debe impresionarle todo esto.

—En realidad, no es tan pequeño, tiene casi once años, es que es enclenque, como su madre.

—¿Once años dices? Pues habrá que darle mejor de comer porque no aparenta ni ocho. Yo me encargo de eso, os haré llevar la comida de mis cocinas cada día, no puedo permitir que mi trabajador con mejores ideas y artimañas se desmaye por falta de alimentos, y su hijo aprendiz tampoco.

Cristóbal trepó por las escaleras con sus débiles y tambaleantes piernas, sin apoyarse en el pasamanos por miedo a ensuciarlo y molestar a alguien, intentando mantener el ritmo rápido de la criada, sin conseguirlo, por lo que la hizo esperar en lo alto de la escalera a que él terminase de subir.

—Vamos, muchacho, date prisa, que tengo cosas que hacer.

—Lo siento, señora —se disculpó con un susurro.

Aquel niño tenía toda la pinta de haber recibido palos y bofetadas por el hecho de existir, aunque eso no fuese culpa suya. Parecía darle miedo hasta abrir la boca o mirar directamente a alguien a los ojos, y eso incluía a su padre, que había seguido el olor a perfume francés que Roncesvalles dejaba por donde pasaba. Con el tiempo, me di cuenta de que Roncesvalles era altivo y prepotente y que creía que todo el mundo, incluso la alta sociedad que acostumbraba a lamerle el trasero y besar por donde pisaba, eran sus criados. Descubrí que la enemistad de mi padre le venía de no aguantar sus aires. En

una ocasión había estado al borde de la ruina y, sin saber muy bien cómo, había resurgido de sus cenizas, cosa que nadie se explicaba del todo.

Escondidos tras una puerta entornada, vimos cómo Francisca entraba en el baño refunfuñando al no comprender el motivo por el que un niño roñoso debía ser bañado en casa de los Roncesvalles. Si era un muerto de hambre, ella no tenía la culpa ni tenía que cargar con más trabajo, pues ya le hacía llegar a la última hora del día sin ganas de comer por puro cansancio. Llamó a Antonia, el aya de Selene y prácticamente la mía también. Era buena, amable y cariñosa. No reparaba en mimos con ella y conmigo. Yo había aprendido a quererla como había querido a la Ramona. Poco después la vimos salir con la ropa de Cristóbal, sosteniéndola alejada de su nariz y escapándose por las escaleras del servicio. Unos quince minutos después, Francisca fue la que salió advirtiendo al invitado que no se durmiese o se ahogaría. Cuando sus pasos ligeros la hicieron desaparecer de nuestra vista y llegar hasta las cocinas, Selene y yo salimos de nuestro escondite. Entramos al baño sin llamar. Era grande y tenía una inmensa bañera en el centro, a juego con las baldosas de la pared y del suelo. Hacía calor allí dentro. La chimenea que había en el baño rugía con fuerza y salía vaho caliente de la bañera llena de espuma. El chico, asustado, nos observó con ojos tímidos y agachando la mirada. No sabía qué hacer, si salir para servirnos o seguir en la bañera por orden de Ezequiel.

Finalmente, habló.

—Lo siento, señoritos, ahora salgo y les dejo el baño recogido.

Selene rio. Yo guardé silencio.

—No te preocupes, quédate ahí hasta que estés bien limpio.

Cristóbal agachó la cabeza sin saber dónde meterla.

—Vámonos —dije yo—. Está temblando de miedo.

Selene se acercó a él con intención de tranquilizarlo.

—A mí me gustan mucho los baños que me prepara Francisca. Ya verás lo bien que te quedas. Aunque me gustan más los de Antonia.

Mirando los montones de espuma, atinó a decir una escueta frase.

—Gracias, señorita.

Selene, contenta con la visita, se sentó a su lado y cogiendo su esponja

recortada en forma de oso, detalle que Antonia pensó que le gustaría a su niña, comenzó a frotarle la espalda y echarle agua sobre la cabeza. El chico ni se movió. Parecía que iba a quedarse dormido en cualquier momento; apenas podía abrir los ojos al notar el agua caliente y limpia.

Me acerqué por el otro lado. Quería presentarme. Ya que Selene se había encariñado de él, y teniendo en cuenta que iba a estar mucho tiempo en la casa como aprendiz de Ezequiel, pensé que mejor sería comenzar a conocerle. Cuando le quise decir mi nombre, comprobé que tenía los ojos ya completamente cerrados gracias a las friegas de Selene en la espalda y el aroma de los jabones. Entonces fue cuando, en lugar de recelo, sentí lástima por aquel chico que era más o menos de nuestra edad y que no había tenido la suerte de nacer en una casa como la nuestra, con comida y baños calientes.

Dio una cabezada y se le abrieron los ojos. Cuando me vio, se puso en pie del susto, pero al verse desnudo volvió a agacharse.

—No te preocupes por nosotros —dije—. Vas a pasar mucho tiempo aquí, seremos amigos.

Selene me sonrió, pero el chico volvió a no saber qué hacer.

—Lo siento, señorito, pero yo vendré a esta casa al servicio del señor Roncesvalles, a trabajar para él y a aprender.

—No pasa nada. Seremos amigos igualmente —corrió a decir Selene.

Cristóbal, que no entendía nada, optó por hacer lo que mejor se le daba: apartar la mirada para no meterse en líos.

—Me llamo Selene y este es Gabriel. Es un poco tonto a veces, pero es buen amigo.

—Eh —me quejé.

—Él también olía mal cuando le conocí. Pero lo suyo no se curó con un baño, se le curó con un médico y un par de meses.

—Muchas gracias —dije.

—De nada.

Fue entonces cuando Cristóbal formó con sus labios un gesto que nos recordó a una sonrisa. Y también fue entonces cuando Francisca entró y al ver que Selene estaba en presencia de un chico desnudo y al que, además, no conocía, comenzó a gritar que saliera de allí y yo también. Esperamos en el

cuarto de Selene hasta que el baño terminó. Después, Selene se encargó de seguirlo hasta el despacho de su padre y escuchar cuáles iban a ser sus nuevas tareas. De entrada, se encargaría de llevarle el periódico todos los días personalmente a sus despachos en la calle Alfonso, de prepararle el café y de ir a la tintorería a recoger y dejar sus trajes a diario. Las tardes las emplearía en recibir alguna lección sobre el negocio del que se encargaban en sus fábricas, para que supiera qué era lo que hacía el dinero en ese siglo, y después sería instruido por su padre para que aprendiera sus habilidades. Pasadas las seis de la tarde, sería libre para hacer lo que le placiera. Eso era lo que Selene quería saber, así que, una vez se enteró, regresó a su cuarto y me lo contó. Las clases en la escuela a la que íbamos acababan unos días a las cuatro y otros a las cinco, así que podríamos estar con él por las tardes, si él quería, cosa que yo no tenía tan clara.

A la siguiente visita que hice a casa de Selene, una semana después, encontré a Cristóbal jugando con ella a las muñecas, aunque parecía que él sintiera que estaba trabajando en realidad. Le preguntaba qué quería hacer ahora y qué tenía que hacer con las muñecas.

—Gabriel, pasa. Cristóbal, este es Gabriel ¿Te acuerdas de él?

El chico se puso en pie y casi me hizo una reverencia.

—Vamos, no hagas eso, estamos jugando.

—Disculpe, señorita Selene.

—No me digas «señorita».

—Discúlpeme.

Cristóbal tardó meses en acostumbrarse a nuestra compañía y vernos realmente como amigos. Estaba hasta las seis, todos los días excepto el domingo, con Ezequiel y su padre. El resto de la tarde la solía pasar con nosotros. Nos gustaba salir al parque y tirarnos por el tobogán, sentarnos en los columpios mientras uno empujaba al otro, o ir a casa de Cristóbal de vez en cuando, donde su madre se dedicaba a cuidar a un hermano minusválido. No nos solía hacer mucho caso, al estar siempre pendiente de él. Su padre, lamiéndole el culo a Roncesvalles, no solía estar en casa. Jugábamos por las habitaciones al escondite, y en la calle, con los niños del barrio. La mayoría no iban a la escuela y ayudaban a sus padres en sus trabajos. Me costó

cogerle cariño a Cristóbal, pero con el tiempo se convirtió en mi mejor amigo. No me gustaban los del colegio, con quienes mi madre quería obligarme a entablar amistad. Eran todos una panda de estirados mediocres que no sabían ni atarse los zapatos sin ayuda y, por lo que a mí respectaba, Cristóbal y Selene eran mi familia. Incluso aprendí a ver a Antonia como una buena amiga. En ocasiones, si Selene estaba ocupada haciendo alguna cosa en casa cuando yo iba a jugar con ella, Antonia se quedaba conmigo y jugaba con ella. Me contaba cuentos y me preparaba la merienda. La quería.

Cristóbal, mi amigo, siempre me ayudaba. Selene, la chica sonriente, a los catorce años comenzaba a tener las formas de mujer que había visto en las chicas que mis hermanos mayores llevaban a casa y que yo no había entendido hasta entonces por qué les gustaban tanto. Se ponía vestidos con más encajes y pedrería. Se adornaba el cabello con flores y horquillas que le regalaba su padre. El peluquero de su madre la visitaba por orden de esta todas las mañanas, a pesar de que Selene no quería, y le hacía recogidos extraños diciendo que eran la última moda en París y que todas las señoritas de la alta sociedad gala los lucían en las fiestas francesas mientras bebían absenta a escondidas y entraban en coma tres días, a los que adornaban llamándolos «resacones monumentales». Cuando el peluquero se iba, Selene se quitaba esos peinados y se quitaba los postizos que le ponía para aparentar un cabello más fuerte y saludable, como decía él.

—Las niñas como tú, Selene, además de ser educadas y serviciales con los caballeros que las cortejen, tienen que estar espléndidas para ellos.

A Selene todo eso le resbalaba y traía sin cuidado. Solo le gustaba estar con nosotros dos, especialmente con Cristóbal, y también con una niña amiga suya, Marta. Esa niña estaba enferma también y apenas podía recibir visitas, pero cuando la ocasión y su salud lo permitían, Selene iba a verla. Al contrario que yo, esa chica había nacido sana, pero había contraído tuberculosis a los pocos meses, o eso nos dijeron, ya que tiempo después escuché rumores que decían que había nacido así y la familia lo había suavizado para que nadie pensara que era congénito. Los médicos no habían dado un real por ella, pero había sobrevivido contra todo pronóstico. Por desgracia, esa enfermedad le había afectado a los pulmones, cuyas fibras,

lentamente, se convertían en un material parecido a la piedra y le robaba la vida al igual que el aire. Parecía que Selene tenía debilidad por los casos perdidos.

Al principio no me molesté al ver cómo crecía su amistad con Cristóbal, pero, tras un tiempo, me di cuenta de que la mayoría de los días que iba a su casa, Cristóbal llevaba en ella un buen rato y se habían hecho grandes amigos, o eso pensaba yo.

No tenía valor para decirle a Selene que la quería más que como a una simple amiga y que me gustaría, alguna vez, estar a solas con ella y cortejarla, como decía su madre que iba a sucederle pronto con algún chico joven que supiera apreciar su gran belleza, pero al ver el desprecio con el que escuchaba aquellas palabras nunca me atreví. Tal vez si hubiese sido más valiente, otro gallo me hubiera cantado. Y así pasaron dos años más. Cristóbal se había ganado el afecto de Roncesvalles, hacía bien su trabajo y prestaba atención a sus explicaciones.

—Es interesante el trabajo de tu padre —le había escuchado yo mismo decir en alguna ocasión—. Me gustan las cosas que me explica de los bancos y las transacciones. Además, dice que no me hará falta ir a ningún sitio a estudiar, que él me enseñará la parte importante de todo lo que necesito saber para sustituir a mi padre cuando llegue la hora.

Fue una mañana de domingo en verano, cuando había quedado en ir a casa de Selene a recogerla. Llevaba un mes rebuscando las palabras exactas para decirle que la quería y que todas las noches pensaba en ella, que quería que estuviese conmigo y que podría darle una vida tan buena como la que tenía ahora.

Nunca imaginé, en mi estúpida ignorancia, lo que iba a ver aquella mañana al ir a buscarla. Nos íbamos a ir los tres al río a comer. Llegué con un enorme ramo de rosas y quince minutos antes a la cita, dispuesto a tragarme la vergüenza y decirle todo lo que sentía por ella, que solo con verla todas las tardes no tenía suficiente y que quería más, cuando los escuché hablando en el baño.

Susurraban palabras que no podía entender. Pensé entrar de golpe, pero algo me detuvo y observé por la rendija de la puerta. Cristóbal, mi mejor

amigo, sujetaba en alto las manos de Selene apoyadas contra la pared mientras ella le devolvía un profundo beso y resbalaba por su cuello para volver a subir de nuevo hasta sus labios. Sentí que el corazón se me detenía. Todo este tiempo los había tenido delante y no me había dado cuenta de nada. Si hubiera prestado más atención, si hubiera estado más pendiente de Selene que de cómo decirle lo que sentía por ella, si hubiera visto en Cristóbal a un adversario en lugar de a un amigo... Tal vez ese había sido el problema, que lo había subestimado. Quería a Cristóbal y lo apreciaba. Siempre me había ayudado en los malos momentos y yo también a él, cuando acudía por las noches a mi casa, asustado, huyendo de un padre borracho que lo perseguía para golpearle con un palo de madera y la sangre le caía de la nariz. Seguramente, eso no se lo había contado a Selene, por miedo a que pensara que era un cobarde, porque eso era lo que Cristóbal era en realidad, un cobarde... Sí, quería a Cristóbal, pero no era más que un criado del padre de Selene, o al menos yo lo veía así y creía que Selene también lo hacía. Nunca pensé que pudiera fijarse en él antes que en mí. Hirviendo de rabia y de estupidez, abrí la puerta de golpe. Las lágrimas que quería ocultar me saltaban de los ojos. Ambos se asustaron al escuchar la puerta de golpe y todos guardamos silencio unos instantes.

—¡Qué susto, Gabriel! —dijo Selene.

En la mirada de Selene podía ver que no sospechaba nada sobre mis intenciones, pero los ojos de Cristóbal, que me sacaba una cabeza gracias a los platos cortés de las cocinas de Ezequiel, y su fuerte y erguida figura sin necesidad de usar bastón dejaban claro que sabía qué había ido yo a hacer allí; por lo tanto, también me demostraba que conocía mis sentimientos hacia Selene, y seguramente lo sabía desde hacía tiempo. Intentando guardar las apariencias, les dije que me había sentado mal el desayuno y que no iba a ir a comer al río con ellos, que me disculpasen. Salí de la casa. En la esquina tiré el ramo al suelo y lo intenté aplastar con el bastón y mis pisadas sin fuerzas. Me sentía abatido, traicionado y estúpido. Estúpido por tener en mis narices a la persona que me había quitado a Selene sin que ni siquiera me hubiese dado cuenta, al considerar que Selene no lo vería más allá que como el criado de su padre. Estúpido. Estúpido. Estúpido. Sentí que una mano se apoyaba sobre mi

hombro. Me aparté de un salto. Me entraron ganas de reír al ver allí a Cristóbal.

—Siento que te hayas enterado así.

Negué con la cabeza.

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—No sabía cómo hacerlo, Gabriel.

—Sabías que la quería.

Mostró una pequeña sonrisa.

—Seguramente me di cuenta de que la querías antes que tú mismo.

No pude evitar que otro puñado de lágrimas asaltasen mi cara.

—Escucha, sé que debería habértelo dicho, pero siempre te has portado muy bien conmigo y no quería herirte.

—Pues ahora duele aún más.

Agachó la cabeza y asintió.

—Lo sé.

—No vuelvas a acercarte a mí.

Estaba enfadado y fue lo primero que me salió decir. Enfadado por lo estúpido que había sido, porque Selene lo prefería a él antes que a mí y por la pierna que me había sido robada por un médico que no sabía por dónde debía empezar a cortar o terminar de hacerlo.

Tal vez si mi pierna fuese normal, se hubiese fijado en mí de otro modo, del mismo modo en el que había visto a Cristóbal desde a saber cuánto tiempo.

Llegué a casa y me negué a recibir visitas. No quería ver ni al único de mis hermanos que no se había casado y que vivía en casa todavía, ni a mi hermana, ni a mi padre, ni a las criadas. Recuerdo que, con la ayuda de unas tijeras, me desgarré el pantalón para dejar la cicatriz al descubierto y comencé a golpearla con el bastón como si estuviese loco. Para cuando me quedé sin fuerzas ni lágrimas, tenía la pierna tan hinchada que tuve que permanecer una semana entera en la cama. Selene había venido a verme, pero yo no la recibí. Estaba seguro de que Cristóbal le había contado nuestra conversación y ahora sabía lo que sentía por ella. Me daba vergüenza mirarla a la cara. Cuando la inflamación bajó, la pierna tenía peor aspecto que antes.

Me sentía todavía más estúpido por haberme puesto a golpearla, intentando culparla de todo lo malo que me ocurría.

Aquella noche hacía calor y no podía dormir. Salí a la terraza de mi habitación, buscando una brisa que no aparecía desde hacía dos meses, cuando me pareció ver una figura merodeando por la verja del jardín. Muchos vagabundos acudían a los contenedores de las zonas residenciales en busca de comida que se mantuviese en cierto buen estado. A mí eso no me molestaba, pero lo dejaban todo tirado por la acera y eso sí que no me gustaba. El resto de la familia estaba durmiendo desde hacía horas, ya que parecían inmunes a los treinta grados nocturnos. Bajé las escaleras y salí al jardín. Normalmente, con un grito hubiera bastado para asustarlos y que se hubieran marchado de la entrada, pero no quería despertar a nadie, así que me acerqué dispuesto a darles las monedas que llevaba en el bolsillo para que se fueran cuando escuché un lloro que conocía muy bien después de tantos años y tantas noches.

Cristóbal Sanmartín, una vez más, había huido de la furia borracha de su padre y corría a refugiarse en mi casa. Estaba acurrucado entre los setos sin saber qué hacer y, seguramente, si yo no hubiera estado despierto, se hubiera quedado allí toda la noche. Entonces, cuando lo vi temblando de miedo una vez más, vi de nuevo al niño de diez años al que habíamos conocido hacía seis. Seguía siendo el mismo. El mismo que con la muerte de mi madre estuvo a mi lado mañana, tarde y noche, al igual que a la muerte del otro hermano, con el que también me había llevado bien en vida. Su pecado había sido enamorarse de una mujer de la que era imposible no hacerlo, y él no tenía la culpa. Abrí la verja. Se asustó al verme salir de entre las sombras. Se puso en pie y con la cabeza hundida me observó sin decir nada. Tenía la camisa destrozada y llena de gotas de sangre que le resbalaban de un oído.

—Vamos, entra en casa.

Sonrió levemente y las lágrimas le cayeron de golpe. En ese instante me di cuenta de que Selene era lo mejor que le había pasado en esta vida y que yo no era quién para juzgarle, aunque me quemase por dentro. Me acerqué a él y le abracé con toda la fuerza que pude sacar. Estaba débil.

—Al menos esta vez no ha pegado a mi madre.

—Ya, te has llevado tú los golpes por los dos. Anda, pasa, te limpiaré.  
¿Quieres que llame al médico para que te mire el oído?

—No, mañana estará bien.

—Como quieras.

Lo metí en casa y en el baño se quitó la camisa. Llevaba la espalda llena de arañazos y parecía haberse clavado una esquina puntiaguda entre dos costillas.

—Deberías matarle —dije.

—Debería irme de casa...

—También.

—Pero mi madre no querría venir. Y no quiero dejarla sola. Ni a ella ni a mi hermano.

Viendo esa oportunidad, aproveché el resto de la noche para decirle que debería dejar su casa y marcharse a otro lugar a vivir, olvidarse de Roncesvalles y de su padre, y marcharse con su madre, podría convencerla. Fue un intento estúpido intentar alejarlo de Selene de esa manera; conseguí lo contrario. Sin darme cuenta, había hecho que comenzase a pensar en una fuga, pero con ella. Habrían de pasar varios meses para que eso ocurriera, pero cuando llegó el momento, tras una noticia que Ezequiel le dio a su hija, ambos decidieron marcharse juntos. Para ello decidieron contar con mi ayuda. Nuestra amistad seguía como siempre. La única diferencia era que, ahora que yo sabía que estaban juntos, no tenían que ocultarlo y yo debía aguantarlo. Cristóbal intentaba disimular, pero Selene, que parecía no enterarse de nada, no se daba cuenta del daño que me hacía. Sabía que Cristóbal le había contado a Selene que su padre le pegaba y a su madre también, pero no le contaba toda la verdad, lo suavizaba bastante para que ella no se asustara. Aun así, había algunas marcas imposibles de tapar.

La tarde que llegué a casa de Selene a las seis, después de mis clases preparatorias para la universidad, que pensaba empezar al año siguiente, la encontré llorando sin saber por qué, y sin que quisiera contármelo hasta que Cristóbal apareciese, se me hizo eterna.

Cristóbal llevaba ya unos meses saliendo del servicio de Roncesvalles a las ocho de la tarde, y después debía ir al despacho que tenía en su casa para

llevarle los papeles e informes por si le apetecía trabajar por la noche, momento que aprovechaba y pasaba con Selene sin que su padre se diese cuenta o le pareciese extraño. A mí me había visto en alguna ocasión por la casa y nunca me había dicho nada. Selene se había empeñado en esperar que llegase para contárnoslo a la vez. Durante la hora y media que tardó en llegar, Selene tuvo periodos de calma y periodos que a mí me parecieron de auténtico pánico.

Al llegar Cristóbal, se abrazó a él y le dijo que su padre la había prometido con un amigo suyo para hacer más fuerte el negocio y así poder luchar contra el imperio de mi padre. Me quedé de piedra. Cristóbal me observó con ojos temblorosos mientras la abrazaba y le decía que no se preocupase, que ya pensarían en algo. Cuando se hubo calmado, le dijimos que nosotros nos ocuparíamos de todo, que todo saldría bien.

Dejamos la casa antes de que su padre regresara. Selene nos había dicho que la boda se celebraría en poco tiempo y había que resolver todo lo antes posible. Esa noche, en mi casa, yo planeé y Cristóbal aceptó. Selene era la niña rica, pero no tenía dinero en los bolsillos; Cristóbal era el pobre, y yo, su única opción. No quería serlo, no quería ayudarles a escapar a los dos, a Selene, pero me sentía prácticamente en la obligación de hacerlo. A Cristóbal marcharse a Barcelona le parecía lo suficientemente lejos. Había estado en una ocasión acompañando a su padre y a Roncesvalles en un viaje de negocios. Decía que era una ciudad grande donde nadie los encontraría. Pero a mí se me antojaba una ciudad demasiado cercana y no tan grande para esconderse como otras, como París. Cuando era pequeño, después de que se me curase la pierna, estuvimos yendo varios años a la ciudad donde habían vivido prodigios de la literatura como Víctor Hugo y que tenía uno de los *ballets* más conocidos en el mundo. Y a mí me encantaba esa ciudad que nunca acababas de descubrir del todo. Ese hubiera sido el lugar que hubiese escogido yo para marcharme con ella.

—¿Estás seguro? Además, yo no hablo francés, ni una sola palabra.

—Ya lo aprenderás, allí no os encontrarían ni en cien años. Y sé que Selene recibía lecciones de francés en Suiza. Aunque haga muchos años que no lo practica demasiado, lo aprendió bien; no sé cómo hablará el idioma

después de tanto tiempo, pero seguramente podrá desenvolverse allí.

Finalmente, accedió. Yo me encargué de comprar los billetes de tren y de organizar todo. Todo seguiría igual hasta el día de la marcha. Yo seguiría yendo a casa de Selene para que ninguna de las doncellas que me conocían sospechasen por mi ausencia, y Cristóbal seguiría estando al servicio de Ezequiel Roncesvalles.

Diez días fue el plazo acordado para irse a París. Yo me dedicaría a hacer llamadas a hoteles, pensiones y lugares donde poder encontrar un trabajo de limpiabotas a Cristóbal.

Durante esos diez días, procuré enseñarle las cuatro palabras que necesitaría saber en ese trabajo, donde más ofertas había para los extranjeros.

Una mañana, como otra cualquiera, me desperté y me puse a leer el periódico. Entonces vi que había ocurrido algo en casa de los Roncesvalles. Una muerte. Salí de casa y le di al chófer las indicaciones para ir a casa de Selene. Cuando llegué, me encontré con un coche oficial protegiendo la entrada de la casa. Me presenté como amigo de la familia y me permitieron entrar. La casa parecía estar tranquila, ya que los hechos habían ocurrido por la noche y ya habían pasado varias horas. Subí las escaleras tan rápido como me fue posible. Encontré a Selene en su dormitorio, sentada en su escritorio, observando viejas fotografías en un álbum.

—¿Estás bien? —pregunté con alivio.

Me sonrió y me abrazó.

—Sí, estoy bien. Ha sido espantoso.

La noche anterior alguien había matado a Rosa, una mujer casada con un inspector y que conocía a la familia desde hacía tiempo, aunque tampoco tenían una amistad muy grande. Había ido a la casa a decirle algo importante al padre de Selene, pero antes de que pudiera hacerlo habían acabado con su vida.

—¿Quién? —pregunté.

—No vas a creerlo. —Se le atragantaron las palabras—. El hermano de Cristóbal.

El hermano de Cristóbal, que tenía cierto retraso mental, al que yo había visto en un par de ocasiones en su casa, siempre me había parecido

inofensivo por completo. Siempre callado y sentado en el sofá o tumbado en su cama, sin decir nada, como si fuese una estatua y poco más. No tenía sentido, pero lo habían encontrado en su casa, al parecer robando.

Domingo lo había llevado con él en alguna ocasión a su trabajo cuando no había podido dejarlo al cuidado de nadie, ya que no podía quedarse solo. Esa noche había entrado, al parecer, a robar en la casa. Por algún motivo que no había dicho y que nunca se aclararía, había acabado con ella. Tal vez se había asustado al verla. Tras escuchar a Selene, que cuanto me había contado se lo había contado a ella su padre, salí, por petición de Selene y por mí mismo, a casa de Cristóbal para ver cómo estaba y qué había sucedido con su hermano.

Subí al coche y media hora después estaba llamando a la puerta de Cristóbal. Él mismo me abrió. Su padre y su madre estaban en las dependencias de la Guardia Civil. Me dijo que pasara y nos quedamos en la sala de estar, donde una estufa calentaba el mes de diciembre. Me contó que se había despertado de madrugada, al escuchar que alguien entraba en casa, y cuando bajó para ver qué pasaba, encontró a su padre. Regresaba de algún sitio. Cuando le preguntó qué ocurría, le contó que su hermano se había escapado y había matado a una mujer en casa de su benefactor, Roncesvalles. La víctima se llamaba Rosa. Había aparecido aquella noche allí por casualidad, para decirles algo importante, pero no había tenido tiempo de hacerlo.

Cristóbal no entendía qué pasaba y sabía que su hermano no había podido hacer nada de lo que se le acusaba. Apenas salía de casa, y menos sabía llegar a ningún sitio o colarse en algún lugar. Fui a verlo a los calabozos, pero le habían prohibido tener visitas al estar acusado de asesinato.

Mientras, el plan seguía en marcha, o eso pensábamos.

No sabemos qué pasó por la mente de Selene durante aquellos días antes de su marcha. Tal vez no le gustaba la idea de tener que vivir con un limpiabotas o de no poder llevar más vestidos de seda, pero envió una carta a Cristóbal que lo destrozó.

En ella le dijo que no iba a marcharse con él, que había entrado en razón y que se casaría con Campillo, el marido que su padre había escogido para

ella. Cristóbal vino a mi casa con la carta, temblando, como siempre hacía, y me la tendió. Yo pensé que había algo más oculto entre aquellas palabras y le dije que iría a hablar con ella a ver si me decía la razón de haber escrito esa carta. Al llegar a casa de Selene, subí a su dormitorio y allí la vi, contemplando su vestido de novia, con tres mujeres que conversaban entre ellas sobre qué velo le sentaría mejor o con qué zapatos estaría más cómoda en la ceremonia.

Al verme, les pidió que saliesen de allí y nos quedamos a solas.

—¿Qué es todo esto, Selene?

—No puedo marcharme con Cristóbal. Es una locura. Si tengo que quedarme aquí y casarme con ese hombre, que así sea. Al fin y al cabo, mi madre lo hizo con mi padre, ese es el orden de las cosas. Así debe ser.

No entendía lo que estaba diciendo. No podía creerlo. Estaba todo planeado, y ella había estado de acuerdo. De hecho, era ella la que había estado llorando cuando descubrió las intenciones de su padre de casarla. Me marché de allí sin entender nada. Ahora quedaba lo más duro, decírselo a Cristóbal. No sabía ni por dónde empezar, porque yo mismo no entendía nada.

Cuando se lo dije, se sumió en un gran silencio y salió de mi casa. Intenté seguirlo, pero mi pierna me lo impidió. No supe nada de él en tres días. Y cuando apareció fue para decirme que no se marchaba, que era mejor dejar las cosas como estaban sin más. Y así se quedó todo paralizado. Los días pasaban y Cristóbal ya no iba a ver a Selene tras su trabajo. Todo parecía en calma, pero algo ocurrió. Un accidente. Selene se había dormido con una lámpara de aceite encendida y el cristal se había rajado por el calor, caído al suelo y comenzado un fuego que la había calcinado. Cuando me enteré de su muerte, sentí un millón de cuchillos al rojo clavarse en mi estómago. Me destrozó. No podía respirar ni pensar o caminar... No era capaz de concebir un mundo sin Selene. Sin mi Selene.

Una doncella que tenía su dormitorio justo encima del de Selene había notado mucho calor en el suelo y olor a humo, por lo que dio la voz de alarma. Estaba tan calcinada que la reconocieron por un anillo que Campillo le había regalado, el anillo de compromiso. Un diamante de considerable

tamaño engarzado en platino. La enterraron al día siguiente. Yo le di la noticia a Cristóbal y acudió al entierro escondiéndose entre las lápidas. Entonces, viéndolo merodeando entre las tumbas y observando de refilón a Roncesvalles y a Campillo, pensé que tal vez hubiera alguien que no pensara que aquello había sido un accidente, que tal vez había sido intencionado.

Yo no quería acusar a Cristóbal, era mi amigo, pero no me encajaba que se hubiera quedado tan relativamente tranquilo después de saber que Selene finalmente no se marcharía con él. Aborrecí esos pensamientos. No quería pensar en ello y no quería que la idea de que Cristóbal había tenido algo que ver en la muerte de Selene me rondase. No me dejaba dormir tranquilo. No podía ser, pero tal vez alguien acabara pensando que no había sido accidental. Pensé en que la muerte de aquella otra mujer, poco antes de la de Selene, había sido cargada sobre el hermano de Cristóbal. Tal vez ahora fuesen a por Cristóbal. Era una locura, pero podría pasar. Se lo hice saber a mi amigo, le convencí de que no estaba seguro de que pudiera ocurrir, pero siempre existía la posibilidad. Le convencí de que escribiese una nota a su madre, una nota de despedida. El plan era el mismo, excepto por la ausencia de Selene.

Mi Selene, que yacía enterrada para toda la eternidad. Mi pobre Selene. Cristóbal se marchó a París. Me escribió un par de veces para decirme que lo estaba pasando demasiado mal en París, que no quería seguir así. Hasta que una mañana recibí un paquete procedente de Francia. Era de una joven de su misma edad con la que compartía piso.

Me mandó un jersey de Cristóbal, unas cuartillas que había escrito, pues le gustaba escribir, y una factura con la parte del alquiler que no había pagado antes de matarse, tal como me explicó esa chica en una escueta carta. Pagué la deuda con un giro y así acabé enterrando a mi otro amigo en la memoria.

La joven explicó en su carta que había sido encontrado ahorcado en el piso que compartían y que había sido enterrado en una fosa común con los coléricos. Al parecer, había surgido un brote en Francia y la gente caía por barriadas como moscas. Lloré su pérdida y fue la primera vez en mi vida que me di cuenta de que estaba solo.

No mucho después, mi padre murió y a mí no me dejó más que este piso; el resto era para mis hermanos. Por suerte para mí, uno de mis hermanos y mi

hermana compartieron su parte conmigo y me dieron algo de lo que les correspondía.

De los otros hermanos, nada sé desde hace tiempo. Me hice cargo de mi hermana. Ella tampoco quería estar sola. Supongo que, si no la hubiera acogido yo en casa, se hubiera ido con el otro hermano, pero me prefirió a mí.

Hacía mucho tiempo que no pronunciaba el nombre de Selene o Cristóbal en voz alta, pero no pasa una sola mañana sin que sus rostros me vengan a la mente nada más despertarme. Los echo de menos, a los dos. Cristóbal era mi amigo, y Selene, bueno, Selene para mí era algo más, pero yo nunca lo fui para ella. Supongo que ahora, a su manera, estarán juntos en un lugar u otro. Espero que sea así y que, aunque haya sido la maldita muerte, que se empeña en aparecer cuando menos te la esperas para rozarte con sus dedos huesudos y llevarte con ella, les haya permitido estar juntos.

Me quedé durante un rato en una especie de ensoñación después de haber escuchado aquellas palabras, la historia de Selene, Cristóbal y Gabriel, mientras él parecía estar recordando alguna buena anécdota de cuando eran niños. Me sentí como un ladrón de historias y de vidas. Sentí el impulso de darle la carta, pero la quería para mí. No tenía derecho a seguir preguntándole, pero, si no lo hacía, sentiría que lo poco que podía hacer por Justo desaparecería.

—Esa doncella a la que ha nombrado, Antonia, era una doncella que se encargaba del cuidado de Selene, conocida o amiga de Rosa. ¿Puede contarme algo más de ella?

Dudó un segundo antes de responder.

—Siempre estaba callada y observándonos desde alguna silla. Bueno, eso cuando éramos niños; después nos dejó más libertad. Se ocupaba de Selene, se encargaba de pedirle ropa nueva al sastre de la familia, le preparaba los baños y nos hacía la merienda a los tres, pero no hablaba mucho con nosotros, aunque siempre que lo hizo me pareció la mujer más cariñosa del mundo. ¿Por qué? Ya te he dicho que yo la apreciaba mucho y ella a mí también.

—Porque fue ella la que apareció de pronto en casa de Justo y Rosa para decirle algo a Rosa, y eso que le dijo fue lo que la impulsó a salir de casa corriendo hacia la de los Roncesvalles para acabar muerta. Y esa misma noche Antonia desapareció sin dejar rastro alguno.

—¿Ah sí? Eso no lo sabía.

—No importa —dije a modo de disculpa.

Aquel hombre me daba pena. Me lo había imaginado como alguien fuerte e indestructible, pero, en realidad, era igual de débil que yo. Me dio la sensación de que había estado aprovechándome de él. Me puse en pie y le tendí la mano, que estrechó sorprendido.

—Gracias por su tiempo y por contarme esta historia. Siento haberle molestado.

Rio y negó.

—No te preocupes, no viene mal refrescar la memoria de vez en cuando.

Gabriel llamó a la doncella y se personó unos segundos después para ofrecerse a acompañarme hasta la salida. Entonces recordé el nombre de esa amiga que había nombrado: Marta.

—Discúlpeme, solo una cosa más. Esa amiga de Selene, la enferma de los pulmones, ¿vive todavía?

—Marta Abadía. Tenían dinero, pero tampoco demasiado. Vivía cerca de ella. No recuerdo haberla visto nunca. Selene alguna vez hablaba de ella y, como te he dicho, la visitaba siempre que podía.

—¿Marta Abadía? ¿Dónde puedo encontrarla?

—En la misma calle donde vivía Selene y donde aún vive Ezequiel. Cuatro casas más abajo. La casa era de las pequeñas, de solo dos plantas y un pequeño jardín delantero. Nada espacioso. Quizás ella te pueda contar algo que a mí se me haya escapado.

—Gracias —dije dispuesto a marcharme y a dejar a ese hombre solo con sus pensamientos.

—Chaval, tampoco te sorprendas si no encuentras nada más sobre Selene. Hace años que ocurrió todo y la gente se olvida enseguida de las cosas cuando hay un cementerio de por medio.

—Gracias por la advertencia, señor, pero lo que intento es averiguar algo sobre Rosa.

Aquello no era del todo cierto. La historia entre Selene y Cristóbal comenzaba a fascinarme, y esa muerte por un incendio accidental no me terminaba de convencer, igual que ese brusco cambio de idea por parte de Selene sobre marcharse con Cristóbal. Además, había que añadir la desaparición de Antonia. ¿Y si era ella la culpable? ¿Y si ella había acabado

con Selene? El porqué era algo que se me escapaba, pero era extraña su repentina desaparición tras acudir corriendo a casa de Rosa. Tal vez ella supiera los planes de Selene para marcharse y se lo contó a Rosa, aunque ella misma le había dicho aquella noche que no debía ir a casa de Roncesvalles a contárselo. ¿Y si había sido Antonia también la que había acabado con Rosa? Se había marchado aquella misma noche, pero la habrían visto atacándola y habrían acusado a otro chico en lugar de a ella. Las preguntas se amontonaban en mi mente. En ese instante se me ocurrió la posibilidad de que Antonia también estuviese muerta, pero apenas me duró el pensamiento un instante. Quien la hubiera matado habría procedido igual que con Rosa: lo hubiera denunciado y habrían acusado igualmente al hijo de Domingo. La historia cada vez se enredaba más, y cuanto más pensaba, más la enredaba yo solo. Mi mente no tenía demasiadas luces detectivescas, aunque ahora podía ir a hablar con esa amiga suya. Tal vez ella supiese algo más.

\* \* \*

Había refrescado cuando salí a la calle. El viento se había levantado y se veía alguna nube acercarse a la ciudad. Escuché las campanas de alguna iglesia próxima y calculé que era hora de regresar a casa y de ayudar a Remedios a preparar la comida y a recoger. Se estaba haciendo tarde sin darme cuenta y pensé en coger el tranvía, pero no llevaba dinero encima. Comencé a caminar lo más deprisa que pude para llegar lo antes posible. El viento soplaba cada vez con más fuerza y el frío comenzó a traspasar mi ropa. Unos quince minutos después estaba cruzando la calle para entrar en casa de Justo cuando Remedios me vio por la ventana y se apresuró a abrir la puerta.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Estábamos preocupados —dijo a modo de recibimiento.

—Lo siento, Remedios, me he entretenido. Ahora te ayudo a hacer la comida.

Noté que había demasiado silencio. Podía oler los cigarrillos de Justo desde el salón, pero no escuchaba ni un ruido más.

—No hace falta que me ayudes, Esteban, ahora solo estamos nosotros

tres, como siempre.

—¿Qué? —Me sentía desilusionado.

—Han encontrado a familiares de algunos de los niños, y a los otros los ha venido a buscar el padre Juan, así que algunos están en sus casas y otros están en el orfanato.

—Ah —dije sin ganas.

—Ha venido el padre Juan a por ellos y han estado un rato esperándote para despedirse de ti, sobre todo el pequeño Javier, que se nos ha ido llorando porque quería despedirse de su nuevo hermano mayor. Pero es un niño, se le pasará enseguida. Se va a casa de una tía que tiene por Argentona, en la provincia de Barcelona, nos ha dicho Juan. Bendito hombre, no hay otro como él; la labor que hace por los que no tienen nada es encomiable.

—Cierto —añadió Justo desde el salón—, por eso no le pega nada ser cura.

—No empieces otra vez con eso, Justo.

—Bah, anda que no me dieron palos a mí esos embusteros, siempre en nombre de Dios; pero resulta que Dios no dice precisamente que nos peguemos los unos a los otros, aunque, en realidad, los que pegaban eran siempre ellos. ¿Te imaginas que alguno de nosotros se los hubiéramos devuelto? Lo que nos hubieran hecho...

—Anda anda, no le hagas caso, Esteban. Venga, a comer.

Remedios había dispuesto la mesa para los tres en el comedor y sacado la jarra de agua de cristal con borde dorado. Comimos sin gastar demasiada conversación. Ahora que se habían marchado los niños no tenía nada que hacer. Las tardes podía dividirlos en intentar escribir como el danés y pasarme por el orfanato, como le había prometido a Juan. Eso haría.

—Me parece estupendo que quieras echarle una mano a Juan, pero no olvides que tienes que tener cuidado cuando vayas por la calle, ya sabes que hay zonas donde se producen muchos tiroteos cuando comienza a anochecer, así que no llegues nunca tarde a casa. ¿De acuerdo? Y si alguna vez te pasa, que espero que no, te quedas allí a pasar la noche, no se te ocurra salir a la calle.

—Está bien.

—Por cierto —intervino Remedios limpiándose la boca con una servilleta —, ha venido el sastre esta mañana con toda la ropa que le encargamos. La tuya está en tu habitación sobre la cama para que la veas, después guárdala en el armario. El resto se la ha llevado el padre Juan para los niños del orfanato, que les hacía más falta a ellos que a los niños que van a poder vivir en casas de familiares.

Asentí. Terminé de comer. Insistí a Remedios para que me dejase ayudar a recoger la mesa, pero se negó en redondo.

—Tú ve a descansar, que para eso vienes de trabajar.

Subí a mi dormitorio y lo primero que percibí fue que allí también estaba la chimenea encendida. El viento soplaba cada vez con más fuerza y el cielo se estaba tornando gris a pesar de la ventolera. Alguna gota cayó sobre el cristal de la ventana, pero sin que hiciera presagiar ninguna tormenta. Cogí una de las hojas que tenía sobre el escritorio y anoté los dos nombres que había sacado de la conversación mantenida con Gabriel: Marta Abadía y Ambrosio Casanova. A Marta podría encontrarla sin problemas, pero al médico no tenía idea de cómo empezar a buscarlo. Ya tendría tiempo. Sobre la cama vi mi nueva ropa extendida y sentí un cosquilleo en el estómago. Pantalones, camisas y jerséis gordos para varios inviernos. Dos abrigos más, dos batas nuevas e incluso un par de zapatos de calle y dos pares de zapatillas para estar por casa. Me probé toda la ropa y me miré delante del espejo. Me gustaba mi nueva colección. Tras dejarme puesto lo que más me había gustado, me senté frente a la máquina de escribir, leí las tres últimas páginas y continué el relato donde lo había dejado. Después de dedicarme a escribir de la mejor forma que fui capaz la aparición de un espectro con pies de plomo y ruidoso, con la excusa de despertar a todos los habitantes de la casa donde moraba entre las paredes, suelos y techos, me quedé sin nada más que contar por el momento.

Me asomé por la ventana y vi que parecía haber llovido. No me había dado cuenta y, escribiendo ensimismado, me había olvidado por completo de la chimenea y no le quedaban más que las brasas. Miré el reloj de la mesita, no era tarde. Estrenando uno de mis nuevos abrigos y un par de zapatos, bajé las escaleras y dije a Remedios y a Justo, que se encontraban jugando a las

cartas, que me marchaba un rato con el padre Juan.

—Bien, Juan estará encantado de recibir tu ayuda, pero recuerda lo que te he dicho y no te entretengas demasiado.

—Descuida.

Salí a la calle. A paso ligero, apenas tardé en llegar al orfanato. Cuando giré la esquina y vi su enorme estructura silenciosa, pensé que, en realidad, no parecía un orfanato, sino más bien un edificio abandonado. Pensé en cómo sería vivir allí, dormir con un montón de niños, jugar con ellos, atender a las clases, desayunar, comer y cenar todos juntos en un comedor gigante... Dentro de la situación, no debía estar mal para un niño que se queda sin padres ir a parar al orfanato del padre Juan. Era bueno, cariñoso y se hacía cargo, de una forma u otra, de todos los niños que iban a parar allí, fuera por su propio pie, por el trabajo de Justo o como fuera.

Empujé la puerta y entré. No había nadie en la gran entrada ni se escuchaba un alma por ningún sitio. En mi mente de escritor, me imaginé una estampida de niños bajando por las escaleras tan deprisa como podían huyendo de algún fantasma. Justo en ese instante, una mujer con un vestido de pana apoyó su mano en mi hombro y me sacó de mis pensamientos.

—Tú eres Esteban, ¿verdad?

—Verdad —respondí con convicción—. Vengo a ayudar al padre Juan en lo que necesite.

—¿Sí? Pues hala, sube hasta el último piso por estas escaleras, que está moviendo las camas para hacer más hueco. Le vendrá bien que le eches una mano. Las cocineras no dan abasto para todo, no pueden ayudarle y los profesores están cuidando de la panda de gamberros que tenemos.

—¿Dónde están todos? —pregunté.

—En el huerto del jardín trasero, en una clase de naturaleza o algo así, no lo sé, es muy estrambótico este profesor nuevo. En fin, da igual, venga, tú sube a ayudar al padre.

—Ahora mismo.

Subí las escaleras saltándolas de dos en dos y llegué hasta el tercer piso. Ante mí se extendía un largo pasillo con poca luz y varias puertas, algunas abiertas, otras cerradas. Escuché un fuerte ruido en la más cercana y vi una

sombra arrastrarse por el suelo. Me dirigí hacia allí y me asomé. Estaba frente a una gran estancia llena de camas que me recordó a las de los hospitales, cada una con una sábana blanca que asomaba por debajo, una manta doblada encima y un pijama colocado sobre cada una de ellas. Había algunos colchones amontonados en el fondo y camastros de hierro apoyados contra la pared.

El padre Juan estaba retirando las camas hacia el fondo para hacer hueco. Caminé hacia el interior de la estancia en dirección a Juan y de pronto vi pasar un ratón a mi lado, corriendo por el borde de la pared, sin darme cuenta de que Juan venía hacia mí, distraído, mirando al ratón. Me puso la mano en el hombro.

—Y ahora ratones, lo que nos faltaba —dijo—. Tengo que poner ratoneras antes de que sean una plaga. Luego miraré en el ático a ver si tenemos; yo creo que sí, que nos quedan de la otra vez.

—Te echaré una mano, he venido a ayudarte.

Sonrió.

—Eres un buen chico. Javier te echará de menos, no sabes la que ha montado. Me ha dado una cosa para ti.

—¿Qué? —pregunté pensando en lo que podía haberme dejado.

El padre Juan se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una canica azul.

—Me ha dicho que él se quedaba la canica verde, así él se acordará de ti y tú de él.

Sentí ganas de llorar, pero se me atragantaron en la garganta. Le echaría de menos. Me guardé la canica en el bolsillo del abrigo tras observar las aguas que tenía y me lo quité para dejarlo sobre una de las camas. Acompañé al padre Juan hasta el final de la habitación y comencé a ayudarlo a poner los camastros derechos y desplegar los colchones sobre ellos.

—¿De dónde han salido todas estas camas? ¿Han cerrado algún sitio y las han enviado? —pregunté colocando un nuevo colchón.

—Las envían de Madrid. No sé de dónde las habrán sacado, pero aquí nos vienen de maravilla. Todas las que nos lleguen serán bien recibidas. Gracias a Dios que conseguimos dar con los familiares de un buen número de niños y

pueden hacerse cargo de ellos, si no, necesitaríamos otro edificio como este. En fin.

No tardamos más de una hora en ordenar toda la habitación con las nuevas camas y hacerlas. Bajé a los sótanos, siguiendo sus indicaciones, mientras él separaba las camas para dejar el poco espacio que era posible entre ellas. Entré en el almacén que me había dicho y subí cargado con pijamas para los nuevos inquilinos. Tuve que hacer tres viajes para que todas las camas tuvieran pijama. Después le acompañé a la buhardilla. En mitad del pasillo de ese tercer piso, había una portezuela en el techo por la que se subía hasta allí.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que subí —dijo mientras con un gancho bajaba la puerta.

Estiró unas escaleras oxidadas y chirriantes que parecían ir a romperse solo con soplar sobre ellas para quitarles el polvo. Tuve que retirarme para que no me cayese encima una manta de borra y polvo.

—Bueno, vamos a ver.

Armado con una vela, subió en primer lugar, haciendo que la escalera crujiera. Yo le seguí. El suelo de la buhardilla era de madera vieja. Crujía a nuestro paso.

—Espera aquí.

Me quedé donde estaba y observé su silueta perderse en la oscuridad, acompañada por la vela. Escuché algo y después la luz apareció en la estancia, dejando ver su interior por primera vez en años.

—Vaya —exclamé.

Había escritorios para alumnos amontonados en torres. Sillas a las que les faltaba el respaldo o las patas. Cajas con tornillos y clavos. Grifos viejos y retretes amarillentos tirados por el suelo, entre muchas otras cosas. El padre Juan me vio echando un vistazo a todas aquellas cosas que a mí me parecían inservibles y criaderos de suciedad.

—Nunca se sabe, tal vez algún día vengan bien, para repararlos y poder volver a usar todo esto, o para venderlos a algún chatarrero al que le pueda venir bien para aprovechar los materiales con los que están hechos. Anda —dijo dándome una palmada en la espalda—, ve al fondo a mirar en los cajones

de los muebles viejos y yo miraré por allí —añadió señalando el otro lado.

Me dirigí con cuidado a la parte que me había indicado y comencé a abrir los cajones de viejos tocadores que tal vez les habrían llegado por sorpresa de alguna herencia de mujeres viudas sin hijas a las que dejárselos. Espejos rotos me devolvían veinte veces mi rostro en pedazos. Me sentí extraño al ver ese reflejo. Seguí rebuscando entre cajones donde solo encontraba peines sin púas, pañuelos de tul y ropa interior femenina de proporciones colosales, donde hubieran cabido al menos tres o cuatro Remedios en ellas. La dejé donde la encontré y seguí buscando entre el resto de los muebles, donde encontré peladillas pegadas en el fondo de bomboneras, botones forrados, una peluca de pelo rizado y completamente negro, a juego con otra de pelo completamente rubio, flores secas y algún bote de perfume de persona mayor que hubiera sido mejor no haber abierto. Entre los viejos recuerdos de familias adineradas, no encontré ni una sola ratonera ni nada interesante.

—Esteban, ven, las he encontrado.

Cerré el cajón que estaba curioseando y fui en busca del padre Juan. Tenía una cesta de la compra a sus pies con ratoneras que nadie se había molestado en limpiar tras su último uso.

—Esto es un nido de infecciones. No las toques, no quiero que te pase nada, anda, guíame el camino, que no veo bien cuando no hay mucha luz.

Le fui indicando el camino, apartando objetos de en medio para que no tropezase. Bajé en primer lugar por las escaleras y me dijo que me retirase, que iba a tirar la cesta. Cayó con un fuerte ruido seco y después me repitió que no las tocase y que esperase mientras cerraba la ventana. Una vez bajó y cerró la puerta del techo, bajamos a las cocinas, donde media docena de mujeres, algunas vestidas de monja y otras no, estaban corriendo de un lado a otro con sartenes chisporreantes de aceite hirviendo y cuchillos en las manos.

—¿Qué haces, Juan? No hay tiempo de que ahora nos entretengas —dijo una.

—No vengo a entreteneros, solo necesito una sopera vieja que había antes por aquí.

—Juan —dijo aquella mujer observándolo con sus ojos azules de fantasma—, todo lo que hay en esta cocina es viejo, excepto el chico que te

acompaña.

Juan le rio la broma.

—Era plateada, más o menos, y el culo lo tenía quemado y le faltaba un asa.

—Ya, ya caigo, está allí, encima de aquellos armarios colgados de la pared. ¿La ves?

—Sí, gracias, María.

—No hay de qué, pero no molestéis, que vamos fatal de tiempo.

—No te preocupes.

Nos dirigimos a la parte final de las cocinas y tras llevarme dos pisotones de una señora que no se molestó en disculparse, como si fuera culpa mía por estar allí en vez de en cualquier otro lugar, llegamos al fondo. Juan dejó la cesta a un lado y se subió a una pequeña banqueta para alcanzar la sopera. Me la tendió y con cuidado la dejé en el suelo.

—Bien, pues ya está, vamos a ver qué fuego hay libre.

Juan llenó la sopera con las ratoneras, después la subió a la pila y la llenó con agua, la puso al fuego y nos marchamos de allí bajo las protestas de María.

—A ver que me acuerde lo que hay que hacer ahora...

Tras estar un rato pensando sin que se le ocurriera nada, me ofrecí a barrer el polvo que había caído al suelo del segundo piso por la puerta de la buhardilla.

—No hace falta, lo haré yo dentro de un rato, creo que por hoy ya me has ayudado lo suficiente. Anda, márchate a casa y descansa. ¿Te espero mañana?

—Claro que sí, mañana vendré también un rato por la tarde.

—Bien, nos ocuparemos entonces de poner las ratoneras.

Salí de allí con la sonrisa del trabajo bien hecho estampada en la cara como un bofetón. Estaba anocheciendo y solo faltaba media hora para el toque de queda. Aceleré el paso y pronto llegué a casa entre las miradas de los uniformados que salían ya a patrullar.

Nunca me hubiera imaginado la sorpresa, por llamarlo de alguna manera, que me esperaba al entrar en casa. Abrí la puerta con la llave y entré cerrando

de un portazo.

—¡Hola! Ya estoy en casa.

Mientras colgaba el abrigo nuevo con cuidado en la percha de al lado de la puerta, Remedios vino hacia mí.

—Hola, Esteban, tienes visita.

Me quedé extrañado. No sabía quién podía venir a visitarme.

—Te esperan en el salón.

Y, además, era más de una persona. Mientras intentaba pensar en quién podía ser, nunca se me hubiera ocurrido quiénes eran. Cora y Andrés estaban sentados en el sofá frente al sillón en el que descansaba Justo. No quería verlos, a ninguno de los dos. Hacía días que no pensaba en ellos. Cora me sonrió y Andrés asintió a modo de saludo.

—Esteban, entra. Tus amigos han venido a verte y no querían irse sin verte, así que tendrán que quedarse aquí a pasar la noche. Podéis dormir los tres juntos y hablar de vuestras cosas si queréis.

Asentí sin ganas.

—Bueno, os dejo a solas para que habléis.

Remedios y Justo salieron de allí y cerraron la puerta al marcharse. Mi cena aguardaba todavía humeante sobre la mesa, al fondo del salón. Puré de patatas con salsa y costillas asadas al horno que podía olerlas desde mi posición.

Los observé a ambos como si fuesen más bien dos extraños que las dos personas con las que había pasado la mayor parte de mi infancia. Cora mostraba una leve sonrisa y Andrés se mantenía serio, sereno.

—Nosotros ya hemos cenado —dijo Cora—. Con Remedios y Justo. Las costillas están muy buenas, ni recuerdo la última vez que las comí —añadió esto último como si, en realidad, no las hubiese comido nunca.

—Bien —respondí—. Porque no pensaba compartir mi cena con vosotros.

Lo dije sin pensar. En realidad, si no hubieran cenado, yo mismo se lo hubiera ofrecido. Sabía que el hambre era realmente mala. Caminé hacia la mesa y me senté. Acto seguido me llené la boca con una cucharada de puré. Estaba delicioso. Seguían observándome. Me ponían nervioso.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —pregunté metiéndome un trozo de pan en la boca.

Se observaron entre ellos durante un instante y, finalmente, fue Andrés el que habló.

—Quería pedirte disculpas por las cosas que te dije el otro día. En realidad, no las pensaba.

No sonaba a sincero. Más bien parecía que Cora le había obligado a venir a decírmelo. De todas formas, me daba igual.

—Bien, pues ya estás disculpado, ¿contento?

Continué engullendo una de las costillas.

—Eso no ha sonado a que lo perdonas, Esteban —soltó Cora de pronto.

—Ni lo que él ha dicho ha sonado a disculpa, así que estamos en paz.

—Venga, por favor —suplicó Cora—. Quiero que nos llevemos bien, como antes.

—Es que nada es como antes, Cora —añadió Andrés—. No pintamos nada aquí, no teníamos que haber venido.

—Cierto —corté—, no pintáis nada aquí ni teníais que haber venido.

Cora miró a Andrés con disgusto. Entonces me fijé en que llevaba las manos vendadas.

—¿Qué te ocurre en las manos?

—No te importa —respondió rápido Andrés mirándome con asco.

—No se me dan muy bien los cuchillos, Esteban. Y el hielo me agrieta las manos.

Dejé de engullir. A esas alturas, la comida no me sabía a nada. Me levanté y me dirigí al cuarto de baño que no utilizábamos en la planta de arriba, donde Remedios guardaba un montón de líquidos y emplastes en botes. Aquel cuarto de baño hubiese sido la mina de oro de cualquier alquimista. Cogí uno de los botes que había visto que usaba cuando se hacía cortes en la cocina y lo llevé al salón. Me senté en una silla al lado de Cora, ignorando a Andrés, y le pedí que extendiera las manos. Procedí a quitarle las vendas con cuidado.

—No necesita tu ayuda —se quejó Andrés.

—Sí que la necesito —respondió ella—. Me duelen las manos, y si esto

me va bien, lo quiero.

—Lo raro —añadí— es que no te lo haya puesto Remedios.

—Le he dicho que me hacían daño las muñecas por los cortes que tengo que hacer todo el día en los pescados, no le he dicho que me hacía heridas tan grandes.

—Ah.

Con cuidado abrí el bote, que despidió al instante un olor nada agradable, y procedí a untarle las manos con aquel mejunje verdoso amarillento. Se podía ver el alivio inmediato en el rostro de Cora, al contrario que Andrés, que miraba para otro lado con la cabeza agachada. Cuando terminé, volví a colocarle las vendas.

—Gracias.

—De nada.

Volví a sentarme a la mesa sin ganas de terminar mi cena. Tras unos instantes, cogí los platos y los bajé a la cocina, donde encontré a Remedios y a Justo fumando sendos puros, cosa que nunca había visto hacer a Remedios, mientras jugaban al dominó.

—¿Quién gana? —pregunté.

—Ella.

—En mis tiempos mozos no teníamos más que el dominó para entretenernos todos los chicos de mi escalera. El dueño del juego era un chico del segundo piso, llamado Pedro, que lo había heredado de su abuelo al morir y nos dejaba jugar sin que él se atreviese a tocarlo. Decía que cuando él jugaba, su abuelo se le aparecía en sueños después, explicándole estrategias para ganar, y eso le daba demasiado miedo como para jugar con las fichas.

—Tengo años y años de práctica con el dominó. Soy un genio.

Justo rio.

—Eres un genio del dominó, cierto, no hay partida que pierdas.

—Oye, señorito, no lo digas así, que suena a chiste.

—No era mi intención —se disculpó Justo riéndose igualmente.

—Mmm, anda mueve ficha de una vez, que llevo cinco minutos esperando. ¿Qué tal estaba la cena, Esteban?

—Muy buena. Cada día te salen mejor los platos, Remedios.

—Qué encanto de chico. Y ¿qué tal con tus amigos? ¿Lo estáis pasando bien?

—Sí, ahora nos vamos a ir a mi cuarto.

—De acuerdo —añadió Justo—. Y diles que, si les entra hambre por la noche, pueden bajar a comer lo que les apetezca a la cocina.

—Bien.

Salí de allí y entré al comedor. Ambos estaban mirándose los zapatos con cara de enfado.

—Me voy a mi cuarto y creo que será mejor que subáis también, ya que se supone que somos amigos o algo así.

Cora volvió a sonreír y Andrés bufó con los brazos cruzados. Me siguieron escaleras arriba y nos metimos en mi dormitorio. Yo fui directo a la máquina de escribir y metí una hoja en el tambor, dispuesto a continuar con mi historia. Cora y Andrés se sentaron sobre la cama.

—Vaya, sí que es cómodo este colchón. Yo tengo que dormir con mi madre. Hemos tenido que arrendar mi cuarto a una mujer con su bebé; a su marido lo mataron de un tiro en la cabeza y ahora no tiene nada. Tuvo que vender la casa a un precio de risa para poder comprar comida. Además, el bebé no para de llorar por las noches y no nos deja dormir.

No dije nada y comencé a escribir. Me costaba hilar las frases sabiendo que los dos estaban detrás de mí. Poco después me levanté dispuesto a ir al baño con la excusa de mojarme la cara, pero no hizo falta. Los vi dormidos sobre la cama sin abrir. Estaban tumbados el uno al lado del otro y parecían mirarse. Fui al armario, saqué una manta y los tapé. Bajé hasta el jardín trasero y allí me quedé un rato mirando las estrellas con el sonido de disparos lejanos de fondo, a los que ya nos habíamos acostumbrado todos, sentado en el banco de madera del porche. No recuerdo cuánto tiempo estuve allí mirando el cielo tranquilamente, pensando en qué estrella estaría ahora durmiendo mi madre y si podría verme desde tan lejos, cuando alguien abrió la puerta. Pensé que sería Justo desvelado, pero era Andrés. Nos observamos durante unos segundos y al sonido de un disparo desvié la mirada y continué mirando las estrellas. Se sentó a mi lado después de aguantar unos minutos en pie. Yo no dije nada.

—Siento haberme pasado contigo el otro día. De verdad.

Esta vez, al menos, parecía que lo decía en serio. Permanecí en silencio.

—Pero por una vez —continuó—, quería ganar yo en algo. Siempre has estado por encima, con dinero, con ropa de príncipe y perfumes. Por una vez, quería sentir que era mejor que tú y creo que lo conseguí al tener a Cora.

Calibré sus palabras y tras unos instantes respondí.

—No sabía que Cora fuese un trofeo.

—No lo es.

—Pues tal como hablas de ella, sí lo parece. Además, yo no soy ni mejor ni peor que tú por la ropa que llevase o el dinero que mi padre tuviese en los bolsillos. Es una tontería que se te metió en la cabeza.

—Puede.

—¿Puede?

Suspiró.

—Tienes razón, sería una tontería.

—Bien.

—Bien.

Así nos quedamos, con los brazos cruzados, esquivando uno la mirada del otro. Sin decir nada más, como si hubiésemos firmado una tregua.

## 33

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Cora y Andrés seguían durmiendo. Bajé a la cocina, desayuné y cumplí mi horario en Correos. Después fui a hacer una visita que tenía pendiente. La zona donde habían vivido Selene y Gabriel era la zona residencial por excelencia de la ciudad. Alejada del ruido y de los trabajadores, estaba situada a las afueras, entre jardines, fuentes en forma de ángeles alados, estatuas de héroes locales, toreros reconocidos y parques con columpios hechos con materiales antioxidantes para los niños de buena cuna.

Cogí el tranvía en la plaza de España y treinta minutos después, tras innumerables paradas y acompañado de un puñado de criados, bajé en la última parada del recorrido, a un buen trecho de la zona residencial. Todos nos encaminamos hacia ella y cuanto más cerca nos encontrábamos, más parecía que entrabas en otro mundo.

Había llegado hasta la frontera del lugar en varias ocasiones, normalmente acompañado por mi padre, que se empeñaba en decir que algún día se haría construir una réplica de nuestra casa allí, que era el lugar donde debíamos vivir, pero mi madre decía que en la casa donde vivíamos era donde debíamos estar, porque era la más bonita del mundo y no estaba dispuesta a dejarla atrás.

Aunque la zona en la que vivíamos era una de las mejores, no era suficiente para mi padre; él quería vivir con vecinos en los que poder verse reflejado cuando saliera de las cocheras para ir a sus oficinas. A mí esos recuerdos se me quedaban ya lejanos, como un eco que va desapareciendo a cada segundo.

Había memorizado la dirección de la casa de Selene escrita en el remite de la carta que había enviado a Cristóbal. Tras un buen rato leyendo números puestos sin ton ni son en las verjas de las casas, en un enredo de calles y callejones que nada tenían que ver con lo que yo conocía por callejón, encontré el número que buscaba. Allí no se escuchaba ni el cantar de los pájaros. Ni un solo ruido. La hierba parecía más verde de lo normal. Era como estar dentro de un cuento. La casa de Selene Roncesvalles tenía la belleza de una casa en decadencia, portadora de una belleza melancólica que una vez tuvo y que se le caía por las ventanas sucias y paredes sin pintar. Podría haber pasado por una casa abandonada, pero había un jardinero ocupándose de un seto y tras las ventanas se podía ver alguna luz. Sentí el impulso de entrar, ver la cara de Roncesvalles y preguntarle por su hija, pero no lo hice. No hubiera sabido qué decirle, y seguramente alguna doncella me hubiera espantado a escobazos.

Siguiendo las indicaciones de Gabriel, busqué la casa de dos plantas que me había descrito. No tardé en encontrarla. Era la única por la que no salía humo de las chimeneas y que tenía el jardín descuidado. Tenía tejas caídas y un cristal roto en una de las ventanas superiores. Desde la verja podía apreciarse la madera podrida del porche. Ni siquiera se molestaban en cerrar la verja que vallaba el lugar. La empujé y entré. El jardín, ya no era jardín, parecía más bien un pozo de barro con algún árbol que otro. De la verja a la entrada apenas habría diez metros. Esa casa no pegaba allí. Cuando apoyé el pie en el primer peldaño del porche, la madera crujió como si hiciese años que nadie posara su peso allí. La puerta se abrió de golpe. Una mujer que rondaría la treintena, tal vez pasándola, con un vestido viejo y roto por los bajos, calzando zapatillas y con una bata sobre los hombros, apareció bajo el marco de la puerta. Tardé unos instantes en reaccionar.

—Buenos días.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres?

—Verá —dije con un ligero temblor en la voz—, yo venía a...

—¿Eres el nuevo chico de los recados de Gilás? Puedes marcharte y decirle que me deje en paz, que pagaré las facturas cuando pueda, siempre lo he hecho.

Conocía el nombre de Gilás. Era una especie de bufete de abogados y cobradores de deudas afincado en la plaza de los Sitios, que había escuchado nombrar a mi padre en alguna ocasión, cuando, después de haber pagado a algún proveedor, este no le había entregado el material a tiempo. Tenían fama de cobrar caro, pero de asegurarse de que el endeudado pagara por las buenas o por las malas.

—No, señora, yo lo que quería era hablar con Marta. ¿Está en casa?

Me miró frunciendo el ceño.

—¿Quién eres tú y para qué quieres ver a Marta?

—Soy un amigo de Selene, por decirlo de alguna manera.

—¿Selene? No digas tonterías, tú no debías ni haber nacido cuando ella murió.

—Bueno, yo no la conocí, pero ciertas circunstancias han hecho que aparezca su persona en más de una ocasión en mis averiguaciones y la última me ha traído hasta aquí. ¿Puedo ver a Marta, por favor? Es importante.

Tras unos segundos de mirada altiva me dijo que sí.

—Mi hermana está en el jardín de atrás. Te acompaño.

La lápida de Marta Abadía se levantaba entre la de sus padres como una sombra. Ponía la fecha exacta de nacimiento, pero solo ponía el año de su muerte: 1926.

—¿Por qué no pone cuándo murió?

—Es algo largo.

La casa por dentro también estaba descuidada. Las ventanas necesitaban un buen repaso de jabón, y respecto a las paredes y al suelo de madera, o les gustaba demasiado el negro o estaban tan sucias que aparentaban ser de ébano. Los muebles viejos que algún día debieron adornar una buena casa, estaban amontonados por las esquinas y cubiertos con sábanas. Todo tenía aspecto de llevar así mucho tiempo. Me condujo directamente al piso superior, diciéndome que ella hacía la vida allí arriba, que en el salón se había instalado un hornillo y cocinaba allí, así no tenía que gastar mucho en mantener la casa caliente. El saloncito había sido un dormitorio no muy grande, pero con chimenea con una puerta que conducía a otro cuarto, su dormitorio con baño.

—Voy a hacer café. ¿Te apetece?

—No, gracias. Prefiero que me hable de su hermana.

Rio mientras encendía el fuego de gas.

—Mi hermana era insufrible. Su enfermedad le provocaba dolores y siempre nos había amenazado con que un día la encontraríamos muerta en su cuarto por una sobredosis de cloroformo o colgada de la lámpara. Yo lo sentía por ella, pero no tenía la culpa de que estuviera enferma y yo sana. Me envidiaba por ello. La única amiga que tuvo fue Selene. Era una chica guapa. Cuando la vi entrar en casa por primera vez acompañada de su madre, invitada por la mía a tomar café y pastas, y preguntó por mi hermana, diciendo que quería jugar con ella, no dudé ni un instante en que Marta la envidiaría nada más verla por estar sana y ser más guapa que ella. Yo misma la acompañé a su dormitorio.

Se sirvió el café y se sentó frente a mí en un sillón viejo y lleno de agujeros. Sujetaba la taza de café con las dos manos, como si quisiera entrar en calor. Me observó sin ganas, como si fuese un intruso que se hubiese colado en su madriguera.

—En realidad, tampoco es que haya mucho que contar de mi hermana, aparte de que era una insufrible. Insoportable, egocéntrica y desgraciada que me hacía desgraciada a mí.

—Conozco esa sensación.

Me observó y rio.

—No pareces desgraciado.

—Si yo le contara...

## 34

La fortuna de la familia Abadía se podía resumir en tres partes: desgracia, suerte y tragedia. La hermana mayor, Estrella, había nacido entre escasas comodidades y ningún lujo, pero podía comer todos los días gracias al trabajo de maestro de su padre. Su madre cosía en una tienda de arreglos y apaños, como rezaba el cartel. Cuando la madre de Estrella se quedó embarazada por segunda vez, sintieron que el mundo se les venía encima. Apenas podían comer ellos y su hija, como para andar ahora con otro hijo por el mundo.

Una mañana, pensando en su desgracia, caminando como alma en pena por los pasillos del colegio, uno de los compañeros del padre le dio la enhorabuena.

—No sé qué tiene de bueno, no puedo mantener otro niño.

—No, hombre, lo digo por la lotería; sé que llevas números fijos: te ha tocado un buen pellizco. Me alegro por ti, ahora ya no tendrás que preocuparte por eso.

Fernando salió del colegio y fue corriendo al puesto de quinielas y loterías de la esquina donde siempre jugaba, y el lotero, amigo suyo, nada más verlo sacó un puro y se lo metió en la boca.

—Vaya suerte has tenido, y mira que yo siempre he dicho que esto de jugar con números fijos es una tontería. Anda, vámonos los dos a recoger tu premio a la administración central, que quiero ver la cara que se les queda a esos mojigatos.

—Pero ¿cuánto me ha caído? —preguntó.

—Más de lo que necesitas, te lo aseguro.

Cobrado parte del premio, y el resto guardado en una cuenta del banco

Zaragozano, corrió de nuevo al colegio en busca de su mujer. Ambos se despidieron y pusieron rumbo a comprar una casa en la zona residencial de la ciudad.

—Esto es muy precipitado —dijo la mujer.

—Tonterías, somos ricos, e invertiré el dinero donde crezca cada día, ya lo verás, seremos los más ricos de la ciudad.

Sí fue cierto que al principio las cosas fueron bien. Fernando compró un terreno no demasiado grande y levantó una casa, a juego con el terreno, pequeña y de dos plantas, que no tenía mucho que ver con las casas vecinas, pero que era mucho más grande que el piso en el que habían estado viviendo hasta entonces. Hizo negocios con un personaje de renombre apellidado Roncesvalles. Venía de buena familia, pero el negocio en el que se había centrado su padre era ya algo obsoleto, y cuando Ezequiel tomó los mandos del negocio y se modernizó, comenzó a marchar de nuevo, al menos por un tiempo. Fernando no desaprovechó la oportunidad de hacer negocio con él, convirtiéndose en su proveedor de materiales de primera calidad y a buen precio.

\* \* \*

Mi hermana nació sana y fuerte una mañana calurosa. Tenía buena salud y comía bien, hasta que un día, poco después de cumplir un año de vida, comenzó a dejar de comer, a toser y salirle sangre de la nariz. Tras varias revisiones y pruebas, dijeron que, seguramente, había contraído tuberculosis, contagiada por una de nuestras doncellas, que se había despedido hacía algunas semanas alegando problemas de salud y que se iba a vivir a Sevilla, a casa de unos parientes por recomendación del médico. La tuberculosis mantuvo a mi hermana en la cuerda floja un año, y después la dejó en paz, de un modo u otro... La enfermedad se marchó, pero había dejado mermas importantes en su organismo. Sus tejidos pulmonares se habían dañado.

Primero nos dijeron que se habían quedado destrozados y que no se recuperaría el tejido perdido; después, que se había recuperado en parte y que por eso respiraba mejor, y después, cuando empeoró de nuevo, nos dijeron

que esos tejidos eran de textura pétreo. Se endurecían lentamente, convirtiéndose en tejido muerto e inútil que con el tiempo se extendería hasta que llegara el día en que se ahogaría. Además, no podría llevar una vida normal: debería guardar reposo y moverse lo mínimo posible, estar tumbada o sentada, y sería mejor que no le diese demasiado el sol. De lo último nunca entendí el porqué.

Así pasaron los años. La esposa de Roncesvalles, en ocasiones, pasaba largas tardes en casa, y se compadecía mutuamente con mi madre, ya que su hija, Selene, también estaba enferma. Nunca dijo nada en claro, pero, por lo que comentaba, tenía fiebres altas y deliraba. Esto, en ocasiones, venía acompañado de alguna clase de ataques en los que se lanzaba de la cama al suelo con una fuerza tremenda y que hacía salir a las doncellas despavoridas pasillo abajo cuando la pequeña Selene, de dos años, echaba espuma por la boca. Después de hacer que la visitaran médicos de prestigio durante un par de años, Roncesvalles decidió darle la oportunidad a un joven recién licenciado que decía ser capaz de curar casi cualquier enfermedad gracias a los nuevos avances médicos. Mientras, su imperio menguaba por la enfermedad de su hija. Los inversores, clientes y proveedores no veían con buenos ojos la enfermedad de su hija, y en el fondo les daba miedo la idea de que estuviera poseída por algún demonio. El médico se llamaba Casanova. Este médico la curó y le recomendó que su hija debía cambiar de aires, a pesar de su corta edad. Por aquel entonces estaba de moda que las señoritas de buena cuna, educadas y futuras madres de una buena prole de ricos empresarios que asegurasen que la empresa familiar siguiese en manos de la familia, estudiaran en el extranjero, y uno de los destinos preferidos era Suiza, por su nivel de vida y los idiomas que allí podrían aprender sin mayor problema.

Allí pasó largo tiempo Selene, y regresó con cinco años convertida en una señorita distinguida, de buenos modales y sin que el peso de educarla así de bien hubiera recaído sobre su madre. Los idiomas, por otro lado, no habían sido su fuerte, y cuando regresó a España no sabía qué palabra decía en inglés, cuál era la palabra francesa o la alemana, hablando en un idioma inventado mezclando los tres. Esa fue la única tarea de su madre cuando

regresó: enseñarle a distinguir los idiomas que había aprendido allí y dar las quejas al internado por no haberse ocupado de que aprendiese bien los idiomas y de que le hubiesen devuelto a una analfabeta de cinco años que sabía sentarse y saludar como la señorita más educada del mundo.

Pero Selene era una niña espabilada y aprendió pronto a hablar perfectamente esos idiomas. Una de las tardes en que su madre vino a vernos, la acompañaba, y para quitársela de encima, la mandó a jugar con mi hermana bajo la advertencia de que no la cansase ni la hiciera esforzarse en nada. Dos horas después, cuando ya se marchaban a casa, se habían hecho amigas. Desde ese día, cuando Marta podía recibir visitas, Selene venía a pasar un rato con ella y se confesaban deseos y ansias como si las hermanas fuesen ellas.

Mientras, yo me había confinado a ayudar a las doncellas en la cocina, cosa que no me disgustaba, pues me sentía más apreciada por ellas que por mis padres, siempre pendientes de Marta, de que no le faltase de nada, de que estuviese entretenida, de que no tuviera que levantarse a por un vaso de agua. Con el tiempo, acabé pareciendo más su criada personal que su hermana. Como la Cenicienta. La odié por eso. Siempre quejándose, siempre llorando porque tenía miedo de morir demasiado pronto, siempre pensando en ella, como si no hubiese nadie más en el mundo entero.

A veces me contaba cosas. Cosas que había hablado con Selene. En una ocasión en que estaba llorando tras una de sus visitas, y más por decoro que porque me importase lo que le sucediese, le pregunté qué le pasaba. Me contó que Selene estaba saliendo con un chico sin que nadie lo supiese y que era la más feliz del mundo.

—Yo nunca podré tener esa suerte, siempre aquí metida, esperando la muerte. ¡Cualquier día me ahorcaré o me tiraré al Ebro para ahogarme y dejar de sufrir los dolores tan horribles que tengo que soportar! ¡Odio estar viva, debería morir, al menos no sufriría!

Nunca la creíamos cuando decía que quería morir, especialmente yo. Me ponía nerviosa escucharla hablar. Sí, estaba enferma y moriría en pocos años, pero no tenía que trabajar ni ser el segundo plato de nadie. En alguna ocasión, yo misma sentía ganas de cambiarme por ella. Al menos, tenía una amiga con

la que hablar. Yo ni siquiera eso.

Selene vino un día a casa. Estaba excitada y me dijo que tenía que ver a Marta cuanto antes, que no la interrumpiría mucho ni la pondría nerviosa, pero que tenía que verla. Yo me mostraba reacia, pues hacía tres días que una fuerte tos se había agarrado a su pecho sin dejarla descansar y temí que la visita la pusiera más nerviosa, pero mi madre opinó lo contrario.

—Claro, sube a verla, le hará bien, pero no te entretengas demasiado.

—Gracias.

Nunca había visto a Selene tan nerviosa y sentí curiosidad por saber qué venía a contar, así que la espí. Desde mi habitación, ubicada al lado de la de Marta por si necesitaba algo por las noches, se escuchaba todo con relativa claridad. Después de estar escuchando cosa de cinco minutos, descubrí que Selene estaba embarazada de ese novio que se había echado hacía ya un par de años. Embarazada. No podía creerlo. Embarazada, sin estar casada y con un novio que nadie parecía saber que tenía, y mucho menos sus padres. Cuando se marchó, quise subir a hablar con Marta para que me contase algo más, pero no lo hice. Si quería contarme algo por celos, me lo contaría ella, y si no, no me lo contaría nunca. Subí a ver si quería algo y no abrió la boca.

Unos días después, me desperté a las siete de la mañana, como todos los días. Bajé a la cocina a desayunar y a leer el periódico como siempre hacía. Una noticia ocupaba la portada. Un asesinato cometido por un demente en la casa de Ezequiel Roncesvalles. Una mujer, conocida de la familia, había sido atacada en la casa y había muerto. Tres días después, Selene vino a casa. Le pregunté por la noticia y dijo que ella no sabía nada más que lo que ponían en los periódicos. Había estado durmiendo y no había escuchado nada. Parecía tranquila, como si la cosa no fuese con ella, aunque supuse que era porque tenía sus propios problemas.

Sentí ganas de decirle que conocía su secreto, pero me callé. Subió a ver a Marta y las escuché discutir, pero sin saber exactamente lo que hablaban. Poco después se marchó sin despedirse. El resto del día transcurrió entre murmullos de las doncellas que hablaban de lo ocurrido en casa de los Roncesvalles.

Poco nos importaría al resto de la familia la noticia con la que nos

despertamos al día siguiente. Mi hermana había desaparecido y había dejado una nota sobre su cama hecha:

Querida familia:

Sé que desde el día que nací no he sido más que un estorbo para todos, por mi enfermedad y los costes médicos que ello ha supuesto. Siempre he dicho que lo mío no era vida, estar siempre sentada o tumbada, sin poder salir a pasear o a que me diese el viento en la cara. Estoy cansada. Estoy cansada ya de que todo el mundo tenga su vida mientras yo no puedo tenerla, y soy consciente de que no podré tenerla nunca porque mis días en la tierra están contados. No me gusta ver cómo Selene tiene planes para el futuro, un futuro que me gustaría para mí. Me gustaría conocer a un buen hombre, casarme con él y darle hijos. Quisiera poder correr y nadar en un río. Me gustaría poder ir caminando por los paseos y sentarme en una terraza a tomar un zumo. Me gustaría poder hacer todas esas cosas que la gente normal no aprecia porque es un hecho para ellos cuando para mí es una tortura. Siento dejaros así, pero no tengo fuerzas ni ganas de seguir sufriendo. No quiero ver cómo mis pulmones se apagan mientras me arden y me asfixian lentamente. No quiero. No quiero seguir así, no quiero acostarme cada noche llorando, siendo consciente de que nunca seré feliz con las cosas más simples de la vida, algo tan simple como un paseo o un beso.

Os deseo lo mejor.

Marta

Nada más leer la nota, entré en el dormitorio de mis padres y se la tendí. Mientras esperaba que terminasen de leerla, tuve sentimientos enfrentados. Tenía miedo de dónde podía haberse metido, pero sentí alivio. Ya no tendría que cuidarla, ya no sería el centro de atención.

Mi madre comenzó a llorar y mi padre cogió la nota para leerla de nuevo. Cuando los ánimos se tranquilizaron un poco, dieron parte a las autoridades para que la buscasen.

Preguntaron a Selene y ella dijo que no sabía nada, que la última vez que había ido a verla habían discutido y Marta le había dicho que no quería volver a verla, que no hacía más que restregarle en la cara lo bien que le iba

todo y que estaba cansada de eso.

—Pensé que se le pasaría el enfado. Quería ir a verla esta semana, incluso había comprado un regalo para ella, para que se desenfadase conmigo.

Ella misma me dio el regalo por si volvía. No lo hizo. Y unos días después, Selene estaba muerta, quemada viva. Estuve una buena temporada soñando por las noches que había sido Marta la que había provocado el accidente en el que había muerto Selene, pero le hubiera resultado imposible. Apenas podía andar unos metros sin fatigarse. Fue un misterio para mí durante otra larga temporada cómo había podido escaparse de casa, aunque después, cuando encontraron unos huesos flotando en el río, pensé que tal vez había cogido un taxi hasta el Ebro, y en la zona profunda se había tirado a él con un peso en los bolsillos para no subir a la superficie. Los agentes que se ocuparon del caso dijeron que nadie más había denunciado la desaparición de una muchacha y que, según el forense, los huesos pertenecían a mi hermana con mucha seguridad. Recuperados los huesos, la enterramos, por petición de mis padres, en el jardín trasero para que estuviese siempre con nosotros.

Y, en realidad, así es como me siento, como si siempre me estuviese espiando, sabiendo que sentí alivio al descubrir su nota de despedida.

Tras la muerte de Selene, el negocio de Roncesvalles comenzó a resentirse, y el de mi padre también. Acabamos perdiendo gran parte de la fortuna que habíamos conseguido y ninguno de mis padres tardó en marcharse de este mundo. Primero fue mi padre y después mi madre.

## 35

—A veces siento la presencia de Marta a mi alrededor y tengo la sensación de que apoya su mano sobre mi hombro. Todavía conservo el regalo que Selene le había comprado para disculparse con ella. Era un camisón de seda azul celeste con una bata y unas zapatillas a juego. Precioso. Verdaderamente debía de quererla mucho para gastarse el dinero de esa manera. Y más pudiendo imaginarme las barbaridades que le estaría diciendo para que Selene saliese de casa corriendo a toda prisa como nunca la había visto hacerlo. Mi hermana no se merecía tenerla como amiga.

Intentaba encajar esta nueva información con el relato que Gabriel me había contado.

—¿Selene estaba embarazada?

—Así es, o al menos eso fue lo que le dijo a mi hermana. De todas formas, eso ya da igual.

Yo pensaba que a lo mejor eso no daba tanto igual. A lo mejor Antonia debía de saber que Selene estaba embarazada y era eso lo que había ido a contarle a Rosa. Y al no ser de Campillo, a quien apreciaba, tenía que hacérselo saber a Roncesvalles para que obrase en consecuencia. Tenía que ser eso. Había descubierto el misterio, o, al menos, así me sentía. Pero me asaltaba la duda de si Gabriel sabría o no ese detalle. Tal vez ni a él se lo contaron. Quizá Cristóbal pensara que era mejor que Gabriel no se enterase de ello, teniendo en cuenta que quería a Selene. Aunque eso, en realidad, poco me importaba. Lo que quería era regresar a casa y contarle a Justo lo que había averiguado. Por una vez, había hecho yo algo por él.

Salí de la casa tan rápido como pude y caminé tan deprisa como mis pies

me lo permitieron. Por el camino sentí náuseas en el estómago y ganas de vomitar debido a los nervios por lo que acababa de descubrir. Tuve que detenerme y vomité entre los setos de un parque pequeño con un tobogán y un columpio viejos que milagrosamente todavía continuaban en pie.

Una mujer anciana, con la cabeza llena de rulos cubiertos por un pañuelo, con bata, zapatillas tan viejas como ella y delantal lleno de manchas, se quedó observándome mientras me ponía cada vez más amarillo y me sentía mareado. Pensé que iba a preguntarme qué me ocurría o si podía ayudarme, pero en lugar de eso, me dijo que era un marrano y que podía haber echado las tripas en otro lugar que no fuera frente al portal de su casa. En condiciones normales, le hubiese contestado que habría que saber cómo tenía sus bragas de limpias, tanto quejarse de lo guarro que es otro, pero no sentía fuerzas ni para eso. Sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo entero y entonces comencé a pensar que tal vez era algo más que unos simples nervios y que me había puesto enfermo. Cuando me recuperé ligeramente y pude continuar, caminé despacio y sin prisa, no quería que se me volviera a revolver el estómago. Para cuando llegué a casa de Justo, y Remedios me abrió la puerta, ya que yo era incapaz de acertar en la cerradura con la llave, estaba sudando, helado y pálido.

—¡Ay, Dios mío, que se nos ha puesto enfermo el señorito!

Me metió hasta el salón y allí me tumbó en el sofá para cubrirme con una manta y ponerme un termómetro en la boca.

—Estoy bien, Remedios, ¿y Justo? Tengo que decirle algo muy importante.

—Está en su despacho, ahora lo llamo, pero para que avise al médico, que vaya aspecto nos traes. ¿Has comido algo raro por ahí?

Negué con la cabeza y desapareció. Me sentía más mareado y con más ganas de vomitar, aunque ya no quedaba nada que expulsar. Escuché los pasos acercarse y me sentí aliviado al ver que estaba en compañía de los dos. Justo me tocó la frente y miró el termómetro.

—Cuarenta grados; avisa al doctor, rápido.

—Justo, escucha, he descubierto algo importante.

—No te preocupes ahora por nada, solo descansa. Ten, bebe agua.

Me acercó el vaso y bebí un sorbo.

—Sé por qué mataron a Rosa, y creo que también sé quién fue.

Pude ver cómo su rostro se estremecía.

—¿Qué estás diciendo, Esteban? ¿Con quién has estado hablando del tema?

Negué con la cabeza por inercia.

—Encontré una carta en Correos y, por medio de ella, a gente relacionada con Selene Roncesvalles. Pensé que si les preguntaba podría averiguar algo sobre la muerte de Rosa, y creo que lo he conseguido.

—Tienes fiebre, Esteban, tienes que tranquilizarte —dijo mientras me acariciaba el cabello y la frente.

—No, Justo, escúchame, por favor. Selene estaba embarazada de alguien que no era Campillo, y Antonia tuvo que enterarse. Entonces se lo contó a Rosa y ella fue a hablar con Roncesvalles para que él lo supiera. Y creo que fue Antonia la que acabó con ella por intentar contarle, y por eso se marchó.

Sentí la habitación dar vueltas y el rostro descompuesto de Justo por recordarle la muerte de Rosa. Me sentía culpable por hacérselo revivir, pero tenía que saberlo. Caí en un sueño oscuro y me quedé tranquilo, dormido.

## 36

Según me contaron cuando recobré la conciencia, había estado dos días delirando en sueños y gritando los nombres de Rosa y Antonia. El médico había venido a verme, determinado que había enfermado de gripe y que tardaría un mes en recuperarme del todo. Al segundo día, cuando recobré la conciencia, me encontraba perfectamente bien, pero se la había pegado a Justo y ahora estaba él en la cama, con vómitos, dolor de oídos, tos y escalofríos.

—¡Por Dios santo! Tú no te quejas tanto como Justo. Llegar a mi edad para tener que andar gritando a Justo que no sea tan pesado. Qué plomo, por el amor santo.

—No te preocupes, Remedios, puedo ayudarte, me encuentro bien, de verdad.

—Ah no, ni se te ocurra salir de la cama, señorito, lo que me faltaba ahora, tener que andar detrás de ti para que no te muevas de la cama. Ahí quieto, y te advierto que si te veo levantado me enfadaré.

—Vale —dije.

Era la primera vez que la veía alterada, ni siquiera cuando habíamos sido tantos niños estuvo tan nerviosa. Escuché sus pasos alejarse escaleras abajo, camino de la cocina, y me escabullí pensando tardar apenas un segundo con el sigilo de un ratón. Aquel pensamiento me recordó que no había podido ir a ayudar al padre Juan a colocar las ratoneras y que seguramente nadie le había avisado de por qué no había podido ir.

La puerta del dormitorio de Justo estaba entornada y se veía la luz de la lamparita de noche encendida, pero la ventana cerrada a cal y canto. Escuché

sus lamentos. Empujé la puerta despacio hacia el interior y lo vi tumbado en la cama, cubriéndose los ojos con el brazo.

—Remedios, creo que me muero, de esta no salgo vivo.

—Soy yo, Esteban —dije en voz baja.

—¿Esteban? ¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Sí, ya estoy bien, bueno, tengo un poco de fiebre, pero no es nada.

Me acerqué a él. Tenía la nariz roja y algodón en el oído que podía verle.

—¿Te duelen los oídos?

—Sí, bueno, ahora menos.

—¿Necesitas algo?

Sonrió y negó.

—No, anda, vuelve a la cama, tienes que recuperarte.

—¡Pero bueno! ¿Qué te he dicho yo a ti, señorito?

Pegué un brinco del susto, lo que me pasaba últimamente con mucha frecuencia.

—Que no salga de mi cama.

—¿Y qué haces aquí, si puede saberse?

—Quería ver a Justo, nada más.

—No te enfades con el chico, te he oído hablar con él y lo he llamado desde aquí.

—No, si ya sabía yo que no podía salir nada bueno de tu estado febril.

Me volví hacia Justo de nuevo.

—Justo, quería saber si has hecho algo respecto a lo que te conté el otro día.

Me observó en silencio apretando los labios y negó.

—Una de las primeras cosas que se me pasó por la cabeza cuando Rosa murió estando en casa de Roncesvalles fue que Antonia había sido la culpable, pero si había sido ella, no habrían tenido que echarle la culpa a ese pobre chico. Lo mismo les hubiera dado echarle la culpa a ella que a él.

—No lo entiendo...

—No te preocupes por eso. Pero es peligroso que andes por ahí removiendo el tema; si yo no he conseguido sacar nada en limpio, no creo que tú puedas hacerlo.

—Pero he descubierto cosas que tú no sabías —protesté.

—Sí, es cierto, nadie sabía que Selene estaba embarazada, y yo no lo averigüé, pero eso tampoco nos lleva a ningún sitio respecto a la muerte de mi mujer. Si era eso lo que fue a decirles, tanto da. El caso es que está muerta y el culpable estará siempre libre.

Era cierto lo que decía y me sentí derrotado, pero yo no pensaba cesar en mi empeño de descubrir lo que ocurrió aquella noche y qué ocurrió con Selene y Cristóbal. Y tampoco estaba tan seguro que ese embarazo no tuviese nada que ver con nada. Estaba convencido de que había sido el motivo por el que Rosa había muerto. No estaba dispuesto a dejar todo a medias ahora que había descubierto eso. Y una de las cosas que quería saber era si Gabriel sabía ese detalle o no, y, en caso de ser que sí, por qué no me lo había dicho.

Asentí obediente y Remedios me acompañó a mi cuarto. Intentando cambiar de tema para suavizar los ánimos, pregunté a Remedios por la gripe.

—¿Corre por ahí? ¿Hay mucha gente enferma? Recuerdo que cuando era pequeño, mi madre la pasó y estuvo mucho tiempo enferma.

—Bueno, no sé si corre por ahí o no, supongo que sí, aunque el primero que la contrajo aquí fuiste tú y se lo debiste pasar a Justo. Yo, por mi parte, nunca he caído enferma desde los quince años.

—Pues qué suerte.

—Cierto, no puedo quejarme de nada, salvo de la espalda, que me duele cada dos por tres, y el tobillo derecho, pero eso son males menores, de viejos, que no van a ningún sitio.

Me subió a la cama, dobló el almohadón y puso un par de almohadas mullidas para que estuviese incorporado.

—¿Y qué voy a hacer aquí todo el día si me encuentro bien? —pregunté.

Remedios me miró imperativa.

—Esteban, tú te sentirás bien, y se ve que la gripe tampoco te está afectando demasiado, y, por cierto, tengo que adjudicarme buena parte del mérito en eso gracias a la buena alimentación que te doy, pero tienes que guardar cama hasta que la fiebre te baje y te recuperes del todo.

—Justo come lo mismo que yo —comenté sin darme cuenta.

Remedios respiró hondo mientras sonreía sin querer.

—Esteban, te vas a quedar ahí metido sin hacer nada, y punto. Ya me gustaría a mí caer enferma para no hacer nada más que estar en la cama y que alguien trabajase por mí. Venga, quédate ahí, que ahora te subiré la comida.

Me quedé solo y miré la hora; eran las dos de la tarde. No me había dado cuenta hasta entonces. Observé la habitación pensando qué podía hacer los días que Remedios tuviese a bien tenerme enclaustrado en mi cuarto a pesar de sentirme bien, y automáticamente mis ojos fueron a parar a la máquina de escribir. Remedios apareció por la puerta cargando con la bandeja con patas llena de comida.

—Hala, aquí la tienes, Esteban, quiero que te lo comas todo sin rechistar lo más mínimo. Cuando termines, llámame y vendré a recoger.

—Gracias, Remedios.

—No hay de qué.

Se encaminó hacia la puerta.

—Oye —llamé y se volvió—. ¿Te apetece quedarte un rato conmigo?

La idea de no tener que aguantar las quejas agónicas y exageradas de Justo debió de parecerle la mejor propuesta que había escuchado en años. Me sonrió y acercó una silla pegada a la pared hasta mí. Yo engullía como si no hubiese comido en cien años.

—Bueno, pues ahora que estamos aquí no se me ocurre nada que decirte.

Tragué un trozo de pan untado en la salsa de la carne.

—¿Cuándo crees que se acabará la guerra? —pregunté sin más.

Se recostó en la silla y miró por la ventana, buscando la tranquilidad que aquella mañana se respiraba en el ambiente.

—Quién sabrá eso, hijo mío. Unos dicen que durará al menos diez años, otros que ya ha pasado lo peor. Yo no tengo idea, y con Justo prefiero no hablar de estas cosas. Se pone triste. Bastante tiene todos los días en su trabajo de recoger cadáveres que aparecen con tiros en la cabeza por las calles y niños que se han quedado sin nadie.

Me observó en ese momento, recordando que yo era uno de esos niños.

—Lo siento —añadió.

—No pasa nada. Yo a veces también me olvido.

Sonrió.

—A todo esto, ¿se puede saber cómo te has enterado de que esa chica, la Roncesvalles, estaba embarazada?

Mientras seguía engullendo las zanahorias cocidas y después fritas, procedí a relatarle la historia, saltándome las partes que no me interesaban.

—Vaya, has hecho un verdadero trabajo detectivesco.

Sonreí triunfante y poniendo cara de idiota.

—Pero Justo tiene razón, todo eso es muy peligroso, Esteban. Tienes que prometerme que no volverás a hacerlo, que no andarás colándote en casas abandonadas. Puede haber vagabundos y pueden atacarte.

Asentí sin ganas y tras unos segundos cambié de tema.

—Echo de menos a Javier. Me gustaría saber cómo se encuentra ahora y si está bien.

Remedios me observó con cariño y me dijo que a ella también le gustaría saber qué tal se encontraba. Un alarido impertinente de Justo nos sacó a los dos de la complicidad que estábamos creando y Remedios puso los ojos en blanco.

—¿Ya has terminado?

—Sí, estaba muy bueno.

—Bien.

Cogió la bandeja con los platos vacíos y yo le pedí que me la dejase.

—¿Para qué la quieres?

—Así podré escribir mientras estoy en la cama sin poder hacer otra cosa.

—Buena idea.

Cogió los platos de la bandeja, los apoyó sobre la mesilla y me acomodó la máquina y una pila de hojas a un lado.

—Hala, a escribir.

Se marchó avivando el fuego antes y me dejó a solas con mis pensamientos. Todavía estaba allí el folio que había puesto en la máquina la noche que Andrés y Cora habían venido a visitarme. Leí el último párrafo que había escrito y comencé de nuevo.

Tres días después me encontraba fuerte, sin fiebre desde hacía dos, y con ganas de salir a la calle. Justo estaba mejor y ya se levantaba de la cama para sentarse en el sofá del salón, encender la radio y enterarse del avance de la guerra mientras resoplaba.

—Parece que el fin del mundo está cerca —decía.

—No digas esas cosas, que me asustas —se quejaba Remedios.

—No lo digo yo, lo dicen las noticias, pero con otras palabras. ¿Acabas de escuchar la cifra de muertos en la ciudad desde que comenzó esto? Es horrible. Y pensar que yo me he ocupado de la identificación de todos esos cuerpos... Pobre gente, pobres familias. Debemos sentirnos afortunados de estar los tres bien.

Yo asentía con la tristeza de saber que mis padres habían sido dos víctimas más de una guerra de la que no habían sido culpables. Yo también era otra víctima, aunque con la suerte de haber ido a parar, por unas circunstancias u otras, a casa de Justo.

Aquel día, después de comer, aprovechando que Justo se había metido en la cama porque le dolían la cabeza y los oídos, y que Remedios pegaba cabezadas mientras intentaba tejer un jersey y se le caían las agujas de las manos, sentada frente al fuego, me puse el abrigo, la bufanda, un gorro y los guantes y salí de casa sin hacer ruido al cerrar la puerta. Hacía viento y venía helado. En primer lugar, quería ir a casa de Gabriel y decirle que no me creía que no supiera que Selene estaba embarazada. Al salir a la calle y caminar durante más de veinte segundos seguidos, como había estado los días de reposo, me di cuenta de que no estaba tan bien como pensaba. Había perdido

algo de peso y fuerzas. Me costaba algo más caminar, pero no iba a regresar a casa. Continué avanzando sin prisa hasta llegar al portal de Gabriel. El portero estaba metido tras su mostrador, enfundado en un abrigo negro y acompañado de una improvisada pequeña fogata. En una lata ancha y baja, había prendido fuego al alcohol que se olía desde la puerta.

—Otra vez tú aquí.

—Sí. Vengo a ver a Gabriel.

—¿Por qué no vuelves otro día? No quiero moverme de aquí.

Encogí los hombros y me dirigí a las escaleras. Acto seguido salió de su mostrador y me sujetó por el hombro.

—Ya te llevo yo, señorito.

—Gracias —dije.

Subimos, y una vez arriba llamó a la puerta. La misma doncella que recordaba de la otra vez abrió y me reconoció. Les bastó con intercambiar una mirada para que la doncella dijese que esperásemos allí. Poco después regresó y dijo que Gabriel me recibiría, pero durante poco rato, porque tenía que salir. A mí me olía a que no quería entretenerse conmigo de nuevo. La seguí, recorriendo las mismas figuras disecadas y por el pasillo que no acababa nunca, hasta la misma habitación. Llamó a la puerta y desde el interior la voz de Gabriel dijo que entrase.

La doncella cerró la puerta tras de mí y me quedé a solas de nuevo con él. Estaba sentado a la mesa grande, junto a la ventana, revisando unos papeles y haciendo cuentas.

—Lo siento, pero no podré prestarte hoy mucho rato mi atención, tengo que salir a resolver unos asuntos.

—No se preocupe, solo quería preguntarle si sabía o no que Selene estaba embarazada.

Dejó de escribir números en el papel, se quitó las gafas y me observó.

—¿Qué dices? Selene no estaba embarazada, ¿de dónde has sacado esa historia?

—De Estrella.

—¿Estrella? —dijo arqueando las cejas.

—La hermana de Marta Abadía.

Respiró hondo.

—Explícate.

Sentía interés. Parecía cierto que no lo sabía. Cogí aire.

—Fui a ver a Marta y resulta que está muerta. Tenía una enfermedad que no le permitía salir de la cama, y Selene, al ser amiga suya, le contaba las cosas que hacía y los planes que tenía, haciendo que la envidiase. No creo que lo hiciera a posta, simplemente se lo contaba. Ella terminó la relación con Selene por ese motivo, después de descubrir que estaba embarazada; al parecer, no pudo aguantarlo. Dejó una nota diciendo que no quería vivir así, siempre yaciendo en una cama, sin poder llevar una vida normal, y desapareció. La encontraron tiempo después en el río. Sus restos, más bien, y la enterraron en el jardín trasero de la casa.

Se quedó un rato en silencio observándome, asumiendo lo que acababa de decir.

—¿Embarazada?

—Sí, a lo mejor, al enterarse de que estaba embarazada, decidió quedarse para poder darle una vida igual de buena como la que le habían dado a ella.

—¿Y de dónde sacas tú esas ideas?

Encogí los hombros.

—No sé. Vivo con un inspector, igual se me ha pegado algo.

—Necesito tiempo para asimilar esta noticia.

—Y, además, Estrella cree que Marta acabó con la vida de Selene y que no fue un accidente.

Sopló.

—¿Esto te lo ha dicho ella? ¿Su propia hermana?

—No le caía muy bien, la verdad; por lo que me contó, era lo que parecía.

Asintió y se quedó en silencio un largo rato para acabar negando.

—De todas formas, ya no importa. Hace mucho tiempo de eso y no cambia las cosas. Ambos siguen muertos.

Agaché la cabeza. Eso era cierto.

—No sirve para nada más que para reabrir viejas heridas, Esteban. Hazme un favor y déjame en paz con tus historias y tu interés en este asunto que ni te va ni te viene. Siento lo que le ocurrió a esa mujer, a...

—Rosa —dije imperativo.

—A Rosa, pero tampoco va a volver. Deberías acostumbrarte a eso. Deberías aprender ya que a veces es mejor dejar el pasado atrás para poder seguir hacia delante, no estancarte ni vivir en los recuerdos. Eso no es vida.

No estaba de acuerdo con lo que decía: somos lo que somos por lo que hemos vivido, el pasado siempre nos acompaña, aunque no queramos. Condiciona nuestra forma de ser, nuestros pensamientos y nuestros actos.

Asentí y le dije que no se preocupase, que no le molestaría más. Al fin y al cabo, yo no era nadie para meterme en su vida, y lo había hecho de mala manera, por detrás, robando cartas y de rebote, por la relación que tenía todo aquello con la muerte de Rosa, pero era cierto, no tenía derecho a meterme en la vida de nadie. Me disculpé con él. Me dio la sensación de que estaba a punto de echarse a llorar por culpa de los recuerdos. Llamó a la doncella y me devolvió a la entrada sin especial delicadeza. Bajé las escaleras con el peso del mundo en los hombros y calambres en las piernas, me sentía débil. Quería regresar a casa y meterme en la cama, no tenía fuerzas para ver al padre Juan.

\* \* \*

Caminé de vuelta a casa, esperando la regañina de Remedios por haberme escapado. Me costó bastante rato regresar. Estaba más cansado que cuando había salido de casa y me sentía hambriento. Subí las escaleras de la puerta y entré. Lo primero que sentí fue el calor que había en casa. Afuera había un fuerte viento que arañaba la cara. Remedios apareció de pronto subiendo las escaleras de la cocina.

—Más te vale tener una buena excusa para haberte escapado —dijo plantándose ante mí, con los brazos cruzados, esperando la excusa.

—No me he escapado, Remedios. Solo quería dar un paseo por la calle para airearme.

—Ya, solo eso, ¿eh?

—Pues claro. ¿Adónde crees que he ido?

—Pues creo que has ido a ver a esa amiga tuya, Cora.

—¿Mmm?

—No me mires así, ¿te crees que no se nota cómo os miráis los dos?

—Remedios, creo que te equivocas.

—Hijo, tengo unos cuantos años más que tú y creo que no me equivoco en cosas así.

Encogí los hombros, al menos me servía de excusa, y me la había dado ella misma.

—Tienes razón, solo quería ir a verla.

Me miró con cara de enfado.

—Pues espera a recuperarte del todo o le contagiarás la gripe, y no puedes salir a la calle, ya te lo he dicho, no te lo pienso repetir.

Asentí efusivamente.

—Tienes razón, no debería haberlo hecho. ¿Hay caldo?

Diez minutos después estaba metido en la cama, con la chimenea rugiente y bebiendo un delicioso caldo de verduras que hacía Remedios, ya que según había oído a los doctores, eran muy buenas para la salud y, por lo tanto, muy recomendables, sobre todo para la recuperación de los enfermos. No tardé en quedarme dormido, sin despertarme hasta el día siguiente. Cuando lo hice, Remedios apareció mágicamente cosa de un minuto después en mi cuarto diciendo que sabía que ya estaba despierto.

—¿Cómo lo haces?

—No eres la primera persona a la que crío. Además, cuando pones los pies en el suelo, la lámpara del comedor se mueve y los cristales tintinean.

—Ah.

—Tienes mejor cara, seguro que ya no tienes fiebre, lo sé.

—¿Por el tintineo?

—No me tomes el pelo.

—No lo hago, no te enfades, era una broma.

—No me enfado, Esteban, yo también sé seguir las bromas. Lo sé porque no tienes el cabello pegado a la frente y no tienes los mofletes de la cara colorados, ni te brillan los ojos.

Me toqué los carrillos; era cierto, no los notaba calientes. Sin darme cuenta, me había puesto el termómetro en la boca y estuvimos esperando que pasasen los minutos.

—Bien, ni rastro de fiebre. Te traeré el desayuno.

—Puedo bajar a la cocina, me encuentro mucho mejor.

Se lo pensó un segundo antes de decirme que sí, siempre que no fuera descalzo y me pusiera la bata. En la cocina se estaba más caliente que en mi cuarto. Mientras bebía la leche caliente con miel, Justo entró por la puerta, en bata y con un pañuelo en la nariz justo a tiempo de atrapar el estornudo.

—Buenos días —saludó.

Ambos respondimos y se sentó a mi lado en el momento en que Remedios le ponía una taza de café delante.

—No sé qué haría sin ti, Remedios.

—Morirte de hambre; seguro que si te tienes que preparar tú la comida no comerías más que rebanadas de pan con mantequilla.

—Rebanadas de pan con mantequilla —dijo Justo en voz alta mientras a los dos se nos hacía la boca agua.

—Bien bien, ahora os las preparo.

—Gracias —dijimos a la vez.

Justo parecía cansado, a pesar de dormir continuamente, y necesitaba ducharse con urgencia, lo que me recordó que yo también lo necesitaba.

—Bueno, y ¿cómo te encuentras tú? —me preguntó Justo.

—Bien, ya estoy bien.

—Pues pensaba que tras la escapada de ayer habrías perdido fuerzas.

Al escucharle, lo primero que pensé fue en la visita que había hecho, pero un segundo después recordé que Remedios pensaba que venía de visitar a Cora y seguramente era lo que le había contado a él.

—No, estoy bien, no tengo ni fiebre.

—Me alegro por ti, pero no te descuides o volverá. Ve siempre abrigado.

Asentí mientras cogía una de las rebanadas que Remedios acababa de colocar en la mesa.

—Quiero ir a ver al padre Juan. Hace días que le dije que iría a ayudarle y no he podido.

—No tengas tanta prisa, Esteban, que aún estás flojo —añadió Remedios sin pensarlo dos veces mientras se sentaba con nosotros.

—Vamos, mujer, si está bien, no hay más que verlo. No pasa nada porque

salga hoy a dar un paseo —dijo con recochineo.

—No me gusta la idea, no está fuerte.

—Además, tienes que llevarles una cosa. Hay chocolate en polvo en la despensa. Puedes llevárselo por Reyes y que merienden todos chocolate a la taza, seguro que hace tiempo que no comen algo tan bueno y nutritivo. Y puedes merendar con ellos.

No me acordaba. Estábamos a seis de enero y no me había acordado. Nunca me había olvidado de esa fecha.

—Será una especie de regalo.

—Y muy rico —añadí.

—Tú también tienes un regalo. Te lo daré cuando vuelvas; es una tontería, en realidad.

—No tenías que regalarme nada, Justo —dije avergonzado. Bastante hacían con tenerme allí como para andar regalándome cosas.

—El regalo lo ha escogido Remedios. Ha pensado que te gustaría.

—Y yo ¿qué os regalo a vosotros?

Cargado con la cesta de ir a comprar, con un montón de paquetes de cacao en polvo dentro, harina y botellas de leche para hacer la mezcla, salí de casa en dirección al orfanato. Debía decirle a Juan que no había podido ir a ayudarlo porque había estado enfermo, pero que podía contar conmigo para lo que quisiera a partir de entonces. Tendría todas las tardes libres, dejando a un lado mis estúpidas investigaciones.

No iría a ver a Roncesvalles, no serviría de nada, y no sacaría más que me echasen de un escobazo. Las palabras de Gabriel Sanjuán me habían convencido, junto con la reacción de Justo al escuchar de nuevo la historia de Rosa. Mi empeño en seguir investigando acabó allí, en ese instante, mientras pensaba en todo eso, cargando una cesta de la compra camino al orfanato. Lo que no sabía era que, años después, Eric me haría cambiar de idea de nuevo.

Se podían ver todas las luces encendidas desde la calle dentro del orfanato. Era extraño. Y también podían verse figuras negras de personas yendo de un lado para otro, corriendo. Algunas incluso parecían llevar bandejas en las manos, y parecía que había más gente de la que, normalmente, había en el orfanato. Tuve la sensación de que algo no iba bien.

Continué caminando hasta llegar a la puerta y dejé descansar la pesada cesta a mi lado para abrir la puerta. Podía escuchar a los niños de un lado para otro antes de abrir. Empujé la puerta y, al mirar al interior, no fue precisamente niños corriendo lo que encontré allí. Había médicos de bata blanca y enfermeras con mascarillas, portando bandejas llenas de agujas, inyecciones y píldoras. Un médico pasó con un niño en brazos, con las piernas y las manos cayendo hacia el suelo, cubierto de arriba abajo, incluida la cabeza. Lo colocó sobre el suelo, entre un montón de sábanas sucias y subió las escaleras.

—¿Padre Juan? —llamé.

Una enfermera joven me vio y me preguntó qué estaba haciendo allí, que debía ir a la inspección que se estaba llevando a cabo en el segundo piso. Cuando intenté explicarle que no era interno del orfanato ya se había marchado. Subí al lugar que me había indicado, pensando que tal vez el padre Juan estuviera allí. Subí las escaleras entre médicos que hablaban de la «desgracia» y de los «pobres niños». Entré en la habitación donde se escuchaba a los niños y busqué con la mirada al padre Juan, pero no estaba allí.

—Oye, tú, chaval, tienes que meterte en alguna de las filas, tienen que examinarte a ver si tienes también síntomas o no —dijo un médico a mi espalda.

—Yo no tengo síntomas de nada.

—Ya, bueno, déjanos a nosotros ver qué hacemos y entra de una maldita vez.

Dejé el marco de la puerta a mis espaldas, no estaba dispuesto a entrar allí, entre niños en ropa interior, algunos febriles y sudorosos y otros llorando asustados sin saber qué pasaba. El médico me cortó el paso y me empujó por el hombro de vuelta al cuarto.

—¡Déjeme en paz! —grité.

Salí corriendo pasillo adelante, siguiendo el camino que no me estaba bloqueando, pero al fondo del pasillo no había salida, solo una ventana y a través de ella fue donde vi al padre Juan. Estaba en el patio trasero, al lado de un puñado de niños tapados tan solo con un fino abrigo, sentados en el suelo

empedrado. Al otro lado, frente a ellos, algo ardía con ganas; me pareció ver también algún tipo de herrumbre. Abrí la ventana y grité al padre Juan, se volvió al grito y me vio en el momento en el que el médico me cogía por detrás y me llevaba a rastras de vuelta a la habitación con los niños. Con uno de sus brazos me envolvía por el torso y con el otro me sujetaba la cabeza para que no pudiera dar cabezazos. Me quedaban apenas libres las piernas y las manos, con las que intentaba dar patadas y manotazos para zafarme de aquel tipo. Cuando apenas quedaban un par de metros para que me encerrase en esa habitación que olía a muerte, el padre Juan apareció corriendo por las escaleras y casi sin aliento.

—¡Suelta al chico! —amenazó, intentando cogerme sin que el médico me soltase.

—Ya conoce la situación, padre. Sin excepciones. Todos tienen que pasar la revisión y, en caso de dar positivo, ser aislados para que no se propague la gripe.

Me quedé callado, intentando encajar las cosas.

—Este chico acaba de entrar por la puerta, no vive aquí. Suéltelo ahora mismo o le aseguro que yo mismo me encargaré de que lo suelte.

El médico dudó unos segundos en los que el padre Juan le sostuvo la mirada con ganas de partirle la cara. Me dejó caer al suelo de golpe.

—De todas formas, a mí tanto me da.

Desapareció tras la puerta y yo cogí la mano que el padre Juan me tendió. Nos dirigimos directamente escaleras abajo.

—Tienes que irte antes de que el virus se te meta y caigas enfermo, ya han...

Se le cayeron las palabras del alma y no pudo terminar la frase, aunque no hacía falta.

—Juan, ¿tenéis aquí la gripe? Por lo que ha dicho el doctor, digo.

—No es doctor, es un medicucho de tres al cuarto que ni siquiera ha acabado de estudiar, nos lo han enviado de rebote porque los médicos de verdad no querían enfrentarse a lo que se puede convertir en una epidemia.

—No, espera un segundo, déjame decirte una cosa.

—No, ya lo harás, tienes que salir de aquí deprisa para que no te pase

nada.

—Acabo de pasar la gripe.

Se quedó en silencio y dejó de correr.

—Bueno, aún no estoy bien del todo y no ha sido muy fuerte. Justo está peor que yo y sigue en cama, por eso no pude venir a ayudarte a colocar las ratoneras; estuve enfermo y me cuidaron. Estoy tomando medicación y ya te he dicho que no ha sido muy fuerte.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, Esteban, yo he tenido la culpa.

No entendía por qué él había tenido la culpa de nada.

—¿Qué dices? ¿Por qué ibas a tener tú la culpa?

Suspiró y se secó los ojos con la manga.

—Debí comprobar de dónde nos habían mandado los colchones.

Fruncí el ceño.

—Nos los enviaron infectados. De un hospital. Yo no sabía que venían de allí, no me dijeron nada cuando los descargaron. Y ahora no tenemos nada, hemos tenido que deshacernos de todo. De los colchones que teníamos aquí, de los hierros que los sostenían, las sábanas, los pijamas...

El padre Juan me contó que, al día siguiente de marcharme de allí, un profesor le había advertido que le faltaba un alumno en la clase. Los chicos le habían dicho que se encontraba mal cuando fueron a llamarlo para que se levantara y fuera a desayunar con ellos. Les había respondido que no, que prefería quedarse en la cama y, por favor, que alguno de sus compañeros le echase su manta por encima, que aquella noche cuando fueran a dormir se la devolvería. El padre Juan, tras recibir el aviso, había bajado a las cocinas y rescatado uno de los platos del desayuno, leche con pan y azúcar. Subió la comida en un pequeño tazón con una cuchara de madera para que desayunase algo. Entró en la sala donde compartía cama con el resto de los niños y se aproximó a su cama.

—Te he subido el desayuno, puedes quedarte todo el día en la cama si quieres, y si te encuentras muy mal podemos llamar al médico para que te vea, a ver si necesitas algún medicamento. Y si aquí tienes frío, puedes estar con el pijama y con tus mantas en la sala de juegos frente al fuego. ¿Qué te

parece?

Mientras hablaba, se había sentado a los pies de la cama, pero el chico no respondía. Pensando que estaría dormido, subió las mantas hasta las orejas y cuando lo hizo, se dio cuenta de que su piel tenía un tono azul y no se movía. Le tocó el rostro para notar que el calor ya se le escapaba del cuerpo y que se ponía rígido. Había muerto. Sin apenas poder contener las lágrimas y lamentándose de que la parca hiciera de niños unas presas fáciles para sus apetitos, le dio la extremaunción, dibujando una cruz en su frente. Lo sacaría de allí antes de que el resto de los niños lo vieran.

Pedro, así se llamaba, había tenido la salud frágil desde el día en que nació y alguien lo dejó en las escaleras del orfanato envuelto en una manta. Esa noche, su primera noche de vida, habría de coger su primer catarro, y eso hizo que nadie le pusiera nombre, ya que moriría pronto, pero sobrevivió, aunque fue a duras penas. Tras esa primera enfermedad superada, el médico les dio la noticia de que tendría problemas en los pulmones de por vida y que, seguramente, no llegaría a los diez años, así que lo mejor que se podía hacer por él era dejarle tener una corta infancia lo más tranquila y llevadera posible. El padre Juan se encargó de eso.

Le dio una infancia de bufandas en el cuello y alguna carrera de más por el patio trasero con sus compañeros para que no se quedase siempre solo en la sala de juegos al lado del fuego, pero tenía fuertes accesos de fiebre y, cada vez que eso le pasaba, su organismo se volvía más frágil. Así que el día que no volvió a levantarse de la cama lo sintió por el niño y lloró su muerte cuando nadie lo veía, pensando que había sido una fiebre demasiado fuerte para él, sin plantearse que pudiera haber otro elemento con la muerte por apellido flotando en el ambiente o enganchado en los nuevos colchones que les permitían hacerse cargo de muchos más niños.

Llamó a una funeraria y con el mayor disimulo posible, mientras los niños y niñas atendían en las aulas, se lo llevaron. A la hora de la comida, cuando estaba todo el personal del centro reunido en la mesa, les contó lo que había sucedido y todos lo lamentaron.

—¿Si nos preguntan por él qué decimos?

—Que se lo han llevado al hospital, ya lo han visto enfermo esta mañana.

Y si dentro de un tiempo vuelven a preguntar por él, les diremos que lo han adoptado.

—Está bien.

La noche de ese mismo día, tres niños y niñas habían vomitado y otros dos tenían mareos y dolor de oídos. Fue entonces cuando el padre Juan comenzó a pensar que la muerte de Pedro no había sido por algo tan simple como había pensado en un principio. Había algo, y ese algo no tardó en hacerse notar, justo un día después de haber traído los nuevos colchones a la escuela. Fue a la estación de trenes de Zaragoza y, usando su alzacuellos, consiguió sacar la información de los trenes de mercancías que habían descargado hacía dos días en la ciudad. Después se las ingenió para hablar con los responsables de los trenes, hasta que dio con el que había transportado los colchones a su paso por Zaragoza mientras se dirigía a Barcelona desde Madrid. El maquinista le dijo que había cargado los colchones de un hospital de Madrid y le dio las señas. Tras unos diez intentos, consiguió hablar con el responsable de la unidad y le dijo que esos colchones habían pertenecido a enfermos, claro, pues era un hospital, pero habían sido perfectamente higienizados para su reutilización.

Juan le colgó de golpe. Les habían enviado la gripe. Y ahora, además de tener que deshacerse de todos los colchones, los nuevos y los viejos libres de enfermedad, había que quemar también los somieres, los pijamas y las ropas de todos los alumnos, si no querían correr el riesgo de que permaneciera el virus allí, un gasto al que seguramente no podría hacer frente. Además, debía asumir que iba a haber muchas muertes en su centro. Y así había sido: desde el primer día, los niños más débiles enfermaban y morían. Había un puñado de niños mayores y con salud más fuerte, que al ser separados de los enfermos desde un primer momento se habían salvado de caer entre las garras de aquella enfermedad que se llevaba vidas con un último estornudo o escalofrío.

Llegados a ese punto, los médicos tuvieron que informar de lo que estaba ocurriendo a las autoridades sanitarias y comenzaron a meter mano en el asunto, analizando diariamente a los niños como si de especímenes de laboratorio se tratase, aunque el padre Juan sabía que, en el fondo, no había

otro remedio. Hasta la fecha habían muerto ocho niños y seis niñas, y aparecían unos cuantos con síntomas cada día. Algunos respondían bien a la medicación, otros no. Y ahora no tenían camas donde poder dormir, ni apenas mantas. Un convento les había dejado las pocas telas que tenían, y con eso dormían todos los que estaban sanos en el orfanato, pero Juan había llegado a la determinación de que sería mejor llevárselos a su casa, una casa grande donde podrían estar aislados de la enfermedad y así librarse de una muerte casi segura. Así lo hizo.

## **Segunda parte. Circo de memoria**

Zaragoza, 1939

La epidemia de gripe traída de un hospital madrileño salió en los periódicos y se saldó con la muerte de la mitad de los alumnos y dos maestros. Justo y yo nos recuperamos perfectamente.

Durante el tiempo que duró la guerra en España estuve trabajando en Correos sin rechistar. Cuando acabé de ordenar las cartas del sótano, Ramón decidió ascenderme a su ayudante, lo que se tradujo en que ocupase su puesto y él se dedicase a llegar cuando le diese la real gana y a desayunar tres o cuatro veces cada mañana.

Los edificios caían derribados por las bombas con gente en sus viviendas, y los fusilados en verano en las tapias del cementerio se pudrían entre gusanos y malos olores. Hubo momentos en que los cadáveres se acumulaban en montones en las esquinas y nadie se atrevía a salir a la calle a enterrarlos para evitar que las ratas se los comieran.

Remedios pasó por periodos de insomnio debido a los sonidos de la guerra que la despertaban de madrugada, la asustaban y no la dejaban volver a dormir. Finalmente, cuando la guerra acabó, yo tenía diecisiete años y todos debíamos acostumbrarnos al nuevo régimen que se imponía como una sombra de oscuridad sin que nadie pudiese ver la luz. Las nuevas normas se imponían y había que aceptarlas, gustasen o no. Había que ir a misa cada día, no podías salir a la calle cogido de la mano de una chica y la censura reinaba a sus anchas hasta en algo tan simple como que saliera un beso en una película.

Nunca fui capaz de entender la prohibición de los pistachos por su

parecido con los órganos íntimos femeninos. Daba miedo ir por la calle y ver a un guardia civil. Ni siquiera te atrevías a mirarlos a la cara. Se contaban historias sobre ellos, y ninguna buena. Palizas, uñas y dientes arrancados, entre otras barbaridades. Cuando la guerra acabó, Justo se retiró de sus labores y se recluyó en casa. Gracias a Dios, la fortuna de su padre era lo suficientemente inmensa como para poder vivir de ella durante unas cuantas generaciones. Yo seguí ayudando al padre Juan, que, poco a poco, se recuperó de la pérdida de los alumnos y profesores. Me olvidé de Rosa, de Selene, de Cristóbal y de Gabriel. Lo único bueno que se podría decir que trajo la guerra fue el silencio nocturno que le devolvió el sueño a Remedios, salvo algún disparo ocasional que se escuchaba en la lejanía, a veces no tan lejanos. De Cora y Andrés poco sabía o me importaba ya. De vez en cuando nos veíamos para charlar un rato y poco más. La madre de Cora había muerto y ahora ella vivía sola en un piso alquilado de mala muerte a la espera de que Andrés encontrase un trabajo y poder marcharse a vivir juntos.

\* \* \*

Habían pasado tres meses desde el fin de la guerra cuando una tarde, a las dos en punto, llegué a casa. Lo primero que no me pareció normal fue que un taxi estuviera esperando en la puerta. Entré y me encontré con una visita en la que nunca hubiera podido pensar, debido a que desconocía absolutamente su existencia. Tenía unos cuantos kilos de más y las piernas demasiado delgadas. Los pantalones le bailaban a cada paso. Tenía la cara redonda y un espeso bigote en el labio superior. Vestía elegantemente y llevaba un pañuelo bien colocado en el bolsillo superior de su chaqueta.

—¿Esteban, eres tú? —preguntó nada más verme entrar en el salón. Dejó su taza de café sobre la mesa que compartía con Justo y Remedios, que me observaban con tristeza.

Se puso en pie y yo asentí con tranquilidad, intentando pensar en quién podría ser ese personaje que parecía sacado de una de las historias ruines y sinsentido que yo mismo escribía. Sonrió y me abrazó. Por encima de su hombro observé a Remedios con la cara encogida y a punto de echarse a

llorar, y a Justo, que sonreía melancólico. Aquel hombre me soltó y dio un paso atrás para observarme.

—Qué grande estás.

—Perdone, ¿quién es usted?

—Soy tu tío, y vengo a llevarte conmigo, fuera de este país que ahora tiene tantos problemas.

—¿Mi tío? Yo no tengo ningún tío.

—Suponía que tu padre no te habría hablado mucho de mí. O nada, como así ha sido. Me llegó hace apenas un mes una notificación diciendo que mi hermano y su esposa habían muerto en la guerra, pero que su hijo, del que yo desconocía su existencia, había sobrevivido y estaba en régimen de acogida en casa de un inspector. Cuando empezó la guerra, intenté ponerme en contacto con tu padre, y al pasar el tiempo, pensé que les habría ocurrido lo peor, al no recibir respuesta. Y ahora, al acabarse, me llega un informe anunciando que están muertos desde que empezó la guerra y que, además, tengo un sobrino. Siento no haberte encontrado antes y haberte sacado de este país durante la guerra, lo siento mucho, de verdad, pero no sabía de tu existencia.

Yo estaba asustado. Una persona que no conocía de nada decía que era mi tío y además quería llevarme con él.

—¿Se puede saber por qué quieres llevarme contigo? Estoy bien aquí.

Justo negó con la cabeza y se levantó de su asiento para reunirse con nosotros.

—Es mejor que te vayas con él, Esteban, estarás más tranquilo en París. Es lo mejor para ti.

—No quiero irme —grité dando dos pasos hacia atrás.

Los dos me miraban esperando verme cambiar de idea.

—Soy feliz aquí. Quiero a Remedios y a Justo, me quedaré con ellos.

—Te irás con tu tío —gritó Remedios repentinamente—. Y no protestarás. Te escribiremos y nos escribirás. E incluso, cuando las cosas se calmen, iremos a verte, si a tu tío le parece bien.

—Pues claro que me parecerá bien —añadió este.

A regañadientes, asentí. Sabía que Remedios y Justo siempre miraban por

mi bien y ambos estaban de acuerdo en que me fuese con él.

—No tendrás que volver a cambiar de familia. Aunque, por supuesto, nosotros seguiremos siéndolo. Por eso no debes preocuparte —añadió Justo.

—Voy a prepararte las maletas.

—¿Ahora? —pregunté.

—Cuanto antes sea, mejor —dijo Justo mientras seguía a Remedios escaleras arriba y me dejaban cara a cara y a solas con mi tío.

Me sonrió y me pidió que me sentase a su lado. Obedecí, pero me sentía incómodo junto a él. Ahora, de pronto, tenía que cambiar de país para ir a vivir con una persona a la que no conocía y a la que no tenía ganas de conocer.

—Me llamo Eduardo Antón, no te lo había dicho.

—Yo soy Esteban, Antón también, claro.

Estaba sonriendo, parecía contento.

—No te preocupes. Imagino que al principio te costará un poco adaptarte, como es normal, y tendrás que aprender el idioma. Tengo un amigo de toda la vida que te lo enseñará bien y aprenderás rápido.

—No sé yo, el latín siempre lo suspendía en la escuela.

—Yo también, y sé hablar francés a la perfección. No te preocupes por nada. Ya verás como pronto estarás muy a gusto. Además, la mujer con la que voy a casarme tiene una hija, Odette; es buena chica, te llevarás bien con ella. También tengo un hijo propio: se llama Luke.

Asentí. Ya me estaba buscando amigos.

—La comida francesa es muy buena, seguro que a eso no tardas en acostumbrarte.

—En realidad, a mí la cocina que me gusta es la de Remedios, pero sí, supongo que no tardaré en acostumbrarme a una comida u otra.

Intentaba ser amable, pero no me salía del todo. Queriendo entablar conversación, me preguntó por mis aficiones.

—Me gusta escribir, pero no se me da bien.

—¿En serio? Qué casualidad.

—¿Por qué? —pregunté alzando las cejas—. ¿También se te da mal escribir?

—No, no es por eso. Es por Eric, el que será tu profesor de francés, también es escritor, y de los buenos. Sus libros se venden bien en Francia, seguro que te gustan.

—Pues me alegro por él —añadí.

Eduardo bajó la mirada.

—Lo siento, no pretendía ser desagradable.

—No importa, ya nos adaptaremos el uno al otro, ¿eh?

Intenté sonreír.

—Eric trabaja de traductor, sabe hablar francés, español y chapurrea el inglés, porque tenía madre inglesa y padre con orígenes españoles por parte de su abuelo, que nació aquí y emigró. Bueno, es un poco largo.

—Vamos, que de español tiene lo mismo que un nórdico.

Rio.

—Bueno, al menos sabe el idioma y te podrá enseñar. ¿Y qué más te gusta además de escribir? ¿Cuáles son las asignaturas que mejor se te dan en la escuela?

No pude evitar lanzar una carcajada al aire. Ni siquiera recordaba en qué curso había dejado de estudiar.

—Dejé la escuela a los catorce años.

—¿A los catorce? Ah, claro, por la guerra.

—Sí, por la guerra —dije para no tener que dar más explicaciones.

—Bien, pues retomarás tus estudios en ese curso.

Me eché para atrás en la silla y crucé los brazos.

—No pienso empezar la escuela ni en ese curso ni en ninguno. Trabajo en Correos desde hace tres años, tal vez puedas hacer algo y conseguir que pueda seguir trabajando en una oficina de Correos en París.

—No, de eso nada, seguirás con tus estudios, y después, cuando pasen los años y te hayas formado, me sustituirás.

Me estaba organizando la vida un tipo llamado Eduardo, al que no conocía de nada y decía ser mi tío.

—Oye, ¿y cómo puedo estar yo seguro de que eres mi tío?

—Ya le he dado a Justo una copia de todos mis documentos de identidad, desde el pasaporte hasta la partida de nacimiento. No te preocupes por eso,

soy tu tío.

Asentí. Eduardo se sirvió otra taza de café mientras esperábamos, y, unos minutos después, Justo bajó cargado de dos maletas y Remedios con otra. Nos pusimos en pie.

—Bien, Esteban —comenzó Justo—, pues aquí nos despedimos hasta la próxima vez que nos veamos.

—Que será muy pronto —dijo Remedios limpiándose los mocos con un pañuelo.

—Eso espero.

Abracé a Justo con toda la fuerza que pude, después a Remedios y le di un beso en la mejilla. Cogimos las maletas y nos dirigimos a la salida. Nos subimos al coche que esperaba en la puerta y partimos. Tuve tiempo, por última vez, de observar la casa en la que había pasado tres años y en la que me habían querido como si fuera el hijo de los dos. Los observé despidiéndose desde la puerta y sentí, de nuevo, que las lágrimas se me atragantaban en la garganta.

## 39

París, 26 de noviembre de 1940

Me había sentado con Eric a charlar a las nueve en punto de la mañana y, al terminar mi relato, el reloj señalaba casi la una. Había estado relatándole a Eric el final de una historia que era medio mía, medio robada, y el tiempo se me había pasado sin darme cuenta. La tormenta había amainado, pero el agua seguía cayendo con fuerza en la calle y no había regresado la luz todavía. Eric estaba tenso, como si estuviese incómodo escuchando todo aquello.

—¿Estás bien?

Asintió alzando la vista, observándome y llevándose el resto del tercer café que se bebía a la boca.

—Sí que te tomaste en serio todo ese asunto de Rosa.

—Ya, bueno, no debí meterme, no llegué a descubrir nada realmente.

—¿Qué dices? —añadió—. Claro que descubriste cosas, sería una novela estupenda, con una gran intriga, ¿sabes? Podrías escribirla. Se vendería bien, hazme caso.

—No, no voy a escribir la historia de Rosa, además, está incompleta.

—No es solo Rosa. Son Selene y Cristóbal. Ambos muertos el uno por el otro.

—Como Romeo y Julieta —ironicé.

No pareció hacerle mucha gracia.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, es que hacía tiempo que no encontraba un material tan bueno como para plantearme la idea de hacerla novela. Si a ti te parece bien —añadió.

—¿Quieres escribirlo?

—Ya que tú no quieres, a mí me interesa la historia.

—No quiero ser el personaje de un libro.

—No, tranquilo, tu vida no me interesa especialmente, no te lo tomes a mal, pero ha habido muchos casos como el tuyo durante la guerra española. Me interesa la otra, la de los caserones y los ricos y pobres.

Encogí los hombros.

—Si te interesa, adelante. Pero ya me dirás cómo piensas rellenar los huecos de la historia que te he contado, que son muchos.

—¿Te apetece que vayamos a comer? Aquí al lado hay un restaurante que sirve una comida buenísima.

Salimos a la calle cubiertos cada uno con un paraguas que nos prestó el dueño del café, ya que conocía a mi tío. Las secundarias estaban anegadas y los niños habían convertido las calles inundadas en ríos por los que navegar y llenarse de agua hasta las rodillas o el cuello. Cruzamos un par de calles más y entramos a un restaurante repleto de lo que parecía gente distinguida: señoras fumando con boquillas y plumas por la cabeza y caballeros que las acompañaban bebiendo copas de coñac y degustando solomillos sangrantes. El *maitre* debía conocer a Eric, ya que lo saludó de forma efusiva y nos sentó en la que dijo era la segunda mejor mesa del restaurante.

—La primera está ocupada.

—No importa.

Nos sentamos y miramos la carta.

—Un buen momento para practicar tu francés aletargado. ¿Por qué no me lees los platos que hay?

Soplé. No tenía ninguna gana de leer la carta, y menos en voz alta para hacer reír a todo el que me escuchase. Comencé. Había algunas cosas que sabía cómo se pronunciaban y otras que no. Tras leer la mitad de la carta, Eric alzó la mano y llamó al camarero para que nos tomase nota.

—Está bien, Esteban, es suficiente. No lo has hecho tan mal.

—Ya, pues yo creo que los de la mesa de atrás se han marchado para no escucharme.

Rio y pidió su comida. Para evitar leer mal el menú delante del camarero, me limité a pedirle lo mismo. Habíamos pedido sopa y pescado al horno.

—Lo que me intriga es que puedas acordarte de tantos detalles después de los años que han pasado desde que comenzaste a investigar.

—Pues no lo sé, supongo que tengo memoria para los nombres.

—Eso o que la historia te gusta demasiado como para dejarla olvidar. Podrías haber dado con el paradero del médico, ese Ambrosio. Tal vez hubiera sabido algo que te hubiera podido servir. O qué le ocurrió a Selene para enviarla a un internado. Eso no cuadra mucho, la verdad.

Dejó la cuchara en el plato.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio.

—Eric, no cuela. Que ya nos vamos conociendo...

Respiró hondo.

—Está bien. Creo que no estaría mal descubrir la historia para poder escribirla después con la verdad, en lugar de inventarme algo.

—¿Quieres ir a Zaragoza a investigar?

—No.

Silencio.

—Creo que estaría bien que fueses tú.

—¿Yo? Yo no conozco la ciudad, nunca he puesto un pie en España, ya lo sabes, tardaría en encontrar los sitios y en adaptarme a las costumbres de allí. Podrías ir tú e intentar sacar más información del tema, pasando desapercibido. A mí tal vez me tomasen por periodista, pero a ti, con 18, nadie lo haría.

—A lo mejor me toman por un niño entrometido y es peor. Esto es una tontería. No pienso ir.

—Yo te pagaría el viaje y la estancia en el hotel que fuese. Tu tío no tendría que hacerse cargo de nada.

—No quiero ir.

—¿Por qué? ¿Te da miedo encontrarte con Cora y que no te mire?

Lo observé. Eso me había molestado.

—No me mires así. Te apetece regresar a Zaragoza para hacer una visita: Justo, Remedios, el padre Juan y Cora. A Andrés supongo que no te hará especial ilusión verlo. Y de paso puedes investigar un poco. Podrías visitar a

Roncesvalles e incluso a Campillo. Cuando el tiempo pasa, la gente no tiene tanto miedo de hablar. Me harías un gran favor y verías a la gente que quieres. Matarías dos pájaros de un tiro.

—No sé, no me convence —dije.

La idea, en realidad, me apetecía, y mucho. Siempre había querido saber la verdad sobre Rosa, Selene y Cristóbal, y también tenía muchas ganas de ver, sobre todo, a Justo y a Remedios. También a Cora, pero Eric tenía razón: me daba demasiado miedo su reacción.

No sabía qué hacer. Llevaba tiempo con ganas de regresar a España y recorrer las calles que había dejado atrás y de las que tanto me había costado despedirme, pero ahora que se me presentaba la oportunidad, sentía que me temblaban las piernas.

—Puedes hablarlo con tu tío, a ver qué le parece, claro.

Respiré hondo y estuve dándole un buen rato vueltas a la sopa que se enfriaba lentamente con la cuchara.

—Tal vez —dije finalmente—. Tal vez no sea tan mala idea.

Salí de allí tras compartir la comida con Eric, con quien quedé en hablar con mi tío, y después habíamos pasado a una insulsa conversación sobre los nuevos escritores de la editorial, que apenas sabían encontrarse la frente con la palma de la mano y pretendían ser las nuevas estrellas de la literatura francesa y después universal.

\* \* \*

Llegaba tarde a mi encuentro con el único amigo que había hecho en París desde que había llegado. Oliver Mariuin era un chico de mi misma edad y un tanto excéntrico que conocí en la biblioteca de la ciudad que regentaba Nicolás, el amigo de mi tío. Él mismo fue quien me lo presentó. Oliver no tenía madre, pero sí un padre autoritario y también adinerado. Le pegaba por sacar malas notas, pero a él, sencillamente, la escuela le daba igual, le aburrían todas las asignaturas y no había una sola que se salvase. Lo que le gustaban eran los libros, de ahí que siempre estuviese en la biblioteca en cuanto su padre se despistaba. Además, tenía un lado oscuro que le ponía a su

padre los pelos de punta. Sentía pasión por las ciencias ocultas. Cuando su padre había estado de viaje por negocios, había llegado a organizar en su casa una pequeña sesión de espiritismo que él tachó de yerma pero que los visitantes, conocidos suyos de la escuela, y las doncellas que dormían en el tercer piso tacharon de demoníaca por lo que sucedió.

Había invitado a siete compañeros del colegio a dormir en su casa, pero lo que él quería era organizar una sesión para contactar con su difunta madre. A las doce en punto había conseguido que sus asustados compañeros de clase se sentasen en el suelo de un comedor que nunca usaban, alrededor de una ouija tallada en madera que decía haber encontrado en el sótano de la casa dentro de un baúl. Había dispuesto una vela blanca por cada uno de los participantes, apagado las luces y dejado la ventana abierta. Cuando uno de los chicos le preguntó el porqué de dejar la ventana de par en par, dijo que había puesto sal gorda sobre el marco para guiar el camino a los malos espíritus que podían salir de la tabla de madera para que no se quedasen en la casa, lo que todavía les hizo tener más miedo. Cuando comenzó la sesión, todos tenían miedo, menos Oliver, empeñado en contactar con su madre para decirle que la echaba de menos y que no estaría de más que por las noches fuera a darle un beso y le colocara bien la sábana y la colcha. Estuvo durante un largo rato invocando a su madre sin resultado y a todos se les había escapado ya el miedo por las orejas al ver que de allí no iba a salir nada, y mucho menos el espíritu de su madre.

Fue cuando uno de los chicos quitó el dedo del indicador cuando este se movió bruscamente. Salió disparado hacia arriba y después volvió a caer. Todos se apartaron de pronto y gritaron como nunca lo habían hecho. Todos menos Oliver, que volvió a colocar el indicador en su sitio y llamó a su madre de nuevo. La ventana abierta se cerró de golpe, rompiéndose los cristales en pedazos y cayendo al suelo. Después, el mismo sonido de cristales rotos comenzó a esparcirse por la casa. Los invitados se acurrucaron en piña en una esquina de la habitación y Oliver salió siguiendo el rastro de la aparición que se había empeñado en hacer notar su presencia rompiendo las ventanas. Cuando acabó con las del primer piso, las doncellas se habían despertado con el ruido y habían acudido al cuarto donde se escuchaban los

gritos de los niños para intentar calmarlos, a pesar de que ellas estaban igual de asustadas.

Oliver subió corriendo al segundo piso y siguió con la mirada cómo los cristales se rompían uno tras otro.

—¡Basta! ¡Basta! Deja de romper los cristales y dime si eres mi madre.

El sonido de cristales rotos cesó y se sustituyó por uno mucho más sutil. Oliver giró la cabeza y vio que se estaba formando una palabra a través de las grietas que crecían en el cristal situado a su lado:

«NO».

La palabra que pudo leer justo antes de que el cristal se rompiese había sido «NO», por lo tanto, no era su madre la que estaba allí. Desilusionado, regresó al comedor, donde encontró a todos, compañeros de clase y criadas, tapados con mantas amontonados en una esquina.

—No es mi madre, no ha servido de nada.

Cuando ya no quedaron ventanas ni puertas acristaladas, comenzaron a romperse los vasos de cristal, pero no los platos de porcelana. Solo el cristal, incluido el de las fotos de familia. Después todo regresó a la calma, hasta que al día siguiente las doncellas encargadas de la cocina descubrieron en la despensa tres pájaros muertos y los paquetes de harina y azúcar reventados. Oliver siempre mantuvo su inocencia. Las doncellas, al ver que los niños invitados se negaban a dormir en esa casa, no tuvieron más remedio que llamar a todas sus familias para que los padres o el chófer los fueran a recoger. Cuando todos se hubieron marchado, contactaron con el padre de Oliver para contarle lo ocurrido. Tras echarle, vía telefónica, una monumental regañina, lo mandó a la cama y dio órdenes a las doncellas de que lo dejaran sin comer nada al día siguiente como castigo. A Oliver tanto le daba, pues si no comía en su casa, siempre podía acudir a la de Nicolás para que él se la diese.

A medida que los días pasaban, las doncellas fueron despidiéndose. Unas decían que las sábanas recién cambiadas en sus camas aparecían ensangrentadas. Otras decían que en el vaho del baño que compartían todas se podía ver una cara demoníaca que las miraba con lascivia mientras se duchaban. Una de ellas salió despavorida por la puerta, dejando allí cuanto

había traído con ella. Había dicho que un crucifijo que tenía colgado de la pared se había dado la vuelta delante de ella y que después había caído al suelo. Cuando las demás fueron a ver el crucifijo armadas con dos botes de agua bendita, el crucifijo estaba en su sitio, y cuando dieron media vuelta para marcharse, ya más tranquilas, pensando que no eran más que tonterías de una niña joven y asustadiza, escucharon un ruido a sus espaldas. Al volverse, vieron el crucifijo boca abajo, sujetado por una figura que no era humana. Era negra completamente, con la boca roja y tan larga que ni siquiera podía cerrarla. Sus pies parecían ramas y sus manos también. Semejaban tener el color de la tierra estéril y le caían babas amarillentas de la boca. Gritaron de tal forma que los vecinos se asomaron a las ventanas e incluso hubo alguien que avisó a las autoridades. Cuando las dos mujeres les explicaron lo ocurrido, los gendarmes dijeron que tal vez había sido una alucinación a causa de usar alguna especia de más en las comidas. Daba igual una cosa que otra, porque las dos se marcharon de allí y para cuando el padre de Oliver regresó, solo le quedaba una doncella que se había negado a dejar solo a Oliver y que esperaba el regreso de su padre para también marcharse de allí.

—Hijo mío, no sé qué voy a hacer contigo.

Oliver, simplemente, se encogió de hombros. Así fue como un día en el que había ido a la biblioteca en busca de libros en español, vi a Nicolás sentado a una mesa charlando por lo bajo con un niño que resultó ser el único amigo que habría de hacer.

Había quedado con Oliver hacía quince minutos en la biblioteca. Quería enseñarme un libro que había encontrado en una de las secciones para adultos, donde los niños menores de dieciséis años y susceptibles tenían prohibida la entrada. Cuando lo localicé sentado a una mesa, completamente sumergido en la lectura de un libro, me dirigí al mostrador de Nicolás que estaba en aquel momento poniendo la fecha de devolución de un libro que se llevaba prestado una chica.

—Hombre, a quién tengo el honor —saludó ofreciéndome su mano.

—Hola, Nicolás. ¿Qué tal estás?

—Bien bien. Por cierto, dale mis felicitaciones a la cocinera de tu fiesta

del otro día, estaba todo estupendo.

—Se lo diré.

Nicolás era un hombre serio en su trabajo y responsable, con un aire distinguido en su rostro y con alguna arruga marcada ya en su cara. Tenía el cabello completamente blanco y se lo peinaba con una raya al lado, dejando que le llegara hasta las orejas. Tenía un estilo propio tanto en lo físico como en su forma de tomarse el mundo como un chiste. En cierto modo me recordaba a Ramón, pero más educado y mejor vestido. Ramón solía llevar manchas de aceite en la ropa y agujeros. Nicolás iba con un traje de chaqueta perfectamente planchado, sombrero a juego y corbata bien anudada.

—Ahí tienes al caballero oscuro. Anda que menudo está hecho. Ha preguntado por ti.

—Sí, llego tarde, me he entretenido con Eric.

—No importa, en realidad, no creo que se haya dado cuenta. Por cierto, dile a tu tío que al final mi mujer podrá ir a la cena del viernes.

—Le alegrará saberlo.

—Sí, y a ella le vendrá bien ver a los amigos de siempre y salir del hospital.

Sara, la mujer de Nicolás, era una de las mujeres más buenas que había conocido en mi vida y me recordaba en gran medida a Remedios. Sufría fiebres desde niña y eso la había dejado al borde del coma en muchas ocasiones, tendida en la cama del hospital hasta que se recuperaba.

Apoyé la mano sobre Oliver y me respondió con un:

—Shhhhhh.

Me senté a su lado y me dediqué a esperar, contando las motas de polvo que se veían al trasluz de las lamparillas con las que se alumbraba la gente hasta que tuvo a bien mirarme.

—Ah, eres tú.

—Sí.

—Llegas tarde —dijo quitándose las gafas redondas y guardándolas en el bolsillo.

—Vaya por Dios, llevo media hora esperando a que termines de leer y ahora llego tarde.

—No te preocupes, no pasa nada —añadió.

—Gracias —dije irónicamente sin que captase el tono, seguramente culpa de mi pésimo acento.

—De nada. ¿Vamos a comer?

—Ya he comido.

Entonces miró la hora en el gran reloj de la biblioteca.

—Vaya, pues sí que se ha hecho tarde.

—Da igual, yo te acompaño y ya está, me tomo un café.

—Vale.

Salimos de allí. Seguía lloviendo y, como de costumbre, Oliver no había traído paraguas, así que los dos nos resguardamos bajo el mío hasta que llegamos al café donde comía casi todos los días. Pidió un bocadillo después de saludar a la camarera, a la que, me contó, se beneficiaba todos los lunes y miércoles por la tarde, cuando ella tenía libre, en su casa.

—Deberías probarlo, no sabes lo que te pierdes.

—Ya lo haré, no tengo prisa.

—Eso lo dices porque no lo has probado.

Poco después, la chica nos trajo su bocadillo y mi café.

—He estado leyendo unos ensayos muy interesantes sobre rituales de ouija y sobre ciertos elementos a tener en cuenta: el color de las velas es más importante de lo que parece. Y no es muy acertado llevar un crucifijo. Fíjate, un niño alemán de catorce años fue estrangulado por el cordón que sujetaba su crucifijo de madera mientras intentaba contactar con Atila.

—Muy interesante —dije.

—Muchas gracias por tu atención.

Respiré hondo.

—No te lo tomes a mal, llevo una idea rondándome por la cabeza.

—¿Me la vas a contar?

—Te advierto que no tiene nada que ver con fantasmas.

—Puedo mantener una conversación sin fantasmas de por medio sin ningún problema, aunque creas que no.

—Bien. Después dame tu opinión, a ver qué te parece.

Procedí a relatarle superficialmente lo que le había contado a Eric,

resumiéndolo en unas pequeñas andanzas juveniles que se habían quedado a medias y que a él le habían parecido lo suficientemente intrigantes como para hacerme regresar a Zaragoza a visitar a Justo y al resto de mis conocidos, y así, de paso, terminar de averiguar lo que ocurrió con Rosa, Selene y Cristóbal. Tras dudar tres veces en si debía hablar o no para acabar quedándose callado, decidió terminar su bocadillo antes de responder para hacerse una idea clara, según entendí de su boca llena. Cuando hubo engullido el bocadillo y dos limonadas, respondió.

—Deberías ir. Por ver a tus amigos, más bien, y de paso, si te enteras de algo más, pues eso que te llevas.

—Tal vez tengas razón, aunque antes de hacer planes debo consultárselo a mi tío.

—Podrías llevarme contigo. Seguro que allí, en Zaragoza, con la cantidad de gente muerta por la guerra, consigo contactar con algún espíritu.

Puse los ojos en blanco.

—Para el carro, amigo. ¿Ahora quieres aprovecharte de mí?

—No me aprovecho de ti, me aprovecho de tu conocimiento de la ciudad.

—Qué morro tienes. Ya veremos.

—Bien, entonces quedamos así —sentenció.

Ya estaba dicho, se había invitado antes incluso de saber yo mismo si iba a ir o no. Después de haber estado toda la mañana repasando la historia más personal que pude haber contado a Eric y haber relatado a Oliver mis intenciones de regresar y desentrañarla del todo, me sentía cansado. Tenía ganas de llegar a casa y meterme en mi dormitorio a descansar.

De vuelta a casa en el metro, pensé que tal vez lo que necesitaba era encontrar un trabajo que me gustase, como el que había tenido en Zaragoza en Correos, y a la vez pensé que me había amodorrado demasiado en las comodidades que la vida con mi tío me ofrecía, aunque nadie me obligaba a aceptarlas; era yo el que las había abrazado al llegar a la ciudad. Salí de la boca del metro con un puñado de rostros borrosos y caminé hasta la casa con el paraguas abierto cubriéndome el cuerpo. Entré en la casa y escuché a *Rufus* ladrar desde el porche al verme entrar. Aligeré el paso y pronto estuve cubierto por él. Acaricié a *Rufus*, al que le faltó tiempo para ponerme las

patas manchadas de barro encima y me tiró al suelo para lamirme la cara, cosa que no me gustaba en absoluto. Intenté apartarlo y después me puse en pie completamente sucio: había evitado la lluvia espesa durante todo el día, pero no había podido hacer nada contra el perro guardián de la casa.

Lo dejé en su caseta del porche y puse el paraguas en su sitio. Olía a perfume nada más entrar, por lo que deduje que las dos aspirantes a *madame Bovary* habían regresado de sus compras. Odette salió del comedor que tenía reservado para ver quién había llegado a casa.

—Ah, eres tú.

—Lo mismo digo —añadí—. ¿A qué huele?

—A mis nuevos perfumes. ¿A que son divinos?

—Sí, tanto como tú —respondí sin que captase el tono con el que lo decía.

—Qué amable has venido. Aunque deberías darte un baño, estás sucio.

—¿No me digas? ¿Esperabas a alguien?

—Sí, a mi madre. Ha ido a recoger unas telas a una tienda; las tiene reservadas desde hace un mes y al regresar a casa la criada le ha dicho que habían dejado el recado para ella.

—La criada se llama Blanche.

—Bien.

Desapareció tras la puerta llevándose su aroma a vanidad y desprecio que siempre la acompañaba.

Subí las escaleras y entré en mi cuarto, abrí el grifo del agua caliente y lo dejé correr para que se llenase la bañera. Cogí una muda limpia del armario mientras no dejaba de darle vueltas a la idea de regresar a Zaragoza, que había surgido de repente y que hasta entonces ni siquiera había pensado en ello. Me quité la ropa, eché jabón en la bañera y cuando estuvo a la temperatura que me gustaba, me metí dentro. Siempre me había gustado la sensación que se tiene cuando tienes frío y te metes en una bañera de agua caliente. Metí la cabeza bajo el agua y restregué con la esponja las babas del perro. Salí y cogí aire de nuevo.

Tal vez fuese el calor que me calmaba los nervios y que esa calma la comparase, por un motivo u otro, con el traqueteo del tren al subirnos en

Zaragoza mi tío y yo en aquel viaje con el que me escapé de la ciudad ruinoso y fantasmal de mis recuerdos, pero no pude evitar recordar las sensaciones que tuve en aquellos momentos en que todo lo que me había visto obligado a vivir de nuevo, construyendo una nueva vida tras la muerte de mis padres, se desmoronaba mientras iba camino de la siguiente.

## 40

Zaragoza-París, 1939

En la estación nos esperaban dos hombres con los que mi tío había emprendido su viaje de París a Zaragoza. Iban vestidos elegantemente y llevaban consigo dos maletas cada uno.

—Las había traído por si acaso tenía que quedarme algún tiempo.

Asentí sin ganas.

—Bueno, vamos a sacar cuatro billetes de ida a París. ¿Me esperas aquí o vienes?

—Prefiero esperar aquí, en los bancos.

—Bien.

Me senté y mi tío se fue hacia las taquillas seguido de los dos hombres. Lo que quería era quedarme a solas, aunque fuera un momento, para analizar bien mi nueva situación. Me marchaba a Francia con una persona que decía ser mi tío y de la que no había oído de su existencia hasta ese instante.

Debía desprenderme de todo una vez más y no tenía la más remota idea del idioma de mi nuevo país. Iba a ser más duro acostumbrarme de lo que mi tío se empeñaba en decir. Por un lado, quería irme y salir de un país en ruinas; por otro, no quería dejar atrás a Justo y a Remedios. También echaría de menos mi trabajo en Correos. Me gustaba y me había acostumbrado a Ramón: en su estilo, no era mala persona e incluso podía resultar divertido.

Observé a mi tío desde lejos recogiendo los billetes para los cuatro. Parecía educado y amable. Tenía una peculiar forma de caminar, como si fuera a caerse de un momento a otro. Los dos hombres que lo seguían hablaban con él más como amigos que como criados. Parecía buen tipo.

Regresaron los tres y se sentaron en fila en el banco a esperar.

—El siguiente tren sale dentro de un par de horas. Tenemos tiempo para charlar. Si te apetece, claro —añadió servicial—. Si no te apetece, cosa que comprenderé perfectamente, podemos quedarnos en silencio.

Me encogí de hombros.

—Lo que usted quiera.

—Por favor, hijo, no me llames de usted, que soy tu tío.

—A mi padre lo trataba de usted. Aunque, a decir verdad, a mi madre no.

Sonrió más para sí que para mí.

—Tu madre era un cielo de mujer. Lástima que escogiera a tu padre. No me entiendas mal, no la quería para mí, solo que creo que podría haber encontrado a alguien mejor; el temperamento de tu padre no era el mejor del mundo. Ya lo sabrás, y seguramente mejor que yo.

Asentí sin ganas de hablar.

—Lo sentí mucho cuando me enteré de que habían fallecido. Una tragedia, sobre todo para ti. Bueno, voy a callarme, que no quiero recordarte estas cosas. Podemos hablar de algo más agradable. Tengo un hijo, se llama Luke, y estoy saliendo formalmente con una mujer. Tiene otra hija. Se llama Odette y, entre tú y yo, no me gusta mucho, es un tanto estúpida esa niña, pero bueno, todo es acostumbrarse.

En realidad, me sentía cómodo con él. Mientras estuvimos esperando, mantuvimos una conversación sobre cómo era vivir en París y en Zaragoza. Le hablé de mi trabajo en Correos, que me gustaba y que no me importaría seguir trabajando de lo mismo en París, pero él tenía otros planes. Debería retomar mis estudios donde los había dejado y meterme algo de prisa, aunque eso lo solucionaría él mismo hablando con los profesores que me darían clases en casa. Su plan era que me saltase toda la enseñanza que no me serviría de nada y me centrase en la que sí me sería útil. A mí tanto me daba una cosa como la otra, pero vi claro desde el primer momento que la idea de seguir trabajando en Correos no iría a ninguna parte. Por otro lado, me sentía como si estuviera metido en una burbuja. Nada me afectaba realmente: si no podía trabajar en Correos, no podía y punto. En aquellos momentos solo quería descansar. No estaba cansado cuando había llegado a casa de mi

trabajo, pero tras aquellos cambios era como si, de una forma u otra, me hubieran pegado una paliza.

Subimos al tren en primera clase. Los asientos eran amplios, mullidos y tenían una mesa grande delante. Nunca había subido a un tren. Mi tío me cedió el asiento junto a la ventana para que disfrutase del paisaje que íbamos a recorrer entre montañas y lagos casi congelados.

Él se sentó a mi lado y los dos hombres le dijeron que si no le importaba se iban al vagón restaurante. Nos quedamos a solas y pronto el tren comenzó su viaje. Yo no tardé en quedarme dormido por el traqueteo y la leve conversación como un murmullo que intentaba mantener mi tío conmigo.

Me desperté cuando el sol se ocultaba. Eduardo me había colocado una manta para taparme y al despertarme me sonrió.

—Espero que hayas descansado. ¿Tienes hambre?

El viaje en tren no se me hizo especialmente largo, a pesar de que tardamos casi tres días en llegar a la capital parisina. Se me antojó enorme, gótica y novelesca. Por un lado, al salir de la estación y observar sus inmensos edificios, sentí un escalofrío y un miedo que no tardó en desaparecer para transformarse a mis ojos en una ciudad grande, llena de rincones y de historias perdidas en la memoria de sus fachadas, aceras y restaurantes a media luz. Los coches y taxis pasaban sin cesar por la calle a mis pies. Me gustó aquella segunda sensación que tuve de la ciudad nada más salir a la calle. Agradecí el viento fresco que traía escasas nubes del norte, mientras el sol se escondía tras los grandes edificios. Era un escenario perfecto para una novela. Un escenario perfecto para describir en una historia que podría tener asesinatos y pasión. Era el lugar que tantas veces me había imaginado como la ciudad perfecta. Grandes edificios mezclados con tiendas de barrio y librerías pequeñas y acogedoras. Cafés y restaurantes donde pasar la tarde rodeado de escritores, músicos y pintores.

Podría visitar los lugares donde Degas había discutido con Monet sobre sus estilos artísticos a la hora de dibujar un cuadro. Podría visitar museos y catedrales tan antiguas como la ciudad. A lo lejos escuché el repicar de varias campanas a la vez, anunciando las siete en punto de la tarde del 23 de noviembre de 1939, y aunque no me gustaba admitirlo por todo lo que había

dejado atrás, el sonido de las campanas me sonó a bienvenida y me sentí como en casa.

Mi tío, muy atentamente, me había dejado disfrutar de aquellos minutos en los que las personas no eran más que extraños con rostros borrosos que caminaban hacia el trabajo o hacia sus casas y quedarme con las luces rojizas y anaranjadas que en el cielo se veían como si hubiera estado todo el día lloviendo y se hubiera despejado el cielo en el último momento.

Tras un par de minutos más, escuchando el sonido de la gente paseando tranquila por la calle, sin oír disparos de fondo, me di la vuelta, observé a mi tío que me estaba analizando y le sonreí por primera vez con ganas.

—Todo lo que ves será tuyo si tú quieres que lo sea.

En aquel momento no lo entendí, pero no tardé mucho en comprender que se refería a que podría pasear por sus calles y descubrir los secretos de sus rincones si le daba una oportunidad y no la rechazaba sin saber nada de ella, de la ciudad. Aquel momento fue el más mágico de toda mi vida. Y lo recordaría siempre.

Subimos a un taxi mi tío y yo. Los otros dos hombres subieron a otro. No podía evitar mirar por la ventana como si estuviera en otro mundo. Las luces, el sonido de la gran ciudad en la que me encontraba, los niños distraídos tirando del brazo de su madre para que se diese prisa. Los patos en el Sena sobre el que cruzamos. La torre Eiffel iluminada. Las torres de Notre-Dame a lo lejos y los pájaros alzando el vuelo a la vez. Un grupo de señores mayores echando de comer a las palomas y a las ardillas en un parque.

Todo era tranquilo, se respiraba calma, al contrario que en Zaragoza, aunque aquella calma no duraría mucho por culpa de la batalla perdida a los nazis. Cuando el taxi paró frente a una enorme casa vallada, no imaginé que esa iba a ser la mía.

—¿Qué te parece? Es bonita, ¿verdad? Me la hice construir frente al Palais Garnier, que es esa monstruosidad de allí. ¿Te gustan el *ballet* y la ópera?

—En realidad, no he visto ninguna de las dos cosas.

—Ah, una pena, pero no pasa nada, ya tendremos tiempo para formarte en ambas artes.

Mi tío sacó de su bolsillo interno una gran llave y abrió la verja mientras el otro taxi llegaba y los dos hombres sacaban las maletas. Entramos en el jardín y un cachorro de sabueso corrió hacia nosotros. Saltó hacia mí y comenzó a dar vueltas a mi alrededor.

—Lo he comprado hace poco, parece que le gustas.

—Pues él me gusta a mí, así que perfecto.

Lo cogí en brazos y me lamíó la mano. Pudimos ver, mientras nos acercábamos, que alguien se asomaba a la ventana y después corría a abrir la puerta. Una chica, algo menor que yo, sonreía vestida de princesa de cuento de hadas. Tras ella apareció la que debía ser su madre y futura esposa de mi tío. Nos esperaron en el porche y nos acercamos a ellas. Mi tío habló con las dos en francés mientras yo no me enteraba de nada y dejaba que el perro me lamiese la mano, lo que hizo que Odette me mirase con asco, encogiendo la nariz. Yo no me inmuté. Beatrix, su madre, me observó sonriente y me dijo algo en francés que yo no fui capaz de entender.

—Beatrix te da la bienvenida, de su parte y de la de Odette.

—Pues dale las gracias.

Les dijo algo y entramos en la casa. Allí me presentó a las cinco doncellas que trabajaban en la casa. Bajando las escaleras vi a un niño de unos nueve o diez años que venía hacia nosotros. Él sí hablaba español, aunque fuese a duras penas. Se llamaba Luke y era el hijo de mi tío. Con él me llevé bien desde el primer día. Después de que me presentara a todos los habitantes de la casa, subimos las escaleras inmensas para enseñarme la que iba a ser mi habitación. Me condujo hasta la tercera puerta de la pared izquierda del segundo piso. Me indicó que la habitación tenía su propio baño y que habían dispuesto sábanas, mantas y toallas limpias. Habían pensado que me gustaría tomar un baño antes de cenar para relajarme un poco y les tomé la palabra. El estilo de la casa se parecía mucho a la de mi casa de Zaragoza, en la que había vivido con mis padres. Supuse que, de un modo u otro, eran hermanos y eso se había reflejado en la decoración de ambas casas.

Tras el baño, bajé a cenar y entonces fue cuando conocí a Nicolás, Eric y sus respectivas familias. Nicolás acudió con su mujer y su hija. Esta hija era la mujer de Eric. Habían sido invitados a la cena por ser las personas más

allegadas a mi tío.

Al menos, Eric hablaba español perfectamente. Entre él y mi tío pudimos mantener algo parecido a una conversación entre todos mientras ambos traducían. Finalmente, mi tío anunció que Eric sería mi profesor de francés. Llevaba años trabajando en una institución del gobierno dando clases de francés a españoles y sería él quien me enseñase el idioma.

—Tienes suerte, es un profesor increíblemente bueno.

—Entonces le pido disculpas por adelantado porque soy un alumno increíblemente malo, y los idiomas no son una excepción.

—¿Qué idioma enseñan en España? —me preguntó.

—El latín.

—Eso no es un idioma. Es perder el tiempo —añadió.

Todos rieron y la cena transcurrió tranquila. Pensé que al estar rodeado de tanta gente que no conocía y, además, tener por invitados a mi futuro profesor de francés y su mujer y a un amigo de mi tío y su señora, me sentiría incómodo, pero fue lo contrario. Me sentí bien y a gusto.

Nicolás era el bibliotecario de la Biblioteca de París desde hacía más de treinta años y era conocedor de innumerables libros, incluidos algunos que, por lo visto, solo conocía él, ya que a nadie más nos sonaban.

Eric me cayó bien desde el primer momento. Era educado y agradable. Era fácil sentirse bien con todos ellos. En la conversación surgió que Eric, además de ser profesor de francés, trabajaba en una editorial como traductor y también era escritor, lo que me llamó mi atención, y comencé a preguntarle por el tema, explicándole que a mí me gustaba escribir, pero que no sabía cómo hacerlo.

Desde entonces, habría de ir en muchas ocasiones a su despacho en la editorial, o incluso a su casa. Tenía un piso bonito. Estaba situado cerca del barrio de Montmartre y el Moulin Rouge podía verse desde la ventana del salón. Su mujer tenía estilo y era una amante y apasionada de los libros. Regentaba una librería que su padre le había ayudado a montar poco después de casarse con Eric, hacía ya más de doce años.

Era un piso de tamaño medio con un buen salón, cocina completamente equipada y dos habitaciones, una de matrimonio y otra para los hijos que no

habían tenido, que usaban para almacenar trastos viejos o para los invitados ocasionales. También tenían un pequeño cuarto que, en un principio, había estado destinado a ser el cuarto del lavadero. Eric lo había transformado en un pequeño despacho donde pasaba buena parte de las horas del día que estaba en su casa dedicado a la escritura.

Durante aquel primer año me ayudó tanto como mi tío. Era un buen profesor de francés y tenía más ganas que yo de que aprendiese bien el idioma, pero el problema era que se me daba mal, al igual que la escritura. Todos los esfuerzos para que me saliera un buen párrafo eran inútiles.

—Tus ideas son buenas, el problema es que no sabes escribirlas sobre el papel porque te da miedo que el resto del mundo te juzgue por ellas.

—Qué cosas más raras dices —me quejaba yo.

—No son cosas raras, es la verdad. Si quieres escribir, debes estar dispuesto a que la gente que lea lo que escribes te conozca más de lo que a ti te gustaría, pero es así, es inevitable, la escritura y dejar que te conozcan a través de ella van cogidos de la mano.

—Si eso fuera así, todos los escritores que escriben sobre asesinatos estarían detenidos.

—No, no es eso, eso es otra cosa. Es tu forma de expresarte y de ver el mundo, todo eso se queda reflejado a través de tus personajes. No pasa nada, ya lo aprenderás.

Pero no lo aprendía porque escribía igual de mal al comenzar sus clases que un año después.

## 41

Salí de la bañera, arrugado y medio dormido por el agua caliente que siempre me dejaba amodorrado. Me vestí y vi que apenas faltaba una hora para la cena, entonces le hablaría a mi tío de la idea de ir a hacer una visita a Zaragoza. Escuché que alguien llamaba a mi puerta y dije que pasara. Era Luke, que tenía las ojeras que siempre le salían cuando había estado toda la tarde haciendo los deberes del colegio.

—Menuda cara —dije.

—¿Qué cara quieres que tenga después de haberme pegado cuatro horas haciendo ejercicios de ciencias y de matemáticas? —Mientras decía esto, avanzó hasta mi cama y se dejó caer de golpe con los brazos extendidos y boca abajo.

—Qué ganas tengo de que lleguen las vacaciones de verano.

Reí.

—Todavía te quedan las de Navidad, y, mejor dicho, el curso entero. Anda, tómatelo con calma.

—Mmm —murmuró con la boca pegada a la colcha.

Se dio la vuelta y miró al techo. Me tumbé a su lado.

—¿Dónde te gustaría estar ahora mismo? —preguntó.

—¿Ahora mismo? No lo sé —dije.

—A mí me gustaría estar en el país de las galletas y del chocolate. No pude evitar reírme de nuevo.

—¿Y dónde está eso?

—No lo sé, pero mi amigo Frederick y yo estamos averiguándolo.

—¿Y cómo lo hacéis?

—Vamos a empezar a seguir con las bicis a los furgones que reparten las chocolatinas a las tiendas. Y veremos hasta dónde van.

—¡Suerte!

—No la necesitamos.

—Vale, pues me la quedo para mí.

Se incorporó.

—Me voy a la cocina, a preguntarle a Blanche de dónde saca ella el chocolate para hacer las magdalenas que hace.

—Bien.

Me quedé a solas. Cogí las cartas de Zaragoza y las leí de nuevo, intentando ver algo que a los catorce años me pasara desapercibido. Nada. Las volví a guardar y esperé la hora de la cena.

Odette se había puesto al menos tres perfumes diferentes sobre su cuello, tres horquillas nuevas en la cabeza con forma de faisán y un vestido que no pegaba más que para una representación de *El cascanueces*, y no paraba de hablar de las compras que había hecho con su madre aquella mañana.

Entre el aburrimiento y la indiferencia, y una mirada de Luke que mostraba que estaba tan harto como yo de escucharla, aproveché un silencio que hizo al beber agua e intervine.

—Tío, he estado hablando sobre un asunto con Eric esta mañana.

Guardé silencio.

—¿Y bien?

—Bueno, es un poco largo de explicar.

Procedí a resumirle con la mayor brevedad el asunto, haciendo hincapié en las ganas de visitar a Remedios y a Justo, más que en el hecho de querer meter las narices en una historia donde nadie me había llamado.

—Vaya. Es interesante la idea.

—¿Puedo ir con él? —preguntó Luke.

—No, eres pequeño.

—En realidad, Oliver me ha dicho que no le importaría acompañarme para hacer allí una de sus sesiones de espiritismo. Así no estaría solo.

—O sea, que el loco ese que está todo el día invocando demonios puede ir ¿y yo no? Pues vaya.

Con los brazos cruzados y a punto de echarse a llorar, se levantó y se dispuso a marcharse.

—Deja de comportarte como si tuvieras tres años y siéntate a la mesa, tiempo tendrás para ir a España o a cualquier sitio del mundo. Especialmente, si sacas buenas notas y no lo justo para ir aprobando.

Volvió a sentarse, pero con cara de enfado, y comenzó a revolver su plato de pasta con verduras.

—No lo sé, Esteban. ¿A ti te apetece ir?

Respiré hondo y los ojos me fueron a parar a Odette, que se hurgó la nariz para acabar limpiándose el dedo en la servilleta. Aparté la vista y miré a mi tío.

—La verdad, sí me apetece ver a Justo, a Remedios y también al padre Juan. Se portaron todos muy bien conmigo.

—Ya. ¿Y esa otra historia?

—No es nada importante, en realidad —dije como si la cosa no fuera conmigo—. Pero si a Eric le sirve de algo, para una novela o lo que sea, puedo preguntar un poco por ahí.

Realmente, tenía yo más ganas que Eric de ver si podía enterarme de más cosas de aquella historia, sobre todo por Justo.

—Bueno, déjame que me lo piense esta noche y mañana por la mañana te digo lo que sea. ¿De acuerdo?

—Sí, me parece bien.

—Tal como están las cosas aquí, no creo que haya mucho más peligro en España que en París. Mañana te daré una respuesta.

—Gracias por planteártelo.

—No hay de qué.

Aquella noche tuve una visita a mi cuarto de madrugada, cuando estaba metido entre las mantas, mientras leía con dificultades un libro en francés. Luke abrió la puerta sin llamar, cerró y de un salto se metió en la cama conmigo.

—¿Qué haces?

—Intentar leer esto en francés, pero es aburrido.

—A ver.

Se lo tendí y leyó el título.

—¿*Nuestra Señora de París*? No es aburrido, a mí me gusta.

—¿Ya lo has leído?

—Sí, en el colegio, es uno de los libros que más me gustan.

—Pues a mí me cansa. Es lento.

—Será que no tienes buen gusto para la lectura.

—Puede.

—Eso es lo que dice Beatrix.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es lo que dice Beatrix?

—Que no se te da bien escribir porque tienes mal gusto para la lectura.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Encogió los hombros.

—¿Y qué más dice?

—Que si después de un año no hablas francés es porque eres o un vago o un tonto y dice que se inclina más por lo segundo, porque en España, a pesar de que vivías con un inspector rico, trabajaste en Correos.

Alcé las cejas.

—¿Algo más?

—Sí, muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—No sé, que deberías centrarte en seguir los pasos de mi padre en lugar de tener la cabeza llena de pájaros. Ah, y que deberías pedirle a Laure que saliera contigo. Que está loca por ti y que no le haces ningún caso, que son de buena familia y así sería el negocio redondo. Ah, y que te visties fatal, a lo español pobre, y que así nadie se cree que seas sobrino de tu tío.

Bufé.

—¿Y tú qué crees?

—Bah, a mí me da igual lo que diga, como la hija esa suya, que es tonta del culo. ¿Has visto que se ha pegado toda la cena hablando de ella misma y sacándose mocos de la nariz? Qué asco me da a veces, se podían ir las dos a la porra.

Reí.

—Ten cuidado y que no te oigan hablar así de ellas o pondrán el grito en el cielo.

—Pues que se aguanten y que no sean tan remilgadas. Par de idiotas.

Le puse una almohada en la cabeza y comencé a hacerle cosquillas en la tripa mientras él intentaba defenderse. Tras unos segundos le quité la almohada. Estaba llorando de risa; después se calmó.

—Seguro que mi padre te deja irte a Zaragoza. ¿Me traerás algún recuerdo?

—Como no te traiga una figurita de la Virgen del Pilar o un capote de torero...

—No sé qué son esas cosas, lo que mejor te parezca. ¿Puedo dormir contigo? Solo hoy, por favor.

Lo observé fingiendo que no lo iba a dejar y volvió a insistir.

—Vale, pero solo hoy.

—Bien.

Se metió dentro y apagamos las luces.

A la mañana siguiente fueron unos gritos los que nos despertaron. Venían de abajo. Nos despertamos a la vez. Luke estaba asustado. Yo, entre los gritos en francés, no podía distinguir de qué estaban hablando.

—¿Qué dicen? ¿Quién discute? —pregunté a Luke.

Se acercó a la puerta sin llegar a abrirla.

—Es Nicolás. Y mi padre. Están hablando de tu viaje.

Me pregunté qué le importaría a Nicolás nada de mi viaje. Me puse la bata, le dije a Luke que esperase en la habitación y bajé. Estaban discutiendo en la entrada de la casa. Vi a Odette con la puerta entreabierta de su habitación, espiando. Me planté ante ellos. Beatrix estaba a un lado, sentada en una de las sillas del recibidor.

—Esteban. Es una locura, tal como está la situación en España. No debes ir, ya tendrás tiempo cuando la cosa mejore —dijo Nicolás.

—¿Y cómo está aquí la cosa, Nicolás? Porque estamos plagados de nazis por todas partes. Da igual aquí que allá, y allá dejó a la que fue su familia durante tres años. No veo nada de malo en que vaya —dijo mi tío.

—¡No te das cuenta de que es una locura!

—¿Cómo te has enterado de que quiero ir a España? —intervine yo.

—Ayer, cenando en casa de mi hija, me lo dijo Eric. No sé cómo te ha podido meter esa historia en la cabeza. ¿Y tú? ¿Se puede saber qué hacías por ahí haciendo de inspector? ¿Cómo te dejaron hacerlo? Es una locura, podía haberte pasado cualquier cosa.

—Primero, Justo no sabía nada de lo que yo estaba haciendo por ahí, y segundo, no corría peligro de ningún tipo, era un crío jugando a los espías. Ahora quiero ir a España, unos días nada más, para ver cómo están todos los que dejé atrás. ¿Por qué tanto interés?

—Porque me preocupo por ti. Es una estupidez que vayas allí.

—Pues yo creo que no. Creo que tiene todo el derecho del mundo a ver a quien quiera. Y si a Eric le va bien para escribir otra de sus novelas, pues mejor, no le hacen daño a nadie.

—Sigo insistiendo en que es una locura.

—Yo también lo creo —saltó de pronto Beatrix.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro —dije.

Suspiró y miró a mi tío.

—¿Vas a dejar que me hable así?

—Tú dices cosas mucho peores de mí por ahí, así que te aguantas —respondí.

—Eso es cierto, Beatrix, si quieres hablar mal de alguien, tienes que aceptar que, si se enteran, se enfadan.

—¡Idos los dos a la mierda!

Se marchó de allí airada. Mi tío suspiró. Nicolás seguía allí delante de nosotros.

—Sigo pensando que es una locura.

—El chico irá, una semana, se irá mañana y así podrá ver a sus amigos y regresar con tiempo de sobra para estar presente en la boda.

—Si no lo matan allí.

—Al igual que nos puede pasar a todos aquí.

Nicolás bufó y se marchó pegando un portazo.

—Este hombre siempre tan temperamental. Cuando le dije que iba a casarme con Beatrix hizo lo mismo, comenzó a gritar y a decirme que era un

error. El problema que tiene es que se cree que lo sabe todo, y de eso nada de nada.

—Eso le pasa a mucha gente.

Me puso la mano en el hombro.

—¿Tienes hambre? Desayuna bien, vamos a las caballerizas. Luke también viene, así que haz el favor y ve a despertarlo.

—Voy, y gracias por dejarme ir al viaje.

—No me las des: si quieres ir, yo no soy quién para impedírtelo, pero ándate con ojo.

Asentí.

\* \* \*

Las caballerizas de mi tío estaban a las afueras de la ciudad y ocupaban una gigantesca cantidad de hectáreas a la redonda para que los caballos pudiesen correr y pastar a sus anchas en una gran extensión vallada con bosques al fondo.

Tenía entre sus clientes a una gran cantidad de personalidades políticas y estrellas de los teatros de París y del mundo entero. Sus caballos eran de pura raza, criados y mimados con los mejores cuidados y con los mejores piensos que existían. Por eso eran tan caros. A mí me parecía mentira que los caballos pudiesen generar tanto dinero. Tenía decenas de empleados y todos nos saludaron con ganas cuando llegamos. Nos enseñó en primer lugar los establos, donde estaban siendo cepillados algunos de los caballos. Al fondo había una yegua pariendo. A mí me apetecía verlo, pero a Luke le daba miedo y, finalmente, no lo hicimos. Salimos a la parte trasera, donde los caballos estaban siendo entrenados para saltar y saludar y otros corrían y pastaban por donde les placía. Los animales eran verdaderamente hermosos, con cuellos estilizados a la fuerza, negros, marrones y grises.

El pelaje cuidado les hacía tener un brillo realmente bonito en todo su cuerpo. Nos acercamos a unos que estaban atados a la verja más cercana y los acariciamos. Eduardo tuvo que sostener a Luke para que no se cayese dentro y lo pisotearan.

—Esta es la parte bonita, la aburrida está tras esas ventanas —dijo señalando las oficinas—. Pero es de ahí de donde sale el dinero, así que no hay más remedio que ocuparse de ello. Vamos a echarles un vistazo para que veáis cómo son y cómo se organizan.

Subimos las escaleras, Luke el primero. Entró abriendo la puerta de par en par y asustando a las tres chicas que había allí trabajando haciendo cuentas. Se levantaron y nos saludaron.

—Seguid a lo vuestro, no os preocupéis por nosotros.

Nos guio hasta el fondo del pasillo y entramos a su despacho. O, mejor dicho, al despacho que tenía allí, porque en el centro de París tenía una oficina de gran tamaño, que era donde trabajaba normalmente y desde donde gestionaba las grandes ventas. También vendía materiales para la crianza de caballos a otras caballerizas y a otros lugares del mundo. De todo eso se ocupaba en el centro de la ciudad. Allí iba a comprobar que los caballos seguían sanos, fuertes y que tuvieran los mejores piensos. Aparte de eso, allí hacía poco más. Nos enseñó la forma en la que se archivaban los papeles. Nos tomamos un café, y Luke, un chocolate. Cuando ya nos íbamos, una de las administrativas llamó a la puerta y con cara de susto nos dijo que unos señores acababan de llegar y que estaban interesados en adquirir al menos cincuenta caballos.

—¿Cincuenta? —preguntó mi tío extrañado—. Eso son muchos caballos, y los particulares no suelen hacer pedidos tan grandes.

La chica, a la que casi le temblaba la barbilla, añadió:

—No creo que sea para hacer una compra particular, señor Antón.

Alguien abrió la puerta de golpe empujándola contra la pared y la chica pegó un salto hacia el interior para quitarse de en medio. Tres hombres, grandes, fuertes, rubios y de ojos claros, uniformados de verde y con un símbolo en la gorra, hicieron su aparición en el despacho y saludaron alzando la mano.

—¡*Heil* Hitler!

Mi tío se puso en pie y nos dijo que nos quedásemos allí mientras intentaba sacarlos de la habitación. Luke se quedó allí, pero yo me negué a dejarle solo. Mi tío sacó a los tres hombres de la oficina y, una vez salimos al

aire libre, se volvió hacia ellos.

—Lo siento mucho, caballeros, pero no estoy en disposición de poder facilitarles lo que me piden. Tenemos compromisos previos y no podemos eliminarlos ahora de la lista de pendientes para servirles a ustedes. Así que les agradecería que se marchasen de aquí.

Yo sabía, porque había vivido en Zaragoza asuntos semejantes a ese, que no se iban a marchar de allí sin lo que pedían. Y parecía mentira que mi tío se hubiera puesto en ese plan. Uno de los tres tipos rio.

—Discúlpenle, por favor —pedí—. Lo que el caballero quiere decir es que ahora mismo no estamos en situación de poder servirles los cincuenta ejemplares que nos han pedido, debido a los compromisos previos adquiridos desde hace varios meses. Podemos anotar su pedido y un nombre. Así, si les interesa dentro de unos cuantos meses, cuando la crianza de esa cantidad de caballos nos haya sido posible llevarla a cabo, podrían regresar. Como sabrán, los caballos son animales delicados y pueden morir a pesar de los cuidados que aquí reciben. Así que, si les parece bien la espera, podremos arreglarlo.

Guardamos silencio todos durante unos instantes. La cosa no iba bien.

—No tienes acento francés. ¿De dónde has salido tú?

Tragué saliva.

—Te he hecho una pregunta. Responde —gritó.

—Soy de España —dije.

—¿Español? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Un par de años —dijo mi tío.

—¿No me digas? ¿Eres uno de esos republicanos de mierda?

Había intentado mejorar las cosas y solo las había empeorado.

—No, señor, yo apenas era un niño cuando todo comenzó.

—Ya. Pues, a juzgar por la edad que debes tener ahora, yo no creo que fueras tan niño.

Silencio y miradas reinaron entre los cinco mientras los empleados fingían seguir con sus labores en lugar de estar observando la situación.

—Arrodíllate —me dijo.

Me temblaba hasta la respiración.

—Por favor, discúlpennos —corrió a decir mi tío—. Podremos servirles lo que nos pidan, nos hacemos cargo, compraremos caballos de pura raza a otros lugares, se lo aseguro.

—Cállate, viejo de mierda, antes de que te vuele los sesos a ti también.

Me pareció que el tiempo se detenía. Me arrodillé lentamente y escuché cómo sacaba el arma de alguna parte de su indumentaria y me apoyaba la boca del cañón sobre la nuca. Escuchaba la respiración pesada de mi tío a mi espalda.

—Por favor, no lo haga.

—Arrodíllate tú también.

Lentamente lo hizo. Nos miramos de reojo; ambos estábamos temblando. Yo sentía que ya no estaba en mi cuerpo, sino flotando en algún lugar lejos de allí. Me temblaba todo y sentía que la vida se me escapaba. Había sobrevivido a una guerra en Zaragoza, y ahora la iba a perder por ser tan estúpido como mi tío. Escuché un disparo y cerré los ojos.

Estaba intentando sentir el dolor, pero no lo notaba. Observé a mi tío. Ahí seguía, arrodillado a mi lado. Busqué sangre que le cayese de algún sitio, pero no la encontré. Todo transcurrió en una milésima de segundo.

Otros dos disparos y los tres uniformados habían caído al suelo. A los tres les caía un hilo de sangre de la cabeza y se extendía por el suelo. Al fondo, un hombre de unos setenta años, temblando y cubierto con un abrigo raído, sostenía un arma humeante entre sus manos.

Temblaba y el vaho se le escapaba de la boca. El arma se le cayó al suelo y él también cayó de rodillas.

—No quedaba otra opción, señor, les hubieran matado a los dos. —Le temblaba la voz, el cuerpo entero y el alma.

Mi tío se puso en pie y me ayudó a mí a hacerlo. Los empleados comenzaron a acercarse lentamente y rodearon los tres cadáveres mientras gritaban que se fueran al infierno. Nos acercamos a aquel hombre tembloroso y lo ayudamos a ponerse en pie. Lo sentamos sobre unas pacas de paja y mi tío lo cubrió con una lona.

—Tranquilo.

Nos acercamos a los tres cadáveres de ojos azules y abiertos y los

observamos un largo rato.

—Que se pudran en el infierno, putos nazis de mierda —dijo una de las chicas de la oficina.

En ese momento, los pocos trabajadores que había en las caballerizas y que estaban allí reunidos comenzaron a pegarles patadas y a escupirles.

—¿Ha venido alguno más? —preguntó mi tío.

—No, señor —dijo alguien.

—Ni una palabra de esto.

—Descuide. No hace falta ni que lo diga. Tres ratas menos en el mundo.

—¿Han venido en algún coche?

—Sí, está a la entrada.

Mi tío rebuscó en los bolsillos de los muertos hasta dar con las llaves del coche. Se las tendió a uno de los trabajadores.

—Ve a por él y dirígete al lago que hay al fondo del bosque. Húndelo allí.

—Sí, señor.

Salió corriendo a cumplir las órdenes.

—¿Dónde metimos las trituradoras viejas que usábamos antes cuando un caballo moría?

Mientras se encargaban de los tres cuerpos inertes, mi tío me mandó con mi primo a los despachos. Lo encontré asustado bajo la mesa.

—Sal de ahí.

—¿Estáis bien? Pensé...

—No te preocupes, estamos bien, no ha pasado nada.

—¿Y esos disparos?

—Han matado a uno de los caballos que estaba enfermo. Nada más, no te preocupes. Y esos hombres se han ido ya; tu padre se los ha quitado de encima sin mayor esfuerzo.

De vuelta a casa, Eduardo me contó que el hombre que nos había salvado la vida había sido el primer empleado que contrató hacía muchos años, y que siempre se habían querido como padre e hijo. Los restos triturados de los tres habían sido mezclados con el pienso de los animales y en aquellos momentos estarían atravesando el recto de alguno de ellos. No pude dormir en toda la noche. No le contamos nada a Odette ni a Beatrix. Todo quedó enterrado en

las caballerizas.

Finalmente, sería mi tío quien se ocupase del gasto de enviarme a España una semana, cosa que a Eric no le pareció muy bien.

—En parte es culpa mía, debería pagarlo yo.

—Es mi sobrino, dame el gusto de ser el que ponga el dinero.

Oliver también vendría conmigo a aquella aventura, tal como se la tomaba él. Y a mí me haría compañía. Tenía ganas de ir, pero por otro lado me daba miedo lo que podría encontrarme allí.

Preparé una pequeña maleta con ropa y mi tío me dio una buena cantidad de dinero que repartí entre los bolsillos de mi abrigo y mi pantalón. Me despedí de mi tío, de Luke, que se mostró enfadado por no poder venir conmigo, y, con menos ganas, de Beatrix y Odette.

—No te preocupes, Luke, te traeré algo bonito de recuerdo.

—No tendrías que traerme nada de recuerdo si pudiera ir.

—No protestes tanto, Luke, a veces eres muy pesado —dijo el tío Eduardo—. Vamos, solo estará fuera una semana, en siete días estará de vuelta. No te preocupes.

Subió las escaleras mostrando que seguía molesto con la idea de quedarse en París en lugar de venirse conmigo.

Cogí el taxi en la puerta de casa y me llevó a la estación, donde había quedado con Oliver. Lo encontré, como de costumbre, leyendo sentado en un banco. Esta vez estaba inmerso en un gran libro en el que se explicaban las artes del tarot de Marsella. Cuando le toqué el hombro y me senté a su lado, sonrió y cerró el libro.

—Es verdaderamente interesante lo que pone en este manuscrito. Creo que acabaré por hacerme con un ejemplar.

—¿No es tuyo el libro?

—No, es de la biblioteca. Nicolás me lo recomendó.

—Entonces seguro que ha acertado.

Preferí no contarle su visita llamando loco a mi tío, aunque había que reconocer que en el fondo tenía buena parte de razón. Mientras esperábamos, llegaron dos trenes y varias docenas de nazis bajaron de ellos. A su paso, agachamos la mirada, como la mayor parte de los que se encontraban en ese

momento en la estación, y fingimos no verlos mirándonos a los pies y a las manos. No tardamos mucho tiempo en quedarnos prácticamente a solas en la estación.

—¿Cuánto tiempo se tarda en llegar? —preguntó Oliver con sus enormes gafas negras y redondas que no se había acordado de quitarse tras la lectura.

—Como dos días y medio o tres. Depende de las paradas que haga.

—Bien, tendré tiempo para leerme el libro.

Nuestro tren procedente del norte de Francia llegó con diez minutos de retraso, lo que comparado con el retraso general de los trenes españoles me supo a nada, aunque Oliver comenzó a protestar.

—Si pagas por un servicio, pagas por un servicio, no por un servicio diez minutos más tarde.

—No pasa nada, ya ha llegado y nos vamos enseguida.

—Sí, pero son diez minutos tarde, más lo que cueste que todo el mundo se acomode, arrancar y los diez minutos de retraso que va a llevar en todas las paradas que haga.

—Eres un plomo, Oliver. Cállate y sube, anda.

—¿Plomo? Qué español estás hecho: pagas, llegas tarde y encima estás contento.

—Que sí.

—Ayúdame a cargar la maleta, pesa mucho.

No mentía. En el andén de la estación, yo tiré desde las escaleras y él empujaba desde abajo.

—¿Se puede saber qué has metido aquí?

—Libros.

—¿Libros? Con lo que pesan y solo para una semana.

—Quiero estar a punto con todo, no quiero que se me escape ningún detalle. Además, no me importaría contactar con Miguel de Cervantes. ¿Le conoces?

—Sé que el Quijote pesaba menos que cualquier libro que hayas podido meter aquí dentro, con todo lo grande que era.

—No te quejes tanto, ya verás qué bien me vienen.

—Más vale.

Tras lograr, con ayuda del revisor, colocar la maleta en su lugar, nos sentamos en los asientos privados de primera clase que mi tío había comprado para nosotros. Teníamos un departamento solo para nosotros, con asientos que se convertían en camas y una mesa anclada al suelo donde nos servirían la comida. En cuanto nos acomodamos, Oliver sacó una caja donde guardaba un tarot nuevo con el que quería practicar durante el viaje para haber aprendido, al menos, el significado de los arcanos mayores a nuestra llegada a Zaragoza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le vas a echar las cartas a un fantasma invocado, o te vas a poner en la plaza del Pilar a cambio de la voluntad?

—Sí, sí, tú riéte.

Una vez nos sirvieron sendos cafés con un toque de canela y vainilla, Oliver se sumergió de nuevo en la lectura del libro que llevaba en su equipaje de mano con las cartas extendidas sobre la mesa. Yo me dediqué a mirar por la ventana y comencé a sentir añoranza de París, a pesar de que en una semana regresaría, después de haber visitado a la gente que quería e intentado descubrir algo más de lo ocurrido a Rosa.

Atravesamos valles abiertos con lagos y bosques nevados. Vimos animales que yo no conocía corriendo y saltando por las laderas de las montañas que atravesamos. Vimos cómo se ponía el sol y cómo salía la luna llena, que nos acompañó durante toda la noche. Compartimos comidas agradables durante las que Oliver fue capaz de hablar algo más que de fantasmas y la ouija, que también se había traído con él. Me confesó que, a pesar de apenas recordar a su madre, la echaba de menos cada día y que sabía que su padre, en alguna ocasión, había rehuido su compañía tras decirle que era igual que ella, que solo le faltaba ser mujer para ser su retrato. También me contó que, a veces, su padre, consumido por la pena, se bebía media botella de *whisky* y caía redondo al suelo, llorando mientras miraba sus fotos de boda. Me confesó que, en alguna ocasión, se había escabullido de su casa a medianoche y colado en el cementerio donde estaba enterrada su madre para intentar contactar con ella sin ningún resultado positivo, a pesar de que el indicador se había movido, pero sin llegar a señalar ninguna letra o número.

Me dijo que había ido a visitar a una vidente y le había dicho que nunca podría contactar con su madre porque había muerto en paz. Le dijo que tenía gran poder sensorial y que podría dedicarse al esoterismo si cultivaba su mente y aprendía todo lo que le hacía falta, y si quería, ella misma podría enseñarle a hacer hechizos y rituales porque verdaderamente tenía futuro en ese mundo. Él lo había rechazado, pero no porque no se lo creyese, sino porque prefería investigar por su cuenta y descubrir los hechizos en los libros.

A mí todo aquello me ponía los pelos de punta. Yo mismo había participado con él en algunas de sus sesiones y, a pesar de su insistencia en que los cuadros de las paredes se descolgasen y cayesen de golpe al suelo y que las velas se apagasen de pronto, entre otras cosas, no era nada del otro mundo, a mí me provocaba terror y espasmos en las piernas, lo que me impedía salir corriendo.

El viaje fue tranquilo y apenas nos dimos cuenta de que las horas pasaban, seguramente por el traqueteo adormecedor del tren, al menos por mi parte, ya que Oliver se leyó aquel inmenso libro de arriba abajo en el trayecto y me dijo contento que le había servido de gran ayuda. Llegamos a Zaragoza a las seis de la mañana. El sol apenas asomaba en el horizonte y la niebla espesa se extendía por la ciudad, que parecía abandonada. Ni siquiera se veía el humo salir de las chimeneas. Fue entonces cuando recordé los últimos días de mi estancia en la ciudad exactamente de esa forma, como una ciudad fantasma. Parecía que el tiempo hubiese decidido desviarse y no pasar por allí desde que yo me marché. Los edificios seguían derrumbados, y los que seguían en pie estaban llenos de humedades y desconchones. Se veía el ladrillo de las paredes, y las ratas campaban a sus anchas entre las basuras y los cadáveres que seguían apareciendo, noche sí, noche también, en alguna esquina.

Salimos de la estación y a lo lejos vimos un taxi. Nos acercamos. El conductor estaba dormido dentro. Llamamos con unos pequeños golpes en la ventanilla y se despertó de golpe, asustado, disculpándose y arrancando el motor.

—No, no se preocupe. ¿Puede llevarnos?

Debió de pensar que éramos miembros de la Benemérita. De ahí el susto.

En el instante que nos echó un vistazo, respiró aliviado y nos dijo que subiéramos. Le di las indicaciones y poco después estábamos en casa de Justo.

La casa languidecía entre las otras dos vecinas como si su tamaño hubiese encogido durante aquel año que había estado fuera. Había luz en el interior de la casa. Había gente en la cocina: podía verse el resplandor en las pequeñas y estrechas ventanas altas de la cocina que quedaban a la altura de la calle. Sentí que el corazón se me detenía. Dejé mi maleta en la acera, subí las escaleras e intenté abrir la puerta. Como era de esperar, la encontré cerrada. Llamé con fuerza y esperé apenas unos segundos. Volví a llamar con insistencia. Estaba ansioso por verlos de nuevo.

—¿Quién es? —escuché.

Era la voz de Justo, sin ninguna duda.

—¿Justo? —pregunté—. Soy Esteban.

La puerta se abrió de inmediato y nos quedamos mirándonos como si fuésemos dos fantasmas del pasado que se reúnen de nuevo. Nos abalanzamos el uno hacia el otro y nos abrazamos con toda la fuerza que pudimos sacar.

—Hijo. Cómo me alegro de verte y de ver que estás bien.

No pude responder. Nos metimos adentro, dejando que Oliver cargase con su maleta y con la mía. Entramos al salón, descuidado pero caliente.

—Voy a avisar a Remedios, espera aquí y no te muevas. Y sácale algo de comer o beber a tu amigo, y para ti también.

Nos quedamos esperando allí mientras iba a buscarla. Oliver observaba sin hablar. Remedios apareció corriendo, en la medida que sus piernas se lo permitieron, y se lanzó a mí. La abracé y besé en la mejilla. Era fantástico estar en casa. Nos sentamos en el sofá y avivamos el fuego.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a veros. Quería saber si estabais bien.

—Podías haber escrito —dijo Justo a mi lado.

—No, eso no era suficiente.

Ambos sonrieron y se observaron.

—Bueno, cuéntanos cómo es tu vida en Francia.

—Es buena. Mi tío me trata verdaderamente bien.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Remedios—. Ahora prepararé el desayuno.

Después de hacer las presentaciones formales con Oliver, bajamos a la cocina, donde estuvimos manteniendo los cuatro una conversación sobre las diferencias entre París y Zaragoza. Había más comodidades en París, pero la situación estaba tan tensa como en España.

—¿Has venido para quedarte?

—No, solo por una semana, y así le enseñaré a Oliver la ciudad.

—Bien, pero andaros con cuidado.

—Os prepararé una habitación para cada uno —ofreció Remedios.

—No, no hace falta, no queremos molestar, nos quedaremos en un hotel.

—¿Molestar? Lo que es molesto es que digas eso después de haber vivido aquí durante casi cuatro años, Esteban —corrió a decir Justo—. Por supuesto que os quedaréis aquí, y no se hable más.

—¿Estáis seguros? —pregunté.

—Ni le contestes —dijo Remedios a Justo.

Me sentí tremendamente a gusto en casa de nuevo, con Remedios y Justo, conversando como antes lo hacíamos. Era verdaderamente agradable y, a decir verdad, no me acordé de mi tío ni de Luke, Eric o Nicolás hasta que volvimos a salir a la calle.

—¿Adónde vas a ir primero? —preguntó Oliver.

—Pues quiero ir a tres sitios. A casa de Roncesvalles, a casa de Campillo y, por otro lado, me gustaría ver a ese médico, Ambrosio Casanova, pero no tengo idea de cómo conseguir su dirección. Supongo que Justo podría dármela, pero no quiero meterle en esto otra vez.

—¿Ambrosio Casanova? Yo me ocupo de dar con él.

—¿Cómo? ¿Con una varita mágica?

—Me menosprecias, amigo —dijo intentando mostrarse ofendido sin que le saliera—. Tú vete adonde tengas que ir, yo me voy a hacer con un mapa de la ciudad y esta tarde en casa te daré la dirección de ese hombre.

Acepté y comencé a alejarme de él. Oliver hablaba español bastante bien, teniendo en cuenta que solo había dado clases en la escuela y no había tenido

un profesor solo para él, como me había pasado a mí con Eric.

Caminé despacio por las calles, cuyos colores ya había olvidado. La gente parecía que caminaba con miedo y encogida. Los niños cogían las manos de sus madres y los hombres caminaban cabizbajos. Si no recordaba mal, debía coger la línea 2 del tranvía para llegar hasta la casa de Roncesvalles. No sabía qué podía encontrarme allí, y seguramente me cerrarían la puerta en las narices. Por el camino pensé que, tal vez, si me presentaba como un periodista al que habían obligado a recabar información sobre casos olvidados, me contase algo. Tal vez, porque si habían guardado silencio durante tantos años, tampoco tendría motivos para hablar ahora. Poco perdía por intentarlo.

Cogí el tranvía que iba medio vacío tras media hora de espera. Si hubiera ido caminando hubiera tardado el mismo tiempo en llegar. Me llamó la atención que la mayoría de las casas de la barriada de los ricos estuvieran abandonadas, o eso parecía al verlas desde fuera. Caminé y poco después llegué a la casa de Roncesvalles, que tenía todo el aspecto de estar deshabitada como el resto. Empujé la verja oxidada y entré en el jardín o lo que quedaba de él. Estaba lleno de socavones escarbados: tal vez habían escondido algo en los agujeros durante la guerra. Atravesé un camino de piedras adoquinadas hasta la puerta de entrada. La casa tenía tres pisos y lo que parecía una especie de ático. No se observaba luz alguna desde el interior. Cuando subí los escalones del porche, un viento helado que se levantó de golpe barrió un puñado de hojas secas que se habían quedado prácticamente petrificadas bajo las patas de un puñado de sillas de jardín amontonadas.

Apoyé la mano en el pomo de la puerta e intenté abrir. Estaba cerrada con llave. Pulsé el timbre, pero no lanzó sonido alguno. Con el puño llamé a la puerta con fuerza y esperé. Segundos después me pareció escuchar una tos en el interior y alguien arrastrando los pies por el suelo. Esperé. Pude sentir como alguien aguardaba detrás de la puerta sin hacer ruido alguno. Llamé de nuevo con suavidad y, tras un par de segundos, la puerta se abrió unos centímetros. Una doncella, mayor, con un abrigo puesto y sobre él un delantal, me recibió.

—¿Puedo ayudarle en alguna cosa?

Respiré hondo.

—¿Se encuentra en casa el señor Roncesvalles, Ezequiel Roncesvalles?

—Sí, el señor se encuentra en casa, pero no está en condiciones de recibir a nadie. ¿Quién le envía? ¿Del despacho de abogados de nuevo?

—No, señora. Soy periodista, me envían de la capital para ver al señor Roncesvalles.

—¿Con qué motivo desea verle? Ya le he dicho que su salud es delicada.

—Me temo que los motivos solo puedo decírselos a él mismo.

Sopló.

—Espere aquí un momento, voy a ver.

Antes de darme opción a responder, me cerró la puerta en las narices. Me retiré un par de pasos y esperé de pie a que regresara. Diez minutos después, pensando que no iba a volver a abrirme ni para mandarme a hacer puñetas, bajé del porche y observé la casa detenidamente. Parecía que se veía algo de luz en una habitación de la primera planta, como si hubiesen encendido el fuego. Continué caminando hacia la izquierda para rodear la casa, pero no me dio tiempo. La puerta se abrió de nuevo y fui hacia ella.

—El señor dice que lo recibirá ahora. Al parecer se encuentra con fuerzas y está intrigado por saber quién lo envía a usted y con qué motivo.

—Muchas gracias.

—A mí no me dé las gracias, es cosa del señor. En realidad, yo creo que le deja subir porque se encuentra demasiado solo. Muchos años viviendo solo en esta casa. Y su enfermedad. No se asuste cuando vea que no tiene piernas.

—¿No tiene piernas? —pregunté.

—No. No las tiene desde hace tres años. Por culpa del azúcar. De todas formas, él se lo ha buscado: que no hubiera comido tanto de todas esas cosas que no son sanas durante toda su vida. Pero no se le ocurra decirle que se lo he dicho.

—Descuide, a mí eso no me interesa.

No respondió y me cedió el paso.

La casa de los Roncesvalles apenas tenía recibidor. A unos dos metros de la puerta tenían las escaleras para subir al piso de arriba. Les hacía falta una

mano de agua o, a ser posible, de pintura. Se extendía un largo pasillo a derecha e izquierda antes de llegar a las escaleras.

La mujer me dijo que la siguiera y ascendimos por las escaleras. En la pared quedaban las marcas de viejas fotografías de familia que habían sido quitadas de su sitio y seguramente guardadas en alguna caja en el sótano de la casa. La segunda planta tenía todavía menos luz que la primera. Atravesamos un pasillo enmoquetado y sucio, entre candelabros altos sin velas que iluminasen el camino. Pasamos por delante de dos o tres puertas hasta detenernos. La doncella llamó y sin esperar contestación entró anunciándome.

—Este es el muchacho que está interesado en verlo.

Antes de observar a Ezequiel Roncesvalles, no pude evitar fijarme en la habitación. Era una sala de estar, no excesivamente grande. Había una mesa para comer donde todavía quedaban los restos del desayuno, un sofá donde descansaba el cuerpo, o lo que quedaba de Roncesvalles, frente a la chimenea, un armario pegado a la pared con un centenar de libros, una radio apagada y una cama pegada en una esquina, bajo la que había un orinal.

Estaba más que claro que Ezequiel hacía su vida dentro de esa pequeña habitación y, por el olor, desde hacía bastante tiempo. Las paredes estaban cubiertas de cuadros pequeños de fotografías familiares. Las de las escaleras, que pensé estarían ocultas en algún sótano, debían estar allí con el resto de las cosas que aquel despojo de humanidad apreciaba. Tras esta revisión, me centré en él. Era un hombre anciano, aunque parecía más de lo que en realidad debía serlo. Tenía poco cabello y era de color ceniza. Iba sin afeitarse y tenía la cara surcada de arrugas. Tal como me había dicho la criada, no tenía ninguna de las dos piernas y estaba más bien delgado, escurrido. Estaba vestido con un pantalón que caía hueco por el sofá y un jersey de lana gorda cubierto por una bata.

—Siéntate, vamos —ofreció señalando una silla—. Si las sombras que alcanzo a ver no me engañan, mi doncella ha puesto allí una silla para ti.

—Gracias, señor.

Tomé asiento y lo observé más de cerca. Estaba sudando, debía tener bastante fiebre.

—No puedo verte bien los rasgos, chico, ¿cuántos años tienes? Ella me ha dicho que eres joven.

—Tengo veinticinco —mentí.

—Pues sí, eres joven. Yo debo de parecerte una momia y un despojo. ¿He acertado?

En realidad, sí, había acertado.

—No estoy aquí para juzgar su aspecto, señor Roncesvalles. Me envían de una revista de sucesos de Madrid.

—¿De sucesos?

—Así es. Es por el caso de una mujer que encontró la muerte en su casa hace ya muchos años. Se llamaba Rosa. ¿Lo recuerda? Y también me envían para recabar toda la información que pueda sobre el fallecimiento de su hija Selene —ametrallé.

—¿Selene? —repitió para sí. Pude ver cómo se encogía en su ser y comenzaba a jadear por su recuerdo—. Mi niña. Mi pobre niña que ha venido a por mí, para llevarme con ella a la tumba.

—Señor, ¿se encuentra bien?, ¿quiere un vaso de agua? —ofrecí.

Negó con la cabeza mientras miraba hacia los lados.

—La veo, veo su fantasma, sobre todo cuando la doncella sale a comprar y me quedo solo —dijo con un hilo de voz—. Me da miedo, pero yo me lo he buscado. Por todo el mal que le hice mientras estuvo viva. Mi pobre y pequeña niña. ¿Por qué tuvo que llevársela tan pronto?

—Sí. Comparto y entiendo su dolor al perder a una hija a los diecisiete años y a punto de casarse.

Rio amargo mientras intentaba encontrar mi silueta entre las sombras de los muebles que nos rodeaban.

—No estoy hablando de esa Selene, sino de mi Selene, de mi niña. De la niña que llevaba mi sangre.

Guardé silencio y tragué saliva, intentando descifrar sus palabras.

—Me temo que no lo entiendo, señor.

Jadeaba con más fuerza.

—Selene, mi niña que murió a los cuatro años. El demonio se la llevó. No se piense que soy estúpido, sé que esta enfermedad maldita me la ha traído el

Señor para hacerme pagar por habérmelo callado y engañado a todo el mundo. El Señor viene a verme en sueños, cada noche. No puedo verle la cara, pues es una inmensa fuente de luz, pero de su mano lleva cogida a una niña, a mi hija, un bebé apenas cuando murió.

—¿Está diciendo que su hija murió a los cuatro años?

Asintió limpiándose el sudor de la frente. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Perdóneme, pero tenía entendido que su hija murió a los diecisiete en un incendio. Respecto a eso que ha dicho de los 4 años, no sé de qué habla.

Pude ver cómo las babas se le caían de la boca.

—¿De cuatro años? Yo nunca tuve una hija que muriera a los cuatro años.

—Usted, señor, acaba de decirme dos edades diferentes. ¿Podría explicármelo?

—Yo no he dicho tal cosa —gimió—. No veo nada —añadió tapándose los ojos y volviendo a descubrirlos.

Estaba sudando. Le puse la mano en la frente; ardía y parecía que apenas le quedaban fuerzas. Llamé a la mujer que me había abierto la puerta a gritos y apareció con cara agria.

—Ya sabía yo que esto no iba a ser bueno, lo dijo su médico, que no debía recibir visitas, le sube la fiebre, se altera y empieza a delirar y a decir que ve fantasmas donde lo que ve son las siluetas de los muebles.

—Escuche, ha dicho algo de una hija que murió a los cuatro años. ¿Sabe algo de eso?

Me miró con desdén.

—Llevo al servicio de Roncesvalles desde hace dos años, no soy criada, soy enfermera. Yo no sé nada de este hombre, solo sé que le queda un informativo en la radio por vivir; lleva una semana con la fiebre altísima y ahora debe haberle subido por su visita. Estará contento.

—Lo siento mucho, discúlpeme.

—Lárguese de aquí cuanto antes.

Salí de la habitación agradeciendo el olor a polvo en lugar de olor a sudor y orines. Me apoyé contra la puerta y respiré hondo, intentando descifrar si sus palabras eran de loco o de arrepentido. Bajé las escaleras y salí de la casa

tan rápido como pude para dejar que el viento que se había levantado me despejase la mente. Antes de ir a hacer una visita de supuesta cortesía a la casa de los Campillo, debía aclararme. Fue entonces cuando decidí pasarme por la que había sido mi casa antes de que mis padres hubiesen muerto. Salí de la barriada olvidada de los ricos y decidí caminar en lugar de tomar el tranvía.

Mientras las horas del día avanzaban, menos gente caminaba por las calles y más oscuro se veía todo. De camino a la que había sido mi casa, pasé por un restaurante en el que se anunciaba comida como la de antes y precios perfectamente asequibles para todo tipo de bolsillos. Estaba hambriento y olía bien. En el interior podía verse a un puñado de ancianos jugando a las cartas alrededor de una mesa, y, más hacia el fondo, había otro grupo de hombres mayores jugando al dominó. Entré. Nadie se inmutó al verme. Olía a faria. Me aproximé a la barra y pedí la carta. Un hombre con bigote espeso me la tendió sin mediar palabra y la ojeé. Pedí un bocadillo de chorizo con cortezas de cerdo frito de acompañamiento y un refresco de limón. Me lo sirvió en un plato, pagué y me senté a una de las tres mesas que quedaban libres entre los dos grupos.

Daba la sensación de que eran rivales por el hecho de jugar a las cartas o al dominó. El bocadillo estaba realmente bueno, y por las cortezas, secas, como suelen serlo, tuve que levantarme a pedir una jarra de agua. Volví a sentarme y esta vez me llevé de la barra el periódico del día que empecé a leer por encima. Escuché que la puerta chirriante y pesada del local se abría, pero no hice caso. Estaba leyendo un reportaje sobre una figurilla de una Virgen que lloraba sangre y pensé que a Oliver le gustaría. Con cierto disimulo comencé a recortar esa noticia y observé de reojo al dueño del bar para asegurarme de que no me viese. Estaba charlando con una chica. Estaba de lado, parecía joven y le estaba pidiendo cambio de un billete que llevaba en la mano.

—Deberías tener clientes menos sofisticados, no te pagarían con billetes tan grandes.

—Si llamas sofisticados a los viejos verdes que se meten en mi cama para verme la piel cubierta por las cicatrices que me dejó ese mal nacido...

—Bueno, por algo más será que solo por eso.

Reconocí su voz y el perfil de su rostro al instante: Cora. Me puse en pie y me acerqué a ella. El camarero me miró y ella hizo lo mismo. Dio un paso hacia atrás para observarme mejor. Me quedé de piedra al verle las marcas en la cara. Era como si le hubiesen pasado un cuchillo afilado por las mejillas y el cuello. Me costó unos instantes reconocer sus rasgos al verla de cara y no de perfil.

—¿Esteban? Vaya, hacía mucho que no te veía.

—Vivo en París.

—¿De verdad? Pues qué suerte.

Guardamos silencio unos instantes.

—¿Tienes hambre? Te invito a comer.

—No, no tengo hambre. Tengo que irme. —Parecía avergonzada por su aspecto.

Se encaminó hacia la puerta sin demasiada prisa. Yo me quedé observando su silueta desgarrada y menuda desde la barra. Se detuvo y se volvió lentamente.

—Pero sí que me apetece un café —añadió.

Estuvimos mirándonos de soslayo durante casi quince minutos, sentados el uno frente al otro. Yo intentaba no mirarle las cicatrices, sin conseguirlo. Finalmente, sonrió.

—Si las de la cara están así, deberías ver las de la espalda.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté al fin, ya que había sido ella la que había hablado sobre las marcas.

—Un depravado, eso fue lo que me pasó. Una mala noche.

—¿Una mala noche? —pregunté.

—Sí, Esteban, ahora no limpio pescado, ahora soy puta. Divertido, ¿verdad? —preguntó mirándome con malicia.

—No he sido yo el que ha dicho eso —añadí.

—Da igual en realidad. Me echaron de la pescadería hará cosa de año y medio y tuve que buscarme la vida. A mi madre le dio un derrame o algo parecido y se quedó inválida en una silla. No se movía, no hablaba. Solo comía cuando yo le metía la cuchara en la boca. Aunque esté mal decirlo

(murió hace cosa de seis meses), al menos ahora no tengo que cuidar de ella ni alimentarla.

—Hace año y medio yo aún vivía aquí. ¿Por qué no me contaste nada?

Sopló.

—Vamos, Esteban. Lo único que hacíamos era saludarnos por la calle. Nada más. No tenía motivos para contarte nada. Además, hacía un montón de tiempo que no te veía, normal también, si estabas fuera. Se levantó el vestido sucio y sacó un cigarro de su media junto con una cerilla que encendió arañándola contra la mesa de madera. El humo no tardó en esparcirse, lo que era un alivio para tapar el olor a faria que reinaba allí.

—¿Y Andrés?

Negó con la cabeza.

—Se suponía que estábamos juntos. Incluso vivíamos en el mismo piso, con mi madre, claro. Y un mes antes de que ella muriese regresé a casa y me encontré con una nota suya. Me decía que no quería que su mujer fuese una prostituta y que me dejaba, que le daba vergüenza salir conmigo a la calle y que me reconocieran los clientes. Es gracioso, porque, si él hubiese trabajado, yo no hubiera tenido que acabar siendo una puta de portales y esquinas.

Le cogí la mano.

—Lo siento mucho, Cora, de verdad.

Arrastró su mano para sacarla de debajo de la mía.

—No te preocupes, no me va mal. A los viejos les gustan las jovencitas, y al parecer les gustan mis marcas. No puedo quejarme. Dinero tengo para sobrevivir, incluso he comenzado a ahorrar para comprarme un piso para mí.

—¿Quién te hizo esas marcas?

—Eso da igual. Hechas están y siempre estarán ahí hasta que me muera y me descomponga.

—Puedo ayudarte, Cora. Puedo ayudarte. No tienes que seguir así.

Rio dejando caer su cabeza hacia atrás para luego mirarme de nuevo y negar.

—No, Esteban. Es mi vida, es la que me ha tocado y es problema mío. No tuyo.

—Puedo ayudarte, Cora. De verdad. Puedes venir conmigo a Francia...

No pude acabar la frase.

—¿Y qué? ¿Convertirme en tu puta? ¿Vas a darme alojamiento a cambio de jugar a ser tu amante?

—Yo no he dicho eso. ¿Qué te ocurre? Solo intento ayudarte.

—Pues no lo hagas, no es problema tuyo.

Salió de allí sin más. Dejé mi comida a medias y salí unos segundos después. No había rastro de ella.

Continué mi camino y paseé tranquilo hasta llegar a la calle donde estaba situada mi casa. Esa calle en concreto no parecía estar demasiado descuidada. Tenía los jardines arreglados y los setos estaban podados en círculo.

La sombra de mi casa se me apareció como un fantasma, igual que todas las sensaciones que había tenido desde que había bajado del tren. Había un cartel grande colgado de la verja de la entrada en el que se anunciaba que la finca estaba en venta. Empujé la verja. Estaba abierta, para mi sorpresa. Entré y caminé lentamente hasta la mitad del jardín, observando la casa, intentando encontrar algún recuerdo de cuando vivía en ella. Entonces la puerta principal se abrió y alguien, vestido con un buen abrigo de invierno y sujetando una cartera en la mano, salió y me vio. Alzó la mano saludándome y me hizo una seña para que esperase al ver que me marchaba.

Me quedé esperando hasta que se acercó. Me mostraba una sonrisa clara y con ganas.

—Buenos días, señor. Me llamo Federico Sanz. ¿Quiere que le enseñe la casa? ¿Está interesado en ella? La verdad es que es una obra de arte.

—No, gracias. Ya la conozco.

—¿Ya la ha visitado usted? No le recuerdo.

—Viví aquí, en esta casa, cuando era niño.

—Oh, era criado.

—No, señor, era el hijo del dueño.

Eché la cabeza hacia atrás y me observó.

—De todos modos, tanto da. Me marcho ya.

Di media vuelta y cuando di dos pasos alejándome de él, me llamó de nuevo.

—¿Me está diciendo que es usted Esteban Antón Marcos?

Me di media vuelta y lo observé.

—Sí. ¿Cómo sabe eso?

Sonrió y vino hacia mí.

—Porque desde el banco hemos estado intentando dar con su paradero desde que acabó la guerra. Sabíamos que sus padres murieron en un incidente, más o menos cuando empezó, pero no constaba que usted hubiese muerto. Al no dar con usted, supusimos que o no le interesaba la herencia de la propiedad o había muerto y no había sido identificado.

Pues claro, pensé. Al morir mis padres, la casa era mía. ¿Cómo había dejado que pasaran tantos años sin darme cuenta de ello?

—Bueno. Déjeme ver unos papeles un segundo, ¿quiere?

Dejó la cartera que llevaba en el suelo y comenzó a rebuscar entre un montón de folios. Tras un rato, sacó un puñado de ellos y me los tendió. Echándoles un vistazo por encima, pude comprobar que se trataba de las escrituras de los terrenos donde mi padre tenía sus laboratorios y fábrica de jabones.

—Eso, señor Antón, también es suyo. Es usted un hombre rico, y ni siquiera lo sabía. —Rio—. ¿Por qué no me acompaña al bufete de abogados del banco donde tratamos todos estos temas y le pongo al día de su situación?

Asentí. Estaba anonadado. Tenía un coche del bufete de abogados aparcado en la esquina de la calle. Nos subimos a él y en veinte minutos nos encontramos en la calle Alfonso. Subimos unas escaleras señoriales y entramos en el despacho. Saludó a un par de hombres que había en la entrada, tras sendos mostradores, y me guio al que dijo era su despacho. Me pidió que esperase unos minutos. Aguardé en silencio observando el ficus que crecía en una esquina del pequeño despacho con su mesa diminuta. Poco después apareció con otro hombre que se presentó como el director del bufete y me pidió que lo acompañase a su despacho, que, como era de esperar, resultó ser mucho más amplio que el primero. Me acomodó en una silla acolchada, ofreció un café que rechacé y me pidió la documentación que llevase encima. Se la tendí y, tras examinarla unos segundos, me observó.

—Esto es como un milagro, vamos a tener que ir a ponerle un ramillete de flores a la Virgen del Pilar.

—¿No me diga? —añadí.

—Bueno, ¿quiere que le ponga al día de su situación?

—Por favor, deléiteme.

Rio.

—Verá. Como mi compañero le ha explicado muy por encima, cuando el nuevo gobierno empezó a hacerse cargo, poco a poco, de las casas abandonadas, nosotros intentamos ponernos en contacto con los posibles dueños o herederos de las casas que se nos encomendó gestionar para ofrecerles hacernos cargo de su venta, en caso de dar con ellos, siempre que no quisieran quedársela. En cuanto a las casas que parecían haber quedado abandonadas y sin posibilidades reales de dar con los dueños o herederos, pasaban a formar parte del banco por medio de una inmobiliaria barcelonesa asociada al mismo banco, y así nosotros las poníamos a la venta. Y ahora aparece usted, vivo y mayor de edad, listo para heredar los terrenos de su difunto padre. Quería pedirle disculpas en nombre de todo el bufete de abogados y del banco en sí. Esto ha sido un terrible error, señor Antón. Por suerte para usted, no hemos vendido más que uno de los terrenos asociados a los laboratorios químicos que su padre poseyó en vida. Sobre esos terrenos temo tener que decirle que ya no tiene usted posibilidad de recuperarlo, ya que están vendidos, pero sí el resto de sus tierras y, por supuesto, la casa. El banco también se ofrece a darle una pequeña cantidad por el terreno ya liquidado, aunque no todo lo que se sacó por él, ya que fue un trabajo que hicimos nosotros y, por lo tanto, aunque usted esté vivo, no podemos quedarnos ahora sin el beneficio que nos corresponde.

—No me líe, por favor. ¿Cuál es mi situación?

—El banco está dispuesto a darle a usted treinta mil pesetas por el terreno que vendimos y a devolverle todas las tierras que pasaron a formar parte de nuestros bienes junto con la más sentida de nuestras disculpas. Es usted propietario de una casa enorme, y terrenos de sobra. Si me lo permite, en un par de días tendré listo el papeleo. Si fuera usted tan amable, en dos días, de pasarse por aquí a firmar los papeles, todo quedará en sus manos de nuevo.

—Bien. En dos días le veré aquí.

—Hágame el favor de entregarme las treinta mil pesetas en mano.

¿Quiere?

Dudó.

—¿Está seguro? Es mucha cantidad de dinero para dársela en mano. ¿No preferiría usted un ingreso en cuenta?

—Por supuesto que estoy seguro.

—Bien, discúlpeme, no quería ofenderle.

—Adiós.

No esperé su respuesta. Me marche de allí con la cabeza dándome vueltas, estaba mareado y necesitaba aire frío, o mejor helado, para despejarme. Necesitaba meterme un rato en una cama y descansar. Tomé un taxi hasta la casa de Justo. Allí encontré a Oliver, explicándole a Remedios cómo contactar con los muertos.

—Estás blanco —dijo Justo.

—Voy a tumbarme un rato.

—Sí, creo que te irá bien —añadió Remedios.

Subí las escaleras como si no hubiese pasado el tiempo. Entré en mi cuarto, me dejé caer en la cama y me cubrí con la manta que había a los pies de la misma. Me di media vuelta y poco después me quedé profundamente dormido debido al cansancio. Aquel día había sido demasiado largo para mí. Tuve un sueño tranquilo y largo, sin preocupaciones y sin sueños turbios que me sacasen de mi descanso, pero a la vez fue como si fuese consciente de todas las horas que estuve dormido.

Cuando abrí los ojos no había luz en el exterior, continuaba siendo de noche. Me incorporé en la cama y observé la que había sido mi habitación con calma y detenimiento. Mi máquina de escribir, la que había rescatado con Justo del ático de la casa hacía ya tiempo, seguía allí, con una pila de hojas sin estrenar a un lado, como si el tiempo no hubiera pasado. Fui repasando todo con la mirada y me di cuenta de que, verdaderamente, todo seguía igual, al menos, dentro de la casa. Las cortinas, la alfombra, las mesitas de noche, los grandes ventanales con las gotas de lluvia marcadas en los cristales. Me sentía en casa. Miré el reloj que Remedios se había encargado de poner en hora. Eran las seis de la mañana. Al levantarme y retirar la manta, me di cuenta de que ni siquiera me había molestado el día anterior en quitarme la

ropa y ponerme el pijama que había traído conmigo. Salí de mi dormitorio sin hacer ruido. Toda la casa estaba en un inquietante silencio, como si no hubiese nadie en ella. Bajé las escaleras y fui a la cocina. Preparé café y me senté a la gran mesa de madera. Sin darme cuenta, las palabras de Ezequiel Roncesvalles vinieron a mi mente: «Mi Selene murió a los cuatro años», para luego negarlo rotundamente.

¿Qué sentido tenía aquello? ¿Había dos Selenes o ciertamente era un viejo loco y febril que desvariaba? Evité darle más vueltas para no volver a agotarme con las posibilidades que sus palabras lanzaban al vuelo e intenté organizarme el día. En primer lugar, acudiría a ver al padre Juan. Después me dirigiría a casa de Campillo, a ver si por casualidad podía enterarme de algo, cosa que ponía muy en duda, y después, tal vez pudiera ir a visitar a Gabriel, a ver si me daba alguna información más. Pensando en cómo iba a transcurrir mi jornada y en lo que podía llevarle a Luke de regalo, escuché pasos aproximarse y la puerta se abrió. Oliver, enfundado en una bata a cuadros de franela y con sus gafas redondas atadas al cuello, se presentó en la cocina.

—Qué bien huele el café.

—¿Quieres?

Se sentó a mi lado y le serví una taza.

—Oh, antes de que se me olvide, ten —dijo sin darse ninguna importancia, tendiéndome un papel.

Vi que en ella estaba anotado el nombre de Ambrosio y debajo una dirección.

—¿Has conseguido la dirección? ¿Cómo?

—No hay más que ir al registro civil o a la propiedad inmobiliaria: si no es en uno, en el otro sitio te lo dan.

—Ya, pero cómo lo has conseguido si no tienes parentesco alguno con él.

—Fácil, con mi amigo don Soborno.

—¿En serio?

—Pues claro.

—¿Y cuánto te ha costado?

—Amigo mío, eso no se dice, soy un caballero.

—Debería pagártelo.

—No tiene ninguna importancia, créeme.

Alargó la mano y cogió un pedazo de pan de la panera que había sobre la mesa, lo untó con mantequilla y lo remojó en la taza del café.

—Bueno, y qué tal tus andanzas con los fantasmas. ¿Has contactado con alguno?

—En realidad, sí.

—¿Y vas a decirme con quién o voy a tener que recurrir a mi amigo el Soborno?

Suspiró y me observó.

—En realidad, teniendo en cuenta que eres algo escéptico con el tema, no sé si debería decírtelo, porque no creo que te lo creas. Empezarás a decirme que no debo meterme y todas esas cosas que se dicen.

Tras su discurso, sí quería saber con quién se suponía que había contactado.

—Te prometo que no me burlaré de ti.

Guardó silencio unos segundos mientras engullía el pan.

—Está bien —dijo con la boca llena—. Pero te lo he advertido. Fue usando la escritura automática. En tu dormitorio. Me dijo que era tu padre.

Sentí como si un rayo me atravesara.

—¿Y qué te dijo? —pregunté como si nada.

—Me dijo que estaba orgulloso de ti, que le hicieras caso a tu tío y que se sentía solo.

El corazón se me aceleró.

—Tengo la prueba, si no te lo crees. Los papeles que usé están en mi cuarto. ¿Los quieres ver?

—Tal vez luego.

—Como quieras. Los dejaré sobre tu cama. Supongo que hoy también saldrás de excursión. ¿Qué planes tienes?

Le relaté el orden en el que pretendía hacer las visitas y él se limitó a asentir.

—¿Y tú qué vas a hacer hoy?

—No lo sé, tal vez vaya a la biblioteca, a ver qué clase de libros esotéricos hay aquí.

—Para eso tienes una tienda en el paseo de la Independencia. Es una mujer la que lo lleva: echa las cartas, lee las manos, hace conjuros, para el bien siempre, según anuncia el cartel. Puedes ir a hacerle una visita si quieres. Tiene libros, seguro que alguno te sirve.

—Estupendo, gracias por decírmelo. Nunca hubiera imaginado que existiera una tienda así aquí.

Tras una larga charla, que duró hasta las ocho de la mañana y en la que acabaron acompañándonos Remedios y Justo, salí de la casa camino al orfanato. Me pareció más pequeño y menos imponente, seguramente debido a que la primera vez que lo vi tenía catorce años y el miedo anclado en el cuerpo. Empujé la puerta que tantas veces había abierto y entré. Había un gran silencio. No se escuchaba ni un pequeño ruido, a pesar de haber niños viviendo allí. Me adentré unos pasos en el recibidor y me asomé por las escaleras. A lo lejos podía escucharse la voz de algún profesor en medio de alguna clase.

Por el pasillo sombrío y presidido por un gran Cristo en su cruz de madera, me dirigí al despacho donde normalmente se podía encontrar el padre Juan. Me planté ante la puerta y llamé con fuerza.

—Entre. —Escuché desde el interior.

Empujé con ganas. Olía a café en el interior de la estancia, y allí, tras su mesa y tras un par de torres construidas a base de papeles, encontré, igual que siempre, al padre Juan, que prácticamente estalló en una carcajada al verme después de un año. Salió de detrás de su enorme mesa y me abrazó con tanta fuerza que consiguió auparme en el aire.

—Bueno bueno, ¡qué sorpresa nos trae el tiempo! Ven, siéntate y cuéntame cómo te va la vida en la ciudad de las oportunidades.

Me senté frente a él en la butaca acolchada que había tras el escritorio.

—Antes de nada. ¿Un café? Me hice instalar un hornillo en el despacho —anunció señalándolo.

No me había percatado. Era pequeño, alto, estrecho y de dos fuegos.

—En realidad, solo le funciona un fuego, y era un hornillo que ya ninguna cocinera usaba en la cocina; yo mismo lo traje hasta aquí, pero tuve que pedir ayuda para que me lo instalaran con el butano. ¿Café? —repitió.

—No, gracias, he desayunado en casa hace un rato y no tengo los nervios para más café.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No, lo que hay son sorpresas, como que ahora soy el heredero de la casa y los terrenos de mi padre y, tonto de mí, no me di cuenta de eso hasta ayer, cuando un abogado me lo dijo.

—Pues claro, al tener dieciocho años todo pasa a tus manos. ¿No lo sabías?

—Creo que, tal como se sucedieron las cosas, no estaba yo a los catorce, años preocupado de cosas así, y supongo que con el tiempo todos nos olvidamos del tema.

—Ya.

Silencio y miradas.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo te va en París?

—Me va bien. Vivo con mi tío y retomé los estudios donde los había dejado, aunque con clases aceleradas para no plantarme en la treintena a la hora de tomar las riendas de su empresa, hasta que su hijo, que es mi primo, también entre a formar parte del plan.

—Vaya, eso sí son buenas noticias. Y dime, ¿tienes novia? Seguro que con esa planta sí. Vamos, hombre, no te pongas colorado, que ya nos conocemos.

—En realidad, no.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—No encuentro a la chica que me guste lo suficiente como para salir con ella. Qué le voy a hacer.

—No, si ya te veo yo con poca vocación en las artes amatorias y del catre, como yo, y al final aquí me tienes, vistiendo sotana y alzacuellos. No pongas cara de susto, que no digo que tú vayas a hacer lo mismo, es solo que vas retrasado en el tema.

—Eso mismo me dice Oliver, un amigo mío que ha venido conmigo desde París. Creo que te llevarías bien con él. Le gustan los temas esotéricos y dice que contacta a diario con fantasmas.

Frunció el ceño.

—Mal asunto, eso no debe hacerse, nunca. Luego vienen los endemoniados reales y los que creen que lo están por culpa de andarse con tonterías y con jueguecitos.

—Bueno, él no se lo toma como un jueguecito. Mucho me temo que no le importaría nada dedicarse a ello cuando tenga edad suficiente o cuando se atreva a enfrentarse a su padre.

—Tú dale un consejo de mi parte —dijo con seguridad—, dile que se ande con cuidado, a ver si se le va a meter algún demonio dentro y hay que exorcizarlo, y es muy complicado que den permiso para hacerlo.

—Ah, pero ¿hay que pedir permiso?

—Pues claro, es todo un ritual. Si no me hubiera dado por cuidar niños desamparados, seguramente me hubiera hecho exorcista profesional.

—Da un poco de miedo escucharte hablar así.

—No te preocupes, no es para tanto. No creas que hay mucha diferencia entre calmar los berridos de un bebé y exorcizar a un poseído que escupe clavos.

Era agradable reencontrarse con Juan después de un año sin saber nada de él, y me di cuenta de todo lo que lo echaba de menos. Me contó cómo iban las cosas en la ciudad en general y en el orfanato en particular. Yo le hablé sobre mi tío, mi primo Luke, las esperpénticas mujeres con las que compartíamos casa..., y le hablé también de Eric y Nicolás, a los que cada vez apreciaba con más fuerza. Mientras le contaba cómo había conocido a Oliver, por medio de Nicolás, una mujer abrió la puerta sin llamar y le dijo al padre Juan que tenía un problema en la cocina, que se había reventado una tubería por culpa del frío y que dudaba que la comida estuviese preparada a su hora.

—No te muevas de aquí, voy a ver si puedo arreglar esto. Ten, lee el periódico para entretenerte, no quiero que digas que te aburro —dijo guiñándome un ojo.

Me quedé a solas allí. No solía leer el periódico, pero tras quince minutos sin nada que hacer, lo abrí. En él se hablaba de los nuevos alcaldes nombrados en los pueblos pequeños de las provincias españolas, de un

proyecto de pantanos y se anunciaban las horas de misa de todas las iglesias de la ciudad, así como el estreno de un cine de última generación con butacas comodísimas. Pasando por noticias nada interesantes que narraban apariciones de la Virgen, aquí y allá, además de la aparición de una virgen sin determinar vestida de negro y que lloraba sin cesar, vista en una cueva por dos niños en Jerez de la Frontera, llegué a las esquelas. No me gustaba leerlas, pero los nombres escritos en los recuadros parecían mirarme. La muerte de personalidades académicas se anunciaban a bombo y platillo con esquelas de media hoja u hoja entera. Cuanto menor era su tamaño, menor era su categoría, al parecer. Entre las pequeñas debían estar los fallecidos con menos recursos. Leí nombres que no conocía y leí, sin fijarme demasiado y sin apenas darme cuenta de que estaba allí, el nombre de Ezequiel Roncesvalles. Cogí el periódico y leí la esquela completa. Había muerto el día anterior y se le enterraría ese mismo día a las doce de la mañana en el cementerio de Zaragoza, en el mausoleo familiar, entre sus padres, su esposa y su hija.

Observé el reloj de bolsillo que Juan se había dejado olvidado sobre la mesa. Eran las diez y media. Tenía tiempo para acudir al entierro y ver quién acudía a verlo. Cogí la página donde estaba la esquela de Roncesvalles, la doblé y la metí en el bolsillo. Salí del despacho de Juan y me dirigí a las cocinas. El suelo tenía un centímetro de agua y habían tenido que cortarla. El padre Juan, con la sotana remangada y las pantorrillas al aire, estaba arrodillado frente a la tubería que había estallado en busca de la solución del problema.

—Creo que tendremos que ir a por agua a la fuente, y esperemos que el fontanero no nos pida los ojos de la cara para cobrarnos el apaño.

—¿Y qué pasa con las comidas de las criaturas? —preguntó la cocinera más anciana.

—No pasa nada, la podemos preparar igual, trayendo agua de otro sitio; más complicado será limpiar todos los platos.

—Puedo ayudaros a traer el agua de la fuente de la esquina, Juan —anuncié—. ¿Tienes garrafas o bidones?

—Me temo que no —dijo poniéndose en pie y sacudiéndose las rodillas

empapadas—. Tendremos que traerlas en las soperas.

Tras ayudarles a llevar una docena de soperas cargadas con agua y dejarles en manos de un fontanero que no soltaba el puro que llevaba en la boca y que vestía con mono de pintor, salí de allí en dirección al cementerio. Tomé el tranvía, cuya última parada me dejaba a un paseo de no menos de quince minutos de la entrada, presidida por un enorme Cristo de mármol clavado en una cruz del mismo material. Las paredes que bordeaban el cementerio estaban cubiertas de agujeros en los que todavía permanecían las balas que habían atravesado el cuerpo de los fusilados como si de una estampa o un recordatorio se tratase. Los recuerdos de mi niñez me asaltaron en el mismo instante que penetré en el cementerio y pasé bajo el Cristo de mirada perdida y triste, como si no fuera con él estar allí o quisiera echarse a correr.

De niño siempre evitaba ir al cementerio, y las pocas ocasiones en las que había acudido con mis padres al entierro de algún conocido o viejo amigo había tenido pesadillas cada noche durante un mes. Las figuras de vírgenes sobre las que crecía el musgo y las malas hierbas me producían terror e intentaba ocultar la cara entre la ropa de mi madre, pero las estatuas de querubines y niñas y niños con vestidos arrodillados sobre el lecho de alguien con un rosario entre las manos me producían escalofríos. Todas esas estatuas me acompañaban en mis pesadillas, de las que despertaba gritando como un loco a medianoche, como un reloj, lo que me provocaba todavía más miedo, ya que, a las doce de la noche, nos contaba un maestro de la escuela, era la hora del demonio y cuando más riesgo había de que se nos apareciese con fines malignos, lo que me hacía ver el rostro desfigurado y la boca abierta en el espejo de cuerpo entero de mi dormitorio.

Aquellos recuerdos me acompañaron al atravesar el Cristo y al caminar por las lápidas y tumbas, como un suspiro que se llevaba el suave viento helado que nos perseguía aquel día. Eran las once y media. Tenía media hora de tiempo hasta que el entierro se llevase a cabo. Me dirigí a la caseta del enterrador y le pregunté en qué zona del cementerio iba a celebrarse el entierro.

—Sígame o no llegará por su pie. Por desgracia, los cementerios son la

única cosa que siempre va en aumento. En los años que llevo aquí no he visto nunca descender el número de enterrados.

Tras su explicación, rio con ganas. Al ver que yo no le acompañé, intentó disculparse.

—Humor de sepulturero, discúlpeme si le he ofendido, pero llevo tanto tiempo trabajando aquí que ya no sé bromear de otra cosa.

—Usted, tranquilo —dije.

Nos fuimos introduciendo en el camposanto, entre lápidas rajadas por el paso del tiempo, partiendo los nombres y las fechas en dos. Nos acercamos a los mausoleos de buena cuna.

—¿Es familia del difunto? —preguntó unos pasos por delante de mí.

—Amigo.

—Ya. Le acompaño en el sentimiento.

—Gracias. ¿Siente la muerte de todo el que entierra?

Rio.

—Pues tiene también cierto humor de sepulturero, ¿sabe?

No lo había dicho con intención de hacerle reír.

—¿De verdad? Eso no me lo había dicho nadie nunca.

—No creo que tenga que preocuparse, seguro que no se lo vuelven a decir.

—Ya.

—Ya hemos llegado.

Alcé la vista tras observar una pareja de ratones que cruzaron por delante de mí como si tuviesen preferencia y el cementerio fuera su casa. El mausoleo de piedra era grande, pero no el mayor de todos los que había en esa calle de pequeñas casas que almacenaban muertos.

Me pareció distinguir una corona de piedra medio derrumbada en lo alto y, bajo ella, el apellido Roncesvalles, impenetrable. Intenté observar el interior que quedaba a oscuras sin lograr ver nada.

—Si quiere, puede pasar, ninguno de los cuerpos presentes va a quejarse.

Volvió a reírse y me dijo que, si quería algo más, lo podía encontrar en la caseta. Entré en el mausoleo. Olía a humedad y a rancio. Apenas había luz en el interior. Provenía de un pequeño techo de cristal sobre el que se apreciaban

hojas podridas que tapaban una buena parte de la luz que podría entrar. Recorrí con los ojos los nombres de las lápidas, leyendo repetidamente el apellido de la familia hasta que di con el nombre de Selene y sentí que algo me atravesaba desde el estómago hasta la nuca. Me acerqué automáticamente para leer la fecha clavada en números dorados:

*Selene Roncesvalles*  
1908 – 1925

Había algo extraño allí. El nombre de Selene Roncesvalles y el 1908 también habían sido letras doradas, pero estaban prácticamente negras por el paso del tiempo. El 1925 tampoco estaba formado con números relucientes ni limpios, pero no estaban tan corroídos como el nombre y el otro año señalado. Era extraño. Deberían haber tenido el mismo aspecto todas las letras clavadas en el mármol blanco con aguas grises.

Salí de allí con sensación de inquietud y me alejé para dejar que los familiares, amigos, o quienesquiera que fueran a presenciar el enterramiento de Ezequiel Roncesvalles llegasen primero. Me quedé por los alrededores, remoloneando hasta que el coche fúnebre, siguiendo un camino de barro que solo iba a parar a las calles de los mausoleos, olvidándose de las tumbas de los pobres, apareció. Tras el coche había un cura, un matrimonio de ancianos vestidos de negro que no reconocí, dos o tres personas bien vestidas y no tan ancianas y una mujer enfundada en un abrigo, con trazas de doncella. Ni rastro de Campillo.

El coche se detuvo y unos hombres, entre ellos el enterrador, bajaron del coche y sacaron la tumba a hombros, tambaleantes. Me aproximé a los presentes, pero sin ponerme demasiado cerca, lo suficiente como para dejar que me viesen. Me lanzaron una mirada de soslayo que evité.

Cuando hubieron metido el féretro en el mausoleo, el conductor subió al vehículo y se marchó de allí. Entramos. El enterrador estaba encendiendo velas blancas para que pudiésemos ver más claramente en el interior. El ataúd ya estaba metido dentro de su agujero, y el cura, con las manos en alto, procedió a aburrirnos a todos con un pesado sermón sobre la redención, el

perdón y la resurrección con la segunda venida de Jesucristo a la tierra.

Unos treinta minutos después acabó, y el enterrador procedió a sellar la tumba de Ezequiel Roncesvalles al lado de su mujer. Tras unos minutos, nos quedamos los que conocíamos a Roncesvalles, de un modo u otro, a solas. Unos segundos después, la anciana doncella se acercó a la lápida y colocó un pequeño ramo de flores en la estrecha repisa. Se marchó de allí. Después lo hicieron la pareja de ancianos y el resto de las personas, seguramente antiguos conocidos de Roncesvalles, y los que me parecieron que podían haber sido antiguos socios, que se despidieron de mí al salir. Cuando me quedé solo, me acerqué al ramo de flores para leer la cinta que la cruzaba:

*Con todo el amor del mundo. Descansa tranquilo. Familia Campillo.*

Sentí una punzada en el estómago. Aquella doncella venía de la casa de Campillo. Salí del mausoleo y miré hacia el fondo para encontrar su silueta. La vi a lo lejos, casi a la salida del cementerio, mientras que el resto de los asistentes caminaban despacio. Comencé a caminar rápidamente entre las estatuas y lápidas para alcanzarla. Al salir del recinto del cementerio, caminé tras ella y la llamé. Estaba a un buen trecho y no me escuchaba. Corrí hacia ella y cuando estuve a su altura la sostuve del brazo, lo que hizo que se asustase.

—Discúlpeme —dije con sobrealiento—, no pretendía asustarla.

—Tengo casi ochenta años, niño, hace falta algo más para asustarme que aparecer de pronto.

—Me disculpo igualmente.

—¿Por qué no intenta recobrar el aliento primero? No se le entiende nada. Se quedó conmigo un par de minutos hasta que me calmé y me compuse.

—Bien, ¿qué quiere usted? Estaba en el entierro, me he fijado en usted. Era el único joven que había allí. ¿De qué conocía a Roncesvalles?

—En realidad, me gustaría hablar con usted de Pascual Campillo. Lo conoce usted, ¿verdad?

Bufó.

—Ya lo creo que le conozco. Mejor de lo que él se cree. ¿Quién es usted? ¿Amigo suyo?

—Más bien al contrario.

—Explíquese —dijo imperativa.

—¿Me permitiría que la invitase a tomar un café y charlemos tranquilamente?

Caminamos juntos hasta el tranvía y me ofrecí a pagarle el billete, lo que rechazó. Nos sentamos juntos en sendos asientos traseros y nos detuvimos en la plaza de España. Allí le pregunté si tenía preferencia por algún café y su respuesta fue que nunca había entrado en ninguno, así que podía elegir yo el que mejor me pareciese. La llevé a un café recién abierto que Justo me había recomendado. Entramos y uno de los camareros corrió a sentarme a la mesa, solo a mí, creyendo que la mujer era mi doncella.

—No se preocupe —me dijo—, es lo normal.

Nos sentamos el uno frente al otro y viendo que era hora de comer, le pregunté si sería tan amable de compartir una comida conmigo. Al principio dudó, pero cuando vio el menú de la carta, aceptó. Pedimos una ensalada para los dos, sopa de pollo de primero y costillas asadas con salsa de manzana de segundo. De beber, pedí una botella de vino de La Rioja, con la segunda intención de que, a ser posible, se le soltase un poco la lengua.

Tras beberse un par de pequeñas copas, pensé que ya era hora de abordar el tema.

—Dígame. ¿Lleva mucho tiempo trabajando en la casa de los Campillo?

—¿Tiempo? Mucho, desde que mi madre me parió en la vieja casa de los Campillo. Ella me enseñó el oficio que sigo ejerciendo aún hoy, el de fregona. Sí, hace mucho tiempo.

—Entonces conocerá bien a Pascual.

—Sí —dijo acercándose la copa a los labios de nuevo.

—¿Qué puede contarme de él?

—Pensaba que lo conocía usted.

Sonreí.

—Más bien conocí a su hermano pequeño. Fuimos juntos al mismo colegio.

Me observó seria.

—¿Y sabe que murió?

La noticia me sorprendió, pero no me impresionó. Negué con la cabeza.

—Durante la guerra. Le alcanzó una bala perdida en la calle. Una desgracia. Pero no está aquí para que le hable de él, sino de Pascual. ¿Tiene relación con los Campillo?

Negué.

—No. Pero estoy interesado en Pascual.

—¿Por qué en Pascual?

—De hecho, pensaba pasarme por su casa para interesarme por Roncesvalles. Tengo entendido que mantenían cierta relación de amistad.

Ladeó la cabeza.

—De ese tema, de sus amistades y sus negocios, yo conozco bien poco, pero a él sí que lo conozco, y no es lo que se suele llamar una buena pieza, como su madre alardeaba a la más mínima ocasión que tenía cuando era pequeño, y sigue haciéndolo con las jovencitas de buena familia que buscan un marido. No es lo que parece ser. Incluso trabaja dando clases de religión los lunes y los jueves en un colegio, creo que no está muy lejos de aquí. Nuestro Señor Jesucristo se llama el centro. Todo falso, todo engaños. Desde que era niño, pude ver que estaba trastornado. Tiene dos caras. La verdadera, la que usa contra la gente que está por debajo de él, y la que muestra a los que son como él y a su propia familia, es decir, la que quiere que se crean que tiene. Es una fiera, no se fíe de él, joven, no le traerá nada bueno...

Pascual Campillo nació una noche sin luna, y eso siempre había sido un mal presagio. Mi madre me contaba que los niños nacidos con luna llena eran listos y buenos, los nacidos en creciente eran casi como ellos. Los que nacían en menguante solían tener algún problema físico o mental, y los que nacían durante la luna nueva eran de mala raza. Nunca creí del todo esas supersticiones. Yo había nacido en menguante y no había tenido problemas físicos ni mentales, pero mi madre insistía en decir que era gracias a los hechizos que se había ocupado de practicar para que no me afectase en exceso.

Fuera cierto o no, Pascual nació una noche sin luna, cerrada y oscura en la que no se atrevían a ulular ni los búhos. Recuerdo que cuando fue a parar a mis manos nada más salir del vientre de su madre y me lo llevé a lavar al cuarto que habíamos preparado al lado, escuchamos, otra doncella y yo, un extraño sonido que parecía provenir de la chimenea. Cuando nos acercamos, vimos una serpiente. Estaba malherida, como si algún ave la hubiera cazado y al posarse sobre la chimenea de la casa para comerla se le hubiese caído. Eso también era signo de mal presagio: la serpiente, en las leyendas antiguas, era el reptil con el que se vestía el maligno.

Lo cogí en brazos para llevárselo de vuelta a su madre y lo que hizo fue arañarme en la cara con las largas uñas que le habían crecido en el vientre materno. A sus padres, que lo que querían era precisamente un hijo varón, les pareció el más precioso y encantador del mundo, pero a mí no me engañaba por el hecho de que fuese un recién nacido inocente. Había algo oscuro ya en él, en esos ojos profundos y negros que lo acompañarían toda su vida. Nació

en verano, y hacía calor, pero después de que esa criatura aparentemente inocente hubiera llegado al mundo, se levantó una gran tormenta, cayó granizo y deshizo las cosechas de aquel año hasta convertirlas en polvo. Eso también era de mal presagio.

Cuando Pascual llevaba una semana en el mundo de los vivos, sus padres organizaron una gran fiesta para celebrarlo por todo lo alto, en la que invitaron a sus socios, amigos y conocidos de la ciudad y de fuera de Zaragoza. No había visto a la señora nunca tan histérica. Corría de un lado para otro, asegurándose de que todo estuviese perfecto para la presentación de su hijo. Una de las doncellas más jóvenes y última adquisición del señor Campillo había olvidado planchar uno de los manteles y cuando lo descubrió, la llamó y la abofeteó delante de todos nosotros, tirándola al suelo.

—Métete en tu habitación y no salgas de ella hasta que todo esto haya terminado, no quiero incompetentes como tú a la vista de todos mis invitados. Después ya veremos lo que hago contigo. ¡Vamos!

Del susto que se llevó por el grito, se puso en pie de golpe, ignorando los hilos de sangre que le caían por la mejilla debido a los cortes que le había hecho la señora con sus anillos. Temí por ella, porque la despidiese y sus malas recomendaciones le hiciesen imposible poder trabajar en otra casa y cayese en la mendicidad. Pero la celebración salió bien y al día siguiente la llamó. Ella ya había hecho sus maletas, pero, al contrario de lo que todos esperábamos, le preguntó qué tal se le daba cuidar niños. Esa criada había estado presente conmigo en el parto, se llamaba Antonia y tenía catorce años. No hablaba mucho de su pasado, o tal vez simplemente no lo tuviera; yo no lo sabía ni me importaba.

—Te vi la expresión cuando nació mi hijo. Sonreías. ¿Tienes experiencia cuidando niños?

Dijo que sí, pero yo dudaba de que fuera verdad y asumí automáticamente que fue un grito de socorro para que la dejase seguir trabajando en la casa.

—Cuéntamela.

Tras unas cuantas explicaciones, hablando del cuidado de sus hermanos pequeños y de su madre, la señora dijo que se quedaría al cuidado de su hijo, que necesitaba a alguien que se ocupara de él y que estaba segura de que ella

sería la persona idónea, joven, fuerte y con experiencia.

—Gracias, señora.

—No me las des. Vamos, ve a su cuarto y empieza ahora a cuidar de él. Te encargarás de darle la comida, de vestirlo, de encargarle la ropa, de dormirlo, de bañarlo y de cambiarle los pañales. Estarás atareada con él. Pero teniendo en cuenta que no sabes planchar, creo que es la mejor opción que puedo ofrecerte.

—Sí, señora.

—Y, por cierto, discúlpame por lo del bofetón, estaba muy nerviosa. No es algo que suela hacer.

Ninguna podíamos creernos que se estuviera disculpando, aunque bien era cierto que nunca la habíamos visto pegar a nadie. Sí gritaba, pero no pasaba de ahí. Había despedido a unas cuantas doncellas, también era cierto, y les había hecho prácticamente imposible poder encontrar trabajo en la ciudad. Pero disculparse directamente fue algo que no volvimos a ver.

La sorpresa inicial duró poco, pues el padre del clan era el que había disuadido a su esposa de despedirla porque tenía otros planes para ella. Era una niña, joven y de carnes firmes. La perseguía por las dependencias de los criados, la llamaba a la biblioteca cuando estaba a solas, se insinuaba y le hacía regalos que ella rechazaba. Le despreciaba y le daba asco que un hombre de cuarenta años quisiera acostarse con apenas una niña de catorce. Le tenía miedo y se iba corriendo en cuanto la cosa se ponía fea para ella. El intento de cortejo para llevarla a la cama, como hacía con las esposas de un buen puñado de socios, duró un año, y cuando vio que no iba a conseguir nada de aquella niña testaruda y desagradecida, le dijo a su mujer que la despidiera, pero entonces fue ella la que se negó.

—Es un aya magnífica. Pascual tiene un año y es más alto que el resto de los niños de su misma edad, su piel está más suave y brillante por los aceites que le restriega con cuidado todos los días. Su cabello está brillante y ya ha comenzado a hablar. Es muy buena en su trabajo. Nos quedamos con ella porque tú quisiste, porque te gustaba su culo prieto firme y pequeño de catorce años. Pues por una vez vas a darme el gusto. Dejarás que me quede con ella, por su buen trabajo, por la dedicación que le presta a nuestro hijo y

por dejarme ver por una vez que no has conseguido lo que tú querías humillándome a mí.

No se volvió a hablar del tema en aquella casa y la joven se quedó. Antonia llegó a tener devoción por ese niño, lo cuidaba y lo quería. Lo llevaba al colegio cuando tuvo edad de ir y lo iba a buscar con la merienda preparada en una bolsita de tela que ella misma había hecho, adornándola con trenes de colorines cosidos y caras sonrientes. Cuando contó seis años, yo comencé a verle gustos extraños. Solía salir al jardín en busca de lagartijas que atravesaba con un palo y las dejaba morir lentamente, agonizando. En alguna ocasión les había arrancado las patas en vivo y se las había comido. Otras veces, en verano, si algún pequeño gorrión o golondrina se caía del nido, los aplastaba lentamente con el pie. Encontré en numerosas ocasiones en su habitación, después de que la señora me dijera que ventilara porque olía a putrefacción, un puñado de palomas con las cabezas separadas de sus cuerpos y los ojos sacados con unas pinzas que todavía seguían allí con restos pegados. Las patas las había atado como si de un ramo grotesco se tratara. No dije nada a la señora. Lo enrollé todo en un paño viejo y lo tiré a la basura. Cuando Antonia regresó con él a casa y le dijo que se fuera desvistiendo para el baño mientras se lo preparaba, entré en su habitación y lo encontré buscando bajo su cama.

—No busques nada, no encontrarás a esos animales muertos y pestilentes bajo la cama. Tu madre me ha dicho que ventilara y limpiara.

Mirándome enfurecido, se abalanzó sobre mí. Me mordió en la mano y me pataleó. Antonia, al escuchar los gritos que lanzaba aquella pequeña bestia, salió del baño y lo apartó de mí. Él se abrazó a Antonia y ella le cogió en brazos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Tenía un montón de bichos muertos bajo la cama, los he limpiado y me ha atacado.

—¿Otra vez llenando tu cuarto de bichos? Te he dicho que no puedes hacer eso.

—Pero quiero disecarlos para quedármelos, me gusta verlos.

—Así no se hace. Ya se lo diremos luego a tu madre a ver qué le parece

que te enseñen a hacerlo. ¿De acuerdo?

—Mejor a mi padre, a mi madre le dan miedo las cabezas de ganado que tiene mi padre en su sala de billar.

—Bien, pues a tu padre. Pero no vuelvas a morder a nadie por limpiarte el cuarto. Discúlpate con ella, vamos.

Negó con la cabeza.

—Discúlpale, por favor —pidió ella.

—No pasa nada. De todas formas, es un niño —dije mientras pensaba para mí que solo un demonio podría tener interés en ver animales muertos tan pequeño.

Por orden del padre, se habilitó una de las dependencias reservadas para invitados que no se había usado desde que se habían mudado a aquella casa para que fuese la sede del nuevo entretenimiento de su hijo: disecar animales; él mismo le enseñaría.

—Ha salido a su padre —decía a sus amigos—; yo, de bien jovencito, también sentí la pasión por conservar a los animales para siempre a mi alrededor. Ya veréis, de mayor será un rompecorazones.

Como bien dijo, él se encargó de enseñarle a disecar las piezas; primero pequeñas, y después de mayor tamaño, hasta que un día, a los siete años, le pidió que le dejase ir de caza con él. Su madre se opuso, pero una vez más su opinión no contó para nada. Antonia se fue con ellos. Regresaron apenas tres horas después. Una bala había alcanzado el brazo de Pascual y estaba perdiendo mucha sangre. Avisaron al médico y se quedó a solas con él en su dormitorio durante casi una hora. Cuando salió dijo que había podido salvarle el brazo, pero el problema era que se le infectara. Había que evitarlo. Durante una semana guardó cama con algo de fiebre, pero no enfermó del todo. Un mes después ya le dejaban salir al aire libre. El brazo se le quedó más delgado de lo normal, pero no había perdido demasiado músculo y con una serie de ejercicios recuperaría la mayor parte de la fuerza.

Después de ese incidente, Pascual empezó a pedirle a su padre libros de caza, cuadros para adornar el que ya se había convertido en su santuario de muerte y ojos vidriosos, y también libros sobre armas de fuego. Cuando se empapó de todo esto y se cansó, pidió a su padre una colección de navajas

que, por supuesto, le concedió. Se pasaba las horas muertas en su habitación contemplándolas, sacándoles brillo y mirándose reflejado en ellas. Abría a los animales con ellas y los vaciaba para rellenarlos. A mí me parecía abominable, pero a Pascual le gustaba y a su padre le gustaba que tuviera esos gustos.

—Mejor estos intereses que no los de los julandrones. Fíjate Alvarito, el hijo del peluquero, que le ha salido de la acera de enfrente. Lo encontró un día hace tiempo, cuando tenía quince años, vestido de mujer y con los labios pintados en el baño de su casa. Al pobre le dio una angina de pecho y se recuperó de milagro. La culpa se la echó a su señora esposa, que le dejaba jugar con muñecas y con sus vecinas cuando era pequeño, y así se le ha vuelto del revés. Lo echó de casa y lo mandó con su tío al campo, a Utebo, un pueblo cerca de aquí, para que aprendiese a lomo caliente a ser un hombre mientras ara tierras con los bueyes. Pero por lo visto ni aun así. Eso no le pasará a mi hijo, que demuestra ser un macho desde crío.

Poco después, sin que nadie lo supiera, se llevó una de las navajas escondida en el bolsillo interior de la chaqueta. Al parecer, uno de sus compañeros de clase se burlaba de él porque siempre estaba solo y no se juntaba con nadie. Prefería pasar el día metido en su mundo de navajas y escopetas. Cansado de tener que aguantar a ese chico todos los días, cuando iba a finalizar el recreo de la mañana, se lo llevó al fondo del patio diciéndole que quería enseñarle algo solo a él. Mientras se alejaban, el timbre sonó y los alumnos corrieron a meterse en las clases. Una vez se quedaron solos, le preguntó qué quería enseñarle y le hincó la navaja en el estómago. Herido, cayó al suelo y Pascual allí lo dejó. Limpió el filo de la navaja en la chaqueta del chico, la guardó y se marchó a clase como si nada. Cuando el maestro preguntó por él en el aula, Pascual dijo que estaba muerto.

Lo encontraron moribundo, pero con pulso y respiración, aunque lenta. Se había arrastrado por el patio una docena de metros dejando tras de sí un camino de sangre. Lo trasladaron al hospital y cuando dijo que quien había intentado acabar con su vida había sido Pascual, se llevaron a este detenido, dando aviso inmediato a sus padres. Tras hablar con ambas partes, se concluyó que Pascual, niño solitario y acostumbrado a conversaciones con

gente adulta, no había aprendido a desarrollarse como un niño normal, que, por algún motivo que nadie entendía, en la escuela lo rechazaban.

Yo sabía que ese motivo era que el resto de los niños notaban algo extraño en él, el mal, pero que no sabían explicarlo y, simplemente, se alejaban de él. Los padres de una parte y de otra llegaron a un acuerdo. No presentarían denuncia a cambio de que su hijo dejase de asistir al colegio. Aceptaron, y el médico de la familia se encargó de dejar claro que había sido una crisis epiléptica la que había originado que atacase a su compañero, pero él, mejor que nadie, sabía que una crisis que te tumba en el suelo no podía haberle hecho clavar un cuchillo a nadie. Sencillamente, no era un buen muchacho: era consciente de todo lo que hacía y sentía predilección por las armas.

Pascual comenzó a recibir la educación en su propia casa y así pasaron los meses. El médico, preocupado porque creciera sin niños a su alrededor, dijo a sus padres que podían conseguirle un compañero de juegos, pero a todos los acababa asustando. Así pues, siguió creciendo solo hasta que tiempo después se hizo amigo de una niña llamada Rosa. Era la hija de una amiga de su madre y, más o menos, conocida de su padre. Tenía ocho años menos que él: apenas tenía dos años cuando la vio por primera vez. Se interesó por ella y estuvo haciéndole mimos. Parecía estar a gusto con ella. Su madre, al ver que mientras la pequeña Rosa estaba de visita con su madre, conseguía alejar a Pascual de sus gustos excéntricos y peligrosos, pidió a la madre de Rosa que fuese más a menudo, hasta el punto que, bajo la supervisión de Antonia, jugaban juntos a lo que la niña mandase. A tomar café, a las muñecas que ella misma llevaba..., les cambiaban de ropa, las peinaban y bañaban. Por supuesto, todo esto se hacía a espaldas del padre, pues nunca lo hubiera consentido.

Así pasaron los años y Pascual se olvidó de sus primeros intereses. A los catorce, le gustaba que Rosa fuera a jugar con él algún día entre semana tras el colegio y que pasara allí prácticamente los fines de semana enteros. Pero también a esa edad empezó a sentir cierto atractivo hacia el género femenino, fijándose, como tantas veces había visto hacer a su padre, en las jóvenes doncellas que entraban en la casa para sustituir a las que morían o se

marchaban. Pero ninguna le hacía gran caso y se reían de él, lo que con los meses acabó creándole una mancha de rencor hacia el género femenino. Rehuyó la compañía incluso de Antonia, diciéndole que no necesitaba un aya. Por el contrario, seguía manteniendo un ligero respeto a su madre y grande a Rosa, la niña pequeña que sí lo aceptaba y jugaba con él. Ella no era como el resto, no era como las doncellas que se reían de él, ni era como las chicas que conocía de su edad en las celebraciones a las que eran invitados sus padres. Era distinta, era mejor, era su amiga.

La madre de Pascual se empeñaba en mostrarlo ante los amigos y socios de su marido, con hijas de más o menos su edad, como un niño bueno, educado y con un litro de perfume parisino encima, vistiendo trajes de seda o de lino, calzando zapatos hechos a medida y con corbatines pequeños con los que él se sentía ridículo, igual de ridículo que los payasos que llevaban para la celebración de sus cumpleaños. A él no le gustaban esas celebraciones en las que su madre se empeñaba en mostrar lo normal que era. Pascual acababa encerrándose en su dormitorio, se le escuchaba llorar, sobre todo cuando ella estaba demasiado borracha en esas fiestas como para saber si su hijo era la silueta borrosa frente a ella o si se trataba de un mueble o algún criado. En otras ocasiones, lograba escabullirse con Rosa, cuyos padres también eran invitados a esas fiestas. Salían al jardín o se iban los dos a pasear por el vecindario durante horas.

Los profesores que le enseñaban en casa también cambiaban de alumno en cuanto tenían ocasión, no importaba el elevado sueldo que el padre les pusiera y el aumento que les ofrecía cuando iban a su despacho y le decían que, por circunstancias personales, se veían obligados a cambiar de trabajo. Simplemente, se marchaban.

Tenía ya dieciséis años cuando Antonia se fue. Me contó que no le gustaba la actitud de Pascual, que la despreciaba y que podría cumplir sus labores en otro lugar donde apreciaran más su trabajo. Y, por lo visto, llevaba tiempo buscando empleo en otro lugar. Se despidió una mañana de la señora, y esta no tuvo otra que consentir.

—Espero que te traten bien en la casa de los Roncesvalles y que allí seas más útil que aquí. Es cierto que mi hijo hace tiempo que no necesita que

cuiden de él. Pero me gustaba tu presencia en la casa para recordarle a mi marido que no pudo contigo. Y ¿sabes? Creo que has sido la única doncella que no le ha encontrado atractivo alguno y le ha dicho que no.

Cuando la señora le dijo aquellas palabras, apenas era capaz de tenerse en pie, pues había adquirido la costumbre desde hacía algunos meses de desayunar coñac con unas gotas de café para despejarse. Su marido estaba cada vez más tiempo fuera de casa y, a su pesar, ella todavía le quería, aunque cada vez tenía más claro que a ella no la había querido nunca, que solo había sido la mujer que le había dado un hijo, y le gustaba ahogar estos pensamientos en alcohol. A nadie le sorprendió demasiado cuando años más tarde apareció ahogada en la fuente del jardín trasero, en veinte centímetros de profundidad.

—Más que suficiente para que una persona embriagada caiga inconsciente y se ahogue —sentenció el médico.

No volví a saber más de Antonia. Alguna vez la vi por la calle, pero me negaba el saludo y me ignoraba, como si yo le hubiese hecho algo. Rosa siguió viniendo durante años a la casa, hasta que Pascual creció demasiado como para hacerle caso a una niña que tenía ocho años menos que él.

Se puso a las órdenes de su padre en cuanto este pensó que ya había aprendido suficientes tonterías en la escuela. Él le enseñaría lo que necesitaba a partir de entonces sobre economía, transacciones financieras, compraventa de inmuebles y naves y todo lo que le hiciera falta saber para sustituirle cuando él tuviese que retirarse.

Lo que no encontraba era una mujer que quisiera estar a su lado, no por necesidad ni por negocio ni por capricho. Todas las señoritas que le ofrecía su padre en vistas de algún jugoso trato financiero por detrás, huían de él como si tuviera la peste. Pascual no sabía qué hacía mal. Se mostraba complaciente con ellas, fingiendo interés en las cosas superficiales en las que se fijaban ellas y les decía que estaban preciosas con sus vestidos. Pero, por un motivo u otro, siempre se marchaban.

—No te preocupes, hijo, antes o después encontrarás a alguien.

Ese alguien le llegó en 1925, cuando él tenía treinta y tres años y ya peinaba alguna cana de más en su cabeza. Se le presentó en la forma de la

joven hija de un viejo socio de su padre, con el que había roto relaciones tiempo atrás. Pero a él, ahora que estaba al mando de todo, habiendo sustituido a su padre, le parecía un buen negocio, y Roncesvalles se encargaría de hacerle ver a su hija, de una manera u otra, que se casaría con Pascual porque era bueno para su futuro y para su empresa. Ella era mujer y, por lo tanto, incapaz de ver más allá de sus narices o sus zapatos nuevos, por lo que sería incapaz de manejar la empresa que iba a heredar de su padre. Pascual era la respuesta para eso: los dos serían socios, unirían las empresas, serían más fuertes y más grandes que nunca. Pero esa unión no se llegó a celebrar. Selene, la chica con la que iba a casarse, murió. Y antes que ella, en otro accidente, murió Rosa. Me contó una compañera que habían encarcelado a un chico retrasado por la muerte de Rosa. Yo nunca me enteré bien de lo que había pasado, pero siempre me dio que la muerte de Rosa y de la que iba a ser su señora esposa tuvieron algo que ver. No sé el qué, pero algo debía haber que las relacionase.

## 43

Mientras me había contado aquella historia sobre Pascual, había continuado bebiendo de la botella y pedido una segunda, aprovechando que pagaba yo. En un momento durante su relato, había llegado a dudar de la veracidad de su historia, debido a que cada vez se balanceaba sobre la mesa con mayor violencia por la cogorza que se estaba ganando a pulso, pero algo me decía que no mentía. Pagué la cuenta y la cogí del brazo para que no se cayese al suelo mientras salíamos del local bajo la mirada atenta de todos los presentes. Una vez en la calle, el viento frío la despejó levemente. Le entró hipo.

—Siento el espectáculo —dijo—. Pero no todos los días la invitan a una a comer así de bien y a degustar un vino tan bueno.

—No se preocupe, pero no puedo dejar que vuelva a casa así. Será mejor que demos un paseo por aquí.

Dio unos pasos para alejarse de mí; todavía no sé cómo no se cayó.

—No, no, no, no. Debo regresar, ya me he entretenido lo suficiente. Entraré por la puerta de la cocina y no me verá nadie.

—Como quiera, pero déjeme buscarle un taxi.

—¿Taxi? ¿Se cree que soy millonaria?

—Se lo pago yo, en agradecimiento.

Me observó dudosa antes de responder.

—Bien.

Alcé la vista y vi pasar uno a lo lejos, que se escapó.

—Además, para aguantar a ese viejo loco del padre vale más estar borracha.

—Veo que no le cae a usted muy bien tampoco el padre.

La cogí del brazo y la llevé en dirección a la plaza de España.

—Es un viejo amargado y huele mal. —Rio—. Entre usted y yo, no creo que tarde en reunirse con ese viejo de Roncesvalles.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo?

—Sí, que es viejo. Y ya sé que yo también, pero estoy mucho mejor conservada que él y no le he dado al alpiste como él. Está amarillo. Eso es lo que le ocurre. Hace tiempo que ni se molesta en levantarse de la cama. Ni siquiera nos deja que nos acerquemos a él o que abramos la ventana para ventilar el olor que desprende. En fin, él verá, a mí tanto me da. Y su hijo tampoco es que le preste mucha atención.

Alcé la mano y un taxi paró. La subí con cuidado, le indiqué la dirección y le pagué por adelantado, diciéndole que podía quedarse el cambio. Me quedé solo observando como el taxi se alejaba, pensando que tenía mucho que hacer todavía, antes de irme de nuevo a París. Y lo siguiente era dejarme caer por el colegio donde daba clases de religión Pascual Campillo, aprovechando que no era ni lunes ni jueves.

## 44

El colegio Nuestro Señor Jesucristo era un colegio religioso que, como había dicho la doncella, no quedaba muy lejos de allí. Apenas pregunté a un par de personas, llegué enseguida. El edificio, un palacete de hacía cien años, había quedado abandonado y lo habían rehabilitado tras quedar medio derruido durante la guerra. Se había modernizado con calefacción y agua caliente. Era un colegio para bolsillos holgados. Estaba flanqueado por un alto muro. La verja estaba cerrada y se podía ver a los niños, todos chicos, jugando en el parque, manchándose de barro los pantalones del uniforme y el abrigo a juego. Había un par de curas vigilando, de pie, cerca de la puerta de entrada al centro. También había un puñado de niños, hablando entre ellos con las manos metidas en los bolsillos de los abrigos, cerca de la verja donde yo me encontraba.

Tendrían unos ocho o nueve años como máximo. Los llamé.

—Hola, chicos.

No respondieron.

—Estoy buscando a un profesor de religión. Campillo. ¿Le conocéis?

De los cuatro chicos que había allí, dos se marcharon sin mediar palabra. Otro se retiró unos pasos y el cuarto se quedó inmóvil, observándome, con las perneras del pantalón llenas de barro.

—¿Sabes tú de quién estoy hablando?

Tras unos segundos, se acercó a mí unos cuantos pasos.

—Sí, sé de quién habla. No nos cae bien a ninguno, y a ellos —dijo señalando a los chicos que acababan de irse— les da miedo. En realidad, a la mayoría nos da miedo.

Lo observé unos instantes.

—¿Puedo saber por qué?

Sopló.

—Los curas dicen que es un buen hombre, devoto, y que nos viene bien su forma de enseñar la Biblia, pero a nosotros no nos gusta que nos pegue y nos llame inútiles.

—¿Sabe el director del centro que os pega?

Asintió.

—Estoy harto de aguantarle. Se lo conté a mis padres, pero dicen que si el profesor cree que es la mejor forma de enseñar, que no pasa nada.

—¡Eh, tú! —gritó uno de los curas que venía corriendo hacia nosotros.

Nos quedamos en silencio viéndole acercarse. Puso las manos sobre los hombros del chico.

—¿Le conoces, Martín?

—No, padre.

—¿Y qué os tenemos dicho? Que no podéis hablar con gente a la que no conozcáis.

—Lo sé, padre, disculpe.

Se marchó. No había realmente disculpa en su tono de voz. Nos quedamos a solas y me lanzó una mirada que hablaba por sí sola. Estaba molestando.

—¿Quién es usted?

—Soy un viejo amigo de Pascual Campillos y tengo entendido que viene por aquí. Solo le he preguntado a su chico si trabajaba aquí, como me ha confirmado.

—Es usted muy joven para ser amigo de Pascual.

—En realidad —dije fingiendo indiferencia y metiéndome las manos en los bolsillos—, era amigo de su hermano pequeño, Pablo. Acabo de regresar a la ciudad y he sido informado, quería darle el pésame.

—Sí —dijo en tono más amable—, murió hace tiempo. Pobre chico. El caso es que Pascual no está aquí hoy, y tampoco es realmente profesor. Viene, lee la Biblia a los chicos, es muy creyente, ¿sabe usted?, y se marcha. Nos hace un gran favor; la mayoría de los chicos que tenemos aquí están sin

educar y él les enseña bien.

—Tengo entendido que sus métodos se basan en, como podría decirse, la letra con sangre entra.

—Por supuesto. No hay mejor forma de hacer entender a un atajo de vagos y perezosos las cosas que por ese método. ¿No cree?

Aguanté su mirada y di la respuesta que me pareció más oportuna.

—Por supuesto que sí, padre. Yo mismo lo viví en mis carnes —mentí—, y me fue muy bien.

Sonrió.

—Entonces me dice usted que no es lo que se dice verdaderamente un profesor de aquí, ¿cierto?

—Sí, esto lo hace porque le gusta enderezar a los chicos, guiarlos por el buen camino. Él se dedica al negocio que le entregó hace años su padre, un buen amigo mío.

—Muchas gracias por su tiempo. Me pasaré por su casa para darle el pésame.

—Se lo agradecerá.

Me alejé despacio. Había descubierto, al menos, que lo que me había contado la doncella era cierto: trabajaba en aquel colegio. Además, lo que me había dicho sobre que era una mala persona se materializaba en el hecho de pegar a un puñado de niños cuyo mayor crimen debía ser equivocarse de color de calcetines para ir a clase.

Sin ganas de nada y sintiéndome cansado, decidí que lo mejor era dirigirme a casa. Tenía que hablar con Oliver, decirle que necesitaba su ayuda aquella noche. Entonces recordé que al día siguiente debía regresar al despacho de abogados para aclarar de una vez por todas mi situación actual. Tenía ganas de darme una ducha y mantener una conversación que no versara sobre Selene ni Campillo ni Rosa. Necesitaba una conversación tonta y sin fundamento urgentemente para despejarme y relajarme. Pero aquello no estaba en los planes que el destino tenía pensados para mí. Caminé hacia la casa de Justo y pasé por delante de una nueva panadería que no quedaba lejos de la casa. Olía bien al pasar por allí y había un buen escaparate que me recordaba a las pastelerías que solía ver en París. Tal vez fuera por añoranza

o por el olor, pero entré y compré una docena de bollos de canela y mantequilla. Tras salir de la tienda y llevarme uno a la boca, comprobé que no había comido todavía y que estaba hambriento. Llegué a casa de Justo. Llamé con los nudillos. Remedios me abrió sonriente.

—Te estábamos esperando para comer.

—No teníais por qué —dije entrando y tendiéndole la bandeja con los bollitos.

—Qué bien huele esto, madre mía —añadió.

—Pues saben aún mejor. Para la merienda.

—Estupendo. Anda, vamos a la cocina, allí estaremos más calientes. Oliver está por ahí. Nos ha dicho que llegaría tarde, que se marchaba a no sé qué lugar abandonado que había encontrado para practicar con una tabla de madera que ha traído con él.

Bajé tras ella. Había una persona más que no hubiera esperado nunca encontrar allí. En las cocinas, con poca luz de la calle, apenas se podían ver las marcas en su cara. Cora estaba sentada al lado de Justo, hablando con él mientras me esperaban para comer. Justo me saludó y Cora me sonrió tímida, sin poder sostenerme la mirada. No hablamos de gran cosa mientras comíamos lentejas y pescado asado al horno con patatas. Parecía que Cora hacía tiempo que no comía algo que le gustase. De postre, tomamos uno de los bollos que había llevado conmigo y Justo dijo que tal vez quisiéramos hablar tranquilamente, que iba con Remedios arriba a jugar a las cartas.

—No, quedaros aquí, se está mejor, hace más calor. Vámonos nosotros arriba, Cora.

Asintió y me siguió por las escaleras. Remedios se había ocupado de mantener mi cuarto con la chimenea encendida mientras había estado fuera. Se estaba bien allí. Tenía ganas de tumbarme y descansar, pero estaba Cora. Me eché en la cama y ella se sentó a los pies, guardando silencio.

—¿A qué has venido? —pregunté finalmente.

Respiró hondo.

—Quería pedirte disculpas por cómo te hablé cuando nos vimos en el café.

—No te preocupes por eso, tengo cosas más importantes en las que

pensar.

Sentí en su mirada que la hería.

—Dijiste que podías ayudarme —añadió poco después.

—Pensaba que no necesitabas la ayuda de nadie. O solo la de unos abuelos salidos.

—En realidad, es asqueroso —dijo con voz rota.

Suavicé mi tono.

—Puedo imaginármelo. ¿En qué quieres que te ayude?

Lloraba mientras le temblaban los labios.

—Llévame contigo a París. Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero quiero que me saques de aquí, quiero que me saques de la vida que me ha tocado vivir.

Ya no podía hablar. Solo podía dejar que las lágrimas saliesen y desahogarse. Giró el rostro para que no la viese y se aferró a los pies de la cama, llorando de rabia. Me incorporé y me acerqué a ella con cuidado, apoyé la mano en su espalda y después intenté cogerle la cara para que me mirase. Parte de ella no quería hacerlo y se resistía, pero se dejó llevar, se abrazó a mí y continuó llorando mientras le acariciaba el cabello. Se quedó, sin fuerzas y sin ganas de nada, un largo rato en silencio, recobrando la calma despacio. Yo me quedé a su lado, haciéndole compañía, recobrando el cariño que una vez nos habíamos tenido hacía mucho tiempo. Estaba sola completamente y lo que necesitaba era una cara amiga que la ayudase a seguir adelante, que le mostrase que seguía siendo persona, a pesar de llegar a su casa cada noche y tener por única compañía su reflejo en un espejo viejo y con manchas de humedad que se comían la luna por detrás. Necesitaba sentir que alguien en el mundo se acercaba a ella y que no era por sentir la carne de una joven que no tenía nada más que su cuerpo a cambio de dinero. Necesitaba que la quisieran, y yo, hasta ese momento, no me había dado cuenta de que también, en cierta forma, estaba solo y me alegraba de haberla encontrado de nuevo en la ciudad que ya no era en la que había nacido. Me alegraba de tener a mi lado a una vieja amiga que me necesitaba tanto como yo a ella. Aunque también me sirvió para darme cuenta de que no la quería tal como la había querido de niño. Tardó al menos media hora más en

componerse del todo. Alzó la mirada y me observó con los ojos tan oscuros como los recordaba, ribeteados por pestañas negras y espesas, como si me observase a través de un cuadro.

—¿Me llevarás contigo? —susurró rozándome los labios con las yemas de los dedos.

Asentí sin abrir la boca y me sonrió de agradecimiento.

—Te he echado de menos.

—Yo también a ti —le dije mientras me acercaba a sus labios, sin saber muy bien por qué.

Ella me devolvió el gesto, y lo que tantas veces había esperado siendo un crío huérfano y perdido ocurrió. Me besó en los labios, primero con calma, suave, y dejando que notase la saliva. Sentí como su pulsación se aceleraba a la vez que la mía y se puso de un golpe sobre mí mientras intentaba quitarme la camisa. La tumbé en la cama y arrastré mis manos desde sus rodillas hacia arriba, levantándole el vestido que había traído tan roto y zurcido como ella. Le estaba grande y se lo quité sin darme cuenta de que lo hacía. La observé desnuda mientras se dejaba mirar en busca de una caricia de alivio y sentimiento que no fuese acompañado de una perra gorda. Estaba llorando sin querer mientras me miraba pidiendo que no parase. Acaricié sus labios con los míos, bajando por su cuello y su torso con las manos. La embestí con fuerza, como si fuera un animal, sin pensar que era ella o que era yo. Caímos en la cama cansados y sin fuerzas para mirarnos a la cara, sabiendo que nunca más iba a pasar aquello, de la misma forma en que los amantes se despiden en su último encuentro. Recuerdo su cuerpo al lado del mío mientras me pasaba el brazo por encima, hasta que me quedé dormido.

Al despertarme, estaba solo. El lado donde había dormido Cora estaba frío. Hacía un buen rato que se había marchado. Encendí la lamparilla de noche. Retiré las sábanas y me senté en el borde de la cama. El reloj señalaba las nueve y media de la noche; había estado toda la tarde durmiendo. El fuego estaba apagado y hacía algo de frío en la habitación. Me acerqué a la ventana. No había una sola estrella en el cielo y la luna apenas se intuía a través de una espesa capa de nubes. Me vestí con una muda limpia y bajé las escaleras directo a la cocina, donde seguramente los encontraría cenando.

Les escuchaba hablar desde el otro lado del pasillo. Parecían estar pasándolo bien. Abrí la puerta y di las buenas noches. Cora no estaba.

—Buenas noches —dijeron.

Me senté a la mesa justo cuando Remedios me ponía un plato de caldo delante.

—¿Dónde está Cora? —pregunté.

—Se ha marchado hace un rato. Ha dicho que volvería por aquí mañana para hablar contigo sobre el viaje a París —explicó Justo.

—Ah —dije mirando al plato.

—¿Va a venir con nosotros? —preguntó Oliver.

—Sí, vendrá con nosotros.

—Creo que es lo mejor que puede hacer —añadió Justo guiñándome un ojo.

—Sí, yo también —dije en un susurro—. Por cierto, esta noche Oliver y yo vamos a salir a dar un paseo.

Oliver me observó.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tengo que pedirte que me ayudes a entender unas cosas sobre la tabla esa de madera que usas y creo que mejor será haciendo una sesión al aire libre en algún lugar que consideres oportuno.

—¡Estupendo! Por fin he conseguido que te creas que lo que hago sirve para algo.

—No vayas tan deprisa, solo quiero ver si es verdad.

Cenamos tranquilamente, compartiendo anécdotas que me habían ocurrido en París y otras ocurridas en Zaragoza, antes de marcharme con mi tío.

—No sabía que habías tenido que andar por ahí pidiendo limosna y robando de niño.

—Fue durante muy poco tiempo. Justo me rescató.

—En realidad, te seguía por si podía descubrir algo de Campillo, y cuando vi que eras un pordiosero, te llevé a ver al padre Juan.

—Creo que tuve mucha suerte.

—Sí, tuviste suerte —apuntó Remedios—. Bueno, ¿os apetece café?

Subí las escaleras con Oliver. Me hablaba de los lugares a los que podíamos ir: casas abandonadas donde sus dueños hubiesen muerto; cerca del río, donde habían aparecido muchos cadáveres durante la guerra... Una vez entramos en mi cuarto, le pedí que se callase y le expliqué que había tenido que decir aquello para evitar decir delante de Remedios y Justo mis verdaderos planes.

Suspiró hondo y, abatido, se dejó caer en la cama.

—Ya me extrañaba a mí. Eres como una caja de sorpresas, nunca sé por dónde vas a salir.

—No te preocupes, tampoco está tan fuera de línea de las cosas que te gustan a ti.

—Explícate.

Me senté a su lado, apoyándome sobre el codo.

—Quiero ir al cementerio. Hay un muro derribado por la parte de atrás; podemos entrar por ahí. Quiero entrar en uno de los mausoleos y ver quién está enterrado.

—Eso no tiene nada de especial y podemos hacerlo durante el día.

—No, Oliver. Quiero ver lo que hay dentro de la tumba.

Se incorporó como si fuese un autómatas, con la espalda completamente rígida y con los ojos fruncidos tras sus gafas negras.

—¡Estás loco! No voy a ayudarte a hacer tal cosa. ¡Una profanación! ¡Ni yo haría algo así! ¿Por qué quieres hacer eso? Se te ha ido la cabeza definitivamente. Yo intento contactar con los muertos a través de un trozo de madera, pero tú quieres profanarlos. ¡Eso es muy muy peligroso! Como su espíritu ronde por allí y se enfade, verás. Y si nos pillan esos con sombrero de picos, peor. No cuentes conmigo.

\* \* \*

A las doce de la noche cogimos prestado un viejo coche que Justo tenía en el garaje y no usaba nunca. Lo cargamos con una pala y un pico que encontramos. Oliver refunfuñaba por lo bajo. Tal vez no tuviera ganas de que lo pillasen con las manos en la masa, pero yo sabía que, en el fondo, la idea

no le disgustaba tanto. Rebuscando en el garaje, mi amigo había encontrado unos viejos quinqués que podrían servirnos para alumbrar. Regresé a la casa, los llené de aceite y cogí una caja de cerillas de la cocina. Colocamos los quinqués en el maletero con el resto de las cosas que habíamos cogido para la profanación y nos pusimos en marcha. Yo no tenía idea de conducir, pero Oliver lo hacía bastante bien después de haber abollado tres de los coches que le había comprado su padre. Atravesamos calles desiertas y callejones estrechos de tierra y piedras. No había un alma en las calles y apenas nos cruzamos con un par de perros sarnosos que buscaban comida entre los restos de basura que se acumulaban en algunos de los portales. Salimos de la ciudad y nos dirigimos por el camino nuevo que conducía al cementerio, de tierra y piedras también. Cuando nos acercábamos, le dije que se desviara por el pinar que lo rodeaba. Llegamos hasta el fondo del cementerio y allí apagamos el motor y las luces.

Cogí los quinqués, le di uno a Oliver y lo encendí con una cerilla; después hice lo mismo con el mío. Oliver abrió el maletero, me tendió el pico y él se quedó con la pala.

—Esto es de locos —dijo mirándome sin ganas.

—Pues será que estamos locos los dos. Venga.

Caminamos el uno al lado del otro hasta que llegamos al muro derrumbado. Salté las piedras con cuidado, dejé el pico y el quinqué en el suelo de tierra y ayudé a pasar a Oliver. Miró a lo lejos. No se veía nada, tan solo oscuridad y el ulular de algún búho que nos podría ver con toda la claridad del mundo. Con los quinqués en alto, comenzamos a avanzar entre tropiezos y oscuridad. Cuando llegamos al camino de los mausoleos, pudimos caminar con más tranquilidad y sin dificultades. A lo lejos, la cabaña del enterrador estaba sumergida en la oscuridad. O no había nadie o estaba durmiendo. El mausoleo decadente de los Roncesvalles se derrumbaba en la noche sobre su propia estructura, fría y áspera. Me pareció más pequeña que cuando la había visto por la mañana, seguramente a causa de la oscuridad. Entramos echando un último vistazo a nuestro alrededor. La tumba reciente de Ezequiel Roncesvalles permanecía sellada, pero sin lápida, con las flores que había llevado la doncella que me había revelado la actitud

extraña de Campillo, los gustos que la sobrecogían y su especial afición a las armas y a la disecación de animalillos para contemplarlos. La tumba de Selene estaba al otro lado del mausoleo. Dejé el quinqué en el suelo, cogí el de Oliver, que miraba los nombres allí escritos como si intentase memorizarlos, y lo dejé al lado del mío.

—Apártate —avisé—. Voy a empezar a picar.

—Dime una cosa, ¿Luego qué vas a hacer? ¿Cómo vas a reparar la lápida?

—Bueno, no pensaba hacerlo.

Comencé a golpear. Uno de los números saltó con el primer golpe, acompañado de un pequeño trozo de mármol. Era más duro de lo que parecía. Oliver se retiró hacia el fondo.

—¿Puedo preguntar por qué querías que viniera yo si solo ya te vales?

—No quería venir solo —dije observándole—. Además, no creo que pueda sacar la tumba yo solo.

Ladeó la cabeza.

—Yo no soy precisamente Hércules que digamos.

—Ya, pero entre los dos podremos tirar de ella.

—Y estamparla contra el suelo. Ay, Dios mío, qué paciencia hay que tener a veces con los amigos. Menos mal que hace años que la tumba está cerrada y ya no quedarán más que los huesos de una pobre chica. ¿Para qué quieres ver lo que hay ahí dentro? —preguntó enfadado, sin comprender.

—Quiero comprobar si aquí dentro hay restos de una persona adulta o si son de una niña pequeña.

—Según la fecha, tenía diecisiete años. Los restos son grandes.

—Ya. Por si acaso —dije sin dar más explicaciones.

Seguí clavando el pico en el mármol. Llegado a un punto, cayó al suelo por su propio peso y mostró una capa espesa de cemento. Tenía la respiración acelerada.

—¿Quieres que siga yo? —ofreció—. Total, si nos pillan aquí, nos acusarán a los dos de perturbar la tranquilidad de los muertos, haya picado yo o no, y tú parece no tener fuerzas ya. Te hacía más fuerte.

—Te lo agradeceré.

Me senté alejado y le dejé todo el terreno libre para que comenzase. Dio un pequeño golpe, tras el que apenas cayeron unas migajas de cemento. Volvió a darle con el mismo brío. Puse los ojos en blanco.

—Si sigues así, a lo mejor en una semana lo has dejado liso completamente.

—Cállate, estoy calentando.

—Perdone usted —dije.

—Deberías salir y vigilar que nadie venga al escuchar los golpes.

Tenía razón. Me asomé por la entrada del mausoleo mientras dejaba a Oliver con su modosa forma de picar en el cemento. Agradecí el frío en la cara sudada. No había nadie por allí, nadie nos veía. Dos minutos después, cansado de verlo, cogí el pico, lo eché a un lado y comencé a golpear de nuevo con toda la fuerza que pude, haciendo que saltasen cascotes de cemento por todas partes. No tardé en ver el ataúd de madera clara. Aparté los restos del cemento con la mano y le pedí a Oliver que se acercase.

—Mete la mano por ese lado hasta que des con el asa para agarrarlo.

—Qué bonito.

—Venga, si no te quejaras tanto, ya estaríamos volviendo a casa.

Introduje el brazo y, más o menos a mitad del ataúd, encontré el asa que buscaba para tirar de ella con fuerza.

—¿Ya la tienes? —pregunté.

—Sí, venga, tira.

Agarré el asa y tiré con toda la fuerza que pude. Oliver hizo lo mismo. Pesaba muchísimo. Conseguimos arrastrar la caja hasta dejarla fuera del agujero unos veinte centímetros y paramos a recobrar aliento.

—De verdad que me gustaría saber de dónde sacas estas ideas, Esteban.

Me encogí de hombros. Busqué algún signo que indicase por dónde podría abrirse la caja, pero lo que encontré fueron clavos dorados sellándola todavía más.

—Estupendo —dijo mi amigo.

—Vamos, hay que bajarla al suelo.

—Se va a romper —protestó.

—No lo creo, y, si así fuera, mejor, así vería lo que hay dentro sin tener

que destrozar la tapa.

—Dios mío —gimió—. Venga, hagámoslo de una vez y vayámonos de aquí; me están dando escalofríos en la espalda y eso no es buena señal.

—¿Por qué? ¿No me digas que quiere decir que hay un fantasma por ahí suelto?

—Pues suele ser una de las formas en las que se presentan, sí, y teniendo en cuenta lo que estamos haciendo me da a mí que la muerta quiere que la dejemos en paz.

—¡Venga, hombre, ayúdame y nos iremos enseguida!

Resoplando, cogió el otro extremo, tiramos de él con fuerza y cayó de golpe. La caja quedó intacta tras un tremendo sonido sordo acompañado del eco del mausoleo. Oliver se tocó las orejas y dijo que estaba seguro de que acababa de perder un importante porcentaje de su audición. Una vez que el polvo se disipó, pude leer una inscripción en el ataúd:

*Selene Roncesvalles*

*1908 – 1925*

Comencé a golpear la tapa.

—Dios mío, no quiero ver esto. ¿Para qué quieres ver los huesos? —Salió afuera y me quedé solo.

No tardó en llegarme el humo de un cigarro que se estaba fumando para tranquilizarse. Destrocé el lateral del ataúd, donde estaban los clavos que lo sellaban. Las astillas de la dura madera saltaron por los aires. Al fin iba a ver lo que había allí dentro. Oliver, sin atreverse a entrar y santiguándose, lo observaba todo desde la entrada. Me arrodillé al lado de la caja, limpié las astillas con la manga del abrigo para evitar clavármelas y levanté la tapa, dejándola caer al otro lado de golpe.

Los restos de un esqueleto de tamaño adulto reposaban en el interior, cubiertos con un vestido negro. Los zapatos se habían caído de los pies. Una pulsera dorada, donde podía leerse el nombre de Selene grabado, colgaba de su muñeca de hueso.

—¿Ya estás contento? Es lo que yo te había dicho. ¿Qué pensabas

encontrar? Esto no ha servido de nada. Venga, vamos a ver si podemos colocarlo allí arriba, cosa que dudo con todo lo que pesa, y marchémonos de aquí de una vez por todas.

Me sentía ligeramente derrotado. No sabía lo que iba a encontrarme allí, pero esperaba dar con algo más, con algo que indicase que lo que había contado Roncesvalles sobre una hija de cuatro años era cierto. Tal vez solo deliraba.

—Vámonos de aquí —dije—. Es imposible colocarla en su sitio. Anda.

Negó con la cabeza. Nos agachamos a coger los quinqués y Oliver cerró la caja. Al alzar la luz para salir de allí, me pareció ver un reflejo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—¿Qué?

—Ese reflejo.

—Yo no he visto ningún reflejo. Venga, vámonos, estoy cansado, asustado y quiero llegar a casa para darme una ducha y meterme en la cama. Así, tal vez sea capaz de creerme que todo esto ha sido un sueño.

Sin hacerle caso, bajé el quinqué y durante un segundo volví a ver un reflejo en el fondo del mausoleo. Había algo brillante al fondo de la tumba que acabábamos de abrir. Me agaché, dejé el farolillo en el agujero y, al fondo, pude ver algo dorado.

Empujé la luz hacia el interior lo que la largura del brazo me dio de sí y pude ver lo que era. Una caja, pequeña, colocada al fondo. Como si la hubieran empujado con la caja grande al introducirla. Tanteé el tamaño del agujero, cabía.

—Oliver —llamé.

—¿Qué?

—Voy a meterme, hay algo al fondo. Cuando te diga que tires, coge mis pies y tira hacia ti.

Cogió aire y puso los ojos en blanco.

—Ni en una novela de Poe pasan estas cosas.

—¿Vas a ayudarme o no? —pregunté.

—Pues claro, no voy a dejar que te quedes ahí metido el resto de tu vida.

—Bien.

Metí los dos brazos por delante y después la cabeza. Me arrastré hacia el fondo poco a poco, ayudado por los pequeños empujones que Oliver me daba. Me agarré a las paredes para intentar arrastrarme mejor hacia el interior, a la vez que empujaba el quinqué para ver. Ahora podía verlo perfectamente. Era una caja, pequeña, blanca y con adornos dorados. El féretro de un niño. Sentí como mi cuerpo estaba metido en el lugar hasta las rodillas. Cogí la caja del asa con una mano y grité que tirase. Sentí como me cogía de los tobillos y tiraba sin demasiada fuerza. Apenas avancé hacia atrás. Intenté moverme para salir, pero era difícil cargando con la caja. Repté hacia atrás apenas unos cuatro o cinco centímetros. Oliver dio unos pasos hacia delante, puso mis piernas una a cada lado de su cuerpo y las sujetó con los brazos y las manos.

Caminó hacia atrás y comencé a salir. Cuando tuve sacadas las piernas, pude salir por mí mismo. Respiré hondo al sacar la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver el bulto.

—Lo que quería encontrar. Un ataúd. Minúsculo.

Me miró desconcertado.

—Espera, ¿lo que estabas buscando? ¿Qué es lo que no me has contado?

—Ya te lo explicaré esta noche en casa después de una ducha.

—Bien.

—Ayúdame a bajarlo con cuidado —pedí.

Lo cogimos cada uno de un extremo y lo apoyamos en el suelo. En la inscripción se podía leer:

*Selene Roncesvalles*

*1908 – 1912*

El viejo Roncesvalles no deliraba. Había dos Selenes. ¿Quién era cada una de ellas? ¿Habían tenido dos hijas? ¿Por qué ocultar la muerte de la pequeña? Las preguntas asaltaron mi mente y parecía que la solución sobre Selene se la había llevado Ezequiel a la tumba. Intenté abrirla y también estaba sellada. Con más cuidado que con la otra, rompí la tapa. Abrí y encontré un pequeño esqueleto. Ya no quedaba ropa, apenas podían verse las

suelas de los zapatos con los que la habían enterrado. En su muñeca, otra pequeña pulsera donde ponía Selene. Volví la cara y observé a mi amigo.

—Esto es lo que quería encontrar.

Pudimos devolver la pequeña caja blanca a su sitio, pero la otra era demasiado grande y pesada para poder levantarla, al menos entre nosotros dos. Tal vez el enterrador la hubiera podido coger, como había visto aquella mañana, con ayuda de otro hombre, pero estaba claro que ni Oliver ni yo teníamos la fuerza suficiente para eso. Cogimos las lamparillas de aceite, la pala que no habíamos usado, el pico y salimos de allí. Con suerte, no quedaría mucha gente que fuese a visitar a la familia y tardarían en descubrir que habíamos abierto una tumba y encontrado dos cadáveres. De regreso a casa, no cruzamos una sola palabra. Me dispuse a subir las escaleras, pero Oliver me detuvo.

—Antes de que te des una ducha para quitarte la mugre de cementerio que has traído contigo después de meterte en una tumba usada, vas a sentarte conmigo en la cocina, voy a preparar café y me vas a decir por qué sabías que allí había dos cuerpos y por qué los dos tenían el mismo nombre.

Como había ordenado, entramos a la cocina, preparó café y nos sentamos el uno frente al otro sin tocar las tazas.

—¿Y bien? —comenzó.

Tomé aire.

—En realidad, no estaba seguro de que iba a encontrar dos cuerpos y, de hecho, de hacerlo, pensaba encontrarlos en la misma caja, no en dos distintas.

—Ya, por eso las has abierto, ¿no?

Asentí y me quedé callado.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nos va a llevar un buen rato.

—Tenemos café para aguantar.

Después de una larga conversación, donde solo le conté la parte de la historia referente a Rosa, Selene, Cristóbal y Gabriel, no habíamos tocado las tazas ni bebido una gota de café, pero nos habíamos fumado toda la provisión de cigarrillos que Oliver había traído consigo de París.

—Menuda historia. No me extraña que Eric te hiciese venir aquí a ver si

te enterabas de algo más. Si escribe sobre el tema, aunque se tenga que inventar el final, le quitarán la novela de las manos. Ya lo creo. Y dime, mi querido amigo, ¿cuál va a ser tu siguiente paso? —preguntó cruzando los brazos, adoptando aire de novela.

—Pues mañana tengo que ir a ese sitio de los abogados, que será lo primero que haga para quitarme el lío de encima. También tengo la dirección del médico que me diste. Iré a verle, a ver si me dice algo. Y, por último, había pensado en ir a visitar a Gabriel, el que ayudó a escapar a Cristóbal a Francia. No sé muy bien si contarle mi nuevo descubrimiento o no.

—No lo hagas.

—¿Y con qué excusa me presento? Llevo dándole vueltas un par de días y no se me ocurre ninguna. ¿Qué hago? ¿Voy allí y le digo: te acuerdas de alguna cosa más que no me contaras?

—Pues sí. Tú te dejas caer por allí con una bandeja de bollitos como los de hoy, como quien no quiere la cosa, y le dices que estás de visita y que te has pasado a saludar, por los viejos tiempos.

—¿Por los viejos tiempos?

—Por decir algo, pero yo no perdería la oportunidad de visitarlo. Nunca se sabe.

—No, si pensaba ir igualmente, el problema es la excusa.

—Eso da igual, tú vas, y punto. O —dijo de pronto— puedes decirle que te has pasado por allí para preguntarle si se había enterado de la muerte de Roncesvalles.

—Mira, buena excusa. Nunca se me hubiera ocurrido. Si ya digo yo que, por mucho que quiera, esto de escribir no se me da bien, soy incapaz de inventarme una puñetera excusa, aun teniendo delante la mejor.

Me di la ducha más larga y que mejor me sentó de mi vida. Caí rendido a la cama cuando el reloj señalaba casi las cuatro de la mañana. En ese momento solo quería dormir.

\* \* \*

No me desperté demasiado tarde. Eran las diez de la mañana, me sentía

bien y hambriento. Bajé al comedor y me encontré a Remedios y a Justo. Me dieron los buenos días y Remedios me dijo que tenía el desayuno en la cocina.

—Voy a calentártelo.

—No te preocupes, voy yo.

—Como quieras. Oliver sigue durmiendo. ¿Llegasteis muy tarde anoche?

—No mucho, pero nos quedamos charlando.

Bajé a la cocina, calenté café y cogí un bollito que había sobrado. Subí al comedor y les conté que iba a hacer otra visita, tal como había quedado, al bufete de abogados para zanjar lo relacionado con las propiedades de mi padre que ahora serían mías.

—Bien, pues a ver si se arregla todo sin problemas. ¿Quieres que te acompañe? —preguntó Justo.

—No, no pasa nada. Luego aprovecharé para visitar lo que se supone que pasa a ser mío —dije como excusa por la tardanza que iban a suponer las dos visitas posteriores.

—Sí, así podrás ver exactamente lo que es de tu propiedad ahora. Y si hay algo que no te interesa, incluso lo podrías vender.

Salí de la casa masticando todavía el último bocado y con la dirección del médico anotada en el papel que Oliver me había dado. Caminé tranquilamente y sin prisas hasta la parada del tranvía. Allí aguardé entre un hombre fumando un puro apestoso y una mujer vestida de negro. Cuando llegó el tranvía, les cedí el paso. No tardé demasiado tiempo en estar frente al edificio donde estaba localizado el bufete de abogados. Le indiqué al portero el lugar al que me dirigía y se empeñó en acompañarme. Una vez llamó a la puerta con los nudillos, me abrió el hombre que se había disculpado tantas veces en mi anterior visita por hacer las cosas mal. Me reconoció al instante.

—¡Buenos días! ¡Qué puntualidad! —dijo efusivamente—. Ya me ocupo yo, Sereno, muchas gracias por haberle acompañado —añadió mirando al portero, que respondió con un asentimiento antes de desaparecer escaleras abajo.

Entramos y me guio a su despacho. Se sentó tras su mesa y me ofreció el asiento que quedaba frente a él.

—Ayer mismo por la tarde nos llegaron los documentos de Madrid. Desde la dirección general con sede en la capital le envían a usted una carta de disculpa por el malentendido, pero ha de comprender que estas casas abandonadas se han adquirido para hacer algo de ellas: o tirarlas abajo y dar paso a las nuevas viviendas de nuestro gobierno, o convertirlas en despachos, ya me entiende usted. La mayoría de los dueños o están muertos o no quieren saber de ellas, y les hacemos un favor al quitárselas de encima. Está claro que usted fue la excepción con la que nos encontramos.

—Ya, me lo imagino —dije por decir.

—Bien, pues aquí tenemos los documentos.

Procedió a plantarme delante unos cincuenta papeles que debía firmar y todo pasaría a mis manos, salvo una pequeña proporción que se cobraban por haber arreglado todo en un tiempo mínimo y ocuparse de mi herencia.

—Si lo prefiere, puede llevárselos a casa, leerlos cómodamente y después traerlos firmados.

Cogí aire.

—Pues si no le molesta, me gusta esa opción. La verdad es que ahora mismo no tengo mucho tiempo para leerlos.

—Bien, pues lléveselos y cuando los tenga firmados nos los trae.

—Es usted muy amable.

En la estantería que tenía tras él llena de pilas de papeles, buscó algo y después me lo mostró. Era una cartera de tela en la que se podía leer el nombre de la entidad.

—¿Le parece que se los ponga aquí dentro?

—Claro, así no se me volarán con el viento.

—Perfecto.

Salí de allí con la cartera bajo el brazo y puse rumbo directamente a la casa del médico, en la calle Alfonso. Había cosas que no cambiaban ni con una guerra de por medio. Seguía siendo la mejor calle de Zaragoza, de comercios y de pisos señoriales. Allí tenía residencia el doctor Ambrosio Casanova.

Escuché las campanas del Pilar, que quedaba apenas a un centenar de metros de distancia de la calle, y vi cómo las palomas alzaban el vuelo a lo

lejos. Busqué el número indicado en el papel. No tardé en ver la placa en la que se anunciaba como médico clavada en la pared. Entré en el señorial edificio con balcones de hierro labrado y con formas ornamentales. El portero era un chico de más o menos mi edad con el cabello castaño, que le asomaba bajo la gorra. El traje le sentaba como un guante y le hacía parecer mayor de lo que en realidad era.

—Buenos días, señor —dijo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo a visitar al doctor Casanova. ¿Está en su domicilio?

—Sí, acompáñeme.

El interior del edificio no desmerecía la fachada. Suelo embaldosado con losas blancas y negras como si fuese un tablero de ajedrez. Los escalones que ascendían hacia los pisos superiores tenían los pasamanos de un metal que era oro o lo asemejaba. Las paredes estaban recién pintadas y con detalles de madera cada pocos metros, que le daban un toque distinguido. Había pequeñas lamparitas que salían elegantemente de la pared. Ascendimos hasta el tercer piso y, al final de un largo pasillo, llegamos a una puerta en la que se leía de nuevo un cartel anunciando al doctor. El joven portero llamó a la puerta. Se escucharon voces y pasos en el interior, y pronto un mayordomo con aspecto de estirado y con nariz de enormes proporciones que me recordaban al peñón de Gibraltar nos abrió la puerta.

—Viene a ver al doctor —anunció.

El mayordomo, manteniendo su cabeza altiva, me observó de reojo y, finalmente, se dignó a hablar.

—¿Es usted paciente del doctor? Porque no le recuerdo.

—En realidad, es algo que me suele pasar —dije—. Que no me recuerden.

Respiró hondo.

—Bien, pase. Ahora daré aviso de su llegada.

—Gracias.

Entré. Se estaba bien dentro de la casa, hacía calor. Me condujo por un largo pasillo blanco, que me recordó al de los hospitales, hasta una sala llena de asientos vacíos y me dijo que esperase allí. No me molesté en sentarme. Me acerqué a las paredes y comencé a leer los diplomas que había colgados

en ellas. Al parecer se había especializado en un gran puñado de enfermedades y tratamientos médicos que yo ni siquiera era capaz de leer o pronunciar bien. Poco después, el mayordomo apareció y me pidió de nuevo que le siguiese. Me condujo hasta una habitación, me abrió la puerta y entré. Allí, tras una mesa y rodeado de instrumentos médicos, estaba sentado el que debía ser Ambrosio.

—Buenos días —dijo—. Mi mayordomo me ha dicho que es usted paciente mío.

—Eso no es cierto —corregí—. Cuando me ha visto, me ha preguntado si era paciente suyo, añadiendo que no me recordaba, y yo me he limitado a decirle que la gente no suele recordarme. Si ha asumido que soy su paciente, es problema suyo.

Frunció el ceño.

—Bien. Entonces ¿puede decirme quién es usted y a qué debo esta visita? —preguntó mientras se quitaba la bata blanca y la dejaba colgada sobre el respaldo de la silla.

—No creo que sea importante quién soy yo o dejo de ser. Digamos que conozco a la familia de Roncesvalles.

—Oh. —Su semblante cambió.

—Tengo entendido que usted fue su médico durante años.

Asintió.

—Sentí su muerte al ver la esquila en el periódico, pero no pude asistir al entierro. A decir verdad, hacía algunos años que no trataba con él, desde que le diagnosticué la enfermedad que imagino es la culpable de que esté en la tumba.

—¿Y qué me cuenta de su hija?

—¿De Selene?

—Así es. Me consta que de pequeña estuvo enferma. ¿Puede hablarme de ello? ¿Puede contarme algo sobre qué le ocurría? Si tenía alguna enfermedad o algo así.

Preferí reservar para mí el hecho de que una Selene había muerto a los cuatro años y me limité a sugerir que Roncesvalles me había hecho esa pequeña confesión, aunque entre fiebres el día antes de morir. Vi cómo se

ponía tenso por momentos. Estaba claro que sabía más cosas de las que parecía, posiblemente también lo de las dos Selenes.

—Ezequiel siempre dijo que su niña había muerto a los cuatro años, que la mató él al enviarla a aquel internado. Ella no quería ir, lloró y lloró para evitar que la enviaran. Quería quedarse en casa con su madre. Dijo que cuando regresó curada, ya no era la misma. Que era cierto que ya no estaba enferma, pero que no era ella, que había cambiado. Supongo que lo diría por eso, en estado febril. Lo que lo mató fue perderla por segunda vez, cuando apareció calcinada en casa. No quiero ni imaginarme lo que tuvo que sufrir la criatura.

Silencio.

—Ya.

Esperé unos instantes para ver si me contaba algo más, pero guardó silencio, al igual que yo. Tenía ganas de decirle que había dos Selenes enterradas en el cementerio. Tenía ganas de decirle que sabía que eso era mentira, que era una excusa que se estaba inventando a modo de disculpa para que yo no siguiera haciendo preguntas. Me costó quedarme callado y decirle que no me tomase por tonto, pero si le desvelaba que sabía lo de los dos cuerpos, seguramente me causaría muchos problemas y eso precisamente era lo que no quería tener.

—¿Quiere alguna cosa más? —preguntó nervioso.

—No, ha sido muy amable conmigo.

—Bien —dijo asintiendo—. Pues, si me disculpa, tengo mucho papeleo que poner al día de mis pacientes.

—Gracias.

Como por arte de magia, el mayordomo apareció tras la puerta y me acompañó a la salida. Cuando me di la vuelta para despedirme, ya había cerrado la puerta. Bajé las escaleras, me despedí del chico y salí a la calle. Las nubes comenzaban a amontonarse oscuras en el cielo y los gorriones ya no piaban. Se preparaba una buena tormenta, pero yo tenía cosas que hacer y un aguacero no podía impedirlo. En la plaza de España cogí el tranvía hasta el paseo de las Damas. Apenas me costó un segundo reconocer el edificio donde residía Gabriel. Entré directamente y el olor al tabaco que fumaba el

portero me llegó como un bofetón de recuerdos. Lo encontré tras su mostrador, echando una partida al solitario, con el gesto de no entender nada que le acompañaba siempre. Alzó la vista y se quedó observándome mientras intentaba descifrar quién era yo. Aguardé dejando que me observase.

—Demonios, si eres tú, pero en grande. —Rio—. No pensaba volver a verte por aquí.

—Lo mismo digo. ¿Cómo te encuentras? —dije sin poder evitar que se me escapase una sonrisa.

—Bah, como siempre, y no me vengas con sonrisitas de amigo de toda la vida, que ya te conozco —añadió poniéndose en pie y saliendo de detrás de su mesa—. A ver si adivino: quieres ver a Gabriel Sanjuán.

—Eso mismo.

—Hala, pues para arriba.

Cuando apoyé el pie en el primer escalón, dándole al portero cuatro o cinco de ventaja, sonó un tremendo trueno. Nos quedamos los dos como estatuas al escuchar aquel sonido y observamos a través de los cristales de la puerta. El agua comenzó a caer con fuerza e inundó la calle en cuestión de segundos.

—Lo que faltaba; ahora, un diluvio. Venga, para arriba.

Lo seguí de cerca. Llamó a la puerta mientras podíamos escuchar a través de las ventanas del pasillo el agua cayendo con fuerza en el patio interior del edificio. La misma doncella que recordaba, pero años más mayor, nos abrió la puerta y con la misma cara de pocos amigos me pidió que la acompañase hasta el interior del piso. Atravesé el pasillo de animales disecados. Parecían ser los mismos y me pregunté si es que hacía años los jóvenes ricos varones sentían afición por los animales disecados, pues mi propio padre había tenido su propia colección e intentó inculcarme a mí el gusto por aquellos seres que a mí me daban ganas de vomitar. Yo los prefería cuando estaban vivos.

Esta vez no tuve que esperar a que abriesen la puerta. La doncella prácticamente me empujó al interior de la estancia. Gabriel Sanjuán estaba igual que la primera vez que lo vi: sentado en su butaca, al lado de la chimenea, leyendo un libro. Se volvió y me observó durante unos instantes. Los años parecían no pasar por él.

—Me sueñas de algo —dijo.

—Le visité hace algunos años. Me contó una historia sobre sus amigos fallecidos, Cristóbal y Selene.

—Ah, claro. Ahora te recuerdo. Hay que ver cómo has crecido.

—La ley de la naturaleza —dije amablemente.

Asintió con tristeza.

—Sí, solo que a mí lo mejor de la vida ya se me ha escapado.

No dije nada.

—Y bien, ¿a qué has venido esta vez?

La pregunta no me pilló por sorpresa.

—Quería informarle que Ezequiel Roncesvalles, el padre de su amiga Selene, ha fallecido.

Me miró sereno.

—Ya lo sé, leo los periódicos a diario, y la sección de las esquelas es mi preferida. Me encuentro allí con viejos amigos constantemente.

Me resultaba incómodo ese humor negro.

—Lo siento, señor.

—No tienes nada que sentir. Dime, ¿has venido por algo más que por eso?

—No. En realidad, había pensado venir a saludarle, estoy de visita. Ahora vivo con mi tío en Francia.

—¿De verdad?

—Sí. Bueno, es largo de explicar. Resulta que tenía un tío, hermano de mi padre, viviendo en Francia, y cuando acabó la guerra vino a por mí y me llevó.

—Asumo entonces que estás de visita en Zaragoza.

—Así es. Echaba a mis amigos de menos y, de paso, he pensado que podría venir a visitarle a usted.

—Eres muy amable —dijo cerrando el libro, poniéndose en pie y dejando el libro sobre la mesa. Sobre ella descansaba una cafetera, la cogió por el asa y comprobó que estaba vacía.

Abrió la puerta y llamó a la doncella. Nadie respondió.

—Tal vez haya salido a comprar. Espera aquí un segundo, ¿quieres? Voy

a pedirle al portero que suba y nos haga más café.

—Claro. Gracias.

Salió de la habitación apoyado en su bastón, cojeando, y cerró la puerta tras de sí para que no se escapase el calor. Me levanté a curiosar el libro que estaba leyendo. Era una biografía de Francisco Franco escrita por un autor que me era desconocido, como tantos otros. Cuando iba a regresar a mi sitio a esperarle, un sobre blanco que había al lado del libro me llamó la atención. Entre paréntesis ponía: (*París, Francia*).

Cogí el sobre y lo examiné. No había dirección alguna ni nombre, tan solo un apartado postal. Le di la vuelta y comprobé que estaba abierto. Tenía una carta dentro. Durante un instante me planteé volver a dejarla en la mesa, por miedo a que me descubriera fisgoneando donde no debía, pero deseché aquella idea en el mismo momento en el que la tuve. Saqué la carta. Estaba escrita a mano, no a máquina, con una letra fina, clara y curvada. Cuidada. Leí la fecha y descubrí que tenía apenas quince días. Leí deprisa algún párrafo suelto de la carta. En ella alguien le preguntaba por su estado de salud y le sugería que tal vez un clima más cálido que el de la casi siempre seca e inmensamente fría Zaragoza, especialmente en invierno, le sentaría mejor a sus articulaciones. Estaba a punto de dejar la insulsa carta en su sitio cuando descubrí de reojo quién la firmaba: *Cristóbal Sm*.

Sentí que el corazón se me encogía y latía con más fuerza. «Cristóbal Sm.» ¿Estaba vivo y seguía viviendo en París? En un instante imaginé la cantidad de veces que tal vez había compartido vagón de metro con él o habría entrado en la misma librería o en la misma tienda de comestibles. Sentí que algo me atravesaba el cuerpo entero. Metí la carta en el sobre, memoricé el apartado de Correos a fuego y me senté en mi sitio. Unos minutos después, sin poder evitar que las manos me temblasen, Gabriel entró con dos tazas de café con leche y azúcar listas para tomar. Me sonrió.

—Siento la tardanza.

—No importa.

Me observó mientras dejaba la bandeja sobre la mesa.

—¿Te encuentras bien? —Yo asentí—. Estás blanco, completamente.

El agua no cesaba de caer afuera.

—A veces me dan bajones de tensión. Creo que me está pasando eso ahora mismo.

—Oh, pues entonces será mejor que te tomes el café cuanto antes, te irá bien.

Sí, era exactamente lo que necesitaba en aquellos momentos de nervios extremos, un café para animarme todavía más.

—Gracias —dije.

Me levanté con cuidado; las piernas me temblaban también. Me senté a la mesa y él a mi lado. Con la cucharilla, le di un par de vueltas para mezclar el azúcar y bebí un sorbo bajo su mirada. Sabía a rayos.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, gracias.

No podía evitar mirar el sobre de reajo, temiendo que me descubriese. Tenía miedo, quería irme de allí. Me había mentido sobre su amigo y tal vez me hubiera mentido sobre muchas otras cosas. Quizás estuviera él mismo implicado en la muerte de Rosa, o incluso en la de Selene. Quería salir de esa casa, me sentía como una gallina a la que intentan atrapar para hacer caldo con ella. Bebí otro sorbo. Seguía sonriéndome.

—La verdad es que tu visita me resulta agradable, aunque hubiera sido la última persona del mundo a quien me esperase encontrar de nuevo, sinceramente. La soledad no es la mejor de las compañías.

—¿La soledad? —pregunté con voz entrecortada, atragantado—. ¿Qué hay de su hermana? Me dijo que se llevaban muy bien. ¿Han discutido?

—No, y nos seguimos llevando bien, pero ella decidió marcharse a una casita que tenían nuestros padres en el norte de España, en Asturias. Mis padres eran amantes de aquella tierra y tenían una casa allí. Recuerdo haber ido un par de veces cuando éramos niños. Íbamos al mar todos los días. Nos metíamos en el agua y no había nadie que consiguiera sacarnos. Me atrevería a decir que todavía percibo el olor a agua salada. Creo que se cansó de esto. La echo de menos cada día. Alguna vez hablamos por teléfono y nos escribimos cartas continuamente.

Asentí. Bebí el café de un trago.

—Creo que ya me encuentro mejor. Ha sido muy amable al atenderme de

nuevo.

—Pues no tienes muy buen aspecto que digamos —me cortó—. ¿Por qué no te echas un rato? Me sobran habitaciones.

—No —dije poniéndome en pie—. Ya ha sido usted demasiado amable, y tengo otras personas a las que visitar. Me marchó en apenas un par de días y el tiempo vuela.

—Eso es cierto, el tiempo vuela, para todos y para todo.

—Te acompaño a la puerta.

—Oh, no, por favor. Quédese aquí usted tranquilo, encontraré la salida, no quiero importunarle más.

—Como quieras, la verdad es que mi pierna cada vez está peor, eso es cierto.

—Gracias de nuevo.

—No hay por qué darlas —dijo mientras cojeaba hasta llegar a su butaca al lado del fuego—. Pero vas a empaparte, coge uno de mis paraguas de la...

Para cuando terminó la frase, estaba fuera de su piso y bajando por las escaleras tan rápido como podía. El portero estaba apoyado en el marco de la puerta, deleitándose con uno de sus apestosos cigarrillos y con la lluvia. Me quedé a su lado unos segundos, lo miré y me marché.

—¡Chico! ¡Que vas a coger un resfriado del carajo! ¡Anda, espérate a que se aclare el cielo!

No le escuché. En el momento en que terminó de hablar, ya estaba empapado, pero no quería permanecer en el edificio ni un segundo más. El sonido de la lluvia se llevó el eco de mis pasos por delante. Aceleré. Metí los zapatos en charcos profundos sin importarme, solo pensaba en caminar, pero no conseguí que las ideas se aclarasen en mi cabeza. No podía pensar claramente en nada y el espeso manto de lluvia que caía cada vez con más fuerza apenas me permitía ver un par de metros por delante de mí. Choqué con un carro que habían abandonado en medio de la tormenta. El cielo se iluminó. Me hice a un lado y continué caminando. A lo lejos se escuchaban perros ladrando.

Continué caminando sin mirar hacia delante. Apenas podía ya verme los pies; el agua me había envuelto bajo su manto y me había empapado. Tenía

frío, pero no pensé en regresar a casa de Justo para resguardarme. Sin darme cuenta, llegué a casa del recién fallecido Roncesvalles. La verja abierta de la entrada golpeaba sus puertas por el viento. Las dejé abiertas de par en par a mi paso para que el ruido cesara. Caminé por los restos de un jardín que se había convertido en lagunas de barro con matojos secos de por medio. Sentía como los pies se me pegaban al suelo espeso y me costaba dar el siguiente paso hasta que finalmente llegué al porche de entrada. Empujé la puerta de la casa, que también encontré abierta. Ya no había nadie que la cerrase con llave. Entré a oscuras y en silencio y me apoyé contra la puerta, que cerré de golpe con mi espalda. Me detuve un segundo para recobrar el aliento y observé a mi alrededor. Silencio y oscuridad. Lo único que podía escuchar era el barro desprendiéndose lentamente de mis pantalones y de mis zapatos y las gotas de agua que caían a chorros de mi ropa. Hacía frío en la casa y no tardé en sentir que me atravesaba la piel mojada hasta llegar a los huesos. En medio de la oscuridad, momentáneamente cortada por el reflejo de los relámpagos que de vez en cuando iluminaban la estancia, comencé a caminar a tientas por el pasillo hasta dar con las escaleras. Ascendí por ellas, peldaño a peldaño, intuyendo las miradas de los que una vez estuvieron allí enmarcados en retratos viejos. Continué ascendiendo por las escaleras, viendo las sombras de los muebles cada vez que un relámpago se colaba a través de las ventanas. Atravesé el pasillo, escuchando como algún pequeño roedor ya estaba haciendo de aquel palacete, abandonado apenas unas horas, su gran madriguera. Con las manos fui palpando las puertas de aquel inmenso corredor hasta que di con la habitación en la que se había confinado Ezequiel. Abrí la puerta. Lo primero que percibí fue el olor, que parecía incrustado en aquella habitación, aunque ahora también olía a humedad y enmascaraba ligeramente el hedor a putrefacción que aquel hombre había arrastrado en vida, a saber durante cuántos años. Busqué el interruptor, pero la compañía eléctrica no había perdido el tiempo en cortar el suministro.

Me deslicé bordeando la pared y palpando cuadros con las manos. Algunos caían a mi paso mientras el agua seguía goteando de mis ropas. Alcancé una pequeña alacena que había visto en mi visita anterior y comencé a abrir los armarios en busca de velas y cerillas. En el tercer cajón de la parte

superior las encontré. Con la mano temblorosa por el frío, conseguí encender una cerilla y prender la pequeña mecha de la escasa vela que quedaba en un portavelas lleno de cera derretida. Las ondas de luz de la llama daban un aire todavía más siniestro a aquella estancia. El papel de las paredes comenzaba a despegarse por la parte del techo de forma casi imperceptible. En el centro de la habitación continuaba el sofá de Ezequiel y, en la esquina, pegada a la pared, su cama. Daba la sensación de que iba a aparecer de un momento a otro tras la puerta.

Me dirigí a la pared que había frente a mí, cubierta de retratos hasta el punto de que unos se amontonaban sobre el borde de los otros. Acerqué la vela y a través del cristal que protegía las fotografías vi a las gentes que me observaban desde otro tiempo. Un relámpago las iluminó de golpe para sumergirlas de nuevo en la negrura un segundo después. Se veían fotografías de fiestas de otras épocas. Las mujeres llevaban vestidos huecos por completo, unas hombreras exageradamente grandes a juego y plumas enormes en los sombreros. También se veían comidas o cenas familiares, gente comiendo alrededor de mesas rectangulares y largas, sonriendo a la cámara con una copa de champán en la mano. Habían sido buenos tiempos. Después venían retratos familiares. Poco a poco y fijándome detenidamente, pude distinguir el rostro de un joven Ezequiel, tal vez a los catorce o quince años, apoyando uno de sus pies sobre la cabeza de un enorme elefante derrotado a su lado mientras sostenía un rifle entre sus manos. Pude ver su vida a través de las fotografías: su boda, su viaje de novios, sus cenas, sus cacerías, la firma de algún gran contrato con portada en el *Heraldo de Aragón*. Su hija. La primera imagen que vi de Selene era una fotografía de una niña durmiendo, vestida con ropas blancas en una cuna demasiado adornada y recargada. Después, este mismo bebé aparecía en los brazos de su madre, observándome soberana desde otro momento en el tiempo. Las imágenes se sucedían poco a poco y se la veía crecer. No sonreía, tenía los ojos muy abiertos en casi todas y daba miedo. Después se veía a una niña sana y sonriente. Feliz, contenta y tranquila. Cuanto más avanzaba en las fotografías de noches de gala, luciendo vestidos lujosos, más familiar me era. Tenía la sensación de que la había visto, pero era imposible, llevaba muerta

muchos años. Finalmente, encontré una fotografía en la que se veía su rostro de cerca, mirando hacia el infinito con el cabello recogido y los labios pintados. Con pendientes y collar a juego. Llevaba un vestido que dejaba los hombros medio descubiertos. Tomé la fotografía de la pared y me senté con ella en el sofá, intentando pensar a quién me recordaba su rostro. Di la vuelta al marco, quité las pestañas de la tapa y la retiré. En el dorso de la imagen podía leerse:

*Selene Roncesvalles, 1924.*

Aquello no me decía nada. Dejé la imagen de nuevo encerrada en su marco y continué observándola a la luz de la vela. Tras un rato comprendí que de nada serviría pensar en ella. Había intentado imaginármela demasiadas veces. Tal vez se tratase de eso, que al fin la tenía frente a mí y me resultase familiar sin serlo.

Dejé la fotografía sobre la mesa y me acerqué a la ventana. La tormenta parecía decidida a quedarse en Zaragoza durante un buen rato y pensé en quedarme allí hasta que se pasara. Sentía que me ardía la frente, a la vez que me sentía helado. El portero había acertado con lo del resfriado, pero seguramente se había quedado corto. Una neumonía fue lo que se me pasó por la cabeza. Me dirigí a un armario diminuto que había cerca de la cama y allí encontré una bata que no parecía demasiado usada entre la ropa que parecía oler a limpio. Me quité mi ropa empapada. Me enfundé la bata de lana gorda que picaba a rabiarse puesta directamente sobre la piel y encendí la chimenea con los restos de la leña que quedaban allí.

Pronto el calor inundó la estancia. Me sentía cansado y me apetecía tumbarme, pero no quería hacerlo en la cama ni en el sofá del recién difunto, así que opté por quedarme sentado en una butaca que había llena de periódicos viejos. Los dejé sobre el suelo y la coloqué frente a la chimenea. No quería quedarme dormido, pero el cansancio y la fiebre que subía con fuerza me vencieron.

Tuve un sueño espeso y oscuro. En el sueño salía yo, de niño, despidiéndome de mi madre, que estaba subida en el asiento trasero de un

coche conducido por mi padre. Ella me sonreía mientras yo intentaba correr hacia ella, pero algo me retenía. Una cadena atada a mi cintura. No me podía mover. Después vi a Andrés pasear tranquilamente frente a mí. Él parecía estar en unos jardines o en un parque mientras que yo me veía pegado a un muro, con ropa sucia y rota. Y Cora. Cora caminaba feliz hacia mí por un sendero cubierto de hojas de otoño. Llevaba consigo una cesta que balanceaba con sus pasos rápidos y bailarines mientras me decía canturreando que no me preocupase, que venía a por mí. Se sentaba frente a mí y volvía a sonreírme. De la cesta que llevaba con ella, quitaba un paño rojo que protegía lo que había dentro. Una llave. La llave del candado que ataba mi cadena. Se acercó hasta él y pude ver cómo la llave entraba y giraba. La cadena se caía y yo me ponía en pie. Miré a mi alrededor y vi que me encontraba en el mismo sendero por el que había visto llegar a Cora para ayudarme. Seguía agachada, a mi lado, mirando la cesta. Apoyé mi mano sobre su hombro y se levantó. Observé en el interior y vi que allí estaba el retrato de la joven Selene que había estado mirando. Cuando alcé la vista para preguntarle por qué tenía esa imagen, ya no era Cora. Era ella. Era Selene. Pero años mayor, con el cabello largo, negro y suelto. Me observaba asustada, como si fuese un intruso que no debía estar allí. Di un paso atrás y a su alrededor comenzó a formarse el marco de una puerta, una silla, una mesa, una habitación. Entonces escuché una voz a mi espalda. La voz de Gabriel. La hermana que Gabriel había despachado lo más rápido posible en aquella primera visita que había hecho a su casa no era su hermana. Era Selene. No estaba muerta. La tenía escondida, al igual que mantenía escondido a Cristóbal en París. Por eso la imagen me resultaba familiar. Ya la había visto, pero no lo sabía.

Me desperté de golpe, con sudor en la frente, palpitaciones y las articulaciones entumecidas. Apenas quedaban un puñado de brasas en la chimenea. Me puse en pie, cogí la fotografía de la mesa y la acerqué al fuego. Observé su mirada de nuevo. Era ella. Había visto a Selene hacía años. Estaba viva. Estaba oculta. Y era claro que Gabriel tenía mucho que esconder. No me había contado la verdad. Era peligroso.

Cogí mi ropa seca y me la puse. Tomé prestado uno de los paraguas que

Roncesvalles ya no necesitaría y salí de la casa. El agua seguía cayendo, pero con menos fuerza. Debía regresar a París cuanto antes, contarle a Eric lo que había descubierto e intentar dar con Cristóbal para que arrojase luz sobre todo aquel asunto que cada vez olía peor. Llegué a casa con los pantalones empapados. Remedios, Justo, Oliver y Cora estaban en el salón, con el fuego encendido, esperándome.

—Ya era hora, hijo. ¿Dónde has estado?

Cenamos sopa y pescado los cinco. Yo apenas probé bocado. No sé si fue por el mal cuerpo que se me había quedado o por las pastillas que Remedios me metió a la fuerza en la boca, que me habían revuelto el estómago. Cuando la cena acabó, anuncié que nos marcharíamos lo antes posible de regreso a París. Remedios y Justo se miraron y sonrieron.

—Será lo mejor para ti —dijo Remedios—. Nos encanta tenerte en casa, pero sería mejor en otras circunstancias. En París y en Europa entera las cosas están mal, pero aquí están peor, al menos ahora.

Me puse en pie y abracé a Remedios, que comenzó a llorar, logrando que a mí se me escapase alguna lágrima también. Después abracé a Justo durante un largo rato.

—Bueno —intentó suavizar Remedios—, ¿alguno quiere café?

Aquella noche no pude dormir. Cora, a mi lado, dormía tranquila, sabiendo que le esperaba algo mejor en la capital francesa, mientras que yo no estaba seguro de nada.

Cora me despertó suavemente y me dijo que era hora de bajar a desayunar. En la cocina nos encontramos con Remedios y Justo. Oliver seguía durmiendo.

—Dentro de un rato —dijo Justo cerrando el periódico—, iré a la estación a sacar los billetes para los tres.

—No hace falta que te molestes, iré yo.

—No es molestia, así podrás ir a despedirte del padre Juan.

No me acordaba de él. Me sentí como un estúpido.

—Claro —dije mientras me sentaba y Cora lo hacía a mi lado.

—Pues venga, a desayunar, que estás muy delgado, Esteban, cada día más —añadió Remedios. Nos sirvió café y galletas recién sacadas del horno.

Justo se marchó camino a la estación y nosotros desayunamos.

—Bueno, cuéntame. ¿Te ha gustado venir a visitarnos? —preguntó Remedios.

—Ya lo creo, me ha alegrado veros. La verdad es que tenía ganas, os echaba de menos, a todos —añadí mirando a Cora. Ella sonrió.

—A nosotros también nos ha alegrado mucho verte. Te echábamos mucho en falta, y no se nos ocurrió que tu tío nos dejase unas señas para poder escribirte cartas contándote cómo transcurre aquí la vida y que nos cuentes tú cómo te va allí.

—Tienes razón —dije dejando la taza sobre la mesa. Cora engullía las galletas como si nunca las hubiese probado—. ¿Tienes un papel por ahí? —pregunté.

Se levantó y de un cajón sacó un carboncillo y un pedazo de papel amarillento y roto por las esquinas. Escribí la dirección de la casa de mi tío y se la di. Sonrió y guardó el pedazo de papel de nuevo en el cajón.

—¿Por qué no me cuentas qué haces en tu día a día en París? Apenas hemos podido hablar desde que has venido.

Era cierto, había ido demasiado de cabeza a mis asuntos.

—Bueno —comencé—, mi tío tiene unas caballerizas y a eso se dedica, a la cría y venta de caballos. Se supone que entre mi primo y yo lo llevaremos algún día. Mientras, Luke, mi primo, va a la escuela y yo intento aprender un idioma que se me resiste con ganas. Estudio también en un colegio especializado en el que me matriculó mi tío cuando empecé a aprender el idioma. Es una especie de escuela de economía o algo así; allí aprendo a llevar las cuentas y cosas por el estilo.

—Suená interesante —dijo Cora después de limpiarse la boca con una servilleta.

—En realidad, es aburrido. Pero me gusta complacer a mi tío, se porta increíblemente bien conmigo. Ya lo conocerás.

—¿Y qué va a ser de Cora en París? —preguntó Remedios—. Quiero decir, ¿va a vivir con vosotros?

Cora se puso seria.

—Yo había pensado que tal vez pudieras encontrarme un trabajo que sepa

hacer. En una tienda de comestibles, en un restaurante o algo así, y poder alquilar algún cuarto o pensión.

—Cora —corté—. No te preocupes por eso ahora. Te quedarás en casa durante un tiempo. Mi tío no pondrá ningún problema, estará encantado. Antes de poder trabajar, necesitarás aprender algo del idioma para desenvolverte.

—No quiero causar molestias, Esteban, suficiente haces ya con dejarme ir contigo.

—No te preocupes por eso. ¿Tienes el pasaporte aquí?

—No, lo tengo en casa, con la maleta.

—Bien. Será mejor que vayas a buscarlo todo mientras yo voy a despedirme de Juan.

—Me parece bien.

—Vamos, marchaos los dos a dejar todo a punto para cuando os vayáis de aquí. Yo recogeré esto.

Salimos los dos a la vez de casa y cuando llegamos al final de la calle, yo me dirigí hacia un lado y Cora hacia otro. Al volver la esquina que daba a la calle donde estaba situado el orfanato, pude escuchar a los niños jugando en el patio trasero, que seguramente estaría embarrado, junto con sus abrigos y bufandas. Rodeé el edificio y me dirigí directamente al lugar donde provenían las risas. El padre Juan los vigilaba acompañado de una monja con la que charlaba. Al verme, corrió hacia la verja para abrir.

—Me alegro de verte de nuevo, hijo.

—Yo también.

—Qué desastre, ¿verdad? —preguntó mientras señalaba a los niños y niñas que corrían sin ningún cuidado cayendo al barro—. Ayer con la tromba de agua no les pude dejar salir al patio y estaban todos deseosos de salir a correr. Supongo que esta semana gastaremos algo más en la lavandería, pero no pasa nada, mientras lo podamos pagar.

—Hay que ver lo bien que se lo pasan —dije.

—Sí, es cierto. Es lo que tienen los niños, que no se dan cuenta, al menos en gran parte, de lo que hay a su alrededor: mientras puedan jugar y tengan algo que llevarse a la boca, estarán contentos.

Asentí.

—¿Se arregló la tubería?

—Oh, sí, vino el fontanero, nos cobró una barbaridad, pero el problema se solucionó sin más.

—Me alegro.

—¿Te apetece pasar adentro?

—No, Juan —dije sereno—. En realidad, vengo a despedirme, me marcho ya.

—¿Ya? Pensaba que te quedarías unos días más.

—Yo también, pero tengo que regresar a París cuanto antes.

—Comprendo.

—Y quiero darte algo.

Le tendí un sobre con las treinta mil pesetas que me habían dado los abogados.

—¿Qué es esto?

—Dinero que no necesito y que a vosotros os hará mucho bien. Aquí nunca andáis sobrados.

—No puedo aceptar tanto dinero, es una barbaridad, Esteban.

—No voy a irme de aquí con él. Es tuyo.

Silencio.

—Te echaré de menos.

—Yo también, Juan.

Nos abrazamos mientras un puñado de niños se quedaban observándonos.

—¿Sabes lo que haré cuando llegue a París? —dije.

—Tú dirás.

—Haré que os manden un cargamento de pato confitado para que os deis un banquete.

—Vaya, eso sería estupendo. Y los niños lo agradecerían, pero sería demasiado; podemos comprarlo aquí, en tu honor, con el dinero que nos acabas de regalar.

—De eso nada, lo haré llegar.

Le debía mucho a Juan, y nunca había pedido nada a cambio. Ojalá también pudiera llevármelo conmigo, y a Justo y a Remedios también, al

igual que iba a hacer con Cora.

A mi regreso a casa, Cora había llegado con su maleta y su pasaporte sin estrenar. Oliver estaba despierto, leyendo un libro sobre arcanos mayores, y Justo estaba charlando con Remedios y Cora. Cora parecía más contenta que cuando la había dejado aquella mañana, hacía apenas una hora. Estaba feliz de escapar de Zaragoza para ir en busca de una vida mejor, como tantos otros habían hecho tras la guerra. Me senté a su lado y vi que los billetes que reposaban sobre la mesa eran de primera clase.

—¿Cuánto te han costado? —pregunté.

—Nada en absoluto.

—No tienes que pagarlos, Justo, esto es cosa mía.

—Consideradlo un último regalo.

Sonrió y asentí.

—¿A qué hora sale el tren?

—En un par de horas.

Remedios y Justo se empeñaron en acompañarnos hasta la estación. Allí nos despedimos como si no fuésemos a vernos nunca más, apurando hasta el último segundo. Subimos al tren cuando ya arrancaba de la estación. Un trabajador nos llevó hasta nuestro compartimento y nos acomodamos. Salimos de la estación, dejando una vez más la ciudad atrás. Lo que había vivido en mi corta estancia allí comenzaba a ser un recuerdo más para guardar en la memoria o dejar que se llenase de polvo y olvidarlo todo.

Mientras el paisaje cambiaba a lo largo de nuestro viaje, tenía la sensación de que los días que había pasado en Zaragoza habían sido un sueño. Como si hubiese una niebla que no me dejase verlos con claridad. Selene y Cristóbal estaban vivos. Gabriel había mentido y seguramente estaba implicado en la muerte de Rosa. Cora se agarró a mi brazo y se quedó dormida durante un largo rato. Oliver habló conmigo sobre los nuevos libros que estaba interesado en adquirir en París y se sumergió de nuevo en la lectura. A la hora de comer, nos sirvieron pollo asado con patatas. Cora se comió lo suyo y lo que a mí me sobró. Después se disculpó para ir al baño.

—Madre de Dios, cómo traga esta mujer, no sé cómo está tan delgada —comentó Oliver—. Vais a tener que guardar la comida bajo llave en casa,

Esteban.

—Ha pasado por una guerra, Oliver. No te haces idea de lo mala que puede ser el hambre hasta que la sufres. Yo comía igual cuando llegué a casa de Justo después de mis andaduras por las calles con un grupo de niños a los que no volví a ver.

Asintió, imaginándose la situación.

—Bueno, ahora estará mejor. Además, está contenta de estar contigo.

Calibré sus palabras unos instantes.

—¿Contenta de estar conmigo?

—Sí, me lo dijo ayer, o puede que anteayer. Me dijo que debía haberte escogido a ti en lugar de a Andrés desde el primer momento. Creo que se siente culpable por ello, por haberte dejado. Me estuvo hablando de lo que ocurrió cuando erais niños.

—Espera un momento. Yo no estoy con ella, es una amiga, nada más.

Me miró extrañado.

—Pero tú mismo me dijiste en París antes de venir que la echabas de menos, que la querías, que querías verla.

—Sí, te lo dije, pero estaba confundido. En cuanto tomamos el tren para venir a España me di cuenta de que debería prestarle más atención a Laure en lugar de a mis recuerdos. Era cierto que de pequeño quería a Cora, pero no ahora, ya no. Era un crío, y creo que me agarraba a su recuerdo por mantener viva una parte de mi infancia.

Sopló.

—Pues deberías hablar con ella, porque cree lo contrario, amigo.

—Cuando lleguemos. Cuando esté instalada.

—Bien.

Tras tres comidas y tres cenas en el tren y algún paseo que otro para estirar las piernas, llegamos a París a las ocho de la tarde. Pude leer la expresión de Cora. La misma que había tenido yo cuando llegué por primera vez a la ciudad que me había acogido y dado una oportunidad. Observaba los edificios y a los oficiales a caballo. A la gente paseando con sus vestidos nuevos por las avenidas de los ricos y a los mayordomos paseando a los perros ridículamente afeitados. El Sena parecía un mar comparado con el

Ebro. Al llegar a la puerta de la casa de mi tío, bajamos del taxi, pagué al conductor y nos despedimos de Oliver, que continuó en el taxi hasta su casa. Cora se quedó observando la casa desde la acera.

—¿Es aquí? ¿Es esta la casa? —preguntó medio asustada.

—A mí también me impuso mucho respeto la primera vez que la vi. No te preocupes, vamos.

Le ofrecí mi mano y la cogió. Empujé la verja y caminamos sobre las losas que marcaban el camino hasta el interior de la casa. Cora no salía de su asombro. Se detuvo y me soltó.

—¿Qué ocurre?

—Yo no puedo quedarme aquí, Esteban. Es demasiado.

La cogí del brazo y tiré de ella.

—Venga.

*Rufus* salió a mi encuentro corriendo y ladrando para dar la voz de alarma de que alguien entraba en la casa, pero, al acercarse a nosotros y ver a Cora, se detuvo en seco y comenzó a gruñir, observándola. Ella dio un paso atrás.

—No tengas miedo. Es que no te conoce.

La puerta principal se abrió y vi la silueta de mi tío en contraste con la luz que salía del interior de la casa.

—Es mi tío, vamos, se alegrará de vernos.

Estaba temblando.

—No quiero que me vea la cara llena de cortes, me da demasiada vergüenza.

Me acerqué a ella, le di un beso en la mejilla y le susurré al oído:

—No te preocupes, Cora, te garantizo que no se fijará en eso.

No la convencí, como era de esperar.

—Pero ¿qué haces ahí parado? Venga, entrad de una vez en casa —gritó mi tío desde la puerta—. Tengo ganas de verte, Esteban.

Respiró hondo y asintió. Mi tío llamó al perro y obedeció, yendo hacia él. Cogí a Cora nuevamente de la mano y tiré de ella. Escuché como mi tío avisaba de mi llegada y vi las sombras de Beatrix y de Odette correr del salón a la entrada.

Entramos. La mano de Cora temblaba bajo la mía. Eduardo me abrazó

con fuerza.

—¡Me alegro de que estés de vuelta! —Observó a Cora—. ¿Y quién es esta encantadora chica que te acompaña?

—Se llama Cora y es amiga mía desde siempre. Le pedí que me acompañase. Aquí las cosas pueden irle mejor.

—Bienvenida a casa, Cora, me alegro de conocerte. —Se abalanzó sobre ella y la abrazó.

—Gracias, es usted muy amable —dijo. Mantenía la cabeza agachada, avergonzada.

—No te preocupes por nada.

No había reparado en la presencia de Beatrix y Odette tras mi tío, a pesar de haberlas visto correr a través de la ventana. Beatrix, sonriente y observando a Cora con asco, se acercó a ella y la saludó en francés. Se lo traduje para que pudiese entenderlo. Odette ni siquiera se acercó a ella. Se marchó escaleras arriba, a pesar de las voces de mi tío para que fuese a saludarla. Simplemente, le ignoró.

—Está muy cansada, Eduardo, no te preocupes, ya habrá tiempo para que se conozcan —la disculpó su madre.

—¿Cansada de qué? —pregunté—. ¿De comprar?

—Oh, vamos, no empieces ya, acabas de llegar —dijo Beatrix—. Estábamos acabando de cenar. ¿Por qué no nos acompañáis y después os acomodáis en vuestras habitaciones?

—Hemos cenado en el tren. Será mejor que nos demos una ducha y nos vayamos a descansar. Yo acomodaré a Cora.

—Me parece perfecto. Enséñale dónde está la cocina por si le entra hambre durante la noche. Mañana hablaremos de tu viaje. Quiero que me cuentes todo lo que has hecho. Ah, por cierto, ya ha llegado tu traje nuevo para la boda. Tú también estás invitada, Cora, te lo pasarás bien.

Sonrió tímida y nos fuimos escaleras arriba. La acomodé en la habitación que había junto a la mía y le dije que tomara un baño. Le sentaría bien. Mientras la dejaba en su dormitorio, fui al cuarto de Luke, abrí la puerta y vi que estaba dormido. Llamé con el puño en la habitación de Odette y abrió.

—Ah, eres tú, pensaba que sería mi madre. ¿Qué quieres?

Empujé la puerta sin dirigirle la palabra.

—Oye, ¿qué haces? Este es mi cuarto.

—Lo sé, el olor a potingues es inconfundible.

Me dirigí a su armario y abrí las puertas.

—¡Oye! Eso es mío. Lárgate de aquí —dijo mientras tiraba de mi brazo.

La empujé a un lado y le dije que se callase. Cogí un par de vestidos, los más sencillos que encontré, que pensé le gustarían a Cora. Un par de zapatos y unas medias.

—¿Adónde vas con eso? ¡Mamá! —gritó.

—¡Cállate de una vez, bruja!

Para mi sorpresa, calló de golpe.

—No usas estas ropas; déjame que se las dé a ella, no tiene nada. ¿No te das cuenta?

Sentí cómo se le desencajaba la cara. Lo que era suyo, aunque no lo quisiera, era suyo. Beatrix apareció por la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Quiere llevarse mi ropa! —gritó mientras empezaba a llorar. Beatrix me observó pidiendo una explicación.

—No es más que esto, no se lo pone nunca.

—Eso es cierto, tú no usas esas ropas, están pasadas de moda. No llores, hija, deja que se las ponga esa chica. Mañana iremos a comprarte un par de vestidos nuevos para llenar el hueco que dejan esos dos. ¿Qué te parece?

—Esa chica tiene nombre. Se llama Cora.

—Como quieras —dijo sin mirarme mientras consolaba a la estúpida hija que estaba criando.

Les lancé la ropa que acababa de coger a la cara y les dije que podían metérsela por el culo. Al día siguiente sería yo el que iría a comprar ropa nueva con Cora.

Bajé las escaleras y entré al salón, donde encontré a mi tío viendo un televisor que había adquirido en mi ausencia. Fumaba un puro.

—Yo no entiendo la admiración de la gente por esta cosa. Es aburrida. Prefiero la radio. Esto es una tontería, ya verás qué pronto las dejan de fabricar. Donde esté una buena cadena de radio o un buen libro, que se quite

todo. Ah, tecnologías. La mitad de las cosas que hacen no sirven para nada.

—Tío, quería pedirte una cosa.

—Tú dirás, hijo.

—Me gustaría ir mañana con Cora a comprarle ropa y esas cosas.

—Ya lo había pensado. Encima de la mesa he dejado un sobre con dinero.

Que se compre todo lo que quiera.

Sonreí.

—Gracias, tío.

—No me las des. También tendrá que aprender francés. Mañana mismo hablaré con Eric.

Me senté a su lado.

—No va a quedarse mucho tiempo. Quiere trabajar y alquilarse un piso o un ático.

—Pero ¿qué dices? —preguntó observándome extrañado—. Tu novia puede quedarse aquí con nosotros.

—No es mi novia.

—Ah.

—Es una amiga que necesitaba ayuda, tío. Nada más.

—Aun así, puede quedarse todo el tiempo que necesite o que quiera, díselo. Ah, y vendrá a la boda. Así que asegúrate mañana de encontrarle un vestido para la ocasión.

—Lo haré, y estará preciosa.

—No lo dudo.

Subí a mi dormitorio y me dejé caer de golpe en la cama. Estaba cansado del viaje. Unos minutos después escuché cómo *Rufus* arañaba la puerta de mi dormitorio y le dejé entrar. Me di una larga ducha y me puse una muda limpia. Mientras me secaba el cabello con la toalla, escuché cómo alguien abría la puerta. Me di la vuelta. Era Cora.

—¿Interrumpo? ¿Puedo pasar la noche contigo?

—Sí —dije sentándome a su lado en la cama.

Guardamos silencio unos instantes mientras ella recorría mi cuarto con los ojos. Finalmente, me devolvió la mirada y me besó en los labios. Me aparté de ella.

—No, Cora.

—¿No qué?

—Que no puede ser.

Se entristeció y los ojos se le llenaron de agua.

—¿Por qué no?

Me mordí los labios, meditando mi respuesta.

—Porque aquí ya tengo a una chica que me quiere y yo la quiero a ella.

—No te creo. ¿Ya no te acuerdas de lo que ocurrió en tu cuarto? ¿Así la quieres?

—Eso no sirvió más que para demostrarme que la quería.

Las lágrimas se le escaparon de los ojos y se marchó a su habitación. Suspiré, apagué la luz y me metí en la cama.

Una hora después seguía despierto. Me levanté y salí al pasillo. Todo estaba en silencio. Abrí la puerta de la habitación de Cora con cuidado.

Podía escucharla sollozar en el interior de la estancia con la persiana bajada. Caminé hacia la cama y me tumbé a su lado en la oscuridad, pasándole un brazo por encima que no se molestó en coger.

—No te preocupes, Cora. Todo pasa.

—No —dijo entre sollozos con voz temblorosa—. Mi cara y mi cuerpo no cambiarán. Siempre estarán marcadas. ¿Quién se fijará en mí? ¿Quién me ofrecerá trabajo con la cara llena de marcas?

—No te preocupes ahora por eso. Estás cansada del viaje. Mañana será todo más sencillo.

Comenzó a llorar con más fuerza.

—No puedes hacerte a la idea de lo que me dolió. Ese tipo estaba loco.

—¿Te apetece contármelo? Tal vez te vaya bien desahogarte.

Pareció calmarse momentáneamente.

—Nunca se lo he contado a nadie.

—Puedes empezar conmigo.

\* \* \*

Cora ya había perdido a su madre cuando sucedió. Ella y Andrés habían

decidido vivir juntos en el piso que Cora había compartido hasta entonces con su madre. Andrés se dedicaba a la venta ambulante de fruta, y Cora había perdido su trabajo a causa de la guerra hacía tiempo. Su madre cobraba una miseria de pensión por incapacidad, pero les permitía seguir adelante. Entonces, Cora sin trabajo y Andrés que cada vez vendía menos a pesar de cargar con el carro cada vez más horas, les era imposible comer todos los días. Los padres de Andrés habían muerto también durante la guerra, por algún brote de alguna enfermedad que se los había llevado por delante. Así fue cómo Andrés, fingiendo afecto por Cora, le dijo que tal vez pudiera conseguir dinero de la misma forma que muchas chicas lo hacían en los periodos de hambre y miseria. Ella, al principio, horrorizada, dijo que no. Pero cuando el hambre apretó con fuerza, lo consideró como una salida momentánea para llenar el estómago. El hecho de que Cora se prostituyese no daba mucho dinero, pero el suficiente como para vivir los dos. Andrés vendió el carro y el burro que tiraba de él y se quedaba en casa mientras Cora salía a plantarse en una esquina, esperando a los clientes.

Una noche escuchó a una de las chicas decir que si se montaba guardia en un callejón que daba a la calle Alfonso, donde iban a pasar las noches de risas y fiestas los adinerados, podía sacarse un buen pellizco. Se marchó sin que las demás chicas la viesen y se dirigió allí. Buscó un callejón y se quedó plantada en la puerta de uno de los cafés. Dentro podía verse a los señores trajeados, borrachos y sedientos de mujer. Pudo ver cómo uno de ellos se quedaba observándola a través del cristal, sonriendo. Ella aguardó y unos minutos después salió.

—Hola —la saludó besando su mano.

—Hola —respondió ella.

—¿Vienes conmigo? Te ganarás un buen dinero si te portas bien.

Lo que quería Cora era salir corriendo, pero necesitaba comer. Aceptó.

—Vamos por allí, tengo el coche aparcado en la calle de al lado.

Apestaba a coñac y se tambaleaba. Ambos subieron al coche y de camino a un hotel comenzó a subirle la falda y a manosear sus muslos. Cora sintió una arcada cuando aquel hombre pasó la lengua por su cara, pero aguantó. Dejó el coche aparcado a las puertas de un lujoso hotel y entraron. Pidió la

mejor habitación y subieron. Nada más entrar, se quitó la chaqueta del traje y empujó a Cora contra la pared, le levantó las manos y la apretó con su cuerpo. Babeaba y jadeaba como un animal. Comenzó a desabrocharle el vestido por la espalda y cuando lo dejó caer al suelo le dio la vuelta y la observó.

—Preciosa.

La agarró por los brazos y la tiró en la cama. Cogió una de las sábanas y la hizo jirones. Con ellos, la ató a la cama de pies y manos. Cora estaba asustada, pero necesitaba el dinero y temía que fuese peor si le decía algo.

Cuando estuvo inmovilizada, él se desnudó y Cora pudo ver que tenía el antebrazo izquierdo medio destrozado, más delgado de lo normal y con unas marcas horribles de color oscuro. Se puso encima de Cora y la embistió como si se tratase de una bestia. Sentía una punzada de dolor cada vez más fuerte. Le arañó las costillas con sus uñas sucias y largas. Cuando acabó, pensó que se quedaría relajado. Al contrario, pareció que se despertaba. Comenzó a darle puñetazos y, al ver que gritaba, le puso un trozo de tela en la boca.

—Si te estás calladita, acabaremos antes, y antes podrás marcharte.

Se echó a un lado y cogió sus pantalones. De uno de sus bolsillos sacó una navaja y ahí fue cuando empezó su fiesta, sobre su cuerpo. Comenzó a marcarla como quien marca al ganado que le pertenece.

Las líneas de sangre caían de su vientre, de su pecho y, finalmente, de su cara. Parecía que cuanto más gritaba, cuanto más miedo demostraba, mejor se lo estuviera pasando él.

—Ahora ya no eres tan hermosa —dijo cuando acabó—. Veremos qué hombre paga ahora por estar contigo.

La retuvo allí al menos tres horas más y volvió a embestirla dos veces. Cuando se quedó sin fuerzas, la desató, le lanzó un puñado de billetes a la cara y le dijo que si le contaba a alguien lo que acababa de suceder la mataría.

—Además, quién iba a creer a una puta —añadió.

Se vistió en el baño, observando su cara desfigurada por el filo de la navaja. Sintió el impulso de cogerla de la mesita y acabar con él, pero era más fuerte, más grande y más rápido. Se lavó la cara con las marcas ya cicatrizadas y se marchó de allí, agachando la cabeza al pasar por recepción.

Cuando llegó a casa y Andrés la vio, la abrazó. Poco después se marcharía de allí para dejarla sola. Parecía que a los ancianos de Zaragoza les gustaba la compañía de niñas jóvenes con el cuerpo y la cara marcados, pues a partir de entonces prácticamente tenía clientes fijos.

Cuando terminó su relato, sentí que tenía el cuerpo entumecido.

Poco después, ella se quedó dormida, pero yo fui incapaz de coger el sueño.

## 45

Estábamos desayunando cuando Luke, con los ojos todavía medio cerrados y en bata y pijama, bajó a compartir el desayuno con nosotros.

—¡Esteban! ¡Has vuelto!

Corrió hacia mí y se me sentó encima para abrazarme.

—Al menos alguien se alegra —dijo Odette.

—No seas maleducada —la recriminó su madre.

—No te preocupes, Beatrix, para mí *Rufus* es más importante que ella, así que supongo que estamos en paz.

—Bueno bueno, chicos, haya paz —cortó mi tío.

—¿Y ella quién es? —me susurró al oído.

—Es una amiga mía, se llama Cora y va a quedarse con nosotros un tiempo.

—Hola —saludó Luke con su marcado acento francés.

—Hola, me alegro de conocerte —respondió Cora.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Odette para volver a ser el centro de atención.

—Niña, eso no se pregunta —intervino de nuevo Beatrix.

—No importa —dijo Cora—. Es normal sentir interés. Fue un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Luke.

—Bueno, ya está bien —cortó Eduardo—. Vamos a desayunar. Tú, Luke, date prisa porque llegarás tarde a la escuela, como siempre.

—Vale —protestó sentándose en su silla.

Cuando terminamos de desayunar y nos quedamos a solas, le dije a Cora que se pusiera el abrigo, que nos íbamos de compras. Avisé al chófer de mi

tío.

—¿Sabes por dónde podemos encontrar tiendas de ropa y esas cosas?

—Por supuesto, caballero, he llevado unas cuantas veces a comprar a la señorita Odette.

—Ah, entonces seguro que te lo conoces de maravilla.

Subimos al coche. Cora no podía parar de sonreír. Atravesamos calles pequeñas y grandes avenidas. La gente se arremolinaba a las salidas del metro. La ciudad estaba viva, con gente yendo de un lado para otro. Al trabajo, a casa, a comprar comida, a pasear a sus mascotas. La primera tienda a la que entramos fue Casa Chanel. Era una tienda de dos plantas. En la planta baja, los sombreros, bolsos y adornos para el cabello, y en la de arriba, ropa. Una señorita discretamente vestida nos acompañó a la planta superior y comenzó a sacarnos un vestido tras otro. Cora se los probaba todos, pero ninguno le gustaba. Demasiado fino, demasiado elegante, demasiado suelto, demasiado ceñido... A mí me parecía que todos le quedaban bien.

—Solo tienes que acostumbrarte. En París todas las mujeres se visten así.

—¿Sí? ¿Todas las mujeres compran en Chanel?

—Bueno, no lo sé, pero las ropas son todas parecidas.

—Ya.

En aquella tienda me encargué de escogerle tres vestidos de gasa, unas medias y dos sombreros.

—Esto es mucho.

—Acabamos de empezar —dije sonriente.

Le di la dirección y encargué a la dependienta que nos enviase lo comprado a casa. Salimos a la calle y entramos en la siguiente tienda. Allí tenían zapatos de mil clases y colores diferentes. De tacón, planos, media caña, botas, botines, zapatos cerrados, y abiertos de cara al verano. En la zapatería fue Cora quien eligió.

Fuimos recorriendo la calle, entrando a tiendas elegantes y otras no tanto, donde Cora encontró ropa con la que se encontraba más cómoda sin que pareciera que iba vestida con harapos. Le sentaban bien los vestidos caídos, de raso, y los que tenían volantes en la parte de abajo. Dio con un par de vestidos, uno azul claro y el otro color melocotón que le sentaban como un

guante. Esos sí le gustaban. Compramos pañuelos para el cuello, guantes de mano y de brazo. Calcetines para el invierno y más medias. Zapatillas para estar por casa, camisones y batas. En una de las tiendas, mientras se cambiaba en el probador, una mujer de unos cincuenta años muy discretamente me dijo que conocía un centro de belleza donde podrían taparle las marcas que llevaba en la cara con unos polvos de maquillaje.

—Apenas se le notarán —dijo—. Y discúlpeme por meterme donde no me llaman.

—No se preocupe, ha sido usted muy amable.

Salimos de la tienda. Cora se había dejado puesto un vestido, unos zapatos y un abrigo nuevos. La dependienta se encargó de deshacerse de la ropa con la que Cora había entrado. Bajamos un par de calles.

—No quiero comprar más, tu tío se enfadará.

—Mi tío se enfadará si no te ve con un vestido diferente todos los días del mes, y no hay que ser desagradecido. —Sonrió.

—¿Adónde me llevas ahora?

—Ya lo verás.

Siguiendo las indicaciones de la dependienta, llegamos a un salón de peluquería. Entramos. Había un puñado de mujeres con rizos en el cabello y otras a quienes les hacían la manicura. Una chica de apenas quince años se acercó a nosotros.

—¿Qué desean?

—De todo —dije—. Maquillaje, peluquería, manicura y cualquier servicio que ofrezcan aquí para señoritas.

—Bien, sígame al mostrador, por favor.

La seguimos y desapareció tras una puerta. Una mujer de unos cuarenta años salió y nos atendió. Observó a Cora y sonrió.

—Vas a quedarte como un pincel, mi niña. —Se acercó a ella y le susurró—. No te preocupes por esas marcas, te enseñaré a taparlas y nadie las verá. —Le guiñó un ojo—. Escuche, mientras yo dejo como nueva a la señorita, ¿por qué no pasa al salón de atrás y le damos un masaje?

Observé a Cora y le traduje todo.

—No va a pasarme nada, date ese masaje.

Pasé por la puerta tras el mostrador y fui a parar a una habitación con una camilla. Una niña de unos dieciséis años era la masajista.

—Si no se quita la camisa, no puedo —dijo.

Una hora después me habían recolocado las vértebras, quitado la tirantez del cuello y dejado como nuevo. La dependienta entró y me dijo que la señorita Cora ya estaba lista.

—No se asombre, pero está preciosa.

Salí de la trastienda y la observé. Miraba tímida al suelo. No se veían sus marcas en la cara. Nada. Me acerqué a ella y le levanté el rostro por la barbilla. Nada, no se notaba nada.

—No eran demasiado profundas —añadió la dependienta.

—¿Podemos comprar esos frascos y los pinceles? Me ha enseñado a dármelos para que no se vean.

Me volví hacia la dependienta.

—Nos llevamos una docena.

Le habían tapado las marcas, realizado los ojos y los pómulos. Le habían pintado los labios de un rojo oscuro que le favorecía y le habían arreglado las uñas. Le habían lavado el pelo con un jabón que olía a lilas, cortado las puntas y rizado por la parte de abajo. Le llegaba por debajo de los hombros y le habían puesto un par de horquillas en forma de mariposas doradas con pequeñas perlas para que el cabello no le molestase en los ojos.

Cuando salimos de la tienda, me abrazó y me dio las gracias.

—No hay de qué.

La siguiente parada fue una joyería.

—No, Esteban, por favor, esto sí que no lo necesito.

La dependienta nos observaba.

—Sáquele collares, pulseras, pendientes, anillos, broches y adornos para la cabeza que vayan a juego con ella.

—A una señorita tan hermosa le pega todo lo que tenemos aquí. —  
Sonrió.

Tras un desfile de joyas con brillantes, zafiros, esmeraldas y ámbar, rodeados de oro, platino y plata, Cora no se atrevía a elegir y fui yo el que las escogió. Salió de allí con unas rosas de esmalte en las orejas y el collar de oro

a juego, dos pulseras de brillantes y un anillo de zafiros.

—Esto es abusar.

—Esto es un día cualquiera de compras de Beatrix y Odette. ¿Y sabes qué te digo? Que para que se lo gasten ellas, te lo quedas tú. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo encogiendo los hombros.

Subimos al coche y pedí al chófer que nos llevara a algún buen restaurante. Quince minutos después estábamos entrando en un restaurante repleto de mujeres con trajes y vestidos de seda.

—Levanta la cabeza, Cora, que no te vean con miedo.

—Es fácil decirlo.

Alcé de nuevo su barbilla y le dije que aguantase así. Estaba deslumbrante, solo le faltaba darse cuenta. Un camarero nos abrió la puerta y llamó con los dedos a otro de los que había en el interior esperando a los clientes. Se acercó a nosotros un camarero joven con cara de chiste. Presentó sus respetos a mi acompañante y le besó la mano enguantada.

Después me observó a mí y me pidió que le siguiese. Nos colocó en una de las mesas del centro del lugar. Las mujeres miraban a Cora a su paso. Una chica mucho más joven que ellas, más hermosa y con más clase, y no sabían nada de su pasado. La envidiaban. Y los hombres la deseaban. Tenía una silueta bonita. No era alta, pero sus formas estaban bien definidas y el vestido le favorecía. Se sentó en la silla y el camarero la acercó a la mesa. Nos tendió las cartas. Cora no podía leerlo y me miró. Pedí ensalada de la casa, que se anunciaba hecha a base de cogollos de Tudela y tomates de la huerta andaluza.

—Como en casa —dije.

De segundo, pedí una langosta para cada uno; de guarnición, patatas asadas con romero y berberechos. El camarero recogió las cartas y Cora me preguntó qué había pedido.

—No sé comer langosta —me susurró.

—¿No has trabajado en una pescadería?

—Sí, pero no me comía la mercancía y las langostas las vendíamos por piezas, no preparadas para comer.

Llamé al camarero y se presentó en el acto. Le pedí que trajese las

langostas abiertas.

—Solucionado.

Mientras esperábamos, nos abrieron una botella de vino, también traída de España y agua mineral de los Alpes suizos. Cora sentía cómo la observaban y comenzó a agachar la cabeza para intentar pasar desapercibida, pero era imposible.

—¿Se me ha ido el maquillaje? ¿Se me ven las marcas otra vez? —susurró.

—Cora, te miran porque estás espectacular. ¿No te has visto en la peluquería? Los que están aquí o te envidian o te desean.

Sopló.

—¿Envidiarme a mí? Se nota que no me conocen ni saben a lo que me he dedicado.

—Exacto, Cora. Nadie te conoce aquí, nadie sabe quién eres ni lo que has hecho hasta ahora. Aquí no tienes pasado, y a nadie le importa. Solo importa lo que ven ahora y lo que verán de ti después. Olvídate de Zaragoza, olvídate de cuanto conociste y viviste allí.

Aquellas palabras parecieron convencerla. Asintió y levantó la cabeza, ignorando a los que había a nuestro alrededor, mientras compartíamos la comida.

La llevé a dar un paseo por uno de los parques que había en la ciudad. Hacía frío, pero no demasiado. Llegamos a casa al atardecer. Estábamos solos y esperamos en el salón, viendo el televisor, hasta que mi tío, Luke, Beatrix y Odette regresaron a casa para cenar. Todos se quedaron en silencio al ver a Cora.

—Dios mío, qué belleza —dijo mi tío. Cora se sonrojó—. Ah, si me pillaras con treinta años menos, vida mía, no te iba a dejar escapar—. Beatrix lo miró de reojo. Se acercó a ella y la cogió por la mano y por la cintura—. Anda, Esteban, pon música en el gramófono, algo bonito, para una bonita dama y su viejo acompañante. —Cora rio—. ¡Vamos a qué esperas!

—¡Ya voy!

Cogí un disco que sabía le gustaba a Eduardo. Las trompetas, flautas y saxofones comenzaron a sonar. Aquella música sin mucho sentido a mí no

terminaba de gustarme, pero a mi tío le encantaba. Bailó con Cora durante al menos diez minutos, mientras Odette los miraba con la boca abierta y Beatrix se retiraba a su dormitorio para ponerse más cómoda.

Luke se acercó a mí y me cogió las manos, pegando saltos para que bailase con él. Le seguí, imitándole y dando vueltas. Cuando el disco terminó de girar, nos dejamos caer en el sofá, riendo.

—Bueno, Cora, ahora que ya nos conocemos un poco mejor, aprovecho para decirte que ya estás matriculada en la escuela donde Esteban también va a dar clases, aunque tú tendrás que empezar desde el principio y no irás al mismo curso que Esteban. Pero será Eric el que te dé las clases. Por cierto, está ansioso por verte y que le cuentes cosas sobre tu viaje, Esteban.

—Mañana mismo le visitaré.

—No hace falta que corras tanto, hijo. Mañana por la mañana quedaos en casa a descansar los dos tranquilamente, a hacer el vago y esas cosas que hacéis los jóvenes o, si quieres, aprovecha para enseñarle a Cora la ciudad. Ah, y no te olvides de que mañana a las cinco de la tarde vamos a ver a Laure en su representación como Aurora en *La bella durmiente*. Es muy importante para ella.

—Lo sé, no te preocupes.

—Bueno, me voy a cambiar de ropa. Ahora bajo y cenamos. Venga, Luke, sube tú también.

—Ya voy —dijo corriendo a su lado.

Nos quedamos a solas.

—¿Así que se llama Laure?

Asentí.

—Si la tratas igual que a mí, será la chica más feliz del mundo.

Le di un beso en la mejilla y subimos para cambiarnos de ropa. Mientras me ponía un pantalón viejo con el que me encontraba más cómodo, pensé que mi tío tenía razón: podía aprovechar el día siguiente para pasarlo con Cora y enseñarle mis lugares favoritos. Tenía ganas de ver a Eric y contarle lo que había averiguado, pero no pasaba nada por contárselo un día más tarde. Aquello me recordó que tenía que ir a Correos para ver si lograba dar con Cristóbal, aunque después de tantos años sería inútil contarle que todo el

mundo lo daba por muerto y que Selene estaba viva. Tal vez solo estropease las cosas.

## 46

Aquella mañana llevé a Cora a ver los interiores del Palais Garnier. A la entrada, el portero, que ya me conocía de cuando iba a visitar a Laure, nos dejó pasar sin ningún problema mientras observaba a Cora de reojo. Lo primero que hice fue mostrarle los asientos del palacio y desde la planta de abajo le conté que el central y justo frente al escenario era el lugar donde se sentaba Napoleón Bonaparte. Le mostré nuestro palco, que mi tío tenía siempre reservado, y desde donde podía verse todo el escenario de cerca y hasta podía olerse el perfume de rosas que algunos de los patrocinadores regalaban a sus bailarinas preferidas.

En la parte trasera del edificio, las bailarinas, entre ellas Laure, practicaban los pasos de baile antes del gran estreno de esa noche. Vestían mallas ajustadas que les marcaban la silueta y medias. Estuvimos un rato observando sentados al fondo, hasta que el maestro les dijo que podían retirarse a descansar unos minutos.

Laure se acercó a nosotros y nos pusimos en pie.

—Hola —me saludó.

—Laure, esta es Cora. Amiga mía de Zaragoza que ha venido para quedarse en París.

Laure sonreía hacia fuera, pero se le notaba un aire de rechazo en su rostro.

—Esta noche vendremos a verte.

—Perfecto —dijo—. Será una actuación brillante, llevo mucho tiempo ensayando para ser la mejor.

Alejé a Laure unos metros de Cora y le dije que no tenía que ser grosera

con ella, que no era más que una amiga.

—¿Seguro? —preguntó.

—Seguro, ya la conocerás.

Sonrió y regresamos con ella.

—Hola, me llamo Laure —se presentó dándole un ligero abrazo.

—Yo soy Cora.

—¿Vendrás tú también esta noche?

—Sí. La verdad es que nunca he visto un *ballet*, pero, por lo que Esteban dice, tiene que ser muy interesante.

—Lo es, y la música, maravillosa.

—Estoy deseando verlo.

—Te encantará. Ya lo verás.

A la salida del teatro, Cora se sentía contenta de haber conocido a Laure y me dijo que parecía ser una buena chica. Paseamos, aprovechando que había salido el sol, hasta llegar al Sena. Caminamos por la orilla, viendo a los patos nadar e ignorarnos a nuestro paso. En un puesto de flores ambulantes le compré una docena de margaritas amarillas. Después pensé en mostrarle una de las zonas que más me gustaban de París. El barrio de Montmartre estaba lleno de escritores, pintores y cafés donde poder pararte a observar desde sus cristaleras, o terrazas en verano, a la gente que pasea por las calles. Entramos en uno de los locales, tomamos un té caliente y después continuamos nuestro paseo hasta el centro de la ciudad.

Caminando, llegamos hasta la sede central de Correos de París.

—¿Te importa si entramos un momento? Tengo que preguntar una cosa.

—No tienes que preguntármelo, entramos y listo.

Al entrar en el edificio, sentí añoranza de mi antiguo puesto de trabajo en Zaragoza. No había mucha gente y nos atendieron enseguida. Un hombre vestido con camisa blanca y chaleco azul, bigote fino y canoso sobre el labio bien afeitado y gafas nos atendió.

—Estoy interesado en conocer la dirección del usuario de una dirección postal. ¿Si le facilito el número postal puede decirme dónde vive la persona?

Me miró con incredulidad.

—Si fuese un oficial nazi pensaría que eres algún espía, chaval. Anda,

lárgate de aquí.

—¿No puede dármele? Es muy importante —insistí.

—Mira, chico —dijo apoyando los puños en el mostrador—. Se ve que no eres de aquí, por el acento, así que voy a hacer como que no has venido. En este país no se dan esa clase de datos al primero que pregunta por ellos. Además, no hay ninguna dirección asociada al código postal, por eso tiene un apartado postal, pedazo de alcorcho. Solo lleva relacionado un nombre. Punto.

No había caído en eso último. Aunque me asegurase de que ese apartado correspondía a Cristóbal Sanmartín no me darían una dirección donde localizarle. Llegados a ese punto, decidí echar mano de mi amigo, el que me había acompañado a Zaragoza y me había conseguido la dirección de ese médico. A mí me daba demasiada vergüenza usar el soborno, seguro que ni aun con esas conseguía sacar la información.

Salimos del edificio.

—¿Qué habéis hablado?

—Tengo que saber a quién pertenece un apartado postal, pero, al parecer, no facilitan esa información.

—Oh. ¿Y es muy importante?

Encogí los hombros.

—No sé hasta qué punto serviría de algo dar con esa persona, la verdad. Pero tengo la curiosidad.

—Comprendo.

—¿Sabes? Vamos a ver a Oliver, seguro que está en la biblioteca devorando algún libro sobre apariciones o algo por el estilo. Vamos a invitarle a venir al *ballet* esta noche y de paso le pediré que intente dar con esa persona. Seguro que le sale redondo.

Nos introdujimos por la boca del metro más cercana e hicimos transbordo en un par de paradas hasta que salimos de nuevo a la superficie. La biblioteca me seguía pareciendo un edificio impresionante cada vez que lo veía al ascender del metro.

—Vaya —dijo Cora—. Es realmente impresionante.

—Ya verás por dentro.

Mientras ella examinaba los ventanales y las figuras talladas en piedra que nos observaban desde las paredes o los pilares que la sostenían en pie, me dirigí directamente a la mesa de Nicolás. Alzó los ojos un instante y me vio. Dejó un papel que estaba rellenando y se levantó.

—Me alegro de verte de vuelta —dijo sonriente—. No te ha ocurrido nada, por lo que veo.

—No, no debiste preocuparte tanto. Ya me ves, y he regresado con una amiga. Se llama Cora.

—Oh, señorita. Es un placer conocerla —dijo besándole la mano.

—Igualmente. Veo que habla usted español muy bien.

—También habla inglés —dije—, pero no le gusta presumir.

—Anda anda, cállate ya. Ahí al fondo tienes a Oliver, como siempre. Esta mañana ha venido y me ha contado que os ha ido bien en Zaragoza. También me ha dicho que ha contactado con un par de fantasmas. Este chico cada día cree más en esas paparruchas.

—No digas que son paparruchas delante de él o se enfadará.

—Lo sé, lo tengo muy presente.

Atravesamos los pasillos hasta llegar al lado de Oliver. Apoyé la mano sobre su hombro y me observó durante un instante.

—Shhh, déjame acabar este párrafo.

Miró tras de mí y vio a Cora. Sorprendentemente, cerró el libro y la saludó.

—Hola, Cora —dijo mientras se le caía la baba al suelo.

—Hola, Oliver. Me alegro de verte.

—Igualmente.

—¿Qué tal si nos vamos al café de aquí al lado? Tengo que pedirte una cosa.

—Lo que tú quieras —añadió echándome a un lado y cogiendo a Cora del brazo, listo para salir de la biblioteca.

A la salida, intercambié una mirada de asombro con Nicolás, que había observado la escena desde su mostrador. Salimos a la calle. Caminaban por delante de mí. Oliver hablaba con ella del buen día que hacía. Nunca en todo el tiempo que lo conocía me había hablado del tiempo. Hablaba de fantasmas,

de espiritismo y de su madre muerta, con la que no conseguía contactar.

Entraron en el café y les seguí. Una vez nos acomodamos, el camarero vino a tomarnos nota. Tres cafés con azúcar.

—¿A qué debo vuestra visita? —me preguntó al fin.

—Anda, si te has dado cuenta de que estoy presente.

—¿Qué dices? Ya te había visto en la biblioteca.

Puse los ojos en blanco.

—Es igual. Vengo a preguntarte si quieres venir con nosotros esta noche al *ballet*.

—¿Tú también vas? —preguntó a Cora.

—Sí.

—Entonces permíteme ser tu acompañante.

—Claro —dijo ella.

—También he venido a pedirte un favor.

—Tú dirás.

El camarero nos trajo los cafés y una azucarera llena.

—He ido a Correos a preguntar por un apartado postal. Creo que sé quién es el dueño, pero no estoy seguro.

—Y quieres confirmarlo. Dalo por hecho, amigo...

—... el Soborno y tú lo conseguiréis. Y cuando consigas el nombre del dueño, ¿podrás averiguar dónde vive?

—Pues claro —dijo ofendido—. ¿Por quién me tomas? ¿Por un paleta como tú?

Cora rio.

—¿De quién crees que se trata?

—De Cristóbal Sanmartín. El chico de la historia que te conté.

—Ah, sí, el despechado. O también podría admitirse «desterrado».

—Llámalo como quieras.

Nos retiramos pronto, como era costumbre las noches de *ballet*, para arreglarnos para asistir al estreno. Yo me puse uno de los trajes que tenía sin estrenar, de color claro, con unos gemelos que mi tío me había regalado al poco de mi llegada a París. Luke llevaba un traje parecido al mío, pero nunca se ponía gemelos, no le gustaban, y prefería llevar los puños abiertos. Como

de costumbre, Odette estuvo protestando buena parte de la tarde, quejándose de que no tenía ningún vestido lo suficientemente bonito para asistir al estreno de *La bella durmiente*.

—No te preocupes tanto por eso, Odette. Nadie va a mirarte a ti, mirarán las piernas de las bailarinas. A todos les dará igual el vestido que lleves — dijo Luke.

—¡Cállate, pedazo de idiota!

—Además —dijo con regocijo—, he visto a Cora, y si quieres que alguien te mire deberías entrar antes de que lo haga ella.

Bufó.

—Qué tontería. Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. ¿No lo habías oído? Si no fuera por el maquillaje que lleva, seguiría igual de fea que cuando vino. ¿Qué hará cuando llueva? ¿No salir a la calle? ¿Y qué pasará cuando conozca a algún chico? ¿Irá siempre pintada hasta la noche de bodas? —Rio.

Salí de mi habitación al escuchar aquella conversación y entré en la de Odette, que estaba terminando de colocar una horquilla en su cabello. No le di tiempo a hablar. La cogí de las muñecas y le sostuve las manos en el aire para que no pudiera defenderse.

—Escúchame, niñata de tres al cuarto, no insultes a Cora nunca más, o te aseguro que yo mismo me encargaré de que necesites maquillaje hasta para dormir. ¿Estamos?

No respondió. La solté y me dispuse a salir bajo la mirada de asombro de Luke, que reía. Noté cómo Odette respiraba hondo a mi espalda.

—Pero es verdad. —Me detuve—. Puede ponerse todo el maquillaje que quiera, siempre tendrá esas marcas. No podrá bañarse en un río ni salir de casa sin el bolso lleno de esos potingues para retocarse. Siempre estará marcada.

Había cerrado los puños sin darme cuenta. Me volví y le di un bofetón que la tiró al suelo. Ahora sí estaba acobardada. Me arrodillé a su lado.

—A diferencia de ti, a Cora la querrán como es, y no por el dinero que tenga o los adornos que se ponga, como haces tú. Eres una niña insulsa, estúpida y frágil, que cada vez que se encuentra un puñado de pelos en su

cepillo acude a llorar a las faldas de su madre asustada, pensando que se va a quedar calva. Eres una estúpida y siempre vas a serlo. Y eso, Odette, sí que no tiene remedio y es un problema. Se aprovecharán de ti, se reirán de ti y después te dejarán tirada porque es lo único para lo que sirves. No vales nada. No vales los vestidos que te compras con el dinero de mi tío, ni te mereces llevar esas joyas que tanto te gustan. No eres nada y seguirás siendo nada, y dudo que a alguien le importe. Deja a Cora en paz. No volveré a repetírtelo.

Me puse en pie y, al hacerlo, Luke se levantó del sillón en el que descansaba y salió al pasillo. Cerré la puerta tras de mí y Luke comenzó a reírse a carcajada limpia.

—Primo, de mayor quiero ser tú —dijo.

—Anda, vamos.

Llamé a la habitación de Cora.

—¿Estás lista?

—Desde hace media hora, pero tú no acababas.

Abrió la puerta. Llevaba un vestido rojo de raso brillante. Sobre los hombros se había puesto un echarpe de pelo negro, a juego con los zapatos. Se había recogido el cabello en un moño tras la nuca y colocado unos pendientes de rubíes que yo mismo había elegido.

—¿Vamos? —preguntó cerrando la puerta y dirigiéndose escaleras abajo.

Luke me observaba con sonrisa pícaro.

—Ya me has oído antes cuando se lo decía a Odette. ¿A que está perfecta?

—Ya lo creo —dije ladeando la cabeza.

La familia al completo cruzamos la calle y entramos en el Palais Garnier. Un séquito de acomodadores nos condujo al palco de Eduardo y nos sentamos. Odette no podía evitar mirar a Cora de reojo. Oliver no tardó en aparecer. Dio un «buenas noches» general y se sentó al lado de Cora.

—Hola, Oliver, buenas noches —dijo dulcemente Odette.

Oliver se volvió y la miró durante un segundo.

—Ah, hola, Odette, no te había visto.

Luke, a mi lado, se rio sin poder disimularlo y Odette le dio en la cabeza con el programa de la actuación.

—Vamos, chicos, comportaos —dijo mi tío.

Poco después las luces se apagaron, la música comenzó y el telón se alzó. Podía sentir cómo Cora se emocionaba con la música y con los trajes que salían al escenario. Nunca había visto trajes brillantes llenos de adornos ni tutús. Al descanso preguntó si se había acabado ya y Odette, siguiendo en su línea, se rio.

—Es solo un descanso, después hay otro acto.

—¿No tenéis *ballet* en España? —preguntó Odette.

Cora encogió los hombros, intentando ignorarla.

—Supongo que no. ¿Y cómo os entretenéis allí? Aunque, claro, teniendo en cuenta que eres una criada no tendrías tiempo de acudir a muchos espectáculos entre limpiar orinales y suelos, ¿verdad?

Cora la ignoró por completo, pero Luke, que ya había cogido cariño a Cora, un cariño que nunca sintió por Odette, se retorció en su asiento y alargó el brazo para tirarle del cabello con toda la fuerza que pudo. Odette chilló de tal forma que incluso los miembros de la orquesta que no se habían levantado de su asiento alzaron la vista para ver qué pasaba.

Si mi tío y Beatrix hubieran estado presentes, la cosa no hubiera ido a más, pero en el descanso mi tío acostumbraba a salir al pasillo para estirar las piernas y desentumecerse las rodillas. Odette se lanzó a por él pasando por encima de mí y cayeron al suelo.

Me metí en medio para intentar separarlos, pero me llevé una patada en el estómago por parte de Odette y tuve que retirarme a un lado e incorporarme para no vomitar. Oliver y Cora me ayudaron a incorporarme y sentarme en la silla. Odette volvió a chillar y todos pudimos ver que Luke le estaba arañando la cara mientras ella intentaba estrangularle.

Oliver cogió por la cintura a Odette y la sacó en volandas de allí mientras luchaba por liberarse.

—Gracias, Oliver, eres todo un caballero. —Sonrió.

—No hay de qué; además, me he quedado muy a gusto. Esteban, estás blanco.

—No sé por qué no me extraño —dije.

Escuchamos a mi tío alzando la voz en el pasillo, regañando a Odette y

diciéndole que si no se sabía comportar no podría volver al teatro. Poco después entraron. Odette se quedó junto a su madre, en la otra punta del palco, y pudimos ver el resto de la actuación tranquilos. Al final de la obra y de los aplausos que Laure se llevó especialmente, pues había estado magnífica, Cora me preguntó si podíamos ir a verla.

—Claro —dije—. Vamos.

Fuimos Cora, Oliver, Luke y yo a su camerino. Yo ya había estado allí y me conocía el camino. Llamé a la puerta y ella abrió poco después. Se había quitado ya el tutú y llevaba puesta una bata blanca.

—¿Habéis venido? —preguntó—. Pasad, vamos.

Cora fue directamente a la percha donde colgaban todos sus vestidos de la actuación.

—Has estado magnífica —dije.

—Gracias. Me alegra que hayas venido.

—Ya te dije que lo haría.

—Lo sé.

La sujeté por la cintura y la besé en los labios. Luke me empujó suavemente.

—Eh, eh, eh. Que soy muy pequeño para ver esto.

—Pues cierra los ojos —dije.

La observé de nuevo. Estaba preciosa, tenía el cabello recogido y brillante de la purpurina que usaban las bailarinas. Estaba contento de darme cuenta de que era con ella con quien quería estar. Laure, a la que no se le escapaba nada, se dio cuenta de cómo miraba Cora los trajes. Se acercó a ella.

—¿Quieres probártelos?

—No, no quiero estropearlos ni mancharlos. Pero son preciosos. Y las zapatillas. Nunca las había visto. ¿Es fácil mantenerse en ellas de puntillas?

—Para mí es tan fácil como andar, por la práctica.

Cora observaba cada detalle de los trajes y contaba las capas de tul que llevaban los tutús.

—¿Sabes coser? —le preguntó Laure.

—Sí, mi madre me enseñó de niña.

—Bien. Verás, me gustaría proponerte algo, si te parece bien.

Cora me observó un instante.

—Tú dirás —le dijo.

—Están buscándome una ayudante de vestuario para que se ocupe personalmente de mis trajes, del maquillaje, de que no me falte nada en el vestuario. Todas esas cosas. De hacerme los trajes nuevos... ¿Te gustaría hacerlo tú?

Cora se sorprendió y no supo muy bien qué decir.

—También me maquillarás. Veo que sabes hacerlo muy bien.

—Una peluquera me ha enseñado hace poco. —Sonrió.

—También podrás ayudarme con el cabello. ¿Te gusta la idea?

Cora miró al suelo, sorprendida por todo lo que Laure le estaba ofreciendo.

—Sí, claro, si me dejan que sea tu ayudante. Tal vez quieran a alguien más profesional. Yo no sé hacer estos trajes que se sujetan solos en alto.

—No te preocupes, ya me encargaré yo de que la modista principal del *ballet* te enseñe. Y serás la mejor de todas. Lo sé, ya lo verás.

Tras la actuación, las bailarinas estaban invitadas a una fiesta que se celebraba después de cada estreno o cada vez que una bailarina o bailarín ascendía puestos. Laure nos pidió que nos quedásemos con ella.

El salón estaba repleto de gente elegante con la que no acostumbraba a tratar codo a codo. Entre ellos había algún conocido, amigo o socio de mi tío, que también estaba allí con Beatrix. Compartimos una cena ligera a base de arroz, de avena y verduras a la plancha. Laure parecía estar más hermosa a cada minuto, tal vez fuera la luz. Cuando acabó la velada, Cora era oficialmente su ayudante y debía presentarse en el camerino de Laure a las cinco de la mañana del día siguiente. Por las tardes, de siete a nueve, Eric le daría clases en la escuela los lunes, martes y jueves, y el resto de los días de la semana se las daría de cinco a nueve, como había acordado con mi tío, lo que le cuadraba de maravilla con el horario de trabajo que iba a tener. Por su parte, Oliver se ofreció a acompañarla los días de fiesta al cinematógrafo, espectáculos o a dar un paseo por el parque o las grandes avenidas. Parecía que los dos comenzaban a apreciarse. Y yo tenía a Laure.

Me desperté temprano. Algo no me dejó dormir tranquilamente durante aquella noche, como si tuviera un grupo de alimañas haciendo carreras en mis intestinos. Escuché cómo Cora salía de casa, lista para ir a su nuevo trabajo. Media hora después, me levanté y bajé a la cocina. Cora había fregado los cacharros que había usado para su desayuno y los había puesto sobre un paño para escurrirlos. Me preparé tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche y azúcar, una manzana y un zumo de naranja. Estaba hambriento; la cena de la noche anterior había sido ligera. Como tenía tiempo de sobra, me dispuse a preparar unas galletas de canela que en muchas ocasiones había ayudado a Remedios a preparar. Mezclé la harina, los huevos, la leche y la mantequilla. Dejé reposar la masa media hora mientras el horno se calentaba y después le añadí el azúcar y la canela. Otra media hora después había un kilo de galletas recién hechas que sabían a gloria. Miré el reloj, eran las siete.

Salí de casa cuando el día apenas había amanecido, aunque se veía despejado. Evité coger el metro y fui dando un paseo hasta la editorial, donde sabía que encontraría a Eric. Era el tercer día desde mi regreso y todavía no había ido a verlo para contarle mis hazañas en tierras españolas. Un cosquilleo me recorrió el estómago al recordar la apertura de tumbas que había llevado a cabo con Oliver. Un rato después me planté ante la puerta de la editorial. La única luz que había encendida era la del despacho de Eric, en la última planta. Empujé la puerta y comprobé que estaba cerrada. Pulsé el interruptor del timbre y esperé. Nada. Volví a llamar, esta vez con insistencia, y poco después escuché que se abría una ventana en lo alto.

Di unos pasos atrás y vi que Eric se había asomado para ver quién

llamaba.

—Espera un minuto, ahora mismo bajo.

—Bien.

Aguardé en la entrada y vi a través del cristal de la puerta cómo las luces de las escaleras se encendían. Eric venía hacia mí sonriente. Me abrió la puerta.

—Justo a tiempo, acabo de hacer café —dijo.

—Me alegro de verte —dije.

—Yo también. Venga, vamos arriba.

Subimos las escaleras y nos acomodamos en su despacho, que hacía las veces de habitación. Me sirvió una taza de café y se sentó a mi lado en el sofá.

—Tu tío vino a verme y me dijo que habías venido con una chica, Cora. Me alegro de que la hayas encontrado y traído contigo.

—Sí, di con ella, pero no estoy con ella. Estoy con Laure.

Me miró extrañado.

—Ya sé que te dije que la echaba de menos. Y la echaba, pero al alejarme de aquí creo que por fin mis pensamientos se pusieron en orden.

—Ya veo.

Suspiré y observé la habitación a mi alrededor. Observé a través del enorme ventanal cómo media esfera del sol comenzaba a trepar tras Notre-Dame sobre el resto de los tejados de la ciudad. La vista era espectacular.

—Y respecto al tema que nos traemos entre manos, ¿has descubierto algo?

—Ya lo creo —dije clavándole la mirada—. Espero que tengas un buen rato para escucharme.

Le conté mi visita a Roncesvalles y la profanación de las tumbas, la visita al médico, la historia que me contó la doncella de Campillo, lo poco que me contaron los niños del colegio donde daba clases de religión y la certeza de que Selene estaba viva. O, al menos, que no había muerto en 1925 porque yo la había visto en 1936 o 1937.

También le conté que Cristóbal tampoco había muerto, que había visto una carta firmada por él reposando en la mesa del salón de Roncesvalles y

que en el remitente no había más que un apartado postal.

—He ido a Correos para intentar que me confirmasen el nombre del dueño del apartado postal, pero no tuve suerte. Nunca me hacen el menor caso. Pero Oliver está trabajando en ello. Aunque yo creo que no servirá de nada dar con él después de tantos años pensando que Selene está muerta. Además, ella lo abandonó para irse con Campillo y después murió. ¿Sabes lo que creo? Que Gabriel tiene algo que ver con la muerte de Selene, y sobre todo con la de Rosa. ¿Por qué si no contar tantas mentiras?

Observé a Eric. Estaba tenso y con los puños apretados, observando el vacío.

—¿Te encuentras bien, Eric? —pregunté apoyando la mano sobre su hombro. Salió de sus pensamientos.

—Sí. Estoy bien. Es que parece mentira lo que estás contando. Entonces ¿qué pasa? ¿Ella está viva o no?

Encogí los hombros.

—Su versión fue que se había marchado a Asturias, a una casa que tenían sus padres, adonde iban a jugar de niños. Yo no sé qué pensar. Oye, ¿tú qué harías si Oliver localiza a Cristóbal? ¿Le contarías que ella está viva y que todo el mundo cree que él ha muerto?

Negó con la cabeza.

—No. Creo que es mejor que le digas a Oliver que no se moleste. No creo que sea bueno remover el pasado de ese chico. Tal vez ahora tenga una vida nueva y sea feliz. Comenzar a contarle todo esto, una historia que en el fondo ni nos va ni nos viene, no creo que le haga ningún bien.

Calibré sus palabras. Tenía razón. En ese momento, la directora de la editorial abrió la puerta de golpe.

—Eric, ¿otra vez has pasado aquí la noche?

—No, he venido temprano para terminar de repasar la nueva novela. La tienes sobre mi escritorio.

—Ah, estupendo, me la llevo y la paso a corrección.

—Ya está corregida —dijo Eric.

Ella sopló.

—Ya sé que no te gusta que pase por corrección, pero cuatro ojos ven

mejor que dos.

—Tú eres quien manda. Haz lo que creas que tienes que hacer.

—Gracias —respondió.

A mí ni me miró. Se marchó cerrando la puerta tras ella.

—Gracias por el café, Eric. Me marchó ya y te dejó trabajar. Esta tarde te veo en clase de francés.

—De acuerdo. Hasta esta tarde. Yo voy a aprovechar que ya he terminado el manuscrito para hacer un par de recados que me ha pedido mi mujer y después iré a casa a descansar.

Salí de la editorial, que seguía desierta salvo por el perfume de la dueña, que ya se había encerrado en su despacho y hablaba por teléfono. Cogí un autobús en dirección a la casa de Oliver. La avenida en la que vivía tenía los árboles más grandes de todo París. Las ramas se entrecruzaban en lo alto en verano y daban una sombra fresca donde Oliver y yo habíamos pasado más de una tarde huyendo de un repentino día de calor. Me crucé con un par de viandantes acompañados de sus perros. Me saludaron y les respondí con un «buenos días».

Me planté ante la casa de Oliver, empujé la verja y subí hasta el porche. Los perros guardianes que tenían para vigilar la casa durante la noche ya me conocían y, en lugar de ladrar a mi llegada, me acompañaron hasta la puerta. Llamé con los nudillos y una doncella me abrió.

—Buenos días, señorito. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Entré.

—¿Puedo ofrecerle el desayuno?

—Gracias, pero hoy he desayunado dos veces. ¿Está Oliver?

—Lo siento, señorito, pero se ha marchado hace ya un buen rato.

—Ya. ¿Y no le ha dicho adónde iba o cuándo va a regresar?

—Me dijo que no tardaría demasiado, que quería ir a la biblioteca a recoger unos libros. Puede esperarle en su habitación si le apetece.

—Sí, creo que me quedaré a esperarle.

—Bien, pues suba, y si quiere algo ya sabe que no tiene más que pedirlo.

Subí las escaleras y me metí en el dormitorio de Oliver. La cama ya

estaba hecha y tenía unos zapatos brillantados a los pies del armario. Me acerqué a la estantería y leí los lomos de alguno de los libros que tenía allí. Todos hablaban de esoterismo. Ni una sola novela o cuento que pudiera coger para entretenerme mientras esperaba.

Me senté a los pies de la cama y entonces me di cuenta de que el sueño, tras una noche en vela, venía a por mí. Bajé la persiana, cogí una manta del armario y me tumbé en la cama dispuesto a descansar un poco. Me quedé dormido.

## 48

—¡Despierta, despierta! —Oliver tiraba de mi brazo y me observaba a través de sus gafas negras. Había encendido la lamparilla de la mesilla.

—¿Qué pasa? —pregunté incorporándome sin ganas, quería dormir.

—Vengo de Correos y no vas a creerte lo que he descubierto.

—¿Has dado con Cristóbal? —pregunté con los ojos medio cerrados.

—Ya lo creo.

Me senté.

—Escucha. Te agradezco mucho que te hayas tomado las molestias, pero he hablado con Eric esta mañana y me ha dicho que, si damos con Cristóbal y le contamos todo, no haremos sino remover viejas heridas, y, al fin y al cabo, fue ella quien lo dejó.

—¿Eso te ha dicho? Qué oportuno.

—¿Por qué dices eso?

Respiró hondo.

—He ido esta mañana temprano a Correos y un viejo canoso me ha atendido. Me ha dicho que ayer un chico de mi edad ya trató de sonsacarle esa información, pero que no se la había dado a él ni me la iba a dar a mí. Cuando he sacado un sobre con dinero, se ha reído y se ha marchado hacia el almacén murmurando para sí. Así que, viendo que no iba a sacar nada, he pensado en esperar a que se fuese a almorzar y cuando lo ha hecho, un hombre de unos treinta años le ha sustituido. Me he acercado y le he repetido lo mismo. Me ha dicho que no estaba autorizado a dar esa información, pero cuando le he tendido el sobre, ya sí estaba autorizado para darla. Ha sacado de un armario un enorme libro con los apartados postales y los nombres de

sus dueños. Efectivamente, ese apartado postal está a nombre de Cristóbal Sanmartín. Le he dado las gracias y me he dispuesto a marcharme. Cuando iba a salir por la puerta me ha llamado de un grito y me ha dicho que regresara.

»—¿Qué pasa?

»—Que no te he dado bien la información. Hubo un cambio de nombre para este mismo apartado postal. Hace ya años.

»—¿Y quién es el dueño? Porque la carta que vi era reciente —dije.

—¿Tienes todos los sentidos despiertos? Porque los vas a necesitar. Los dos le conocemos.

Salté de la cama de Oliver como un rayo. No podía creerlo. Me sentía engañado, vendido y estúpido. Descendí por las escaleras del metro y escuché cómo arrancaban los vagones. Tuve que esperar diez interminables minutos hasta que llegó el siguiente. Me metí dentro y me quedé de pie, agarrado a una de las barras de metal frío. Un rato después, tras seis paradas, ascendí a la calle y giré a la derecha para entrar en la que buscaba. Había gente por todas partes. Las tiendas estaban llenas, y los cafés también. Un grupo de niños jugaban en la plaza bajo la mirada de sus padres y corrían tras las ardillas que trepaban a los árboles. Caminé unos cincuenta metros y me planté ante la puerta roja del edificio. Saludé al portero, que ya me conocía, y ascendí hasta el segundo piso, tomé el pasillo que se extendía hacia la izquierda y llamé a la primera y única puerta. Como tantas veces había hecho antes.

La mujer de Eric abrió la puerta.

—Ah. Hola, Esteban. ¿Quieres pasar? Aunque te advierto que Eric no está.

—¿Y sabes dónde puedo encontrarlo? He estado antes con él en la editorial, me ha dicho que iba a venir a casa.

—Sí, y ha venido, pero la editora lo manda a Lyon unos días para que visite a un escritor y arreglar unos asuntos de la editorial con su delegación en esa ciudad.

—Ya —dije sabiendo que era mentira—. Entonces está en la estación, ¿no?

—Sí, me ha dicho que cogía el primer tren que saliera, para regresar lo

antes posible.

—De acuerdo, gracias.

—¿No quieres quedarte un rato? Acabo de sacar magdalenas del horno...

La dejé con la palabra en la boca, olvidando mi educación. Bajé las escaleras lo más deprisa que pude y tomé un taxi hasta la estación. Quince minutos después estaba entrando en Austerlitz. Había gente caminando de lado a lado con maletas y sacos. Me dirigí al mostrador de información y allí le pregunté a un hombre encorbatado por el próximo tren que salía hacia Zaragoza, España.

—En una hora. Puede comprar el billete allí al fondo.

—Gracias.

Sabía perfectamente dónde comprar el billete. Me puse a la cola tras dos personas y pedí solo un billete de ida. Al menos, llevaba suficiente dinero encima para pagarlo. Me di media vuelta y busqué las escaleras que descendían al andén correspondiente. Al asomarme para mirar abajo, vi la silueta de Eric, entre muchas otras que esperaban en el andén. Llevaba con él una pequeña maleta. Tenía la cabeza agachada.

Entonces fue cuando me detuve a pensar un instante. Tal vez no debiera meterme más de lo que ya había hecho, era cosa suya. Pero un segundo después decidí que, si me había enviado a España para descubrir lo que había descubierto, me había ganado todo el derecho del mundo a ir con él y terminar de enterarme de todo y de lo que iba a pasar a continuación como testigo de primera fila. Al ver a un padre sosteniendo la mano de su hijo que acababa de caerse y hacerse una herida en la rodilla, pensé en mi tío y en que había decidido regresar a Zaragoza sin avisar a nadie. Salí de la estación y detuve a un taxi.

—¿Adónde va? —preguntó.

Le tendí dos billetes antes de decir nada más.

—¿Tiene un papel y algo para escribir?

—Claro. Tenga.

Cogí la pluma que se sacó del bolsillo y en un pedazo arrugado de papel escribí un mensaje para mi tío.

Me marchó a Lyon con Eric para ayudarlo en unos asuntos de la editorial. No te preocupes, tengo dinero de sobra para unos días.

Esteban

Le tendí la nota y le di la dirección a la que debía llevarla.

—Muy bien —dijo, y arrancó.

Regresé al interior de la estación y bajé las escaleras, acercándome a la silueta de Eric, que parecía una sombra de sí mismo, con la cabeza mirando al suelo y un movimiento nervioso de sus manos. Parecía no tener ganas de nada. Me senté a su lado en el banco de madera y ni siquiera se inmutó. Pude ver cómo le temblaba el pulso.

—Así que, a Lyon, ¿eh? —pregunté.

Alzó la mirada y me observó. Esbozó una pequeña sonrisa que apenas duró un segundo.

—Veo que Oliver no pierde el tiempo, y tú tampoco —respondió volviendo a agachar la cabeza.

—¿Cómo tengo que llamarte, Eric o Cristóbal?

Guardó silencio.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Qué? —preguntó.

—Que tú eres Cristóbal.

—¿Qué por qué no te lo he dicho? —Rio—. ¿Por qué habría de hacerlo? Todo el mundo cree que soy Eric Leyvi. Como debe ser.

—¿Por qué nos has engañado a todos? ¿Por qué tienes otro nombre? ¿Por qué me enviaste engañado a España?

—La mañana que terminaste de contar en el café tu pasado no podía creerme lo que contabas. Sabías cosas sobre mí y sobre mi vida en España. Fue como mirarse en un espejo de recuerdos de golpe. Avivaste todo lo que había enterrado.

Silencio.

—Ya, ¿pero para qué enviarme allí?

Sonrió como si quisiera llamarse estúpido a él mismo.

—Te envié allí porque Gabriel no tenía ninguna hermana, como me contaste. Eso me demostró que había algo oculto en lo que te había contado. Y ahora, después de tantos años, resulta que Selene está viva, y seguramente ella también ha estado todo este tiempo creyendo que yo estaba muerto.

Escondió su rostro entre las manos para tapar las lágrimas. Se las secó y continuó hablando.

—Necesito respuestas. Necesito saber qué ocurrió y por qué Gabriel mintió diciéndome que estaba muerta. Necesito saber si mi hijo nació y qué fue de él. Necesito saber qué vida hubiera tenido si no me hubieran engañado de esta forma.

No podía ahogar las lágrimas. Le puse la mano en el hombro para que intentase calmarse.

—Voy contigo.

—No, ni hablar, esto es cosa mía. A ti no te incumbe.

—Me da igual lo que digas —dije alzando ligeramente el tono de voz—. Iré contigo tanto si te gusta como si no, ya he sacado el billete. Además, creo que me he ganado el derecho a enterarme de todo lo que me tenga que enterar.

Durante la siguiente hora no intercambiamos palabra alguna, y apenas hablamos durante el viaje. Me las apañé para cambiar mi número de asiento con una señora mayor que iba hasta el Pirineo a ver a su hermana, a la que le habían tenido que cortar una pierna y ya no se podía valer ella sola, como me contó, y me senté con Eric. Intenté conversar con él, pero no tenía muchas ganas de hablar. En su piel, yo tampoco las hubiera tenido.

Al segundo día de viaje, de madrugada, ninguno de los dos podíamos dormir y me pidió, mientras bebíamos un café en el vagón restaurante, que le repitiese lo que le había contado de mi última visita. Se lo conté con cada detalle que pude recordar. Se sumió en un silencio del que no salió hasta que llegamos a Zaragoza.

## **Tercera parte. Circo de verdades**

## 49

El viento soplaba con fuerza cuando llegamos a Zaragoza a las ocho en punto de la tarde. Nos pusimos el abrigo. Pude ver como Eric observaba la vieja estación de tren desde fuera y los edificios de alrededor, recordando. Caminamos unos metros hasta llegar a la calle y Eric detuvo un taxi.

—¿Quieres ir a algún hotel en especial? —me preguntó.

—Yo pensaba que nos quedaríamos en casa de Justo.

Negó con la cabeza.

—Tú puedes ir si quieres, pero yo me quedo en un hotel.

—Yo no me separo de ti, que seguro que me pierdo la fiesta. Me da igual un hotel que otro.

—Como quieras. Supongo que después de aprovecharme de ti y hacerte venir hasta aquí, tienes todo el derecho del mundo a enterarte del resto.

Me quedé en silencio.

—Bueno, ¿se deciden o no? Que no estoy para perder el tiempo —bramó el taxista.

—Usted perdone —respondió Eric—. Al Gran Hotel.

—Bien.

Arrancó.

—¿Y cómo vas a conseguir que Gabriel te cuente la verdad?

—Como haga falta —dijo tajante—. Lleva demasiado tiempo engañándome. Y a Selene también —dijo tras una leve pausa.

Eric pasó el viaje observando por la ventanilla las viejas calles que conocía tan bien como yo, recorriéndolas con la mirada entre silencios y recuerdos en los que no quería pensar pero que ahí estaban. Llegamos al Gran

Hotel pasando frente al edificio de Correos. Me pregunté si Ramón seguiría trabajando allí o si se habría retirado ya. Tal vez me pasara al día siguiente. Pagamos al taxista mientras se encendía un puro. Eric cogió su maleta y bajamos.

Había visto el Gran Hotel muchas veces desde fuera, e incluso estuve en la inauguración del mismo con mis padres, pero de eso apenas me quedaban ya recuerdos. Eric cogió su maleta y entramos al hotel. Me di cuenta de que no lo recordaba en absoluto. La entrada no era especialmente grande, pero las escaleras que ascendían a las habitaciones eran anchas y elegantes. Un hombre cincuentón, trajeado y con aspecto de pasar hambre, nos registró y nos instaló en la misma habitación. Eric rechazó el ofrecimiento de que el botones le subiera la maleta. Subimos las escaleras hasta el cuarto piso, atravesamos el pasillo enmoquetado y luminoso que quedaba a mano izquierda y encontramos nuestra habitación al fondo. Eric introdujo la llave en la cerradura, abrió y dio la luz. La habitación con dos camas separadas no era especialmente grande, pero era lujosa. Enmoquetada, con bonitas lámparas en las mesitas de noche, una radio, un escritorio, una silla y dos butacas al lado de la ventana y del armario, dividido en dos. Había una puerta que daba al baño, igual de elegante que la habitación.

—¿Qué cama quieres? —pregunté.

—Elige tú la que más te guste —ofreció mientras metía la maleta en el armario sin molestarse en sacar las cosas.

Me senté sobre la que quedaba más cerca de la ventana.

—Esta —dije.

—Bueno, me voy a dar una ducha —comentó ignorando mi elección.

—Bien.

—¿O quieres dártela tú primero?

—No, ya lo haré más tarde, ahora no me apetece.

—De acuerdo. ¿Quieres que cuando acabe bajemos a cenar, o no tienes hambre todavía?

En realidad, llevaba un buen rato con el estómago quejándose.

—Sí, cuando acabes bajamos.

—Bien.

Se metió en el baño y yo me tumbé sobre la cama unos instantes. Giré la cabeza y me levanté para subir la persiana. A lo lejos podían observarse los huecos producidos por los edificios, que habían sido derrumbados. Algunos ya los habían empezado a levantar de nuevo. También podían verse los campanarios de las iglesias que inundaban la ciudad con el resonar de sus campanas. Llegaban más inquilinos, los escuché hablar a su paso por el pasillo y cerrar la puerta de golpe. El agua corría en el baño y me di cuenta de lo que, en realidad, me apetecía era una ducha o un buen baño. Bajé la persiana, corrí las cortinas y me tumbé en la cama mientras esperaba. Al fin fuimos a cenar.

Del salón comedor tampoco me acordaba. Era un lugar grande, con espejos en el techo y en las paredes que lo hacían todavía más grande. Las mesas redondas eran para al menos seis comensales, así que nos sobraban cuatro sillas. Yo leí la carta y pedí. Por el contrario, Eric se limitó a abrirla y fingir que la leía para pedir lo mismo que yo. El camarero se retiró tras dejar una jarra de agua y nos quedamos a solas. Parecía meditabundo y yo no sabía si preguntarle o no. Al final lo hice.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

Alzó la mirada e intentó mostrar una sonrisa.

—No me pasa nada, solo que no dejo de darle vueltas al tema y pensar si todo esto servirá de algo. ¿Qué va a cambiar? Selene y yo llevamos tanto tiempo pensando que el otro está muerto que seguramente ya no nos queda nada.

Guardé silencio unos instantes.

—No me vengas ahora con esas —solté enfadado—. Me mandas a España, ahora vienes tú dispuesto a conocer toda la verdad... ¿y ahora me sueltas esto? Pues puedes irte a la porra.

—No digo eso, Esteban —rio—, claro que quiero saber qué pasó, y me gustaría ver a Selene y ver que está bien, pero no sé si servirá de algo después de tanto tiempo, eso es todo. Ella lleva su vida y yo la mía.

—Eso es cierto —dije—. Estás casado.

Negó levemente con la cabeza.

—No la quiero. Y ella a mí tampoco. Fue por intereses.

—¿Qué? —pregunté.

—No te preocupes, mañana cuando vayamos a ver a Gabriel te enterarás de todo.

—Pero, si no quiere contarlo, ¿qué haremos?

Me miró serio.

—Hablará. Yo me ocuparé de eso. Durante años he creído que le debía todo, pero ahora creo que no le debo nada, más bien al contrario: es él quien me debe muchas explicaciones y no pienso irme sin ellas.

—Me dijo que Selene estaba viviendo en... —Cambié de tema al ver que apretaba los puños—. ¿Irás a verla?

—No lo sé todavía. Ya veremos de qué nos enteramos mañana.

El camarero vino con el primer plato y nos lo sirvió. Comenzamos a comer y pasó un largo rato sin que mediásemos palabra. A mí no se me ocurría nada que decir mientras lo observaba. Para mí era Eric, el profesor de francés y amigo de mi tío de toda la vida. Pero también era ese chico al que había comenzado a espiar y creído muerto desde un principio. Era como si solo pudiese verle la mitad del rostro y la otra mitad estuviese cubierta por una niebla espesa.

—¿Y qué tal con Laure? —preguntó de golpe, sin que me lo esperase—. ¿Ya has hablado con ella?

—Bueno —comencé—, sí. Cora será su ayudante. No sé si lo hace por pena o porque le cae bien o por las dos cosas. Y con Laure está todo hablado.

—Te estás poniendo rojo. Sobre todo, las orejas —dijo riéndose de mí—. ¿Por qué? ¿Es que te da vergüenza hablar de eso conmigo?

—No. —Me encogí de hombros.

—No te molestes por eso; tú sabes muchas más cosas de mí que yo de ti. Incluso te colaste en mi casa.

Alcé la vista. Tenía dibujada una media sonrisa en la cara.

—No te aproveches —dije.

—No lo hago. Solo estoy hablando contigo de las mismas cosas que hablábamos antes de que conocieras cierta parte de mi pasado que a veces incluso a mí me cuesta recordar. Eso es todo.

Tenía razón.

—Lo sé, perdona, es que tengo la cabeza en otra parte.

—¿Puedo saber en cuál? —preguntó pellizcando un trozo de pan.

—En mañana, en Gabriel. Estoy intentando pensar en cómo vas a conseguir que te cuente lo que sabe. En si irás o no a ver a Selene, en si servirá de algo, en si ha servido de algo que, por una casualidad, hace años, el marido de Rosa me siguiera por las calles al saber que era compañero de clase del hermano menor de Campillo y que después encontrase otra carta.

Lo vi negar con la cabeza.

—Si sigues pensando en todo eso, te volverás loco. La vida está llena de casualidades que suceden porque sí. Incluso que estemos vivos es una casualidad. No te preocupes, cena tranquilo y duerme esta noche. Mañana nos enteraremos de algo que lleva oculto mucho tiempo, lo que no quiere decir que sea bueno, pero quiero saberlo; los dos queremos saberlo.

Tras la cena, subimos al dormitorio. Me deslicé hasta el baño cuando Eric me dijo que se acostaba ya y me llené la bañera con agua caliente. Necesitaba pensar en lo que podía contarnos Gabriel al día siguiente, así como en cómo reaccionaría al verme aparecer con un amigo al que no veía desde hacía años y que, según su versión, para mí debía llevar muerto desde 1926.

Después de un buen rato metido en agua caliente, salí, me puse el albornoz del hotel y me metí en la cama escuchando la respiración profunda de Eric a mi lado. Me di media vuelta para intentar coger el sueño. Dos horas después, cansado, con sueño y sin poder pegar ojo, seguía dando vueltas en la cama. Quería dormir y tenía los ojos enrojecidos, pero no había forma. Algo en el centro de mi estómago me mantenía alerta. Me incorporé en la cama y encendí la lamparilla de noche a mi lado. Puse una toalla encima para que la luz no molestase a Eric y no despertarle. Vi la puerta del armario ligeramente abierta y su maleta apoyada en el fondo. Pensé que tal vez hubiera traído algún libro consigo, cortesía de su esposa. Abrí la puerta del armario despacio para que no crujiera. Quité las correas que sostenían cada lado de la maleta y la abrí. Había ropa bien plegada y sujeta a los dos lados de la maleta. Palpé sobre ella para encontrar algún libro, pero no fue eso lo que encontré. Di con algo duro y de una forma extraña que no reconocí. Metí la mano entre la ropa y al tocar el taco frío del metal me di cuenta de qué se trataba. Eric

llevaba un arma con él. Y, seguramente, se refería a ella cuando dejaba tan claro que Gabriel hablaría.

Eric dormía profundamente, como si hubiese tomado algo para estar tranquilo, teniendo en cuenta el manojo de nervios que yo tenía encima. Aunque seguramente él, después de tantos años con lagunas de recuerdos y sintiéndose tan solo, estaba más que acostumbrado a tener el estómago en un puño. Quizá para él el hecho de estar a punto de conocer la verdad le calmaba. Cerré la maleta y el armario. Apagué la lamparilla y, tapándome hasta las orejas, cerré los ojos. Debí de quedarme dormido unas dos o tres horas antes de que el sol comenzase a salir y Eric me despertase.

—Son casi las ocho y media —me llamó Eric tras unos cuantos intentos para que me levantase—, venga, vamos a desayunar y vamos a hacer lo que hemos venido a hacer. Despierta.

Suspiré. Ahora que había cogido un buen sueño tenía que levantarme y no tenía la más mínima gana. Unos cinco minutos después de escuchar a Eric trasteando en el baño, me retiraba las mantas de golpe.

—Venga, hombre, vístete.

—Ya voy, ya voy —dije incorporándome de golpe como si fuese un autómatas.

No tenía ganas de nada. Ni de levantarme, ni de desayunar ni de hacer nada que no fuera estar metido en la cama al menos seis o siete horas más. Pero había que ir a casa de Gabriel y no estaba dispuesto a perdérmele. Quería enterarme de todo lo que le contase a Eric. Quería conocer la verdad.

Me levanté lentamente y me encerré en el baño. Metí la cabeza bajo el grifo del agua fría y al menos eso me despejó. Me sequé la cabeza con la toalla y me vestí. No habría estado del todo mal haberme pasado por casa para coger una muda limpia antes de haber ido a la estación. Aunque tampoco íbamos a estar mucho tiempo en España. Salí del baño.

—Listo —dije sonriente.

—Sí, como un muerto —alzó las cejas—: tienes las ojeras más grandes que he visto en mi vida. ¿No has dormido?

—Poco —dije avanzando hacia la puerta—, pero ya dormiré. Vamos a desayunar.

Un hombre refinadamente vestido y peinado anotó en qué habitación estábamos y pasamos al salón comedor donde había más personas desayunando. Yo me ocupé de degustar un café, un zumo, una naranja, tres tostadas, cuatro churros y unos huevos a medio hacer.

Eric se tomó un café mientras veía cómo yo me llenaba el estómago.

—Pues sí que tenías hambre —dijo cuando terminé.

—Sí, bastante.

Tras unos segundos, mientras yo resoplaba, se quedó observándome seriamente.

—¿Vamos?

Agaché la mirada. Tenía ganas de ir y enterarme de todo, pero ahora que estaba tan cerca, me daba miedo. Nos pusimos en pie. Fui directo a la salida.

—Espérame aquí un segundo, tengo que coger una cosa; ahora vamos.

Asentí, sabiendo de qué se trataba. Unos dos o tres minutos después bajó y salimos a la calle. Subimos en dirección al paseo de la Independencia. Yo no podía apartar los ojos del suelo, pensando en cómo tendría a bien Eric interrumpir en la casa de Gabriel.

—¿No trabajabas en Correos? —preguntó señalando el edificio con la cabeza—. No me di cuenta ayer al pasar con el taxi que estaba aquí. No lo recordaba —añadió.

Me detuve frente a la puerta de entrada.

—Espera un momento, quiero ver si sigue trabajando alguien aquí.

—¿Ramón? Entra, te espero aquí.

Empujé la puerta de entrada. El edificio estaba medio vacío, al contrario de como lo recordaba, siempre abarrotado. Me acerqué al único mostrador que vi con una persona tras él, un hombre mayor al que recordaba haber visto en alguna ocasión.

—Perdone, ¿está Ramón por aquí?

—¿Ramón? —preguntó—. Hacía mucho que nadie se acordaba de él.

Silencio.

—Bueno, ¿está o no?

—No. Falleció. Lo siento, chaval.

No me lo esperaba. Cuando dejé la ciudad un año atrás, estaba bien.

—¿Qué le pasó?

—Que le dio algo y se lo encontraron muerto en su casa. Así es la vida.  
¿Puedo ayudarte yo en algo?

—No, gracias.

Salí de allí con los ánimos por los suelos. Había pensado que si no lo encontraba en Correos lo podría encontrar en su casa, pero estaba muerto.

—Por la cara que traes no parece que hayas encontrado nada bueno ahí dentro.

—Me han dicho que ha fallecido.

—Lo siento, Esteban.

—No tienes que sentirlo —dije encogiendo los hombros—, no le conocías. Además, era bastante huraño, pero no sé, después de tanto tiempo me había acostumbrado a pasar las horas con él.

Cogimos un taxi allí mismo y le indiqué la dirección, aunque estaba cerca y pudimos ir caminando. El taxista nos dejó en la puerta y bajamos.

—Tú primero —ofrecí a Eric.

Entró en el portal y yo le seguí. El portero salió a nuestro encuentro, dirigiéndose muy educadamente a Eric, hasta que me vio y guardó silencio.

—¿Va usted con él? —preguntó.

—Así es —respondió Eric.

—Bien, pues que le guíe él hasta el piso. No tengo ganas de subir escaleras.

—Gracias —dije al instante.

Me encaminé hacia las escaleras y comencé a subir. Eric me seguía. Llegamos a la planta y me detuve ante la puerta. Sentía cómo Eric respiraba con rapidez. Por fuera estaba sereno, pero por dentro parecía estar más nervioso que yo.

—Llama —pidió.

Clavé los nudillos en la puerta y esperamos. La doncella me reconoció al instante y miró de soslayo a Eric.

—¿Han venido a ver a Gabriel?

—Sí —dije tajante.

—Esperen aquí.

Cerró la puerta y poco después regresó y nos dejó entrar.

—Seguro que recuerda el camino. Yo tengo muchas cosas de las que ocuparme.

Desapareció tras una puerta.

—Qué agradable —comentó Eric.

—Tanto da —dije—. Vamos.

Atravesé una vez más el pasillo y me planté ante la puerta. Desde el interior, Gabriel dijo que pasara. Vi cómo le tembló el pulso a Eric al escuchar la voz de su viejo amigo. Le observé y asintió. Abrí la puerta. Gabriel se encontraba, como siempre, sentado en su butaca, al lado del fuego, con un periódico entre las manos. Al verme, mostró una sonrisa que no era del todo agradable. Cuando Eric entró tras de mí, sus ojos se centraron en él. El rostro se le puso blanco y pareció envejecer diez años. Por el contrario, Eric se mostraba sereno, con el ceño a medio fruncir, observando a Gabriel con su bastón al lado, sintiendo que le había mentido y robado la mayor parte de su vida. Cerré la puerta y me quedé detrás. Eric cogió una silla, la colocó justo frente a Gabriel y se sentó. No se quitaban la vista de encima el uno del otro. Guardaron silencio durante un largo minuto.

—No esperaba volver a verte, Cristóbal.

—Puedo imaginármelo. —Rio Eric—. Creo que te lo montaste bien. Y ahora vas a explicármelo todo, absolutamente todo.

Gabriel se apoyaba en su bastón con fuerza para que no viésemos que le temblaba el cuerpo entero. Sonrió, soplando a la vez.

—Supongo que te subestimé, chaval —dijo observándome para volver a mirar a Eric un instante después—. No tengo nada nuevo que contarte, Cristóbal.

Eric mantuvo la compostura.

—No he venido desde París después de tantos años para irme sin nada. Vas a explicarme por qué me dijiste que Selene estaba muerta.

—Para que ambos pudieseis sobrevivir. Roncesvalles hubiera ido a por ti. Encontró una de tus cartas para Selene, el resto ya lo sabes. Selene decidió quedarse aquí cuando supo que estaba embarazada. Ya lo hablamos.

Eric sacó el arma que había traído consigo. Yo di un paso atrás y Gabriel

se puso todavía más tenso. Eric le apretó el cañón bajo la barbilla. Gabriel estiró el cuello.

—Vas a llamar a todo el personal que tengas en el piso y les vas a decir que se marchen a sus casas o a dar un paseo durante todo el día. Creo que lo que tienes que contarme es largo.

—No —respondió Gabriel.

—No tengo gran cosa que perder, Gabriel. Ten por seguro que no tendré problemas en volarte los sesos. —Tensó el gatillo—. He esperado durante demasiados años, no pienso esperar más: o me lo cuentas o haré estallar tu cabeza.

Segundos después, Gabriel alargó el brazo y presionó una serie de botones que había en la pared. Eric escondió el arma. Momentos después, la doncella que había abierto, un mayordomo y otra doncella con el cabello mal peinado aparecieron.

—Me gustaría quedarme solo con mis amigos. Podéis marcharos antes hoy.

Los tres se quedaron en silencio. El mayordomo habló poco después.

—¿Está seguro?

—Completamente, Rodrigo, gracias.

Los tres enfilaron hacia la puerta y esperamos a escuchar que la puerta se cerraba.

—Bien —dijo Eric volviendo a ponerle la boca de la pistola bajo la barbilla—. Ahora es mi turno. Empieza a hablar.

—Ya he te dicho, Cristóbal, que no tengo nada que contarte.

No dudó ni un segundo. Golpeó a Gabriel con el arma en la frente y comenzó a sangrar. Poco después, mientras la sangre le cubría los ojos, la nariz y la boca, comenzó a llorar.

—No hagas esto, por favor, Cristóbal.

—Habla.

Negó, gimoteó, lloró. Eric volvió a golpearle en el mismo sitio. Verdaderamente, no tenía nada que perder. Gabriel intentó ponerse en pie, pero Eric y su pierna se lo impidieron.

—Vigíalo —me pidió.

Eric salió de la habitación y abrió las puertas del pasillo.

—Por favor, ayúdame a salir de aquí —me pidió—. Llama a la policía. Hay un teléfono en la cocina. Te ayudaré, tengo dinero.

—No necesito dinero, no me tome el pelo. Deje de reírse de mí y de Eric. Me observó a través de la sangre que le cubría el rostro.

—¿Cómo descubriste que se trataba de él?

—Fue usted muy descuidado dejando la carta que le envié sobre la mesa y dejándome solo aquí. No tuve más que ir a Correos y preguntar por la dirección postal. Y hablarme de esa hermana que decía tener sin tenerla fue lo que alertó a Eric. Por eso me hizo regresar, y entonces fue cuando vi la carta. Y en casa de Roncesvalles vi las fotografías de su «hermana».

Se retorció en su butaca e intentó limpiarse la sangre. Eric regresó con una pequeña lata de alcohol de quemar. Se sentó en su silla y lo roció desde la cabeza. Gabriel gimió de dolor por la herida en contacto con el alcohol. A continuación, sacó de su bolsillo una pitillera plateada llena de cigarrillos y una caja de cerillas. Con calma y bajo la mirada de Gabriel, que se había olvidado del dolor de la herida al ver las cerillas, se encendió un cigarrillo.

—Comienza. Y no dejes de dar detalles, por muy pequeños que te parezcan.

Gabriel zozobraba. Estaba asustado. Los pantalones se le oscurecieron de golpe, descendiendo la mancha por las perneras. Se había meado encima.

—Por favor, no lo hagas —dijo mirando el cigarro.

—Tengo la pitillera llena —respondió Eric sereno, recostándose en la silla—, cuéntame toda la historia. Estoy seguro de que, si la cuentas tal como es, durará bastante más que mis cigarrillos. Ya veremos si tengo que lanzarte alguno encima si omite algún detalle. Comienza.

—Al contrario de lo que puedas pensar, Cristóbal, hace muy poco que yo descubrí todo. Si hubieras venido hace siete meses, no hubiera podido contarte más que parte de la historia, mi parte de la historia —empezó a relatar Gabriel con voz temblorosa.

»Antonia siempre se preocupó por mí, como bien sabes. Por ti también, pero yo le daba más pena por mi pierna inválida. En los años que cuidaba de Selene y también de mí, nos hicimos amigos, como podría decirse. Hace poco

falleció. Pero antes de hacerlo, no dejó de enviarme algo que había escrito, alegando que no podía irse a la tumba llevándose aquel secreto sobre el que me escribía. Durante todo este tiempo he mantenido una buena relación con ella. Le enviaba dinero, a pesar de que ella trabajaba. Ella me escribía preguntándome por mí, por ti y por Selene, ya que nunca se enteró de que se suponía que habíais muerto en 1925. Así, a base de cartas que no quise recibir en un principio y que tanto esperaba recibir después, llegué a conocerla más a fondo de lo que había pensado hacerlo nunca.

## 50

Antonia nació para ser desgraciada. Había nacido en un pequeño pueblo a setenta kilómetros de Teruel, en el dormitorio de sus padres. Fue la mayor de seis hermanos y hermanas, a los que ella misma tuvo que cuidar y dejar marchar antes de tiempo. Su segunda hermana nació cuando ella contaba cinco años.

Su padre trabajaba en unas minas de carbón a diez kilómetros del pueblo, y su madre se iba todos los días a un pueblo vecino, a una granja donde ayudaba a cuidar los animales. Ella y su hermana se quedaban al cuidado de una vecina que las dejaba metidas en una habitación, sin preocuparse de darles de comer o simplemente agua.

El siguiente hermano llegó cuando Antonia tenía siete años. Ella ya se quedaba en casa al cuidado de su hermana, y a partir de entonces también de su hermano. Era pequeña, pero su madre le había enseñado bien. En una chimenea desgastada y vieja de la cocina echaba leña con regularidad y mantenía la pequeña casa caliente todo el día hasta que regresaban sus padres. Se encargaba de dar de comer a sus hermanos sopas y poco más. En ausencia de su madre, iban tras ella todo el día, gateando los dos, cuando tenía que limpiar los orinales o hacer el camastro donde dormían todos. El pueblo donde vivían era pequeño, de apenas cincuenta habitantes. No había agua corriente y la recogían en un manantial cercano. En invierno, cuando se congelaba, recogían nieve en cubos y dejaban que se derritiese dentro de casa.

Por las noches se escuchaban los sonidos de los animales del bosque que rodeaba el pueblo. Los lobos se acercaban hasta los corrales e intentaban

atacar a las escasas reses que poseían. Los vecinos los aguardaban con escopetas que disparaban al aire para ahuyentarlos, pero cuando los lobos grises se acostumbraron al sonido, ya no salían corriendo. Les tiraron piedras, palos y herraduras viejas, pero los animales seguían apareciendo y no quedaba más remedio que pasar la noche en vela para ahuyentarlos. Los peores días del invierno se quedaban aislados y no podían salir de casa, ya que la nieve llegaba hasta las ventanas del piso superior. La vida no era fácil, y la de Antonia no iba a ser una excepción. Tenía ocho años cuando su hermano pequeño murió en sus brazos mientras la otra hermana dormía tapada con una vieja manta en el camastro.

Eran las ocho de la mañana, sus padres ya se habían marchado y el niño se había despertado llorando, blanco y lleno de mocos. Antonia intentó limpiárselos, pero no pudo. Calentó agua e intentó que respirase con vahos, pero era demasiado pequeño para poder hacerlo. La frente le ardía a la vez que sudaba. Poco a poco comenzó a quedarse tranquilo, o eso creyó ella. Parecía dormido, pero poco después se dio cuenta de que no respiraba y que su corazón ya no latía. Estaba muerto, envuelto entre trapos y en los brazos de su hermana. Ella no sabía qué hacer. Hacía frío para salir fuera de la casa y la nieve caía con fuerza. Quería avisar a alguna de sus vecinas, pero temía que la acusaran de no haber cuidado del pequeño como habría que hacerlo y le dijeran que había muerto por su culpa, así que, con el bebé en sus manos, cuidó de su hermana pequeña, preparó caldo y cortó rebanadas de pan para la cena cuando regresaran sus padres. Los esperó a ambos protegiendo al pequeño. Cuando los dos entraron por la puerta y vieron las piernas caídas, sin fuerza, del niño supieron lo que había ocurrido. Su madre se acercó a ella, cogió al niño y le dijo a Antonia que no se preocupara, que a veces los niños nacían débiles y no podía hacerse nada por ellos. Su padre le acarició el cabello y le dio un beso en la mejilla. Los dos padres observaron el cuerpo del pequeño fallecido. Él lo cogió y tapó su rostro. Miró a su mujer durante un instante y salió de casa con él.

—¿Adónde va, padre? ¿Se lo lleva a la iglesia?

—No, hija mía, no tenemos dinero para poder enterrarlo como debe ser enterrado, al igual que no pudimos bautizarlo. El nuevo cura nos pedía

demasiado dinero por ello. Tu padre se lo lleva para enterrarlo en el bosque, en un pequeño cementerio donde ya no se entierra a nadie. No te preocupes.

—¿Y cuando pregunte alguna vecina?

—Si alguna te pregunta, diles que una hermana mía se lo ha llevado a su casa para cuidarlo mejor —dijo la madre.

—Está bien, madre, lo que usted me diga yo haré.

La siguiente hermana no tardó en nacer, ni la siguiente, ni el siguiente. Uno tras otro. Antonia crecía limpiando vómitos y diarreas, mocos y pus. Enfermaba y le subía la fiebre, pero era fuerte y ninguna enfermedad pudo con ella, al contrario que con la última hermana que tendría. Murió dos días después de su nacimiento y fue enterrada en el mismo lugar que su hermano, el uno al lado del otro. Cuando cumplió diez años, sus hermanos se quedaban solos en casa durante el día, al cuidado de la mayor que quedaba, y ella se marchaba con su madre, montadas en una carreta que tenía un vecino y que recorría varios pueblos pequeños hasta llegar al mayor, donde la mayoría de las mujeres trabajaban todos los días del año, excepto cuando se quedaban aislados por las tormentas.

Antonia fantaseaba con marcharse a una ciudad grande. Sabía que en esos lugares había buenas oportunidades de trabajo. Nadie decía que fuera fácil, pero eran trabajos en lugares donde había mucha más gente, donde había médicos en lugar de curanderos y donde había espectáculos en la calle los días de fiesta con malabaristas y contorsionistas. No sabía qué hacían los unos ni los otros, pero quería verlos.

A los diez años estaba cansada de todo y lo único que había aprendido era a leer y escribir, gracias al empeño del maestro del pueblo, que, aunque sus padres le habían dicho que no iba a ser necesario, se había ofrecido a hacerlo de forma completamente desinteresada, sin cobrar nada a cambio, y cuando los padres no estuvieran en casa, para no molestarlos en sus faenas. Ese fue el primer amigo que Antonia haría en su vida, su maestro. Y sería él también el que le diera buenos consejos para desenvolverse en el mundo.

—Nunca hagas caso de los que te ofrezcan mucho por nada. Es mentira y solo querrán aprovecharse de ti.

—Pero usted me enseña las letras y no se aprovecha de nada.

—Ya, y habrá gente que como yo lo haga, pero no te fíes de nadie, ni de quien conozcas. Nunca lo hagas. Y no le prestes nunca dinero a nadie, no volverás a verlo. Si alguien quiere dinero, que se lo gane.

—Es usted un maestro muy listo —decía ella.

—Si fuera listo no habría dejado que una novia me engañase y me dejase sin nada. Venga, escribe esta palabra: «insensatez».

Cuando cumplió los once años, Antonia sabía leer perfectamente bien. Escribía con una letra bonita, sabía sumar, restar, multiplicar, dividir y otras cuentas y operaciones que el maestro le había enseñado más complicadas para que pudiera labrarse un futuro mejor si algún día dejaba el pueblo, como a él le había confesado hacía tiempo que era su deseo.

—No te será fácil si llegas a hacerlo, niña, pero con un poco de suerte no te irá nada mal. Tendrás un trabajo y podrás pagarte una pensión o, apurando un poco, un ático pequeño para ti sola, y solo tendrás que cuidar de ti. Y no seas tonta y dejes que te embauque el primer maromo que se te cruce por el camino: no abras las piernas y no te quedarás embarazada. Eso solo debes hacerlo después de casarte, para que él cuide de ti y de tu hijo y no verte sola al cuidado de una criatura.

—Qué listo es usted —repetía ella.

—No, hija mía, lista eres tú, que tienes ganas de aprender y se te dan los números verdaderamente bien. Llegarás lejos, te lo digo yo. Si finalmente decides marcharte, y es algo que espero que hagas y que me lo digas cuando decidas hacerlo, podrías encontrar trabajo ocupándote de las cuentas de alguna tienda, café, establecimiento o algún sitio así. No te pagarán una fortuna, pero te pagarán más que trabajando de fregona.

—Y qué bueno es usted, diciéndome esas cosas tan bonitas, porque, ¿sabe?, no me apetece nada estar toda la vida limpiando en un sitio como ha tenido que hacer mi madre para sacarnos a todos adelante, o como mi padre, que siempre se queja de la espalda y de lo poco que le pagan. A veces me dan pena.

El maestro asentía, escuchándola y explicándole situaciones en las que podía verse involucrada sin quererlo, algunas más extravagantes que otras, y otras más realistas. La intentaba preparar para el mundo, pero con lo que no

contaba era con que un pequeño teatro de fabulaciones varias en la cocina de la pequeña casa no tenía nada que ver con una ciudad llena de lobos que no se espantan con piedras, dispuestos a morder, y avispas dispuestas a clavarte su aguijón para que no les pases por encima o robes su empleo.

Antonia le contaba a su maestro que quería marcharse a Madrid o a Barcelona, ya que parecían estar en boca de todo el mundo en el hotel al que acompañaba a su madre, pero él la disuadió.

—Una cosa, pequeña, es que quieras prosperar e ir a mejor. Otra es que quieras meterte a luchar con leones. Tampoco hace falta. Vete a Teruel, o a Zaragoza si tú quieres, que no están tan lejos de aquí y hay menos competencia porque son más pequeñas, y si las cosas no te van muy bien allá, siempre podrás regresar a casa.

Ella negaba con la cabeza con fuerza.

—Si me voy, no regresaré nunca —decía tajante.

—La vida da muchas vueltas, Antonia, ya lo aprenderás, y espero que por las buenas.

El maestro le dejaba libros que hablaban de las grandes ciudades del mundo. Eso no hacía más que alentarla todavía más para que un día, antes o después, emprendiese su viaje, aunque finalmente no fuera precisamente por su propio pie, sino a la fuerza. En esos libros se hablaba de París, de Londres y de Roma. Del continente americano y de las Indias.

En el hotel se había entretenido en alguna ocasión con las guías para los turistas. En ellas se hablaba de las provincias de Teruel, Zaragoza, Huesca, Valencia, Sevilla, Barcelona y también de la capital del país, que era lo que a ella le atraía. La capital de España, en la que se anunciaban espectáculos de cabaret, *ballet*, teatros de grandes artistas, óperas y grandes mercados en las calles principales, era el lugar al que le gustaría ir. Antonia no podía dejar de pensar en todo esto y soñaba despierta mientras fregaba el suelo de las habitaciones más lujosas con lejía y amoniaco. Se veía en un gran teatro, cantando las óperas que escuchaba en el gramófono del salón comedor del hotel. Vestida con preciosos trajes con piedras incrustadas en ellos, peinados imposibles y anillos deslumbrantes en sus manos. Todos la aplaudían después de una actuación y le lanzaban claveles, margaritas, rosas y lirios morados.

Ella se inclinaba y recibía los aplausos. Esto duraba hasta que la encargada de la planta abrió la puerta de la habitación de golpe.

—¡Por Dios santo, niña! Tienes que abrir la ventana, se puede intoxicar cualquiera con este olor concentrado.

Atravesaba la habitación mojada y recién fregada para abrir la ventana de par en par.

—Limpia el suelo de nuevo, y acuérdate de cerrar la ventana cuando se seque o el próximo huésped que la utilice no regresará a este hotel. Deberías aprender de tu madre. Ella sí sabe hacer las cosas bien.

Cada día, al llegar a su casa por la noche, ayudaba a preparar la cena, vestir a sus hermanos y lavarles la ropa. Su padre había decidido que con tantos de familia sería mejor construir una habitación adjunta a la casa donde los hermanos pudiesen dormir, y así había sido. Ahora los padres dormían en su cuarto solos y los hermanos juntos en un pequeño habitáculo con una cama que habían comprado de tercera o cuarta mano en un rastrillo y que habían tenido que limpiar para que las pulgas la abandonasen. Dormían todos apretados y tapados con una escasa manta mientras el viento soplaba fuera y parecía que iba a tirar el tejado de madera abajo. Era entonces cuando Antonia volvía a soñar con estar lejos de allí y tener su vida. Y estaba a punto de conseguirlo.

Aquel invierno, uno de los vecinos adquirió dos nuevos lechones y pronto crecieron en la pocilga. Cuando pesaron más de quinientos kilos los sacrificaron y vendieron su carne en el mercadillo del pueblo. Al día siguiente, todos los que habían comprado partes de esos animales habían caído enfermos. Un virus o una bacteria que portaban los animales y que, si no se acababa con ellos asando bien la carne en el fuego, provocaban vómitos, diarreas con sangre y fiebres al ingerirla los humanos. Los niños de la familia no lo habían probado, ya que preferían la sopa, a la que tan acostumbrados estaban, pero el padre y la madre de Antonia comieron un par de bocados de panceta con el primer plato y a la mañana siguiente estaban enfermos, como la mitad de los vecinos.

Hablando en la plaza las familias de los afectados, descubrieron que el punto en común era la comida y fueron a preguntarle al granjero. Este les

abrió la puerta con los ojos enrojecidos. Su hijo de cinco años estaba enfermo en la cama también tras haberse comido una carrillera de uno de los animales. El curandero del pueblo no daba abasto para visitar las casas de los afectados y ponerles unguentos en la frente y sobre la tripa para que penetrasen los vapores y sanasen los enfermos. Tras varios días de enfermedad, unos sobrevivían y otros morían. A los padres de Antonia les tocó lo segundo. Dejaron en el pueblo a una hija que debía cuidar de sus hermanos pequeños y que nunca podría ganar sola suficiente dinero como para mantenerlos.

El tiempo pasó.

Antonia se ocupaba de sus hermanos como si fuese su propia madre. Los lavaba, los vestía y los peinaba. Dejaba que el maestro fuese a enseñarles también a leer y los números. Ella había dejado de soñar con marcharse de allí; debía hacer más horas en el hotel a cambio de un sueldo mísero y de las regañinas de la encargada. Acababa encerrándose en el cuarto de las escobas y lloraba de rabia cuando nadie la escuchaba. Se quedaba una hora allí encerrada tras acabar su jornada, hasta que el carro tirado por el burro la devolvía a su casa, sucia y descuidada.

Los vecinos la ayudaban en lo que podían. Le preparaban comida para cuando llegase a casa. Cuando alguno de sus hermanos caía enfermo, se preocupaban de que le bajase la fiebre. Algunas de las vecinas que habían estado toda la vida cosiendo y remendando les arreglaban las ropas y con telas viejas les hacían chaquetas para el invierno. Todo hubiera seguido así si el cura no se hubiese enterado de la situación en la que se encontraba Antonia. Fue a verla una noche al llegar a casa y le preguntó por su situación. Ella le dijo que estaba bien, que todo marchaba bien en casa y que su hermana la ayudaba a cuidar de sus hermanos, tal como ella había hecho cuando tenía su edad. Él asintió y se marchó. Antonia pensaba que no volvería a molestarla, pero al contrario de lo que creía, a la mañana siguiente acudió con el alcalde del pueblo y con dos guardias civiles. Llamaron a la puerta y les abrió. Se sentaron en un sofá y dos sillas y Antonia les escuchó. Alguien había decidido que Antonia era demasiado pequeña para ocuparse de sus hermanos sin una persona adulta que también se ocupase de ella. Sus hermanos pequeños iban a ir a parar unos a casa de una tía y otros a un

orfanato hasta que alguien los adoptara o los admitieran en algún sitio como aprendices. Ella podía quedarse en la casa y seguir trabajando en el hotel. Ahora simplemente se ocuparía de ella misma. Los guardias fueron a buscar a sus hermanos, que esperaban en su cuarto. Salieron uno tras otro y el cura les dijo que debían despedirse de su hermana.

—¿Te vas a alguna parte? —preguntó una de sus hermanas.

—No, os venís vosotros con nosotros —respondió el alcalde—. Os vamos a buscar un lugar mejor para vivir.

Se abrazaron, sabiendo que era la última vez que se verían y Antonia se quedó sola en casa. Apenas un minuto después, mientras reflexionaba sentada en una silla mirando por la ventana, el maestro entró en la casa.

—Niña, ¿qué pasa? ¿Por qué se llevan a tus hermanos?

Antonia se lo explicó mientras el maestro intentaba darle ánimos.

—Tal vez sea mejor así. Quizás así tengan mejores oportunidades. Y tal vez así yo pueda aprovechar la mía.

No hizo falta decir más. Su maestro entendió exactamente lo que quería decir Antonia.

—Esta noche te marcharás, yo te ayudaré. Ve al hotel, que te paguen lo que te deben de esta semana. Iré a comprarte comida para el viaje y para los primeros días en la nueva ciudad. ¿Has decidido dónde?

—Creo que le haré caso y no me iré lejos. Zaragoza parece un buen sitio para empezar a tener una vida nueva. Una vida que yo decidiré.

Lo que Antonia no sabía entonces es que los sirvientes nunca eligen nada, simplemente asumían lo que se les ponía por delante. Antonia fue como cualquier otro día al hotel y pidió ver a la encargada, que se encontraba reunida en aquel momento con los últimos huéspedes que habían ido al hotel y los estaba instalando en las habitaciones. La esperó en su despacho, de pie, sin sentarse en la silla, ya que los criados no tenían consentido sentarse en ella para no ensuciarla. Poco después entró.

—Me han dicho que querías verme. Date prisa, no me gusta perder el tiempo —dijo mientras se sentaba en la silla con su traje nuevo—. El director del hotel me está esperando en el restaurante.

Antonia sonrió y se sentó en la silla bajo la mirada atenta de la encargada.

—Vengo a recoger mi paga. Me marchó.

Bufó y la miró con desprecio.

—¿Tú? No me hagas reír. ¿Y adónde vas a ir tú? Si no sabes ni hacer bien una cama.

—Bueno, al menos no tengo que meterme en la cama de mi jefe para mantener el puesto de trabajo. —La encargada puso cara de estupefacción—. No ponga esa cara, o las arrugas que tanto empeño pone en ocultar no tendrán remedio. Todo el mundo lo sabe aquí. ¿Qué se cree? ¿Que somos tontos? Pues no, no lo somos. De hecho, la única estúpida que hay aquí es usted, creyéndose la reina de Saba cuando todos sabemos que tiene que ponerse de rodillas para cobrar cada semana. —Rio—. Sí, tengo doce años, pero sé muchas más cosas de las que se podría imaginar. Seguro que ahora ya no se pasea por los pasillos con tanto contoneo ni mira más a los empleados por encima del hombro. Todos sabemos lo que es y, aunque piense lo contrario, no es mejor que nosotros por llevar los trajes que él le regala. Deme mi dinero y me marcharé.

Sin poder creer lo que acababa de escuchar, abrió un cajón, extrajo un sobre y se lo tendió. Antonia comprobó que estaba todo lo que le correspondía dentro del sobre, se levantó y se marchó de allí, orgullosa de lo que acababa de decirle. A medio pasillo, se abrió la puerta y la llamó.

—Puede que yo tenga que arrodillarme, pero llevo los mejores trajes que se pueden comprar traídos de Italia solo para mí. Tú tendrás la virtud intacta, pero no eres más que una criada y siempre lo serás.

Antonia no podía parar de sonreír, sabiendo que ante ella se abría una ciudad entera llena de posibilidades y que nunca tendría que volver a aguantar a aquella mujer. Se dio media vuelta y se marchó de regreso a casa, subida en el carro de otro vecino que llevaba leña. Recogió las cuatro cosas que tenía y las guardó en una maleta vieja de su padre con las hebillas rotas. Las cosió como pudo y la maleta quedó más o menos segura. De debajo del fregadero sacó las escasas monedas que su madre y después ella habían podido ahorrar y las guardó en un monedero viejo. Se apretó el único abrigo que tenía con un cinturón. Se caló el gorro de su madre y se puso los guantes de su padre llenos de zurcidos. En la maleta metió también las dos mantas

que sus hermanos ya no necesitarían allá donde se los habían llevado y un par de zapatos que no se ponía porque le estaban pequeños. Tal vez en la ciudad pudiera venderlos y le darían algo por ellos. Sobre la mesa colocó algunos de los libros que tenía en casa, regalos del maestro para devolvérselos cuando fuera aquella noche a su casa, y mientras eso ocurría se sentó a esperar, intentando imaginar cómo sería su vida en Zaragoza, una gran ciudad donde encontrar un trabajo en el que llevar las cuentas de algún lugar importante.

Era bonito imaginar que su sueño estaba a punto de cumplirse. A las ocho de la tarde, sin que se hubiera movido de su sitio, el maestro llamó a la puerta de su casa.

—Esos libros son suyos, no quería quedármelos.

—Fueron un regalo para ti, mi niña.

—No, son suyos, y pesan demasiado para llevármelos

El maestro sonrió y cogió el más pequeño. Un libro de poemas.

—Llévatelo. Pesa poco y te hará compañía en los primeros días, en los que todo será más difícil. Y me recordarás cuando lo leas.

—Me acordaré de usted siempre, señor.

Se abrazaron y salieron a la calle. Antonia se aseguró de dejar la puerta bien cerrada y le dio la llave al maestro.

—Guárdela usted, yo no la necesitaré nunca más.

El maestro había hablado con uno de los vecinos. Montaron todos en el pequeño remolque que tenía el lechero y fueron a la estación. Antonia esperaba impaciente el tren, que llegó con media hora de retraso.

—Le echaré de menos —dijo.

—Y yo a ti también. Escíbeme y cuéntame cómo te va.

—Lo haré.

—Ten, es algo de dinero, lo necesitarás.

—No, ya ha hecho usted bastante por mí...

—Niña, soy tu maestro, no me repliques y quédatelo.

Alguien a lo lejos gritó que los pasajeros debían subir al tren y corrió a las escaleras. El revisor la ayudó y la acomodó en su asiento. El viaje sería largo y dentro del vagón hacía frío. Los asientos eran incómodos y un bebé lloraba con fuerza en los brazos de su madre ojerosa y cansada de todo, pero algo

nuevo la esperaba. Algo nuevo y bueno. Se despidió con la mano del maestro y del lechero que la había llevado a la estación. Un rato después vio las ventanas iluminadas por las chimeneas y las velas del pueblo que dejaba atrás con desprecio. Sonrió en su interior. En apenas unas horas estaría muy lejos de allí y el mundo le sonreiría. Se quedó dormida. Cuando despertó era de día y no había nieve a su alrededor. Poco después, el tren paró en una estación y anunciaba un pueblo que se encontraba en la provincia de Zaragoza. Cada vez estaba más cerca y el niño llorón ya no estaba a su lado. Sacó de su maleta el libro del maestro y un pedazo de pan de azúcar que comió para desayunar. Caminó de vagón en vagón para matar el tiempo, sonriendo a la gente con la que se cruzaba. Ninguno de ellos le devolvió el gesto. Atravesaron túneles negros que hacía que su vagón se llenase de humo porque una de las ventanas del fondo no cerraba bien, y acabó con la cara negra tres veces, que debió limpiarse con un pañuelo. El sol despertaba a Zaragoza entre nieblas y viento frío la mañana en la que llegó. Estaba cansada por el viaje, pero llena de ganas de descubrir la ciudad. Sin saber adónde dirigirse, preguntó a una mujer que caminaba por la calle por algún lugar barato con habitaciones para alquilar.

—La pensión de la Carmina no queda lejos de aquí y no es cara. Tampoco es que sea demasiado limpia, aunque con la cara que traes imagino que te dará igual.

Le dio las indicaciones y llegó a una calle estrecha donde solo con pegar un salto de un portal llegabas al de enfrente sin tener que pisar el suelo lleno de excrementos de gatos y perros. Había basura por todas partes. A esa calle no llegaban los basureros a diario. Solo lo hacían una vez al mes, cuando el olor llegaba hasta la calle principal de aquella zona. La pensión era un edificio de tres plantas y cuatro habitaciones por cada una de ellas. La Carmina era una mujer cincuentona, menuda y baja, con un pañuelo que le cubría la cabeza calva. Antonia le pagó una semana por adelantado. La acompañó a su habitación. Un cuarto de apenas veinte metros cuadrados, con la cama que se hundía en el centro, una silla a un lado, un orinal debajo y una jarra para lavarse la cara por las mañanas. No había ni siquiera un armario.

—No creo que vengas de los siete mares de Francia, señorita, así que

quita esa cara.

—¿Sabe usted de algún restaurante o tienda donde necesiten a alguien que les lleve las cuentas?

La casera rio de buena gana.

—Pero ¿tú qué te crees? Eres una niña, nadie te contrataría para eso. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?, ¿tu padre? Pues deberías volver con él si crees que vas a conseguir trabajar con los números, y menos a tu edad. ¿De dónde vienes?

—De Teruel.

—Y además de los números, ¿qué sabes hacer?

—Sé limpiar. —Suspiró.

—Bien, pues puedes dedicarte a limpiar. Siempre hay algún puesto para una pobre chica como tú en alguna casa.

—No pienso limpiar para nadie.

—Oh, perdóneme usted, reina mora. ¿Y qué desea limpiar la señorita?

—Antes trabajaba en un hotel.

—Bien, pues prueba suerte en un hotel —bufó—. Nadie te contratará.

Cerró la puerta y la dejó sola. Antonia no estaba dispuesta a que una bruja, solterona y cincuentona le quitase las ilusiones. Aunque de eso ya se encargaría el tiempo. Tras desayunar un pedazo de queso fresco, salió a la calle y se guió por los sonidos que se escuchaban no muy lejos de allí. Llegó a una plaza donde vio una iglesia de enormes proporciones. Era preciosa. Entonces se dio cuenta de que no estaba ante una iglesia, estaba ante la basílica de la que tantas veces le había hablado el maestro en sus lecciones. Y era cierto, era preciosa. Corrió hasta la puerta de entrada, donde se arremolinaba la gente, y entró. Se sentó en uno de los bancos y escuchó misa con todos. Al acabar, se acercó al altar cuando se quedó sola, y de rodillas, ante la Virgen, le pidió que le diese una oportunidad en aquella ciudad. Salió de allí con la esperanza de que la Virgen le hiciera caso y comenzó a entrar en un café tras otro y en una tienda tras otra. Explicaba las lecciones recibidas por su maestro y lo bien que se le daban los números. En ningún sitio la querían. Al día siguiente volvió a intentarlo, y al siguiente, y al siguiente. Parecía que la Virgen estaba demasiado ocupada con otras plegarias como

para escuchar las tuyas. Entonces pensó que podría trabajar limpiando en algún hotel hasta que alguien le diese la oportunidad de ocuparse de los números que tanto le gustaban. Así pues, comenzó a recorrer hostales y hoteles. De los más elegantes hacia abajo. Finalmente, en un hotel ni demasiado elegante ni demasiado andrajoso, le dijeron que había quedado un puesto libre en la lavandería, que podría estar una semana a prueba y, si hacía bien su trabajo, tal vez la contrataran.

A cambio de su trabajo de aquella semana, le darían de comer. Esa fue la primera cosa sobre la que no tuvo opción y tuvo que aceptar sin más: trabajar en la lavandería de un hotel a cambio de comida. Se levantaba a las cinco de la mañana, se vestía y, tras comerse un pedazo de pan que se ponía duro por momentos, salía para llegar puntual. A las cinco y media entraba por la puerta y el jefe de servicio anotaba su nombre y la hora a la que había llegado en una hoja. Entraba en la lavandería, donde los olores a jabón y desinfectante la mareaban. El calor que salía de una especie de soperas gigantes que no había visto nunca, donde hervían las sábanas, hacía que el sudor no tardase en aparecer.

Sacudía alfombras y quitaba pelos uno por uno de las mantas. Sacaba las sábanas de las soperas y las tendía. Y así, una hora tras otra. Era hábil y nada perezosa. Era pequeña pero fuerte, y aguantó todo lo que le echaron encima. Comía y cenaba allí. Salía de su puesto de trabajo a las once de la noche como pronto, y al día siguiente se levantaba temprano. Su cuerpo comenzó a resentirse, pero mientras trabajaba y cumplía con su horario, recibía comida y algún asentimiento de su encargada. También lograba mantener su mente ocupada y no pensar en que estaba trabajando en algo que no le gustaba, que no tenía nada que ver con lo que esperaba encontrarse y que, si no se hubiera marchado de su casa, no acabaría rendida todas las noches de la manera en la que acababa desde que había llegado a la ciudad. Pero el trabajo que desempeñó no pasó en balde. Cuando pasó la semana, le dijeron que la metían en plantilla, que su horario sería de seis de la mañana a ocho de la tarde, tendría una hora para comer a cargo del hotel y una paga semanal. Se sentía orgullosa. Había conseguido un trabajo por su propia mano. Entonces fue cuando se acordó de su maestro. Era un hombre bueno, pero no había

visto demasiado mundo precisamente. Lo más lejos que había estado de su casa había sido cuando acudió al entierro de un primo tres pueblos más allá, y seguramente su padre le habría contado las mismas historias sobre una vida próspera en la ciudad. No le importaba. Estaba dispuesta a seguir adelante y vivir en una ciudad donde se guardaba fiesta los domingos y se acudía a ver algún espectáculo callejero. Sería como el resto. Salió del hotel con una sonrisa estampada en los labios por algo por lo que solo podían sonreír los pobres y miserables. Llegó a casa cansada, deseando darse una ducha y prepararse algo para comer con el pan y el queso que tenía en su cuarto. Saludó a la casera, que leía una novela alumbrada con una pequeña lamparilla en su mostrador, y subió las escaleras. Sacó la llave para abrir la puerta y dentro se encontró a una chica mayor que ella, comiéndose su pan a bocados, sentada en el suelo.

—¿Quién eres tú?

Se abalanzó sobre ella y le quitó el pan de las manos.

—Esto es mío, cómprate el tuyo. Fuera de mi cuarto.

—También es mi cuarto, y no te preocupes, te pagaré el pan.

—¿Cómo que es tu cuarto?

—¿No has visto a la casera? —preguntó limpiándose las migas de la boca.

Antonia bajó las escaleras y se dirigió a la casera, cogiendo el libro y cerrándolo. Ella la observó impasible.

—¿Qué haces, niña?

—¿Quién es esa que está en mi cuarto?

—Ah, sí, se me olvidaba. Es tu compañera de habitación.

—Yo no quiero una compañera de habitación.

—Bueno, pues ahora la tienes. No sé de qué te quejas, te irá bien con el tema del dinero: ahora tendrás que pagar solo la mitad. Siempre lo hacemos así.

—Yo no quiero compartir mi cuarto con nadie.

—Discúlpeme usted, *madame Butterfly*, no sabía que no quería compartir su *suite* con la muchedumbre.

—Pero ¿qué más le da? Si ya le pago yo todo el alquiler.

—Ya, hasta que no puedas pagarlo. Así me aseguro de que, si a ti te van mal las cosas, la otra me pagará al menos la mitad del alquiler. Y déjame en paz, que estoy leyendo.

Antonia subió enfadada a su habitación. La chica se había tumbado en un camastro plegable que no había visto antes.

—¿Ya te lo ha explicado? —preguntó.

—Sí —dijo resignada, sentándose en una silla y descalzándose.

—No te preocupes, no soy mala compañera. —Rio.

—Ya lo veo, te has comido mi pan.

—Ya te he dicho que te lo pagaría. Tengo trabajo.

—Me da igual. No quiero una compañera. Podrías decirle que te cambiase de cuarto.

—Ni hablar, solo hay hombres en el resto de las habitaciones, y no pienso meterme con ellos. Y si me das una oportunidad, por pequeña que sea, nos llevaremos bien.

Antonia sopló y cortó un pedazo de queso que la nueva compañera no había visto.

—¿Cómo te llamas?

—Mi madre siempre me decía que me quería llamar Gertrudis. Por suerte, no lo hizo. Me llamo Susana. ¿Y tú?

—Antonia.

—Bien, Antonia, encantada de conocerte.

Aquella noche iniciaron una pequeña amistad. Fue la primera y única amiga que Antonia haría en Zaragoza. Susana era prostituta de esquina, trabajaba de noche y tenía un novio que de vez en cuando aparecía en la pensión y subía a verla. Casi siempre acababa pegándole algún puñetazo y dejándole la cara amoratada e hinchada.

—¿Tienes novio? —le preguntaba Susana.

—No. Y para tener un novio como el tuyo, mejor no.

—Pues son todos así, y si no te pega antes, te pegará después, así que mejor no te lées con ninguno; después no te dejarán en paz, aunque tú quieras.

Antonia no comprendió sus palabras hasta que un día, al regresar por la noche de su trabajo, la encontró sobre su cama con golpes por todo el cuerpo,

con los ojos abiertos y estrangulada. Pegó un grito. Los inquilinos salieron de sus habitaciones y la casera subió a ver qué ocurría.

—Por Dios, es la tercera vez que me encuentro con algo así. ¿Por qué me tocan a mí todas las ramera con novios que las matan? Otra vez a avisar a la Guardia Civil.

Aquella noche Antonia la pasó en las dependencias de la Guardia Civil, siendo interrogada una y otra vez. Su versión fue siempre la misma: que Susana tenía un novio que aparecía de vez en cuando y la pegaba. A las cuatro de la mañana, sin haber dormido y sin poder haber ido al baño, la dejaron salir a la calle. No fue a la pensión, se fue directamente al trabajo. Allí, a las doce de la mañana, sin haber comido nada y sin haber dormido, cayó desmayada al suelo. Al despertar, se encontró en una habitación de madera, sobre una cama de sábanas limpias, y caliente. La leña ardía en una estufa que había en el otro extremo de la habitación. Una mujer elegantemente vestida le mojaba la frente con un paño.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Asintió e intentó incorporarse.

—No, no te levantes, quédate echada, será lo mejor. ¿Tienes hambre?

Aquella mujer era la esposa del dueño de ese hotel y de unos cuantos más repartidos por Zaragoza y otras ciudades del país. Le dio de comer un caldo suave y un pescado, como si fuese una niña. Le pidió que le explicase por qué se había desmayado y Antonia se lo contó. Lo que la mujer había pensado en un principio había sido que estaba embarazada, pero al escuchar su relato comprobó que no.

—¿Sabes? Yo hace años era como tú, una pobre chica desgraciada, pero tuve la suerte de conocer al chico rico en el momento justo, por eso ahora llevo medias de seda. No digo que eso vaya a pasarte, pero puedo hacer que tengas un horario de trabajo algo menos duro, que cobres un poco más y que no estés todo el día oliendo vapores de desinfectantes. Cuando te encuentres bien y hayas recuperado fuerzas, te ocuparás de las habitaciones de la primera planta. Comenzarás a las diez y acabarás cuando termines con todas las habitaciones de esa planta. Barrerás el suelo, lo fregarás, limpiarás los baños, los cristales de las ventanas para que entre la luz con claridad, y cambiarás las

sábanas cada dos días. No será fácil, pero será mejor que estar en la lavandería. Cobrarás una peseta más al mes y podrás vivir en esta habitación. No creo que tengas ganas de regresar al agujero del que has salido. Mandaré a alguien a por tus cosas.

—¿Por qué hace esto?

Encogió los hombros.

—Ya te lo he dicho, yo una vez fui como tú y me vino muy bien que me echasen una mano. Muchas de las doncellas viven aquí, en el hotel. Esta habitación y las otras están en el sótano. En verano no son precisamente frescas, pero en invierno se guarda bien el calor. Ahora descansa.

Fue al día siguiente cuando Antonia comenzó su nuevo trabajo. Se levantó con fuerzas, se lavó la cara y se puso su traje nuevo de doncella. Se personó en recepción y preguntó adónde debía dirigirse. Un hombre anciano la acompañó amablemente a la primera planta y le dio la llave del cuarto con el carro que debía llevar para hacer la limpieza. Le enseñó donde se guardaban las toallas limpias y las sábanas.

—Si tienes alguna duda, pregúntame a mí.

—Gracias.

Comenzó por la primera de las habitaciones marcada en la lista que le habían dado. Tres horas después había acabado con su trabajo y bajó de nuevo a información.

—¿Criatura, ya has acabado? Eres rápida. Pues ahora tienes el día libre. Vete a dar un paseo.

Resultó que Antonia ahora no sabía qué hacer con tantas horas libres. Salió a dar un paseo y decidió sentarse en una de las terrazas que habían en el paseo de la Independencia, aprovechando que hacía una mañana de sol, pero al verla, le pidieron que se fuera, que en ese local no se admitían criados como clientes. Humillada, y bajo la mirada atenta de una docena de camareros, se marchó de allí tan deprisa como pudo. Una lágrima quería escapar de sus ojos, pero aguantó y no lo hizo. Caminó por la calle del Coso con la cabeza alta, sin dejar que nadie la viese hundida por la humillación que acababa de recibir. Allí, en la calle del Coso, se encontró con comerciantes que sonreían a su paso y la invitaban a entrar en las tiendas para que viese las

maravillas que traían. No la miraban por encima del hombro y había cafés donde sí podía entrar. Compró manzanas, garbanzos y huesos para hacer caldo en su nueva habitación, equipada con un hornillo individual. Pasó frente a escaparates en los que se mostraban bonitos vestidos, zapatos y sombreros no demasiado caros, pero tampoco tendría oportunidad de ponerse nada de eso. Así pasaron los días, unos acabando antes que otros su trabajo. Salía a pasear y regresaba a comer al hotel. Se pegaba la tarde en su habitación, aburrida y sin nada que hacer. En alguna ocasión, cuando el anciano de recepción acababa su turno, salía con él al parque y le contaba cosas de cuando era niño y soñaba que mataba dragones como san Jorge. A Antonia le gustaba su compañía y, en parte, le recordaba a su maestro. Poco tiempo después, aburrida de pasar una hora tras otra mirando el techo, le pidió a la esposa del dueño si podía ocuparse ella de otra de las plantas.

—¿Por qué? ¿No tienes para tus gastos?

—Sí, señora. Pero no tengo nada que hacer por las tardes. Y si puedo ayudar en algo más, me gustaría.

Encogió los hombros.

—Si te empeñas en ello... He visto cómo trabajas y lo haces bien y rápido. Podrías ocuparte de las *suites* por las tardes. Te ocuparías de limpiar las que se quedan libres a lo largo de la mañana y de la tarde.

—Me parece bien.

—Aunque no podremos subirte mucho más el sueldo.

—No importa, no me gusta estar sin hacer nada.

Así fue como Antonia conoció al señor Campillo padre, arreglando la *suite* que tenía siempre reservada en el hotel, lugar al que se llevaba a sus conquistas durante un rato. Cortaba las velas para que estuviesen a la misma altura. Corría las cortinas lo justo para que entrase luz suficiente y no demasiada. El doblar de las sábanas lo hacía al milímetro y las cambiaba a diario, fuese ocupada la habitación o no. Sacudía las alfombras y ahuecaba los cojines. Doblaba las mantas y las guardaba en los armarios. Ventilaba la habitación para que el olor de los puros del señor Campillo se marchase y no estuviera el ambiente demasiado cargado. Subía la calefacción después de ventilar para que la habitación tuviese la temperatura adecuada. Incluso del

patio trasero del hotel recogía flores frescas y las colocaba en un jarrón, pensando que a las mujeres que llevase con él les gustaría. Todo lo cuidaba al detalle. Fue por ello, por su trabajo, cuando en un almuerzo en el hotel, Campillo le preguntó a su amiga y esposa del dueño por la doncella que se ocupaba de su habitación. La llamó y se personó ante él. A Antonia le daba miedo. Era un hombre grande, fuerte y que se tragaba todo lo que había a su alrededor con la mirada.

—Vamos, Antonia, no va a comerte, acércate.

—O tal vez sí —bromeó él.

—No la asustes, hombre. Vamos, acércate.

Ella obedeció y se acercó mientras él la observaba imperativo.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece, señor. Casi catorce.

—Mmm. Muy joven para mi gusto. —Rio de su propio comentario y después se puso serio.

—¿Te gustaría trabajar en mi casa? He comprobado que tu trabajo es bueno y me gustaría que estuvieses a mi servicio directamente. ¿Qué me dices?

Antonia lo observó y después dirigió la vista hacia la dueña del hotel.

—Puedes hacer lo que quieras, Antonia —ofreció ella con una sonrisa.

—Entonces no se hable más, te vienes conmigo —cortó Campillo sin dejarle responder.

Antonia, sin abrir la boca, asintió y bajó a su cuarto para recoger sus cosas. Dejó el traje de doncella del hotel sobre su cama y se enfundó su viejo vestido con el que había llegado a Zaragoza. Con la maleta en la mano, aguardó en la puerta del restaurante a que los dos terminasen de hablar.

—¿Qué haces con la maleta en la mano? —preguntó el anciano.

—Me marcho de aquí. Aquel caballero me lleva para servir en su casa.

El viejo alzó la vista y lo observó.

—Ya. Pues ten cuidado con él y no dejes que te levante las faldas. No te asustes, niña. No creo que lo haga, a menos de momento. Y cuídate mucho, anda.

—Lo haré.

Una hora después, Campillo decidió que era hora de marcharse de allí.

—Ah, estás ahí, muy bien. Vamos, sígueme.

Como un perro, le siguió. Al pasar frente al anciano en su puesto tras el mostrador, se despidió de él con la mano. Un coche de caballos esperaba a Campillo en la puerta del hotel. Ella subió con el cochero y Campillo subió al coche.

El trayecto no duró demasiado, aunque para Antonia fue como entrar en otro mundo al ver la gran avenida, bordeada de árboles inmensos, setos podados con formas perfectas y casas de tres o cuatro plantas con jardines vallados y fuentes. De donde ella venía, no había calles así. La mayoría eran caminos de piedras y tierra.

El cochero la ayudó a bajar y siguió los pasos de Campillo, que entró en la mansión con un puro en la boca.

—Espera aquí —le ordenó en el recibidor.

Convocó a los criados y criadas de la casa y a su mujer, que apareció con resignación, sabiendo de dónde venía. Les anunció a todos que era la nueva doncella para sustituir a la que su esposa había despedido hacía una semana.

—¿Dónde has encontrado a esta, amor mío? ¿En un burdel? —preguntó la señora con asco.

—No. Es la que me arreglaba la habitación del hotel —respondió sin ningún miramiento hacia su esposa—. Y la que se encargará de hacerlo en casa. Será pequeña y no especialmente agraciada, pero trabaja bien.

—Veo que es de tu tipo, solo que un poco más joven.

Antonia y el resto de los criados asistían sin mencionar palabra a aquella conversación sobre ella, esperando a que se acabase.

—Ya crecerá —dijo él—. Saturnina, instálala en alguna de las habitaciones que haya vacía, después enséñale la casa y que se aprenda bien dónde están situadas las habitaciones de las que se encargará.

—Sí, señor.

—Bien, me marcho a las oficinas. Cielo —dijo volviéndose hacia su mujer—, estaré en casa para cenar. Tal vez esta noche haya suerte y por fin me des un hijo.

La señora desapareció escaleras arriba, el señor se marchó y los criados,

salvo Saturnina, regresaron a sus faenas.

—Sígueme —le dijo.

Antonia obedeció. Atravesaron el pasillo y bajaron hasta las cocinas. Subieron por las escaleras del servicio cuatro plantas hasta llegar al ático, donde estaban las habitaciones de la servidumbre. La condujo a través de un suelo de madera que crujía a sus pasos, alumbrada por un quinqué, hasta la última de las puertas del pasillo.

—Esta habitación está alejada, pero es grande y le llega bien el calor. No pasarás frío en invierno y tampoco demasiado calor en verano.

Sacó una llave del manajo que llevaba con ella, abrió y se la tendió.

—Procura no perderla.

—No lo haré.

Entró. La habitación le recordó a la del hotel. De madera clara, más o menos grande, tenía una cama vieja y un colchón sobre ella, una silla con una manta, un armario donde guardar la ropa que no tenía y un tocador con un espejo rajado que no le hacía falta. Sobre este, había un cepillo para el pelo.

—Comerás con nosotros en las cocinas a las doce del mediodía, y la cena será a las nueve de la noche. El primero que se levanta es el que hace café para todos los que nos levantamos después y hay pan dulce para acompañarlo en la despensa. Recuerda los horarios porque si no, no comerás. Deja tu maleta y te enseñaré el resto de la casa.

Bajaron hasta la primera planta. Allí le mostró la habitación de los señores y el baño que había para ellos en una habitación adjunta. Le enseñó las tres habitaciones de invitados, de las que también se haría cargo, y el salón donde la señora solía bordar. Debía asegurarse de que los cristales de las ventanas estuvieran bien limpios para que tuviese claridad suficiente para distinguir bien los colores de los hilos que usaba.

También se ocuparía de la biblioteca, como hacía la doncella a la que habían echado. Debía de limpiar todos los días al menos cuatro baldas de libros que nadie leía, pero que acumulaban polvo como un campo de tierra. A Antonia le pareció un regalo. Se ocuparía de la biblioteca y, además, si se llevaba un libro escondido en el bolsillo para luego devolverlo, nadie se daría cuenta. Aquel día lo tendría libre, pues todas las faenas estaban hechas.

Comenzaría al día siguiente.

Salió de la casa por la puerta del servicio, cogió un tranvía y llegó al centro de la ciudad para comprar papel de carta, sobres, sellos, una pluma y un tintero. A su regreso a casa, se metió en su cuarto y comenzó a escribir una carta a su maestro, diciéndole que todo le iba bien, que estaba contenta y tenía un buen trabajo. Que sentía no haberle escrito hasta entonces, pero había estado muy ocupada y no había tenido tiempo. Que todas las noches leía al menos uno de los poemas del libro que le había regalado y que, tras hacerlo, siempre soñaba cosas bonitas. Le gustaba la vida en la ciudad y estaba ansiosa por asistir a algunos de los espectáculos del teatro Principal cuando tuviese algo de tiempo. No le dijo nada de la compañera que apareció muerta en la pensión, ni de los cambios que había tenido de trabajo, ni que la habían ahuyentado como a una rata cuando se sentó en la terraza de aquel café. Todo aquello no importaba. Tenía trabajo, ganaba dinero y un hombre poderoso la había hecho llevar a su casa gracias al mañoso desempeño de sus labores. Todo marchaba bien.

Al día siguiente comenzó su trabajo. Se levantó la primera, preparó café para todos y desayunó con ganas. Comenzó por limpiar con esmero los cristales de la sala de bordado, ahuecó las almohadas del sofá, quitó las cenizas de la chimenea y colocó nuevos troncos para que estuviera todo listo para cuando la señora entrase a bordar. Cuando los señores se levantaron, entró en su dormitorio, ventiló la habitación, cambió las sábanas y sacudió alfombras... Exactamente igual que lo que hacía en el hotel. Nadie se quejó de su trabajo, pero la señora la miraba con desprecio cada día, mientras el señor le sonreía y le decía que cada día estaba más mayor y más hermosa. Parecía que Antonia era la única que desconocía las segundas intenciones de esos comentarios. Escribía a su maestro y él le respondía diciéndole que se alegraba por ella y que no dudase en acudir a ver un teatro o algún espectáculo de danza. Poco después de llegar, tras cumplir los catorce años, Campillo decidió que era lo suficientemente mayor ya para ella. Así que una noche decidió hacerle una visita en su habitación. Apareció con la camisa por fuera y oliendo a *whisky*. Ella, sin saber quién era, abrió la puerta.

—Señor, ¿se encuentra bien?

—Me sentiré mejor si una bella dama me hace compañía esta noche.

Entró en el cuarto y cerró la puerta de golpe. La lanzó sobre la cama y comenzó a subirle el camisón que llevaba. Ella se resistió y se apartó de él.

—Señor, tiene esposa y un hijo en camino. No debería hacer esto. Por favor, márchese.

Cualquiera de las criadas que hubiera presenciado la escena se hubiera llevado la mano a la boca. Nadie rechazaba a Campillo, y menos una doncella recién llegada. Pero, al contrario de lo que se hubiera podido esperar, Campillo se lo tomó como un reto y apareció en su habitación todas las noches con rosas, bombones, lencería femenina y regalos que ella siempre rechazaba y que al día siguiente encontraba en la habitación que compartía con su mujer. El tiempo pasaba, ella lo rechazaba y la señora de Campillo comenzaba a sentir cierta admiración en secreto y en silencio por esa chiquilla sobre la que nada sabía, salvo que daba desplantes a su marido.

—La despediré —decía—. No es tan hábil como antes. No hace nada de lo que le digo.

—Hace todo su trabajo mejor que cualquier otra de las doncellas. Lo único que no hace es arrodillarse entre tus piernas. ¿Crees que no lo sé?

Poco tiempo después nació el hijo heredero, Pascual. Una semana más tarde se organizó la presentación de su hijo a todos sus amigos y, en un ataque de nervios, la señora abofeteó a Antonia por algo de lo que ella no había tenido la culpa realmente.

Al día siguiente, la llamó y le pidió que le explicase de dónde venía. Tras un resumen de su vida al cuidado de sus hermanos, la señora Campillo pensó que sería una buena aya para su hijo recién nacido, y, de paso, le restregaría a su marido los rechazos de la niña cada vez que la viera.

Un año después, él quería echarla de allí, pero su esposa no se lo consintió.

—No lo permitiré, es una buena aya, quiere a Pascual y lo cuida con delicadeza. Y tú tendrás que aguantarte por ello.

Así pasaron los años. Antonia se ocupaba del cuidado de un niño al que veía más como uno de sus hermanos que como un verdadero trabajo. Se querían los dos y a Pascual le gustaba pasar tiempo con ella. Hasta que algo

cambió, sin saber muy bien en qué momento. Comenzó a pasar más tiempo con su padre y a convertirse en su sombra. Los médicos decían que tenía un comportamiento extraño para su edad y que era peligroso para los otros niños. Así comenzó a recibir lecciones en casa y a no salir nunca. Y de pronto, un día conoció a la hija de unos amigos de sus padres. Se llamaba Rosa y tenía ganas de jugar con él. Después de llevar tanto tiempo encerrado en su propio mundo, se le hacía extraño compartir juegos con una niña pequeña, pero al parecer ella estaba a gusto con él. Los padres de Rosa, al saber de los problemas de Pascual, se ofrecieron a que su hija fuera todas las tardes a jugar un rato con él. Y así crecieron juntos por las tardes, al cuidado de Antonia, hasta que Pascual decidió que ya no la quería como aya. Era demasiado mayor para tenerla a su lado y pendiente de él todo el día. Prefería hacer otras cosas, como ir con su padre a las oficinas y aprender de él. Y lo hizo bien.

Pascual Campillo tenía dieciséis años cuando su padre le contó, entre copa y copa de whisky, que una criada, Antonia, le había rechazado en numerosas ocasiones.

—Una criada, como si estuviera en posición de rechazar a nadie, y menos a quien le da de comer. Y luego está tu madre, que se quedó con ella para restregármelo. Y, además, hacía bien su trabajo. Ahí no había nada que echarle en cara. Algún día de estos debería darles una lección a las dos. A tu madre, prohibirle coger dinero para comprarse esos vestidos con plumas, y a esa Antonia, enseñarle quién manda en la casa. Sí, eso debería hacer. O lo haría si fuese joven. Si tuviera fuerzas suficientes, pero me he vuelto viejo. Ah, no llegues nunca a viejo, hijo mío. No lo hagas. Vive todo lo que tengas que vivir, y cuanto antes mejor. Y, sobre todo, en tu casa, cuando la tengas propia, cuando tengas a una mujer a tu cuidado, doncellas que las pagues tú e hijos corriendo por casa, enséñales quién hace que entre el dinero en casa, lo que debe hacerse con él y quién manda. Nunca te dejes agasajar. Tú eres el hombre y el que debe tomar las decisiones. Las hembras son criaturas que nos deleitan y nos arrastran al pecado, su única misión es la cría de un nuevo ser mejorado. Lástima que eso solo se cumpla en los varones; las mujeres llevan siglos siendo igual. Si tienes hijas algún día, enséñales a tratar bien a

sus maridos y que deben complacerlo; si no, no habrá quien quiera casarse con ellas. Y si hace falta usar el cinturón, hazlo.

Las conversaciones entre el padre y su hijo habían comenzado hacía ya tiempo, y todas eran similares a esa. Le decía que debía imponer su opinión porque era la que servía, la sensata y la pensada con paciencia, calibrando los beneficios y los perjuicios. También había comenzado a introducirlo en el mundo de las finanzas, las transacciones, las compras y ventas de fábricas, las patentes y las buenas alianzas con los bancos. Pascual aprendía todo eso como si lo grabaran a fuego en su mente. Y así comenzó a ver las cosas desde bien pequeño. Le enseñó que no debía hacer caso de su madre, que debía hacerle caso a él. Que debía imponer su opinión, que con el tiempo le sustituiría a él y sería quien se ocuparía de sus haciendas, y que solo se lo daría si se veía reflejado en él. Durante una semana, tras cumplir catorce años, nadie supo dónde había estado Pascual. Su padre lo había llevado a una caseta que había encontrado en medio de unos campos oscenses. Esa clase de cabañas las usaban los pastores para guarecerse de la lluvia o del frío. Lo dejó allí una semana entera, sin comer, con un botijo de agua como única compañía, además de los sonidos de los bosques de alrededor. El séptimo día su padre fue a por él y quitó el candado con el que había cerrado la cabaña. Su hijo estaba aletargado, sin fuerzas y con visión borrosa. Cuando el sol dejó de cegararlo, vio que su padre estaba allí.

Se puso en pie y le abrazó.

—Esto es lo que te pasará si no sabes llevar el negocio. Debes aprender bien, aprender de mí. No es nada bueno pasar hambre, ni pasar frío, ni miedo. ¿Harás lo que yo te diga?

—Sí, padre, aprenderé de usted para ser como usted —respondió él.

Para entonces ya se había perdido para siempre. Era malo de nacimiento, como muchas de las doncellas sabían, aunque Antonia no les hacía caso. Para ella no era más que un niño que no se había adaptado en el colegio y que, harto de que se burlasen de él, había saltado por donde no tenía que hacerlo. Pero se vio obligada a dejar de creerlo cuando la visitó una noche tras haber estado bebiendo whisky con su padre. Antonia tenía treinta años y había renunciado a que ningún hombre le pusiera la mano encima, haciendo caso de

los consejos de su maestro, con quien seguía manteniendo correspondencia tres o cuatro veces al año, por lo que había confesado Susana antes de aparecer muerta y por lo que ella misma había visto en la casa de su señor. El joven de dieciséis años estaba bebido y se tambaleaba. Era un ser trastornado y de mente débil, continuamente amenazado por la sombra de su padre y que nunca llegaba a alcanzar lo que esperaba de él. Antonia le preguntó si se encontraba bien y si podía ayudarle en algo.

—Oh, sí —respondió él.

Tenía los ojos enrojecidos y ojeras. El aliento le apestaba. Empujó a Antonia al interior de la habitación y cerró la puerta por dentro con el cerrojo. Sin quitarle los ojos de encima, comenzó a desabrocharse los pantalones. Antonia, sin poder creerse lo que estaba viendo, intentó hablar con él, pero era inútil. No importaba que lo hubiese criado, no importaba que prácticamente fuese su madre. Para él no era más que una criada que estaba bajo su mando y sus deseos, como su padre le había enseñado. La intentó lanzar contra la cama, pero cayeron al suelo. Antonia era pequeña pero fuerte. Pataleó, arañó y escupió. Pero Pascual tenía dieciséis años, era más alto que ella y más fuerte. Tras una docena de golpes, consiguió calmarla y mostrarle que todo sería menos doloroso y más sencillo si se estaba quieta. Ella, cansada por el forcejeo, perdió las fuerzas y no pudo hacer nada cuando le levantó la falda y arrancó la parte de arriba a tirones. La sujetó con fuerza y le abrió las piernas, haciendo que las rodillas, cansadas del trabajo del día, chasqueasen. Se tumbó sobre la mujer que lo había criado, bañado, levantado, acompañado al colegio, dado de comer y cuidado cuando había estado enfermo, limpiándole los vómitos y los mocos que le caían de la nariz. La embistió rabioso, dejando que las babas se le escapasen de la boca como si fuese un perro e hiriéndola de horror, asco, miseria y recuerdos vacíos. Cuando acabó, se levantó, se subió el pantalón y se fue hacia la puerta.

—Así es cómo funcionan las cosas. Así es cómo aprenderás a obedecer. Esto debió hacerlo mi padre hace muchos años.

Se marchó. Antonia se incorporó y vio el rastro de sangre que salía de su cuerpo y crecía lentamente en finas líneas sobre el suelo de madera. Su ropa, destrozada, estaba inservible. Apoyándose en la cama, se levantó y se sentó

en la silla frente a un espejo que le había regalado la señora.

—Para que no olvides lavarte la cara por las mañanas —le dijo.

El cabello se le pegaba a la frente por el sudor, y el terror no se había ido de su cara. Se desnudó al calor de la estufa de leña que tenía en la habitación, tiró la ropa a un lado y se lavó con el agua que tenía en la jarra para las mañanas. Dos horas después, la sangre dejó de salir y la herida se cerró, al menos en la piel.

No tenía otro camisón para dormir y se puso la ropa de criada que le habían dado al llegar a la casa. Pasó la noche en vela con la espalda apoyada en el cabecero y las rodillas encogidas, donde apoyaba la barbilla mientras observaba el cielo estrellado por la ventana y, de refilón, el camisón ensangrentado a los pies de la cama en un rincón. Sin saber qué hacer al día siguiente, sin poder contárselo a nadie, con el alma hecha pedazos. Se hicieron las seis, bajó a la cocina y preparó el desayuno para todos los que allí trabajaban. Cuando terminó su pedazo de pan y su café con azúcar moreno, se metió en la biblioteca y continuó limpiando los libros, oficio al que había regresado desde el momento en que Pascual la había rechazado, pensando que ya era lo suficientemente mayor como para no tener aya. Aquella tarde esperaban la visita de Rosa. Por orden de la señora, cuando estaba la pequeña Rosa en casa, sí debía estar con los dos amigos por si necesitaba algo la pequeña. Antonia no quería enfrentarse a Pascual, pero nunca consentiría que hiciera con Rosa lo que había hecho con ella; estaría vigilando. A las cinco en punto de la tarde, Rosa llegó montada en el coche familiar, deseando jugar con Pascual. Se metieron en el cuarto de juegos, donde Antonia ya los esperaba. Rosa fue hacia ella y la besó en la mejilla. Antonia no se atrevía a mirar a Pascual. Así pasó la tarde, como otra cualquiera, como si nada hubiese ocurrido.

—Antonia —dijo Rosa a la hora de irse—, me marcho ya. Mañana regresaré y te enseñaré uno de los dibujos que hemos pintado hoy en la escuela.

—Claro, preciosa, tráemelo y lo veré.

—Ha quedado muy bonito, es un dibujo de invierno. Hasta hemos hecho nieve pegando bolitas de algodón. Verás cómo te gusta. Hoy se me ha

olvidado traerlo.

—No te preocupes, mañana lo veré y seguro que me gustará.

La cogió de la mano y la acompañó hasta la puerta. Pasaron los días sin que Antonia se atreviera a mirar a la cara ni a Campillo padre ni al hijo. Ahora les tenía miedo a los dos. Se pasaba la noche prácticamente en vela, con el cerrojo de la puerta echado. Corría también el pequeño y viejo tocador y lo ponía delante de la puerta para evitar que si volvía a aparecer borracho pudiera entrar.

Así pasó un mes y medio, entre legañas de sueño, cansancio y asco. Asco por ella misma y asco hacia la persona que había criado como si fuese su hijo, ya que su madre no le hacía ningún caso: estaba demasiado ocupada siguiendo las faldas que levantaba su marido y comprando perlas. Antonia tuvo que hacer una visita a un médico, gastando una buena parte de lo que había conseguido ahorrar durante su vida, temiéndose algo todavía peor que lo que le había pasado. Cuando se tumbó en la camilla de la consulta y el médico la exploró le confirmó que los mareos, vómitos y cansancio que estaba experimentando era porque estaba embarazada. La idea de tener un hijo de la persona que había cuidado y que la había maltratado de la peor forma en la que se puede maltratar a una mujer le producía arcadas. El médico, al ver su reacción, comenzó a explicarle que había métodos para quitarse el problema de encima, ya que saltaba a la vista, por el tono translúcido que había adquirido su cara, que no quería tenerlo.

El problema eran las tarifas. No podría pagarlas nunca. Se escuchaban entre las criadas historias de mujeres que te lo quitaban por casi nada, pero después se corría un gran riesgo de infección y muerte, como ocurría en la mitad de los casos. Salió de la consulta y, tomándose su tiempo, se marchó caminando sin ninguna prisa por llegar a casa de su señor. Estaba embarazada, no podía criar a la criatura que crecía dentro de ella y tampoco podía pagar porque se lo quitaran de encima. La otra parte del problema era que no podía dejar que ningún miembro de la familia de Campillo se diese cuenta de que estaba embarazada, pues si esto llegaba a saberse, no sabía el modo en que iba a estallar Pascual y nunca sería para bien. Paseando, mientras el aire fresco le pegaba en la frente y refrescaba las ideas, dio con un

plan que creyó tal vez era la solución de todo. Debía marcharse de la casa de Campillo y trabajar en otro lugar. Cuando tuviera a la criatura que no quería, la llevaría a un convento, donde se harían cargo de ella, la darían en adopción o la cuidarían en un orfanato.

Todo se solucionaría así. Al llegar a la mansión, solicitó al ama de llaves que le hiciera saber a la señora que deseaba hablar con ella. Media hora después, la señora, ataviada entre plumas, sedas, perlas y brillantes, la atendió con una taza de café en la mano.

—Me ha dicho el ama de llaves que solicitabas verme.

—Así es, señora, espero no molestarla.

—Ahora mismo no tengo nada que hacer. ¿De qué se trata? ¿Qué quieres hablar conmigo?

Antonia cogió aire y, apenas enfrentando su mirada, habló.

—Verá, señora, estoy infinitamente agradecida de haber trabajado durante dieciséis años para ustedes. Han sido buenos conmigo y Pascual —se detuvo para respirar profundamente— es un buen niño. Sin embargo, creo que aquí ya he cumplido. Creo que ya no les seré de especial utilidad ahora que su hijo ya es adulto y pasa la mayor parte del tiempo con su padre, aprendiendo. Por ello, me gustaría, si a usted le parece bien, dedicarme a la cría de otro niño o niña en alguna otra casa donde mis servicios sean más necesarios.

Silencio.

—Comprendo. ¿Y sabes ya algún lugar donde puedes dar esos servicios?

—No, señora. Pensaba que tal vez usted tuviera alguna idea de dónde podría ser yo de utilidad.

—Ya veo. No solo me vas a dejar aquí plantada, sino que, además, vienes a pedirme que te busque un nuevo puesto de trabajo.

La señora abrió su pitillera de oro y se encendió un cigarro.

—Discúlpeme, señora.

—No, no tengo que disculparte. Supongo que en parte tienes razón. Pascual ya tiene dieciséis años y, aunque todavía tenga pataletas, es mayor para tener a una persona pendiente de él las veinticuatro horas del día. —Suspiró—. Déjame que hable con uno de mis conocidos. A ver qué puedo hacer.

—Gracias, señora, es usted muy amable.

—Sí, lo soy. Retírate y continúa limpiando los libros de la biblioteca. Hasta que te marches de aquí, seguirás siendo mi doncella.

Por suerte para Antonia, no tuvo que esperar mucho más tiempo. Tres días después, una conocida de la señora solicitó que se presentase en su casa, no demasiado lejos de allí. Estaba embarazada y a punto de dar a luz. Necesitaba con ella a una mujer que hubiera atendido en partos, aunque Antonia solo recordaba el de sus dos últimos hermanos y el de Pascual, y que se le dieran bien los niños. Antonia se personó en la casa y se presentó como la doncella de la casa de Campillo. Tras esperar unos minutos en la estrecha entrada de la casa, pasó al salón, donde se encontró con una mujer a un mes de dar a luz, gorda, sudorosa y comiendo bombones de una caja de metal que tenía a su lado. Le pidió que se sentase en una silla que había colocado frente a ella y le pidió que le hablase de ella y de su trabajo. Le contó que había ayudado a su madre a dar a luz a la mayor parte de sus hermanos. No le dijo que había muerto ninguno. Que al quedarse huérfanos se los habían llevado y a ella la habían enviado a trabajar a Zaragoza, donde había comenzado en la lavandería de un hotel para acabar después al servicio de Campillo, donde había permanecido mientras Pascual era niño y les hacía falta. La señora escuchaba atenta su historia mientras engullía bombón tras bombón, acompañado de un vaso de leche con miel.

—Disculpa mi forma de comer, pero este pequeño será un gran glotón. A mí nunca me ha gustado el dulce, pero desde que me quedé embarazada, aquí me tienes.

—No se preocupe por eso, señora. Está en su casa.

Ella asintió sonriente.

—Pues si a ti te parece bien, puedes recoger tus cosas hoy mismo de la casa de Campillo y venirte aquí con nosotros. Hasta que dé a luz te quedarás en una habitación contigua a la que utilizo yo ahora mismo. No estoy durmiendo en la habitación principal. Estoy tan gorda que ni siquiera puedo compartir la cama con mi esposo. Y tampoco tengo ganas de romper aguas allí y que se ponga todo perdido. Ahora duermo en una de las habitaciones de invitados, que se comunican unas con otras. Dormirás en la habitación de al

lado. Pero eso será solo de momento. Cuando nazca mi hijo, al que llamaré José, te instalarás en un cuarto que hemos preparado para él. Tendrás tu cama allí y podrás tener tus cosas en un cuartito, una especie de salita de estar que hemos incluido en la habitación. Será como si tuvieras tu piso. ¿Qué me dices?

—Es perfecto, señora. Iré ahora mismo a recoger mis cosas, si le parece bien.

—Estupendo. Cuanto antes te instales, mejor.

Antonia regresó a la casa, informó a la señora de que, finalmente, les dejaba para ponerse al servicio de los Roncesvalles y subió a recoger sus cosas. Sacó la maleta que había traído consigo hacía ya muchos años desde Teruel y la colocó sobre la cama para recoger sus cosas. No se acordó de cerrar la puerta y se asustó cuando sintió que la sujetaban por detrás. Era Pascual.

—Ya me he enterado de que nos abandonas. Espero que te vaya bien.

Antonia guardó silencio, esperando que se marchase.

—Y espero que tengas la boca callada. Tendrías las de perder, pues nadie creería a una doncella. Y aunque nadie te creyese, yo mismo acabaría contigo como se te ocurra abrir la boca.

Antonia lo empujó hacia la puerta y se enfrentó a él por una vez en su vida.

—No voy a decirle nada a nadie. Ya descubrirá todo el mundo que te conoce cómo eres en realidad antes o después, sin que yo tenga que abrir la boca.

Se dio la vuelta y continuó recogiendo sus cosas. Salió por la puerta de servicio sin despedirse de nadie y fue a la casa de los Roncesvalles. La ama de llaves la guio hasta su dormitorio y le enseñó la puerta por la que se comunicaban ambas habitaciones. Se instaló y ordenó sus cosas. La habitación en la que iba a pasar los días hasta que la señora diese a luz era de invitados y no iba a ser donde se quedase mucho tiempo, pero era una habitación preciosa, como las habitaciones que estaba acostumbrada a limpiar y dejar perfectas para los que le pagaban un sueldo miserable y le daban tres comidas al día. Pero de momento era suya.

Al principio tuvo que dedicarse a servir a su señora. Había días que ni siquiera se molestaba en levantarse de la cama más que para sentarse en un orinal que después Antonia debía limpiar. Le daba la comida, la ayudaba a vestirse y estaba presente cuando el médico la examinaba cada día, a la vez que sentía que su propio vientre crecía. Se ponía vestidos sueltos, negros y con vuelo para disimular lo que crecía dentro de ella lentamente. Comenzó a enrollarse una sábana alrededor para intentar disimularlo lo máximo posible. Comía poco para no engordar y que el niño tampoco creciese mucho. Un mes después de haber llegado a la nueva casa, de noche, la señora lanzó un alarido al cielo: el bebé llegaba. Su marido, al que apenas había visto en aquel mes, entró en la habitación y mandó a una de las criadas que se había despertado al escuchar el grito a avisar al médico. Antonia se quedó con ella y pidió a Ezequiel que alguna de las doncellas calentase agua, trajese toallas y algún objeto cortante limpio.

—El médico ya viene en camino, no creo que sea necesario que te ocupes tú de nada —le dijo.

—Señor, con todos mis respetos, su hijo no está por la labor de esperar, ya asoma la cabeza y el médico no llegará a tiempo. Por favor, encárguese de que alguna criada traiga lo que he pedido porque yo no puedo marcharme a traerlo, debo estar con ella.

La señora se agarraba a la almohada con fuerza y gritaba cada pocos segundos. Lo que Antonia necesitaba se materializó en apenas unos minutos. El niño vino deprisa, en buena posición y con una sorpresa: era una niña. Para cuando el doctor llegó, estaba limpia, con el cordón atado y amamantándose. Él únicamente se ocupó de comprobar el estado de la madre. Saltaba a la vista que la niña estaba sana. Poco después se marchó.

—Siento que no haya sido niño —dijo su madre.

—No te preocupes por eso, no importa. Nuestros amigos siempre dicen que hay que tener hijos, pero yo creo que se equivocan. Esta niña crecerá y se casará con el tiempo, haciendo que dos empresas se fusionen. Todo saldrá bien.

—Déjala crecer antes unos años, Ezequiel —le respondió.

—Ya lo sé, mujer, solo te cuento los planes que tengo para ella.

Mientras los meses pasaban, la barriga de Antonia aumentaba, aunque lo disimulaba bien. Algunas veces, por las noches, mientras cantaba a la niña a la que habían llamado Selene, también lo hacía para su bebé. Se sorprendía haciéndolo y se callaba de pronto. Cuando salía a la calle, acompañando a su señora en busca de las mejores ropas para su niña, se quedaba mirando los pequeños trapos para bebés que nunca podría comprar y con los que le gustaría vestir a su hijo. Enseguida borraba la imagen de su mente. Nunca podría tenerlo, lo entregaría nada más nacer en un lugar donde se hicieran cargo de él. Nadie debía saber que estaba embarazada.

La persona con la que más tiempo pasaba en la casa era Selene. Ocasionalmente, con la señora, Jacqueline, pero ella estaba demasiado ocupada pensando en gastar dinero en frivolidades como para darse cuenta de nada. Al menos, eso creía Antonia. Pero Jacqueline no tenía un pelo de tonta y se daba cuenta de todo. Cuando Antonia estaba embarazada de seis meses, Jacqueline entró en el cuarto de su niña y la cogió en brazos mientras Antonia bordaba un vestido para ella.

—Es preciosa, ¿no te parece?

—Sí, señora, es una niña muy bonita.

—¿Cuándo vas a dar tú a luz? —preguntó de golpe.

Antonia dejó de bordar y observó a la señora, avergonzada.

—Es imposible disimular una barriga durante muchos meses, mi querida Antonia. Y lo has hecho mal. Si hubieses engordado, hubieras podido disimular, pero aunque estés en los huesos, la criatura sigue creciendo. Y he de decirte que tampoco se te nota excesivamente. ¿Por qué lo ocultas?

—Porque no quiero que me eche a la calle, señora —confesó.

—¿Por qué piensas eso? —dijo sentándose a su lado—. Nunca echaría a la calle a una mujer con una criatura en camino, y menos si está sola. Casi todas mis criadas han tenido hijos. Es ley de vida.

Guardó silencio unos instantes mientras Antonia era incapaz de hacer que las lágrimas no le cayesen de los ojos.

—No me lo digas, me conozco la historia, lo he visto demasiadas veces entre mis doncellas como para no saber qué es lo que ocurre. Conociste a un hombre, divertido y gracioso, que te prometió todo lo que podrías desear si

estabas con él, que estaba enamorado de ti y te quería más que a su propia vida, y cuando te quedaste embarazada se desentendió, te dijo que a saber de quién era el bebé y desapareció del mapa.

En realidad, la historia no tenía nada que ver con aquello, pero su señora se lo había puesto en bandeja.

—Sí, señora. Así fue. Estúpida de mí.

—Bueno, no te preocupes —dijo mientras le apoyaba una mano en el hombro—. En esta casa no le faltará de comer y tendrá suficiente calor en invierno. Ahora tranquilízate y descansa un poco.

Jacqueline se marchó de allí y la cabeza de Antonia se convirtió en un tambor. Había pensado tantas veces en quitarse al niño de encima nada más nacer que la perspectiva de quedarse con él le quedaba grande. Por un lado, lo quería porque era suyo, y, por otro, lo odiaba porque era de Pascual. Ahora que su señora lo sabía, no sabía qué debía hacer. Estaba embarazada de seis meses. Todavía le quedaban tres para pensar en ello.

Antonia dio a luz una tarde, a las cinco, cuando Selene estaba a punto de cumplir un año de vida. Le pidió a su señora que no dijese a nadie que era suya, que dijera que era una sobrina que tenía a su cuidado.

—Eso es una tontería, Antonia, nadie mandaría a un bebé tan pequeño al cuidado de su tía. ¿Por qué no quieres que se enteren de que es tuya? Es una niña preciosa. ¿Cómo vas a llamarla?

—No lo sé, señora, ahora mismo estoy muy cansada.

—Claro. No te preocupes. Ahora debes dormir para recuperar fuerzas; yo me ocupo de ella hasta que te despiertes.

Antonia se quedó sola en la habitación, ahogando las lágrimas que la consumían por dentro. Quería deshacerse de ella, pero también la quería a su lado; al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de que su padre fuese su padre. No durmió, pero el descanso de tres horas sin tener que estar pendiente de Selene, una niña que no hacía más que llorar y llorar, le permitió ver las cosas claras. No abandonaría a su hija y no diría que era una sobrina. Sería su hija y buscaría a alguien que la cuidase durante el día mientras ella estaba al cuidado de Selene y al servicio de su señora. Así se lo hizo saber a esta.

—Me parece bien —dijo—. Reconozco que tiene que ser duro que críes a

mi hija para poder pagar a alguien que cuide de la tuya, aunque supongo que ese es el orden de las cosas.

—No se preocupe usted, señora, ha sido muy buena conmigo.

—¿Sabes ya cómo la vas a llamar?

—Me gusta Elisa.

—A mí también.

Selene tenía un año y apenas era capaz de gatear. Lloraba hora tras hora sin que nada pudiese calmarla. Por las noches caía rendida en su cuna después de estar toda la mañana y toda la tarde llorando. Tras un par de horas de sueño, se despertaba de golpe, con los ojos abiertos de par en par y llorando de nuevo. Arañaba con unas uñas largas que no había forma de que se las dejase cortar. El cabello le crecía y no se estaba quieta para que pudieran cortarlo o peinarlo. Comía poco y muchas veces lo vomitaba. El médico de los Campillo la visitaba con frecuencia y le hacía intensos reconocimientos médicos.

—Es una niña muy revoltosa, nada más.

Por el contrario, Elisa, un bebé tranquilo, comía bien, sonreía al ver a su madre y se quedaba dormida mientras le cantaba canciones de cuna. Antonia había encontrado a una anciana que se había ocupado de criar a sus hijos, a sus doce nietos y a los hijos de las vecinas cuando no habían podido ocuparse de ellos. Se sentía sola y le pareció un regalo ocuparse de una niña pequeña de nuevo. Apenas le cobraba nada por ello, solo la comida de la niña y poco más. Todas las mañanas la llevaba temprano en el tranvía, la dejaba en su casa y regresaba a por ella cuando estaba prácticamente dormida. El viaje de regreso en el tranvía la despertaba ligeramente, pero volvía a dormirse pronto nada más llegar a casa y meterse en la cama.

\* \* \*

Los años pasaban y Selene no mejoraba. Crecía y caminaba, a pesar de haber tardado casi un año más de lo normal en hacerlo. El tema del habla era otro punto aparte. Simplemente, no hablaba, a pesar de que el médico insistía en que a sus cuerdas vocales no les ocurría nada. No hablaba porque no

quería, quizá porque no lo había aprendido todavía, al igual que había tardado más de lo normal en caminar. Se limitaba a gritar cuando requería la presencia de alguien, hasta que Antonia o su madre aparecían, y continuaba gritando para pedir agua, comida o que la cogieran en brazos.

Odiaba el agua y era verdaderamente complicado bañarla, así que buena parte del tiempo estaba sucia, con la cara manchada, las uñas llenas de porquería y, como andaba descalza, con los pies llenos de heridas que supuraban pus y que parecía no sentir, ya que no se quejaba por el dolor. Corría por toda la casa destrozando todo lo que encontraba a su paso, pegando a las doncellas y a alguna de sus hijas cuando aparecían por la casa. El personal no tardó en tenerle miedo y en no acercarse a ella. Cuando cumplió tres años, seguía igual, gritando, pegando y rompiendo lo que encontraba. Ya hablaba, aunque fuese poco y sin las palabras claras, pero al menos podía comunicarse. Fue entonces, cuando comenzó a hablar, cuando comenzó a darle miedo a su propia madre. Decía que veía seres a su alrededor por la noche, que tenían cuernos como los diablos y los ogros de los cuentos. Su madre, asustada, llamó a un sacerdote para que hablase con ella. Tras una pequeña charla con la niña, dedujo que estaba poseída por el demonio y que por eso tenía la cara continuamente desencajada, con ojos saltones y aterrados. Por eso gritaba, porque los demonios no la dejaban tranquila, y por eso se despertaba gritando en mitad de la noche. Necesitaba un exorcismo. Ezequiel, al enterarse, puso el grito en el cielo y dijo que no eran más que tonterías de supersticiosos y charlatanes que querían embolsarse un buen dinero por rezar cuatro padrenuestros en voz alta.

—Nunca hará un exorcismo a nuestra hija. Nunca.

Pero el negocio que había heredado de su padre, y este de su abuelo, se le escapaba de entre las manos al saberse que no tenía una hija sana. Él no entendía el porqué de esa reacción de sus inversores, ya que poco podía tener que ver la enfermedad de su hija, tuviese la que tuviese, con inversiones y ventas.

—Tienen miedo —le decía Jacqueline—. Ha corrido el rumor de demonios y, aunque tú no creas en ellos, hay mucha gente que sí y que cree que, si hacen negocios contigo, algo malo les ocurrirá a ellos también.

—Son tonterías —decía él con fuerza.

Por un motivo u otro, el negocio hacía aguas. Cuando Ezequiel creía que nada podía ir ya peor, una doncella acusó a Selene de la muerte de su hija. Al parecer, todo había ocurrido a las ocho o las ocho y media de la tarde. La casa estaba tranquila. Las doncellas que limpiaban ya se habían retirado y las cocineras preparaban la cena para los dueños. Selene tenía cuatro años y se había quedado sola jugando en su cuarto. Había lanzado una pelota hacia la puerta y se había colado por la ranura que había quedado sin cerrar. Se levantó gruñendo a por ella y, en el pasillo, en lo alto de las escaleras, vio que una de las hijas, de más o menos su edad, de alguna criada la había cogido. Se observaron sin decir nada y sin mover un músculo hasta que Selene reaccionó y se lanzó a por ella. Le arrancó la pelota de las manos y comenzó a arañarla. La madre de la niña apareció al pie de las escaleras, gritando que la dejase en paz, y entonces Selene la empujó para darse media vuelta y regresar a su cuarto. La pequeña cayó escaleras abajo sin que su madre pudiera hacer nada por ella y cuando llegó al suelo, con el cuello partido, los ojos abiertos y un hilo de sangre saliéndole por el oído, estaba muerta. Avisó a las autoridades y pronto se personó un inspector y un médico que certificó la muerte de la niña.

—Fue su hija, yo lo vi —sentenció.

Media hora después, la doncella fue puesta en la calle con la ropa que llevaba encima. El inspector dijo que como Selene Roncesvalles estaba enferma, no podían tomar medidas. Pero la noticia saltó a los periódicos y eso no fue de gran ayuda para Roncesvalles. Todos se alejaban y nadie quería hacer tratos con él. En un intento desesperado de hacer algo, lo único que ya creía que podía hacer, llamó a otro médico que no era el que la había visitado siempre. Era joven y conocía nuevos tratamientos. Se llamaba Ambrosio Casanova, era ambicioso y le gustaba demasiado el dinero. Roncesvalles le pagó una suma que apenas podía permitirse ya para que investigara sobre lo que le ocurría a su hija. Tras un mes de estudio y observación, dijo que tenía esquizofrenia y que nada se podía hacer por ella, que la enfermedad no tardaría en llevársela a la tumba. Los demonios que veía no eran más que alucinaciones, y el retardo en su desarrollo y peligroso comportamiento no

eran más que otra parte de la enfermedad. Tras asumir la noticia, pensaron que tal vez sería lo mejor. Quizá que una niña enferma descansara tranquila sería bueno para ella y para su negocio. Podrían tener más hijos.

—¿No te das cuenta, verdad, Ezequiel? —le dijo una noche su esposa—. Si solo por estar enferma ya nos han dado la espalda, si muere por una enfermedad mental será el fin para los Roncesvalles. Nadie contará con nuestros descendientes.

—¿Y qué quieres que hagamos? Ya has escuchado al médico: morirá antes o después, y todos sabrán el motivo. Esto es como el infierno.

—Algo se nos ocurrirá, tranquilo, no permitiré que toda nuestra vida se vaya al traste, me gustan demasiado las perlas...

En la mente de Jacqueline hacía tiempo que se estaba labrando un plan. Retorcido y malvado, pero que salvaría el trasero de su familia, a la vez que, se decía para aliviarse ella misma la culpa, ayudaría a una pobre niña que había nacido sin nada y sin padre a llevar una buena vida, una vida que su madre nunca hubiera podido darle ni pensar para ella.

\* \* \*

Selene murió unos meses después de cumplir los cinco años. Antonia la encontró agonizando en la cama, con los ojos hundidos y bordeados de un color azul. Ya no tenía fuerzas, no gritaba, no arañaba. Había sufrido un gran bajón en su estado de ánimo en las últimas semanas. Fue a avisar a los señores de que su pequeña Selene se moría a las cinco de la mañana de un sábado, antes de que el sol saliese a despertar la ciudad. Su madre la sostuvo en sus brazos, y, por una vez, sonrió para luego apagarse para siempre. Los tres observaron su pequeño cuerpo escasamente desarrollado. Minutos después, Antonia le pidió permiso para cogerla y dejarla en la cuna hasta que avisasen al médico y se preparase el velatorio.

—No habrá velatorio, Antonia —dijo una vez que la había acostado de nuevo en su cama—. Ven conmigo, tengo que contarte algo. Si eres buena madre, aceptarás la oferta sin rechistar.

Se la llevó a su dormitorio mientras Ezequiel se quedaba con su niña

acariciándole el poco cabello que tenía. Se sentaron en el canapé que había a los pies de la cama y confesó sus planes.

—Apenas nadie ha visto a tu hija, siempre está fuera, cuidada por esa mujer anciana; apenas podrían reconocerla. Pero a mi hija sí que la conocían y sabrán que no es la misma. Llevo tiempo planeando esto.

Silencio.

—¿Qué es lo que planea, señora?

—Darle a Elisa una vida que tú nunca podrás darle. Tiene cuatro años, es pequeña y olvida las cosas con rapidez. La enviaremos a un internado en otro país, a Suiza. Allí le darán una magnífica educación y aprenderá lenguas como Selene Roncesvalles. Aquí diremos que hemos enviado a nuestra hija a un internado de profesores especializados en conductas poco comunes y que van a tratarla allí. Cuando regrese en un año, será una niña nueva a la que habrán tratado para curar su enfermedad con nuevos medicamentos y terapias, estará sana y a ti te recordará como su aya porque su padre y yo la iremos a visitar a Suiza para ver su estado.

Antonia calló. Elisa era su hija y nadie se la quitaría. Lo que le estaba planteando Jacqueline era una locura.

—No me gusta su plan, señora.

—Pues tendrás que aguantarte, porque es lo que hay, te parezca bien o no. Si no estás de acuerdo, nos desharemos de ti sin más. No nos costará demasiado trabajo, y nadie te creería. Lo sabes. Tómate el día libre, piénsalo con tranquilidad, y cuando lo hagas, verás que es la mejor y la única opción que tienes.

Jacqueline se marchó. Obedeciendo, Antonia salió de la casa, no sin antes coger a su niña en brazos y pasar el último día con ella antes de que se la llevasen a Suiza. No tenía otra opción: como todos los criados, debía limitarse a asumir lo que se le ponía por delante.

Al regresar al atardecer, fue a ver a Jacqueline, que estaba en el cuarto de su niña, observando su cama. Se acercó a ella y puso a Elisa en sus brazos. Ella se puso en pie y fue a la cama, donde la acostó.

—¿Madre? —preguntó incorporándose y mirando a Antonia.

—Métete en la cama, mi niña. Haz caso a tu madre.

Jacqueline le confesó que Ambrosio, a cambio de un buen pellizco por parte de Ezequiel y gracias a un conocido que trabajaba en la morgue del hospital, se encargó de enterrar a Selene en el mausoleo familiar y sellar una tumba en la que únicamente podían leerse los años de nacimiento y muerte. Sin nombre alguno.

Cuando corrió la noticia de que la hija de los Roncesvalles había sido llevada a un selecto internado de Suiza donde hacía falta o un buen padrino o tener un hijo con una gran inteligencia, las cosas comenzaron a mejorar y algunos de los socios regresaron y volvieron a hacer tratos con los Roncesvalles. Realmente, el internado admitía a aquellos alumnos de buenas familias que podían pagar la estancia allí. Cuando la enviaron, Ezequiel no estaba seguro de que la jugada saliera bien, pero Jacqueline se encargó de hacer correr el rumor entre sus amigas y conocidas, entre las mujeres y amantes de los que habían sido socios y proveedores de Roncesvalles en algún momento.

—Lo que le pasaba a nuestra hija, como nos ha contado nuestro médico, era que tenía una inteligencia demasiado avanzada para su edad y al estar en un ambiente normal no podía desarrollarlo en condiciones y por eso actuaba como actuaba, aunque ya sabéis que lo de la pobre niña que murió fue una invención de su madre para sacarnos dinero y que simplemente se cayó ella sola al tropezar. Por suerte, vuestros maridos se han dado cuenta del gran error que cometieron —decía en todas y cada una de las meriendas, y resultaba convincente al cien por cien.

Era cierto que los negocios de los Roncesvalles siempre habían ido bien. Era serio en su trabajo y tenía arte para conseguir contratos baratos y llevarse inmensos beneficios. Aunque en los últimos tiempos, a pesar de que en casa le gustaba echarle la culpa de la mala marcha de los negocios a la enfermedad de su hija, sabía que el culpable era él en gran medida. Había firmado un contrato que no había sido revisado por su despacho de abogados y tenía unas cláusulas abusivas. Eso era lo que le había hecho perder gran parte de su fortuna, aunque a su esposa nunca se lo dijera y la enfermedad de Selene pudiera haber influido en algo, pero no hasta el punto que ella creía. Se despidió del despacho de abogados al ver que no habían hecho su trabajo.

Poco después, por uno de sus viejos amigos, descubriría que el despacho había sido comprado en secreto por la empresa con la que había firmado aquellas cláusulas. Había sido una trampa en la que había caído como un tonto y de la que le costaría mucho tiempo recuperarse. Comenzó a desconfiar de todo el mundo y él mismo era el que revisaba todos los puntos de las transacciones que se le planteaban. Era demasiado trabajo para una sola persona, y el negocio no rendía tal como él quisiera, pero no estaba dispuesto a caer otra vez en lo mismo.

\* \* \*

Doce meses no son demasiado tiempo y pasaron rápido, al menos para Jacqueline y Ezequiel. Cuando Selene regresó del internado, Antonia corrió hacia ella, pero, poco a poco, antes de llegar a su lado, aflojó el paso.

—Me alegro de verte, aya, espero que quieras seguir cuidando de mí.

Antonia, mordiéndose los labios, asintió y le acarició el cabello.

—Qué grande estás —murmuró.

—¿Verdad que sí? Prepárale un baño, se lo ha ganado —ordenó Jacqueline.

—Ahora mismo, señora.

Mientras Jacqueline subía las escaleras con su hija, esta se volvió para sonreír a Antonia y saludarla con la mano. No sabía ya que era su madre, pero sí sabía que era la que pasaba todo el tiempo que podía con ella. Aunque quizás, en vez de recordar su cara, recordaría mejor la cara de la anciana que se había ocupado de ella.

Al día siguiente de su llegada, Jacqueline anunció que en tres días se daría una fiesta para celebrar el regreso de su hija a casa. En realidad, lo hacía con el fin de relanzar el negocio de su marido, con el que apenas ya podía comprarse un par de collares de brillantes al año, y eso que llevaba un año remontando, pero no era suficiente. Aquella celebración transcurrió bien. Ezequiel acordó hacer ciertas visitas a sus antiguos proveedores de materias primas. Ya que el regreso de su hija parecía haber traído suerte, decidió que lo acompañase. En una de esas visitas fue cuando me conoció a mí, al niño

cojo, aunque esa parte ya la conocéis los dos.

## 51

Lo que ninguno de los dos pudimos comprender era la oscura ambición que había dentro de tu padre, Cristóbal. Y tampoco alcanzábamos a entender entonces qué motivos habían llevado a Ezequiel a hacerle su más íntimo confidente y amigo y hacer que tú llevaras los mismos pasos. Lo que no estaba en los planes de ninguno de los dos era que os enamoraseis. Tu padre, Cristóbal, como tú mismo me confesaste años después, cuando ya éramos conscientes de lo que sucedía a nuestro alrededor, no era más que un parásito, aunque verdaderamente la vida no le había regalado nada para ser lo contrario. Al igual que Antonia, había nacido pobre, pero, a diferencia de ella, era más ambicioso y no estaba dispuesto a perder. Si no tenía opciones para elegir, las que le llegasen las exprimiría a su gusto.

\* \* \*

Domingo Sanmartín había nacido en la parte posterior de un matadero en el que trabajaba su madre, en un sofá viejo, mientras la dueña la ayudaba a parir. Creció rodeado de tripas y vacas colgadas a las que se les escurría la sangre por el cuello y estaban abiertas de arriba abajo. En cuanto tuvo la suficiente fuerza, comenzó a ayudar a su madre en el matadero.

A veces, cuando todos los que allí trabajaban estaban ocupados y no le veían, salía a los corrales a los que llevaban los terneros y estaba con ellos, los acariciaba y se montaba encima como si fuesen caballos. Le gustaban. Estaba allí hasta que alguien lo llamaba o iban a buscar a los animales para matarlos.

A los diez años acababa todos los días con las manos y la cara llenas de sangre de los animales que colgaban del techo. Le habían enseñado a cortar en pequeños filetes algunas de las partes. Había dejado de ir a la escuela demasiado pronto, a pesar de que muchos de sus compañeros siguieron yendo a estudiar algunos años más.

—Cuando esos idiotas salgan de la escuela, tú ya sabrás desempeñar un oficio y ganarás dinero, mientras ellos tendrán la cabeza llena de pájaros, pensando que van a llegar a algo más.

A los catorce años estaba cansado de ver los domingos por la tarde a los ricos, para los que cortaba carne, paseando con sus galas por el centro de la ciudad o yendo a los cinematógrafos y a los espectáculos del teatro Principal. Fue entonces cuando decidió que antes o después sería como ellos, o, al menos, se ganaría el favor de alguno. Él no sería como su madre. El problema era que no sabía cómo hacerlo. Pensaba planes sin demasiado sentido que nunca llevaba a cabo. Pensaba en colarse en la casa de los ricos, robar las joyas y después venderlas para hacer así una pequeña fortuna con la que abrir algún negocio. Pensaba en cosas así una y otra vez, sin llegar nunca a hacer nada. A la salida de su trabajo, unas veces por la tarde y otras por la noche, solía irse con los chavales del barrio, que eran tan pobres y miserables como él. Le seguían por su forma de hablar, su forma de narrar las cosas, de exagerar, de ver una fuente imaginaria de fruta en el rincón del ático donde se encerraban todos a confabular contra el mundo mientras comían uvas invisibles que algún día serían reales. Poco a poco, todo aquello le consumió, mientras que para el resto no dejaba de ser más que un juego.

Su madre murió cuando él tenía quince años. Le dejaba una casa, una deuda no demasiado grande y su puesto asegurado en el matadero. Apenas había ido a la escuela, pero se había empeñado en aprender bien los números y las letras para poder defenderse, ya que sabía que un analfabeto nunca llegaría a nada, y él no pensaba quedarse en nada.

Una tarde presencié una discusión entre el dueño del matadero, que proveía a buena parte de las carnicerías de todo Aragón y parte de La Rioja y Navarra, y el repartidor. Estaba descontento con el material que le había traído: era insuficiente, los terneros eran pequeños y las vacas apenas podían

sostenerse en pie.

—Con esto no tengo para cubrir todos los pedidos y se buscarán a otro. ¿No te das cuenta?

—Cálmate, abuelo, que yo no soy más que el que te trae la mercancía. Pero me han dicho que te diga que llevan una mala temporada de pagos y que no pueden comprar buenos alimentos para los animales. El resultado es este.

El dueño lo cogió del cuello y lo empotró contra la pared.

—No me vengas con tonterías. ¿Te crees que me voy a tragar que estas vacas han perdido cincuenta kilos de peso de pronto, cuando el pedido de la semana pasada era igual de bueno que el de siempre?

—Ya te he dicho que yo solo soy el recadero. Apáñatelas con mi jefe.

Lo dejó marchar y se encerró en su despacho sin saber qué hacer. No podía entregar esa mercancía a las tiendas. Si lo hacía, no volverían a contratarlo, y si no les entregaba nada, no volverían a fiarse de él.

Domingo llamó a la puerta del despacho y abrió sin esperar respuesta.

—Lárgate de aquí, chaval.

—Señor, no he podido evitar escuchar la conversación. Creo que tal vez le hayan ofrecido un contrato mejor al granjero.

—¿No me digas? —dijo enfadado con los puños apretados—. Escucha, no necesito que un niño me diga esa clase de cosas. Sé que han firmado otro contrato con otro matadero nuevo. Será mi ruina.

—No necesariamente, señor.

Bufó y rio.

—¿Vas a arreglarlo tú, chavalín? ¿Domingo Sanmartín va a arreglar esto? Pues si no has conocido al hada madrina de Cenicienta y le has robado su varita mágica, no sé cómo lo harás.

—Usted tranquilo, deme una noche.

—¿Qué coño es lo que vas a lograr en una noche? No eres más que un inútil.

—En una noche le devolveré su contrato, se lo aseguro. Y después será usted el niño, si me permite la referencia.

Antes de que le lanzase un pisapapeles a la cabeza salió de allí. No tenía claro el plan, pero a medida que se acercaba al matadero nuevo, habiendo

tomado prestado uno de los carros y mulos que tenían en los corrales, lo fue viendo claro. Dejó el carro a unos cuantos metros, saltó la valla que bordeaba los corrales y llegó hasta las cuadras donde dormían los animales por la noche. En un primer momento había pensado matarlos, pero había otro método más sutil para que el matadero cerrase. Se introdujo en las salas de despiece y roció una serie de polvos con los que se trataban las heridas de los animales que sufrían algún accidente en el matadero para que no se infectaran y muriesen. También roció unos polvos con los que limpiaban el pelaje de los animales de pulgas y otra serie de insectos indeseables. Los esparció sobre las tablas donde se troceaban las partes de los animales, introdujo los cuchillos y hachas pequeñas en los cubos con los polvos y después lo salpicó todo cuidadosamente con agua. Así, el polvo no se vería y parecería que todo había quedado limpio de la noche anterior.

Cuando terminó, regresó al despacho de su jefe, donde lo encontró medio borracho.

—Lárgate de aquí, estás despedido.

—Se equivoca. En un par de días volverán a hacer negocio con usted. No se preocupe. Ya lo verá.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—No me tome por tonto. Tener quince años no me convierte en estúpido.

Se marchó y al día siguiente regresó a su trabajo. Nada nuevo había ocurrido. Los animales viejos y de carnes duras seguían allí y nadie los compraría. Pero, al otro día, las portadas de los periódicos de todo Aragón hablaban de una epidemia por culpa de carne en mal estado. Vómitos, diarreas, sangrados e incluso la muerte de dos niños de diez y catorce años por culpa de una carne que había salido del matadero nuevo de la ciudad. La Guardia Civil no tardó en presentarse en el matadero, lo cerró y detuvo al dueño por lo que podría haber sido una masacre por la falta de higiene necesaria. Aquella misma mañana, el granjero proveedor acudió al viejo matadero y le pidió al dueño que firmase un nuevo contrato con él. Tuvo que rogárselo, ya que el dueño estaba dispuesto a disfrutar de una victoria que no se había ganado, pero que era suya. Tras firmar un contrato en exclusividad por diez años y por una cantidad mucho mayor, se marchó. El dueño llamó a

Domingo.

—¿Qué hiciste exactamente?

—No se lo diré, señor, eso es cosa mía. Pero he conseguido lo que quería. Ahora deme algo que yo quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Parte de su negocio. Ser su socio.

—¿Mi socio? ¿Qué sabes tú de números? —bufó.

—Más de lo que usted y todos los que son como usted se cree. Le he salvado el trasero, ahora deme lo que le pido. Me lo he ganado.

—No vayas tan deprisa, amigo. No es tan fácil. No puedo coger y hacerte socio, hay que aclarar papeles con abogados y cosas así. Y todo eso lleva su tiempo.

—¿Cuánto?

—Yo diría que tal vez unos seis meses.

—Me parece bien. Seis meses.

—Bien. Ahora regresa a tu trabajo.

—¿Está de broma? —dijo riéndose—. No volveré a dedicarme a partir cabezas de vacas en dos. Quiero otro puesto, más de mi nivel.

El dueño guardó silencio mientras el asco trepaba por su garganta. Era cierto, le había salvado de la ruina, pero no estaba dispuesto a darle un puesto mayor. No tenía idea de llevar los papeles de la empresa, y mucho menos iba a convertirse en su sombra.

—Haremos una cosa. Te mantendré el sueldo, de hecho, lo aumentaré un treinta por ciento, y mientras se arreglan los papeles, no tendrás que venir a trabajar, ya que no quieres cortar cabezas de ganado y no hay ningún puesto libre. ¿Qué te parece? Estarás de vacaciones seis meses, y lo mejor: pagadas.

—Bien —dijo Domingo.

—Pues hala, márchate a casa y descansa. Te irá bien, yo mismo te avisaré cuando esté todo listo.

Domingo salió de allí sin tenerlas todas consigo. Sabía que su jefe era un rastrero y un pesetero de mala calaña, tan mala como la suya, y no estaba seguro de que cumpliera su parte del trato. Pero tenía seis meses por delante para pensar qué hacer si no lo cumplía. De momento, iba a cobrar seis meses

más de salario y podría comenzar a darse, tímidamente, la vida que quería.

\* \* \*

Durante esos seis meses salía por las noches a los bares y pagaba una ronda tras otra, jugaba a las cartas con los ancianos y no tan ancianos, perdiendo una partida y ganando la siguiente. Se pasaba la mayor parte del día durmiendo, y al anocheecer resurgía. Los seis meses de vicios nocturnos no tardaron en pasar y cuando no recibió noticias del dueño fue a visitarlo.

—Ya te dije que me pondría yo en contacto contigo cuando todo estuviera resuelto.

—¿Y no lo está?

—Ya te dije que no era fácil. Además, mis abogados me han aconsejado que no meta en el negocio a un chaval como tú.

—No les ha dicho nada a sus abogados, ¿verdad? —Domingo rio.

Tras guardar unos segundos de silencio, le respondió que no, que le agradecía lo que había hecho por él, pero que se le habría ocurrido a él solo. Que no le necesitaba y que, en agradecimiento, no le importaba mantenerle el sueldo a cambio de no hacer nada.

—No lo comprende, ¿verdad? No quiero sus limosnas. Quiero que parte de esto sea mío. Quiero ganar dinero, más dinero del que gano ahora, quiero comprarme una casa y poder llevar trajes como los que lleva usted, y fumar los puros traídos de Cuba que fuma.

El dueño no pudo sino romper a carcajadas.

—Mira, chaval, tú y los que son como tú nunca serán como yo ni como los que son como yo. Así que lárgate de aquí y despídete de tu sueldo. ¿En serio creías que un chaval como tú podría chantajearme? ¿Y qué vas a hacer? ¿No te das cuenta de que ahora te quedas sin nada? Tendrás que buscarte otro trabajo en otro sitio y empezar otra vez de cero, trabajando catorce horas al día, apenas ganando alguna perra hasta que con el tiempo consigas subir para conseguir un puesto como el que tenías aquí, donde te pagábamos bastante bien y que tú mismo has tirado por la borda con tu prepotencia.

Salió dando un portazo. Acababa de sufrir una humillación que nunca

hubiese pensado y, además, tenía razón. Si hubiera tenido la boca callada, seguiría cobrando todos los meses sin tener que trabajar. Pero no estaba dispuesto a dejar tan tranquilo al dueño. Ahora iría a por él.

Comenzó a seguirle por el día para ver adónde iba, sus horarios y cuando regresaba a su casa, donde vivía con su esposa y con una hija pequeña. Por la noche se acercaba a merodear las entradas del domicilio. En alguna ocasión se hizo pasar por recadero, cuando sabía que el señor no estaba en casa, para así comprobar qué clase de cerraduras tenían las puertas. Nada que no pudiera abrir con cierta facilidad. La calle le había enseñado bien. Una noche oscura, sin luna y de cielo cubierto, se cubrió la cabeza y se coló en el jardín. Lanzó a los perros un pedazo de carne para que no ladraran y le considerasen amigo. Cuando se fiaron de él y se acercaron para que les acariciase el lomo, les cortó el cuello a los dos. Los arrastró hasta la parte trasera de la casa y allí forzó la cerradura con una pequeña navaja. Entró en la cocina con los perros y buscó algo con lo que atarlos. No podía ser más irónico. En la despensa encontró unos pedazos de carne colgadas de ganchos, las quitó y se llevó los ganchos atados con una cuerda en uno de los extremos.

Recorrió la casa en silencio, abriendo puertas, hasta que dio con su despacho. De la lámpara colgó los dos ganchos y clavó los perros que habían dejado una hilera de sangre desde el jardín. Los abrió en canal y dejó que los intestinos les colgasen del cuerpo. Con eso conseguiría asustar a la familia entera y después acabaría con él. Nadie se reía de él.

Se pasó la noche en vela, merodeando por la casa, y a las siete en punto escuchó los gritos del señor de la casa, desesperado, aterrado. Se marchó de allí triunfante. Una vez que llegó a casa y se quedó solo, se dio cuenta de que, a pesar de llevar a cabo su venganza, debía encontrar un trabajo para poder seguir subsistiendo. Pero no tenía ganas de hacerlo, y de nuevo su plan dio un giro. Tres días después del incidente de los perros, se presentó en el despacho de su antiguo jefe. Se sentó frente a él y sonrió.

—Fuiste tú —sentenció—. Te aseguro que como vuelvas a meterte en mi casa te las haré pagar.

—No tengo intención de volver a hacerlo. He decidido que no me interesa estar metido en el negocio que lleva, estoy cansado de ver tripas colgando. Lo

que va a hacer para que le deje en paz es darme el dinero que le pida.

—¿Y por qué iba a dártelo? —Rio—. Puedo pagar a mucha gente para que te maten de una paliza.

—Oh, hágalo, pero entonces otras personas que yo conozco se encargarán de usted, de su mujer y de la niña de once años que tiene con un precioso cabello rubio. Dígame: ¿le gustaría que eso pasara? Apuesto a que no.

—Si te acercas a ellas, te aseguro que te mataré y te despiezaré.

—*Au contraire*, como dicen los franceses refinados. Para que no les pase nada a ellas, a mí no deberá pasarme nada. Tengo buenos amigos y un buen plan. Le explicaré. Si dejo de ponerme en contacto por carta una vez a la semana con uno de mis amigos que vive cerca de Zaragoza, hablará con la vieja pandilla del barrio y se encargarán de hacer su trabajo. No sé si me entiende. Pero lo que creo que tiene claro es que yo no tengo nada que perder. Me dará el dinero que le pida, yo lo reparto como a mí me apetezca entre mis amigos, nadie me toca un pelo y a su familia no le ocurrirá nada.

—Eres el ser más despreciable que he conocido nunca. ¿Cómo es posible que con tu edad seas capaz de maquinare algo tan retorcido?

Domingo rio, contento por su triunfo.

—El hambre es mala, y la enseñanza de la calle y de los barrios bajos, todavía peor.

Las cosas hubieran sido de otra forma si el dueño del matadero hubiera tenido las luces de investigar únicamente la superficie de Domingo. No hubiera tardado en darse cuenta de que lo que le había dicho no era más que una gran mentira. No debía ponerse en contacto con ningún amigo por carta una vez a la semana. El dinero que conseguía todas las semanas por el chantaje que le hacía al dueño del matadero se lo quedaba para él. No estaba dispuesto a compartirlo con nadie. A sus amigos les daría lo que les pareciese, pero sin tener algo que lo atase a hacerlo. Simplemente, él gobernaba. Así pasaron un buen puñado de años. Tenía dinero. Se había comprado una casa grande en una buena zona. No era precisamente rico, pero sí podía costearse una vida con la que muchos no se atrevían ni a soñar. No trabajaba y no le faltaba de nada. Le gustaba disfrutar del dinero y gastarlo en mujeres, comida y bebida. Con lo que no contaba era con enamorarse. O algo

parecido.

Una noche, en un bar, conoció a una mujer que se llamaba Elena. Tenía su misma edad y trabajaba de camarera tras la barra, donde debía aguantar los gritos del dueño del local y las bofetadas que le pegaba. En un primer momento, le pareció una mujer bonita y frágil. Pero Elena no era frágil en absoluto. Tenía aguante y todas las semanas recibía su paga, a pesar de que la menospreciase. A Domingo no le costó demasiado cortejarla y que ella accediera a verse con él por las mañanas, cuando tenía un par de horas libres entre los desayunos y los almuerzos. Para Elena, Domingo era un hombre que la cogía de la mano y besaba sus nudillos. No vestía con trajes de etiqueta, pero tampoco con trapos. No sabía muy bien dónde encuadrarlo. Sabía que no era rico, pero tampoco era tan pobre como ella. Le confesó que no había conocido a su padre, al igual que Domingo. Que había vivido siempre con su madre y que había fallecido recientemente, y que lo que le había dejado era un ático cochambroso y lleno de goteras, además de un par de zapatos que le estaban pequeños. Domingo la embelesó con ramos de flores y perfumes que olían a jazmines recién cortados, hasta que consiguió que se metiera con él en la cama. Cuando Elena vio su casa a la mañana siguiente le preguntó cómo podía mantener una casa así.

—Con mi trabajo, digamos que es poco ortodoxo, pero me permite vivir bien. Y si tú quieres convertirte en mi esposa, podrías disfrutarlo conmigo.

Primero dijo que no, pero un par de meses después le dijo que sí. Le compró un vestido de novia blanco que le sentaba con un guante y se casaron en una pequeña iglesia de la ciudad, situada en la parte antigua. Comieron con los invitados en un gran salón de cenas ni demasiado lujoso ni demasiado pobre, y después se marcharon de luna de miel a Las Palmas. Fue una buena luna de miel y ambos se querían.

Elena no tardó demasiado en quedarse embarazada. Al cumplir los veintidós años, dio a luz a un niño que se llamaría Cristóbal. Desde que nació, Cristóbal había sido un niño llorón que no se despegaba de las faldas de su madre y al que le gustaba estar en brazos de su padre.

Cuando cumplió cuatro años lo mandaron a estudiar a un buen colegio donde no se sentía a gusto. Los otros niños no lo querían con ellos y él no

quería estar tampoco. Lloraba cada mañana mientras su madre intentaba despegárselo. A la salida del colegio, salía corriendo hacia ella.

—No se preocupe, a algunos niños les cuesta adaptarse más que a otros —le había dicho una de las maestras—. Pero es listo, y eso le hace llevar ventaja sobre el resto, que aunque sean muy pequeños ya se sabe de qué pie cojean. Y hágame caso cuando le digo que Cristóbal es listo. Tal vez si tuviese un hermano en casa, le ayudaría a relacionarse. Sé que es meterme donde no me llaman, pero ¿han pensado en tener pronto más hijos?

En realidad, llevaban tiempo intentando tener más hijos, pero no tenían suerte. Después de hablar con Domingo sobre la posibilidad de tener un segundo hijo, que además deseaban, pudiera ayudar a desenvolverse mejor a Cristóbal, decidieron visitar a un médico especialista en fecundidad. Siguieron ambos una dieta. Elena se tomaba unas infusiones y realizaba ciertas acrobacias extrañas en la cama. El plan dio resultado y dos meses después estaba embarazada de nuevo.

Cristóbal observaba con expectación cómo la barriga de su madre crecía cada vez con más rapidez y le preguntaba constantemente cómo era posible que de ahí dentro saliera un niño. Era curioso y listo, como ya le habían dicho las maestras, y desde que se enteró de que iba a tener un hermano, parecía más contento y mejoraba en la escuela.

Pero desde que nació Juanito, como si se tratase de una maldición, los problemas regresaron a Domingo, y ahora tenía, además, una familia a la que mantener. El hermano pequeño de Cristóbal nació con los pies torcidos hacia dentro, la cabeza demasiado grande y un retraso mental que no tardó en hacerse visible. El médico que lo reconoció nada más nacer les dio la noticia y les dijo que lo sentía por ellos. La deformidad de los pies podría tratarse para que pudiera caminar, pero su mente no tenía solución. Un año después del nacimiento de su hijo y tras grandes gastos médicos por sus pies, murió su proveedor de dinero de un ataque al corazón. En su herencia lo dejaba todo para su mujer y su hija. Domingo nunca se había planteado la posibilidad de que aquel hombre muriese. El matadero se cerraría, los empleados serían despedidos y la granja se ocuparía directamente del despiece de los animales, a los que se añadirían ahora los cochinos y las ovejas. Y Domingo se veía sin

nada y con las mismas ganas de siempre de buscarse un trabajo: ningunas.

Cuando Elena le preguntaba cuál era el problema, él le decía que no era asunto suyo. Vendió la casa y con eso pudo conseguir bastante dinero. Compraron otra en un barrio obrero a buen precio y que apenas necesitaba arreglos. Sacaron a Cristóbal del colegio de pago y lo matricularon en uno cercano a su casa. Mientras, Juanito pasaba el día tumbado en una cama y poco más. El dinero escaseaba y no entraba por ninguna parte. Lo que habían conseguido por la casa pronto empezó a desaparecer, y Domingo veía que todo volvía a ser como antes. No le gustaba. Llegaba borracho a casa una noche sí y otra también. Cuando su mujer le decía que en vez de gastarse lo poco que tenía en cerveza podría buscar un trabajo, le pegaba a escondidas en el cuarto para que no lo viera Cristóbal, aunque él sabía perfectamente lo que pasaba y los golpes no tardaron en recaer sobre él también.

Arruinado y con una familia que mantener, todo el odio y el mal que llevaba dentro lo descargó contra las personas que formaban su familia. Elena se ofreció a trabajar y él le dijo que no, que se las apañaría de una forma o de otra y que volverían a tener dinero y podrían volver a comprar la casa en la que habían estado viviendo hasta entonces, o incluso una mejor. Pero ¿contra quién atacar ahora?

A falta de mejores ideas, comenzó a rondar la zona de los almacenes y fábricas que estaban situados a las afueras de la ciudad, escuchaba conversaciones ajenas en los cafés. Se vestía con sus elegantes trajes y le dejaban seguir entrando. Escuchaba conversaciones sobre negocios en las reuniones que se celebraban alrededor de una mesa de veinte comensales en elegantes restaurantes donde él apenas pedía una botella de agua y pan francés con aceite de oliva. Así se enteraba de qué empresa era enemiga de qué otra, quiénes firmaban contratos y quiénes eran rechazados. Otra de sus fuentes de información se materializó en los periódicos de la ciudad, en los apartados de Sociedad y Negocios. Allí se enteraba de las grandes celebraciones tras acuerdos millonarios y qué empresas y negocios se iban a la quiebra o lo rozaban. Entre copas de vino, conversaciones ajenas y periódicos se enteró de la mala fortuna de la familia Roncesvalles, con una hija que había estado enferma y que ahora parecía haber sanado, pero el

negocio no terminaba de lanzarse del todo. Pensó que Roncesvalles se apiadaría de él por la enfermedad de su hija, y como le quedaban pocos amigos, si él se presentaba como uno de ellos, tal vez le hiciera caso y le escuchara. Así lo hizo. Una mañana se presentó en su casa y le dijo que había escuchado información que le sería de utilidad, pero Roncesvalles ya no se fiaba de nadie, y menos de alguien que se presentaba desesperado en su casa para conseguir algo de él.

—Márchate de aquí y no regreses. Bastante me está costando volver a levantar cabeza para que un charlatán de tu calibre me venga con estas.

Domingo se marchó, pero no a su casa. Estaba dispuesto a resurgir a cualquier precio. Entendía la posición de Roncesvalles y decidió que necesitaba algo más para convencerle. En las conversaciones había descubierto cuáles eran sus mayores enemigos y qué dueños de negocios se estaban planteando hacer tratos con él de nuevo. Ahora parecía que las cosas iban de nuevo bien para su familia, aunque lentamente, y también sabía qué negocios intentaban llevarse a estos posibles socios de Roncesvalles a su terreno para terminar de hundirle. Tenía toda esa información, sabía cómo encontrar papeles que lo demostrasen y sabía cómo hacer que esos planes nunca se llevasen a cabo.

Aquella noche no regresó a casa, pero tampoco la pasó hundiendo la cabeza en la barra de un bar. La pasó colándose en las oficinas por las que había rondado tantas veces, apropiándose de documentos e informes, facturas y cualquier otra cosa que le pudiera servir para convencer a Roncesvalles de que le sería de utilidad a cambio de dinero. Se convertiría en su topo y en su ratero. Si había alguien que iba a dedicarse a ello, ¿por qué no ser él y llevarse una buena parte por el trabajo? A la mañana siguiente, antes de que el mismo Ezequiel Roncesvalles entrase en su despacho, él ya le estaba esperando dentro.

—¿Se puede saber cómo has entrado aquí? Soy el primero en llegar.

—El segundo —corrigió—. Creo que le resultarán de interés los papeles que he dejado frente a su silla. Léalos. Yo me quedaré ahí fuera hasta que acabe y, cuando lo haga, le estaré esperando.

Una hora después, Roncesvalles salió de su despacho y le preguntó quién

era y cómo había conseguido aquello.

—Me llamo Domingo Sanmartín y estaré a su servicio para todo lo que necesite a cambio de dinero. Seré su amigo y confidente. Le conseguiré contratos y destruiré a quien intente destruirlo a usted. Sé que no lo ha tenido fácil en esta vida. Como le dije ayer, yo tampoco, así que usted dirá cuándo quiere que empiece.

—Demuéstrame que es cierto lo que me ofreces y después hablaremos.

Aquella tarde, en el restaurante, se presentó ante uno de los posibles socios como el representante de Roncesvalles y, tras hablarle con zalameras palabras, consiguió que le acompañase al despacho de este y se sentase a su mesa.

—Considere —le decía a Roncesvalles— que debe ofrecerme cierta seguridad, teniendo en cuenta que no ha pasado una buena racha en los últimos años y que no me gustaría caer con usted.

—No se preocupe —intervino Domingo—. El señor Ezequiel Roncesvalles ha venido para recuperar su puesto. Usted no tiene nada que temer. Además, la compañía con la que iba a firmar usted está a punto de quebrar, tengo los informes, y un socio con dinero como usted es lo que les hacía falta para salvarles el culo, si me permite la expresión. Aquí mismo tengo los detalles de sus cuentas y toda la contabilidad. Si nadie le hubiera advertido como yo lo estoy haciendo ahora mismo, usted no habría visto ningún beneficio en al menos cinco años, como puede comprobar.

Y era cierto, no mentía.

—Todavía no me explico cómo no ha salido en los periódicos. Será que el poco dinero que les queda lo gastan en sus abogados para que nada salga a la luz.

—Dios mío, no se hace a la idea de lo que me acaba de quitar de encima. Prepare esos papeles, tiene nuevo socio y esta tarde mismo hablaré con mis clientes. Todo irá bien.

Cuando el nuevo socio salió de allí, Domingo no se inmutó.

—¿Cómo has hecho esto? ¿Cómo has logrado que te escuchara? ¿Cómo has conseguido estos papeles?

—Señor, ya se lo dije, esta será mi parte del trabajo. Yo le conseguiré

contratos y destriparé a sus enemigos como haga falta, y si sus cuentas están sanas, descubriré trapos sucios, todos los tienen. Y su parte será darme dinero. No necesito grandes cantidades, solo necesito lo que me apetezca, no soy un gran egoísta, me gusta vivir bien, pero tampoco necesito excesos.

—Me parece bien.

No mucho tiempo después, volvían a tener dinero. Compraron muebles bonitos para la casa, la pintaron y volvieron a mandar a su hijo a un buen colegio, pero los palos seguían llegando unas noches sí y otras no.

Parecía que a Domingo le gustaba el trabajo que se había labrado; para él era más bien un entretenimiento.

—¿Así que me dices que tienes dos hijos?

—Sí, Ezequiel, tengo dos hijos. El mayor es listo y canijo, y el otro es retrasado.

—Es una pena. Oye, y por qué no te los traes un día para que los conozca. Además, deberíamos comenzar a instruir al mayor en esto de los negocios: cuando tú te retires necesitaré a alguien que te sustituya.

—Tengo más o menos la misma edad que usted, supongo que también tendrá pensado un sustituto para usted.

—No, no pienso retirarme hasta morir. Me gusta demasiado.

Domingo no había pensado en ello y tampoco era lo que Roncesvalles tenía en mente, pero tal vez con el tiempo, si llegaba a apreciar a su hijo Cristóbal, que estaba todo el día en las nubes, le acabara gustando para Selene. Lo que él nunca pudo imaginar es que os acabaríais enamorando de verdad.

## 52

La primera vez que te vi parecías un pollo desplumado. Temblabas de miedo y de frío. Y sin saber cómo, te hiciste amigo nuestro. Nos contabas que tu padre llevaba años pegándote a ti y también a tu madre, aunque esto lo disimulaban más o menos. Tú te pasabas la mayor parte del día al servicio de tu padre y de Selene, mientras yo pasaba más rato con Selene y la conocía mejor que tú. Fue mi amiga antes que la tuya y comencé a quererla antes que tú, pero ella no me veía a mí así, y lo que más lamenté fue la forma en la que os descubrí a los dos. Pero esa parte viene más adelante.

Nunca olvidaré aquella mañana de vacaciones de Navidad, cuando contábamos con once años, en la que estábamos los tres solos aburridos en casa de Selene y a ella se le ocurrió ir a ver tu casa.

\* \* \*

—La de Gabriel ya la he visto, me gustaría ver dónde vives tú.

—Pero él no conoce la mía, a lo mejor le apetece verla.

—¿Qué te apetece hacer a ti? —le preguntó.

—A mí me da igual, lo que decidáis vosotros.

—Pues entonces podemos ir a la tuya primero y después vamos a ver la de Gabriel.

A todos nos parecía una buena idea, pero mientras entrábamos en la calle de Cristóbal, se veía que se avergonzaba. Todos se nos quedaban mirando y un corrillo de niños vino tras nosotros. Uno de ellos hasta se puso a su lado y Selene le preguntó quiénes eran.

—Son mis otros amigos. Los de las noches. Antes jugaba más con ellos, pero como ahora estoy con tu padre y con el mío todo el día, no estoy mucho con ellos. Algunas noches que no estoy cansado jugamos.

Al parecer, por las noches, nuestro amigo Cristóbal salía a corretear por la calle con los niños de su barrio y jugaba con ellos. Eso no nos lo había contado y cuando le preguntamos por qué, dijo que era para que no nos enfadáramos.

—No nos íbamos a enfadar —protestó Selene—. Y si alguna vez nos invitas, podíamos venir a jugar nosotros también.

—No nos dejarán nuestros padres —dije yo.

—Eso es igual, nos escapamos y nadie se enterará.

Entramos en su casa. Su madre estaba en el piso de arriba, ocupándose de su hermano.

—Madre, he venido con unos amigos.

—Ahora bajaré, espera un momento.

—Está bien.

Yo me imaginaba la casa de otra manera. Pero al parecer el padre de Selene estaba más que contento con los servicios que su padre le prestaba. No estaba en buena zona, precisamente, pero era grande, tenía tres plantas y los muebles eran bonitos, aunque no muy elegantes. Nos sentamos en el suelo, al lado de la chimenea, y nos empezamos a pasar unos a otros una pequeña pelota amarilla, hasta que bajó su madre.

—Hola, chicos. ¿Tenéis hambre?

Todos habíamos desayunado ya y era temprano para comer.

—¿Os importaría mucho quedaros un rato solos en casa? Ya que habéis venido, me gustaría salir a comprar algo para la cena de esta noche.

—Claro, madre.

—Bien.

Nos quedamos a solas y nos enseñó el resto de la casa. Salvo una habitación, en la que nos dijo que no podíamos entrar. Subimos al ático y entramos en una habitación pequeña donde tenía sus trenes de juguete y sus cuentos. Pero yo quería saber qué era lo que había detrás de esa puerta que no podíamos abrir y le dije que iba al baño. Al abrir la puerta, vi que en una cuna

bastante grande había un niño. Un niño extraño. Era más pequeño que nosotros, pero tenía la cabeza más grande de lo normal y apenas podía abrir los ojos. Además, la cuna estaba cerrada por encima con una tela para que no pudiese salir. Al verme, comenzó a chillar como si fuese un animal y los dos bajaron corriendo. Cristóbal, enfadado, me empujó a un lado y me dijo que ya nos había dicho que no podíamos entrar. Se sentó en el suelo a su lado y le cogió la mano mientras intentaba calmarle, diciéndole que éramos amigos suyos.

—Mi padre me había dicho que tenías un hermano que no estaba bien, pero no lo había entendido hasta ahora. ¿Por qué no nos has hablado de él? —preguntó Selene.

Guardó silencio.

—No tienes que tener vergüenza —dijo.

—No tengo vergüenza de nada —respondió—. Solo es que no me gusta hablar de él.

Cuando se quedó dormido, subimos de nuevo al ático mientras esquivábamos nuestras miradas. Poco después apareció su madre.

—Ya podemos irnos —dijo.

Una vez en la calle, caminaba un par de pasos por delante de nosotros. Y entonces, Selene, para que se le fuera el enfado a su mejor amigo, decidió que nos iba a presentar a alguien. No nos desviamos mucho de nuestra ruta y en su misma calle nos condujo a una casa pequeña y de ladrillos rojos. Llamó a la puerta y nos abrió una doncella.

—Señorita Selene, veo que hoy viene usted con más amigos. A Marta le encantará su visita.

Nos dejó a solas y Selene trepó por las escaleras.

—¿Quién es Marta? —me preguntó Cristóbal en un susurro.

—No lo sé, no sabía que tenía una amiga que se llamaba Marta —respondí.

La seguimos unos escalones por debajo, llamó a la puerta y por respuesta obtuvo una tos fuerte que se cortó de pronto. Entramos. Sobre la cama de una habitación no demasiado grande reposaba tendida una niña sudorosa, débil y muy delgada.

—Esta es Marta, amiga mía desde hace algún tiempo. No os la he presentado antes porque no puede recibir muchas visitas. Tiene algo en los pulmones y si se pone nerviosa se ahoga.

—La mejor presentación que me han hecho nunca —dijo ella—. Encantada de conoceros.

Marta era una niña de padres más bien pobres que habían ganado una pequeña fortuna hacía tiempo. Estaba enferma desde que nació y el médico les había dicho a sus padres que no viviría mucho tiempo, aunque por el momento ese pronóstico no se había cumplido porque tenía ya once años.

Nos presentó a Marta por Cristóbal, para que no se sintiera incómodo por lo que fuera que le pasaba a su hermano. Y funcionó bien porque desde aquel día su hermano se fue acostumbrando a nosotros y algunas veces le dejaban salir a jugar a la calle con nosotros, siempre que no lo perdiéramos de vista. Tenía un problema mental, pero era bueno y cariñoso. Nos daba abrazos y nos pedía que jugáramos con él. A veces, como mandaba Selene, nos escapábamos por las noches en verano e íbamos a su barrio. La calle nocturna era un hervidero de niños y vecinos que salían a las puertas de las casas para vigilar a sus hijos y escapar del calor, esperando que el cierzo tuviera a bien levantarse y refrescar los cuarenta grados que teníamos que aguantar día tras día. Jugábamos al escondite, uno de nosotros siempre iba con Juanito. A pillar, a las canicas, y Cristóbal, a veces, bajaba uno de sus cuentos y nos leía un capítulo o dos. Después de hacerlo, siempre decía que quería ser escritor y escribir algo así de bonito. La noche acababa cuando veíamos llegar a su padre borracho y dando tumbos por medio de la calle. Antes de que nos viera, Selene y yo nos marchábamos por la calle de atrás y Cristóbal corría a casa con su hermano. Avisaba a su madre en un grito que su padre llegaba. Ella se encerraba en el dormitorio y Cristóbal con su hermano en la habitación que tenían para él. Se abrazaban en un rincón y esperaban a que la tormenta pasase.

Algunas veces, antes de que nada ocurriese, se quedaba dormido en el sofá del salón. Otras, subía a la habitación principal, donde se descargaba con su mujer, haciéndole lo que quería, y después, si se le terciaba, comenzaba a golpearla. A veces con tanta fuerza que no podía reprimir los gritos y estos

alteraban a Juanito y comenzaba a berrear y a llorar a pesar de los esfuerzos que Cristóbal hacía por taponarle la boca y calmarle. Entonces entraba en la habitación forzando la puerta a patadas y la emprendía con ellos.

Su madre, inconsciente, tendida en el suelo, no podía hacer nada por sus hijos, a los que encontraba horas después con el cuerpo magullado y con heridas. Nunca les hacía nada a ninguno de los tres en la cara, para que no se viera. Elena había pensado muchas veces en marcharse con sus hijos lejos de su marido, pero le faltaban las fuerzas y el dinero, ya que todo lo controlaba él. De vez en cuando, le contaba a las vecinas lo que le pasaba y sus planes de marcharse, y estas la disuadían mientras bordaban sentadas en sus sillas a las puertas de la casa de turno.

—¿Adónde va hoy en día una mujer sin su marido?

—Y con dos criaturas. ¿Qué vas a darles de comer? ¿Las piedras del camino?

—Además, si un marido pega a su señora esposa es porque algo hace mal, aunque no nos demos cuenta. Y a los hijos hay que educarlos desde pequeños, que si no luego se andan por las ramas y con pajarillos en la cabeza.

—No es tan malo como te piensas, a todas nos toca lo nuestro, y de todos es sabido que el que manda en casa es el varón, que para eso lo es.

Así, una y otra vez. Con cada nuevo golpe se decía que se marcharía cuando pudiera ahorrar algo, incluso llegó a vender un par de candelabros que nunca usaban, pero no llegó a hacerlo jamás. Siempre había una excusa que escuchar de las vecinas o que forjarse ella misma tras la que esconderse para aguantar los golpes.

Por el contrario, mientras pasaban los años, Cristóbal cada vez estaba más harto de él. Crecía alto y fuerte, pero no se atrevía a enfrentarse a su padre, ya que las consecuencias serían mucho peores. Cuando se quedaba, finalmente, su padre exhausto de los golpes y del alcohol, Cristóbal salía de su casa y venía a la mía, como un perro se guarece de la lluvia entrando en su caseta. Le abría la puerta de mi casa, le curaba las heridas y le ponía vendas en los golpes.

Acudía a mí porque no quería que Selene lo viera lleno de golpes y

acobardado. A mí no me importaba. Se había portado bien conmigo, era un buen amigo y, a mi pesar, había aprendido a quererle, aunque en un principio lo viera como un intruso que venía a meterse en la amistad que teníamos Selene y yo y que no quería que nadie nos robara. Pero, al fin y al cabo, Cristóbal era el hijo de alguien que trabajaba para el padre de Roncesvalles, no tenía un negocio propio y próspero, y Selene nunca podría fijarse en él. Nunca podría hacerlo. Hasta que ocurrió.

Aquel día fui a su casa temprano para decirle lo que sentía por ella, pero ya se me habían adelantado. Y no por un día, si no por años, en los que lo habían ocultado muy bien. Selene sabía que yo estaba enamorado de ella y puede que lo supiera antes de que yo mismo fuera consciente. Me sentí traicionado, hundido, humillado y arrastrado, y supe que no me había elegido a mí por mi cojera, aunque ella dijese que no.

Una tarde, no mucho tiempo después, tuve una conversación con Antonia, la buena de Antonia, que nunca me miraba con ojos de pena al ver mi pierna y que me había tratado como a un hijo, al contrario que mis propios padres. Me había curado las manos cuando me caía jugando, me había recogido del colegio, me había preparado meriendas y comidas y me trataba bien. Así fue cómo labré una amistad más profunda con ella, sin darnos cuenta. Yo le hablaba de mis cosas y ella me hablaba de las suyas. De su pasado en Teruel, de cómo perdió a sus hermanos y de cómo había comenzado una nueva vida en Zaragoza, aunque los detalles escabrosos no los supe hasta poco tiempo antes de que ella muriese.

Aprendí a querer a Antonia como si fuese mi madre, ya que se comportaba como si lo fuese, aunque ni Cristóbal ni Selene se dieran cuenta de ello, al estar demasiado ocupados cogiéndose de la mano y saliendo juntos por las tardes a dar un paseo mientras yo me negaba a hacer de carabina. No tenía ganas de estar en mi casa con mis hermanos y mis padres. Me gustaba más la compañía de Antonia. Llegué a confesarle que quería a Selene y que estaba celoso de Cristóbal. Ella me escuchaba y me decía que no me preocupase, que la vida daba muchas vueltas. Y ya lo creo que daría vueltas.

Yo sabía que Antonia había estado cuidando hacía años a Pascual Campillo y que cuando ya había crecido y ya no era útil en la casa, había ido

a parar a casa de los Roncesvalles. Pero no podía entender por qué se ponía tan nerviosa con las visitas que últimamente Campillo estaba haciendo a la casa de Roncesvalles. Sabía, por las conversaciones que escuchaba en mi casa, en las cenas con mis padres y hermanos, que Campillo hijo, que ahora estaba al mando de la empresa de su padre, había comenzado a hacer negocios con Roncesvalles y que por eso estaba tanto tiempo en casa de Ezequiel. Mientras él estaba allí, Antonia solía perderse. Se marchaba a la compra o a sacar a Selene a dar un paseo. O se quedaba conmigo y nos íbamos los dos al parque.

—¿Por qué no te gusta? Si lo has criado como a tu hijo...

—Hay cosas que es mejor que no sepas —me decía.

Una tarde, al llegar a casa de Selene, me abrió una de las criadas y me dijo que la señorita Selene estaba en su cuarto con su amigo Cristóbal, muy disgustada, y que procurase no molestarla. Subí las escaleras y entré. Selene estaba tumbada en la cama llorando, y Cristóbal asomado por la ventana.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Que se casa —respondió Cristóbal como una estatua—. Que su padre la casa con Campillo. Dice que es un buen negocio.

—No voy a hacerlo —dijo Selene con los ojos rojos—. No pienso casarme con él. Es asqueroso y viejo para mí. No me gusta él ni me gusta su olor. Siempre apesta a tabaco y a escopeta.

—No te casarás con él. Nos marcharemos los dos antes de que eso ocurra.

—Ya, ¿y cómo vamos a hacerlo? —preguntó sin creerse nada—. Mi padre va a organizar una cena esta noche con la mayor parte de sus socios para anunciarlo. Incluso tu padre está invitado, Cristóbal.

Fue entonces cuando me observó directamente, pidiéndome ayuda otra vez.

—No —dije—. No puedo hacerlo. ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo podría ayudarte yo?

—Tienes dinero y acceso a él, no como Selene. Además, Selene está embarazada.

No podía creerme lo que estaba escuchando. Mi Selene estaba embarazada de Cristóbal y querían marcharse juntos. Era repugnante. En ese

instante odié a los dos de tal manera que no pude ni mirarlos a la cara.

—¿Nos ayudarás? —me preguntó Cristóbal por última vez.

Quería salir de allí, sentía que me ahogaba. Me mareaba.

—Sí —dije en un susurro.

No pensaba hacerlo, no quería ayudar a los amantes a que se marchasen de allí, pero necesitaba salir de la casa antes de estallar. Les dije que sí en un susurro para que no me insistieran y salir de la casa. A mitad de camino, de regreso a mi casa, tuve que sentarme en un banco. Me faltaba el aire y el corazón me latía deprisa; sentía que se me iba a escapar del pecho y la respiración la tenía acelerada. Intenté calmarme. Diez minutos después me encontraba mejor. Llegaría a casa, me encerraría en mi habitación y pensaría en las opciones que tenía. Y, desde luego, dejarles que se marcharan no era una de ellas. Estuve toda la noche en vela pensando y pensando sin llegar a ninguna conclusión en concreto, pero al día siguiente toda Zaragoza despertó con una noticia que nadie se esperaba. Rosa, la niña que había sido amiga de Pascual y que, como yo, apreciaba a Antonia como si fuese su propia madre, había recibido una extraña visita de la doncella a medianoche y muy asustada.

Le había dicho algo a Rosa y esta había puesto el grito en el cielo y había salido de su casa tan deprisa como había sido capaz, a pesar de la insistencia de Antonia de que no lo hiciese. Sin hacerle caso, se dirigió a casa de Roncesvalles, donde tras la cena del anuncio del compromiso, en el que Pascual había puesto a una Selene triste el anillo en el dedo, se habían quedado Pascual y Roncesvalles a celebrarlo, además de Domingo, a petición de Ezequiel.

Rosa había entrado en la casa con sobrealiento por la carrera y le había pedido a Roncesvalles hablar con él en privado. Tenía que decirle algo importante y nadie más podía enterarse. Debía detener la boda porque si consentía que tuviera lugar, permitiría que el verdadero padre de Selene se casase con su propia hija. Roncesvalles la tomó por loca y ella se vio en la obligación y necesidad de contarle lo que Antonia le había confesado. Al escucharlo, Roncesvalles se vio abrumado, pero también se dio cuenta de que ni Selene ni Pascual sabían que eran padre e hija. Y Selene tampoco era su

hija y nunca la pudo querer tanto como a la original. Había visto la miseria que provocaba la falta de dinero, o lo que él entendía por miseria, ya que nunca había pasado hambre. Nada se interpondría en su camino. A su lado había una lámpara puesta sobre el recibidor de la entrada, la cogió y la golpeó en la cabeza con furia. No sabía que Antonia había entrado de nuevo en casa por la parte de atrás y que había visto cómo la golpeaba hasta desfigurarle la cara y la cabeza. Aterrada, subió a su habitación por las escaleras de servicio, llenó la maleta con la que había huido de Teruel años atrás dispuesta a regresar allí y entró en la habitación de Selene por última vez.

—Mi niña, tienes que venirte conmigo, ya te lo explicaré, pero no puedes quedarte aquí y casarte con Campillo.

—No voy a hacerlo, Antonia —le confesó—. Me voy a marchar con Cristóbal, y Gabriel nos ayudará a hacerlo. Es un buen amigo. No debes preocuparte por eso. ¿Y tú? ¿Adónde te marchas?

Sabiendo que iba a marcharse y a no casarse con Campillo, no había motivo para obligarla a ir con ella ni a contarle nada.

—Cuídate, mi niña. Cuídate.

Salió de la casa sin que nadie la viese. Caminó hasta la estación, deshaciendo los pasos que había dado hacía casi veinte años, llena de sueños destrozados y se metió en el vagón que la devolvería a su pueblo, del que nunca debió escapar, sin despedirse de la ciudad. Nunca la había querido allí. Al leer la noticia en el periódico, salió de mi casa y me dirigí a ver a Selene. Cuando llegué allí, la doncella me dijo que Selene había salido a casa de su amiga Marta y que no sabía cuándo iba a regresar. En el salón aguardaba Roncesvalles, leyendo la noticia una y otra vez en el periódico.

Llamé a la puerta abierta y alzó la vista.

—¿Qué quieres tú?

—¿Selene se encuentra bien? —pregunté.

—Sí, ella está bien.

—¿Qué ha pasado, señor Roncesvalles?

—Una desgracia —dijo sereno mientras dejaba caer el periódico al suelo—. El hijo retrasado de mi ayudante, creo que lo conoces, se llama Domingo, ayer por la noche entró en casa y atacó a una de las invitadas a la ceremonia.

Supe que era mentira desde el instante que lo escuché.

—Siento mucho que todo esto haya ocurrido, señor Roncesvalles —dije sentándome a su lado mientras me daba cuenta de que tenía la solución para todo en mis manos.

—No te preocupes, son cosas que pasan.

—Lo sé.

No me atreví a decírselo y me callé. Salí a la calle y me dirigí directamente a casa de Cristóbal. Domingo estaba en la comisaría declarando por enésima vez lo que había ocurrido y la madre de Cristóbal estaba encerrada en su dormitorio, donde su marido la había dejado para que no saliese de allí y estropeará los planes.

Subí al dormitorio de Cristóbal y allí lo encontré.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Mi padre ha sido todavía más rastrero de lo que me hubiera podido imaginar. Ha acusado a su hijo de algo que no ha cometido y no alcanzo a entender por qué. Estuvo toda la noche conmigo, aquí.

—¿Y por qué no vas a decirlo?

—Porque tengo una vida pendiente con Selene. Porque nos vamos a marchar lejos de aquí y porque si abro la boca nadie me creería y mi padre me mataría. No puedo hacer nada, salvo alejarme de aquí y llevarme a Selene conmigo.

Después de aquella conversación, tramamos el plan. Os marcharíais a París y nunca volvería a veros. Era lo mejor para todos. O, al menos, eso os dije.

Estuve varios días encerrado en casa, pensando en ellos, en su vida juntos y en lo que me quedaba a mí en Zaragoza. Por desgracia, se habían convertido en mi familia y ahora se marchaban para formar una familia en la que yo no entraba, pero para la que sí necesitaban mi ayuda. Selene todavía no se había marchado y ya la echaba de menos.

\* \* \*

Fue una noche, tras haberme tomado unas cuantas copas de anís, cuando

finalmente me decidí a hacerlo y a convertirme en el mayor traidor de todos. Selene no se iría, y si tenía que quedarse a la fuerza, así sería. Salí de casa a las siete de la mañana, cuando todos dormían, y fui a visitar a Roncesvalles.

La doncella me abrió y me dijo que toda la familia estaba durmiendo. Insistí en que tenía algo muy importante que comunicarle a Ezequiel y accedió a despertarlo. Bajó en bata, pijama, zapatillas y gorro.

—¿Qué quieres tú a estas horas? —rugió.

—Tengo que contarle algo, en una habitación donde nos aseguremos de que nadie más nos escucha. Pero tengo que pedirle absoluta confidencialidad, porque si no irán a por mí. Debe quedar entre nosotros. Yo haré lo que considere necesario para alejar a Cristóbal de su hija. Es él el culpable de lo que voy a contarle.

Encerrados en la biblioteca de la casa, le conté los planes que tenían para irse juntos. Le conté mentiras sobre cómo Cristóbal había embaucado a Selene para que se fuese con él con mentiras y adulaciones falsas y que lo único que quería era parte de su herencia porque en realidad era como su padre.

Roncesvalles aparentemente contuvo la ira, pero la copa de agua que sostenía en sus manos estalló. Después le dije que estaba embarazada de él. Cuando dejó de tirar libros al suelo y patear los muebles mientras blasfemaba, le ofrecí la solución. Selene escribiría una carta para Cristóbal y yo mismo la echaría en el buzón de su casa. En esa carta le diría que había aceptado el matrimonio con Campillo, que no le interesaba la clase de vida que él le ofrecía en París, una ciudad lejana y en la que llovía demasiado. Y después yo le convencería para que se marchase y se alejase de todo, que siguiera con su plan. A Ezequiel le pareció perfecto y así se hizo.

Aquella misma mañana subió al dormitorio de Selene y le pegó un par de bofetadas. Yo escuché sus lamentos en el piso de arriba mientras escribía la carta. Un rato después, Roncesvalles bajó y me tendió un sobre.

—Asegúrate de que la lea.

—Lo haré.

Esa era solo una parte del plan. Yo quería a Selene conmigo, no que fuera para Campillo.

Llegué a la casa de Cristóbal, metí la carta por la ranura de la puerta y me marché. Tres horas después, Cristóbal apareció en mi casa, temblando, como solía presentarse siempre, y pidió hablar conmigo.

Nos metimos en mi cuarto y me enseñó la carta que yo mismo le había llevado. La leí para ver exactamente qué había escrito y después se la tendí de nuevo.

—He ido a verla. No me han dejado hacerlo, me han dicho que no quería verme y que si volvía a acercarme por allí me matarían. Se han enterado —sentenció.

—No lo creo. ¿Cómo iban a hacerlo?

—No lo sé. Pero no se me ocurre otra cosa.

Agaché la mirada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Nada —dije.

—¡Dime qué sabes! —exigió.

—Siento que te hayas tenido que enterar así, pero Selene no estaba segura de querer marcharse contigo. Me lo confesó hace dos días. Lo siento, Cristóbal. Pensé que era miedo por todos estos cambios, por todo el cambio que supone para ella, y que se marcharía contigo, pero al parecer no tiene fuerzas para hacerlo.

—No puede ser —dijo derrotado, dejándose caer al suelo como un saco vacío y hueco—. No puede ser.

Se quedó allí un buen rato, sin saber qué pensar. Finalmente, se quedó dormido por el agotamiento y yo salí de casa para ir a ver a Ezequiel una vez más. Nos encerramos en la biblioteca y me contó que había ido a intentar verla.

—Me ha costado bastante fingir que no sabía sus planes y dejarle pensar que es Selene la que no quiere verle, fingiendo también que ella misma me había pedido que no lo dejase entrar en casa para no descubrirte a ti. Pero si vuelve a acercarse, lo mataré. Házselo saber.

—¿Dónde está Selene? —pregunté.

—No puede verla nadie.

—¿Yo tampoco? Le estoy ayudando con todo.

—Está enferma.

—¿Qué le ocurre?

Sopló.

—Está muy débil. El médico ha venido a practicarle un aborto. Ha luchado para que no se lo quitasen, pero al final lo ha logrado. Ahora tenemos que esperar a ver cómo se recupera, porque no está yendo muy bien.

Al escuchar esas palabras lo tuve claro.

—Le diremos que ha muerto —dije.

Me observó sin comprender.

—A Cristóbal. Si cree que ha muerto, se marchará.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Déjeme a mí. Usted asegúrese de que nadie la ve hasta que se marche de aquí.

Salí de allí y regresé a casa. Cristóbal seguía durmiendo y aguardé hasta que se despertó.

—Me he quedado dormido sin darme cuenta, lo siento.

—No importa, amigo mío. Pero siéntate, porque tengo malas noticias.

—¿Qué noticias? —preguntó asustado.

—Selene...

Silencio.

—Selene ¿qué?

—He ido a su casa para ver si me dejaban hablar con ella, pero no ha podido ser. Ha perdido al niño. Lo siento, Cristóbal.

Pude ver cómo su rostro se descomponía.

—Y ella ha ido detrás. Por una hemorragia. Han llamado al médico, pero no han podido hacer nada por ella.

—Dios mío —sollozó.

—Y Roncesvalles dice que si encuentra al padre lo matará lentamente.

—Tengo que ir a verla.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho!? ¡No puedes ir a verla!  
¡Te matará!

—No sabe que soy el padre.

—¿Y crees que le costará mucho pensarlo si vas otra vez? Estarás loco si

lo haces. Ya he perdido a Selene, no quiero perderte a ti también. Acabará enterándose, Cristóbal, e irá a por ti. Lo mejor que puedes hacer es marcharte. Así al menos no podrá encontrarte cuando lo descubra.

—No me marcharé sin ella. No tengo nada sin ella.

—Tienes a tu madre. ¿Quieres que ella te encuentre muerto? ¿Quieres que le quiten a otro hijo? Tu propio padre sería capaz de venderte si se entera, y te aseguro que lo harán. Roncesvalles tiene poder y descubrirán todo. No tienes otra opción. ¿No te das cuenta?

Un rato después se puso en pie, se secó las lágrimas y se encaminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—No lo sé.

Al quedarme solo en la habitación, vi que había una carta sobre la mesa y un sobre al lado. Era una carta en la que Cristóbal le decía a Selene que no se preocupase por nada, que fuese feliz con Campillo y cosas parecidas.

Fue entonces cuando comprendí que la quería de verdad. Sentí una punzada en el corazón. Guardé la carta en el sobre, lo cerré y lo guardé entre dos libros de la estantería. La llevaría tiempo después conmigo a la casa de su madre cuando murió. No sé por qué, pero sentía que esa carta debía estar allí.

Noches después, mientras dormía con un ojo abierto, sentí cómo alguien me tapaba la boca con la mano y me despertaba. Era Cristóbal.

—No quería que gritases —dijo.

Encendí la lamparilla y lo miré. Estaba sucio, con la cara y la ropa manchada, débil y muerto de frío.

—¿Dónde has estado?

—Eso da igual.

Aprovechando que estaba débil, atacué de nuevo.

—Hay una nueva ciudad esperándote, Cristóbal. Y se llama París. A ella van chicos como tú, que en el lugar donde nacieron no tienen nada y buscan algo mejor. Te está esperando, lo sé. Sé dónde puedes alojarte, y debes irte pronto. Roncesvalles está removiendo cielo y tierra para descubrir quién era el padre y no tardará en hacerlo.

Le dije que nadie debía saber dónde estaba y que lo mejor era que dejase

una nota despidiéndose de su madre, diciendo que se marchaba a un lugar mejor. Yo mismo se la dicté para que pareciera una nota de suicidio. Sabía que así nadie lo buscaría y, además, su oportuna desaparición y supuesto suicidio lo implicarían en el asesinato de Rosa, ya que su hermano era el acusado principal.

Aquella misma noche le acompañé a la estación, le di todo el dinero que pude y las señas que debía seguir al llegar a la ciudad, esperando que tuviera suerte, y que no regresara jamás. Sentí un alivio cuando se marchó en el tren. Era como volver a respirar de nuevo al ver que mis planes seguían cumpliéndose, aunque todavía me quedaba una parte que llevaría a cabo cuando Selene se recuperase y pudiera verla.

Lo que supe de él fue por el periódico. Se abrió la edición de aquel lunes con un titular que rememoraba la muerte de Rosa, en el que se hablaba de la posible implicación del hermano mayor en la muerte de la mujer porque había dejado una nota de suicidio en casa. Su madre la había encontrado hacía dos días y había denunciado la desaparición de su hijo, ya que no había encontrado el cadáver en casa. Lo habían buscado en el río y en la morgue. Nada. Había desaparecido. Fui a ver a Roncesvalles para hablar con él de la noticia y saber si tenía algo que ver.

—Para mí no es más que un insecto. No tengo nada que ver con esa nota ni con que haya desaparecido, muchacho.

—¿Cómo se encuentra Selene?

—Parece que va mejor.

—Me alegro por ella.

Después de su marcha, mientras en mi casa todo seguía como siempre, daba tiempo a que Selene se recuperase para poder verla y afinaba los siguientes pasos que debía dar, me llegó una carta. La doncella la subió a la sala de estar de la planta superior, donde a veces me entretenía tocando el piano. Dejó la bandeja de plata en la que había traído la carta sobre el piano negro de cola y se marchó. Al ver la calidad del papel amarillento, pensé que serían noticias de Cristóbal, que se había alojado donde le había dicho y había encontrado papel viejo para escribir. Un rato después, cuando me había olvidado de ella, cerré la tapa del piano y me dispuse a salir de la habitación

para comer algo. Volví a ver el sobre y entonces vi el remitente: Antonia.

No me esperaba encontrar una carta suya. Y eso era lo único que pude leer en el remitente: su nombre, ninguna dirección. El matasellos era ilegible. Me senté en el taburete del piano y la abrí. La letra estaba escrita con prisa y nervios. Me pedía disculpas de antemano por abordarme. Me explicaba que ella no tenía nada que ver con la muerte de Rosa. Parecía no saber que habían acusado al hermano retrasado de Cristóbal. Después me pedía que le informase del estado de Selene y si se marcharía a otro lugar, como le había dicho ella misma el día de su marcha. Y que la mantuviera al tanto, que sabía que lo más probable era que, aunque se marchase lejos, siguieran en contacto conmigo y que, por favor, le contase cómo estaba. Yo quería a Antonia, se había portado muy bien conmigo y no tenía nada que perder si le decía cómo se encontraba Selene y, de paso, no perdía a una mujer que me había tratado como una madre y a la que prácticamente consideraba una amiga. A partir de entonces comenzamos a ser más amigos que nunca. Ella me contaba cosas de su día a día, como que trabajaba en un hotel donde había trabajado de niña, y yo le contaba cosas sobre Selene. Aunque la primera carta que le escribí no era del todo cierta, finalmente se acabó cumpliendo.

Querida Antonia:

Me alegra saber de ti y que estás bien. No debes preocuparte por Selene, está bien y está conmigo, en mi casa. No se casará con Campillo, ya que ella lo despreciaba desde el primer instante en el que fue consciente de que su padre quería casarla con él. No se ha marchado de España, ya que finalmente no ha podido cumplir sus planes, pero está viviendo conmigo y está bien. Es feliz. Y yo estoy feliz de que viva aquí. Te rogaría que las cartas que me envíes vengan directamente sin remitente. Será lo mejor para que Selene no sospeche de nada y nadie pueda localizarte por el tema de Rosa. Te mantendré al tanto de todo lo que le ocurra. Pero, a cambio, quiero saber por qué tienes tanto interés en ella.

Gabriel

Esa fue la primera carta. Después vinieron más, en las que siempre me

preguntaba por ella y yo le decía que estaba bien. Me contaba pequeñeces sobre su vida de niña, pero no me decía el porqué de su interés en Selene, hasta que en su lecho de muerte decidió hacerlo, años más tarde. Tres días después de haber recibido esa primera carta, fui a ver a Selene de nuevo. Tampoco me dejaron verla.

—¿Tan mal se encuentra todavía? —pregunté a Roncesvalles.

—No, pero será mejor que se recupere del todo.

Salí de allí, a esperar de nuevo, pero aquella noche, a las nueve en punto, alguien llamó a la puerta mientras todos cenábamos en el salón comedor y preguntó por mí. Salí al recibidor. Me encontré con una doncella que volvió a preguntarme si yo era Gabriel. Cuando le respondí que sí, me pidió ir a un lugar donde no nos escuchase nadie más.

La llevé a la sala del piano.

—¿Quién eres? ¿Quién te manda?

—La señorita Selene. No la dejan salir de su cuarto. La hicieron abortar entre Campillo y Roncesvalles. Está enferma, sangra, tiene fiebres y la proposición de matrimonio con Campillo sigue en pie. Además, leyó la noticia en el periódico de que un joven se había quitado la vida y dice que no tiene ganas de nada. Solo llora al ver el futuro que le espera. Lleva días pidiéndome que venga a verlo a usted, que es el único que la puede ayudar. No quiere casarse. Que por favor usted la ayude de una forma u otra.

Estaba nerviosa y le temblaba la voz. La senté en uno de los sillones y le serví un vaso de agua.

—Dile a Selene que no tiene nada que temer, que he ido a verla, pero que al estar enferma su padre no me lo ha permitido. Ahora vete y díselo. Y cuando la señorita Selene se recupere, házmelo saber e iré a verla.

Sonrió aliviada y con ganas de marcharse.

—No le diga a nadie que he venido. Tengo prohibido salir de casa y hablar del aborto. Nadie debe saberlo, o a saber lo que harán conmigo esos dos. Estoy encerrada con Selene desde la noche que vino el médico a sacarle el bebé de dentro. Me amenazaron. Me dijeron que no podía salir de la casa y que solo podía separarme de la señorita Selene para subirle la comida.

—No te preocupes, nadie lo sabrá. Ahora márchate antes de que se den

cuenta de que has salido, tranquiliza a Selene y avísame cuando ya pueda salir.

La siguiente carta que recibí fue larga, espesa y desesperada. Era de Cristóbal. Parecía haberse convertido en uno de los protagonistas de sus propios relatos de muertos y desgraciados.

Cuando subí al tren para marcharme a París y vi cómo mi amigo Gabriel se alejaba de la estación, sentí que todo lo que había a mi alrededor, mi vida y mis sueños eran cristal y se estrellaban contra el suelo. Pasé todo el viaje pesando en Selene, en mi madre, en las mentiras de mi padre, que había sido capaz de llevar a mi hermano a la cárcel, acusándolo de algo que no hubiera cometido nunca. Pensé en Gabriel y pensé en lo que me aguardaba en París. Nada. Estuve tres días subido en el tren, viendo cómo amanecía y cómo anochecía. Apenas comía, no tenía ánimos ni para respirar, imaginándome a Selene tumbada en su cama con el rostro completamente blanco. Me tragué las lágrimas para que el resto de los cuatro pasajeros que me acompañaban no me viesen y me dediqué a caminar a lo largo del tren cuando las piernas se me cansaban.

Amanecía una mañana lluviosa cuando llegué a París. El cielo estaba negro, la gente corría con sus familiares y se reencontraban para abrazarse. Me quedé solo en la estación de Austerlitz apenas diez minutos después de haber llegado. Todo me hacía presagiar que así iba a ser gran parte del resto de mi vida y que me quedaba lo peor: el principio. Apenas sabía media palabra de francés. Llevaba conmigo una pequeña maleta que Gabriel me había dado con algo de ropa y había escondido el dinero en los bolsillos. Había tenido hasta el detalle de cambiarlo a la moneda francesa. La abrí y de uno de los bolsillos saqué la dirección a la que debía ir. Ni siquiera era capaz de leerla. Salí de la estación e intenté preguntar a alguna de las personas con las que me cruzaba por el camino, pero ni siquiera sabía cómo dirigirme a ellas. Caminando y empapado llegué a un parque y allí me quedé sentado,

bajo un techo de mimbre, a que la lluvia cesara.

Un grupo de niños ladronzuelos llevaban un rato observándome desde uno de los extremos del parque y, finalmente, uno se me acercó mientras los demás se quedaban observando. Me dijo algo en francés.

—Lo siento, no conozco tu lengua.

—*Españoli est?* —entendí.

No dije nada. El niño salió corriendo y trajo a uno de sus compañeros tirándole del brazo. Se plantaron los dos ante mí y me quedé mirándoles. El primero que se había acercado le gritó algo en francés y el segundo accedió a hablar.

—¿Eres español?

No podía creerlo. Hablaba mi lengua, aunque con un marcadísimo acento. No pude evitar sonreír.

—Sí. ¿Podrías ayudarme? Estoy buscando esta dirección.

Le mostré el papel sin soltarlo; yo sería incapaz de reescribir la dirección si la perdía.

—Ah, eso no está muy lejos de aquí, pero en esa zona estuvieron derrumbando algunos edificios, por viejos. No sé si seguirá en pie. Tiraron la mayoría de esa barriada. Sígueme.

Caminando a su lado, comenzó a parlotear de sus amigos, pero yo era incapaz de hacerle caso. Solo tenía ganas de tumbarme en algún lugar y cerrar los ojos. Me metió en una boca del metro, pagué su billete y el mío y tres paradas después ascendimos. Volvía a llover.

Me condujo hasta la calle indicada y vimos que donde se suponía que iba a tener un ático donde vivir, cortesía de Gabriel, había sido derruido y ahora había un parque en su lugar. Seguramente se lo habrían notificado a su padre y pagado por el piso, pero nadie se lo había dicho a Gabriel.

—Pues me da a mí que va a dormir usted al raso. ¿Me da una moneda? Por haberlo traído.

—Claro —dije.

Se la di y se marchó de allí. Busqué una pensión donde poder alojarme de momento. El casero no entendía el español y se negaba a escucharme, pero cuando le mostré el dinero cambió de idea. Me mostró una hoja donde ponía

el precio de las habitaciones según la alquilabas por un día, por siete o por treinta. Le señalé la del mes y le pagué por adelantado.

Me metí en mi cuartucho, donde había una cama, un escritorio, un armario estrecho y alto y un orinal sucio que escondí bajo la cama de una patada. Bajé la persiana y me tumbé en la cama. Fui consciente de que mi vida a partir de entonces sería así, oscura y solitaria. Era horrible, no me gustaba, pero no podía regresar a España. No tenía ni idea del idioma y nadie me daría trabajo sin conocerlo. Y echaba de menos a Selene.

Aquella primera noche en París soñé con ella. Nos vi a los dos en la ciudad, en una casa, y yo me marchaba a trabajar. Era escritor. Los dos estábamos contentos. Me desperté de golpe y sentí que se me encogía el estómago al recordarla, pero ella ya no estaba. Gabriel me había dicho que acabaría olvidándome de ella y conociendo a una chica que se le pareciera en París. Yo no estaba tan seguro de eso. Después de haber dormido, salí a la calle en busca de trabajo, pero no sabía ni por dónde empezar. Tras una hora caminando, escuché a una mujer hablando en español por la calle con su hijo pequeño y le pregunté si podría decirme dónde encontrar alguna fábrica en la ciudad. Me dijo que debía coger una línea del metro y bajar en la última estación, que allí, a las afueras, era donde había fábricas. Le di las gracias y me marché siguiendo las indicaciones. Una vez llegué donde me habían dicho, encontré un montón de fábricas a lo lejos. Parecía una ciudad en sí misma. Caminé hacia ellas y comencé por la primera. Había fábricas de cristal, de medicamentos, de pieles, de alimentos, de metal, de todo. Me dieron trabajo en la fábrica de metales. Yo nunca había trabajado con ellos y pensé que me costaría bastante hacer bien el trabajo, pero no fue así. Allí me pusieron en la cadena de montajes donde se unían dos piezas de una clase de cerrojos. Resultó sencillo. Comencé aquel mismo día. El encargado parecía contento conmigo. No hablaba una palabra de español, pero sonreía y anotaba cosas en unas páginas que llevaba siempre con él. Cuando llevaba pocos días allí, me cambiaron de puesto para sustituir a alguien que se había puesto enfermo. Debía ocuparme del hierro fundido. Me dio miedo, pero lo hice bien igualmente. Al menos, eso parecía que iba bien. Ganaba dinero, podía comer dos veces al día y pagar el alquiler de una pensión. Entonces fue cuando

decidí escribir a Gabriel para decirle que las cosas no me iban del todo mal, que no estaba viviendo en su ático y que, al estar todo el día ocupado, evitaba pensar en mi situación y no me sentía tan solo.

No tuve oportunidad de ir a visitar de nuevo a Selene. Fue ella la que se personó en mi casa, una tarde, acompañada de su doncella. Llamó a la puerta. Una de las doncellas de mi casa le abrió y subió directamente a mi dormitorio. Al abrir la puerta y ver que estaba bien, que había salido de casa y que tenía buen color en la cara, pensé que las cosas no podían marchar mejor. Nada más cerrar la puerta me abrazó y comenzó a llorar.

—Tranquila. Todo saldrá bien.

—Nada puede salir bien. ¿Hablaste con él? ¿Por qué se quitó la vida?

—No lo sé —intenté calmarla—. Solo se me ocurre que tuvo algo que ver con la muerte de Rosa. —Se echó a un lado—. ¿Por qué habría de hacerlo si no? Tú le estabas esperando. Yo se lo dije. El plan simplemente iba a retrasarse hasta que tú pudieras escapar. A mí también me costó asimilarlo. No sé por qué lo haría, seguramente fue un accidente y su padre, para que no cargasen las culpas contra él, acusó a su hijo pequeño. Pero a él le dio todo igual.

—No, fue por la carta que le envié, que me obligaron a escribir.

—No, Selene. No pudo ser por eso. Intentó verte, sí. Intentó que yo consiguiera verte, pero no se quitó la vida por eso. Lo siento, Selene, también era mi amigo y lo echaré de menos, pero no se me ocurre otra explicación.

No sé si alguna vez llegó a creérselo del todo durante el tiempo que estuvo conmigo, pero, si no fue así, tal vez se agarrase a esa versión para no sentirse culpable de su muerte.

—Ahora escúchame atentamente —dije—. Nadie puede enterarse de esto, ni siquiera tu doncella. Podría hablar y se acabaría todo. Tengo un plan. Te

quedarás conmigo. Voy a comprarme un piso y quiero que vivas conmigo. Nadie te encontrará allí. Simplemente te escaparás.

Dudó unos instantes y se sentó en el borde de la cama.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—No. Mi padre acabaría encontrándome y, además, descubriría que tú estabas al corriente. Es una locura. Hay que planearlo mejor.

—¿Y cómo vas a planearlo mejor? ¿Quieres casarte con Campillo? Porque será lo que ocurra muy pronto si no hacemos nada.

Al escuchar aquellas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas. Estuvimos callados unos cuantos minutos, intentando pensar.

—Señorita —dijo la doncella apareciendo por la puerta—, su padre ha dicho que podía salir a pasear durante una hora y se va a hacer tarde. Debemos irnos.

Ella asintió y se levantó.

—No importa. Algo se me ocurrirá. Algo pensaré.

La vi sin ganas de nada, sin ganas de vivir. Como si esperase que todo se acabase de una vez. Al fin y al cabo, había perdido sus ilusiones y sus sueños, al igual que Cristóbal. «Ya se le pasará», me repetía una y otra vez. Pero nunca se le pasó.

—Debes saber una cosa —dije antes de que abriera la puerta—. Si te quedas conmigo, no podrás salir de casa. No podrás ver a nadie, deberás vivir aquí siempre. Sin salir, sin marcharte, sin poder hacer nada.

Me observó serena, tranquila.

—Sin Cristóbal, eso ya me da igual. Lo único que me importa evitar es una boda con Campillo. No quiero sentirlo cada noche sobre mi piel. Me da asco solo de pensarlo. No lo haré.

—Bien.

Me quedé en casa solo, sin saber cómo actuar ahora. No sabía qué hacer, y Selene tenía razón: hacía falta algo más que el hecho de que desapareciera para engañar a Roncesvalles. Y, de rebote, llegó la solución sin que yo hiciera nada por ello.

Dos días después, Selene vino a verme acompañada de la doncella y me

dijo que, aunque era duro, tal vez su amiga Marta le había dado la solución. Había ido a verla el día anterior, en la hora que su padre le daba de permiso para salir a pasear.

—Leí la noticia en el periódico. Lo siento mucho, Selene —se condolió Marta.

Selene se tumbó con ella en la cama. Marta estaba más pálida que nunca y le confesó que los médicos le habían dicho que le quedaban como mucho seis meses de vida y que no tenía ganas de vivirla postrada en una cama. Selene la animó a seguir adelante.

—Ya se confundieron una vez, tal vez ahora también.

—Apenas puedo levantarme para ir al baño. Me cuesta mucho caminar y nunca tengo apetito. Mis pulmones ya no responden a ninguna medicación. Estoy acabada, Selene.

Suspiró.

—No es lo mismo, Marta, pero yo también. He perdido a la persona con la que iba a pasar el resto de mis días en París y no sé cómo voy a librarme de la boda con Campillo. No quiero hacerlo, no me casaré con él, pero no sé cómo impedirlo. Tengo miedo.

Marta sonrió.

—Llámame egoísta si quieres, Selene, pero me cambiaría por ti. ¿Campillo? Pues Campillo. Me gustaría vivir más tiempo. Estar sana, poder salir a pasear, que un hombre, aunque no sea el que yo quiera, me regale joyas, flores y me coja del brazo al pasear. Son cosas de las que yo nunca disfrutaré. Sé que es difícil, Selene, pero intenta ver el lado bueno.

Las dos amigas se quedaron la una al lado de la otra, sin mediar palabra. Selene calibraba sus palabras y comprendía su situación. Pero ella nunca estaría con Campillo. Y fue entonces cuando Marta decidió que su enfermedad al menos serviría para algo, para ayudar a su amiga. Se cambiaría por ella y moriría. En lugar de aguantar una agonía larga y asfixiarse, moriría para ayudar a una amiga y sin sufrir. Había venido a hablarme de su plan, de cómo lo habían pensado. A pesar de que Selene había insistido en que era una locura, Marta le había confesado que no tenía ganas de pasar seis meses viendo cómo podía hacer cada vez menos cosas de las pocas que ya podía

hacer y que le había robado a su madre del baño unas pastillas que el médico le daba para el dolor y otras para dormir.

Había pensado tomárselas sin tardar mucho más tiempo, pero ahora, además, serviría de algo.

—Pero verán que eres tú —dijo Selene.

—Y ahí es donde entráis tú, el ático de tu casa y tu anillo de pedida.

Aquella misma noche, Marta dejó una nota despidiéndose de sus padres, explicándoles que no quería estar seis meses más sufriendo, que se marchaba para morir y que no llorasen por ella, que era así como debía ser. Salió de su casa, ayudada de sus muletas y de Selene, que había salido a buscarla y la esperaba en la esquina. Selene abrió la puerta trasera de la cocina por la puerta de servicio. Cuando llegó Marta, apenas podía caminar y respirar. La tuvieron que sentar en una de las sillas para que se recuperara. Unos quince minutos después se calmó mientras las lágrimas se le escapaban sin querer.

—¿No lo ves, Selene? Apenas hay un puñado de metros de tu casa a la mía y no puedo ni respirar. No quiero esto, no quiero seguir así un solo día más.

—Pero no lo haremos hoy, sería sospechoso que desaparezcas la misma noche en la que yo tengo un accidente.

—Lo sé, era una forma de hablar. Vamos, necesito echarme.

Selene había acondicionado una de las habitaciones del ático donde se almacenaban muebles. El lugar era grande y llegaron por el paso del servicio para que nadie las viese.

Había corrido todos los muebles hacia la puerta y dejado en la parte trasera de la habitación, cerca de la ventana, un colchón en el suelo, sábanas y un montón de mantas para que no tuviese frío. También le había llevado comida, pan, galletas y una botella de leche.

—Te lo agradezco, pero no hará falta, apenas tengo apetito ya.

Selene la observó tumbarse con dificultad y dejó las muletas a su lado.

—Te echaré de menos, amiga —dijo.

—Yo también a ti.

—Vamos, márchate ya, y piensa que en unos días todos estaremos donde queremos estar.

Le dio un beso en la frente y Selene se refugió en su dormitorio. A la mañana siguiente todo era revuelo por Marta, que se había marchado de casa despidiéndose de sus padres con una nota. Selene fue a verlos y les preguntó si podía ayudar en algo.

—¿Te contó algo en la última visita que le hiciste? —preguntó su padre.

—No, señor, yo la vi como siempre. Más delgada y algo más pálida, pero hablamos de lo mismo. Incluso me dijo que quería comprarse un vestido nuevo y un sombrero a juego. Parecía la de siempre. No me esperaba algo así.

El padre le confesó que el médico apenas le había dado esperanzas de vida, pero no se esperaba que estuviera tan desesperada como para marcharse. Además, su madre había descubierto que le faltaban bastantes píldoras.

—Si al menos pudieran encontrarla para poder enterrarla —se lamentó su padre.

Selene salió de allí y regresó a su casa. Cuando nadie la miraba, subió al ático y le llevó algo más de comida y le dijo cómo estaba la situación en su casa.

—Lo siento por ellos. Son los mejores padres que podía tener, pero así es como debe ser.

Después vino a verme a mí y me puso al día con el plan. Ahora solo hacía falta esperar.

Una semana después, de madrugada, Selene ayudó a bajar a Marta hasta su dormitorio. Allí la tumbó en la cama y la tapó. Selene se acercó a ella y la abrazó por última vez.

—Siempre me acordaré de ti.

—Lo sé —dijo Marta—, pero tú tranquila, te estaré vigilando.

Ambas rieron.

—Es la hora. Dame el agua.

Selene preparó un vaso de agua al lado de la mesita. Marta sacó del bolsillo de su pijama las píldoras que le había robado a su madre. Había al menos veinte, se las metió en la boca, las masticó y bebió agua.

—Ya sabes lo que debes hacer después.

Asintió. Selene se tumbó a su lado y la abrazó. Una hora después, Selene

se levantó. Hacía al menos media hora que ya no respiraba y no se movía. No pudo evitar llorar mientras rociaba con aceite de quinqué su cuerpo y toda la cama. Se quitó el anillo de compromiso del dedo y se lo puso a ella. Dejó caer el quinqué de golpe al suelo y el cristal se rompió. Ese sería el accidente. Cogió una cerilla, la dejó caer sobre el cuerpo inerte de su amiga y comenzó a arder con fuerza. Apenas se podía respirar en la habitación a causa del humo cuando salió de allí.

Bajó las escaleras y por la parte trasera de la casa salió hasta llegar a la entrada principal. Pudo ver un pequeño resplandor en la ventana de su dormitorio. Salió de la casa y corrió hasta la esquina donde Gabriel la estaba esperando. Ahora sería Selene la que debería esconderse en el ático de la casa de Gabriel hasta que hubiera adquirido el nuevo piso. Al día siguiente no se hablaba en las calles de otra cosa que no fuese la muerte de Selene. Había sido hallada calcinada en su dormitorio y la habían reconocido únicamente por el anillo de compromiso. Todo había salido bien. Me presenté en casa de Roncesvalles para darle mi pésame. Un mes después, Selene y yo estábamos viviendo en mi nueva casa. Para todos los criados era mi hermana y no le gustaba salir a la calle. En ese mes, antes de marcharnos a mi piso, recibí otra carta de Cristóbal.

La buena racha que parecía haber encontrado no tardó en desaparecer. Era una mañana cualquiera en la fábrica y mi turno para poder descansar y comer estaba a punto de llegar. Me di media vuelta para volcar un montón de hierro fundido cuando alguien gritó y me volví. Lo siguiente que recuerdo fue un intenso dolor en el brazo y estar en el suelo. Me había caído encima una barra de hierro y me había aprisionado el brazo. A continuación, otra pieza de metal cayó sobre mi cabeza y quedé inconsciente. Al despertar, me encontraba en la camilla de un hospital, tenía el brazo vendado y me dolía mucho. Salí al pasillo y una enfermera me hizo entrar en la habitación y comenzó a hablarme en francés. Negué con la cabeza y le dije que no entendía nada. Entonces desapareció y entró con un celador. El hombre, que tenía una cara de español que hubiera reconocido en cualquier lugar del mundo, comenzó a hablarme. Me contaba que había sufrido un accidente, que una barra de hierro me había aplastado el brazo y que había una fisura, que iba a estar un tiempo sin poder utilizarlo. Después, otra pieza de metal de la fábrica había caído y me había dado en la cabeza. Al parecer estaban atadas al techo y el soporte había fallado, pillándome a mí en medio. Estaría en el hospital una buena temporada. Me dieron una ficha para rellenar. Fue el celador el que lo hizo por mí.

—¿Diecisiete? —me dijo al anotar mi edad—. Yo vine aquí con esa edad. Tras una mujer. No salió bien. ¿Por qué has venido tú?

Calibré la respuesta unos instantes.

—Huyendo del pasado.

—¿De una mujer? Has hecho bien. Te irá mejor sin ella; además, eres

muy joven, ya lo verás.

Estuve en el hospital tres días más. El último día apareció un trabajador de la fábrica que hablaba algo de español y al que enviaba el dueño. Me despedían con efecto inmediato y me traían el último sueldo en un sobre. Cuando le pregunté por qué, me dijo que no me entendía. Regresé a la pensión y el hombre me pidió el dinero del alquiler del mes siguiente. A base de gestos, le dije que no tenía más que el de una semana y eso fue lo que le pagué. Una semana después me encontraba en la calle, sin trabajo y sin nada que comer.

Ya había sido difícil buscar trabajo siendo extranjero y sin saber hablar una sola palabra de francés, pero ahora, con un brazo fisurado, sería imposible. No tenía nada. Aquella fue la primera noche que pasé en la calle, durmiendo en una acera, con toda la ropa que había traído conmigo puesta y usando la maleta de almohada. Hacía un frío espantoso. A la noche siguiente, siguiendo a unos vagabundos borrachos, descubrí que los baños públicos de Austerlitz, a pesar del olor que desprendían las tuberías, no eran un mal sitio para pasar la noche. Me encerré en uno de los servicios individuales y allí, medio sentado y apoyándome en la pared, conseguí dormir algunas horas. A la mañana siguiente, un vigilante aporreó la puerta, pegando gritos que, una vez más, no era capaz de entender, y me echó a patadas.

Miré en los bolsillos y vi que no me quedaba más que una moneda y con esa moneda no podría ni comprar un pedazo de pan. Maldije mi situación y pensé que, si al menos estuviera en Zaragoza, podría esconderme en algún lugar y, si no era en un sitio, en otro me darían trabajo, pero en París parecía que no había sitio para mí. Estaba asustado y solo. Comencé a pasear por los mercados que se extendían al aire libre y recogía del suelo alguna manzana pisoteada y pedazos de pan que se caían y que los panaderos no se molestaban en coger del barro. Yo me los llevaba y en las fuentes los lavaba con el agua helada. No era un manjar, pero era comida de segunda mano y llenaba el estómago.

Comenzaba a anochecer y debía buscar refugio de nuevo. Aquella noche la pasé en una boca del metro. A la mañana siguiente, otro vigilante me despertó con pequeñas patadas en el pie y, tras decir algo que no entendí, me

levanté y me fui de allí. Estaba harto de no entender nada. Perdido y sin nada que hacer, tenía dos opciones: sentarme en una esquina a pedir limosna o buscar algún sitio público donde pasar el día. No pudo ocurrírseme uno mejor. Tras entrar, bajo la mirada atenta de una de las trabajadoras por mi aspecto, busqué un diccionario bilingüe y busqué la palabra «biblioteca». Me sorprendió no saber que se escribía prácticamente igual. Con el diccionario abierto me acerqué al mostrador y le señalé la palabra a la dependienta, que por su aspecto parecía más amable.

Habló algo con otra de ellas y, tras lo que me pareció una breve discusión, se puso el abrigo, se dirigió a la puerta y me hizo un gesto para que la siguiese. En la calle me condujo al metro, y en el cartel del plano que había a la entrada me señaló una estación. Allí pude leer:

*Station Bibliothèque Nationale.*

Le di las gracias y de un salto me colé en el metro. No tenía dinero ni para un billete. Tras hacer dos transbordos y sintiendo que las piernas me flojeaban por falta de alimento, salí a la calle y ante mí se desplegó el edificio de la Biblioteca Nacional de París. Era un edificio inmenso y bonito. Entré por la puerta principal y, por primera vez, me sentí como en casa. El techo abovedado, las estanterías inmensas repletas de libros, paredes y mesas de madera, sillas tapizadas, luces tenues, lectores anónimos y, sobre todo, el olor a papel viejo.

Había escaleras para alcanzar los libros más altos y varias plantas. Los pasillos y las bifurcaciones parecían no acabar nunca. Pensé que podría quedarme allí como un fantasma y que nadie se daría cuenta de mi presencia. Busqué por las secciones hasta encontrar la de lenguas. Allí encontré un diccionario, parecido al de la tienda, de español y francés y me lo llevé a una mesa. Me senté y encendí la pequeña lamparilla verde que había en cada sitio, tomé el tintero de la mesa y un pedazo de papel en blanco y comencé a buscar las palabras que más necesarias me resultarían.

Tres horas después la lista seguía aumentando y mi estómago pedía comida. Fui al baño y allí me llené el estómago con agua para que dejase de

hacer ruidos y los que había a mi lado no me observasen. Cuando tuve la cabeza llena de palabras que esperaba haber aprendido bien, vi que en menos de una hora la biblioteca cerraría y que no había comido nada en todo el día. Me metí las hojas en el bolsillo y me dirigí a devolver el diccionario a su sitio. Al fondo del pasillo, donde no había nadie y no se molestaban más que en dar la mitad de las luces por la escasez de visitantes, encontré una sección donde ponía:

*Livres en espagnol.*

Fui hacia la sección como si me hubiese transformado en un fantasma. Comencé a leer los títulos de los lomos y vi que los entendía. Por fin encontraba algo mío. Cogí los libros con los que había crecido. Los *Cuentos de Andersen*, *Oliver Twist*, *Cuento de Navidad*, *Alicia en el país de las maravillas...*, y, dejándolos a mi alrededor, me senté en el suelo en una esquina. Abrí los cuentos de Andersen y comencé a leerlos. No sé cuánto tiempo estuve allí. No debió de ser demasiado, pero cuando el bibliotecario me descubrió, estaba llorando y muerto de miedo, rodeado de aquellos libros en español, rememorando mi infancia con mis amigos y Selene, que ya no estaba ni iba a estar nunca, y la noche que me esperaba en la calle sin haber comido nada durante todo el día.

Me cogió de las manos y me habló en francés. Negué con la cabeza y entonces vio los libros.

—Entiendo —dijo con un acento marcado pero claro—. Yo sé algo de español, chico. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete —dije sin fuerzas.

—Pobre, pobre chico. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde vives? Te acompañaré.

Negué con la cabeza y pareció entenderlo.

—Está bien, chico, ven conmigo. Voy a llevarte a un sitio donde va la gente que no tiene nada. Allí te darán de comer y una cama. No son sitios bonitos, pero es mejor que la calle. Anda, sígueme.

Para cuando terminó de hablar, yo ya no le escuchaba. Llevaba días apenas probando bocado y aquel día no había comido nada. Sin darme

cuenta, había cerrado los ojos y perdido la conciencia, por segunda vez, desde mi llegada a París. Me desperté sin saber qué día era, qué hora era o dónde estaba. Lo que sabía era que estaba en una cama, que no olía a orines ni a cloaca, que hacía calor y el viento frío no me cortaba la cara. A mi alrededor había paredes de madera, una gran ventana con cortinas doradas, cuadros de señoras colgados en la pared, una chimenea al fondo del dormitorio y una librería pequeña repleta de libros. Me incorporé en la cama y comprobé que me habían quitado la ropa. Poco después escuché pasos y voces en el pasillo y alguien que abría la puerta. Una mujer, una doncella, pegó un grito al verme y yo me quedé inmóvil. Entonces apareció un hombre, el hombre de la biblioteca.

—Trae comida, Georgette. En abundancia.

Cerró la puerta, cogió una silla y se sentó a mi lado.

—No tengas miedo. Soy el bibliotecario. ¿Me recuerdas?

—Apenas —dije tras intentar recordarle.

—¿Recuerdas que entraste en la biblioteca?

—Sí, de eso sí que me acuerdo.

—Creo que estuviste intentando aprender algo de francés, por las hojas que encontré en tu bolsillo, aunque mucho me temo que con eso no llegarías a ninguna parte. El médico que te revisó cuando te traje a casa dijo que te desmayaste por falta de alimento y cansancio, y que debía dejarte dormir hasta que despertases. Has estado durmiendo tres días. Y aunque estás todavía más flaco, tienes mejor aspecto.

La criada apareció con una bandeja en la mano y la colocó sobre mí. Había sopa y pollo. Solo con olerlo sentía que lo engullía.

—Adelante, come. Y si tienes más hambre, no tienes más que pedirlo.

Cogí el plato con la sopa y como si fuese agua la engullí. El pollo no me molestó en cortarlo con el cuchillo. Empleé los dientes. Me comí el pan rebañando los platos.

—Voy a pedirle que suban otro.

—No, por favor. Se lo agradezco, pero es suficiente. Si como algo más, vomitaré.

—Eso me lo creo —dijo sonriente—. ¿Por qué no me cuentas algo de ti?

¿Qué haces aquí?

Le conté que mi madre me había enviado a Francia con algo de dinero para labrarme un futuro mejor.

—Ya. Bueno, cuando te apetezca contarme la verdad, ya lo harás. No te preocupes, no me enfado contigo. Tus motivos tendrás para ocultar la verdad. ¿Por qué no descansas un poco? Después seguiremos conversando.

—¿Qué voy a hacer? —pregunté cuando ya se marchaba.

Se dio media vuelta.

—¿Qué quieres hacer?

—No lo sé, señor. No lo sé.

Cogió aire.

—Pues mira, de momento te quedas aquí. No hay prisa en que te marches; esta casa es grande y mi señora siempre quiso tener un hijo, pero solo conseguimos una hija.

—No puedo quedarme aquí, señor.

—¿Tienes alguna otra opción?

Me quedé callado.

—Ya me parecía —respondió asintiendo más para sí que para mí.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—¿Cómo puedo agradecersele? ¿Por qué lo hace?

—Porque tienes aspecto de necesitar mucha ayuda y a mí me sobran habitaciones. Tal vez si te hubiera visto pidiendo limosna en la calle te hubiera lanzado una moneda, pero estabas en mi biblioteca y rodeado de libros en español como si fueran los únicos que pudieran entenderte. Y no te preocupes, no hay nada que agradecer.

Salió del dormitorio. Sintiéndome como Oliver Twist, me quedé dormido poco después. Habían dejado una muda limpia de ropa a los pies de la cama. Me la puse e intenté peinarme con los dedos. Salí de la habitación y sin saber muy bien adónde dirigirme, enfilé las escaleras enmoquetadas hacia abajo. Me crucé con una de las criadas y con un gesto me indicó que la siguiese. Entré en el salón comedor, donde encontré a una mujer y a una chica que parecía tener tres o cuatro años más que yo. El salón me recordó la casa de Selene. Tanto la madre como la hija hablaban español, aunque no fuese

demasiado bien. Nicolás, así se llamaba el hombre que me había acogido en su casa, estaba trabajando en la biblioteca que consideraba suya, pero que era de París.

—Pasa y siéntate con nosotras. Yo soy Giselle, la mujer de Nicolás, y ella es nuestra hija Julienne.

—Encantada de conocerte —dijo.

—Igualmente —respondí sentándome en el sillón que me señalaron.

—Nicolás nos ha dicho que te quedarás con nosotros.

—Bueno, yo no quiero causar molestias.

—No lo haces —dijo Giselle—. Y la verdad es que parece necesitar ayuda. ¿Por qué no nos cuentas algo de ti?

—¿Qué quieren saber?

—Pues, para empezar, tu nombre no estaría nada mal.

—Me llamo Cristóbal.

—¿Como Colón? —preguntó Julienne.

—Supongo, aunque no creo que me lo pusieran por él.

Tras una conversación en la que apenas les hablé de mí, Nicolás no tardó en regresar a casa. Comimos juntos y después él me pidió que lo acompañase a su despacho. Resultó que trabajar en la biblioteca era más bien un entretenimiento. Lo que le daba el dinero que le permitía mantener una casa como aquella y una boca más sin planteárselo apenas era una herencia de museos privados por todo el país que gestionaba desde su casa y que le reportaba grandes ingresos mensuales.

—Dime, ¿a qué te gustaría dedicarte?

—A cualquier cosa, señor. Pero nadie me daba trabajo con el brazo lesionado.

—Entiendo. No te preocupes por eso, de entrada, nos centraremos en tu educación. Debes aprender el idioma. Te pondré un maestro para que te enseñe francés y, de paso, que le enseñe algo mejor tu lengua a Julienne.

—No tiene por qué hacer esto, señor, en cuanto me recupere podré comenzar a trabajar en algún sitio...

—¿De qué? A ver, cuéntame. ¿De camarero?

—No le veo nada de malo, señor.

—No. Y no digo lo contrario, pero yo te estoy preguntando a qué te gustaría dedicarte.

Agaché la cabeza tímido.

—Vamos, no me voy a comer a nadie, hasta hace bien poco mi hija quería ser encantadora de serpientes.

Reí, aunque no sabía si lo decía en serio o no.

—Me gusta inventarme cuentos. Relatos y todas esas cosas.

—Ah, tenemos aquí a un escritor. Esto no puede ser casualidad, tiene que estar escrito en las estrellas. A mí me apasionan los libros, y he intentado escribir algo alguna vez, pero soy un tarugo para hacerlo, se me da mejor clasificarlos y cuidarlos. Te ayudaré con eso.

—Señor, preferiría comenzar a trabajar en algo que me dé dinero desde un principio.

—No tengas tanta prisa, Cristóbal. Primero aprende el idioma.

Aquella misma tarde, junto con Julienne, tuve mi primera clase oficial de francés-español. El profesor, un hombre estirado, alto y delgado como un fideo, metido en un traje de enterrador, con ojos pequeños tras unas inmensas gafas y cabello largo, me enseñó ciertas frases hechas como «¿qué hora es?», y «hoy hace buen día». Me enseñó algunos verbos y sus conjugaciones. Y resultó que no se me daba nada mal el francés. Unos días después era capaz de mantener conversaciones muy simples y con vocabulario muy sencillo, pero ya podía hacerlo. En mi cuarto, aquella noche, mientras el calor de la estufa me calentaba las costillas, le escribí a mi amigo Gabriel de la buena racha que parecía tener, esperando que, con algo de suerte, me durase algo más que la primera.

## 56

Me alegré de que las cosas le fueran mejor y de que no me preguntase por Selene, aunque algo me decía que no tardaría en hacerlo. Le escribí una carta indicándole mi nueva dirección para que dejase de enviarme cartas adonde ya no vivía. No me di cuenta de que Selene podría ver la carta y descubrir que Cristóbal estaba vivo hasta que llegó una nueva carta al piso, diciéndome que hacía tiempo me había escrito otra, hablándome de lo duro que se le estaba haciendo vivir en París y que, al no responderle, imaginaba que no la había recibido por algún motivo. Fue entonces cuando le dije que lo más seguro para él era que alquilase un apartado postal, por si en algún momento, de alguna manera, alguien viera la carta y descubriera que estaba vivo. Me respondió la siguiente con el remitente de un apartado postal, como le había dicho, pero insistía en que no le parecía necesario, ya que él estaba muerto desde hacía meses.

Poco después de mudarnos al nuevo piso, salí a pasear una tarde por la ribera del Ebro, solo y pensando que había ganado. Que, de una forma u otra, Selene estaba conmigo y no sería de nadie más, ya que se suponía estaba muerta. Nadie sabía que estaba viviendo conmigo y nadie la buscaría porque estaba muerta. Paseando por el río, encontré algunos huesos medio enterrados en el barro y pensé que esos huesos, de quien fueran, podrían ocupar el hueco que había quedado en la casa de Marta, ya que nunca fue enterrada como Marta. Avisé a las autoridades y a la familia de la chica. A los guardias civiles poco tiempo les costó determinar que no podía tratarse de otra persona y así se zanjó el asunto. Aquellos huesos podían ser de cualquiera.

La vida en Zaragoza transcurría tranquila. A Selene le regalaba vestidos

para que estuviera contenta, pero nunca se los ponía, no tenía ocasión. Le llenaba su habitación de flores y de cajas de bombones. Me lo agradecía con un beso en la mejilla y después se encerraba en su habitación sin querer ver a nadie, que en su caso se traducía en que tampoco quería verme a mí. Mientras los años pasaban, me decía que le gustaría marcharse a otro lugar, algún sitio donde no viviera gente conocida y la pudiese reconocer, que estaba cansada de estar siempre metida entre cuatro paredes y que sentía a veces que se ahogaba. Yo la disuadía con excusas que ni ella misma se creía. Sabía que yo la quería a mi lado y se quedó porque la había ayudado a huir de la boda que detestaba. Se quedaba conmigo por agradecimiento y por pena. Las cartas de Antonia siguieron llegando, pero sin remitente y firmadas con una A. Selene nunca las abriría, además de que le dije al servicio que las cartas dirigidas a mí nunca las debería ver Selene para evitar cualquier riesgo. Hasta que una mañana descubrí el titular en el que se anunciaba la muerte de Domingo Sanmartín. Fui a ver a tu madre y me dijo que Roncesvalles lo había matado, que intentó sacarle dinero por Juanito, por haberle acusado a él de la muerte de Rosa, y le había dicho que ya no quería hacer más tratos con él. Entonces no entendí nada tampoco, hasta que recibí las páginas que Rosa me había escrito como última confesión. Te escribí y le pedí que le enviases una carta a tu madre, que estaba herida de muerte por la pena de verse viuda y sola. Te pedí que le dijeras que estabas bien y que no se preocupase por ti. Me la enviaste a mí y yo se la hice llegar. Vi un resplandor en sus ojos y me marché de allí. Supongo que no se separó de esa carta nunca y que la enterraron con ella metida en el bolsillo de la falda.

Las cosas en Francia siguieron marchando bien. Aprendí el idioma en seis meses y en mi pronunciación apenas había acento. Me había buscado un trabajo de camarero, salía temprano de casa, regresaba tarde, el dinero que ganaba se lo daba a Nicolás y, como siempre lo rechazaba, lo gastaba comprándole regalos a su hija, a su señora y puros para él. Y por las noches, cuando tenía tiempo y no estaba cansado, me dedicaba a escribir relatos. Todos versaban sobre fantasmas femeninos etéreos con un asombroso parecido a Selene. Lo que yo no sabía era que Nicolás los leía a mis espaldas, hasta que una noche me lo confesó, tres años después de mi llegada. Me enfadé con él, le dije que eran privados y que no tenía por qué leerlos.

—Lo sé, hijo, lo sé, pero no pude evitarlo. Fue de casualidad, entré en tu cuarto buscando folios, yo me había quedado sin ninguno, y leí la primera frase de un párrafo sin querer. No pude dejarlo.

—Aun así, no deberías.

—¿Por qué te da tanto miedo? ¿Quién es la chica del relato?, el fantasma de piel translúcida.

Me senté en el borde de la cama y sentí que se me encogía el estómago.

—Se llama Selene.

—Ya veo —dijo sentándose a mi lado—. ¿Y la tienes en Zaragoza o aquí?

—En ningún sitio. Está muerta.

Guardó silencio unos instantes antes de continuar hablando.

—¿Es por eso por lo que te marchaste de allí? ¿Por su fantasma?

Negué con la cabeza y no pude reprimir más tiempo las lágrimas.

—Fue por muchas cosas.

Sin darme cuenta, había comenzado a contarle todo. Sobre mi padre, sobre Roncesvalles, sobre Selene, Gabriel, nuestros planes y cómo se torcieron. Y sobre Rosa y mi supuesta implicación en el asesinato después de que la noticia de mi desaparición o muerte saltase a los medios como motivo por el que podía haberme fugado.

—Sin darme cuenta me vi en la necesidad de salir de Zaragoza. Yo no hice nada, Nicolás.

—Lo sé, solo te enamoraste y la perdiste.

—Tengo miedo de que alguien me encuentre. Sé que es difícil porque se supone que estoy muerto, pero tengo miedo.

—No te preocupes por eso. Mañana lo solucionaré.

—¿El qué? —pregunté.

—No te preocupes, descansa.

A la mañana siguiente me despertó y me hizo bajar al salón donde toda la familia estaba reunida. Le contó a su mujer y a su hija que por diversos motivos por los que no debían asustarse, ya que era un asunto mal llevado, por el que me habían acusado de algo de lo que no tenía ninguna culpa, me había comprado una nueva identidad gracias a un par de conocidos suyos. Me llamaba Eric Leyvi y tenía una vida nueva. Aquella misma tarde él fue al café donde trabajaba y le dijo al encargado que no iría más a trabajar allí.

—Bastante mal lo has pasado ya como para que no aceptes mi ayuda. Se acabó, y si tengo que hacerlo a la fuerza, que así sea.

Yo no lo entendí, pero cuando me llevó a una editorial y me presentó a la dueña de la misma, amiga de Nicolás, y le dijo que yo era un magnífico escritor, lo entendí. Me concedía la oportunidad de dedicarme a lo que verdaderamente me gustaba: la escritura. Y así, a los veinte años comencé mi carrera. Me presentó a sus amigos y conocí a Eduardo. Me contó en una de las conversaciones que él en realidad era español, nacido en Zaragoza, pero que en esa ciudad no le quedaba más que un hermano con el que no se hablaba. Primero me asusté, pero después vi que no había ningún peligro porque yo para él era Eric, nada más. Mi trabajo en la editorial no tardó en comenzar. La dueña se leyó mis relatos y después le pidió a Nicolás que me

dijera que quería verme. Fui a la editorial y una secretaria me guio hasta su despacho. Me senté frente a ella y observé los cuadros que había colgados en la pared mientras terminaba de rellenar un informe.

Cuando lo hizo me observó, sonrió y me devolvió los relatos.

—Lo siento, pero esto no puedo publicarlo. No es el estilo de la editorial.

—Gracias por la oportunidad —dije cogiéndolos y levantándome.

—¿Adónde vas? —preguntó—. Vamos, siéntate, no he acabado.

Obedecí y me senté de nuevo.

—No puedo publicar esto, pero sí podré publicar lo que escribas a partir de ahora. Quiero novelas, no relatos.

—Nunca he escrito una novela y no creo que pueda hacerlo.

—Ya lo creo que puedes. Solo tienes que marcarte unas directrices que parece no encontrar. Los personajes protagonistas los tienes, solo tienes que hacer que la chica deje de ser un fantasma que está anclada a un cementerio. Conviértela en un personaje de carne y hueso y métela en una casa de vigas y madera. Enciérrala en ella como si fuera su cárcel y continúa la historia. Puedes hacerlo, lo sé. No hay más que leer esto. Pero deja a un lado fantasmas y demonios, entonces escribirás algo que sí publicaré. Ponte a ello ahora mismo.

Se levantó.

—Pero no sé ni por dónde empezar.

—No me vengas con excusas antes de empezar, Eric. Sí que puedes, solo tienes que crearte un ambiente que te guste para poder escribirlo, y de eso me encargo yo. Ven, sígueme.

Me condujo escaleras arriba a una especie de ático que resultó ser una torre que tenía el edificio y que no había visto al pasar por delante. Era un lugar pequeño, de madera y acogedor. Tenía un escritorio para mí solo con una máquina de escribir nueva, una pila inmensa de folios y una ventana desde la que observar la ciudad.

—¿Te gusta? Es para ti, aquí puedes escribir. Estarás tranquilo, nadie te molestará y, por lo que he leído de lo que has escrito hasta ahora, te sentirás cómodo. Así que, al trabajo, y no te preocupes si hoy o en unos días no escribes nada. Primero debes ver la historia para ponerte a escribir, si no, lo

único que conseguirás serán descripciones larguísimas y aburridas que no le gustan a nadie, y a mí menos.

Me quedé a solas frente a la máquina de escribir, que parecía mirarme. Las gotas no tardaron en golpear la ventana y el cielo en rugir. Poco después las luces se apagaron y escuché al personal de la editorial quejarse. Ahora sí me sentía a gusto. Comencé a escribir. Pasaron cinco horas sin que me diera cuenta. Había escrito tres capítulos de una novela, siguiendo los consejos que me habían dado, y me parecía que había quedado bastante bien. Durante tres meses apenas salí de allí, me dediqué a escribir. En ocasiones no me acordaba ni de comer, aunque la secretaria personal de la directora me subía bandejas con café, pastas y, alguna vez, bollitos de pan francés tostado. No sabía de dónde lo sacaba. Estaba bueno cuando atendía a probarlo entre un párrafo y un diálogo.

Salía al anochecer de la editorial, muchas veces arrastrado por Nicolás, que venía a buscarme. Por primera vez desde que había llegado a París, no estaba una hora tras otra pensando en Selene o en Gabriel, mi amigo. Llegaba a casa, cenaba algo y me metía en la cama hasta la mañana siguiente, que me encaminaba con apenas un bocado a la editorial. Con el tiempo, me di cuenta de que escribir novelas puede llegar a ser algo obsesivo y que son las páginas las que te consumen a ti en lugar de consumir tú la historia mientras la escribes. Para mí llegó a ser como una droga. No podía parar, me encerraba allí arriba, en la torre, olvidándome del mundo, esperando ver qué personajes nuevos aparecían y cuáles viejos desenterraba para que volviesen a aparecer. Me gustaba. Era mi vida: dejar de vivir la mía y dejar que mis recuerdos se quedasen atascados en mi memoria para comenzar a vivir en los libros que escribía, como si no hubiera nada más importante. Tal vez en algún sentido era cierto. Era más interesante lo que ocurría en mi cabeza y en las páginas que lo que ocurría a pie de calle, siempre lo mismo.

Escribí a Gabriel contándole mi nueva situación y le pareció bien, aunque me dijo que todo hubiera sido mejor si no le hubiera contado nada de mi pasado. Con el tiempo, acabé también trabajando de profesor de francés-español en la academia de una amiga de Nicolás.

Los años pasaban y Nicolás me preguntaba por mis amores. Y mi

respuesta era siempre la misma.

—Yo sigo queriendo a Selene.

—Pero eso es enfermizo —decía él.

—No tanto como parece.

Poco después surgió un rumor que afectaba a su hija. Alguien la acusaba de haberla visto en una fiesta de alta sociedad marcharse a escondidas con una señorita y haberse encerrado en una habitación a solas con ella. Cuando su padre se lo preguntó, avergonzada, lo negó, pero después de aquel rumor surgieron muchos otros. No demasiado tiempo después, la amante de Julienne dijo públicamente que era cierto, aunque ella lo negó a pies juntillas.

—A mí no me importa, hija, pero ya sabes que la gente no lo tolera, no es algo que se pueda ir diciendo por ahí.

En la siguiente cena a la que todos acudimos, incluido Eduardo, alguien muy poco oportuno comenzó a bromear sobre lo ociosos que eran los homosexuales y que la inquisición supo tratarlos como había que tratarlos. Entonces, viendo la cara que se le quedaba a Julienne, que se había portado conmigo como si verdaderamente fuese una hermana, me puse en pie, la cogí de la mano y tiré de ella para que también se pusiera en pie a mi lado. Anuncié que nos íbamos a casar y que la gente que la acusaba de desviada podía empezar a meterse la lengua por donde le cupiera. Nunca volvió a haber rumores de ella. Al final de la velada, subidos todos en el coche, me preguntó Nicolás por qué lo había hecho y le respondí lo mismo que él me había dicho a mí hacía bastantes años.

—Porque no tengo nada mejor que hacer y necesitas ayuda.

—¿Entonces lo has dicho en serio?

—Sí —dije.

Aunque, en realidad, no me lo había planteado verdaderamente en serio. Pero por otro lado no tenía nada que perder.

—Pero tú no me gustas —confesó Julienne.

—Ni tú a mí tampoco, pero así la gente se callará y podrás verte con quien te apetezca.

—No sé si quiero seguir escuchando esto —dijo su madre.

Un par de meses después nos casamos en una boda que para casi todos

los presentes era real y los rumores cesaron. Vivíamos en un piso lo suficientemente grande para los dos. Ella tenía un cuarto y yo otro. Allí se veía con su amante, que con el tiempo también acabó casándose con un hombre. Yo, alguna vez, cuando la soledad podía conmigo, llevaba a alguna chica que encontraba triste en el fondo de un bar. Escribí a Gabriel contándole que me había casado, pero sin decirle los verdaderos motivos, y me respondió que se alegraba de que al fin hubiera podido olvidar a Selene.

Así pasaron años tranquilos. Hasta que una noche, en una cena que organizó en su casa, Eduardo nos presentó a su sobrino recién llegado de Zaragoza, Esteban. Y un año después de su aparición me confesó que había encontrado cartas mías y que había estado fisgoneando en mi vida. Había descubierto que mi gran amigo Gabriel, que me había ayudado a escapar y con el que seguía manteniendo una amistad por correspondencia, tenía una hermana que yo sabía que no tenía. Eso hizo levantar todas mis sospechas y acerté de lleno. Por eso mandé a Esteban, con la excusa de ver a sus amigos, a Zaragoza de nuevo. Y lo que descubrió fue algo increíble. Selene estaba viva. Le conté todo a Nicolás y por eso aquel día apareció en casa de Eduardo, intentando evitar a toda costa que Esteban fuese a Zaragoza. No lo hizo con mala intención, simplemente se acordó de cómo me había encontrado aquel anochecer en su biblioteca de París y que no la había olvidado durante todos aquellos años. Pensaba que solo serviría para abrir heridas y que era imposible que Selene estuviera viva. Se equivocó.

No mucho tiempo después de la visita de Esteban a mi casa, tuve que salir corriendo hacia el hospital. La medicación para el dolor de la pierna que llevaba tomando durante años había debilitado mi corazón y sentí que moría por culpa de una taquicardia que comenzó fuerte y no paraba. La doncella avisó al chófer y me llevaron al hospital. Selene no podía salir de casa y, nerviosa, entró en mi sala a esperar. Cuando la taquicardia comenzó, estaba leyendo la última carta que había recibido de Eric y la había dejado caer al suelo. Selene la vio y la cogió. La letra le resultó familiar y la leyó entera. Después leyó el nombre de quien la firmaba: Cristóbal. Regresé a casa tres días después. Me esperaba en mi butaca con la carta entre sus manos. No tuvo que preguntarme nada. Comencé a contarle una mentira. Le dije que se había ido de aquí asustado porque lo acusaban de la muerte de Rosa y que, en realidad, a ella no la quería. Que era como su padre, que lo único que quería era ver si, con el tiempo, Roncesvalles se acostumbraba a que su hija se había marchado con él y les comenzase a enviar dinero.

Era una excusa pillada por los pelos y no se la creyó.

—Quiero ir a verle. No puedo creerme que me hagas esto.

—No debes hacerlo, Selene.

—¿Por qué? —preguntó enfadada.

—Está casado —dije.

—No te creo, es otra de tus mentiras.

Busqué la carta que me había enviado hablando de ello y se la di. Se guardó las lágrimas hasta llegar a su dormitorio. Yo le grité por el pasillo que no serviría de nada ir ahora a por él, que tenía una vida hecha y que ya no la

quería. A la mañana siguiente me dijo que quería marcharse de mi casa, de mi lado. La comprendí y le di las señas de mi casa de Asturias. Allí se marchó, o eso creo. No sé nada de ella desde entonces.

Tras leer las páginas de Antonia comprendí que tu padre había acudido a Roncesvalles pidiéndole dinero a cambio de cerrar la boca sobre la muerte de Rosa y que, si no, lo diría todo. Ese fue su error, la avaricia. Lo mató para callarle.

## 59

—Lo hice por ti, aunque no puedas creerme —dijo Gabriel.

—Eres lo más despreciable que he conocido nunca. Nos quitaste la vida para cumplir tus fantasías. Pero ahora tienes tu merecido: estás enfermo y solo. Nadie te quiere, ni siquiera yo.

—Sí, pero tuve una vida con Selene. Una vida por la que tú hubieras matado.

Eric me hizo un gesto y comprendí que era hora de marcharnos. Salimos a la calle. Yo me sentía completamente mareado. Los datos me bailaban en la mente y pensé que una novela no podría ser tan enrevesada como la vida misma.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté.

—Al hotel. Creo que los dos necesitamos descansar.

Asentí. Comenzamos a caminar.

—Siento lo de Selene, Eric.

—No lo sientas. No tienes la culpa de nada; de hecho, si no hubiera sido porque eras un pequeño entrometido, nunca hubiera descubierto la historia.

—¿Y qué vas a hacer ahora que sabes que Selene está viva?

—Tengo que pensar.

—Sí, yo también.

Una vez llegamos al hotel, me colé en el baño y me preparé una bañera de agua caliente y con un montón de espuma. Eric dio un golpecito en la puerta y me dijo que bajaba un momento a recepción a por folios y que subía enseguida. Le escuché marcharse y volver. Mientras pensaba en la historia de la que acababa de enterarme y los datos seguían bailando en mi mente,

recordé la historia que me había contado Cora sobre Campillo y las marcas que tendría siempre en su cara. Sabía dónde podía encontrarlo y poco a poco la idea fue cogiendo fuerza. Salí de la bañera y, envuelto en una toalla, le dije a Eric que quería machacarle la cara a Campillo como él se lo había hecho a Cora. Me sonrió.

—Cálmate, sabueso. Tengo algo mucho mejor, y por lo que no volverá a asomar la cara a la calle.

Había estado escribiendo la parte de la historia que Antonia no conocía. Dando nombres, direcciones y todo tipo de detalles. En él se mostraba la verdad sobre una mentira tan grande que los periódicos no podrían evitar publicarlo a bombo y platillo para ganar ventas y lectores. Nadie en Zaragoza dejaría de descubrir la calaña de Roncesvalles, aunque estuviera muerto, ni la de Campillo, que estaba vivo. Y también avergonzaría y humillaría los pocos días que le quedaban a Gabriel.

—Mañana, antes de marcharme, la entregaré. Voy a salir a buscar una imprenta para que me hagan cuatro o cinco copias. Voy a llevarlo a todos los periódicos de aquí y me quedará una copia. Después iré a buscar a Selene.

—¿Sabes dónde encontrarla?

—Sí. Sé donde está la casa que tiene en Asturias. ¿Tú te marcharás a París ya?

—No pienso perderme tu reencuentro con Selene, y menos ahora. ¿Vas a contarle lo de Antonia y Campillo?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. No creo que sea necesario, y si no lo sabe, mejor.

\* \* \*

No fui a ver a Remedios, ni a Justo, ni al padre Juan. Justo se enteraría de lo que había ocurrido con su mujer al día siguiente, cuando la noticia saliera en los periódicos. Aquella tarde, poco después de comer, acompañé a Eric a su vieja casa y lo colé por el mismo sitio por el que había entrado yo hacía ya unos cuantos años. Le mostré dónde había encontrado las cartas y los recortes de periódicos. Se entristeció al ver los restos de la casa donde había vivido.

Apenas quedaba nada. Me enseñó cuál era su habitación y la de su hermano.

Después nos colamos en la casa de Roncesvalles y me mostró en qué rincón de la casa se habían besado por primera vez y el lugar donde seguramente se había quedado embarazada. Eric entristecía a cada paso que daba por aquellos pasillos y habitaciones. Antes de regresar al hotel fuimos a la estación y compramos dos billetes para Asturias. Saldríamos a las doce del mediodía del día siguiente.

## Epílogo

Había salido el sol cuando bajamos de la estación de Gijón y nos adentramos por las calles hasta dar con un taxi. El suelo estaba mojado y el mar se escuchaba al fondo. Apenas había gente por la calle. Si mirabas a lo lejos, podías ver un arco iris entre un par de montañas arboladas lejanas que se escurría entre las nubes rotas que mostraban el sol. Nos montamos en el taxi y Eric le indicó la dirección. Estaba nervioso, no dejaba de enredar con sus manos y de dar golpecitos a sus rodillas. Nos dirigimos a las afueras de la ciudad. En un pequeño bosque que trepaba por una de las montañas que había visto a lo lejos, emergió una casa de madera y pintura azul clara desconchada que miraba a los acantilados.

La valla de madera estaba medio podrida y caída en el suelo. Eric pagó al taxista y su corazón se aceleró al ver una silueta tras la ventana. Nos adentramos en el jardín bien cuidado de la casa y subimos las escaleras hasta el porche. Eric se quedó de pie, mirando a la puerta. Yo di un paso al frente y llamé. Segundos después una doncella nos abrió.

—¿Desean algo? ¿Se han perdido?

—No —dije. A Eric no le salían ni las palabras—. Queremos ver a la señorita Selene.

—Bien, a quién presento.

Dudé unos segundos.

—A Holmes y su ayudante, Watson.

—Muy bien, esperen aquí un segundo.

Nos quedamos a solas.

—¿Por qué has dicho eso?

—No lo sé, me ha salido y como tú no ayudabas...

La doncella bajó las escaleras y se acercó.

—La señorita Selene dice que pueden subir, pero que los únicos Holmes y Watson que conoce son los de los libros.

Eric sonrió.

Me encaminé a las escaleras y cuando había subido un par de peldaños vi que Eric continuaba petrificado a mi espalda. Regresé a por él y le tiré del brazo hasta que me siguió. Había más luz en la parte de arriba gracias a los grandes ventanales que había en el pasillo. Se escuchaba una suave música que provenía de un gramófono de una habitación que permanecía con la puerta abierta. Eric se quedó atrás y yo avancé hasta poder ver la habitación. Una mujer con el cabello negro y recogido estaba sentada en una butaca, escuchando música y leyendo un libro que reconocí al instante: lo había escrito Eric hacía años. Sobre una mesa reposaba una pila de todos los libros que había escrito. Seguramente los había hecho traer para saber de Cristóbal después de tantos años, pensando que estaba muerto y ahora casado. Llamé a la puerta y se volvió. Había pasado tiempo, pero la reconocí al instante. Era la mujer que había visto en la casa de Gabriel.

—¿Tú quién eres, Holmes o Watson?

—Watson, para servirle en lo que necesite.

Entré y nos miramos unos instantes. Después desvié la mirada a los libros.

—¿Qué le parecen? —pregunté.

—Deberías leerlos, Watson, te gustarían.

Sonreí y respiré hondo.

—Ya los he leído. Y traigo conmigo al autor.

Su rostro cambió en menos de un segundo al escuchar mis palabras, giró la cabeza y miró hacia la puerta. Los pasos de Eric se acercaron hasta que su silueta apareció en el marco y Selene se puso en pie. Se quedaron petrificados, como dos figuras de sal que miran atrás, al pasado, y se encuentran con una sorpresa.

—Me dijeron que habías muerto —dijo Eric.

De los dos, el más cobarde fue Eric. No se movió. Fue Selene la que

corrió a abrazarlo. Entraron en el cuarto y se sentaron en el sofá, olvidándose de que yo estaba allí con ellos. Salí y bajé las escaleras, busqué a la doncella y le pedí que le dijera al señor Holmes que me marchaba a París y que esperaba recibir noticias suyas.

Caminé por la playa antes de irme. Nunca había visto el mar y me pareció lo más grande y lo más inmenso que había visto nunca. Para regresar a París debía marcharme de Gijón a Barcelona, y allí coger otro tren a París. El viaje de dos días fue tranquilo hasta que en la estación de Barcelona compré un ejemplar de *La Vanguardia* al ver la imagen de portada. Pascual Campillo estaba esposado y de él tiraban unos guardias hacia un coche oficial. Abrí la página y pude leer un resumen de la historia que Eric les había entregado. Por desgracia, el resto de los implicados estaban muertos y no pagarían como debían hacerlo. Aunque, con suerte, en el infierno estarían ardiendo por toda la eternidad.

\* \* \*

Cuando regresé a París, las cosas habían cambiado. Cora estaba saliendo con Oliver y este había dejado, para alivio de su padre, a un lado los muertos para centrarse en ella. Odette había aprendido a ignorar a Cora y a tragarse sus palabras hirientes y había descubierto a su nuevo amor, un inventor de perfumes llamado Cristian que no le hacía el menor caso, pero ella estaba entretenida. Yo desistí de intentar dedicarme a la escritura y dejé que fuesen los auténticos escritores los que me entretuvieran con sus historias. Había pasado un mes desde que había regresado a París y no había tenido noticias de Eric ni había regresado a la editorial. Tal vez hubiera decidido quedarse con Selene en Gijón. El día de la boda de mi tío, tres meses después de mi llegada, fue un acontecimiento social al que incluso acudieron algunos medios de prensa para fotografiar a la pareja. Para mí la sorpresa fue ver que un invitado al que no esperábamos había llegado, y en buena compañía: Eric, cogido del brazo por Selene. Se la presentó a Nicolás, a mi tío y a todos los invitados. Celebramos la ceremonia y después cenamos en casa de mi tío. Cuando el baile comenzó y Nicolás le pidió un baile a Selene, me acerqué a

Eric.

—Me alegro de que estés de vuelta —dije.

—Yo también, echaba de menos esto, y mi trabajo.

—¿Y qué va a pasar ahora con tu otra mujer y eso...? —dije con retintín.

—Sinceramente, Esteban, me da exactamente igual. Lo único que sé es que no me separaré de Selene. Ahora ya no.

—¿Le explicaste todo? ¿Que lo de tu boda era algo falso y todo lo demás?

—Sí, y llevó varias horas.

—Me lo imagino. Parece una novela de terror.

Asintió.

Me costó bastante adaptarme a que Beatrix fuese mi tía realmente, aunque siempre había estado en casa desde que yo llegué. Cora se lo pasaba en grande trabajando en el *ballet* y se llevaba muy bien con Laure. A menudo, después de alguna actuación estelar, nos marchábamos los cuatro a cenar en algún restaurante demasiado elegante para mí y charlábamos de nuestro futuro.

Tiempo después terminé de estudiar y de aprender el idioma, en la medida de lo que me era posible, y tomé las riendas de la empresa a medias con mi tío, hasta que Luke creciera y ocupase su puesto. Las propiedades que había heredado de mi padre las vendí, salvo la casa, que me la quedé para acordarme de ellos.

\* \* \*

Yo tenía veintitrés años cuando una mañana recibí una carta en la casa que compartía con Laure, próxima a la de mi tío, que fue el regalo de nuestra boda, carta enviada desde Zaragoza y en cuyo remitente ponía «Remedios».

Queridísimo Esteban:

Siento tener que escribirte para darte malas noticias, pero tienes que saber que Justo ha muerto. Murió en paz, sin sufrimiento. Una mañana se encontraba mal y fue al

hospital. Le dijeron que tenía algo en el corazón y que estaría unos días ingresado para hacerle pruebas. No llegó a ver los resultados, pero sí hizo una última cosa por ti. Mientras esperaba entre prueba y prueba, paseaba por los pasillos y en una de las habitaciones siempre veía a una señora ya casi anciana mirando por la ventana con la mirada perdida.

—Buenos días, señora, espero no molestarla. ¿Se encuentra bien? Ya sé que suena estúpido estando en un hospital.

Ella rio.

—Sí señor, me encuentro bien. Gracias por preguntar.

—Verá —comenzó—, mucho me temo que voy a estar en el hospital más tiempo del que me gustaría y, como creo que vamos a ser compañeros de pasillo, tal vez pudiéramos entretenernos hablando sobre cosas estúpidas que no van a ninguna parte.

Sonrió de nuevo.

—Me parece bien, pero yo no podré más que contarle la vida del hospital, donde llevo muchos años metida.

—¿Muchos años?

—Eso me temo. Según me han dicho los médicos, estuve a punto de morir por culpa de una bomba hace años, en la estación de trenes. Allí murió mucha gente. A mí me encontraron alejada de la estación, pero al parecer la bomba o parte de ella también me alcanzó. No recuerdo nada antes de despertarme aquí una mañana. Ni siquiera recordaba mi nombre. No sé cómo me llamo ni dónde vivía, aunque no debía ser importante para nadie porque nadie vino a buscarme. Tiempo después me devolvieron la ropa que llevaba aquel día y en uno de los bolsillos encontré una foto en la que aparezco yo, pero no sé quién es el niño que aparece conmigo.

—¿Puedo ver esa foto?

—Claro, tenga.

Justo reconoció enseguida al niño de la foto, pero ahora ya no era un niño.

Me contó lo que había pasado y corrí a escribirte esta carta. ¡Tu madre está viva, Esteban! Ha estado viva todo este tiempo, pero no se acordaba de ti. Debes venir a por ella y llevarla contigo a París. Puede que, con el tiempo, si le cuentas historias de tu infancia, cuando vivías con tus padres, acabe recordándote y recordando su pasado.

Remedios

Apreté la carta en el puño. Era increíble. Me senté en la butaca del salón principal y tras un rato observando de refilón el papel arrugado, lo alisé y

volví a leerlo. Me serví una copa de coñac. Y después otra, y otra. Fui incapaz de hacer otra cosa que no fuera quedarme encerrado en el salón, bebiendo copa tras copa.

Cuando Laure regresó de su ensayo, estaba borracho y con la cara completamente roja. Me había aprendido la carta de memoria, incluyendo los puntos y las comas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has bebido tanto?

Me reí y le tendí la carta.

—Apenas puedo leerla, no entiendo bien el español.

—Yo te la recitaré —dije tambaleándome.

Se la dije de memoria y cuando acabé no podía creerlo.

—Entonces ¿está viva?

—Eso pone aquí. Yo no sé ya ni qué puedo pensar. Después de tantos años sin padres, resulta que tengo madre. Y que no recuerda nada, ni a mí, ni nada anterior a estar en el hospital.

—Debes ir a por ella y traerla —respondió tajante.

—¿Estás segura? Apenas me acuerdo de ella y no sabe quién soy. Sacarla de la que es ahora su casa y traerla a un país que no conoce no me parece una gran idea.

—Tal vez mañana, con la mente despejada, lo veas de otra manera. Fíjate en Selene y Eric; después de tantos años, ahí están los dos. Casados por fin y viviendo juntos en una casa que escogieron los dos. Con tu madre pasará lo mismo.

—Pero ellos se acordaban el uno del otro. ¿Te imaginas cómo se sentiría si me presento allí y le digo que soy su hijo y que vengo a llevármela?

—Pero tiene la foto. Te reconocerá.

—Yo no estoy tan seguro.

Aquella noche dormí gracias al alcohol que llevaba en las venas. Me desperté solo pasadas las doce. Laure había dejado una nota en la mesita de noche en la que me decía que fuese a hablar con mi tío del tema. Yo había pensado en otra persona que seguramente podría entenderme mejor.

El despacho de Eric había sufrido algunos cambios y se veía la mano de Selene en él. Había cambiado una de las estanterías y verdaderamente

quedaba bien. Había llevado candelabros bonitos para las velas y una lamparilla de mesa de tamaño considerable para que Eric viera mejor. Una alfombra nueva y limpia, sin años de polvo acumulado como la suya, ocupaba la mayor parte del suelo. Eric había llevado fotografías de los dos juntos y de Selene sola y las había colocado sobre la mesa.

—Hola —dijo antes de levantar la cabeza y verme—. Tenía ganas de verte, pero tienes un aspecto horrible. ¿Mucho trabajo en las caballerizas?

—El de siempre, más bien.

Me desplomé sobre la silla y se quedó mirándome fijamente. Saqué la carta del bolsillo y se la tendí. La cogió.

—¿Qué es esto?

—Léela —dije—. No te lo vas a creer. Igual que yo no pude creerme que eras Cristóbal en su momento.

No dijo nada y comenzó a leer. Después de acabar, me observó y la leyó otra vez.

—Creo que está siendo la carta más leída de la historia.

—¿Tu madre está viva?

—Según esa carta, sí. —Me encogí de hombros—. Y Justo, muerto —dije con tristeza.

Guardé silencio unos minutos.

—¿Qué tengo que hacer, Eric? Porque no lo sé. ¿Voy a por ella? ¿O la dejo tranquila para lo que le queda de vida?

Dejó la estilográfica que llevaba entre los dedos sobre la mesa.

—¿No la echas de menos?

Soplé largamente.

—La echaba de menos antes; después me acostumbré. Y ya sé que no está muy bien que diga eso. Sí que me gustaría verla y estar otra vez con ella, pero el problema es que no se acuerda de nada. No sabrá quién soy ni qué hago allí. Tal vez ni siquiera quiera venir conmigo. Dios mío —terminé exclamando. Me tapé la cara con las manos, intentando despejarme.

—Tranquilo, no te marees pensando en ello.

—¿Y qué hago? Dímelo tú, Eric, y te haré caso, porque yo no sé qué hacer.

Me miró unos instantes antes de responder.

—Ve a por ella. Despídete de Justo y ve a visitar a Remedios y al padre Juan.

—¿Estás seguro? —Suspiré.

—Completamente, Esteban, y tú también. Lo único que te pasa es que tienes miedo de que no te recuerde, pero eso es algo que acabarás asumiendo. Lo que no puede ser es que lo decidas demasiado tarde.

Salí de la editorial y me dirigí al Palais Garnier. Laure estaba recibiendo instrucciones del maestro, y Cora estaba en su camerino, cosiendo uno de los trajes que se había estropeado durante los ensayos.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó cuando el maestro la dejó marchar.

—Bien. He ido a ver a Eric y me ha dicho que debo ir a por ella.

—Yo también. —Sonrió.

—¿Te parece bien?

—Sí, creo que es lo que debes hacer.

—De acuerdo, pues le dejaré el recado a mi tío de que me marchó y salgo para la estación hoy mismo.

—Antes de irte, ve a ver a Cora; tiene algo que contarte.

—¿Bueno o malo? —pregunté.

—Muy bueno.

—¡Laure! Te necesito en el escenario, el ensayo para Giselle comienza ya —dijo alguien al fondo.

—Tengo que irme. Buen viaje. Y no tengas miedo.

Me dejó y subió al escenario. Salí por un lateral de las butacas y caminé hasta el camerino de Laure. Llamé a la puerta y Cora me dijo que pasara. Estaba sentada en una silla, terminando de arreglar un descosido.

—Hola, Esteban. Me alegro de verte.

—Me ha dicho Laure que tienes que darme una noticia.

Sonrió y me enseñó un dedo en el que llevaba un gran anillo.

—¿Oliver te ha pedido que os caséis? —dije entusiasmado.

Asintió con ganas y me abrazó.

—Nada de lo que tengo ahora lo tendría sin ti.

—No tienes que agradecerme nada. ¿Cuándo es la boda?, porque Oliver no me ha dicho nada.

—Normal, me lo pidió anoche. Respecto a las fechas, las estamos mirando.

—Si necesitáis ayuda...

—Se la pediré a Laure, a ti no se te da nada bien organizar esta clase de cosas.

—Tienes razón. —Reí—. Si necesitas algo, díselo a Laure, y espero que lo hagas, porque si no pensará que no la quieres a tu lado o algo así.

—No te preocupes, no le daré la opción para que piense eso. Esta tarde le pediré que me acompañe a por el vestido.

En casa le pedí a una de las doncellas que llevaran una nota a mi tío, diciéndole que me debía excusar unos días, que debía regresar a Zaragoza, e incluí la carta.

Pasé la noche en vela en el tren. Cuando pensaba en mi madre, me temblaban las piernas y las manos. Me daba miedo cómo la encontraría y si estaría bien, dentro de su situación.

Llegué a Zaragoza, una vez más, al atardecer. Tomé un taxi al hospital. Una mujer en la entrada llevaba un carro con ramos de flores y compré el que me pareció más bonito. Entré en el hospital e indiqué a quién venía a visitar.

—Lo siento, señor, pero a estas horas ya no se admiten visitas, tendrá que venir mañana.

—¿No puede hacer una excepción?

—¿Me ve con cara de hacer excepciones? —dijo la enfermera.

—Perdone, no quería molestarla.

Me di media vuelta y, al salir a la calle de nuevo, me di cuenta de cómo me latía el corazón. Deseé que Laure estuviera allí conmigo para que me apretase las manos y me dijera que todo iba a ir bien.

Abandoné el hospital y me encaminé hacia la casa de Justo. Parecía que la casa había sufrido desperfectos desde la última vez que había estado allí, sin que nadie los hubiese arreglado. El tejado estaba hundido, se veía desde la calle.

Llamé a la puerta y poco después Remedios abrió. Estaba como siempre,

parecía que el tiempo no pasaba por ella.

—¿Esteban? ¡Dios mío! ¡Qué mayor estás ya! ¡Y casado? —gritó viendo el anillo en mi dedo.

Le di el ramo de flores y le dije que era para ella.

—Desde hace un par de años.

—Ven, pasa, pasa —dijo tirando de mi brazo y cerrando la puerta—. Tienes que contarme muchas cosas.

Nos sentamos en el salón, donde el fuego rugía con ganas. Le conté que estaba casado con una mujer que se llamaba Laure y le relaté toda la boda, como me pidió. Su cara era como de estar viéndola.

—Cómo me alegro por todo —dijo.

—¿Y tú qué? ¿Cómo llevas la muerte de Justo?

Encogió los hombros.

—No sé qué decirte. Se fue apagando poco a poco, hasta que se apagó del todo. Lo siento conmigo, aquí, en el salón. A veces estoy escuchando la radio y un libro de la estantería se cae. Y no es que se caiga por gravedad, porque están todos perfectamente colocados en su sitio. A veces siento una corriente de aire frío y está todo cerrado; es imposible que venga de ninguna parte. Otras, me dejo una nota con lo que tengo que comprar en el mercado y aparece en otro sitio. Es él. Estoy segura.

—Más vale, porque si no, a saber, quién es —dije.

Ambos reímos.

—¿Has visto a tu madre?

La pregunta me pilló por sorpresa. Negué.

—No me han dejado subir, el horario de visitas acaba pronto. Mañana iré.

Asintió.

—También quiero ir a despedirme de Justo. Y visitar a Juan.

—Les gustará que los vayas a ver. A los dos.

—Por cierto —dije cambiando de tema—. ¿Qué le pasa al tejado?

—Lo que le pasa a todos los tejados viejos: que acaban hundiéndose. No te preocupes, ya lo repararé.

—¿Tienes dinero para hacerlo?

—Claro, el de Justo. Es que nunca lo hago. No te preocupes. Por cierto,

hay algo que deberías saber. Juanito, el chico al que acusaron de la muerte de Rosa, sabes quién te digo, ¿verdad?...

—Sí.

—... murió en su celda hace unos meses.

\* \* \*

Aquella noche dormí en mi viejo cuarto. Por la mañana, al despertarme, me encontré con el último cajón de la mesita de noche abierto, y en él una canica. La cogí y la miré. Entonces recordé que era la canica que el pequeño Javier, que había vivido con nosotros en casa de Justo durante un tiempo, me había regalado. No pude evitar sonreír al encontrarla y me la metí en el bolsillo.

Remedios estaba en la cocina, preparando el desayuno para los dos, a base de huevos fritos, bizcocho recién horneado y café. Todo estaba delicioso.

—Oye, ¿has abierto tú un cajón de mi mesita de noche?

—No, ¿por qué?

Saqué la canica y se la mostré.

—Es de Javier. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto que me acuerdo de él. Era un cielo de niño. Se podía haber quedado con nosotros en lugar de haberse marchado a Argentina. Con lo lejos que está. ¿Estaba guardada en el fondo de ese cajón que has encontrado abierto?

Asentí.

—Ha sido Justo el que lo ha abierto.

Ladeé la cabeza.

—No pienses que estoy loca.

—No lo pienso.

—Mejor, porque te digo que Justo está aquí, en esta casa, y que me hace compañía. Seguro que está.

Sonreí. Era bonito que pensara que eso era cierto. ¿Y quién era yo para llevarle la contraria? Salimos de casa y cogimos el tranvía hasta el

cementerio. Poco después llegamos. Remedios me condujo por un laberinto de lápidas y yo miré de refilón, a lo lejos, el mausoleo de Roncesvalles. Caminé tras Remedios hasta que me llevó a la tumba de Justo, situada en la parte nueva y bastante cuidada del cementerio.

—¿No está en el mausoleo de su familia?

—No, él dejó muy claro que quería estar lejos de su padre.

Asentí. La lápida estaba bien cuidada y se veía nueva. Remedios debía venir cada pocos días a limpiarla.

—¿Quieres que te deje a solas?

—No, quédate.

Observando su nombre grabado en la piedra, no pude evitar recordar de nuevo el momento en el que lo vi por primera vez. Me había seguido desde un banco en el que me esperaba tras un periódico y me había sacado de un edificio y una vida en ruinas. Le debía todo. Remedios también me acompañó a visitar al padre Juan. Me abrazó al verme y estuvimos un rato hablando de cuando era pequeño. En algún momento parecía que se olvidaban de mí. Me dio la sensación de que mantenían muchas conversaciones como aquella. Me despedí de los dos en el orfanato, donde Juan seguía haciendo su trabajo, y les dije que después me marcharía a casa con mi madre.

\* \* \*

La silueta de una mujer delgada y mayor se recortaba contra el sol que entraba por la ventana de la habitación. Dejé el ramo de flores sobre la cama y se dio media vuelta para observarme. Encontré a mi madre más anciana y más triste que nunca después de haber pasado la parte de su vida que recordaba entre las paredes blancas del hospital donde la habían dejado confinada. La cogí de las manos y al verme me dijo que yo era el chico de la fotografía.

—¿Quién eres?

Me costó soltar las palabras después de tantos años pensando que estaba muerta.

—Soy yo, madre. Soy Esteban y he venido a llevarte conmigo a París,

para que vivas conmigo y contarte todas las cosas de las que tú no puedes acordarte.

Mi madre nunca recuperó la memoria. No sé hasta qué punto llegó a creerse que yo era verdaderamente su hijo y creerse las historias que le contaba sobre mi padre y lo que había ocurrido conmigo después de perderlos a los dos. La historia de Cristóbal y Selene nunca se la llegué a contar. Remedios no tardó mucho tiempo en acompañar a Justo. Siempre me he preguntado si tal vez ahora ella sea un fantasma en la casa donde pasó buena parte de su vida y baile con Justo por las noches, encendiendo algún gramófono mientras algún nuevo inquilino de la casa se asusta y quiere venderla de nuevo. El padre Juan murió algunos años después. Un escritor zaragozano, retirado, que había abandonado su oficio hacía tiempo y que había estado interno junto con su hermana en el orfanato, había tomado las riendas que había dejado Juan a su muerte.

Nicolás sigue trabajando en la biblioteca y Eric sigue escribiendo y compartiendo una vida que se le había negado con Selene.

Oliver, al fin, se olvidó del fantasma de su madre y ahora está centrado en seguir la carrera de su padre y hacer feliz a Cora, aunque eso es verdaderamente fácil.

Eduardo sigue casado con Beatrix, y Odette conoció al hijo de un maestro que fingió ser el heredero de una cadena de hoteles. Ella decía quererle muchísimo, pero cuando se enteró de que no tenía ni un franco lo dejó abandonado y volvió llorando a los brazos de su madre.

Sigue viviendo con mi tío, pero, por suerte para Luke, no tiene que aguantarla. Luke conoció a la hija de un caballero inglés instalado en París cuando habían acudido a comprar un caballo para su hija como regalo de cumpleaños. Tiempo después, se quedó embarazada y se casaron.

Cuando miro atrás y pienso en mi vida y en la de Eric, no puedo evitar sonreír. Habíamos pasado grandes penurias, Eric más que yo, y por un capricho del destino, o por mi curiosidad, habíamos conseguido destapar muchas mentiras y, finalmente, podía ser feliz. No me arrepiento de nada: ni haber robado aquellas cartas, ni haberme colado en casa de Cristóbal. Cuando pienso en cómo sería todo si no lo hubiese hecho, siento un escalofrío en la

espalda. Me gustan las cosas tal como están ahora, y no cambiaría mi historia por nada del mundo.

# Biografía



**Silvia Ibáñez Cambra** (Zaragoza, 14-02-1986) es una escritora que domina la narrativa con una soltura digna de admiración. Hace y deshace, crea y destruye historias, personajes y escenarios con una maestría ante la que no queda más remedio que caer rendido. Es amante de Charles Dickens, Charlotte Brontë y Victor Hugo. Con algunas obras aún inéditas (joyas que darán mucho que hablar en el momento de su publicación), se inicia oficialmente en las letras con la novela *El cementerio de los reflejos*. A esta primera gran obra le sigue *El cementerio de la miseria* (ambas novelas, con los mismos escenarios y

algunos personajes comunes, pero independientes entre sí) y posteriormente *El hada de azúcar*.

En todas sus novelas crea un ambiente extraordinariamente estructurado, donde no falta ni sobra ningún elemento y donde la multitud de cabos sueltos acaba uniéndose en un desenlace apoteósico y perfecto, nada queda al azar. Sobre sus obras habría que decir que no tienen nada que envidiar a las de los autores mejor considerados en el panorama literario actual. Silvia es, sin lugar a dudas, una de las mejores autoras dentro del subgénero de drama y misterio, todo rodeado de tintes góticos, haciendo magia con las palabras. Consigue que quieras ser un personaje más y vivir en los lugares donde se desarrolla la historia. Maestra entre maestras.

*La historia soñada*

Silvia Ibáñez Cambra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Silvia Ibáñez Cambra, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-17073-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

NARRATIVA  
**CONTEMPORÁNEA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

